

A M E L I A N O G U E R A

LA
MARCA
DE LA
LUNA

*Un viaje que te llevará a Jaipur, Praga y Sevilla.
Una mujer que cambiará para siempre
el destino de su familia. Una emocionante historia
de amor, magia, pasión y valentía.*

rocaeditorial

rocaeditorial



La marca de la luna

Amelia Noguera



Rocaeditorial

LA MARCA DE LA LUNA

Amelia Noguera

En una aldea de la India, la madre de Lila fallece al traerla al mundo. Su abuela Asha se hace cargo de ella y le evita así su cruel suerte: morir por no ser varón. Pero la vieja Neeja, cegada por el odio ancestral de quienes viven en la oscuridad, la maldice: cualquier hombre al que Lila comience a amar morirá. Asha intenta contrarrestar la maldición de su consuegra: la esperanza vendrá de la mano de un extranjero.

La pequeña, con la marca de la luna en el vientre, crecerá aprendiendo los secretos de la magia hasta que, huyendo de la maldición, emprenderá un periplo que la conducirá a Checoslovaquia. Allí, su destino se verá ligado al de algunos de los protagonistas de la Historia reciente de Europa como fueron los integrantes de la Legación española en Praga, centro neurálgico desde donde se movían los hilos de las diplomacias republicana y rebelde durante la Guerra Civil.

En una insólita combinación de realismo mágico, novela histórica y *thriller*, esta novela con una trepidante trama encaja con precisión en los acontecimientos históricos del primer tercio del siglo XX.

ACERCA DE LA AUTORA

Amelia Noguera nació en Madrid. Estudió Ingeniería Informática, trabajó como analista, fue directora de revistas técnicas y enseguida orientó su carrera profesional al ámbito de la traducción. Posteriormente comenzó a cursar el Grado de Humanidades en la Universidad Carlos III de Madrid, donde estudia, entre otras materias, Teoría Literaria, Literatura y Literatura Comparada. Actualmente se dedica a la escritura. En 2012 aut publicó su primera novela en formato digital, *Escrita en tu nombre*, a la que le siguió *La pintora de estrellas*, con las que alcanzó el número uno entre los libros más vendidos de sus categorías en Amazon. Otras obras suyas son *Prométeme que serás delfín* y *Oscuridad*.

ACERCA DE SUS OBRAS ANTERIORES

«Pronto estarás atrapado en la tela de araña que ha tejido Amalia Noguera y no podrás escapar de ella, no podrás dejar de leer hasta que termine la historia. Y cuando esta haya acabado te quedarás con ganas de más, con ganas de seguir leyendo algo con tanto sentimiento, con tanta magia.»
LEYENDOYLEYENDO.BLOGSPOT.COM

«La propia trampa está en Oscuridad, que bajo el ropaje de una novela nos hace reflexionar sobre nuestra realidad actual, esa en la que en aras de la “supervivencia” nos lleva por miedo a hacer más ricos y poderosos a los de siempre.»
ELBÚHOENTRELIBROS.BLOGSPOT.COM

[Portadilla](#)

[Acerca de la autora](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[La India \(c. 1920\)](#)

[Y me llamaron Lila](#)

[Barathi incumple su pacto astral](#)

[La niña de los ojos como la piel de Visnú](#)

[Las flores de karabi curan las almorranas](#)

[No se puede tener el cielo y las estrellas](#)

[Lucecitas sobre el río de la vida](#)

[El hombre que subía desnudo las escaleras del virrey](#)

[Katerina visita la Pothikhana y Burbujas trae un regalo](#)

[En la víspera del Akha Teej](#)

[La vieja ve la vida nueva](#)

[Los dulces indios están hechos de sorpresas y canela](#)

[Pechos como promesas que se marchitarían antes de abrirse](#)

[Dios proveerá](#)

[La vida es un río tortuoso y la corriente fluye deprisa](#)

[En algún lugar décadas después](#)

[Checoslovaquia \(c. 1930\)](#)

[Los ratones no hablan](#)

[Las flores de cardamomo convierten los recuerdos en humo](#)

[Bebés que huelen a almendras y a canela](#)

[La caja de música de Burbujas reaparece](#)

[En el interior de las muñecas rusas](#)

[De serpientes y otros reptiles](#)

[Las ratas se suben a los árboles cuando llegan las lluvias](#)

[Los Reyes Magos traen más que regalos a la legación española](#)

[Luisito, leche, deje usted la palanquita](#)

[Karlovo Námestí, número 33, Palacio de Bripoli](#)

[De espejismo en espejismo](#)

[La casa de muñecas vuela por la ventana y los rusos firman](#)

[En la Feria de las Flores de Námestí Miru](#)

[De diablos rakshas y periodistas](#)

[Vida de perros y traidores](#)

[Bombones y briz con nata](#)

[Una corona de rosas rojas para Masaryk y otros](#)

[De mamporros, alucinados y diosas](#)

[Escarabajos y la traición de las democracias](#)

[Soldados nazis y violines](#)

[El andén número 2](#)

[Besos que saben a lluvia](#)

[De brujas, ranas y demonios](#)

[En algún lugar décadas después](#)

[España \(c. 1940\)](#)

[Entre más flores y espinas](#)

[Fantasmas de carne y hueso](#)

[Oráculos y otros augurios](#)

[Música de palilleras](#)

[ABC](#)

[La bruja de la luna plateada](#)

[Flores de jara](#)

[Las flores del tamarindo](#)

[En algún lugar décadas después](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Glosario](#)

[Créditos](#)

A Elena y David; a David y Elena.

Esta novela trata sobre la igualdad de los seres:
hombres y mujeres, orientales y occidentales,
creyentes y ateos, católicos e hindúes, pobres
y ricos, ignorantes y sabios. Brujas y ángeles.
También trata sobre su única diferencia.

«El espíritu del ser humano tiene dos moradas, este mundo y el del más allá. También existe una tercera: la región de los que duermen y de los que sueñan. Al descansar en esta, que es la frontera entre las otras dos, el espíritu del hombre puede contemplar su ser aquí y en el otro mundo lejano y, deambulando por allí, observar detrás de los dolores y las penas y ver las alegrías del más allá.
Hasta encontrar su esencia.»

Upanishad

La maldición

Nací una noche en la que los búhos se quedaron ciegos dentro de sus nidos. En cuanto abrí los ojos, de caramelo y jengibre, mi madre cerró para siempre los suyos negros. Yo tampoco había sido concebida varón y el designio de Siva tenía que ser que no viera jamás un anochecer rojizo desvanecerse sobre las aguas de ningún río sagrado. Nadie en la aldea podía recordar cuándo había dejado de ser pecado matar a las recién nacidas hijas y por qué era ley que lo hiciera su propia madre. Pero la mía ya no podría. Después de cubrir con una tela blanca todas las figuras del altar de la casa, me sacrificaría Neeja que, envuelta en su *kurtah* de seda verde y plata, se afanaba por enderezar las flores para Aditi, la madre de los dioses, la favorita de nuestro hogar. El *shraddha* en honor de su difunta nuera empezaría enseguida y la atareada mujer sabía que debía darse prisa.

El polvillo de la ceniza sagrada que el viudo le había esparcido por la frente a su esposa muerta le resbalaba por un lado de la cara y se la veía serena y clara como si la luz alumbradora de los *Devas* que la esperaban en el otro mundo se trasluciese a través de su carne y de su piel. De la familia, solo mi abuela Asha y sus hijas deseaban que volviese a reencarnarse pronto en alguien muy cercano y casi nadie más rezó para que sucediera. Los hombres y las mujeres mayores oraban ya frente al altar y a los más jóvenes se los había hecho salir para que sus lloros inconscientes no impidieran que su alma partiese con alegría.

—No la matarás. —Asha intentaba lavar las piernas de su hija desangrada mientras se dirigía en voz baja a su consuegra, que la observaba en silencio. Sabía que no debía hablarle así, pero ella casi nunca hacía lo que debía—. No la matarás —repetió en voz más alta, sin mirarla a la cara—. Ha tenido la desgracia de nacer mujer y ha violado la *ahimsa* segando la vida de su madre al recibir la suya, pero ¿no te parece demasiado hermosa para morir ahora? El alma de mi amada Barathi aún no ha alcanzado la paz, está aquí todavía; y ya ha expiado su culpa, deja que sepa que su pequeña vivirá. Tal vez ahora sean la misma. Déjala vivir. —Asha levantó por fin los ojos del cuerpo exánime y los clavó en Neeja. Podía verla por dentro: negra y añeja como el principio de los tiempos. Sintió con ella su estremecimiento—. Yo la cuidaré y no te verás obligada a alimentarla. Casi toda mi familia murió ya, bien lo sabes, y mis otras hijas han sido recibidas en sus nuevos hogares, junto a sus esposos, pero todas viven lejos. Estoy sola. Y eso no es bueno. El mundo entero es una familia. Debes cuidar de mí. Pero si permites que la niña se quede conmigo, me mantendré como hasta ahora. Puedo hacerlo. Ella no será una carga para ti, no tendrás que pagar su dote. Tu hijo se volverá a casar y tu nueva nuera te regalará un heredero varón, sano y devoto. Sabes que no miento. Lo dicen los astros.

Neeja no contestó; también sabía que podía disponer de mi vida. Bastaría con hacerme tragar una cucharada de tabaco y mi cuerpo físico se apagaría pronto y mi alma podría reencarnarse en alguien más querido. No sería la primera vez. Si se daba prisa, la comadrona que había asistido al parto aseguraría incluso que había nacido sin aliento. Y el resto de las mujeres que habían tenido hijos varones como ella, las más respetadas en la aldea, la respaldarían. Yo debía morir, la cuarta hembra ya sin que su sacrilega nuera hubiera traído a la vida ningún varón que pudiera encender el fuego sagrado de su pira y la de su marido y permitirles así subir al cielo, un hombre que llevase el apellido de su familia y heredara sus valiosísimas posesiones: los dos bueyes, el carro, los dos acres de terreno donde se alzaba la casa cuyos muros habían sido construidos pensando en la música que crea el viento y, sobre todo, las herramientas y el taller del cuarto más grande, en el que todas las niñas y las jóvenes de la familia trabajaban puliendo y cortando las piedras preciosas con sus entrenados dedos. Neeja oyó croar a uno de los muchos sapos que las intensas lluvias traídas por el monzón habían obligado a huir a la zona alta del pueblo y se apresuró a enderezar la guirnalda de hojas de bambú colgada sobre la entrada para alejar el mal de ojo.

Pero Asha era una enemiga poderosa si así lo decidía. Neeja la observaba en la penumbra: su consuegra ya se había puesto el velo y el *kurtah* blancos, como si hubiera intuido antes de entrar allí que tendría que vestirse de luto, y con sus manos insultantemente claras lavaba aún a la única nuera laboriosa que los dioses habían concedido a Neeja. Los espíritus danzaban trazando mantras sobre las paredes desoladas. A su lado, las salamandras se contoneaban a la busca de una mosca. Muchas volaban cerca, pero ninguna lo suficiente. Asha mojaba el paño en el agua consagrada que había traído como inestimable tesoro en una vasija de cerámica azul y lo pasaba con suavidad por la piel de su hija muerta. Barathi no debió haber violado la Ley Universal, la inquebrantable hasta para una bruja de la luna plateada, pero ella lo sabía y, aun así, se puso del lado del amor. Asha le juntó los dos pulgares y se los besó. Sus manos hermosas aún conservaban el sudor del esfuerzo de dar la vida a un nuevo ser mezclado con el sudor del esfuerzo de despedirse de la suya. Neeja abrió bien los ojos para distinguirlas mejor, a la madre y a la hija, mientras la vieja intentaba cubrir el cuerpo desnudo antes de que los otros entraran. Le habría correspondido hacerlo a Neeja, pero no se atrevía, Asha todavía la atemorizaba; ahora cantaba en voz baja al oído derecho de Barathi mientras tomaba con amor sus manos y, con los dedos, trazaba extraños dibujos sobre sus palmas. El pelo le caía suelto tras la espalda en varios mechones, unos blancos y otros oscuros, y las arrugas de su rostro se adentraban en la carne flácida. Sus labios despellejados parecían de papel.

En otro tiempo, las dos mujeres incluso se quisieron. Por eso concertaron la boda de sus hijos y los casaron a los pocos días de nacer. Sus horóscopos cuadraban, sus castas eran semejantes, su posición y su fortuna en aquellos tiempos también. Ninguna de las familias tenía que mendigar. Con la ayuda de Siva, podrían llegar a poseer su propia tierra. No es posible tener el mundo entero. Luego ya no hubo marcha atrás, ni siquiera cuando se conoció la verdad. Ahora, de aquel afecto solo quedaban cenizas de recuerdos. Neeja sintió clavada en ella la mirada de Asha; la enjuta india no podía soportar que esos ojos la escudriñaran. Debían haberla echado de la aldea hacía mucho, haberla convencido de que siguiera a su marido en su peregrinaje a la Ciudad Santa para purificarse en las aguas de la madre Ganges o, mejor, haberla quemado viva como había ocurrido hacía pocas lunas con esa desgraciada de la aldea de Shivdaspora, a tres días de carro, que, al igual que ella, solo había sabido parir hijas, hasta ocho, y probó así no servir para nada a su nueva familia, en cuyo hogar la habían acogido sin imaginar que les traería esa ruina.

Pero Asha tenía los favores de los dioses; lo había demostrado muchas veces; la última, en el Jantar Mantar, el observatorio astrológico en el que los maharajás, los yoguis y los extranjeros se adentraban a menudo, cuando vio con los ojos de la sabiduría y supo a tiempo que el gran astrolabio de piedra se desplomaría sobre los curiosos. También conocía el poder de las especias, de los mantras y de las piedras, y tal vez otros que pocos se atrevían siquiera a nombrar.

Neeja se aproximó despacio a la puerta y, antes de franquearla, se volvió hacia mí. Yo seguía acurrucada y envuelta en gasa junto al cuerpo de mi madre, mirándola con los ojos muy abiertos, embelesada por la luz que antecedia a los *Devas* guardianes. Ellos la guiarían en su nuevo camino hacia el universo invisible de los muertos, en su paso a través de la abertura que comunica una morada astral con otra. Neeja me señaló con el dedo índice de la mano derecha que concentra energía suficiente para mover las fuerzas del mundo e, infringiendo de nuevo el principio de *ahimsa*, removió sus recuerdos perdidos entre el tiempo y me maldijo ante los ojos rotundos de Siva:

—Jamás amarás. El rostro del hombre al que empieces a mirar con amor será desfigurado por las cuchilladas atroces de la muerte.

Neeja salió de la casa. Un pañuelo violeta le cubría el moño encanecido y parte de la cara ajada, pero Asha le había visto una sonrisa por debajo de la seda. El olor a jazmines se superpuso al hedor de la putrefacción; el cadáver de un perro se descomponía al fondo del patio, sobre las caléndulas aplastadas. Me revolví junto a mi madre y comencé a sollozar entre chillidos. Ya era hora de separarnos en este mundo. Asha me tomó en brazos. Sabía que mi desconcertado cuerpo astral podía haber salido de mi cuerpo físico y tal vez no sabría volver a entrar. Me acunó largo rato y luego acarició mis mejillas. Me parecía a Barathi y tenía la misma mancha clara en forma de media luna encima del vientre. Una hermosa marca plateada. Quizás en ese momento nos habríamos reunido unos instantes; la entrada al mundo interno también se habría vuelto a abrir. Asha sonrió. No debía llorar. Así, su hija conseguiría cerrar antes las puertas del universo material que tal vez tenía que abandonar. Se llevó los dedos a la boca, a la frente y al pecho y recitó mentalmente el mantra para vencer el maleficio. Luego, con una mano me tomó por los pies y, empapando con la otra un paño limpio en lo que quedaba del agua consagrada, me los ungió mientras deseaba para mí otro futuro, tortuoso para una hindú, pero el único posible:

—La esperanza florecerá en un país extraño, al darte en vida a un forastero que consiga reflejarse en el espejo de tu alma.

Yo no obtuve mi nombre hasta el primer aniversario de mi nacimiento, porque mi *namakaran* se llevó a cabo cuando los mayores se reunieron de nuevo para la *shraad*, una vez que el espíritu de mi madre ya había llegado al siguiente nivel de su existencia. Pero a cambio conservé la vida. Mi abuela Asha me llevó consigo y me alimentó con *shubat*, la sabrosa leche de camella que intercambiaba por sus frutas y sus verduras, las mejores de Jaipur. Al principio, ella misma se ocupaba de plantarlas y arrancarlas y las llevaba luego al mercado, pero enseguida empezó a comprárselas a otros. Sabía bien quiénes conocían el secreto de la tierra para cuidarlas de forma que crecieran hermosísimas de los retoños reventones, asomándose desde el suelo o descolgándose de las alturas, y en qué época debía ir a buscarlas. Los campesinos que las cultivaban preferían ofrecérselas a ella porque era quien mejor se las pagaba: seis *annas* por una calabaza y cuatro por una docena de berenjenas. Los chiles verdes se vendían mejor que los rojos, nunca a menos de un *anna*. Después, las exponía en el Gran Bazar, acompañada de los mil olores a cielo, entre los que sobresalían los de la pimienta, el azafrán y el cilantro; de los mil olores a infierno: el del sudor y la suciedad de los infinitos cuerpos arrastrados por el suelo, el de la carne putrefacta de los cadáveres de las ratas entre los puestos, el del combustible de los autos de los *sahibs* que se metían tan adentro que parecían desear subirse sobre los tenderetes; de los mil colores de las mercancías; de las mil texturas y tintes impetuosos de los saris, los turbantes, las *chogas*, los *cholis*, los *kurtas* y los *dhotis* de los paseantes o de los que esperaban una seña para ofrecerles mil y una noches; de los mil gritos de todos, que terminaban entendiéndose mejor por gestos. Casi siempre se las compraban los extranjeros que vivían en la ciudad rosa, la visitaban o la atravesaban. En los últimos tiempos, eran muy numerosos.

Asha dejó de ofrecerme solo leche cuando llegó el momento de mi *annaprashan*, en mi séptimo mes de vida y, tras celebrar la *puja* a la diosa Nirrti, me dio de comer arroz dulce, que tragué sin reparos ante su regocijo. Así, yo probé mi primera comida sólida antes de ser Lila. El día de la asignación de mi nombre, Neeja había pasado ya dos noches expulsando de su cuerpo restos de comida por arriba y por abajo, y su rostro se veía lívido y su cabeza parecía ida, pero su marido decidió continuar con la ceremonia porque el *namakaran* no podía posponerse más: un alma anónima durante tanto tiempo podía perderse y enredar en lo que no debía. No querían que la murmuración pasara de corriente revoltosa a océano endemoniado. Mi carta astral con la posición de las estrellas y los planetas, elaborada el duodécimo día de mi nacimiento, había sido muy incierta y ni el astrólogo ni los más sabios ni los más viejos pudieron desentrañar algunas de sus señales, pero el *panchangam* indicaba que esa fecha era propicia y casi todos los invitados habían llegado ya. Sin embargo, nadie trajo granos de arroz ni dulces que regalar para mostrar su felicidad y proveerme de buen augurio, y ninguna de las vecinas de Neeja tomó las esquinas de mi sari y simuló olas de las que yo emergía, ni tampoco resonaron cánticos con mi nombre ni quiso nadie llenar de flores los altares de las diosas de la casa, ante la ausencia de mi madre Barathi. Solo su espíritu mirándome de cerca. Y a mí me bastaba eso para sonreír, pero a Asha no.

—¿Dónde está tu compasión y la de los tuyos, Neeja? ¿No cumplirás con tu *dharma*? Es tan solo una niña. No ha pecado conscientemente. Si alguien pecó a sabiendas, no fue ella.

Asha ignoró la mirada reprobatoria de los hombres. No se atreverían a echarla ni a recriminarle, también ellos la temían. El miedo hacía que el respeto fluyera de su pecho y de sus manos. Y sabía que Neeja la estaba oyendo, aunque se mantuviera en un rincón, alejada. Al estar enferma, no tenía que asistir a la ceremonia, pero habría podido permitir que alguna de sus nueras ocupara el lugar de Barathi. Asha se dispuso a prepararme. Prolongó el baño un poco más de lo habitual para disolver en él mi falta y me secó con energía. Entonces, sin mostrar mi cuerpecito desnudo, me envolvió con rapidez en una pequeña túnica nueva de un vivo verde esmeralda. Parecía una maharani. Aplicó kohl en mis ojos y en el dorso de mis manos, y en mis pies trazó con henna una hermosa flor de alargados pistilos. Yo sonreía. Mis pestañas de color canela subían y bajaban como colas de pavo real. Luego me mojé la frente y la nuca, me levanté por el aire y me recosté sobre las rodillas del que había sido su yerno. El aroma del incienso revoloteaba entre las cabezas. El sacerdote tomó el pliego con el horóscopo y lo dejó ante las figuras de Siva y de Nirrti, y les dedicó a ellas sus plegarias. También a Agni, el dios del fuego sagrado y de la purificación; a los elementos; a los espíritus y a sus antepasados, en especial a mi madre muerta. Y a todos ellos rezó para que me protegieran.

Aunque sabía que no debía, Asha se alegró de que Neeja estuviera sufriendo. Su magia había surtido efecto de nuevo: bastaron unos trozos de corteza de *neem*; la brisa del árbol de la margosa daba la salud pero el jugo de su cáscara la sustraía. Y su karma se resentiría por ello o quizás incluso algún día sería castigada, pero había caminos que todavía no había conseguido enderezar. También sabía que no lo haría nunca. Logró dominarse y no se rio de su pensamiento mientras el sacerdote bendecía a la cuarta hija de su Barathi añorada. El nombre elegido para la primera había sido Bhuvi, cielo; el de la segunda Bhumika, tierra; y Chandrika, luna, el de la tercera. Todas ellas observaban mientras su padre me elevaba por encima de su frente y me cantaba al oído derecho mi nombre, susurrándolo a través de una hoja de betel: el que Asha había soñado para mí y que el sacerdote completó entonces con mi apodo *nakshatra*, secreto para que mis enemigos no pudieran encontrarme; el de la diosa de la familia; y el del mes y el día en que nací. Su nieta, de la casta de los guerreros, de los *rajputas* como ella, ya tenía nombre en esta vida: Rohini Aditi Lila.

Cada mañana, Asha se despertaba antes de que saliera el sol y pasaba al menos una hora de vigilia cantando, con la voz de Dios, los mantras de los *Upanishads*, los textos filosóficos; o del *Atharva Veda*, los textos mágicos y los encantamientos. Antiguos y bellos como mi inmaduro espíritu aún no podía llegar a comprender. Después se purificaba con un paño mojado en agua limpia, se vestía con la ropa que había lavado la noche anterior y esperaba un rato a que me despertara. Le gustaba mirarme mientras dormía. A través de mis párpados cerrados veía el bien: tenía siempre buen humor, pecho blanco de paloma y manos de mujer. Yo intentaba abrir los ojos a la vez que Asha y, al acostarme, con la cabeza mirando al este, le pedía que me despertara para poder cantar con ella. Pero mi abuela prefería dejarme dormir: aún le parecía demasiado niña.

Solo en algunas ocasiones, si no soplaban el monzón, me avisaba antes del alba, cantábamos juntas y luego bajábamos hasta el río. Allí nos sumergíamos en el agua y me enseñaba a controlar la respiración, el primer peldaño de la gran escalera del yoga que, si lograba ascender, me llevaría a dominar los poderes extraordinarios del alma, los *siddhi*. Pero eso me resultaba muy difícil. Siempre me ponía muy roja antes de abandonar el intento y empezar a aspirar el aire a borbotones por la boca, como había visto hacer en los arrozales a los peces que los campesinos salaban cuando estaban suficientemente crecidos para comerlos si las cosechas no eran prósperas.

Después del baño, íbamos a buscar algunas flores y se las ofrecíamos a nuestra diosa favorita; al dios de la aldea, Surya; y a los genios protectores. Y cada paso hacia la orilla, cada roce del agua fresca sobre mi acalorado cuerpo, cada gota de sudor, cada aspiración del olor de una caléndula, cada pellizco que las piedras me propinaban al deslizarse dentro de mis viejas alpargatas los sentía yo al lado de mi abuela como si, de no poder repetirse nunca más, me fuera a ahogar igual que los peces de plata lejos de su arrozal.

Asha a menudo se sentaba a mi lado y me hablaba de los libros sagrados. Ella no necesitaba un gurú que la comunicara con Dios: ya había entrado en el estado de la existencia en el que era consejera y sabia.

—Los que aman a Siva buscan la armonía. Yo solo debo guiarte en tu educación espiritual, en el respeto y en el amor. También en las cinco prácticas de pureza, devoción, caridad, humildad y buena conducta: pensamiento correcto, palabra correcta y acción correcta. Pero debes levantarte para que pueda cumplir con mi deber. Si sigues durmiendo, jamás aprenderás ni siquiera a andar bien, pequeña perezosa como mona vieja.

Y mi *dadi* me enseñó enseguida que no todo lo que se veía era real ni todo lo real se veía. Me hablaba a menudo de la fe, de la rueda de mi karma, del samsara y del nirvana. Yo no siempre la comprendía: ¿cómo podía haber vivido antes mil veces, cientos de miles quizás, y no acordarme de nada de lo que me había sucedido? Pero entonces escuchaba una risa o una voz que no había oído nunca o descubría un color que no sabía que existía y me parecía recordar de qué rostro habían surgido o en qué flor desconocida lo había visto brillar. Y soñaba mucho, con mujeres y hombres que no vivían en mi aldea, vestidos con ropas diferentes y que, a veces, me hablaban. Aunque yo no les entendía o los oía lejos y me entristecía, porque siempre quería contestarles. Y me cuidaba mucho de lo que pensaba, hablaba o hacía, porque mi abuela me había explicado que todo quedaba incrustado en la semilla de mi karma, el de esta y el de otras vidas, y más tarde o más temprano tendría que responder por ello. Debía seguir la línea recta, la que marcaba la bondad. Entre risas, ambas aprendíamos. Mi abuela era mi guía e iba abriendo mis ojos inexpertos a un mundo nuevo y maravilloso, que inventaba a medias para mí.

Asha había vivido siempre rodeada de mujeres. Desde que era capaz de recordar, solo había conocido tías y primas; también tuvo solo hermanas y todas menos una, a su vez, habían alumbrado hijas de las que aún no había nacido varón. Ella misma era madre de cinco niñas que, estando casadas hacía mucho, todavía no habían traído a la vida más que hembras. No sabía si esa maldición se debía a que, en sus anteriores vidas, hubiera acumulado mal karma; si la diosa Urvashi, la del amor, o Visnú o Siva lo habían querido; si era resultado del mal de ojo sobre los suyos que ella no había sido capaz de neutralizar; o si, simplemente, en su familia no podían o no querían nacer varones. Pero Asha había encontrado dentro de sí una fortaleza tal que le había hecho aceptar con alegría su desgracia y luchar por todas y por sí misma.

La primera vez que sintió esa fuerza suprema fue cuando trajo al mundo físico a su tercera hija. Su suegra y las abuelas y bisabuelas vivas de su marido, e incluso alguna muerta, la habían intentado convencer de que debía deshacerse de ella y de que, si así lo hacía, por fin conocería la inmensa alegría de dar la vida a un hijo varón. Asha se levantó de la tabla cubierta de lienzos de algodón en la que se había recostado tras alumbrar a su pequeña, se enrolló despacio el sari amarillo de recién parida, tomó a su minúscula hija en brazos, la envolvió en un paño limpio y, a pasos cortos, sintiendo aún pinchazos en el vientre y resbalar el líquido sanguinolento por el interior de sus muslos doloridos, fue a colocarse delante del altar de la casa de su suegra. La llama del fuego sagrado titilaba a su espalda y el incienso le picaba en la nariz. El calor emanaba del barro reseco de los muros. Un escarabajo rojo los recorrió de un lado a otro. Asha levantó la cabeza y miró a las mujeres de una en una.

—Ella vivirá, así como cualquier otra alma que me elija como madre y se reencarne en hija mía. Y si me hacéis daño a mí o a cualquiera de ellas, la rueda de mi karma me traerá de nuevo a vuestra familia y mi misma maldición caerá sobre todas vosotras y sobre vuestros hijos e hijas, nietos y nietas, biznietos y biznietas en todas mis muertes y en cada una de las suyas.

A partir de entonces fue también cuando mi *dadi* comenzó a ser maestra.

—Asha, ahora ya estás preparada. Puedo guiarte en el camino de la sabiduría. El cuarto Veda, el de los encantamientos y la magia, no tendrá secretos para ti, como no los tiene para mí.

Su abuela, la vieja Kamala, temida y amada, la que conocía la magia de los magos *atharvanas* escrita en el *Atharva Veda*, pero también la de los nudos y de las ligaduras, la de los *mudras* y hasta la de las especias, llevaba esperando que saliera de la casa varios días con sus noches, porque la media luna clara por encima del vientre predestinaba a Asha a seguir sus enseñanzas. Cuando por fin la vio cruzar la puerta, Kamala le besó los pies. Luego —porque no todas las brujas de la luna plateada aprenden de niñas— la instruyó y, cuando terminó su cometido, murió. Asha comenzó a ver a sus brujas también desde ese momento. Cada una empezaba a vislumbrar el otro mundo en un tiempo diferente, no había reglas inquebrantables y perfectas en el hogar de los muertos como no las había en el de los vivos.

Además de maestra, Asha se hizo lista y junto a su marido, un buen hombre que llegó a amarla más que a nada, buscaron medios de reunir las dotes que necesitarían para casar a sus hijas. Y trabajó mucho a su lado, sin abandonar jamás sus deberes como esposa, madre y educadora en los preceptos, silenciosa reina de su hogar, y en la casa de su suegra la respetaron como en los libros sagrados, en los *Upanishads* y en el *Rig Veda* estaba escrito. Las diosas de su casa. Así consiguió vivir esa vida en paz. Ahora ella solo quería lo mismo para su nueva nieta. Por eso me daba todo su amor y me explicaba con palabras dulces y sencillas su forma de vivir y de rezar y de querer. Yo le hacía siempre muchas preguntas, cantaba con ella entusiasmada y ambas reíamos cuando había que reír y llorábamos cuando había que llorar, pero lo hacíamos juntas.

Asha me enseñó pronto a realizar el ritual diario ante Nirti, la Hechicera. Su altar, que nos afanábamos por cuidar en un rincón del cuarto en el que cocinábamos, era muy sencillo, aunque en él no debía faltar ninguno de los cuatro elementos: fuego, aire, tierra y agua —una pequeña vela encendida, incienso, una piedra y agua fresca—; una campana para hacerla resonar; y su *akasha*: el éter, el quinto elemento que residía en cada ser vivo y era la entrada al conocimiento del círculo de tiempo: al pasado, al presente y al futuro. Siempre debía permanecer pulcro y adornado, listo para las visitas de los alientos de nuestros seres amados y de los agregados y, sobre todo, de los innumerables dioses, que eran muchos y eran uno.

Mi madre a menudo nos visitaba. Nosotras la percibíamos. A pesar de que algunos dijeran que los ancestros no se sentían bienvenidos en altares tan humildes y que, como invitados de honor, había que ofrecerles estancias más amplias y embellecidas, yo sabía que Barathi recibía allí mi amor con dicha y yo absorbía con entusiasmo el que ella me enviaba. Sus besos de espíritu sobre la mejilla me dejaban durante muchas horas el moflete esponjoso, que no me lavaba en días, sin que mi abuela se enterara. Me gustaba llevar conmigo un beso etéreo de mi madre muerta.

Y aun siendo una niña, ya era capaz de verme por dentro, de detener un momento el fluir de la vida y concentrarme en mi alma interior. Podía apreciar lo mucho que amaba a mi abuela y a mi madre, y también a mis hermanas, aunque no viviéramos en la misma casa. Incluso amaba a Neeja, tan diferente de Asha, siempre tan solícita con sus nietos y tan severa con sus nietas; más aún con las mayores, las que ya no se dormían sobre el suelo al pasar horas sujetando las gemas con sus pequeños dedos para cortarlas al cabojón y habían comenzado a aprender el arte del tallado y el pulido de las piedras. Yo deseaba ir a ayudarlas, pero Asha me había pedido que me quedara a su lado porque mis hermanas eran muchas y tenían también a sus primas, pero ella solo me tenía a mí. Y yo, incluso no habiendo depositado

una lamparilla encendida en la corriente del río sagrado nada más que en cuatro *Diwali*, el Festival de las Luces que celebraba el Año Nuevo, ya entendía lo que quería decirme. Porque era tan tierna aún que no era capaz de dormirme si no tocaba la mano blanda de mi abuela, pero ya podía apreciar lo mucho que me gustaba mi vida y que la vivía así gracias a ella.

Aunque me gustó incluso más cuando por fin vi el rostro verdadero de mi madre. Ya la conocía de las historias que Asha me contaba de cuando era tan pequeña como yo y me la había imaginado con unos ojos parecidos a los míos, como el agua del río que pasa bailando sobre las piedras amarillas; una boca grande y roja; el pelo largo y oscuro; y la piel clara, aunque menos que la mía. Mi abuela siempre me decía que era así porque alguno de los bisabuelos de mis bisabuelos había venido de muy lejos, de tan lejos que hasta allá la risa no alcanzaba y aquellos hombres tristes habían llegado a la India buscándola. En algún momento, los dioses se habían confundido al asignarles la casta y la nuestra debía haber sido la de los brahmanes amos de tez blanca, pero ese era nuestro destino y también había que aceptarlo. Una noche mientras yo dormía, sentí hormigas paseándose por mi nariz y el cuerpo astral de Barathi se me presentó por primera vez.

—Lila, no te despiertes. Soy tu madre. Vengo a estar contigo solo un momento. Tengo algo que decirte. Pero si despiertas, no podré hacerlo. Es muy importante.

Seguí con los ojos cerrados. No sabía si estaba soñando o si oía a mi madre de verdad hablando en voz alta y mi abuela se despertaría enseguida. No me notaba los brazos ni las piernas, aunque tampoco sentía la frialdad de estar ya muerta. Pero no quise moverme por si Barathi desaparecía, así que le respondí como si estuviera haciendo yoga, con el alma que pervive solo en el espacio de los sueños.

—¿Por qué no has venido antes a verme? Tengo cinco años o más. Hace mucho que quería conocerte.

—Ya me conoces, me ves con tu corazón. Y me sientes siempre en el altar. Cada mañana te doy un beso en la mejilla y no te lavas en días. Me has visto antes, pero no querías hablarme.

—Nunca te había visto así. Eres muy guapa. Aunque no tienes la piel tan clara como yo. Eso no me gusta. Los otros niños se ríen, la *dadi* dice que es porque ellos son oscuros como la noche escondida en el bosque del tigre blanco y son ignorantes: no saben que sus ancestros eran esclavos de los nuestros. Pero tus ojos son grandes y tus manos parecen tan suaves como el mármol de las figuras que venden en la ciudad.

—Lila, no salgáis mañana hacia el bazar a la hora de siempre. Dile a Asha que te duele la barriga. Ella está ahora ocupada en otras cosas y no ve. Y si insiste en ir, tírate al suelo y llora mucho. Al menos hasta que el patio de atrás se cubra de sombra. Luego podéis ir. Tengo que dejarte. Pero volveré a menudo.

—¿Y por qué no se lo dices a ella?

—Porque he venido a verte a ti. Es contigo con quien quiero hablar ahora. A quien más necesito. Con quien tengo mi deuda. No me fui por estar a tu lado; te debo algo, Lila, algo que renuncié a darte de forma consciente y que no podrás saber hasta que crezcas y entiendas. Pero seguiré aquí mientras tú lo desees.

Dejé de sentir a mi madre y me removí sobre las hojas de palma. Llevé la mano hacia el lado en el que dormía mi abuela y la toqué. Resoplaba. Salí y oriné. Los grillos chirriaban. Yo estaba feliz. Ya nunca tendría miedo de los espíritus. Me volví a acurrucar junto a Asha y continué durmiendo.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, recordé las palabras de mi madre. Tuve que hacer lo que ella me había dicho porque mi abuela me dio una bebida con polvo de raíz de jengibre, me aplicó con las manos el *mudra* para pinchazos en el vientre y a punto estuvo de obligarme a marchar, aunque yo seguía asegurándole que me dolía. Solo al verme tirada sobre el suelo chillando, me miró a los ojos y esperó. No sé si me descubrió. Pero ni las brujas de la luna plateada más antiguas podían saberlo todo.

Cuando llegamos a mediodía al bazar, la gente gritaba y corría en todas direcciones. Un grupo de musulmanes había hecho estallar una bomba, justo a la hora en la que más público y comerciantes se reunían allí, y habían matado a muchas personas, entre ellas un embajador francés que visitaba Jaipur de camino a la nueva curtiduría y varios de sus acompañantes, también extranjeros. Toda la India estaba sacudida por el odio entre las religiones, y ni el ayuno ni los esfuerzos de ese loco demacrado y vestido de campesino que ponía la otra mejilla y que millones de hindúes adoraban como a un Dios —esa alma grande— se mostraban eficaces para evitar sus enfrentamientos. El sitio donde nosotras ofrecíamos cada día nuestra mercancía quedó cubierto de sangre.

El día en que los dioses quisieron que en mi vida cambiara para siempre el influjo de Visnú por el de Siva, me había despertado mucho antes que mi *dadi*. No había podido dormir bien. Pasé la noche soñando. En mis sueños vi paisajes diferentes, gentes vestidas de otra forma, lugares concurridos pero ordenados, en los que las vacas y los *ricksaws* no se abalanzaban contra los caminantes. Vi edificios grandes y demonios *asuras* de metal vomitando humo negro. Vi ríos helados sin personas purificándose en sus aguas ni cadáveres medio calcinados flotando en su camino al nirvana. Vi un manto blanco cubriéndolo todo. Vi soldados vestidos con uniformes distintos de los de los *cipayos* y los *sowares*. Y vi las lágrimas parlantes de muchos que narraban miserias de niebla. Al pasar de una visión a otra, mi terror fue acrecentándose hasta que se le hizo insoportable incluso a mi cuerpo astral y desperté. Entonces oré e intenté dormir de nuevo pero, al poco tiempo, las mismas imágenes volvieron a asaltarme y abrí los ojos otra vez sobresaltada y empapada de sudor.

La luna se apagó tras el ventanuco y oí el batir de las alas de los búhos que volvían a sus nidos y vi una luz azul que parpadeaba tras las paredes atravesadas por el miedo. Y ya mis pequeños párpados no se volvieron a cerrar. Me levanté del suelo, encendí una vela y llamé cien veces al espíritu de mi madre para que me protegiera de las sombras de la luz azul, me aseé y me vestí con el *choli* y la falda de algodón rosa que me ponía siempre para ir al bazar. Mi abuela los había lavado estrujándolos contra las piedras en la orilla del río y me rasparon al rozar mi piel tierna. Me peiné y me trencé el cabello. Me picaban los ojos y no pude concentrarme en mis oraciones. Había procurado no hacer ruido para no despertar a Asha, pero a veces pensaba que ella tenía tantos ojos como Indra y que era capaz de verlo todo: me observaba sentada a mi lado sin que me hubiera dado cuenta. Me acerqué a ella y le toqué los pies.

—Te he despertado. Perdóname. Todavía queda mucho para el amanecer.

—*Namasté*, Lila.

Bajé los ojos.

—*Namasté*.

—No te preocupes, tenemos que levantarnos pronto hoy. Debemos ir a Bimer. Hay un buen trecho. Y, después, llegar a Jaipur antes del mediodía. Nos esperan.

—¿Qué vamos a buscar?

—La curiosidad te hará reencarnarte en gato, pequeña mochuela blanca. Pero eres como yo. No puedo luchar contra la naturaleza. Un sari del mismo rosa que la ciudad. Me lo encargó la mujer extraña que vino ayer al bazar.

—¿La de los dos niños extraños?

—La de los dos niños europeos. Si el padre es europeo, los hijos son europeos. Y los europeos son gente extraña. Y también impaciente. No saben que todo lleva su tiempo. Por la noche supe que ya habían terminado su sari. Pero debo recogerlo y llevárselo en el mismo día. No quiero defraudarla ni que busque otro vendedor. No regatearé demasiado. Se aloja en una *haveli* del maharajá de Jaipur y, cuando me preguntó si podía conseguirle uno como el de la maharani, no se molestó en conocer su precio. Tampoco vino con su marido. Ella decide. Espero que Chandresh y sus hijos hayan hecho un trabajo igual de bueno que siempre. Sus tejidos y sus tintes son los mejores, por eso suele venderlos para la tienda de Rampertap Gobindram, en el Bazar de Tripolia. Pero ellos les pagan mucho menos. No sé por qué no los venden por sí mismos. No se puede salir de los demás si no se sale de uno primero. Y parezco una vieja parlanchina. Pero me miras como si supieras mejor que yo lo que significa lo que te cuento.

—*Dadi*, ya soy mayor, sé que Chandresh es el mejor. Y también sé qué significa lo que dices. Quieres que la *sahib* esté contenta con lo que le vendes.

—Su hija tenía tu altura e incluso todos los dientes, y casi todo el tiempo la llevaban en brazos. Si los hijos de los *sahibs* no están atareados hasta que se casan, nuestros hijos tampoco deberían. Pero ellos llevan ropas caras y viven en palacios, así que puede que sean como los maharajás. Y mi nieta tiene que ayudar a su abuela en el bazar. No sé si lo desean de ti los dioses, pero no quiero dejarte sola, estás mejor a mi lado. Tenemos que darnos prisa, nos iremos enseguida.

En cuanto tuve edad para seguirla por los caminos y sentarme quieta a su lado a la espera de clientes, Asha me empezó a mostrar cómo podía ganarme la vida. Sabía que solo tendría hijas, como ella y como Barathi y mis tías, y debía prepararme, a pesar de ser mujer. Mis ojos de caramelo y mi inusual desparramo prudente atraían el interés de los compradores mucho más que la mercancía, y mi sonrisa viva y honesta ablandaba sus corazones y abría sus bolsillos más que la tersura y el brillo de la piel de los pimientos, las berenjenas, las coles o los guisantes; más incluso que el colorido y el olor dulce de mangos y papayas. Muchas otras llevaban con ellas a sus hijos y a sus nietos, pero yo aprendí a hablar el idioma de los *sahibs* enseguida y pronto me convertí en la mejor intérprete para superar las lagunas lingüísticas de mi abuela y en la vendedora más próspera y buscada de todo el bazar.

Hacia mucho tiempo ya que, en ocasiones, si la mercancía o los clientes escaseaban o si alguno nos las encargaba, entusiasmado por la labia y la frescura equilibrada de la chiquilla que se las ofrecía, vendíamos también telas o ropas que conseguíamos en los alrededores. Los tejedores nos conocían porque los campesinos de sus aldeas nos vendían lo que cultivaban. Al principio, Anil, mi abuelo, se había encargado de ir a buscar las prendas. Los hombres confiaban más en él. Después, comenzó a llevarse a Asha, aunque seguía siendo Anil quien hacía los tratos. Pero cuando él se fue, se acostumbraron pronto a relacionarse con ella. Dejó de importarles tratar con una mujer en cuanto les demostró que podía conseguirles el doble de beneficio que otros intermediarios. Asha siempre se dirigía a ellos mirándoles donde les nacía el cabello y, en presencia de sus esposas, esperaba a que terminaran de hablar antes de responderles y cuidaba el lenguaje de su rostro, de sus manos y de su cuerpo para no herir su sensibilidad.

Si alguno de los tejedores terminaba una prenda que le parecía suficientemente hermosa, la guardaba hasta que Asha aparecía por allí o incluso mandaba a buscarla. Cuando ella la vendía en el bazar, compartían las ganancias. Todos confiaban en su palabra. Jamás había engañado a nadie ni dejó de entregarles sus rupias, que muchos se apresuraban a gastar en el figón o en el juego. Su marido no, Anil siempre había sido un buen esposo, justo y devoto.

Aún recordaba Asha el día de su boda, cuando lo vio por primera vez. Era un indio de ojos azules, el color del infinito y de la sombra de la luna, y ella jamás había visto ojos semejantes en la cara de un hindú. Permanecía tan serio y tan huraño a su lado que mi abuela sintió miedo, pero se le apaciguó en cuanto se dio cuenta de que él la observaba con el mismo temor revelado en el sudor de sus palmas. Más tarde, en su noche de bodas, la primera que pasó alejada de su madre en sus doce años de vida, Anil se le acercó con respeto y fue paciente y después la acarició con fascinación, pero con calma, aunque pronto terminó enseñándole que los dioses y las diosas eran sabios y que ellos podían imitar en la intimidad muchas de las posturas para amar que las estatuas de las divinidades practicaban en sus templos y, además, que el apetito de la carne era más fácil de saciar que el del estómago; a veces más virulento, a veces más dulce.

Anil había sido un marido fiel y respetuoso. La dejaba salir de casa aunque no fuera al bazar o a recoger la mercancía, no la pegaba, no la obligaba siempre a cargar los cántaros con el agua que las otras mujeres traían sobre la cabeza desde la fuente o el río, la dejaba dormir a su lado en el único lecho de su casa después de haber gozado juntos, cuando a ella tanto le gustaba abrazarse a su cuerpo fibroso y febril. Y nunca le reprochó que solo le hubiera dado hijas. Anil aceptaba su destino como pocos hombres lo hacían. Su sonrisa era limpia y su mirada hermosa. Ella estaba segura de que esta sería su última vida antes de que se librara del *samsara* y alcanzara la sabiduría plena del *moksa*, y de que, en la última etapa, la del *sanyasa*, la abandonaría para partir hacia la ciudad sagrada. Por todo ello había llegado a amarlo como al agua potable. Ahora, cuando me hablaba de él, Asha sabía que Anil aún no había muerto y seguía sumergiéndose en la madre Ganges. Sería así mientras ella sintiera su presencia en el mundo físico y no de la forma en que percibía la de Barathi. Yo no lo había conocido, pero tampoco podía verlo aún en el altar ni vagabundeando a mi lado como espíritu, y mi abuela quería que, si se me aparecía, supiera quién era y no sintiera miedo. Y no todos en la aldea ni en la familia de Neeja aprobaban que viviéramos así, las dos solas, pero Asha sabía cómo acallar sus mentes y sus lenguas, y cómo desviar sus miradas.

Mi abuela y yo salimos hacia la aldea a recoger la prenda que debíamos llevar a la *sahib* de la ciudad. La familia de Chandresh llevaba tejiendo desde antes de que nadie conocido hubiera abierto los ojos por primera vez. El hijo mayor le envolvió el sari en un papel marrón y se lo puso en las manos. Luego se metió dentro y cerró la puerta sin despedirse. Aunque no podían entender cómo ella conseguía siempre pagar mejor por la mercancía, le mostraban más respeto cuando volvía con el dinero. Yo ya no me paraba tanto por el camino, mis piernecitas eran más fuertes y largas, y llegamos a Jaipur antes de lo previsto. Muchos perros parecían desmayados sobre el polvo en los rincones, ansiando encontrar una sombra que no siempre bastaba para sobrevivir. Yo observaba sus ojos curiosos. Alguno debía de haber vivido antes en el cuerpo de una gran libélula de alas plateadas. Atravesamos el gran jardín que llevaba hasta la *haveli*. Un sirviente de mirada triste y dientes enrojecidos como si

hubiera estado masticando *paan* un instante antes abrió el portón y nos hizo esperar en el vestíbulo. Me dolían los ojos de abrirlos tanto para mirar a mi alrededor. El sol majestuoso resplandecía menos que los adoquines, las paredes y los techos de aquel lugar.

—Debes mostrar respeto, Lila. Baja la vista al suelo y no te muevas de mi espalda. Parece que quieras comértelo todo.

—¿Es así el cielo, abuela?

Asha se rio. Sí, así era el cielo. De los maharajás en vida.

—El cielo lo llevas en tu corazón. Todas estas cosas no te cabrían ni te servirían de mucho allí.

—¿Mi madre vive en un lugar como este?

—¿Tu madre?

—No se ha reencarnado aún. ¿Contigo no habla?

Una niña de pelo amarillo entró corriendo en la sala y se escondió detrás de un ficus que ocupaba lo que el cuarto donde Asha cocinaba. Se puso un dedo en los labios y me chistó para que no la descubriera. Enseguida apareció el niño que iba pegado a las faldas de la mujer el día que nos buscaron en el bazar. Llevaba el pelo despeinado como un mono despiojado. Me dijo algo. Miré a mi abuela.

—Mal vamos si tú no lo entiendes. Creo que no son británicos.

—¿Puedo hablarle, abuela?

—El te ha hablado a ti.

Mis ojos se encendieron. Me acerqué más a él. Cambié el rajastaní por el inglés y el hindi, como hacía con los extranjeros que compraban en el bazar, junté hacia arriba las palmas y me las llevé hacia la cara al tiempo que inclinaba un poco la cabeza.

—*Namasté*. —Elevé la vista y observé al hombrecito que me examinaba inquieto—. No te entiendo. ¿Hablas inglés? Yo me llamo Lila.

—Yo, Gabriel. ¿Has visto a mi hermana?

Yo no había escuchado nunca ese acento tan raro. Como si tuviera dentro de la boca un puñado de bayas rojas. Hablé más despacio al crío de piel más clara que la mía.

—No. No la he visto. ¿Por qué tendría que haberla visto?

—No te he dicho que tuvieras que verla, solo te pregunté si la viste. Noa es una tramposa. Pero tiene que estar por aquí. Cuando la pille...

No le escuché terminar la frase. Dos mujeres abrieron la puerta de la sala pero aún se quedaron un rato charlando entre ellas, como si no se percataran de nuestra presencia.

—No lo entiendo, Rachel. Siempre igual. Hasta en esta calurosa y fantástica ciudad perdida de la mano de Dios hay una iglesia católica, otra presbiteriana con dos misioneros y, por supuesto, una anglicana. Pero no tienen sinagoga. Aunque a mi querido marido no le parezca importante. Mi suegro se enfadaría mucho si se enterara. Y mi suegra...

—Yo ya estoy acostumbrada, Katerina. Bien pensado, no es tan malo. La India es un lugar fabuloso si estás del lado apropiado. Aquí no hace falta rezar tanto, los dioses andan por la calle.

—No sé cómo he accedido a esto, la verdad, tenía que haber dejado que Fernando jugara él solo a los exploradores. Por supuesto que me convenció porque estabais aquí, que si no... Ese primo suyo podía haberse quedado en su casita, que mira qué ocurrencia. Si quiere entrevistar a Gandhi o seguirlo al fin del mundo, que deje en paz a los demás, ¿no crees? Pero la culpa la tuvo mi marido, mira que traernos aquí a todos solo para cazar tigres y acompañar a su primo. Es increíble. Se lo diré a Víctor personalmente cuando lo vea, pasará aquí un par de días, con uno de sus compañeros del periódico, antes de reanudar su viaje para seguir las desventuras de ese señor.

—La experiencia de Rantambhore es inolvidable. Tendrías que haberte atrevido a acompañar a Fernando. Yo no tuve la fortuna de ver matar a ningún tigre, pero no me arrepiento de haber ido cuando se dio la oportunidad: los paisajes son inolvidables y los animales increíbles. El maharajá es una compañía muy especial y mi marido le proporciona pingües beneficios, ya has visto cómo nos trata. Y te agradezco mucho que aceptaras nuestra invitación, os echamos de menos. Entre tú y yo, esos británicos son unos estirados. No me extraña nada que Gandhi y los suyos los estén fastidiando. Tampoco me extraña que llame la atención en Europa. Ese hombre es fascinante. Y sus ideas, de lo más raro. El primo de Fernando va a estar muy acompañado, allá por donde va le siguen centenares de periodistas y miles de indios. — Rachel arrugó la boca en una graciosa mueca que a Katerina le recordó cuando, de niñas, su hermana se esforzaba por recordar algo—. Mahatma Gandhi es un personaje muy peculiar. Y el boicot que ha ideado con las ruecas, todo un espectáculo. Miles de indios por todo el país se plantan en mitad de la calle, sacan un cachivache de esos y se ponen a hilar algodón para no comprar el que los británicos traen de Inglaterra y Escocia. Están haciéndoles mucho daño, menos mal que no les interesan también las pieles. De momento nuestro negocio está a salvo. Y deberías convencer a tu marido de que acepte el ofrecimiento que le hizo el maharajá para explotar con nosotros la nueva curtiduría. Hay muchas posibilidades de hacer dinero en esta tierra. Aunque los niños terminan resintiéndose.

La niña salió de detrás del ficus y su hermano saltó a su lado y la agarró por el brazo.

—¡Gabriel! ¡Noa! ¡Qué modales son esos! Estáis asalvajados. Llevamos fuera de casa apenas tres meses y ya parecéis nativos.

—Hermana —murmuró Rachel a Katerina—, te olvidas de la visita que estabas esperando. No sé por qué no me hiciste caso y aceptaste el ofrecimiento de la *rani* Naisha. Sus tejedores son exquisitos. A ver qué te trae esta indígena.

Katerina se limitó a sonreír. Hacía tiempo que había desistido de explicarle sus razones. Se acercó a nosotras. Sus hijos no dejaban de darse codazos.

—*Namasté* —la mujer se dirigió a Asha—. Disculpe mi despiste, tanta luz no me deja ver bien. Es un país muy bello el suyo, pero hay demasiada claridad para una persona que ha vivido siempre al este del río Moldava, en mi querida Praga, o como mucho al norte del Támesis. Aunque supongo que no sabrá de qué le hablo. Discúlpeme otra vez. Veo que por fin me ha traído lo que le pedí. ¿Puedo verlo?

—Por favor, es para usted.

Asha desplegó los once metros de sari creando varios dobleces para que cupieran extendidos sobre el inmenso diván de seda beis con damasquinado de flores. La mujer se llevó las palmas a las mejillas.

—¡Qué hermoso! ¿Puedo probármelo? Fernando no se creerá que haya comprado esto, pero si él puede cazar tigres y dejarme aquí esperando a que vuelva como si nada, yo puedo comprar una maravilla india como esta.

—Una prenda bella para una mujer bella. Pero tiene que quitarse esa ropa. El sari se lleva pegado al cuerpo. Este corpiño es el *choli*. Puedo enseñarle a ponérselo, si lo desea. Hace juego con sus preciosos ojos.

—Si me lo permite, me gustaría hacerle una pregunta. Yo creía que en la India todas las mujeres llevaban saris. Pero aquí en Jaipur casi todas se visten con un corpiño y una falda como los suyos.

—La India es muy grande, *sahib*. Yo he vivido siempre en Rajastán, pero aquí, en la capital, las mujeres suelen llevar el *choli* y una falda o unos calzones. O bien la túnica que llamamos *kurtah*, larga o corta, y un pañuelo. El sari se reserva para las ceremonias y los momentos importantes. Los hombres tampoco visten *dhotis* sino pantalones, la túnica, una capa o *choga* y turbante. Aunque los buenos tejedores saben trabajar todas las prendas. Este sari lo ha confeccionado para usted la mejor familia de tejedores de Rajastán. Es el más hermoso que podría encontrar. Pruébeselo, señora, verá que no le miento. Digno de una maharani.

Katerina acarició la seda, nunca había tocado ninguna así de suave.

—Rachel, ¿sabes cómo se pone esto? Es más amplio que una sábana. Me perderé dentro.

—Lo siento, hermana mía. Yo sigo prefiriendo la ropa occidental. Creo que estás algo chiflada. Pero las afortunadas que tocan el violoncelo como tú pueden permitírselo.

—¿Te importa si pasamos a la alcoba? La niña puede quedarse aquí con mis hijos. Yo sola no podría ponerme esto ni en mil años.

—Si a ti te parece bien, yo no tengo nada que objetar. —Rachel bajó mucho la voz—. Si yo tuviera hijos, no los dejaría a solas con una de estas indígenas ni por todo el oro del mundo, que a saber qué puede tener, pero a ti te encanta eso de la mezcla de razas. Y tú eres la que siempre tiene razón. Tú verás lo que haces. Ya sabes cómo llegar. Y si te pierdes, pregunta a alguno de mis criados, nosotros te esperamos aquí. Ven a enseñarnos lo guapa que estás cuando te lo pongas.

Asha me despegó de su espalda y me encomendó con la mirada que fuera noble, recogió el sari y siguió a Katerina a través de varios pasillos bajo techos abovedados hasta llegar a su habitación. El mármol frío del suelo le entumecía los pies. En ese palacio no se podía sentir la caricia de los ancestros que emergía de la tierra.

—Me llamo Noa. Gracias por despistar a mi hermano antes. Le he ganado el juego. No ha conseguido encontrarme.

—¡Ja! ¡Mentira! Claro que sabía dónde estabas —dijo el niño.

Su tía miraba distraída el jardín. Pero enseguida salió y dejó a sus sobrinos a su aire.

—Solo he disimulado para poder hablar con este bicho raro.

—Mamá dice que no son bichos raros. Que son personas como nosotros. Todos somos hijos de Dios, Gabriel. Es pecado hablar así.

—Déjame de pecados, a la India no llega Jehová, Jesucristo ni ningún otro dios que me importe.

—¡Gabriel! Vas a arder en el infierno. —Noa se acercó más a mí—. No recuerdo cómo te llamas. No hagas caso a mi hermano, es idiota.

—Me llamo Lila.

—Un nombre muy bonito. Es una flor.

—Lila significa «jugar» en hindi. Mi abuela soñó mi nombre para mí, para que pueda disfrutar de cada instante que pase en este mundo, pero sin dañar a ninguna de sus criaturas. Es gracia, armonía, belleza. Es aceptar, es entregarse a los otros, es confiar. Es el corazón puro. Lo dice siempre ella en sus oraciones. Yo también, a veces.

—Qué cursi. Tu nombre y tú.

—No hagas caso a mi hermano, Lila. Tu nombre es precioso. ¿Todo eso significa? Pues yo no sé lo que significa el mío.

—Tonta, significa tonta.

—Es un estúpido. Ven conmigo. Te enseñaré mi habitación, es como un palacio de muñecas. Más grande incluso que la de nuestra casa nueva en Praga.

—No puedo. A mi abuela no le gustaría.

—Tu abuela no está aquí, ¿no? Entonces no puede enfadarse. Luego le diré que yo te invité y seguro que no le importa. Mi madre se lo dirá también. Os dará de merendar. Suele hacerlo, le gusta saber cosas de vosotros. No es como mi tía Rachel. ¿Sabes?, mi madre dice que ella os tiene miedo y que yo no debo tenerlos porque sois igual que nosotros. Aunque vuestros dioses sean diferentes de los nuestros. Ellos se llevan bien en el Cielo. Así que nosotros debemos llevarnos bien en la Tierra.

—Tu madre entonces conocerá a la mía. A mí también me cuenta historias parecidas.

—¿Vendrás a verme otro día? Nos aburrirnos mucho aquí dentro. ¿Podrías llevarme al río? Gabriel se escapó el otro día con el hijo de Kalid, el jefe de los cocineros, pero los muy estúpidos no me dejaron ir con ellos. Me habría gustado que los pillaran. Yo también soy mayor, solo me lleva un año, pero no me deja hacer casi nada.

¿Me prometes que vendrás? Te regalo esa muñeca que llevas en la mano. Es tuya. Pero tienes que venir otro día a jugar. A mi madre no le importará, te lo prometo.

—Mi abuela tiene razón. Los europeos sois extraños. Y hablas muy deprisa. No sé si ella me dejará venir aquí sola, pero vamos al bazar a menudo. Si la ayudo mucho, quizá me permita visitarte. El río está muy lejos para que yo pueda llevarte, pero conozco otro lugar más cerca que te gustará mucho. Puedo traer a Rahul, él nos servirá de guía.

—¿Quién es Rahul?

—Quién va a ser, el que será mi marido. Nos casaremos pronto. Mi abuela dice que tendré que esperar unos años más, hasta que termine de reunir mi dote, pero que lo elegirá para mí. Ella no es como las demás abuelas.

—¿Ya vas a casarte? Pero... si eres una niña... Las niñas no se casan. Solo las mujeres. Tú sí que eres un poco rara.

Me di cuenta de que tal vez había dicho demasiado; al fin y al cabo, Noa era una extranjera. Pero me había caído muy bien. Sus ojos azules debían de ser como los que Asha me había contado que tenía mi abuelo Anil, del color de la piel de Visnú. Yo no los había visto nunca hasta que la conocí. Me sobresalté al oír a Katerina mientras se aproximaba hablando sin parar desde el fondo del larguísimo pasillo y la muñeca se me cayó al suelo.

—Noa, te prometo que intentaré venir a verte pronto.

Cada día, después de purificar nuestros cuerpos, debíamos purificar nuestra casa. Yo remoloneaba siempre antes de seguir a Asha.

—Los que aman a Siva mantienen limpio su hogar para que los señores del mal y las fuerzas negativas no estén cómodas en él, Lila. Toma esta escobilla y barre, pequeña mochuela blanca.

Entre las dos, restregábamos minuciosamente cada rincón con estiércol y luego abríamos las puertas que daban al patio y a la calle y retirábamos los dos ventanucos para que los rayos del sol y el aire fresco revolotearan por el interior, buscaran los malos humores y se los llevaran. Ellos se iban contentos y dentro de nuestra casa de tierra y paja olía a espacio-sí, que era lo contrario a espacio-no, cuando todo estaba sucio y desordenado. En el espacio-sí se podía oír la risa de las paredes y de los suelos. Se confundía con la de mi abuela, aunque ella reía siempre más alto y con la boca muy abierta.

Cuando el hogar estaba limpio y libre de ánimas maléficas, nos esmerábamos por adornarlo. A menudo, unas flores o unos pétalos esparcidos por los rincones y ante el altar bastaban. La belleza está en nuestros ojos y no siempre podía estar más lejos. Sin embargo, en ocasiones especiales, decorábamos el suelo con dibujos *rangoli* en forma de rosas u otras flores. También nos gustaban los pavos reales y las mariposas. Mediante rayas continuas, para que los demonios no pudieran aprovechar los huecos de las líneas quebradas y entraran por ellas y se apoderaran de la casa, trazábamos las formas y luego esparcíamos especias, hojas o polvo de arroz de al menos cinco colores para rellenarlas. Los bellos dibujos permanecían allí hasta que se desintegraban en la tierra, aunque yo sabía que, en realidad, se los llevaban los espíritus buenos para embellecer también su hogar, porque ellos no sabían dibujar; me lo había contado Asha.

Luego, adornábamos a nuestra diosa preferida, la cambiábamos de vestido y le ofrecíamos flores, encendíamos velas y quemábamos incienso. Asha repetía a continuación las sílabas de los mantras del derecho y del revés. Yo no había sido aún capaz de aprendérmelos, aunque no dejaba de intentarlo. Me maravillaba ver a mi abuela cantando como dormida pero muy despierta, porque si se me escapaba la risa al observarla así o me despistaba persiguiendo con la vista una mariposa de alas atigradas, Asha enseguida abría los ojos, me reprendía con la mirada y volvía a comenzar. Al finalizar, echaba agua consagrada sobre las figuras y repetía los cantos mientras juntaba los dedos pulgar e índice y levantaba las manos. Solo cuando habíamos concluido podíamos ocuparnos en otras tareas que me parecían menos divertidas, pero en las que también me embarcaba con la felicidad de quien se sabe acompañada y querida en cada instante de su minúscula vida.

Ese día íbamos a ir hasta más allá de las rocas del Fuerte Amber, donde crecían las plantas de *karabi*. Sus flores rosadas se abrían por miles. Eran las que más me gustaban, mucho más que las blancas o las rojas. La última remesa de trabajadores de la curtiduría había traído de la mano —junto a las trifulcas a oscuras, las caricias furtivas y los tratos arreglados por mediación de las rupias recién cobradas— a numerosos aldeanos y a muchas más aldeanas contagiados todos de sífilis y algunos también de lepra, y las hojas puntiagudas y duras de *karabi* conseguían calmar el picor y el dolor, al menos al principio. También aplacaban otros males de la piel frecuentes en esos días en los que el tiempo era tan seco y pegajoso que los cerdos se revolcaban en sus propios excrementos para aliviar el calor y la sed.

Asha iba a aprovechar bien el paseo: el *baba* Ishaan había ido a verla la tarde anterior y ella se había comprometido a ayudarlo. Necesitaba una cura para las almorranas que llevaban días martirizándolo. Yo me había reído mucho escondida tras la falda de mi abuela cuando entró en la casa patizambo. Sus mofletes estaban demasiado sonrosados y su estómago mucho más hinchado de lo habitual, aunque el anciano indio desvergonzado siempre había tenido demasiada grasa en la barriga, tan bien alimentado estaba gracias a que todos acudían a él para pedirle dinero cuando tenían necesidad y él, gustoso, se lo prestaba a cambio de reclamarles siempre mucho más de lo que les ofrecía. Pero eso a Asha no le importaba, ella no juzgaba, solo hacía lo que sabía hacer, tanto en el bazar como en su casa. El viejo había ido a pedirle un remedio y ella lo ayudaría a deshacerse de esos molestos bultos rosas que le hacían andar igual que una gallina clueca, aunque sin plumas, y con grititos cual cacareos, como si el anciano estuviera intentando poner un huevo y no pudiera o, peor, como si ya lo hubiera puesto.

Hasta llegar donde el *karabi* crecía, tuvimos que recorrer un largo trecho por el camino que pasaba junto al extenso lago. En sus aguas se reflejaba el palacio de Jal Mahal, abandonado hacía muchos años por los muertos y también por los vivos, excepto cuando alguno deseaba saciar su sed. Hacia semanas que las flores habían brotado y cerca de las aldeas apenas quedaban; muchas mujeres utilizaban su jugo para envenenar a sus recién nacidas. Junto a las puertas de sus casas quedaban tirados los pétalos hervidos y exprimidos que nadie se había molestado en esconder mucho más que los pequeños cadáveres. Al rodear el imponente edificio invadido por macacos que ansiaban una sombra, Asha se detuvo. Sus ojos se quedaron fijos en la nada y la cabeza se le fue un instante. Durante un momento, no supo quién era ni dónde estaba y se tambaleó lo suficiente como para que yo me diera cuenta de que parecía a punto de caerse. Me abracé con fuerza a su cintura y le grité:

—*Dadi, dadi*, ¿qué te ocurre?

Asha volvió a ver el agua turbia del lago, pero sus manos se le habían quedado tan frías como la mirada de los caimanes en el estanque.

—Tenemos que regresar enseguida. Tengo que ver a Denali.

—Pero, *dadi*, ¿no necesitabas las hojas y las flores para esta tarde? El viejo Ishaan volverá luego para que lo ayudes, ¿no lo recuerdas?

—Lo sé, pero ahora tenemos otras cosas más importantes que resolver. Hazme caso y camina deprisa. —Mi abuela avanzaba ya dando pasos de camello y, con cada uno, su rostro se ponía un poco más lívido—. No sé si llegaremos a tiempo.

—A tiempo ¿de qué?, *dadi*. ¿Qué está pasando?

Pero Asha cerró su boca añosa y, aplastada por las sombras de la sabiduría, me tomó de la mano y anduvo lo más rápido que sus piernas arrugadas, aunque delgadas y fibrosas aún, le permitieron. Dos vacas se habían apostado frente a la puerta de la chabola de Denali y nos miraban con parsimonia, pero mi abuela las apartó de unos manotazos en las orejas y varios tirones del rabo. Dentro, la mujer cocinaba ante el fogón, con el altar a su espalda en una esquina y un bulto de paja amontonada en otra.

—Denali, ¿dónde está tu hijo Mishka?

—*Namasté*, Asha. Sé bienvenida a mi hogar. ¿Por qué preguntas? Mishka salió a jugar esta mañana con sus hermanos. Estarán por ahí, zascandileando, no hay un árbol que el viento no haya sacudido. Hace meses que no cae agua y los campos están sedientos. No pueden trabajar.

—Tienes que mandar a por él enseguida, le oigo gritar. Está en peligro. Vamos.

—No puede ser, sus hermanos habrían venido a avisarme. ¿Estás segura?

—Como que te llamas Denali y tienes siete hijos, todos varones. Sus hermanos mayores lo han dejado solo y se ha caído a un pozo. Lloro.

La mujer se llevó al instante las manos a la cabeza y sus gritos traspasaron mi mente; parapetada tras mi abuela, yo la observaba. Era joven aún y su *bindi* rojo a la altura del sexto *chakra*, el de la sabiduría, brillaba entre sus enormes ojos umbrosos. Al escuchar los gritos, varios hombres entraron. Denali dejó de chillar y se acercó con rapidez a uno de ellos, el más anciano, y le besó los pies. Él le tocó la frente.

—¿Qué te sucede? ¿Qué puede ver el ciego aunque lleve en la mano la mejor lámpara? Habla, antes de que te quedes tú sin voz o yo sin oídos.

Entre las lágrimas, ella le contó con aspavientos de pantera madre.

—*Baba*, Asha ha venido a avisarme de un mal de Mishka, debemos hacerle caso e ir a buscar al niño.

Asha se acercó a ambos y miró a Denali a los ojos, enrojecidos como el polvo de Madrás.

—Estáis tardando mucho. Mishka os necesita ya. Aún está vivo.

El viejo olfateó a mi abuela. Olía a verdad. La conocía desde hacía tanto tiempo que no podía recordar si alguna vez no había estado allí. Si ella hablaba, debían escucharla.

—Guíanos, tu instinto es certero y tus palabras no engañan nunca.

—Deja de alabarme y mueve rápido tus posaderas, el niño no aguantará mucho. Lo veo en un agujero muy hondo de donde no puede salir.

Atraídos por los gritos, muchos hombres se habían acercado a la chabola. También algunas mujeres y niños. Los adultos hablaban entre sí en una retahíla de voces agudas y los críos se apostaban sus tesoros, varias piedras blancas y lisas, a averiguar quién había muerto. Cuando el abuelo de Mishka explicó que debían seguir a Asha enseguida para buscar a su nieto, niños, perros, monos y viejas corrieron tras ella, que se había vuelto medio ave por arte de brujía. Pero al pasar junto a la casa de Neeja, esta salió y les espetó desde su puerta.

—¿Adónde vais tan apurados? ¿Es que acaso algo se quema? No tenemos ningún incendio desde que los porteadores quemaron las barracas de los *zemindars* porque no se las querían alquilar a un precio razonable.

—Asha nos guía, dice que Mishka está en peligro —le respondió el abuelo del niño.

—Me sorprende que hagáis tanto caso a esta pobre vieja. El crío estará enredando por ahí, como todos los que son de su calaña y tienen su brío.

—No hay tiempo para esto, Neeja —le replicó Asha sin mirarla—. Si hablas, procura que tus palabras sean mejores que el silencio. Seguidme o el niño morirá.

Neeja se rio.

—Qué bien te hace tenerlos a todos amedrentados. Buenas rupias te sacas después, a costa de su estupidez y de su miedo. Pero a mí no me engañas.

—Hacedme caso, el niño os llama. Puedo sentirlo —insistió Asha.

—Eres una mentirosa, deberíamos untarte la cara con boñiga por intentar que vivamos en el temor. Algún día yo lo haré, si los demás no se atreven.

Asha miró a la madre de Mishka y la tomó de las manos. Le habló bajito; sus palabras robaban el sosiego.

—Denali, si no me crees, no vayas, pero te traerán a tu hijo muerto. El pozo donde se ha caído está junto al estanque de los caimanes, en el camino antiguo de Jaipur, el que cortan ahora las vías del monstruoso tren.

Los hombres más fuertes y rápidos tomaron la dirección que Asha les había indicado mientras las mujeres quedaron rezagadas con los niños que no fueron capaces de seguirlos.

Yo no dejé de observar a las dos ancianas; cada día que pasaba, sus ojos se sostenían la mirada un poco menos. Neeja escupía el odio que sentía hacia Asha con cada grito.

—¡Vieja mentirosa! No puedes vivir sin saber que los demás te temen, ¿eh? Basta ya...

El *baba* de Mishka las agarró por los hombros como si fueran dos gallinas de pelea y estuviera a punto de soltarlas para que se desplumaran entre sí.

—Siempre estáis igual, quién os ha visto y quién os ve. ¡No puede haber tanto que os separe! Arreglad de una vez vuestras diferencias y dejadnos vivir en paz.

Neeja, eres libre de no creer a Asha, pero el que puede estar en peligro es mi nieto. Guárdate la lengua y cómete tu bilis, y escupe la duda cuando sea alguien de tu propia sangre el que corra el riesgo.

Neeja se cobijó bajo el dintel de la puerta de su casa, la única de madera de palo de rosa que había en la aldea. Asha se acercó y aproximó su cara a la de ella; le habló en voz baja, acercándose mucho a su oído.

—Tu alma está negra, igual que tus manos. Negras de haber renegado de ti y de los tuyos. Deberías ocultarte en lo más recóndito de tu cueva y no salir de allí nunca.

Neeja se apartó y la miró de frente. Era un toro bravo. Se carcajeó con desdén.

—¿Tú te miras alguna vez a un espejo? ¿Te ves en las aguas del río? ¿En algún lugar donde se refleje tu imagen? Has envejecido, todos te han abandonado, solo esa niña que debió morir al nacer te acompaña, sobrevives porque sabes engañar a la gente ¿y te permites darme consejo? Me respetan y vivo mejor que tú. ¿Por qué debería creer que puedes instruirme?

—Te respetan porque no saben verte dentro como te he visto yo. Pero tu karma te perseguirá. Violaste la Ley Universal y pecaste contra el *ahimsa* y tendrás que pagar por ello. En alguna de tus vidas lo harás.

—No sé de qué me hablas. Yo cumplo mis obligaciones. Todos lo saben. También los dioses.

—Tus poderes fueron lo menor que perdiste, Neeja, lo peor fue que renunciaste a la fuerza de las mujeres de la luna plateada, a la bondad para ayudar a otros.

—Cada uno debe ayudarse a sí mismo, vieja loca. No hice nada que no hagan muchas cada día, es ley de vida, es ley de muerte. Y no sufrí ningún castigo. No siempre ocurre. Yo fui más fuerte.

—Tú podías haber vivido de otro modo, no eras como las otras, eras como yo, como Barathi, como Lila. El precio que pagaste por tu ambición sigue siendo muy alto.

—Volvería a saldarlo igual. Yo no necesito lo mismo que tú, Asha. No me arrepiento.

Pero Neeja agachó la cabeza. Había veces en las que sí se arrepentía, cuando echaba tantas cosas de menos que le dolían los ojos y el pecho: las risas; los abrazos; las canciones al bajar a lavar al río todas juntas con su madre, su abuela y sus tías; el hormigueo en el vientre, sobre la marca de luna, cuando las dos hermanas jugaban juntas a ver en el otro lado, siendo muy niñas aún, mucho tiempo antes de que todo cambiara. Pero esa añoranza se le pasaba pronto y entonces observaba a su alrededor y todo estaba bien, tenía muchos hijos varones y su fortuna crecía cada luna un poco más, incluso podrían mudarse a una casa más grande, de ladrillo si quisieran, en el otro lado de Jaipur, donde las inmundicias del alivio de las personas y animales que vivían en la ciudad no llegaran flotando a veces por el río y los pájaros no hubieran dejado de cantar al escuchar llorar a los que agonizaban protestando por primera vez o por última. Pero se resistía a cambiar de sitio el taller donde tallaban las piedras para las joyas, no fuera a variar su suerte. Quizás más adelante, cuando hubieran ahorrado un poco más.

No pasó mucho tiempo antes de que encontraran a Mishka, a punto de desfallecer en el pozo que Asha había indicado. Se oyeron los gritos de alegría de los que regresaban a la aldea y los primeros niños llegaron corriendo a dar la nueva. Neeja miró a Asha con desprecio, pero ella me tomó de la mano y nos pusimos en marcha otra vez en nuestro camino diferente.

El momento del día que siempre esperaba con ilusión era el de los preparativos de la comida. Asha ponía en una pequeña vasija un puñadito de arroz crudo que, en la siguiente noche de luna llena, ofreceríamos a los pies de la diosa del templo para compartir con los que tenían menos. Al caer en ella, la cáscara del cereal hacía un ruido como de roce de alas de cucaracha. Pero cuando mi abuela lo limpiaba y lo cocinaba, sabía como si las alas fueran de faisán. Siempre servíamos comida también a Barathi y a los demás espíritus que pudieran acompañarla. Desde que yo había contemplado el bello rostro astral de mi madre la noche anterior a que el bazar se llenara de hombres gritando y corriendo ensangrentados, me alegraba mucho más de que mi abuela le diera también de comer.

Ella siempre repartía en tres escudillas de madera lo que tuviéramos, y fuera una ración generosa o, la mayoría de las veces, tan raquílica que las porciones parecían bailar la danza de la vida sobre el fondo del recipiente: ninguno de los integrantes del conjunto se tocaban entre sí. Luego colocaba una de ellas frente a la figura del altar y salía un momento para dejar que las almas se nutrieran con la esencia de los alimentos. A mí, los restos físicos que luego se apresuraba a repartir entre las dos me parecían un manjar, incluso aunque ya hubieran sido despojados de su sustancia inmaterial. Y aunque por respeto habría debido esperar a que Asha terminara de comer para empezar a hacerlo yo, ella se saltaba esa norma, como muchas otras, y ambas comíamos a la vez.

—Abuela, tengo que preguntarte algo.

—Tus preguntas son siempre como la neblina de la mañana en la selva de la pantera: grises y escurridizas. Pero mejor que me las hagas.

—¿Por qué los extranjeros nunca son pobres?

—¿Y cómo sabes que no lo son?

—Viven en casas lujosas y compran comida que nosotros no podemos comer nunca.

—Pero tú no les ves el alma. No todos tienen una tan rica como la tuya. Ni tan luminosa.

—¿Y el alma se puede comer?

—No, pero si no tienes alma, de nada te vale comer cada día *dhal* con verduras, cocos bañados en leche con azúcar y almendras fritas. Nada de eso te alimentará porque siempre serás infeliz. El árbol no niega su sombra ni al leñador. Pero deja de preguntar y sigue comiendo, que hace mucho calor y quiero echarme un rato. Los huesos me crujen hoy como los cuernos de dos vacas chocando entre sí. Esta tarde no iremos al bazar.

—¿Puedo ir yo a la ciudad?

—¿A la ciudad? ¿Y qué harás allí? ¿Otra vez la niña europea?

—Me pidió que fuera a verla más veces. Quiere que juguemos juntas. Y tú me aconsejas que ayudemos a quienes nos piden ayuda. Recuerda que su madre me dijo que podía volver cuando quisiera.

—No debes creer todo lo que te digo, a veces mi lengua se mueve más aprisa de lo que debiera.

—¿Puedo ir? Conozco el camino y Bhumika vendrá conmigo. Quiere ver a la niña blanca. No se cree que quiera ser mi amiga.

—¿Tu hermana tiene el permiso de su padre para ausentarse de su casa? Es extraño. Hay mucha faena estos días.

—Se ha hecho daño en una mano. Ahora no puede trabajar y anda enredando por el taller. Ayer estuve jugando con Rahul y me lo contó.

—No sé si la *sahib* querrá de verdad admitiros en su hogar de nuevo. Creo que ya has ido demasiadas veces, incluso te echan de menos en el bazar. Aunque esa mujer miraba de otra forma y, además, ¿qué podrías perder? Pero ¿por qué quieres seguir yendo? La luna y el sol no pueden ser amigos.

—Pero siempre van en busca del uno del otro. Y yo solo quiero jugar con ella mientras esté aquí. Volverá pronto a su casa al otro lado del mundo, como todos los niños blancos, pero ¿qué mal hago en conocerla?

—Ve, pero prométeme que regresaréis mucho antes de que el sol se ponga y buscad a Rahul para que vaya con vosotras. Ya es casi un hombre, tan leal y tan piadoso como lo era su abuelo. Y recuerda lo que te he contado sobre los niños mendigos. Sé que no quieres terminar con la lengua cortada y con muñones en lugar de tus hermosas manos, pequeña mochuela blanca, mendigando para otros en las *ghats* que se hunden en el río de alguna ciudad lejana. Confío en ti. Sé que no te acercarás a nadie de quien no te fies y que solo permanecerás en sitios concurridos.

—No debes preocuparte, abuela. Conozco bien la ciudad y por dónde debemos ir. Yo nunca te dejaría sola.

La aldea donde vivían mis hermanas estaba tan solo a tres bananos de mi casa. Siempre se me escapaba una sonrisa cuando descubría a algún aldeano mirando al cielo en cuclillas que me anticipaba la cercanía de las barracas. El intenso hedor a excrementos me recordaba durante un buen trecho que debía mirar bien dónde pisaba. Al verme entrar en su casa, mis primas y mis hermanas se abalanzaron sobre mí. Reían como la brisa entre las copas de las palmeras. Pero solo a Bhumika le permitieron salir. Besé los pies de Neeja antes de irme con mi hermana y su padre me saludó con ternura, como siempre. Ella había heredado los ojos profundos de nuestra madre Barathi, pero la segunda mujer de Sagar tenía las manos más ágiles y las piernas más largas y él ya no se acordaba de su mirada. Además, como había predicho Asha, ya podía dejar de sufrir por su afrenta: su nueva esposa le había dado dos hijos varones que crecían fuertes y altos como espigas.

Enseguida encontramos a Rahul: jugaba con un montón de críos junto a varias casas de adobe. Casi todos iban medio desnudos y los gritos de unos corriendo tras los otros se expandían por encima de las techumbres de hojas de palma. Dos cerdos pardos salieron de detrás de una choza y los persiguieron hasta que un anciano los reprendió desde el umbral del camino y todos se alejaron entre una algarabía de chillidos. Me reí al verlos y le di la mano a mi hermana.

—Los niños tienen siempre ganas de correr tras los animales —le dije.

Bhumika los observó con gesto altivo.

—Por eso yo voy a casarme con nuestro primo Shauri. Él ya no juega como un tonto.

—¿Ya ha arreglado padre la boda? ¿No iban a casar solo a Bhuvi? Lleva meses presumiendo de que le quedaba poco. ¿Cuándo será?

—Cuando llegue el verano, en la época propicia. Nos casaremos juntas en la misma ceremonia. El abuelo Ashram lo ha decidido así. Solo iban a casar a la tonta de nuestra hermana, pero consiguieron encontrar otro marido para mí y así las ceremonias serán mucho más baratas. Ya lo estoy deseando, por fin tendré mi propio hogar y dejarán de regañarme.

—Pero ya no podrás venir a jugar conmigo. Te echaré de menos, Bhumika.

—No se puede tener el sol y las estrellas. Pero siempre podrás venir a verme. La familia de nuestro primo no vive lejos de aquí, tan solo a medio día de carro. Y él será un buen marido. Ya lo he visto una vez.

Bajé los ojos. Estaba a punto de llorar, aunque me contuve a duras penas. Mis hermanas, todas mayores que yo, pensaban que seguía comportándome como una cría.

—No me lo habías contado.

—Todo el mundo está muy atareado con los preparativos. No puedes imaginar la de faenas que se acumulan: avisar a los invitados, preparar los regalos de la dote, buscar los músicos... un violinista, un flautista, el del armonio, un tamborilero... Y la comida..., no me imaginaba que podía juntarse tanta. Bhuvi me ha enseñado el depósito que madre había estado reservando para nuestras bodas. Neeja lo ha continuado llenando: *dhal*, *ghee*, arroz, hojas de betel y nueces de areca, tabaco de mascar, tarros de aceite, incluso *paan*. Tendremos la mejor boda que nadie podría desear. Incluso se servirá jarabe de azúcar, cocos limpios sobre los que no se haya respirado y dulces. Créeme, no he podido ir a verte para contártelo. Hoy me han dejado salir porque me caí y no puedo mover la mano y padre no quiere que llegue a casa de Shauri dañada. No sería de buen suegro. Pero no te pongas triste, ya verás como tardarán poco en concertar tu matrimonio.

—Shauri es casi tan viejo como padre. A mí no me gusta. Y la abuela Asha dice que soy demasiado pequeña aún para casarme. Tú también lo eres, solo tienes un año más que yo.

—Tú qué sabrás... Es cierto que eres muy pequeña, todavía no entiendes. El corazón en paz ve una fiesta en cada aldea. Es bueno que él sea mayor, así podrá

darle mejor de comer. Ese es el deber del esposo. Y Asha está loca. Siempre anda ofendiendo a nuestra familia. No sé cómo puedes vivir con ella. Yo quiero casarme. Estoy harta de que la mujer de padre me diga lo que tengo que hacer. Casi siempre está enfadada y nos pega. Además, me gusta nuestro primo, es alto y fuerte. Y se rie mucho. Si esperamos demasiado para elegir marido, a los mejores enseguida los eligen otras.

—No digas eso, Asha no está loca. Solo sabe cosas que otros no pueden ver.

—Está loca. Y si tú le sigues haciendo caso, terminarás como ella. Ningún hombre juicioso te querrá y acabarás sola, sin marido ni hijos. Serás una vergüenza.

—Yo ya sé con quién voy a casarme, Bhumika, pero no será ahora. Quiero vivir con la abuela más tiempo. Me da igual lo que digas de ella. Lo que diga todo el mundo. Pero deja ya de hablar como una vieja y anda más rápido, que creo que Rahul no nos ha visto y tiene que venir con nosotras.

—Rahul, Rahul. Siempre Rahul. Aquí tienes a tu Rahul.

Él se aproximaba despacio. Me fijé en su porte: estaba muy delgado y sus muslos eran demasiado finos para sus rodillas tan robustas. Se colocó frente a nosotras y me sonrió. Sus ojos de abubilla se cruzaron con los míos un instante, pero yo retiré la vista. El ambiente sofocante se mostró en mis coloreadas mejillas. Los otros niños jugaban con piedras que dejaban caer a sus pies. El que formaba la figura más curiosa, ganaba.

—¿Estás segura de que esa niña nos recibirá? —preguntó Rahul—. ¿Sus padres no nos echarán? ¿Cuándo se ha visto algo así? No puedo protegerte si sigues haciendo siempre cosas imprevisibles. Me vuelves loco. La hierba no puede crecer debajo de las vacas. Cuando nos casemos, dejarás de correr por ahí.

—Si no lo creyera, ¿os haría ir hasta allí? No soy estúpida. Solo quiere salir a jugar. La llevaremos al lago de los caimanes. Ella tendrá comida para darles. Vive en el palacio del maharajá, seguro que puede conseguir lo que desee.

—Si es tan tonta como todos los niños *ingrese*, es capaz de caerse al lago. Verás cómo nos metemos en problemas.

Rahul arqueó las cejas. Muchas veces no podía entendernos. Su flequillo negrísimo le hacía cosquillas en los párpados. Echó a andar. En las manos llevaba un palo con el que iba golpeando en la tierra. La arena caliente saltaba al ritmo de sus pasos. El polvo del camino también quemaba al respirar, pero apenas lo percibíamos; era el polvo de siempre, más agradable incluso que el hedor y la elevada temperatura de la esencia de la muerte: el olor de la madera y la carne carbonizadas en cualquier pira funeraria. El calor aún podía soportarse, pero el sudor nos caía en gotas gordas por la frente y caminábamos casi todo el rato con la vista puesta en el suelo. Poco a poco, las chabolas y las escasas edificaciones enlucidas de la aldea fueron difuminándose a nuestras espaldas.

—Rahul tiene razón, Lila, quizás sería mejor llevarla a otro sitio menos peligroso. Y además, ¿van a dejarla salir o quieres sacarla sin el permiso de su madre? ¿Has pensado cómo vas a pasear a una niña blanca sin que le ocurra algo malo? Hasta nosotros debemos tener cuidado. En la ciudad, no debemos acercarnos a lugares donde no haya mucha gente. Desde que los británicos prohibieron que los rajás tomen a su servicio a los hijos de los más pobres, lo que los necios extranjeros llaman esclavitud a pesar de ser una buena costumbre de nuestros abuelos, las mafias de mendigos se los compran para ponerlos a pedir. Pero también los roban. Ahora hay tantos que les cortan las manos o la nariz para que den más lástima y los extranjeros y los ricos les den más dinero. No deberíamos acercarnos a Jaipur.

—Ella no es inglesa. Es de un lugar llamado Praga. Y hemos ido solas a la ciudad decenas de veces, Bhumika, sabemos dónde debemos estar. Asha también me ha advertido. Pero los bandidos jamás se atreverían a raptar a una niña europea. La Policía no se queda ciega para los europeos, solo para los indios. Mira lo que llevo. —Deshice el fardo que llevaba bajo el brazo y exhibí un pequeño sari rojo y un pañuelo para la cabeza—. Se le ocurrió a Noa, ella se lo pondrá y saldremos cuando su madre piense que los dos hermanos están acostados. Después de comer, siempre les obligan a descansar dos horas. Ellos nunca trabajan, tienen sirvientes. Y se aburren mucho y suelen escaparse con los hijos de sus criados por el ala de las cocinas. Nos lo pasaremos muy bien, ya veréis. Es una niña muy divertida. No parece *sahib*.

—Yo voy. No puedo perderme esto.

Rahul se adelantó. Aprovechaba cualquier ocasión para servirme de guía. Se sentía ya mi dueño. No muchas veces le concedía yo esa oportunidad, aunque él sentía que debía protegerme siempre. Para eso era el hombre y yo la mujer.

—Los dos estáis locos —dijo Bhumika—. Pero yo también voy, alguien tiene que cuidar de vosotros. Soy tu hermana mayor. Y tengo curiosidad por ver a una niña de pelo de oro que quiere ser amiga de una hindú.

Pasamos cerca de la laguna del palacio de Jal Mahal, sus aguas susurraban colores de felicidad a la tierra triste. Un pastor esperaba que uno de sus camellos terminara de beber. Los ojos de ambos se parecían: lóbregos y turbios como el fondo de las aguas. Pero el animal aparentaba ser más feliz.

Jaipur era también un animal feliz: un elefante pintado de colores que elevaba su trompa y barritaba antes de comenzar a andar. La ciudad rosa, levantada sobre el lugar en el que siglos antes se había desecado un lago, nunca descansaba. A medida que nos acercábamos al centro, el bullicio se intensificaba. Innumerables personas se movían de un lado a otro: algunas escualidas, sucias, con la cara y el pelo embadurnados de pigmentos chillones, sin destino ni futuro; muchas más transportaban mercancías sobre sus cabezas, en carros tirados por bueyes, en bicicletas o arrastrándolas directamente sobre la tierra en cajas o cestas. Frutas, tejidos, vestidos, pañuelos, túnicas y colchas, sábanas y almohadas, alfombras de lana y seda de dibujos hermosísimos, *durrís*, madejas de algodón de fuertes colores, miles de flores en cestones para las ofrendas...

Cuando llegamos a la *haveli* donde se hospedaba Noa, dejé a Rahul y a Bhumika resguardados bajo la sombra de un magnolio exuberante. Una familia de monos se aproximó en busca de comida pero, al ver el palo de Rahul, se sentaron a esperar.

—No tardaré. Veréis como tengo razón.

Llamé a la colosal puerta blanca y un sirviente con turbante rojo y *dhoti* claro me saludó con un *namaskaran* y me acompañó hasta el inmenso salón. Enseguida me sirvió un té con menta y luego se perdió al final del inescrutible corredor que llevaba a la otra ala del palacete. En segundos, Noa apareció trotando.

—¡Lila! ¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto! ¿Me traes eso?

—*Namasté*.

Junté las palmas y me las llevé a la frente al tiempo que me inclinaba. Noa me imitó a regañadientes sin inclinarse demasiado.

—*Namasté*. Siempre tan educada. No sé por qué muchos se empeñan en decir que sois unos salvajes. Eres más amable y civilizada que la mayoría de mis compañeras del colegio de Londres. Es una pena que no vayan a creermelo.

—Aquí tienes el sari. Pero preferiría que le dijeras a tu madre lo que vas a hacer.

—Estás loca. Entonces no podríamos salir de aquí jamás. Ella quiere conoceros, pero no tan de cerca. Gabriel ha estado fuera varias veces y no le ha pasado nunca nada. Tampoco me pasará a mí. Tú me cuidarás, ¿verdad?

—Verdad.

—Pues todo solucionado. Pero tenemos que esperar un poco. Mi madre está ensayando y quiere que la acompañemos, me ha pedido que te invite.

—Pero mi hermana y Rahul nos están esperando fuera.

—Diles que entren.

—No sé si querrán.

—Querrán. Se lo pido yo. Vamos.

Noa me agarró de la mano y me llevó casi a rastras hacia la puerta. Otro sirviente la abrió de nuevo y salimos. Bhumika y Rahul bajaron la vista cuando vieron a Noa aparecer delante de mí.

—Preséntamelos.

—No saben hablar inglés.

—Ni yo rajastaní. *Namasté*. Me llamo Noa —les dijo sonriéndoles y enseguida se volvió a mí—. Diles que vamos dentro, que voy a darles de merendar.

Noa se aproximó a ellos, los abrazó y les dio un beso en la mejilla. Él se apartó enseguida, ninguna mujer debía tocarlo en público, pero no dijo nada. Noa lo agarró de la mano y, mientras yo les explicaba adónde íbamos, nos hizo entrar en la *haveli* y nos condujo al cuarto donde su madre estaba tocando el violoncelo. Al vernos entrar, Katerina se detuvo y nos sonrió. Llevaba el pelo suelto y ninguno de nosotros pudo dejar de admirar sus ondas. Los rayos del sol en un mediodía turbio.

—Veo que me traes más visitas de las que esperaba, Noa. Tienes que avisarme si vas a hacer algo así. Somos las invitadas de la tía Rachel. Aunque seguro que no te importará recibir las, ¿verdad, cariño? Tan solo son dos niños más. Gabriel y Noa se encuentran muy solos aquí, necesitan compañía. —Katerina sonrió a su hermana, quien le devolvió una sonrisa menos efusiva y luego se hundió un poco más en la gran butaca de seda rosa—. Continuaré entonces.

Ni yo ni Rahul ni Bhumika habíamos oído jamás tocar un instrumento como ese. Nos quedamos inmóviles durante toda la interpretación, con las tazas de té que acababan de traernos en la mano, sin dar ni un trago a pesar de que el calor del camino nos había secado el paladar y la lengua. Cuando Katerina terminó, Rachel comenzó a aplaudir y a lanzar vivas a su hermana.

—No es para tanto, Rachel, no exageres. Además, aquí la madera se reseca mucho y las cuerdas no suenan bien.

—Es tan hermoso... Me recuerda tanto a nuestra casa, cuando tocabas allí para papá y mamá. Los echo tanto de menos.... Me has hecho llorar. Pero no soy la única. Mira, Lila también está llorando.

Katerina se acercó a mí. En mis ojos bailaban los verdes y los amarillos.

—¿Qué te ocurre, cielo? ¿Estás bien?

Yo seguía llorando sin decir nada. Rachel me limpió con un pañuelo suave. A una orden suya, un sirviente con turbante blanco y mostacho negro me trajo un vaso de agua que no probé.

—Dinos qué te pasa, por favor. No creo que lo haga tan mal como para hacerte llorar, ¿no, cielo?

—Es una música hermosísima, señora. La más bella que he oído.

—Es Ravel. Emociona. Pero muchas gracias, nunca nadie había reaccionado así ante mi música. ¿Quieres aprender a tocar?

Rachel se levantó de golpe de la butaca y zarandeo el brazo de su hermana.

—¡Katerina! ¿Qué estás diciendo? ¿Es que siempre tienes que meterte donde no te llaman?

—Mujer, yo podría comenzar a enseñarla. Aún pasaremos unos meses aquí y quizás Fernando acepte la oferta del maharajá.

—¿Y también vas a llevártela contigo cuando regreséis a vuestra casa en Praga? No seas egoísta, hermana, no le enseñes a esta niña una forma de vida que no tiene nada que ver con la suya y que tendrá que olvidar en cuanto desaparezcas. Ella tiene su destino aquí y en él no cabe la música clásica ni un violoncelo. Sabes que no me gusta ni siquiera que haya estado viniendo a jugar con Noa, y tú, como siempre, haces lo que te da la gana. Pero esto ya sería ir demasiado lejos. No puedes dejarte llevar por la compasión, Katerina. Hasta Gabriel está extasiado con ella, ¿es que no te has dado cuenta? Cada vez que viene, no tiene ojos para nada más.

—Es cierto, tienes razón. Es que me ha emocionado. Es una niña tan despierta. Le pediré disculpas.

Me puse delante de ella y le hablé, intentando que mi inglés sonara perfecto.

—No se disguste por mí, señora, su música es muy bella, pero en mi corazón hay otras muchas melodías hermosas. La guardaré junto a ellas. Y le agradezco su ofrecimiento, pero tengo que ayudar a mi abuela Asha, no podría venir tan a menudo como sería necesario para aprender a tocar.

—Eres una niña muy inteligente, Lila. Estoy segura de que llegarás lejos. No podré enseñarte a tocar, pero quizás sí pueda ayudarte a que aprendas a hacer alguna otra cosa. ¿Has oído hablar de la Escuela de las Artes de Jaipur?

—¡Katerina!

—Deja ya de hacer de mala. No lo eres. Cuando estuvimos de visita, vi que había niñas allí, pocas, pero alguna había. Ella podría tener otro futuro si pudiera aprender a hacer algo. El maharajá corre con todos los gastos de esa escuela. Son muy pocos niños, pero puede que a Josef lo escuche y ella pueda entrar.

—Ellos son felices, a su manera. Es su cultura, no creo que pase demasiado tiempo hasta que los británicos les dejen recuperar su país, Gandhi y Nehru tienen mucha fuerza y, si consiguen unir a los hindúes y a los musulmanes, antes o después lograrán la independencia. Y, Katerina, en este país, las mujeres no estudian, mucho menos si son pobres.

—Sí, si son protegidas por la *rani*. Las he visto, y tú estabas conmigo, Rachel. Te repito que había niñas en esa escuela. No me vengas con que tenemos que respetar su modo de vida. Lila podría vivir de otra forma si estudiara algo, incluso en este lugar en el que hay más manos que mendigan de las que sueltan unas rupias. No me digas que ya te has insensibilizado ante lo que ves cada día. ¿Por eso no sales de este palacio? Su abuela se ocupa de ella, solo tendrías que conseguir que la admitan.

—Katerina, estás juzgando lo que no conoces. No es buena idea entrometerse en el modo en que viven los demás. ¿Es que no vas a cambiar nunca? ¿Qué te crees que eres? ¿Qué sentirías si otros juzgaran tus costumbres y tus creencias? Tu marido es judío. Deberías haber aprendido algo sobre eso. Imagínate que alguien le intentara decir que no debe educar a sus hijos en la Tora o que eres peor que los demás porque celebras el Sabbath. Debes ser humilde.

—Rachel, sabes que Fernando no es muy creyente. No celebramos el Sabbath ni ningún otro rito, sobre todo desde que sus padres se fueron.

—No hay forma, eres incorregible. En la Escuela de las Artes enseñan a esmaltar con oro, plata y latón, a confeccionar alfombras, a encuadernar y otras cosas así; no sé si es lo más apropiado para una niña. Pero tal vez podríamos conseguir que la dejen entrar en el Maharaja College. Creo que estudian en inglés, según el sistema británico, pero también en sánscrito y en hindi. Y preparan a sus alumnos para entrar en la Universidad de Calcuta. Aunque no sé por qué me estoy dejando llevar por tu locura, ¿es que no puedes ir a ninguna parte del mundo sin tener que hacer de madre de alguien? A Fernando le va a dar algo cuando se entere de que te he seguido en todo esto. Además, aunque hay niñas que van a la escuela, casi siempre sus familias las sacan de allí para casarlas. Seguro que no servirá de nada.

—Solo te ruego que habléis con el maharajá. Pídeselo a Josef cuando regrese, que le hable él. Esas escuelas son gratuitas, Rachel. Debemos intentarlo.

Al cabo de unas horas, mientras caminábamos de regreso a nuestra aldea, les expliqué a Rahul y a Bhumika lo que entendí de lo que había ocurrido en el salón. Él no podía creer lo que oía. Y, encima, la tarde de juegos se nos había estropeado. La madre de Noa insistió en que nos quedáramos mientras tocaba varias piezas más y al final no pudimos salir de la *haveli* hasta que empezaron a encender las lámparas de gas en las salas y sus luces chispeantes se vieron también a lo lejos en las calles. Aunque al menos nos habían ofrecido unos pasteles cuyo dulzor aún nos rezumaba por la comisura de los labios. Incluso, viendo la avidez con que los devorábamos, nos habían animado a llevarnos algunos, que ahora Rahul intentaba comer lo más despacio posible para que ese placer insólito no se evaporara tan pronto de su paladar. Nunca antes había sentido tanta saliva brotando a borbotones en su boca. Pero a punto estuvo de atragantarse cuando yo le conté que la señora se había ofrecido a enseñarme a tocar.

—Esa *sahib* es una irrespetuosa. No sabe que una india decente no puede tocar un instrumento musical. Eso solo lo hacen las cortesanas.

—Las europeas lo hacen.

—Las europeas no cuentan, Lila. Ellas también fuman, beben y hablan y miran a los hombres como si fueran sus dueñas. No deberías ver más a esa niña. No me gusta. No es como nosotros. Ni siquiera sabía que no debe tocarme ni besarme. No es correcto.

—Ella no conoce bien nuestras costumbres, Rahul. No lo ha hecho con mala intención. Solo quería daros la bienvenida a su casa.

—Me da igual, no me gusta. Tú no eres igual que ella. No sé por qué no te contentas con estar con los tuyos. Tú te casarás conmigo. No con uno de ellos.

—No exageres, solo jugamos juntas. Me cae bien y me da pena. Está muy sola.

Busqué el apoyo de mi hermana, pero ella bajó la vista y no me miró cuando, por fin, dio su opinión.

—Si mi abuela Neeja se enterara... No es tan blanda como Asha.

—Pero tú no se lo dirás, ¿verdad, Bhumika? No quiero causarle problemas a Asha. No lo había pensado así. —Las lágrimas estaban a punto de emborronarme la visión, pero apreté los dientes y conseguí sobreponerme—. Solo jugamos. No hay nada malo en eso.

Rahul me dijo lo que Bhumika quería haberme explicado hacía tiempo, aunque se había callado para no molestarme.

—Los *ingrese* nunca traen nada bueno, Lila, ellos siempre terminan haciéndonos daño. Recuerda lo que pasó con la primera fábrica de algodón. Al final la aldea entera desapareció, todos tuvieron que irse de sus casas porque los *zemindars* prefirieron venderles los terrenos a los extranjeros que arrendarlos y ahora no queda ningún indio en la aldea. Ellos se lo quedaron todo. Se llevan lo nuestro, nos echan de nuestra tierra, nos prohíben seguir nuestras costumbres, se rien del color de nuestra piel, de nuestros dioses y nuestros ritos.

—Noa no es inglesa. Y tampoco es así, Rahul. Ella es mi amiga, jamás nos haría daño. Bhumika, ¿tú crees que Rahul tiene razón?

—Yo no sé nada, pero creo que, si no te doblas con la hierba, terminarás quebrándote. Siempre es así. No te llenes de ideas raras la cabeza, ellos son distintos. Tienes que aceptarlo.

Diwali llegaría muy pronto, el decimoquinto día de la quincena oscura de *karttika*, esta vez en el mes de octubre. Desde unas semanas antes, Asha pensaba en reconciliarse con Neeja. Había pasado demasiado tiempo y faltaba poco para que abandonaran esta vida. No quería que llegara ese momento sin haberla perdonado. Solía meditarlo mientras recogía las boñigas de su viejo buey, las amasaba en forma de tortas y las pegaba a las paredes para que se secaran al sol. Luego las apilaba con cuidado frente a la puerta de nuestra casa. Asha tomó un poco del estiércol para limpiar y dejar listo nuestro hogar como merecía la ocasión, el Festival de las Luces, la bienvenida del nuevo año. En ocasiones, también empleaba las tortas como combustible para cocinar o calentarnos, o se las ofrecía a otros si en algún momento nos hacían falta unas rupias. Siempre se vendían bien. Los *dalits* se ocupaban de recoger hasta el último excremento de vaca que cayera al suelo, pero el buey era nuestro y su boñiga también. Por ahora, Asha no necesitaba más ayuda que la mía. Pero últimamente le dolían mucho los riñones y tenía que pararse cada poco tiempo para recobrar el aliento porque sentía como si el pecho se le hubiera encogido y a menudo le faltaba el aire.

Tal vez debería haber utilizado parte del dinero que había ganado ese año en una vaca cebú que pudiera parir otro buey, pero no compraba nada si para ello debía pedir al prestamista. Prefería ahorrar y tener todo el dinero en su mano; así, guardando un poquito cada vez que le sobraba, le había ido bien y así seguiría. Lo hacía con el grano y el aceite, con las rupias, incluso con las tortas de estiércol. Solo debía aguantar un poco más. Volvió adentro. El curry de pimientos que había dejado al fuego cocinándose con *ghee* estaba casi preparado. La boñiga ardía con una llama lenta y limpia, que duraba mucho. La mejor para preparar el *dahl*, que me encantaba. A mi lado en el suelo, sobre un paño de algodón, varios de mis dulces preferidos esperaban su momento: *til ke laddo* y *pheeni*. También leche de coco y *shubat*.

Sin embargo, de nuevo Asha había llegado a la conclusión de que la diosa de la prosperidad Lakshmi tampoco la favorecería especialmente ese año. Continuaba sin ser capaz de aproximarse a Neeja. Seguirían siendo enemigas. Y enlazaba nudos en la cuerda que iba cortando en trozos mientras visualizaba en su mente las arrugas en la frente y en la comisura de los labios, la nariz prominente y la barbilla puntiaguda de la odiada vieja, para más tarde dejárselos dispersados cerca de su casa y así mantenerla a raya, mientras Neeja llegaba a idéntica conclusión. Ambas eran igual de tercas. Les venía de familia.

—Abuela, ¿me darás dinero esta vez para comprar fuegos artificiales? Te prometo que tendré mucho cuidado y no me haré daño.

Asha había empezado a enroscar con mimo el algodón alrededor de varios cordones cortos. Después empapaba las mechas en aceite y las iba colocando en platillos de barro que dejaba alineados cerca de la puerta.

—Hoy prefiero que encendamos juntas las lamparillas, Lila. Llegarán igual de lejos y nuestra felicidad en el tiempo que empieza será para las dos la misma, tan prolongada como el camino que recorran. ¿Me ayudas a adornar el altar? Debemos contentar a Lakshmi. Tampoco esta noche seré capaz de reconocer lo bueno que tiene tu abuela Neeja y la diosa ya debe de estar harta de mí. Pero podremos ponerle flores y ofrecerle incluso algunas rupias. Este año nos ha ido muy bien en el bazar, debemos agradecerse.

—Pero a mí me gustaría encender fuegos y petardos con los otros niños, abuela. No lo he hecho nunca.

—Debes quedarte, Lila, esta noche es muy especial. Créeme. Tenemos que estrujar el tiempo y prepararnos para la nueva vida. Sobre todo tú, mi pequeña mochuela blanca.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme así?

—Pronto, Lila, muy pronto. O tal vez nunca, ya veré. ¿Me prometes que intentarás estar cerca de mí? Este *Diwali* lo recordarás siempre. Nunca te pido nada, pero hoy me gustaría tenerte a mi lado.

Yo no había olvidado que había quedado en reunirme con Rahul y con Bhumika. Esa noche todos nos escapábamos de nuestros quehaceres y la estricta vigilancia se adelgazaba entre la felicidad y la esperanza compartida. En cuanto se apagara la hoguera de la pira de trapos, hojas, leña y maleza que los niños llevábamos días amontonando en la calle ancha, en el centro del pueblo, y los tambores dejaran de resonar, nos buscaríamos en la orilla del río. Echaríamos al agua barcos de papel con las lamparillas encendidas y, juntos, los veríamos alejarse. Pero no insistí, me acerqué a mi abuela y le besé los pies. Después me levanté y seguí ayudándola a adornar las paredes y el altar: todo estaría listo para la gran noche. Intenté enderezar las hojas de mango frescas que debían presidir la entrada de cada casa que quisiera recibir la visita de la diosa.

Asha metió una moneda de plata en un vaso, echó en él algo de la leche que había comprado por la mañana y esparció algunas gotas sobre las paredes. Al ordeñar la vaca, se había acordado de Anil. Él era quien se encargaba de eso cuando vivían juntos. El dueño del animal lo llevaba por las aldeas ofreciendo su preciado alimento y mi abuelo prefería ocuparse él mismo de recogerlo: era la única forma de asegurarse de que el líquido sabroso no hubiera sido rebajado con agua o pis. Seguro que las vacas no lo engañaban.

Me maravillaba el festival. Ni siquiera cuando era mucho más pequeña me asustaba de la algarabía que formaban los gritos agudos de la gente, los repiques de los tamborileros y los estallidos de petardos y fuegos artificiales, y recordaba bien las miles de lucecitas dibujando imágenes en el lienzo mágico de la noche. Todos llevábamos semanas preparándonos para celebrarlo. Era la ceremonia más hermosa, la que marcaba el final del año y el principio del siguiente, el símbolo de la necesidad del hombre de superar su infelicidad e ignorancia innatas e iluminarse con la luz de la verdad, el triunfo del *dharma* sobre el *adharma*. Hacía muchos siglos, el señor Ramayana del reino de Ayodhya se ausentó durante catorce años en busca del demonio Ravana, que osó raptar a su esposa, Sita. Al final, el bien venció al mal y consiguió matarlo: la luz prevaleció sobre la oscuridad. Según la leyenda, los habitantes de la ciudad llenaron las murallas y los tejados de sus casas con lamparitas y las encendieron para que sus brillos guiaran a su príncipe de vuelta a casa y celebrar así su regreso. En esos días, yo sabía que tenía que hacer un esfuerzo por ver lo bueno de los otros, hasta de quienes se habían portado mal conmigo. Y solía conseguirlo. Nos colocamos frente al altar y repetimos en voz baja el mantra:

—En la búsqueda del ser me entrego a Lakshmi, que otorga prosperidad. *Aum*.

Ya había comenzado a anochecer y nos dimos prisa en vestirnos con sendos saris que Asha, más emocionada aún que yo misma, había comprado al tejedor Chandresh, de magnífica seda y color rosa iridiscente. Asha me puso en la nariz un diamante en forma de lágrima de lluvia y me ayudó a enroscarme en la muñeca dos brazaletes de oro labrado. También me colocó dos anillos que bailaban en mis todavía menudos dedos. El frío desconocido del metal sobre mi piel se extendió por la palma y recorrió mi brazo como un rayo. Me quedé extasiada mirando a mi abuela y esas preciosas alhajas que no había visto jamás lucir en nuestro cuerpo. Ella anudaba sobre su tobillo un *golsus* de plata cuyas cadenas tintineaban. Sus brillos confundieron a la luna.

—Esto es para ti. No debes olvidártelo cuando te vayas. Y cierra la boca antes de que se cuele en ella una mosca.

—Muchas gracias, abuela. Son muy bonitos.

—Serás muy hermosa. Ya lo eres, una nieta digna de un maharajá. Pero yo no podré dejarte mucho más que estas joyas. Esto es lo que he conseguido reunir en toda una vida. Debes cuidarlas bien y no decirle a nadie que las tienes. A nadie. Déjate puesto el anillo más pequeño, pero guardaremos lo demás, podrías perderlo.

Asha me ayudó a quitármelas y las guardó en el cofre de metal que custodiaba todos sus tesoros: un velo de gasa blanca; un par de *chogas*; otras dos faldas de colores vibrantes, las mejores que tenía; una túnica roja de seda; y el sari con incrustaciones que había usado hacia muchos años el día de su boda. También el turbante y el *dhoti* que llevaba su marido, y una diadema de plata que le había regalado su familia paterna al concertar su matrimonio. Acarició un momento la larga tela roja. Pero enseguida la dejó y cerró con llave. Asha pensaba a menudo en Anil: ¿se acordaría él

de sus ojos como ella de los suyos?, con un amargo dulzor que comenzaba a extenderse desde el vientre y se bifurcaba por las manos hasta salir de su cuerpo a través de sus retorcidos dedos.

¿Se habría desarrollado para llegar a su unión con Dios? Cada alma no se creaba al concebir el cuerpo físico sino en el mundo de existencia más elevado de todos, el *Sivaloka*, y desde allí tomaba formas cada vez más densas hasta que volvía a nacer en lo físico, en el *Bhuloka*. Así es como aprendían las almas. La de Anil se iba aproximando a su final de la travesía en el mundo físico. Pronto llegaría al *moksha* y se liberaría del ciclo de las reencarnaciones y de los tres *malas*.

Asha se miró en el espejito que guardaba junto con el peine y otros objetos útiles que había acumulado en su larga vida y se pintó el *tika*, se embelleció los párpados con kohl y luego me colocó flores blancas en el pelo. Unas lágrimas agrias le emborronaron la visión de la belleza diferente de su nieta. Antes de levantarse, se las limpió sin que yo la viera. Abrió entonces las dos puertas, la del minúsculo patio y la de la calle, y dejó a su lado sendas lamparillas empapadas de aceite mientras

seguía repitiendo en voz alta el mantra. Prendió las mechas y me abrazó con fuerza, envueltas las dos por las sombras danzarinas. Permanecimos así unos minutos, sin decirnos nada, percibiendo ambas nuestro amor infinito y la unión de nuestras almas. Cuando nos separamos, rodeamos toda la casa con un círculo de velas encendidas. El olor del aceite negro y pringoso nos picaba en la garganta, pero no nos importaba; esa noche todo adquiriría una luminosidad ambigua en la que los espíritus de los ancestros se inflamaban. Muchos vagaban felices esperando la ocasión de tocar nuestras mejillas y transmitirnos su amor. El de Barathi lo había hecho antes, mientras Asha y yo nos abrazábamos. Se me iluminó el rostro y una excitación dulce me atravesó el cuerpo desde la frente hasta los pies.

Salimos a la calle. Todas las demás casas, las de los pobres y las de los ricos, también habían sido rodeadas por cientos de lucecillas y nuestros vecinos, vestidos con lo mejor que poseían, iban concentrándose poco a poco alrededor de la pira. Varios hombres blandían antorchas y con ellas la prendieron por los cuatro puntos cardinales. Un intenso humo negro comenzó a subir. Impregnado en él, se evaporaba el humor maligno de los demonios oscuros. Algunos lloraron. De cuando en cuando, un cohete irrumpía con sus aureolas de colores por encima de las copas de las palmeras. Los niños encendían cuerdas de *patt-has* y petardos que se abrían en dos como frutos secos al partirse y estallaban en chispas doradas. Los tambores solemnes repiquetearon muy despacio mientras las llamas se hicieron cada vez más impetuosas. Algunos hombres bebían ponche y las mujeres y los niños se enlazaron en abrazos largos. Los brillos de los *golsus* que las mujeres más ricas lucían en los pies deslumbraron a las estrellas.

Cuando las llamas de la hoguera empezaron a extinguirse, Asha me compró un palo de caña de azúcar. Las tiendas permanecían abiertas hasta bien entrada la noche; las buenas ventas predecían un próspero año entrante. Enseguida empecé a masticarlo mientras todos abandonaban los restos de la hoguera y se iban acercando al río para arrojar en él sus lamparitas. Las márgenes estaban repletas ya de muchos que se bañaban o se arrodillaban en sus orillas antes de dejar al arbitrio de las aguas la esperanza de un futuro más próspero.

—No, Lila, espera, no la lances conmigo. Esta vez tomaremos caminos diferentes.

—¿Por qué, abuela? Yo quiero que mi camino sea el tuyo.

—No siempre se puede elegir. Ven, siéntate a mi lado, mis piernas no aguantarán mucho más de pie.

Me acurrugué junto a ella. Cientos de luces flotaban en el agua, sobre las ondas oscuras del río parecían bailar al son del mantra más antiguo de la creación. A lo lejos, las casas se veían también iluminadas como chiribitas en los ojos.

—Lila, ¿por qué no me cuentas lo que te preocupa?

—¿Por qué dices eso? No me ocurre nada.

—Ya has olvidado que siempre te miro dentro. Sé que algo te sucede, pero lo que veo no puedo descifrarlo. Es algo que se me escapa. Dímelo y veré si puedo ayudarte.

—Fue el otro día, cuando fui a jugar con Noa. Me di cuenta de que también existen otros futuros.

—Cada uno tiene el futuro que su destino le marca. El tuyo no puedes saberlo ahora, nadie puede. Quizás debas abrir tus alas y volar. Pero la senda que te toque, deberás aceptarla, Lila, como se acepta el monzón y la sequía.

—Se acepta que la lluvia caiga con rabia y anegue los campos, pero mientras tanto, si podemos, esperamos en una casa construida en lo más alto. ¿Por qué nosotros apenas hacemos nada por resguardarnos?

—Esa pregunta no puedo contestártela. Los dioses deciden, nosotros tan solo podemos resignarnos a sus designios y vivir en paz. Ningún mortal vive del aliento que asciende y descende. Vivimos de otro aliento en el cual ambos reposan. Aunque sí debo decirte algo: sufrirás hasta saber cuál es su decisión, pero conocerás el amor y la dicha, mi Lila amada. He cumplido bien con mi deber, ya estás preparada. Estás lista para lo que vendrá.

—Katerina, la madre de mi amiga *sahib*, me habló de una escuela para niños en Jaipur. No cuesta nada. ¿Crees que podría ir allí a aprender otras cosas?

—Aprenderás, Lila, aprenderás. No pienses más en ello. No será porque tú se lo pidas a la vida, sino porque la vida te lo pida a ti. Pero debes recordar siempre algo, Asha: ama, ama mucho, entrégate sin pensar en recibir. Y nunca llares más de una vez por su nombre al hombre a quien empieces a amar. Nunca. Así la maldición no podrá encontrarlo. Jamás debes olvidarlo, Lila

—Abuela, yo ya sé que me casaré con Rahul. ¿Has olvidado que me prometiste elegirlo para mí? Ya he dicho su nombre muchas veces.

—Y también sabes que mi lengua a veces es demasiado rápida. La elección está hecha. Solo cabe esperar. Como las luces de las lamparillas se inmiscuyen en las sombras de las aguas que siguen el fluir del río, la vida fluirá.

Katerina leía en su habitación a la luz de un velón encajado en un quinqué en forma de mariposa, de cuerpo estriado y ojos turquesa. La cama era tan mullida y espaciosa que en ningún sitio como aquel podría echar más de menos a su marido. Una cacería de tigres. ¡Qué locura! Pero no se había sentido capaz de rechazar la invitación de su hermana mientras Fernando jugaba a ser cazador, hacía mucho tiempo que las dos no se veían, casi desde que nació Noa. Después, Rachel y Josef se instalaron en Jaipur y no habían tenido contacto más que por carta. Además, nunca habían sido unas hermanas muy unidas. Katerina no entendía por qué, pero desde niñas había habido entre ellas una sombra que no dejaba florecer esa estrecha relación que enviaba en algunas de sus amigas. No existía ninguna razón en particular, o al menos ella no la conocía: le habría gustado no sentir que algo no terminaba de ir bien entre ambas. En realidad, siempre se habían ayudado, como cuando los padres de Fernando decidieron irse a Palestina y él llegó a dudar si seguirlos y Katerina sufrió tanto. Pero ahora, alojada en su casa de Jaipur, se encontraba muy a gusto.

Katerina se sobresaltó cuando oyó llamar a la puerta y dejó el libro sobre la mesilla. Enseguida, Rachel entró. Iba en salto de cama, con una bata de seda anudada a la cintura y unas zapatillas con pompón azul. Los grandes rulos con los que recogía su pelo bajo una redecilla le hacían parecer mucho mayor. Se acercó de puntillas y se metió bajo las sábanas.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó su hermana.

Pero ella subió la tela por encima de sus cabezas.

—¿Recuerdas? —murmuró Rachel.

Katerina sentía un hormigueo en la oreja y también en sus sentimientos, al recuperar una complicidad que alguna vez tuvieron en un mundo que ya solo existía en sus recuerdos.

—Pues claro, ¿cómo se me iba a olvidar? Cuántas noches pasamos así, hablando de nuestras cosas. Tonterías, muchas veces, pero eran más divertidas cuando las compartíamos.

—Pues prepárate, que esta te va a gustar. Estoy segura.

—¡No me asustes!

—Que no, mujer, y baja la voz, que no nos puede escuchar nadie. Es un favor para alguien muy especial.

—A ver si te explicas, que me estás poniendo nerviosa.

—La maharani me ha pedido algo muy atípico. Jamás lo habría creído de ella.

—¿La maharani? ¿Esa estirada?

—No la conoces bien, Katerina, no puedes juzgar. Eso es lo que me has dicho tú siempre. ¡Quiere que la acompañemos a hacer un viaje!

—¿Un viaje? ¿Tú y yo? ¿Adónde?

—A conocer a Gandhi. Y no puede saberlo nadie. Tiene que ir con la escolta mínima, sin sus sirvientas y, sobre todo, sin que se entere el maharajá. Como Víctor ya está aquí con el fotógrafo de *National Geographic* y hacen noche en la *haveli*, ella planea agregarse mañana a su grupo, como si fuera una más.

Katerina se quitó la sábana de encima y se irguió.

—¿De verdad me estás proponiendo que hagamos las tres con el primo de mi marido un viaje de doscientos kilómetros de ida y otros doscientos de vuelta para acompañar a una consentida a conocer a un loco? ¿Es eso lo que me propones?

—Sí, bueno, más o menos.

Katerina se rio. Su hermana se relajó, al fin.

—¡Me encanta!

—Ya lo sabía yo. Por eso le dije que tú vendrías. Yo sola no me atrevería. Pero tampoco es como lo has descrito. Irá con parte de sus guardaespaldas, todos de incógnito, vestidos a la europea y sin mucho bombo. Ellos jamás la delatarían, son eunucos. Sus eunucos, ya me entiendes.

—Pues no, no te entiendo, ¿qué significa eso, Rachel?

—La verdad es que no sé bien ni si en realidad serán eunucos o no; ella los llama así y yo no tengo nada que objetar. A mí todo esto de la corte me viene un poco grande, para qué te voy a engañar. Mira que me he leído y releído el protocolo, pero siempre hay una regla o una excepción que me lo cambia todo. Además, Naisha es una persona muy peculiar. Salimos mañana por la mañana, en dos coches: en uno, nosotras con el chófer y un guardaespaldas; y en el otro, Víctor, el fotógrafo y algún eunuco más de esos. Parece que Víctor va a aprovechar para hacerle una entrevista, algo así como «Las *ranis* se emancipan». Por supuesto, a cara cubierta para que no se sepa cuál de las miles de *ranis* que debe de haber por todo el país ha hablado. Haremos noche en Gangapur y regresaremos al día siguiente. Víctor saldrá de allí después para reunirse con Fernando en Ranthambore.

—Pues menuda emancipación. Esa *rani* es un poco infantil, ¿no?

—Katerina, esa *rani* tiene veinte años y cuatro hijos. Y pasa su vida metida entre cuatro paredes, o veinticuatro, pero paredes al fin y al cabo.

—En fin, no seré yo quien la juzgue, Rachel. Me parece una excursión muy interesante. Iré de mil amores.

Pasar unas horas observando a Gandhi fue una experiencia sublime para todos. Ese faquir sedicioso que subía medio desnudo las escaleras del palacio del virrey, tan menudo y parsimonioso al hablar, con una expresión de beatitud en el rostro y una *munra* de paz en las manos, tenía millones de seguidores. Pero era una persona como todas. Solo su empeño por perseguir la justicia lo diferenciaba en algo. El interés por independizar a nuestro país del Imperio Británico lo había llevado a manifestarse muchas veces de forma pacífica, a numerosas huelgas de hambre y, ante la negativa del Gobierno de Londres para conceder a la India ni siquiera un estatuto de autonomía al estilo del de Australia o Canadá, a embarcarse en una campaña de desobediencia a las leyes de la Corona. Abandonó su casa y, seguido de decenas de discípulos y periodistas, recorrió trescientos kilómetros a pie, hasta llegar al océano Índico, donde tomó en las manos un poco de agua. Aquello fue el pistoletazo de salida. La fabricación y el comercio de la sal eran monopolio de Gran Bretaña, pero millares de indios imitaron a Mahatma, evaporaron agua del mar y consiguieron la sal cada día a la vista de todos, sin temer las represalias de las leyes. Muchísimos fueron encarcelados, pero ellos continuaban desobedeciendo y siguiendo el principio fabuloso de no violencia del *Bapu*. Gandhi pasó nueve meses en la cárcel, pero sus seguidores lo apoyaron hasta que el virrey tuvo que reconocer que, o los mataba a todos, o no podía evitar que decenas de miles de indios se opusieran al privilegio comercial británico.

También Katerina y Rachel habían regresado de su encuentro con Gandhi extasiadas, conscientes de haber conocido a una persona inmortal, con un espíritu universal.

—Que sí, que lo es. Si no, a ver cómo puede explicarse lo que ha conseguido. Que es un santo. ¿No has visto cómo andaba? Si parecía que no pisaba el suelo, Rachel, era como si diera pasitos sobre el aire. Y cuando te miraba, ¿no te daba la sensación de que te podía ver por dentro? He tenido ganas de bajar los ojos y acercarme a que me tocara la cabeza con las manos, de verdad; quería que me perdonara los pecados.

—Yo estoy de acuerdo con tu hermana, Rachel. Ese hombre es un santo. Extremadamente inteligente, pero santo.

Víctor, sentado entre las dos, asentía con la cabeza mientras daba la razón a Katerina. La *rani* se encontraba enfrente, sola en un sillón de elevado respaldo y mullido cojín. Era extraño verla vestida a lo occidental, con una falda color berenjena por debajo de las rodillas, botas altas, una blusa clara abotonada hasta el cuello y el pelo recogido en una coleta. También con ese atuendo Naisha resultaba extrañamente hermosa, pero, al mirarla, Katerina concluyó que en realidad eran sus vestiduras de seda y pedrería las que la convertían en una maharani, alguien a quien sus súbditos odiaban, temían y amaban por igual. Para algunos, una diosa. Los cuatro guardaespaldas, recios como altas cúpulas, no se habían separado de su lado más de una brazada durante todo el día. Y Víctor no había osado acercarse demasiado a ella ni siquiera cuando la entrevistó, un rato antes de sentarse a cenar en ese hotel donde pasarían la noche antes de que las mujeres regresaran a Jaipur y él se reuniera con su primo Fernando en el Parque Nacional de Ranthambore.

La *rani* se levantó y sus eunucos se movieron todos a una para anticiparse a su siguiente acción.

—Señores, me voy a retirar. Ha sido un día muy largo. Pero antes quiero agradecerles a todos que me hayan permitido acompañarlos. Sin ustedes, no habría podido cumplir este sueño. Tiene razón, Katerina, Gandhi es un *mahatma*, un alma grande. Lo que nosotros, los hindúes, conocemos como gurú: un maestro, un guía. Solo los occidentales se asombran de que alguien como él tenga ese halo de espiritualidad. En la India, muchos otros tienen esa aureola. Es la luminosidad de su interior que se escapa por sus vísceras y llega a todos los que tenemos la suerte de encontrarnos con él. Gandhi hará grandes cosas. Estoy convencida de ello. Llevará a mi país a la independencia. Sí. Y yo me alegraré, aunque algunos crean que no debería. Buenas noches.

Katerina, Rachel y Víctor se despidieron de Naisha y presenciaron cómo se alejaba del salón seguida por sus cuatro perros falderos, fornidos pero sumisos ante una mujer que era la mitad de alta y de corpulenta que ellos. Rachel se levantó a continuación.

—Pues yo voy a secundar su idea. También estoy muy cansada. Ha sido un día con muchas experiencias muy interesantes. Katerina, ¿vienes?

Su hermana miró a Víctor, que tenía una copa llena en la mano. Le pareció de mala educación dejarlo solo. Negó con la cabeza.

—Como prefieras. Pero recuerda que mañana saldremos temprano. La *rani* no quiere que reparen en su ausencia. Víctor, ha sido un placer conocerte un poco más. Espero que coincidamos de nuevo en el desayuno.

Víctor le cogió la mano a Rachel y le besó el dorso. Era un hombre guapo, aunque sin estridencias. Lo justo para encandilar con una chispa algo pícaro de los ojos, intensos como la magia de un país en el que convivían *Devas*, mendigos y maharahás.

En el salón del hotel solo quedaron ya otros dos huéspedes indios, con turbante y trajes occidentales de buen corte y excelso planchado y almidonado. Hablaban bajo, sin que se les oyera más que alguna palabra suelta a pesar de encontrarse a poca distancia de Katerina y Víctor.

—¿Te apetece que salgamos al jardín? Hace una noche preciosa. Pasear un rato antes de acostarnos sería un remate maravilloso para un día que ha tenido mucho interés, ¿no crees?

La mujer pensó si aceptar la invitación. Al fin y al cabo, él era primo de Fernando. No quería ser descortés. Se levantaron y atravesaron el portón que daba al jardín. A ambos lados, a la luz de farolillos sobre columnas de mármol rosa, las bignonias azules mostraban grandes flores que la luna teñía de plata y las estrellas de noche. Dos murciélagos pasaron raudos cerca de ellos. El aire olía a mojado, aunque en el cielo iluminado por la esfera observadora de los mundos no se apreciaba ni una nube. Víctor ofreció su brazo a Katerina y echaron a andar despacio. Desde allí, no se veía el final del inquietante recinto ajardinado del hotel, que ocupaba una antigua *haveli* de un noble indio venido a menos por culpa de las nuevas leyes británicas.

—Es curioso este país, ¿verdad? Tiene tantos contrastes que resulta difícil entenderlo. —Víctor se aproximó al rostro de Katerina para hablarle.

Ella deseó que se separara. No se había dado cuenta de cuánto tiempo llevaba saliendo acompañada por su marido. Ya no estaba acostumbrada a hablar a solas con ningún otro hombre. Sin embargo, le contestó acercándose un poco más: no quería comportarse como una mojigata.

—Sí, pero ¿es posible entender algún país? Siempre hay diferencias, nosotros también seremos enigmáticos para ellos.

—Y mi primo Fernando, ¿qué opina de la India? Supongo que le fascinará, al menos sus tigres. —Víctor miró a Katerina de una forma extraña que ella no llegó a interpretar.

Qué diferente era ese hombre de su marido. Podían ser primos pero no tenían nada en común, ni en el físico ni en su forma de ser. Durante todo el día, le había parecido muy directo, incluso impertinente a veces, demasiado seguro de sí mismo. Y era varios años menor que Fernando, atlético, muy moreno, parecido a Arjuna, el joven príncipe guerrero, de quien cualquier madre podría sentirse orgullosa. El marido de Katerina, sin embargo, a pesar de la herencia compartida con Víctor de sus abuelos españoles, era rubio y de piel clara como la harina de castañas e igual de dulce, y en los últimos años había perdido la figura que antes siempre se había esforzado por mantener. Katerina sintió una punzada de nostalgia al pensar en sus ojos, grises y sinceros, y en sus manos anchas y suaves, que tan bien la conocían.

—Fernando no suele hacer estas cosas. Es la primera vez que nos separamos. Si te digo la verdad, también se animó porque tú ibas a estar aquí, para reunirse contigo unos días. Es un hombre muy familiar.

—Y muy afortunado.

Ella se soltó del brazo de Víctor y se tocó los brazos. La rebeca que llevaba resultó muy fina, de lana cruda demasiado calada. Él se le volvió a acercar.

—¿Tienes frío? —No esperó la respuesta de Katerina, se quitó la chaqueta y se la puso por encima de los hombros.

—¿Por qué crees que Fernando es muy afortunado? Él habla muy bien de ti. Admira tu trabajo. Siempre le ha apenado que todos andéis tan desperdigados por el mundo.

—Él tiene una mujer como tú. Por eso es muy afortunado. Yo nunca te habría dejado sola. Mucho menos con alguien como yo.

Víctor le acarició el rostro y le cogió una mano. Se la besó. Katerina se sintió desconcertada. También, para su sorpresa, halagada: hacía muchos años que ningún otro hombre demostraba interés por ella. Todavía seguía siendo una mujer hermosa. Los años le habían conferido una belleza más serena, como el reflejo de la luna alumbrada en el fondo del pozo los pececillos de colores.

—Nunca he visto unos ojos que miren como los tuyos, Katerina. ¿No te lo han dicho antes? Son como el lago donde me bañaba de niño, muchos se ahogaron en él, pero todos seguían arrojándose a sus aguas. Eres tan hermosa que cualquier hombre sería el más feliz del mundo viviendo a tu lado.

Katerina no se ruborizó, pero retiró la mano. Habían llegado al final del jardín, a su alrededor solo había sombras que se perdían en la tapia de la finca. Se habían alejado demasiado del salón y la *haveli* ya no se divisaba. Varios faroles con velones encendidos sobre estacas cortas alumbraban el camino de vuelta, en un sendero de luces a media altura que parecían volar.

—Debemos volver, Víctor, se está haciendo muy tarde y mañana tenemos que salir temprano. Ya has oído a Rachel.

—¿Nunca lo has engañado? ¿Cuándo os casasteis? Creo recordar que yo aún no había empezado a trabajar. Vuestra boda fue muy sonada, algo insólito teniendo en cuenta que mis tíos son judíos y tú no. Hace mucho tiempo ya de aquello. ¿No quieres sentir un placer diferente?

Katerina sintió que un escalofrío jugaba con su piel. Se separó un poco más de él y dio un paso hacia las luces.

—¿A Fernando? Por supuesto que no. Nunca. Vamos adentro, por favor. Tengo frío.

Él la tomó del brazo, le puso la otra mano en la nuca y la besó en los labios. Katerina intentó separarse, pero él no la dejó, entonces cerró los ojos y se encontró devolviendo ese beso inesperado. Traidor. Cuando Víctor se separó, ella bajó la vista y le habló en voz baja.

—Lo lamento, esto no debía haber ocurrido.

—No lo lamentas, deseas sentir mucho más. Sabes que quieres venir conmigo. Mañana desapareceré, no debes preocuparte de eso, y nadie sabrá nada. Solo tú y yo. Solo tú sabrás que sigues siendo la mujer más deseada y la más hermosa, como cuando te vi la primera vez.

—No sabía que te había causado esa impresión.

—Porque estás acostumbrada a causarla. No soy sino uno más de los hombres a los que has hecho perder la cabeza. Fernando es afortunado. Y odiado.

Él volvió a intentar besarla, pero ella lo abofeteó.

—No. —Katerina se giró y echó a andar.

—¿Estás segura?

—Me voy a mi habitación. Y haré como que todo esto no ha sucedido. Fernando no sabrá una palabra de que le has faltado así al respeto, pero tú no volverás a acercarte a mí. ¿Has entendido?

Víctor arrugó el ceño con un mohín infantil que le hacía aún más atractivo. La noche que esperaba pasar no era la que empezaba a imaginarse. Se dio cuenta enseguida de que solo se había equivocado de objetivo. Lástima que hubiera sido demasiado tarde. ¿O quizás no? Pero tenía que ser ella, al menos en primera opción; ella, la bella mujer de su maravilloso primo y precisamente por eso. Exhibió la más seductora de sus sonrisas.

—No te enfades. Siento haberte ofendido. Está claro que me equivoqué contigo.

Katerina se detuvo y lo miró con dureza.

—¿Es que no tienes respeto por nadie? ¿Ni siquiera por tu primo?

—Por supuesto, lo respeto tanto, mi bella Katerina, que quería cuidarte como él lo habría hecho. Y lo siento mucho, pero no puedo obligarte a vivir. Aunque te

aconsejo que no me dejes a solas esta noche. Estás a tiempo, aprovecha la oportunidad. Intuyo que será mejor para ti.

—Yo ya vivo como quiero, Víctor. Siempre he decidido dónde quiero estar. Y ahora no deseo seguir aquí.

Noa y yo susurrábamos sentadas en el suelo, sobre una gran alfombra estampada con flores extrañas que enrollaban sus tallos sobre sí mismos y cientos de hojitas. A nuestro lado, dos sirvientes esperaban con gesto de resignación. La habitación daba a un patio con una fuente cuyo chorro no dejaba de sonar. También se oía el cantar de pájaros desconocidos, que a menudo se acercaban a beber en ella y luego salían volando por los arcos de las paredes. Desde allí, se veía el palacio de Hawal Mahal, tan naranja, una extensión de la *zenana* para las integrantes del harén. A Noa le parecía increíble que tras sus casi mil celosías pudieran esconderse las esposas del rey poeta. ¿Qué hombre podía haberse casado mil veces? Si a menudo oía quejarse a su padre de lo difícil que era contentar a una sola mujer. Tampoco comprendía lo que yo le estaba contando.

—Es difícil de explicar, Noa, si no conoces nuestras creencias y nuestra religión. Yo apenas consigo entender lo que me has enseñado de la tuya. Los fantasmas son seres astrales que no tienen un cuerpo que pueda tocarse. Son las almas de las personas que han vivido en este mundo, en el que tú y yo hablamos ahora, y que, al morir, se quedan en el *Pretaloka*, una parte del mundo astral. Pero no se parecen a esos seres extraños de tus historias fantásticas. Los nuestros no hacen daño a nadie. Mi madre tan solo me acompaña y cuida de mí. Tampoco sé si es un fantasma, eso es lo que creo, pero nunca se lo he preguntado.

—¿Y yo puedo verla también? ¡Quiero verla! ¡Enseñamela, Lila!

Noa me cogió del brazo y lo zarandeo de emoción. Me reí con ganas.

—Qué más quisiera, Noa, pero yo no decido cuándo viene ni a quién se aparece, ella manda en su mundo. Y no sé por qué no se ha reencarnado todavía, pero está conmigo desde que yo nací y ella abandonó el mundo físico. Allí, ahora es feliz, tiene hasta una cama como la tuya, dice que es mucho más cómoda que dormir en el suelo, pero no le gusta vuestra comida, sigue siendo vegetariana. Siempre me he preguntado de dónde saca los alimentos, aunque ella dice que no necesita comer. Y se alegra mucho cuando mi abuela y yo le hacemos ofrendas y le ponemos flores.

—¿Y puede atravesar las paredes?

—Yo nunca le he visto hacer eso, ¿para qué tendría que hacerlo si puede pasar por la puerta?

—Pues es verdad, nunca lo había pensado. Qué idiotas son los fantasmas europeos.

—Será que vuestras casas son más grandes y vuestros fantasmas más vagos. Así no tienen que molestarse en buscar una puerta abierta.

—Sois las dos tontas de remate. —Gabriel nos observaba. En la mano llevaba un sable de madera que agitaba en el aire mientras hacía aspavientos y ruidos extraños. Nos levantamos a toda prisa.

—¡Vete de aquí! No queremos que nos molestes —le dijo su hermana.

—No me da la gana. No sé por qué siempre tienes que estar con este bicho raro, Noa.

El niño me colocó el sable apuntándome al pecho. Junté las palmas mientras bajaba la cabeza y luego lo miré a los ojos. Gabriel bajó el arma, aunque no logró ocultar el temblor de sus manos.

—*Namasté*. Veo que has conseguido aprender a controlar tu ímpetu y por fin estás en paz.

—Ya estás diciendo tonterías. Por muy blanca que seas, no eres como nosotros. No sabes las ganas que tengo de volver a mi casa y no verte más.

—Gabriel, se lo voy a contar a mamá. Si no te gusta Lila, vete y déjanos tranquilas. ¿Quieres jugar con nosotras?

—¿Estás tonta? Ni en broma jugaría con esta cosa. Cuando volvamos, todos se reirán de ti por haber pasado todo el tiempo con una indígena.

—Pídele disculpas. La estás ofendiendo. No actúas así cuando juegas con Bhawani y también es indígena, ¿o no? Claro, como él es un príncipe y te regala siempre cosas muy bonitas, le tratas con respeto. Pero Lila es mi amiga y debes respetarla.

Me aproximé a Noa y la abracé.

—No sufras por mí. Él no piensa lo que dice, solo está asustado. No se acerca a mí porque le da miedo lo distinto. Pero eso cambiará.

Gabriel apretaba los puños como si fuera a darme el puñetazo que según él me merecía.

—¿Sí? ¿Y tú qué sabes? ¿También ves el futuro?

—A veces. Y ahora veo que vas a perder un diente de un fuerte golpe contra una puerta. Ten cuidado.

Él se encendió. Las mejillas se le pusieron encarnadas como su pantalón corto que dejaba a la vista unas piernas ya algo torneadas. Salí de la habitación pegando un portazo. No pudimos evitar reír a carcajadas mientras nos cogíamos de las manos.

—Veo que, como siempre, estáis disfrutando mucho.

Katerina acababa de entrar, a tiempo de observar casi toda la escena. Me saludó con un *namaskaran* y se agachó para dar un beso a su hija. ¡Cuánto los había echado de menos mientras había estado de viaje! Tan solo habían sido algunos días, pero ver a sus hijos como siempre, discutiendo, le hacía sentirse otra vez en casa, aunque la *haveli* no lo fuera. Agradecía volver a estar entre los suyos, y más después del desagradable incidente con Víctor. Ojalá no volviera a ver a ese malnacido. Pero tampoco podía arrepentirse de haber ido: la experiencia de ver a Gandhi no se le olvidaría jamás. Además, la *rani* se lo había agradecido enormemente. Al constatar el interés que Katerina demostraba por el arte y la historia de la India, le había permitido visitar una de las estancias más bellas de todo el palacio, la biblioteca del maharajá Jai Singh, repleta de objetos y libros en sánscrito, hindi, bengalí, persa, árabe, latín, alemán, francés e inglés.

Noa se levantó para colgarse de sus hombros.

—¡Mamá! ¿Cuándo has regresado?

—Ahora mismo, a tiempo de ver cómo os las apañabais con Gabriel. Disculpa su comportamiento, Lila, algunos hombres se ponen nerviosos cuando tienen delante chicas tan bonitas como vosotras. Se le pasará, está creciendo muy deprisa y eso es muy difícil. Estoy segura de que te trata así porque le gustas mucho.

—No se preocupe, señora Katerina, no me ofende. Él no lo hace con mala intención.

—¿Te ha gustado la biblioteca del maharajá, mamá?

—Es un sitio increíble la *Pothikhana*. Me han dejado entrar porque tenía el permiso especial de su alteza Naisha. No podéis imaginar las maravillas que contiene. Pero dime, ¿ha venido al final el príncipe Bhawani?

—Sí, vino, cubierto de joyas como si fuera una mujer vieja o un muestrario. ¡Hasta en el turbante llevaba una piedra verde y redonda! Mucho más grande que ninguna de las que tú te pones, no sé cómo no se le caía. Pero no me gusta, siempre está rodeado de todos esos guardianes de bigotes enormes y ridículos trajes rojos. Y no sueltan los palos de las manos, como si fueran a necesitarlos aquí para algo. Burbujas solo ha jugado con Gabriel, no ha querido quedarse donde estábamos nosotras. No sé por qué no dejan venir a ninguna de sus hermanas, son más simpáticas.

—No lo tomes en cuenta, Noa, es su cultura. Ellos se juntan poco con las mujeres y supongo que nunca con una de una clase o una casta inferior. Pero su madre mostró mucho interés en volver a veros. Con la de hijos que tiene este maharajá, siendo tan joven. Cuando toqué para la *rani* en la fiesta de bienvenida, conocí a toda la familia ¡y aún había otras cinco o seis esposas! Qué brío, Dios santo, qué brío tienen los hindúes. Y no llores Burbujas al príncipe; si se lo llaman su niñera o sus criados, allá ellos, pero tú tienes que ser siempre correcta.

—Pero así le llama todo el mundo... Y ¿por qué está tan gordo? Es el único niño gordo que he visto en la India.

Katerina se rio. Había cosas muy difíciles de explicar a una niña. Aunque su hija tenía razón, Bhawani estaba tan gordo como un globo terráqueo de los que había visto en la *Pothikhana*. En ese momento Rachel entró en la sala. Acababa de despertar de una larga siesta, una costumbre que Fernando le había descubierto hacia poco y ella había adoptado con gusto. Aún tenía los ojos enrojecidos y la marca de los dobleces de la almohada en las mejillas.

—Además le ha traído a Gabriel un regalo —continuó Noa—. Un plano de cuando construyeron esta ciudad, hace muchos años. Era muy feo, estaba todo lleno de garabatos marrones, pero al tonto de mi hermano le ha encantado. Y a mí no me ha traído nada.

—Bueno, hija, no debemos impedir que tu hermano y el príncipe sean buenos amigos, ¿no crees? A ti tampoco te gustaría que no te dejaran jugar con Lila. Yo creo que es solo eso, que a Burbujas le gusta más estar con Gabriel.

—¿A Burbujas? Pero ¿no habías dicho que no le llamáramos así?

Las tres empezamos a reír a carcajadas. Rachel se nos quedó mirando, pero ya estaba acostumbrada a las extravagancias de su hermana.

—¿Qué tal tu visita? ¿Te divertiste? —preguntó Rachel a Katerina.

—Sí, lástima que no vinieras. Me han dejado ver uno de los ejemplares más fabulosos de la colección: una edición en persa de algunos versos épicos del *Mahabaratha* traducidos por el poeta Abul Fazl, que, según parece, aquí es una eminencia. Es un libro especial y de muchísimo valor. Los mapas me han maravillado, parece mentira que en este país ya hubiera una cartografía tan avanzada hace tres o cuatro siglos. Hay mapas de Amber y del país cercano, del Punjab y de Delhi, de Agra y..., bueno, de otros lugares. También había muchas pinturas: de los emperadores mogoles de Deli, de los dirigentes de Amber y Jaipur, de varias batallas... Todo de un valor incalculable. Aunque me he guardado de decirlo, me da la sensación de que el maharajá no es consciente de lo que tiene, apenas está protegido. Aunque, claro, bien pensado, ¿a quién se le ocurriría que en este país perdido iba a encontrar semejantes tesoros? Me gustaría volver a verlos antes de irnos. Luego le pediré a Gabriel que me enseñe el mapa que le ha regalado el príncipe; si vale la mitad de lo que yo he visto, deberíamos devolvérselo. Pero contadme, ¿qué tal vuestra tarde? ¿Habéis hecho algo más, aparte de discutir con Gabriel? Supongo que sí, o no habríais sacado casi todos mis velos y los habríais desperdigado por el salón.

El niño había vuelto ya a la sala pero se quedó medio escondido tras la puerta.

—¡Oh, mamá!, perdónanos, por favor, no nos ha dado tiempo a recogerlo. Lila me ha explicado cómo es una boda hindú y hemos jugado a celebrar una. ¡Ha sido muy divertido! Aunque Gabriel no ha querido ser el novio.

—¿No? ¡Qué raro!

La risa de Katerina era cantarina como el agua fresca del río. Me recordó a mi madre; a menudo, cuando venía a verme de noche y hablábamos sobre cosas divertidas, ella reía así. Todas las madres que querían a sus hijos reían en ocasiones así.

—Él nunca quiere jugar con nosotras.

—Es normal que los niños no jueguen con las niñas, os gustan cosas diferentes. Miradme a mí, no me he ido con tu padre a cazar tigres. Con lo hermosos que son.

—Pero en mi colegio en Londres sí había niños que jugaban con las chicas. Y aquí también los he visto juntos por la calle. ¿No es verdad, Lila?

Miré a mi amiga con timidez, no me gustaba mucho hablar delante de Katerina.

—Antes, cuando éramos más pequeños, sí, pero ahora, cada vez menos. Ya tenemos edad de guardarnos para casarnos. Aunque yo sigo jugando con Rahul. Mi abuela me lo permite y a él no le importa.

—Pero ¿cómo puedes decir eso? Con ocho o nueve años no creo que nadie se case en estos tiempos, ni siquiera en la India. —Katerina se acercó a mí y me acarició las mejillas.

Sentí cómo me ruborizaba: no estaba acostumbrada a ese contacto tan íntimo con los extranjeros, aunque ella me trataba siempre igual que a sus hijos, como una más de su casa.

—Sí, señora. La boda de mi hermana Bhumika será en pocos días. También mi hermana Bhuvi se casa. Pero ella es mayor. Ya tiene once años. Es muy caro casar a una hija y la familia de la novia es la que paga más, mi padre lleva años ahorrando para poder casar a todas mis hermanas. Las primeras tienen mucha suerte, se llevan más regalos y un novio mejor situado, pero eso siempre adelgaza para las últimas. Puedo agradecerle a Siva que a mí me casará mi abuela Asha. Ella me quiere mucho.

—¿Las van a casar tan pequeñas? Pero eso no puede ser...

Rachel le hizo a Katerina un gesto que esta entendió enseguida. Le costó tanto no seguir hablando que tuvo que morderse la lengua.

—Ellas están muy felices, señora. Todos lo estamos. Bueno, yo no mucho. Ya no volveré a verlas tan a menudo, sobre todo a Bhumika. Vivirán un poco lejos, en otra aldea. Pero iré a verla, se lo he prometido y yo siempre cumplo mis promesas.

—Y ¿el novio? ¿Qué opina de casarse con alguien tan... tan..., con tan poca experiencia? Aunque, claro, si tienen la misma edad...

—Ellos lo prefieren así. Si esperan mucho para elegir esposa, se quedan con las más feas. Y no siempre los novios tienen los mismos años. El que se casará con mi hermana es nuestro primo Shauri. Él ya lleva barba y tiene rayas entre las cejas, como mi padre. A mí no me gusta por eso, pero Bhumika está muy contenta.

—Y después de la boda, ¿dónde vivís? ¿Os vais enseguida a la casa de vuestro novio?

—Esa es la costumbre. Solo cuando nos casan siendo aún niños de pecho esperamos con nuestros padres hasta que la familia del novio nos reclama y se celebra la *gauna*. Pero las mujeres siempre terminamos viviendo en la casa de nuestro marido. Y tenemos que agradecer a los dioses que tu futuro suegro te elija como esposa de su hijo, así viviremos en nuestro propio hogar. Aunque no todas tenemos esa suerte: si nuestros padres no pueden ahorrar una buena dote para la nueva familia, nunca nos casaremos.

—Y tú, mi niña, ¿también vas a casarte pronto?

—¡Katerina! Basta ya de cháchara —interrumpió Raquel—, ¿o es que has olvidado que debemos prepararlo todo para cuando lleguen los hombres? Si seguimos así, le van a encontrar todo manga por hombro, con lo cansados que vendrán. Pensarán que hemos estado todo el rato divirtiéndonos, qué bochorno.

—Tienes razón. Ya la dejo. De todas formas, ahora que vuelve Josef, espero que me hagas el favor que te pedí. Lila podría estudiar, seguro que vosotros podéis conseguirlo.

—Venga, hermana, vamos a arreglarnos. Y yo, si fuera tú, también haría que Noa y Gabriel se asearan, parecen pordioseros de la calle. A su padre le va a dar un soponcio si los ve así y nunca podremos convencerlo de que volváis a Jaipur.

Estábamos agotadas. Las bodas se habían prolongado durante varios días y varias noches. Habían dedicado meses a ultimar todos los preparativos, pero al final siempre eran todo prisas. Yo no quise perderme uno de los momentos más felices en la vida de mis hermanas y me empeñé en que Asha me llevara a la casa de Neeja unos días antes de la ceremonia. Desde un rincón, casi acurrucada en el suelo para que nadie reparara en mí y no pudieran echarme sin contemplaciones, observé emocionada cómo cubrían las palmas de sus manos y pies con dibujos en henna de delicadas flores de madreleña, peinaban sus largas melenas con cepillos de plata bruñida y les pintaban la cara: sus ojos y sus labios me parecieron entonces los más hermosos que había visto nunca. Luego las enjoyaron con pulseras, anillos de angulosas piedras y *golsus* brillantes; ambas habían recibido de sus futuras familias sendas diademas que lucirían sobre los velos de seda bordada.

Yo sabía que no podría llevar jamás esas joyas; aunque mi abuela consiguiera casarme con Rahul, su familia era mucho más modesta y Asha no podría conseguir nunca el dinero, pero me sentía muy feliz por ellas. Como nuestra madre decía, no se puede tener el sol y las estrellas.

Las que serían devotas esposas cumplirían su *dharmā*, y se volverían emocional, física y espiritualmente completas, ofreciendo su corazón puro a sus maridos, que les darían su fortaleza, su amor y su comprensión; y brindándoles su ternura, su compañía y su estímulo. Porque, ya lo decían los *Vedas*: «Yo soy él, tú eres ella, yo soy canción, tú eres verso, yo soy los cielos, tú eres la tierra».

Los dos futuros esposos eran de la misma aldea y, a pesar de que la boda solía celebrarse en la casa de las novias, en esta ocasión, inexplicablemente para todos menos para Asha y Neeja, tuvieron que desplazarse hasta Balmir, a medio día de carro de distancia. Pero Asha ya no podía andar demasiado rápida y llegamos las últimas, cuando algunos de los rituales ya habían concluido.

Mi abuela sentía unos picores extraños en las piernas y en las manos, aunque no me había querido decir nada. Para desentumecerlas, se sentó en el suelo y las masajó mientras observaba a unos y a otros. Le gustaba ver dónde se colocaban los invitados; cómo iban adornados, vestidos y peinados; quién hablaba con quién; qué regalos recibía cada uno. El más anciano de la aldea, con los ojos perfilados en kohl y vestido solo con el *dhoti* y el turbante rojo de las ceremonias más pomposas, se pavoneaba entre todos, mirando a los hombres con complicidad y a las mujeres por encima del hombro, ignorando a los niños y a las ancianas. Asha no lo conocía y, por mucho que lo observó, no consiguió adivinar si era un hombre sabio y justo y, por tanto, venerable, o solo un viejo necio y engreído. Asha se preguntaba cómo habría conseguido Neeja volver a celebrar la boda en casa de la familia del novio. La vieja testaruda..., había vuelto a intentarlo, a pesar de que con su hijo y con Barathi ya había comprobado que el hechizo había perdido su eficacia. Mucha suerte había tenido que con ella sí le funcionó.

Era la víspera del *Akha Teej*, la celebración del nacimiento de la sexta encarnación de Visnú, el señor Parasurama; el día en que el Veda Vyasa y Ganesha empezaron a escribir el *Mahabharata*. Era la época más favorable para celebrar bodas, los granjeros ya habían recogido la cosecha y vendido el grano. Aunque a la familia de Neeja le había ido bien de otra manera y no habría tenido que esperar a esa fecha para casar a mis hermanas, intentaban procurarse el buen augurio para que parieran hijos varones. Algunos críos corrían desnudos entre los invitados que se arremolinaban en el centro de la aldea, otros aprovechaban la felicidad compartida para pedir limosna. En las pequeñas caritas de las niñas, Asha veía una chispa de envidia cuando alguna de sus amigas o familiares se casaba. Qué poco sabían de la vida. Pero ¿alguien sabía de la vida de verdad? Ni siquiera ella, que ya lo había visto todo, sabía nada. Quizás en la siguiente reencarnación.

Mientras atardecía y observaba a las decenas de mujeres que caminaban en fila con bamboleantes vasijas de barro sobre sus cabezas, mi abuela no dejaba de pensar que no quería morir. No quería dejarme sola. Todavía no. Las mujeres parecían tener el rostro mucho más grande que el cuerpo, como langostas sinuosas. Sus pasos seguían el ritmo que marcaban los músicos en una danza antigua como los ojos de Parvati. Al llegar a la rueda del alfarero, la música cesó, ellas dejaron las vasijas en el suelo para que se llenaran con los buenos auspicios y los invitados volvieron de nuevo a sus casas o a los hogares en los que se hospedaban mientras tenía lugar la ceremonia. Las mujeres de la familia de los novios continuaron afanándose por preparar la comida y la bebida y tenerlo todo listo para la celebración del día siguiente.

Mi abuela y yo pasamos la noche tumbadas sobre una manta que ella había estirado con mimo sobre la tierra. A mí me había maravillado su idea: quedarme dormida abrazada a su pecho mientras miraba las estrellas. Compartir con ella el cielo. Pero Asha no durmió, se quedó despierta oliendo el pelo y la piel de su pequeña mochuela blanca, susurrándome historias que aún no había tenido ocasión de contarme y que debía conocer, por si acaso ella estaba equivocada y no podía volver. Sabía que sus palabras se me quedarían insertas en el alma y podría recuperarlas cuando las necesitara. A veces, acariciaba mis mejillas o me besaba en las manos, en la frente, en los párpados, cuidando de que no me despertara. Yo dormía tranquila. Protegida y serena. Todo estaba bien.

Al amanecer, rezamos y nos ayudamos a arreglarnos la una a la otra para que nuestro cabello y nuestros vestidos lucieran como si nos acabáramos de acicalar para la gran fiesta, y regresamos a la casa. Cuando hubieron llegado todos, empezó el intercambio de regalos para los ancianos y los familiares. Los del novio más sonriente, que había tenido tiempo ya incluso de perder algunas muelas, se llevaban los más caros. Asha aprovechó un momento en que Neeja salió de la estancia donde las mujeres bañaban a sus nietas Bhumika y Bhuvi, y, a pesar de las protestas de las que las aseaban, las abrazó y las apretó sintiendo sus jóvenes corazones latiendo junto al suyo; ellas, como polluelos que eran, se pusieron a llorar. Asha las soltó ya empapada y su alma lloró también con lágrimas eternas que mis hermanas no pudieron ver. Pero Neeja sí las percibió cuando entró de nuevo. Se dio media vuelta y se quedó fuera. A veces, ella también sabía, aunque no tanto como antes. Sin embargo, cuando Asha abandonó el cuarto y se cruzaron las miradas, ninguna le habló a la otra, ninguna se decidió a abrazarse, a cogerse de la mano, a limpiar con una caricia las huellas de la traición o el abandono, a perdonar ni a pedir perdón. Sus ojos echaron chispas. Y solo sus corazones lloraron. En su nido, se escuchó el ulular de la vieja lechuza que también intuía, como ellas.

Al cabo de un rato, las mujeres sacaron a mis hermanas. Asha no las siguió, prefería no ver cómo eran exhibidas ante todos con sus caritas exultantes de felicidad. Ella sabía lo que vendría luego, pero así había de ser. Los niños las tocaron para que les dieran suerte; las mujeres alabaron sus preciosos vestidos, sus joyas de plata, las pinturas brillantes de sus caras y, en sus manos, los dibujos perfilados con pericia. Los ancianos solo fumaban pipas de agua y miraban impasibles al viento, que susurraba en los muros de las chozas el nombre de las que morirían pronto.

Por fin las dos parejas se montaron en sendos caballos y, seguidos a pie por los invitados, la banda y un hombre vestido de mujer para que no les faltara la suerte a los prometidos, llegaron al templo. Allí permanecieron sentados mientras el sacerdote encendía el fuego sagrado y recitaba los textos de la unión en sánscrito, esa lengua sagrada que casi nadie entendía pero todos veneraban. Yo me cogí de la mano de mi abuela y la apreté mientras miraba a mis hermanas. Después comimos, bebimos y bailamos hasta la madrugada, y Asha danzó sin parar con todas sus nietas mientras Neeja le lanzaba violentas miradas de reprobación que ella ignoraba con el desdén de quien se sabe ya fuera del tiempo. Cuando todo terminó, Asha no quiso entrar conmigo a decir adiós a las recién casadas. Ella ya se había despedido.

El camino de vuelta hasta la aldea lo hicimos un buen trecho acompañadas por algunos de los invitados. El calor había arreciado y nos quemaba las plantas desnudas de los pies y la garganta. Algunas vacas con las que nos topamos nos miraron sin inmutarse. La blancura de su piel rugosa contrastaba con la pintura roja de sus cuernos, cuyas puntas habían sido limadas con esmero. Asha sentía las piernas pesadas y los huesos crujiendo, y tampoco me lo dijo. Tan solo soltaba lo que se le pasaba por la cabeza, incluso chascarrillos que yo no solía escuchar de su boca. Pero así conseguía disimular la angustia.

—¿Por qué estás tan contenta ahora, abuela? No has parado de hablar desde que salimos de Balmir.

—¿Te molesto? Puedo callar.

—No, no es eso. Me gusta escucharte. Pero en la boda no me pareciste tan feliz, bailabas, pero algo te hacía mirar al suelo demasiadas veces. ¿Ha pasado algo que yo no sepa?

—Solo me alegro cada vez que me quito de la vista a Neeja. No debo decírtelo, no está bien, pero ya poco importa. Lo dicen los *Upanishads*: «Los necios moran en la oscuridad. Sabios en su propia presunción, andan en círculos, tambaleándose de aquí para allá, como ciegos guiados por ciegos». Así vive Neeja. Pero deja de pincharme, que no quiero hablar más de ella. Ya he tenido suficiente por esta vida.

—¿Por qué os lleváis tan mal, abuela? Solo ella hace que hables así.

—¿Has visto esos bueyes revolcándose en la tierra seca? Aromos nuestros campos con los bueyes y con el macho del búfalo de agua. Las vacas protegen a los

campesinos, si no las amáramos como lo hacemos y decidiéramos matarlas antes de que llegue el monzón, cuando toda la tierra está muerta y nada puede hacerse en ella, si los campesinos se las comieran cuando casi desfallecen de hambre, en las épocas de sequía, si sucumbieran a su necesidad y no pensasen en el futuro, firmarían su sentencia de muerte, porque tal vez conseguirían sobrevivir a la sequía, pero morirían poco tiempo después, cuando llegaran las lluvias. Sin las vacas, no tendrían modo de arar sus campos.

—¿Y eso qué le importa a Neeja?

—El amor por sus vacas hace sabio al agricultor. Lo obliga a pensar en el futuro, a prever lo que ocurrirá. Además, ¿qué pasaría con los *dalits*? Ellos tienen derecho a comerse las vacas muertas. Con curry y bien hervida, su carne está muy sabrosa.

—No me respondes. Ya no puedes hacer esto, abuela, no se me olvida lo que quería saber.

—Neeja fue tan necia como una campesina que se comió su vaca. Una campesina gruñona, vieja y sucia. Ella hizo algo que la hizo morir para mí. Tu abuela murió en mi corazón. También murió en el suyo, aunque ella no se dé cuenta. Pero ya poco importa.

Asha se calló y siguió andando. De repente, pareció despertar otra vez y carraspeó.

—Recuerda que luego tenemos que repasar los himnos a la Diosa Tierra. Los *Brahamana*. Son los más importantes, los libros mágicos con las fórmulas y los ritos sagrados. Lila, no lo olvides. Contienen hechizos para curar dolencias y procurar la salud y la inmunidad; imprecaciones contra los demonios y los brujos; hechizos para beneficiar a las mujeres, y que consigan marido o hijos; también para los hombres, cuando desean asegurarse el amor de una hembra o el regreso de una esposa frívola; con ellos, los reyes se consagrarán y sus empresas triunfarán; para defender la armonía, aplacar la ira y apaciguar las discordias. Pero has sido aplicada, estoy segura. Ya estás preparada.

—¿Por qué sonríes ahora, abuela?

Asha se detuvo. La piel reseca del rostro se le había llenado de manchas oscuras como ciénagas de tristeza, pero olía bien, al dulzor de la canela. Y seguía sonriendo.

—Soy feliz, Lila, contigo he podido disfrutar mucho más que con mis hijas. Todas vinieron a la vez y yo era tan joven e inexperta y ellas tan agotadoras... No se deberían tener hijos hasta que la vida te hubiera enseñado a quererlos como se merecen. Así, algunos no los tendrían nunca. Pero cuando vuelva a nacer, lo recordaré. Vosotras sois lo mejor que me ha pasado, al menos en esta vida. Espero habérselo dicho suficientemente a tus tías y a tu madre.

—Mamá lo sabe. Te quiere mucho, abuela, y sabe que tú la quieres también. ¿Por qué tú no la ves cuando duermes como la veo yo?

—Porque ella no quiere verme a mí, mi pequeña mochuela blanca. Ella desea estar contigo.

—Y ¿por qué la veo solo cuando duermo?

—¿Nunca te has preguntado por qué perdemos el tiempo durmiendo? Si no lo hiciéramos, viviríamos mucho más, una gran parte de nuestra existencia la pasamos dormidos. Pero lo necesitamos y no solo para descansar del duro trabajo. Podríamos haber aprendido a descansar de otra manera. Dormimos porque soñamos en nuestro cuerpo mental, que está dentro de nuestro cuerpo astral, al que, mientras vivimos en esta vida física, solo podemos llegar cuando nos quedamos dormidos. En el estado de vigilia, nuestro cuerpo astral usa nuestro cuerpo físico y así el cuerpo mental puede usar el cerebro de los otros dos. Pero el cuerpo más importante es el del alma. Sin él, no podríamos descansar de nuestros karmas. Ese es el descanso que de verdad necesitamos y la razón por la que tenemos que dormir. A este cuerpo, el del alma, solo podemos conectarnos entonces y es cuando nos cargamos de energía divina. Todas las mujeres de nuestra familia menos una, que renunció a ese don porque así lo deseó, a cambio de algo horroroso, a través de sus actos y de la última magia que hizo, tenemos una energía divina fabulosa, que se recarga al dormir, cuando conectamos con lo divino. Tu madre ha decidido quedarse ahí, en ese estado del alma, queriéndote y protegiéndote. Ella se resistió a dejarte, ni siquiera a mi cargo, cuando murió al nacer tú. Es a ti a quien quiere ver, no a mí. Pero disfruta de ella, porque no podemos saber cuánto tiempo decidirá quedarse.

—Pero Noa no ve a nadie cuando duerme, ni Bhumika, ni Chandrika. Tampoco Rahul.

—No todas las personas están preparadas para ver a sus fantasmas. O también puede ser que ellos no quieran verlas a ellas. Su toma de conciencia individual pasa de conciencia física a conciencia emocional, mental, de cuerpo astral o del alma al entrar en el sueño profundo. Esas personas no recuerdan esos sueños profundos, en los que se les pueden aparecer sus fantasmas, porque no lo desean o porque su conciencia física les parece más interesante que su conciencia del alma. Tú recuerdas a tu madre cuando la ves en sueños porque deseas permanecer cerca de ella. Y hay brujas tan poderosas que incluso ven a los fantasmas despiertas, y no solo a los suyos, también a cualquier otro que desee comunicarse con ellas.

Le di la mano a mi abuela, que me la apretó con cariño. Estaba cansada y quería acostarse. Los campos requemados por el sol empezaban a esconderse tras la noche y nuestra choza ya estaba cerca. Sin embargo, aún quedaban algunos campesinos con el rostro curtido y la piel renegrida asomando en cada trozo de carne que no tapaban sus escuetos calzones. Todos conducían arados desvencijados y arañaban la tierra en surcos marchitos. Los bueyes que tiraban de ellos parecían tan débiles como si estuvieran a punto de derrumbarse sobre el suelo yerto, aunque seguían su camino imperturbables en una línea recta infinita. El aire se revolvía seco y caluroso entre las almas vigilantes, pero pronto llegaría el monzón y su energía se intuía sobre todas las cosas.

La mañana se había levantado bailarina. Insensible a la muerte del alba. Los *Devas* revoloteaban, intensos en su luz, callados en su cometido. Asha había adornado el altar de Shakti con pétalos de rosa y el aroma del sándalo dibujaba ondas en el aire, por toda la casa. También había hecho sus ofrendas. Ya estaba lista. No había más remedio.

Me dejó dormir hasta que me desperté y eso ocurrió tan tarde que me extrañé de haber abierto los ojos cuando el sol ya había recuperado su sombra en el patio de atrás. Sus rayos encendían las caléndulas. Sobre el tablero extendido en el suelo de la cocina me esperaban todos mis manjares preferidos. Asha sabía que no había hecho bien, pero alguna ventaja debía tener haber nacido maga y saber cuándo y por qué ocurrían las cosas. En ese momento, para poco más podía aprovechar su poder. El corazón le oprimía el pecho, pero no sabía si ocurriría de ese modo, durante toda la noche había sentido ese mismo ahogo. Me abrazó y me cubrió de besos. Nos bañamos con el agua que había traído del río, nos vestimos con ropa limpia y cantamos juntas los himnos. Barathi no nos quitó ojo en todo el tiempo desde su nebulosa existencia privada.

—¿Te gusta?

Mis manos y mi boca estaban llenas de *burfi* de lentejas y nuez moscada. Tuve que masticar y tragar un poco antes de responder.

—¿Cómo puedes preguntar eso? Todo está riquísimo. Tenías que haberme despertado para que te ayudara. ¿Por qué hay tanta comida? ¿Va a venir alguien?

—No te preocupes, solo come lo que quieras. Hoy no iremos al bazar. Ya hemos vendido suficiente.

—¿Estás segura, abuela? Hoy es día de paga en la curtiduría, habrá muchas sirvientas y muchos hombres buscando cosas bonitas. Tenemos esa seda tan hermosa que nos trajo Chandresh.

—Me alegra que seas tan responsable, Lila, pero hoy no iremos. Está decidido. Desayuna... despacio, por favor, no quiero que te atragantes. Y luego ve a ver a tu amiga Noa, seguro que quieres contarle muchas cosas de la boda de tus hermanas.

—¿Sí? ¿Puedo ir a verla hoy?

—Eso es lo que más te apetece, ¿verdad? Pues ve y disfruta de ella. Pasa todo el día allí. Y cuando te vayas, abrázala fuerte y dale un beso muy muy grande, como si no fueras a volver a verla.

—¿Por qué no vienes conmigo? Su madre siempre me dice que eres bienvenida. Ella es muy simpática. Además, quiere encargarte otro sari.

—No, Lila. Hoy no puedo. Me queda mucho por hacer aquí, en nuestra casa. No tengo tanto tiempo. Además, tienes que estar con Noa. Si fuera yo, aprovecharías menos el día, sería una carga para ti. Ando despacio y tardaríamos más en ir y en volver. Si no quieres llegar hasta allí sola, que te acompañe Rahul, también debes verlo a él. Ve a buscarlo a su casa, estará. —Asha bajó un instante la vista al suelo. Pero enseguida volvió a mirarme—. Se me olvidaba: recuerda lo que te regalé el día del festival. No me gustaría que te lo dejaras.

—Pero ahora no voy a llevar puestas esas cosas, ¿no? ¿O quieres que se las enseñe a Noa?

—No, no, pero no las olvides. Las necesitarás. Voy a sacarlas del baúl y las guardaré en el lugar secreto del patio.

Yo ya no podía comer más. Había vaciado casi todas las escudillas y me estaba chupando los dedos. Me los relamía con avidez, sabiendo que no era habitual un festín así a mi alcance.

—No has comido nada, abuela. He sido una glotona.

Asha se rio. Las arrugas que rodeaban sus ojos se difuminaron en la piel brillante. Se sintió serena.

—No tengo hambre. Lo preparé para ti. Tienes que estar fuerte. Pero ya has terminado. Debes irte.

—¿No quieres que te ayude antes? Podemos bajar primero al río y lavamos las ropas de la boda. Así se conservarán mejor. Puedo irme luego.

—No. Es mejor que salgas ya.

La anciana inspiró el aire con olor a sándalo. Lo expulsó poco a poco. Necesitaba calmar el trote de su corazón. Luego me tomó las manos, acercó mis palmas a sus mejillas y rozó su rostro contra ellas. Estaban suaves y calientes y... eran tan pequeñas. Aún eran pequeñas. Se las llevó a los labios. Sus cien besos fueron cien plegarias, cien deseos, cien joyas, cien consejos. Yo sentí la piel arrugada pero suavísima de su rostro y los cien besos cálidos posados sobre mi carne me hicieron estremecer. Oí las cien plegarias, albergué los cien deseos, atesoré las cien joyas, memoricé los cien consejos.

—No me voy. Me quedo aquí, contigo. Ya iré a visitar otro día a Noa y a Rahul.

Asha temió que yo ya supiera verla por dentro. Olfateó en mi interior, escudriñó mi corazón. No, aún no había aprendido. Pero seguro que empezaba a conocer. Me abrazó con fuerza y se regocijó en la tibieza de mi pecho, en la bondad de mi corazón. En el amor de su nieta amada. Cuando logró separarse de mí, yo estaba llorando.

—No llores, mi pequeña mochuela blanca. No llores. Debes estar contenta. Hoy empieza tu nueva vida. Y llegarás a ser muy feliz en ella. Sabes que no miento. Lo dicen los astros. Y yo estaré contigo siempre. También lo sabes. Siempre. Como hasta ahora, cuando me necesites. Pero hoy tienes que ir a ver a tus amigos.

—No me voy, quiero quedarme.

—No, Lila. Debes ver a Noa y a Rahul. Haz caso a tu vieja *dadi*. Por favor. Debes ir a verlos. Ahora. —Asha volvió a besarme en las manos, en la frente, en las mejillas. Luego me empujó con suavidad hasta la puerta—. Ve tranquila. Yo te esperaré.

Sin mirar atrás, comencé a andar despacio hacia la aldea. Seguía llorando. Pero obedecí a Asha. Rahul se alegró de verme. Para entonces, el calor picajoso del mediodía ya me había secado las lágrimas y conseguí hablarle sin llorar de nuevo.

—¿Vienes conmigo a ver a Noa? Hoy necesito a alguien que me acompañe. Por favor.

—Ya no está Bhumika. —Su sonrisa era burlona.

—No, ya no está. Te envía sus buenos deseos. Y también Bhuvi.

—No, seguro que Bhuvi no. A ella no le gusto. No me perdona que me riera de su nariz grande.

—Mi hermana no tiene la nariz grande.

—Sí, sí que la tiene. Tú eres mucho más guapa que ella, la más guapa de todas tus hermanas, por eso vas a ser mi esposa.

—Estaban muy felices cuando las dejé. Las rencillas se olvidan cuando tu corazón canta.

—No te preocupes, volverás a verlas pronto. Yo te llevaré.

—¿Vas a venir conmigo hoy?

—Hoy no puedo. Tengo que pintar la valla de la casa donde trabaja mi tío Akala. Con lo cansado que estoy. Me pican los ojos y me duele un poco la cabeza, pero se lo prometí la semana pasada y ya han llevado todo lo que necesito. Ahora me iba para allá.

—Pues yo no quiero ir sola. Pero mi abuela me ha dicho que debía ver a Noa. Seguro que se pondría triste si luego enseguida y cree que no le he hecho caso. ¿Me dejas ir contigo?

—¿Quieres venir a pintar la valla? Eres una niña muy rara.

—No, solo te acompañaré un trecho. Luego me iré con mi abuela. Aunque no puedo volver tan pronto. Le diré que vine a verte a ti pero que luego quise estar con ella. Ya visitaré a Noa otro día.

Nos pusimos en marcha. Yo iba delante y Rahul me seguía. Le gustaba mirarme, aunque yo no solía dejarle. Eso pronto cambiaría, en cuanto me convirtiera en su esposa le debería obediencia y respeto. Como su madre a su padre y su abuela a su abuelo y sus tías a sus tíos.

—¿Por qué vas tan callada?

—Echo de menos a Bhumika. Sé que no podré volver a verla pronto.

—Pero tiene que ser así. Ella debe formar su propia familia. Estará bien con su marido. Tu padre habrá elegido con cabeza. Siempre es así. Por eso son ellos

quienes deciden, tienen más experiencia, saben qué es lo mejor para nosotros. Dentro de poco, ella será una madre fabulosa. La mano que mece la cuna dirige el mundo, eso dice mi padre. Tú también serás así: mi gema preciosa. Pero yo te protegeré. Y te llevaré a ver a Bhumika.

—Y los tuyos, ¿me querrán como nuera?

—Cuando tu abuela Asha curó a mi padre, se ganó ese derecho. Mientras ella viva, mi familia estará en deuda con ella. Ningún otro curandero pudo adivinar lo que le ocurría. Es de necios no saldar las deudas. Se multiplicarían por diez en la siguiente vida.

De repente, me detuve. Sentí la mano de mi madre tocándome la mía. Tiraba de mí. Y estaba fría, no como otras veces.

—Rahul, debo irme ahora. Tengo que volver a casa.

—Aún no hemos andado ni medio camino. ¿No querías esperar un poco antes de regresar? Eres tan voluble como un junco ante el viento.

—No puedo explicártelo.

Lo abracé. Necesitaba sentir el calor de su cuerpo. Necesitaba cobijo, solo era eso. Pero él se apartó enseguida.

—¿Qué haces? No puedes tocarme así. Esa niña europea te está haciendo mucho mal.

—No sé lo que hago. Solo quería estar cerca de ti. Te pido disculpas, Rahul. Si me perdonas, te vendré a ver mañana.

—Estás loca, pero eres muy guapa. Te perdono.

Eché a correr camino de casa. Iba tan rápido que me rajé la planta del pie derecho con una piedra; sentí el escozor de la sangre y la tierra metiéndose en la carne, pero continué con todas mis fuerzas. La energía divina de Barathi me llevaba en volandas y yo necesitaba seguirla. Un halcón gañía en su nido esperando la comida de su madre que, herida por un cazador, no consiguió regresar a tiempo. Cuando llegué a la aldea, tuve que detenerme a tomar aliento. Y entonces supe. Me senté. Las lágrimas comenzaron a resbalar por la cara. Crucé las piernas y miré al cielo. Intenté calmar mi respiración, cerré los ojos. Barathi me acariciaba el rostro. Roces de plumas de paloma sobre mi piel. Pero era ella. Seguí respirando lentamente, con los ojos cerrados, concentrada en ver. Junté los dedos pulgar e índice y recé, allí sentada, sin mover un corpúsculo de mi cuerpo, solo percibiendo mi dolor e intentando penetrar en el mundo del alma, para alcanzar el cuerpo astral de mi abuela y despedirme, antes de que ella me abandonara también.

—Lila, no te retrases más. Te está esperando. Te lo prometió.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué se va también ella? Ahora me he quedado sola.

—¿Acaso yo te he abandonado? Sigo a tu lado. Mientras me necesites, estaré aquí. Pero debes irte ahora. Rápido. Tu abuela te espera.

Me levanté del suelo y seguí corriendo sin detenerme hasta llegar a mi casa; estaba rodeada de gente. Neeja me aguardaba en la puerta. En cuanto me vio, salió a mi encuentro y me agarró del brazo.

—No entres. Vinieron a hacerle otro encargo y la encontraron muerta hace una hora. Ya están preparándola.

Me revolví y entré corriendo. Oía a almendras quemadas, el olor de los que esperan en el otro lado a que se abra la puerta para pasar al mundo de los que ya no son sustancia. Muchas mujeres rodeaban el cuerpo de Asha y otras oraban frente al altar. Todos querían estar ahí: permanecer cerca de un alma cuando se desprendía de la materia es la mayor de las bendiciones. El sacerdote entonaba una plegaria a Aditi, la diosa de la casa, a Shakti y a Kali, la diosa de la muerte y la destrucción. Para la gran travesía, la transición del mundo físico al plano astral, mi abuela se había engalanado con el sari rosa de su boda y la diadema de plata, y estaba recostada con las manos formando el símbolo sagrado, la cabeza erguida y el rostro sereno. La besé. Sentí su piel caliente aún. Enseguida la oí llamándome. Solo yo podía escuchar su voz de bruja hindú. De abuela amada.

—Lila, Lila, mi niña, mi pequeña mochuela blanca... No he podido esperarte más, solo me quedan unos minutos para cruzar. Dime lo que deseas decirme y me iré. Ya estás preparada. Ya eres. Podrás encontrarme siempre dentro de ti.

—Esta mañana no te dije cuánto te quiero, abuela. Solo era eso. Solo eso. Te quiero. Gracias por esperarme. Gracias por haber pasado esta vida a mi lado.

—Mi pequeña mochuela blanca. Creo que seguiré llamándote así también en el mundo nuevo, ya he paseado por él y no hay razón para no hacerlo. Todo está bien. Y no debes preocuparte, seguiré cuidando de ti mientras me necesites. Tu madre y yo. Solo búscanos dentro de tu corazón, en tus sueños pero también en la realidad; tu fuerza es mayor que la nuestra, quizás porque reúnes en ti la luz y la oscuridad, la espiritualidad y el valor. Y no te olvides de quién eres, de quién quieres ser, pase lo que pase. Debes dejar que los elementos retornen a la tierra, que mi alma pase a la nueva habitación, que como el mango, el mijo o la baya me libere del tallo, como la serpiente muda la piel, como el polluelo se deshace de su cáscara. Mi mente te recordará y volverá siempre que tú desees. Y si tengo que volver a nacer, solo será cerca de ti.

Recosté mi cabeza sobre el cuerpo muerto de mi abuela, que ahora comenzó a enfriarse deprisa. Mis lágrimas caían sobre su piel pálida y se quedaban encharcadas en las comisuras de sus labios ajados, que empezaban a amoratarse. Algunas mujeres insistían en que me apartaran del cadáver, pero Neeja entró en la sala y les ordenó que me dejaran. Todos callaron. Me levanté y miré hacia la ventana. Mi abuela se despedía de mí al otro lado con una sonrisa en el corazón y un beso jugueteando en las orillas del alma.

—Vamos, Lila, nos esperan en casa.

Neeja me agarró del brazo. Me solté.

—Este es mi hogar. Yo quiero quedarme aquí.

—No sabes lo que dices. No puedes quedarte sola. Pero no agotes mi paciencia o dejaré que lo hagas. Soy una necia al apiadarme de ti. Haz un hatillo con lo que quieras llevarte y ven conmigo. Rápido, poco queda ya que recoger.

Dejé de llorar. La miré a la cara. La vi dentro, oscura y añeja como el final de los tiempos. Salí corriendo de la casa. Nadie me persiguió. Continué andando despacio. Ya no tenía que apresurarme, no me esperaban en ningún lugar. Me imaginé el mundo ahora: ¿a quién daría mi mano para dormirme sin miedo? ¿Quién me calmaría al despertar de madrugada aterrada por el ruido de un animal rondando la choza, ya fuera en la realidad o en mis fantasías? ¿Quién me querría jamás tanto como Asha? Sentí un dolor punzante como colmillo de leopardo. Nunca, en mi corta vida, lo había experimentado de ese modo. Y saber que mi abuela podría volver a este mundo no lo aminoraba; al contrario, no era justo que pudiera volver convertida en gacela al otro lado del Ganges, en mono al que yo jamás llegaría a besar o incluso en una persona a quien no conocería. Intenté rezar: «La vida de mi vida, cuya naturaleza es sostener el fuego en su mano, esencia de Verdad del oro más puro, quien ni viene ni va, el Poderoso que a todas las almas impregna en este mundo, para aquellos que así meditan en él, todos los futuros nacimientos terminarán». Y, con cada palabra, sentí caer una lágrima y mil más. Y así seguí, andando despacio sin dejar de llorar, hasta que el camino se convirtió en una calle de Jaipur y la misma multitud colorida e indolente de siempre irrumpió en mi intimidad.

Al llegar a la *haveli* donde Noa se hospedaba con su familia, me detuve antes de llamar. Me restregué los ojos y vi una infinidad de lucecitas amarillas. Las chiribitas volaban de verdad en mi mente. Así viviría Asha a partir de ahora dentro de mí. En el recibidor se amontonaban decenas de embalajes de madera y un sinfín de sirvientes corría de un lado a otro arrastrándolos, abriendo unos y cerrando otros. Solo uno me prestó atención mientras seguía afanado metiendo en ellos artículos de todo tipo. Me guiñó un ojo y me sonrió, yo bajé la cabeza y disimulé mi asombro. El guardián me hizo esperar allí y continuó mirándome mientras se atusaba sus largos y negros bigotes hasta que Katerina salió a recibirme.

—Hola, mi niña. ¿Qué cara es esta? ¿Te ocurre algo? ¿Quieres beber alguna cosa? —Pidió enseguida a uno de sus sirvientes una taza de té y unos bollos—. Siento que hayas hecho el viaje para nada. Noa acaba de acostarse. No se encontraba bien, lleva unos días indispuesta y hoy tenía fiebre. Lo siento mucho, de veras, pero ahora no puedes verla. Y Gabriel y yo vamos a la *Pothikhana*, la biblioteca del rajá. Pero se me ocurre que quizás desees venir con nosotros. Así no habrás hecho el viaje en balde.

Contuve las lágrimas, junté las manos y miré al suelo.

—Gracias, señora. Solo quería ver a Noa. Pero si está dormida, volveré mañana, si no le importa.

Katerina me ofreció el té y me lo tomé sin levantar la vista. En sus posos se reflejaba la tristeza de un corazón vulnerable. La vi burlándose allí de mí y seguí bebiendo. No acepté su comida.

—Por supuesto que puedes venir mañana. Sin embargo..., creo que debo decirte algo. Noa quería contártelo ella misma, pero creo que no debemos demorarlo más...

—¡Nos vamos la semana que viene! —Gabriel acababa de entrar corriendo en la sala. En la mano llevaba una pequeña pistola que parecía de verdad y apuntaba sin cesar a un lado y a otro. Estaba radiante.

—¡Gabriel! No creo que fuera necesario decirlo así, ¿no te parece?

—Es que estoy muy contento, madre, por fin nos vamos de este lugar asqueroso.

—Vuelve a tu cuarto y espérame allí. —Katerina se dirigió a mí de nuevo—: Lo siento mucho, cariño. Debes disculpar sus malos modos. Le queda mucho que aprender.

—No se preocupe, señora. Solo está contento. ¿Cuándo se van?

—Gabriel ha dicho la verdad, mi marido regresó la semana pasada y nada nos retiene aquí. No ha aceptado el ofrecimiento del maharajá para hacer negocios aquí y tenemos que ocuparnos ya de nuestros asuntos en Europa, no puede dejar abandonado mucho más tiempo el bufete. Es una pena que Noa no se sienta bien hoy, le habría gustado mucho pasar la tarde contigo. Pero vuelve mañana, si puedes. Ella está muy triste por tener que separarse de ti.

—Bien, señora, volveré entonces.

Tomé el camino de siempre para llegar a mi aldea pero no me detuve, como otras veces, a mirar los bultos sinuosos del lago de los caimanes ni a comprar dos *annas* de regaliz, que la vieja vendedora, conocida de mi *dadi*, me dejaba fiado si lo necesitaba antes de salir de la ciudad; todo eso me pareció lejano e irreal, como en un sueño de mentiras profundas y dolorosas. Asha había muerto. Noa también me dejaba.

Caminé deprisa hasta que se me acercó un hombre y me pidió, con los ojos en blanco y la boca ensangrentada, algo para comer. Todas las advertencias de los mayores me vinieron de pronto a la mente. ¡Corre, Lila, corre! Y eso hice, correr, aunque el mendigo no tenía más que una pierna y se quedó tirado en el mismo lugar donde habría estado las últimas semanas. El miedo hacía que los sentidos se atrofiaran y descubrieran demonios donde tan solo había almas desamparadas.

Cuando llegué a la aldea, era ya noche cerrada. Salamanquesas doradas cazaban sobre los muros de las casas. Esperaban al acecho, inmóviles, cerca siempre de alguna antorcha que emitía una luz cansina y, en cuanto su presa se acercaba lo suficiente, se tiraban con rapidez hacia ella, abrían la boca al instante y la apresaban dentro de sus fauces. Entonces se oía un crujido y el bocado desaparecía en la oquedad de su garganta. Yo las distinguía, a pesar de las lágrimas. Había hecho todo el recorrido luchando por no llorar a veces y, otras, limpiándomelas para conseguir ver por dónde iba. Ahora me sentía extraña, como si me faltara una mano o un pie, y solo me diera cuenta cuando iba a agarrar algo o a echar a andar. Hasta el momento, en cada uno de mis pensamientos y de mis acciones, intervenía de un modo u otro Asha. Pero ella ya no estaba en mi mismo mundo.

Lo primero que tuve que decidir fue adónde volvería. Al principio pensé en vivir sola en mi casa, pero mi madre me convenció de que no podría. En pocos días, los ladrones de niños o los hombres de otras aldeas se enterarían y podrían ir a buscarme. Demasiado bien sabían las jóvenes del pueblo lo que ocurría cuando los hombres se encaprichaban de alguna. Lo mejor, que terminara casándose con el que la violaba. Aunque aún mi cabeza no entendía bien qué era aquello, mi hermana Bhumika me lo había intentado explicar alguna vez tal y como se lo había contado la más desvergonzada de nuestras primas mayores, pero ninguna de las dos había visto nunca eso que ellos tienen entre las piernas y no podíamos creer que fuera tan duro y tan largo como una espada para poder atravesarnos. Mi madre insistió en que volviera con Sagar y con Neeja, y yo, a regañadientes, la obedecí. Es muy difícil desoír a un espíritu que te observa siempre que lo desea.

Cuando entré en la casa, mis numerosas primas se acercaron enseguida a abrazarme y me acibillaron a preguntas sobre dónde había estado, cómo había escapado de quienes secuestraban a las niñas que desobedecían y al lado de quién dormiría esa noche. Pero en cuanto Neeja apareció y sus ojos se fueron fijando por turnos en el rostro de cada una, todas callaron.

—Has vuelto. Me alegro. Nos vendrá bien tu ayuda ahora que se aproxima el Festival de las Cometas y los maridos regalan muchas joyas a sus mujeres o a sus rameras. Aprenderás enseguida lo que hacen tus hermanas.

—¿No podré seguir yendo al bazar? Ese es mi trabajo, lo hago bien.

—Calla, que aún puedo cambiar de idea y azotarte por haber huido de mí. Eres una desvergonzada, ni siquiera me preguntas por tu abuela. Su cuerpo ya reposa preparado en el templo. Mañana la conducirán a la pira. Lo harán mis hijos. Son nobles. Pero parece que poco te importa.

Agaché la cabeza. Ella prosiguió:

—No volverás al bazar. Ese no es lugar para una mujer. Solo las furcias se dejan ver por otros ojos que no sean los de su marido. Tú te casarás pronto, no puedes estar por ahí mostrándote a todos. Eso se acabó.

Levanté el rostro, pero no la miré a los ojos. Mis dedos temblaban tanto como mi voz.

—Abuela, yo quiero seguir aprendiendo a leer y a escribir. Quiero ir a la escuela. Quiero saber más cosas. La *rani* me lo permitirá. Me lo dijo Asha.

Neeja se carcajeó. Pero paró de golpe.

—Eres una insolente. ¿Quién te has creído? Deja de decir insensateces delante de tus primas. ¿Acaso conoces a la *rani*? ¿Acaso le importas? Y ¿cuándo se ha visto que una mujer hindú vaya a la escuela cuando ya tiene que ocuparse de su hogar? ¿Para qué necesitas ahora leer y escribir? Ya no es tiempo. Tienes obligaciones y debes aprenderlas cuanto antes. Con ella vivías como una salvaje, sin respeto ni deberes, pero eso se acabó. Tienes que aprender a cocinar y a hacer tortas de boñiga, a cuidar bien de tu marido y de tus hijos, a convertirte en la mujer que mandan los *Upanishads*. ¿Por qué crees que puedes hacer otra cosa? ¿Es que yo desprecié acaso la sabiduría de mis padres y no me casé con quien ellos eligieron? Tenía ya doce años y enseguida Visnú me bendijo con mi propia familia. Mírala, es muy próspera, todos mis hijos se han casado en bodas fabulosas, con mujeres respetuosas que cuidan de ellos. No nos falta la comida ni el cobijo. Nuestros vecinos nos respetan. ¿Para qué tendría que haber sabido leer o escribir? ¿Es que eso te va a dar de comer, niña pretenciosa? El que será tu marido no necesita que le leas ni que le escribas. Te casarás a la vez que Chandrika, durante el *Akha Teej* que viene; menos de un año falta. Solo para eso debes prepararte. Estamos en manos de Dios. Ayuda a terminar de recoger y acuéstate, mañana os levantaréis al amanecer, hay mucho trabajo que hacer. Y no te descuides; si fuera por mí, te abandonaré ahora mismo. Dale gracias a mi hijo de que no lo haga, no quiere abandonarte, él sabrá por qué. Pero yo sé que tú traerás también la desgracia a tu familia; como tu abuela, tu madre y tus tías, no valdrás más que para traer hijas a este mundo. Por eso solo podremos casarte con algún viudo que ya tenga sus propios hijos a los que puedas cuidar, si oramos a Visnú.

Rachel y Katerina estaban sentadas en el salón rosa que, aun siendo el más pequeño de los cinco de la *haveli*, era sin duda digno de un palacio oriental: las baldosas imitaban pétalos en diferentes tonos de mármoles nacarados; en las paredes, dibujos exquisitos de hombres y mujeres representaban escenas del *Mahabharata*; largos cortinajes cubrían los cinco arcos que se abrían al jardín para terminar arrastrándose por el suelo como lenguas de volcán; y, en el centro, una fuente en forma de nenúfar dejaba caer sus chorros en un estanque lleno de pececillos anaranjados. Mientras esperaba a la *rani*, Katerina miraba tanto lujo a su alrededor y había algo que no le terminaba de convencer.

—Las esposas pasan todo el tiempo jugando a los dados y al ajedrez, cuidándose la piel y el cabello, y cotilleando. No salen de palacio, no pueden hacer otra cosa. Yo no podría vivir así, Rachel.

—Todo tiene ventajas e inconvenientes. Como estás viendo, son inmensamente afortunadas.

—Claro, visto así, lo son. Es mejor vivir holgazaneando y rodeada de lujos y riquezas que morirte de hambre tirada entre desperdicios.

—No seas tan cínica, Katerina. No me refería a eso.

—Pues yo sí. No sé cómo puedes vivir aquí.

—Creí que te gustaba la India, que te parecía un país bello y fascinante.

—Es un país triste. Europa no es la perfección, pero aquí..., aquí el corazón desaparece del pecho y se convierte en una alubia blanca.

—No sé por qué insistes, cada mundo es diferente. Tienes que acostumbrarte a lo que hay, sin más. ¿Nunca vas a dejar de ser tan pretenciosa? Katerina, ya has crecido, deberías entender que las cosas son así.

—Ya, y tú te has acostumbrado. Y por eso no sales apenas del palacio. Rachel, sé que tú tampoco eres insensible a lo que ves en las calles. Jaipur es una ciudad hermosísima, digna de su creador. Aquí los maharajás juegan a ser arquitectos y astrónomos y dedican su tiempo libre a construir ciudades. Y hay que reconocer que esta la hicieron muy bien. No he visto nunca nada así, parece un gran tablero de ajedrez. Cuánta actividad y qué organización más eficaz, cada cual con su trocito de ciudad: ceramistas, tejedores, tintoreros, joyeros y banqueros, en sus propias calles, como si estuviéramos en la Gran Manzana. Pero detrás de todo eso, a la vista incluso, hay mucha miseria.

—Jai Singh fue todo un personaje. Las nueve divisiones de Jaipur representan las nueve partes que él creía que tenía el universo. Y dices de Europa, pero ¿dónde encuentras tú allí estas calles tan anchas en un lugar que no sea una gran urbe?

—Ya, si no fuera porque siempre están colapsadas de mendigos, perros y vacas...

Rachel miró a su hermana con gesto de fastidio. Ella, como siempre, no se dio cuenta o así lo fingió.

—Pero si tienen hasta pozos de agua potable, Katerina, no seas tan negativa. La ciudad rosa es una maravilla.

—Y ¿por qué es rosa?

—¿No me digas que todavía no lo sabes? Antes no era así pero, hace unos años, el príncipe de Gales vino a visitarla y el maharajá Ram Singh II quiso homenajearlo: probó a pintarla de blanco y de azul, pero al final eligió el rosa, muchos dicen que porque a su amante más joven le encantaban los zafiros de ese color y ella se los agradecía con deleite. Ahora todos tienen que utilizarlo y repintar con el mismo tono o son multados.

—Muy ilustrativo, como también lo es que llevamos ya una hora esperando. ¿Cuándo se dignará a aparecer la *rani*?

—Pues o te ha oído o ha terminado su partida de ajedrez.

La maharani de Jaipur entró en la sala; seis criadas y otros tantos guardianes la seguían, sin levantar la vista del suelo.

—Estimadas amigas, me alegro mucho de volver a verlas. No podía dejar pasar esta última oportunidad. Les he traído algo. Espero de todo corazón que sea de su agrado. Ese es mi deseo.

Dos de sus criadas extendieron sobre la mesa una sábana de satén azul. Encima colocaron con diligencia un instrumento musical de madera; junto a él, un anillo y una enorme piedra preciosa en sendas cajitas de su mismo color; un puñal de empuñadura de plata; y una caja de música con figuritas de animales. Rachel observó las joyas, le parecieron muy valiosas. Enseguida, algunas de las criadas se retiraron sin dar la espalda a las hermanas, que saludaron a la maharani con una media reverencia y sin mirarla jamás a los ojos. Rachel se inclinó antes de hablar.

—No tenía por qué haberse tomado la molestia, alteza. Su presencia siempre es el mejor de los regalos.

—Nunca está de más acompañarlo con uno material, que les traiga el recuerdo de mí y de mi hermoso país cuando se encuentren de vuelta en el suyo.

—Pero sabe bien que yo no regreso aún a Europa, estamos muy a gusto aquí, en la India, alteza.

—Nunca se debe agasajar a alguien delante de una persona que no reciba nada, no al menos en mi presencia. Además, deseo agradecerles a ambas su amabilidad en nuestra pequeña aventura secreta. No olvido lo que hicieron por mí. Su decisión de acompañarme para ver a Gandhi y a mi pueblo siguiéndolo me permitió encontrar un alma a quien me gustaría acercarme. Gracias, sin su ayuda, jamás podría haber emprendido ese viaje.

Rachel inclinó la cabeza para agradecer las palabras de Naisha y se acercó a la mesa donde estaban los regalos.

—El anillo con el rubí es para usted, Rachel. Sé que le agrada el color rosa. Por favor, pruébeselo. Si es necesario, nuestros orfebres se lo ajustarán. La otra piedra es su regalo, Katerina. Una esmeralda. Del color de su mirada.

Rachel se quitó la alianza y en su lugar se colocó el anillo de la *rani*. A ojo de buen cubero comparó las dos joyas: debía de ser el destino, pero la que le tocaba a ella siempre era de menor valor. Intentó esbozar una sonrisa para esconder la punzada de rencor que le sobrevinía cuando recordaba la valiosísima pulsera que su abuela había regalado a Katerina. Enseguida le ofreció a su hermana la esmeralda. Sus brillos eran los de los ríos sagrados de la India, misteriosos y amplificadas por millones de lágrimas.

Naisha se acercó entonces a la mesa y cogió el tercer objeto.

—Katerina, este otro regalo también es para usted. Una mujer que toca como los ángeles merece poseer un instrumento como este. Es un *sitar*, de sonido delicado y versátil, ideal para los *ragas*, las melodías hindúes. Será un placer para mí que lo tenga usted.

—Y, para mí, un honor, alteza. Es un instrumento bellísimo.

—Lo mandó hacer mi bisabuelo, Shri Aditya Kumari, el rajá de Akshajdham. Los artesanos de entonces daban su vida si era necesario hasta conseguir los finos rasgos de este instrumento: su madera de teca está finamente labrada, los trastes son de plata y la caja de resonancia, de calabaza, como marca la tradición.

—Me honra con sus palabras más incluso que con sus obsequios. Lo guardaré con mucho mimo. Se lo prometo.

—También me han encargado que les dé esto. Es un recuerdo de mi hijo Bhawani para Noa. No puedo explicarle por qué solo para ella, no ha querido contarme la razón. Me he permitido añadir un pequeño presente para no desairar a su hijo Gabriel: este puñal de empuñadura de plata, que espero que no le parezca peligroso, solo es un adorno que quizás le guste guardar para cuando se haga mayor, que no será dentro de mucho. El tiempo es un hondo pozo en la vida por el que se caen sin remedio los segundos. La cajita de música es para su hija. Si se le da cuerda a la pequeña llave al dorso, se mueven las figuritas mientras suena una bella melodía.

La maharani miró a una de sus sirvientas y ella se apresuró a demostrar el funcionamiento, el mismo que el de las cajitas de música que Katerina había visto en otros muchos lugares. Sí eran diferentes las figuritas que se movían en círculo, varios animales de la selva: un león, una pantera, un elefante y algunos monos pintados al detalle en vivos colores.

—Bhawani ha hecho que me aprendiera de memoria un mensaje, que me ha recitado con mucho celo procurando que nadie más que yo lo escuchara, para que se lo transmita: «Deben cuidar muy bien de esta caja; contiene un tesoro valiosísimo, que solo quienes amen lo suficiente podrán disfrutar». No puedo decirles a qué se refiere, aunque jamás me habría esperado de él un regalo tan especial. Es un objeto más complejo de lo que parece: tiene numerosos compartimentos ocultos que se muestran al mover las figuras en un orden concreto. Es como una caja de caudales, pero de tamaño minúsculo. Su hija ha debido de impresionarle. Los hombres..., qué secretos guardan, incluso siendo tan críos todavía.

Katerina respondió algo aturdida.

—¡Oh! No, no es posible, alteza, no puedo aceptarlos. Mis hijos no tienen ningún regalo para los suyos y tampoco podrían llegar a rozar siquiera su generosidad. Además, Noa sigue enferma, no podremos terminar los preparativos de nuestra marcha mientras no mejore.

—Espero que su hija se restablezca cuanto antes. Eso es lo más importante. Y no se preocupen, sus altezas no deben aceptar nada de sus huéspedes. Y Bhawani ya ha disfrutado de la compañía de Noa y de Gabriel, y de sus juegos durante todo este tiempo. Los echará de menos, créame, a Gabriel en especial, aunque visto lo visto también a Noa. Y no piense siquiera en rechazar el regalo, mi hijo se enfadaría muchísimo. Él mismo lo eligió. Además, tengo que contarle que no soy tan espléndida. Uno de mis regalos oculta una trampa: solo puedo regalarlo, por culpa de la maldición. Si vendiera la esmeralda, moriría de la más horrible de las muertes. Desde tiempos inmemoriales, si alguien se ha desprendido de ella obteniendo un beneficio, ha muerto cruelmente al poco tiempo. Es una joya muy especial. Así que ya ve, Katerina, no es un regalo tan valioso como parece. O sí, eso deberá decidirlo solo usted.

Rachel miró incrédula a su hermana. Era capaz de no aceptar la maravilla que la *rani* le ofrecía. Y eso sería una catástrofe. ¡Qué maldición ni qué niño muerto! ¿Quién creía en maldiciones? Su hermana estaba observando el instrumento; ni una mirada furtiva a la esmeralda. ¿Es que nunca iba a cambiar? Como cuando era una niña y se empeñaba en caminar tres metros más adelante, separada de ella y de sus padres cuando volvían del paseo de cada domingo, antes de comer. Siempre tan altiva. Siempre tan superior. Rachel la miró con gesto duro.

—Pues claro que lo aceptará, alteza. ¿Verdad, Katerina? En Europa no estamos acostumbrados a este tipo de agasajos, solo es eso. Nuestras costumbres son mucho menos exquisitas, como ya sabe.

Rachel intentó reírse y la *rani* la siguió. Sus hermosos dientes eran tan perfectos y blancos que la porcelana de las tazas de té palidecía entre sus brillos. Estaba acostumbrada a apreciar que su belleza influía en la forma en que la trataban los demás. Movié un dedo y una de sus sirvientas tomó un enorme abanico de plumas gigantes y lo agitó con pericia delante de ella, mientras otra le servía té con hielo picado. El calor había conseguido que la fuente se llenara de pájaros que se colaban por los arcos desde el jardín. Un ruiseñor cantaba a la vida. O al pozo del tiempo.

—Por favor, no hablemos más de presentes. Son minucias, los más valiosos no son los que se reciben, sino los que se dan.

Probó el té y, a una mirada suya, sus criadas sirvieron sendas tazas a Rachel y Katerina, y trajeron varias bandejas con dulces que olían a miel y a especias.

—Pero estoy siendo una desconsiderada, usted quería pedirme algo, si no estoy equivocada.

Katerina no se había olvidado. Llevaba días pensando en cómo abordar a la *rani*, quería rogarle por mí. Pero al ver a sus sirvientas, casi todas tan solo un poco mayores que yo, se dio cuenta de que para esa mujer acostumbrada a vivir en un lugar donde tras lo más maravilloso había siempre inmundicia, su ruego probablemente no significaría nada. Respiró hondo y encontró la fuerza que necesitaba.

—Quería hablarle de una amiga de mi hija. Es una niña hindú. Quería pedirle su ayuda, para que pueda entrar en la escuela y labrarse un porvenir.

Rachel estuvo a punto de lanzarse sobre su hermana para taparle la boca y llevársela de allí, pero sabía que no serviría de nada: antes o después, Katerina haría lo que quería hacer.

—Katerina, me lo habías prometido.

—Lo siento, Rachel, deberías haberlo hecho tú.

—No se preocupe, mi querida amiga. La dádiva generosa y desinteresada es una de las realizaciones básicas del *dharma*. El propósito de la vida es espiritual, no material. Las riquezas rotan como las ruedas de un carruaje, viniendo a un hombre hoy, mañana a otro. Dicen los *Upanishads*: «Lleva a cabo acciones nobles para formar buen karma». Continúeme contando, por favor.

Pero Naisha olvidó su promesa en cuanto salió de la estancia. No por maldad, tan solo por costumbre.

Abrí los ojos al día. No lloré. Para serenarme, respiré hondo y me concentré en el aire que entraba y salía de mi pecho. Asha me había enseñado cómo relajarme hasta que parecía que llegaba a perder el sentido. Lo habíamos ensayado muchas veces juntas. Ahora seguía sus instrucciones al pie de la letra para que mi rostro se mostrara tan sereno como si hubiera dormido durante la larga noche. Lo había intentado: necesitaba verla, saber si también sería capaz de comunicarse conmigo en sueños, igual que yo hacía con mi madre, pero no había podido dormir apenas y tampoco esa noche ninguna de las dos se me habían aparecido.

Los ojos me picaban y sentía los envites de mi corazón latíendome dentro de la cabeza, pero me puse en pie la primera. Neeja nos hacía levantarnos antes de que las luces del alba se hubieran acomodado sobre la mañana y, después de asearnos y rezar a Nirrti todas juntas, nos servía un cuenco lleno hasta arriba con el agua de cocer el arroz y algunos granos deslavazados flotando, y nos lo bebíamos en silencio. El silencio siempre estaba donde estaba la anciana. Sin embargo, en ocasiones se levantaba contenta; entonces añadía al agua algo más del cereal y algunas verduras y terminaba la comida con pequeños trozos de fruta, carne de coco o *shubat*, pero aquellos eran días raros, en los que los ojos le brillaban de una forma diferente. Ninguna de mis hermanas ni de mis primas había podido explicarme el porqué.

Después nos poníamos a las tareas. Por orden de edad, nos íbamos ocupando de todas; eran muchas más de las que yo había realizado con Asha desde que apenas había alcanzado la altura de un cerdo adulto, pero en el hogar de Neeja todo era mucho más intrincado. Las más pequeñas salían a recoger boñigas y las iban apilando en la entrada, y las que las seguían en edad las iban aplanando y estirando hasta hacer una pasta. El trabajo más minucioso era el de preparar las piedras preciosas para los joyeros de Jaipur que confiaban en Neeja, pues sus nietas eran las mejores de toda la comarca cortando y tallando. Su familia había conseguido así ser la más próspera de la aldea, la única que tenía una casa de ladrillo con un porche grande y pintado de colores, varios bueyes y tierra propia, incluso algún acre de más que arrendaba a la familia del usurero Soheil desde hacía muchos años. Tan solo una de esas piedras valía para poder comprar mil elefantes. Yo le había pedido que me enseñara a tallarlas; así, al menos, estaría más cerca de mis primas.

—Tú ya no puedes aprender. Tus dedos son demasiado grandes y torpes y además te irás pronto, perderíamos un tiempo precioso para nada. Hasta entonces, te ocuparás de limpiar y ayudar en la casa. Hoy tienes que dejarlo todo muy limpio, vendrán a recoger las piedras de la joyería de Rahani Pradesh.

Los hombres, sentados a tomar los rayos del sol matutino bajo el porche, mascaban *paan* y hablaban en voz alta de cosas que yo no conseguía entender. Observé a mi hermana Chandrika: manejaba una pequeña piedra sentada en el suelo, apoyada sobre una mesa baja, a la altura exacta de sus manos. Su padre se acercó y la despeinó; ella le sonrió. Sagar tenía la piel oscura y sus ojos formaban una línea oblicua que se inclinaba hacia el lado contrario al normal, en descenso hacia las orejas. Lo que más llamaba la atención era que se veían tristes y apagados, igual que los de un carnero de pelo encrespado. Pero su voz sonaba limpia, como si se reflejara en el espejo de un corazón pío. Entonces me observó un momento. Me parecía tanto a Barathi que él, a veces, no quería ni mirarme. Solo por temor a ella se había decidido a recogerme cuando Asha murió.

—Ayer estuve con el viudo Raquil —le dijo Sagar a Neeja—, quiere adelantar la boda, ya hace un año desde el *shraddha* de su mujer y necesita alguien que se ocupe de su casa. Sus hijos son aún muy pequeños, Lila servirá. Pero no se quedó muy contento. Prefiere a Chandrika. La mala fama la precede. No sé si lograré convencerlo.

La anciana le susurró. Todas aguzamos el oído. Atentas como la araña negra observando desde su pequeño agujero en la tierra.

—Le dirías que tiene una buena dote, ¿no? Ya te dije que encontramos algunas alhajas en el baúl de Asha, no se las daremos todas, pero también había comida y algunas telas. Menos mal que la vieja fue previsora y guardó. Si no hubiera sido así, no podríamos casar a Lila: corre por sus venas su sangre, ¿quién podría quererla?

Yo miré al suelo mientras Sagar y Neeja hablaban. Me sentí invisible y habría querido serlo. Desaparecer. Solo ese anhelo me rondaba cuando ella se volvió hacia mí.

—No sé por qué tienes esa cara tan seria. Has tenido mucha suerte, te casarás a la vez que Chandrika y el viudo Raquil te aceptará, no le será fácil casarse otra vez teniendo tantos hijos y habiendo nacido en esa casta. Pero a ti eso te da igual, estás acostumbrada a vivir con Asha, no podrías soñar otro futuro.

—Déjala, ya es suficiente —dijo Sagar.

Neeja bajó el rostro y también la voz para contestarle. Siempre lo hacía cuando un hombre la recriminaba.

—No he dicho nada que ella no sepa.

—Le he dicho que la deje. Se me ocurre algo para contentarla un poco. La llevaré a ver a sus hermanas. Cuando compruebe que el matrimonio es para bien, se quedará más tranquila. No quiero que Asha crea que trato mal a su nieta. Podría ser mi hija, al fin y al cabo. Tener una parte de mí. No podemos saberlo.

—¡No digas eso, Sagar! ¡Nunca! Lila es igual que ellas, que su abuela y que su madre. Cómo me equivoqué eligiéndola como mujer para ti... , menos mal que era una débil y murió pronto.

Me eché a llorar.

—¿Ya no temes a Asha, madre? Qué pronto le has perdido el respeto. Yo, en cambio, le tengo más miedo ahora.

Neeja se miró las manos. Su hijo hablaba con sabiduría. No podía saber en qué mundo estaba Asha y en quién se reencarnaría. Recordaba sus ojos cuando se cruzaron por última vez en la boda de sus nietas. Aún la seguía odiando.

—Llévala a ver a Bhumika. No la quiero aquí. Solo es un estorbo. Me alborota a sus hermanas y a sus primas. ¡Menuda joya se lleva Raquil! En bruto está, en bruto.

—Todo se puede enmendar. Su tronco todavía no ha crecido lo suficiente como para que no pueda ponerse derecho. Y el matrimonio siempre es un buen puntal.

—Este tronco será difícil de enderezar, espero que no nos la devuelvan dentro de unos años, usada y maltrecha, después de haber parido cuatro o cinco hijas, o peor, una de esas albinas de pelo y piel clara como la luz de la primera llama que lleva el cuerpo a su destino de ceniza, como hizo la mayor de sus tías. Solo de recordarlo me suben por las piernas unos escalofríos... Llévatela, hijo mío.

Por el camino, Sagar guiaba con mano decidida el buey que tiraba del carro y el chirriar que las ruedas producían al avanzar resonaba como un quejido angustiado de un *sadhu* andrajoso mendigando. Los ojos del animal supuraban sangre a veces por culpa del abundante polvo que levantaba al caminar, pero seguía su camino con ánimo, espoleado por el olor del nabo que Sagar le ponía delante de cuando en cuando. Yo callaba. Y había abierto mucho los ojos: quería memorizar el camino para llegar a casa de Bhumika, que hice por última vez con mi abuela Asha y no recordaba bien, y me iba fijando en cada hito que pudiera ayudarme a orientarme.

Pero la idea de Sagar había dado resultado y yo miraba el horizonte tranquila, apenas podía contener la sonrisa y en mis ojos habría podido apreciarse que, por unos momentos, había conseguido olvidarme de mi pena, si alguien los hubiera mirado desde que salimos de la casa de Neeja. En la distancia, Balmir se veía más grande que mi aldea y más próspera, algunas *havelis* se distinguían en la zona más elevada, donde repuntaban motas de verde, y las guías del tren dividían en dos las chabolas del sur. Eso siempre significaba buen augurio y más rupias para algunos.

En cuanto divisé la casa de Bhumika, salté del carro y no esperé a que Sagar me siguiera. En la techumbre de la pequeña construcción faltaban algunas tejas y en sus muros enlucidos en blanco se insertaban varias ventanas con postigos cuarteados y una entrada de madera oscura y agrietada. La puerta estaba cerrada con llave. Llamé y esperé, pero nadie me abrió. Sagar se colocó a mi lado.

—¿No pasas?

Yo ya no sonreía. Quería echarme a llorar. Mis ojos temblaban como rocío a punto de caer de la hoja fría movida por la brisa. Mi voz salió como un quejido.

—La puerta no se abre y parece que no hay nadie dentro. Es extraño, debe de ser casi el tiempo de comer o al menos de que Bhumika estuviera cocinando.

—Shauri no habrá llegado aún. Es un hombre ocupado que sale temprano para hacer sus tareas.

Comencé a gritar su nombre, pero tampoco obtuve respuesta. Un soplo de viento movió la arena del suelo en torno a mis pies. El frío me erizó la piel. Me miré el sari, lo vi sucio. La seda era demasiado ostentosa para mi cuerpo ínfimo. Entonces me senté en el suelo junto a la entrada dispuesta a esperar, pero no tardé mucho en

oír el ruido de un cerrojo herrumbroso descorriéndose a trompicones. La puerta se abrió y la cara de Shauri asomó tras ella.

—¿Qué queréis? No podéis entrar ahora. Ha ocurrido un accidente y debéis iros. Ya arreglaremos cuentas.

Me levanté de un brinco, empujé la puerta con fuerza y me colé dentro antes de que el marido de Bhumika tuviera tiempo de reaccionar. Enseguida llegué a la habitación donde la habían vestido para la feliz boda. No había transcurrido ni una luna nueva. La sala estaba a oscuras y olía a almendras fritas. También al hedor que segregarian el miedo y la lujuria si desprendieran olor. En las esquinas, algunas arañas tejían redes cristalinas de sedas minúsculas, millones de veces más fuertes y sólidas que las vidas de los humanos, pero insignificantes, a su semejanza. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, miré al suelo: intrincados dibujos esbozados con cenizas y polvo de arroz partían de la puerta y llegaban hasta un bulto arrinconado entre paños, al otro lado de la entrada. Me dirigí hacia él. Antes de alcanzarlo, ya supe lo que era.

—Bhumika, ¿qué te ocurre? Háblame, sé que estás ahí. Soy Lila. Tu hermana Lila.

El bulto se movió un poco bajo la tela oscura. Entonces pude distinguir la costra pegajosa que la sangre solidificada había formado sobre la sábana y también alrededor, esparcida en rodales por el suelo. Un olor acre se removió en el aire cuando Bhumika tiró del paño para enjugarse el sudor de la cara dejando a la vista parte de su delgado cuerpo desnudo. Los pechos eran aún solo promesas y su piel lisa y suave parecía perfilada con leche y almíbar. Pero en los muslos se percibían los restos alargados que dejó el líquido sanguinolento al resbalar. Habían pasado muchas horas ya desde que se habían resecado. Vencí mi estremecimiento y me aproximé más a ella.

—¿Qué te ha ocurrido? —le pregunté temiendo oír la respuesta.

Me senté a su lado junto a la maraña de trapos sangrientos y esperé. Un temblor recorrió el torso medio destapado de mi amada hermana. Un colibrí con las alas partidas. Moví un poco la hedionda sábana para abrirla a la vez que intenté cubrirla con mi cuerpo. Casi recostada encima, acerqué mi rostro al suyo y lo besé. Me llegó un efluvio mezcla de sudor, sangre y orín. Bhumika me habló al oído en un susurro, pero oí sus palabras tan claras como las del alma pura que se prepara para desprenderse de su coraza de materia.

—No te acerques nunca a un hombre, Lila, nunca. Él me rompió por dentro. Ya no lo siento, por fin ha dejado de dolerme, pero él me rompió. Me hincó como un puñal en las entrañas y comenzó a moverse con la furia de un animal salvaje y, con cada empujón que me daba, yo sentía que me rompía un poco más. Cuando salió de mí, empezó a arderme el vientre. Ni moverme ni orinar podía sin que me quemara ahí abajo. Antes podía levantarme; ahora, ya no. Pero he dejado de sangrar. Y casi no te veo, pero te siento, me alegro mucho de que hayas venido. Dame tu mano, Lila, dame tu mano. No me dejes sola.

—Maldita niña, sal de aquí, ¡ahora! —El marido de Bhumika había entrado en la habitación. Sus arrugas alrededor de los ojos que yo tanto odiaba me parecieron más profundas que en la boda y las canas que empezaban a salpicar su barba de pico le conferían un aire de brahmán furioso. Gritaba, pero se detuvo en seco junto a la entrada—. Ya le he explicado a vuestro padre que ha sido un accidente. Llamé a la curandera y Bhumika mejorará, pero debéis iros ahora, tiene que descansar y no os necesita aquí. Ya me ocupo yo.

—¿Y al médico? ¿No has traído al médico?

Yo también gritaba, mi voz de cría se había agigantado con la furia del dolor.

—El médico cuesta dinero. Y además, no es conveniente. Vete de aquí o te sacaré a rastras. Déjanos en paz, esto no es asunto tuyo, solo ha sido un accidente. Si me acusas, diré que la violaron y, además, ¿a quién le importará? Puede que no sepas ni de lo que hablo, pero te conviene irte de aquí como te digo.

—Vámonos, Lila —dijo Sagar—. Nada más podemos hacer. Ella es fuerte. Debes respetar la decisión de su marido. Nada puede suceder sino aquello que tenemos la fortaleza de soportar. Será lo que tenga que ser. Volveremos a verla mañana, seguro que habrá mejorado.

Lo miré, pero él no pudo sostenerme la vista. Oí a Shauri aproximarse y me levanté del suelo enseguida. Sentí murmurar el espíritu de Barathi detrás de mí y su cólera se me contagió.

—Eres un elefante viejo y gordo que se ha unido en matrimonio a un ratón. No se te ocurra acercarte a nosotras, puerco asqueroso. Me invade el espíritu de Kali, la diosa de la muerte, la protectora de las mujeres maltratadas. Si me tocas a mí o vuelves a tocarla a ella, su furia caerá sobre ti y sobre todos los tuyos, y los conjuros de las brujas de la luna plateada, de la vieja bruja Asha, de la joven bruja Barathi y de la niña bruja Lila caerán sobre ti y sobre los tuyos. Y si no crees lo que te digo, gírate y mira la cara encogida de mi padre, él sabe de lo que hablo. —Miré a los dos hombres y supe que me temían. Y me sentí fuerte, ínfima pero fuerte.

Bhumika me agarró del brazo con las dos manos temblorosas y tiró de mí. Movía los labios pero la voz no le salía. Me acerqué y le besé los ojos, la boca, las mejillas.

—Tranquila, iré a buscar al médico que cura a mi amiga Noa y te sacaremos de aquí. Su madre no permitirá que te pase nada. Te curarás tú también y jugaremos juntas otra vez a contar historias y nos reiremos, como siempre, mucho más con las tuyas. Eres muy divertida contando historias. Verás cómo te pones bien, ya lo verás.

Bhumika murmuró con un hilo de voz fino como la baba del gusano de seda y delicado como su tacto.

—Dame agua. Tengo mucha sed. Y no puedo moverme, Lila. Creo que esto debe de ser la muerte. No siento mi cuerpo, ni mi cara, ni mis piernas, ni siquiera siento mi corazón. Y solo veo tu rostro. Eres mucho más bonita ahora, pareces de cristal. No me dejes, por favor, Lila, no me dejes sola.

En ese momento, las manos de Bhumika soltaron mi brazo y fueron resbalando despacio sobre su cuerpo. Enseguida, desvaído entre mis lágrimas, pude ver el humo blanco que salía de sus dedos y de sus ojos y le acariciaba el rostro antes de seguir ascendiendo hasta el techo y empezar a evaporarse. Quise aferrarlo con fuerza, anclarlo a mi alma para mantenerla más tiempo junto a mí, pero eso era imposible. Era imposible hasta para las mujeres de la media luna plateada. Si aún no eran sabias.

Bajé entonces los párpados de mi hermana amada y le besé los pies y luego le besé las mejillas y los ojos cerrados y los labios descarnados, y me abracé a ella y la apreté todo lo que pude hasta que dejé de sentir mis brazos, hasta que el dolor me atravesó el pecho y el corazón y se quedó escondido allí, tan adentro, esperando a que la luz de su alma cantara al irse. Y cuando mi amada Bhumika se despidió de mí con el roce de su nueva sustancia de niebla, apoyó la cabeza sobre su pecho desnudo y lloré sobre su suave cuerpo de ratón.

Ya podía entender por qué Asha se preparaba a veces una mezcla de almendra molida y *kesar*. Luego la batía durante largo rato, hasta que del mejunje salía una espuma blanquecina que era lo primero que se tomaba y después bebía a sorbitos el espeso líquido, que sabía dulce, con un aroma a medio camino entre la mandarina y la papaya blanca. En algunos momentos, mi abuela también necesitaba aplacar las palabras y los pensamientos, dulcificar el impulso de hacer daño y despertar sus sentimientos de amor. El sirope *draksha* hacía que se quedara un instante mirando embobada no se sabía bien adónde y yo me reía de verla de ese modo, como si fuera y no fuera ella. Cuando volvía en sí, ya se había convertido otra vez en la mujer amable y de palabras amorosas que tanto amaba. Pero en ese momento no había almendras y *kesar* suficientes en este mundo para conseguir que yo dejara de odiar.

Seguía llorando mientras intentaba mover el cuerpo de mi hermana para poder ponerle la ropa. Solo los hombres de la familia de Shauri verían partir a Bhumika en su último viaje. Él no había querido esperar a que avisaran ni siquiera a Neeja y a nuestras hermanas y en pocas horas lo habían dispuesto todo para la cremación. Habían ido incluso contra la tradición, pero él mandaba sobre el cuerpo de su esposa. En la vida y también en la muerte. Yo me quité mi sari rosa, el que Asha me había regalado el día del último Festival de las Luces y que yo había querido llevar en el que esperaba como un feliz reencuentro esa mañana, y nadie me impidió que la vistiera con él. Me puse la falda y el corpiño de la muerta, abandonados en un rincón. Luego abrí el único ventanuco de la casa. Los espíritus caminaban aún por las partículas de viento. Yo los veía, desde siempre, aunque antes no sabía lo que eran esos pequeños puntos de luces con formas que cambiaban sin cesar en mis sueños. Los reconocí cuando vi cómo mi hermana se unía a ellos: su apariencia de niña se fue tornando en una luz brillante que parpadeaba en su resplandor hasta que se fundió con las otras que esperaban, los fulgores que se reunían y se separaban transformándose en siluetas distintas una y otra vez. Tras una llamarada, todas se oscurecieron de repente. Ella se había ido enseguida. No había aguardado siquiera a que su cuerpo se convirtiera, como la tierra del volcán, en calientes cenizas.

Shauri me observaba desde un rincón mientras escupía al suelo el *paan* que acababa de masticar. La caja de plata incrustada en oro de la que sacaba la mezcla roja brillaba cuando el sol de la tarde la tocaba. Ojalá la pasta entre dulce y amarga se volviera de repente venenosa y matara, entre agudos gritos de dolor, al elefante que aguardaba inmutable a que terminaran de arreglar a su esposa desgarrada. Si hubiera sabido, la habría envenenado yo misma. Y me sentía extraña por esa sensación recién estrenada de odio y de deseos de hacer mal a otro, pero también reconfortada: sabía que, al menos, el mal karma del elefante se ocuparía por mí de darle su merecido.

Mi abuela Asha me había repetido muchas veces, sin que yo hubiera sabido apenas de qué me hablaba, las limitaciones de mi magia: jamás debía ir contra las Leyes del Universo, tampoco actuar en mi propio beneficio ni emplear mi sabiduría en dañar de gravedad a nadie. Si transgredía esas normas inmutables de mi poder, tal vez sería castigada, empezaría a funcionar al revés o dejaría de demostrar eficacia; nunca se podía saber bien hasta que ocurría. Y yo no había entendido lo que ese poder significaba de verdad hasta ese día, al ver el miedo reflejado en la cara de Sagar y de Shauri cuando los amenacé, con la voz firme y el alma encogida en mi cuerpecito de niña bruja.

Mientras yo oraba junto al cadáver, porque a pesar de ser mujer nadie se atrevió a echarme, Sagar ató cuatro palos largos y macizos en forma de catre y tejó el centro con algunas ramas finas. Después los hombres colocaron el cuerpo encima y yo lo cubrí con un gran pañuelo de color azafrán. Despacio, dejé caer sobre mi hermana algunos pétalos de flores que unas desconocidas me ofrecieron, ablandadas ante mis lágrimas, y los varones de la familia de Shauri la llevaron encabalgada en su pira hasta el río. Solo quedaba a la vista su cara, aún inquietantemente hermosa a pesar de los rastros que el sufrimiento había impreso en ella a cincel, como la estatua de la diosa Durga. En la orilla, su marido le lavó el rostro infantil y los pies menudos con el agua sagrada mientras, a tan solo unos metros, dos monos piojosos bebían agua y los miraban con apatía.

Cuando hubo terminado, el marido tapó también la cabeza de Bhumika y entre Sagar y varios de los hombres agarraron los palos, subieron el cuerpo a uno de los altares y lo colocaron sobre él y las maderas dispuestas en forma de pira. Antes Shauri había introducido algunas bolsas de grasa y recubrió todo el bulto con paja humedecida. Enseguida, el sacerdote le prendió fuego. Cuando las llamas comenzaron a ascender, casi todos se alejaron. Solo Sagar y yo permanecimos allí. No había ningún otro muerto esperando para consumirse en la hoguera, así que Bhumika pudo arder el tiempo suficiente como para que el fuego se comiera todo su maltrecho cuerpo. Su olor se me metió en la nariz: otra vez almendras quemadas. Solo cuando escuchamos el cráneo explotar por el intenso calor de las llamas y el sacerdote recogió sus restos y los arrojó al río, abandonamos nosotros la orilla. Aire, agua, fuego, tierra y madera se habían juntado de nuevo. Mi horror había dejado de ser para mí un sitio donde no se temía a la muerte y solo se le tenía miedo a la vida. Los acontecimientos me habían hecho percatarme de que ambas iban a la par.

El camino de vuelta lo hicimos sin hablar. Sagar pensaba en qué contarle a Neeja y, también, en qué le contaría yo. Intentaba no mirarme a la cara. Lo normal habría sido que el traslado de su hija Bhumika a casa de su marido, la *gauma*, se hubiera pospuesto hasta que la esposa tuviera la primera regla, pero las deudas de juego de Sagar con su yerno y sobrino le habían hecho adelantarlo y la niña se había quedado ya en su nuevo hogar a cambio de que el marido perdonara a su suegro lo que le debía; así, al menos Sagar sacó algo de provecho a la boda de una hija, que solo acarrearía gastos y gastos. Shauri se impacientó; al fin y al cabo, tarde o temprano ese momento llegaría, ¿por qué retrasarlo mucho más? Ahora su suegro estaba furioso con él, porque le había prometido esperar un poco, pero tenía que reconocer que Bhumika era demasiado bella. Una flor de jazmín a punto de abrirse. Y su incipiente aroma atraía el instinto natural de los hombres.

Sin embargo, más que el atisbo de culpa, lo que le hacía seguir caminando absorto en sus pensamientos era su propio miedo. En la casa, cuando me enfrenté a ellos, Sagar me había temido. También su yerno. Las mujeres de nuestra familia no eran como las otras, bien lo sabía él. Seguía sin entender qué hizo su esposa Barathi para que aquel médico *ingrese* consiguiera sobrevivir a pesar de haberlo rematado con una puñalada certera, por la espalda y en tan mal sitio que nadie habría podido escapar de su dentellada. ¿Habitaría la venganza en mi alma? Neeja tenía razón, yo era igual que ellas, que mi madre y que mi abuela. Sagar aún temblaba al recordar cuando algunos llegaron a su casa contando que varios hombres de una aldea vecina habían obligado a masticar los rescoldos de una hoguera a una vieja y la habían hecho andar desnuda por los caminos. Después de ella, fueron a por sus hijas y a por su marido, y a todos ellos los acusaron de brujos y los azotaron desnudos en la calle, delante de decenas de ojos curiosos. La vergüenza había llevado al padre a ahogarse en el río, y las hijas habían terminado andando descalzas por las calles, mostrando a todos a lo que habían terminado dedicándose. De la madre nunca nada se supo. Al final, no había sido Asha la vilipendiada y hasta Neeja pareció sentir alivio al confirmarlo, pero ¿quién podía asegurar que algo así no pudiera ocurrirme a mí y que yo arrastrara igual que esa desgraciada a los míos, él entre ellos? Todo dependía del equilibrio de fuerzas. Sagar se arrepentía de haberse hecho cargo de mí. Me temía incluso más que a Asha o a Barathi; yo seguía con vida.

Cuando Sagar le contó a Neeja lo sucedido a su manera, ella se apiadó y me dejó tumbarme a descansar sin pedirme explicaciones. Pero debían casarme pronto. Mi ira se apaciguaba cuando estuviera sujeta y el trabajo duro doblegaría el espíritu de Asha que hubiera pervivido en mí. Ofrecerían al viudo Raquil lo que fuera necesario para convencerlo de que me aceptara como esposa y adelantara la boda. También dejó entrar, por última vez, a Rahul, que se atrevió a venir a verme al día siguiente.

Ya toda la aldea sabía que Bhumika había muerto en casa de su marido, aunque nadie más que su padre y su abuela conocían el verdadero motivo. No había sido la primera niña en morir así, los hombres eran impetuosos. Algunos vecinos se habían acercado a ver a la familia durante toda la mañana y se habían mostrado amables, compasivos incluso, pero todos se alejaban luego con la mirada de alivio de los que saben que otros sufren más. Esa era una mirada corriente allí, la de los muchos que veían a otros morir de hambre o de enfermedad, perder un hijo deshaciéndose con el calor de la sequía, quedarse sin nada por las lluvias del monzón, comerse entre lágrimas su última ración de grano guardada celosamente sabiendo que ya no habría más, con suerte, hasta la cosecha del año siguiente. Pero solo quedaba conformarse y aprovechar lo bueno que a veces traía el día. Esos de las ciudades y de otras aldeas de los que oía hablar a veces en Jaipur, que salían a las calles para seguir al loco de Nueva Delhi, estaban aún más locos que él. Revolverse era ir contra su condición, contra su *dharma*. De nada serviría. Ya hacía mucho tiempo que Neeja no sentía remordimiento, piedad, amor ni compasión; tampoco esperanza ni complacencia; Neeja solo sentía la vida que se iba y agarraba cada día su ración de soplo vital. Y había dejado de preguntarse si había hecho bien. Incluso había llegado a olvidar que en otro tiempo ella fue diferente y casi todos los que podían recordarlo habían muerto ya o lo habían olvidado con ella.

Rahul llevaba unas piedras con bonitas formas que había encontrado en el río. Le daban buena suerte. Neeja entró en la casa y me avisó de que él me esperaba afuera. Salí con la cabeza gacha y los ojos enrojecidos. Nos sentamos con las piernas cruzadas, guardando la distancia que la prudencia y el decoro marcaban. Cuando lo miré quise llorar, pero él me tomó de la mano y depositó en mi palma las piedras.

—Son mis talismanes. Harán que cambie tu suerte. Tú los necesitas más.

Le acaricié los dedos. Mi sonrisa era muy tenue. Apreté en mi puño el precioso regalo.

—Gracias. Las guardaré bien. Pero me ayudarías más si hicieras algo por mí. —Observé alrededor y le hablé en voz muy baja—. Necesito que vuelvas a casa de mi abuela y busques algo.

—¿Qué es?

—Asha tenía muy pocas cosas y casi todo se lo ha quedado Neeja, pero me había regalado algunos brazaletes y anillos y los ocultó en el patio, en un pequeño hatillo. Lo escondió debajo de una de las piedras más grandes, al fondo, cerca del muro de la chabola más cercana. El sitio es muy pequeño, lo encontrarás.

—¿Y qué harás con esas cosas? Si te ven con ellas, te las quitarán.

—No me verán. Si las vendemos al usurero, conseguiremos dinero suficiente para escapar de aquí. Podríamos viajar hasta Nueva Delhi. Tú podrías trabajar de carpintero y yo sé vender telas y vestidos, mi abuela me contó que allí viven muchos *sahibs* que compran en los bazares y tienen dinero. Sé cómo hacerlo, podríamos ganarnos la vida. Pero debemos irnos.

—Estás muy triste, Lila, y te entiendo. Primero te dejó tu abuela y ahora Bhumika, pero no debes dejarte llevar por las pasiones, este es tu karma, justo lo que necesitas en este momento, utilízalo para dirigir tu pensamiento a la virtud. Aquí están nuestras raíces. Y Dios proveerá. Yo no quiero irme.

—¿No querías casarte conmigo? Pues si no nos vamos, me casarán con un viudo, en unos meses. Puede que ese sea mi karma.

Rahul comenzó a toser con violencia. Cuando se calmó, me miró asombrado.

—¿Cómo sabes eso? ¿Han concertado ya la boda?

—Solo lo sé. A veces me pasa, aunque nunca cuando yo deseo. Neeja va a dar a ese hombre una dote más grande para que se case antes. No me quiere en su casa. Rahul, si no buscas las joyas que me regaló Asha, no podré ser tu esposa.

—Hoy no habrá luna. Iré esta noche y te las traeré de madrugada, cuando las nubes se escondan. Las guardaré debajo de esa piedra. —Rahul señaló una bien grande, a unos quince pasos de donde nos encontrábamos—. Pero ahora me voy a casa, estoy muy cansado. Hace días que me duele la cabeza y he tenido fiebre varias veces, siento escalofríos a menudo. También me duele aquí, en el cuello; cuando me aprieto, me duele como si me estuviera pisando la cabeza un elefante. Tengo que recobrar fuerzas. Solo he venido porque quería saber cómo estabas. Pero te prometo que buscaré tus cosas y luego pensaremos qué hacer con ellas. He prometido protegerte siempre y cumpliré mi promesa.

—Rahul, solo un ruego más. Debo volver a ver a Noa, ella se irá pronto a su país y tengo que despedirme, pero Neeja no me dejará. ¿Me ayudarás?

—Lila, has cambiado. ¿Por qué no te resignas? Acepta tu destino.

—Mi hermana lo hizo y mi madre antes que ella. Ahora entiendo muchas cosas que me enseñó mi abuela Asha. Mañana cogeré las semillas de pimienta negra, las herviré enteras y tomaré su jugo. Así mi boca se abrirá sin miedo y podré decir que no, si es necesario. No. Mi hermana y mi madre y muchas otras deberían haberlo dicho antes. Ahora estarían vivas.

—Me asustas pero también me das lástima. Y no quiero que te alejes de mí. Dime qué tengo que hacer.

Neeja tosió desde la puerta. Si no lo hubiera hecho, me habría atrevido a besar a Rahul. Sentía un extraño deseo de abrazarme a él y darle las gracias. Quizás solo necesitara abrazar a alguien. Pero el miedo a Neeja pudo más que el sentimiento diferente que me angustiaba y que a la vez me hacía sentir un hormigueo en el pecho, como si un bichito mordisqueara las esquinas del corazón.

—Recuerda lo que te he pedido, Rahul, no me defraudes. Y seré tu esposa.

Las nubes monzónicas crecían y crecían grises sobre la bruma. Quedaba muy poco para que descargaran y entonces todas las cosas desaparecerían tras la cortina de agua durante días. Los vientos arreciarían, aullando canciones tristes de plañideras, y los rayos centellearían e iluminarían los campos anegados. Los truenos lo sacudirían todo lo que osara inmiscuirse en su camino: árboles, sembrados, chozas, carretas; muchas veces hasta los animales, avezados siempre en presentir el desastre y huir a tiempo, morían ahogados o alcanzados por un rayo que los calcinaba incluso debajo del diluvio, tan impetuoso había sido el ramalazo de agua o de fuego que los había vencido. Pero para eso aún faltaba. El sol voceaba encendido allá arriba.

Rahul volvió al mediodía. Tenía una cabeza despierta, pero no entendía qué quería yo de él. Le costaba pensar, todavía le dolía el cuello y el runrún que le martilleaba el frente y la nuca se había agigantado hasta llegar a convertirse en el retumbar de una estampida de cebúes. Se iría a casa en cuanto me dejara. Se tumbaría un rato y luego todo estaría mejor. Esa sería la última vez que me ayudara; luego, yo lo obedecería. Él había cumplido su promesa: en la mano llevaba un bulto de paño: contenía dos *golsus* de plata y algunos anillos, un brazaletes de oro —el de mayor valor— y una pequeña esmeralda engarzada en un aro de oro, para la nariz. Con una piedra, hizo un hoyo lo suficientemente hondo donde habíamos quedado y ocultó allí el hatillo con las joyas. Yo tenía razón, aunque el usurero Amul nos hiciera un mal precio, como era de prever, conseguiríamos lo suficiente para irnos. Pero ¿por qué no acatar su destino? ¿Acaso no era él feliz allí? Tenía lo que deseaba, una familia, un lugar donde dormir, comida no le faltaba y, si conseguía que yo me casara con él, todo estaría bien. No necesitaba más. La vida fluiría como siempre. Cierto era que, muchas veces, la búsqueda de lo que carecías terminaba en ti mismo. Tal vez la casamentera que siempre había ayudado a su madre a concertar las bodas de sus hermanos podría intervenir para convencer a mi familia.

Rahul llamó a la puerta y Neeja tardó poco en abrirle. Esa mujer le daba miedo, aunque un miedo diferente al que le provocaban las demás ancianas de la aldea. Sus ojos lo atravesaban; estaba seguro de que podían horadar sus sentimientos. Pero hoy él se había preparado para impedirle y ella solo le preguntó qué hacía otra vez allí.

—Vengo a buscar a Lila. La distinguida *sahib* que se hospeda en la *haveli* del maharajá de Jaipur ha venido a buscarlas esta mañana al bazar. No sabía que Asha hubiera muerto.

—¿Y para qué vienes? ¿Qué quiere de ella esa extranjera?

—Le encargó un sari a Asha hace tiempo y ya le pagó más de la mitad. Solo reclama su vestido. Me ha dicho que si no se lo llevan, os denunciará a la Policía. Le da igual quién lo tenga, lo pagó y lo desea.

—Espera un momento.

Neeja entró. Rahul no tuvo tiempo más que de pensar lo fea que era la vieja. Tan negra y tan arrugada como una raíz del fétido *amla*, que servía para soportar el dolor terco. Enseguida salió llevándome casi en volandas, enganchada por el antebrazo.

—Explicame lo que me está contando este muchacho. Dice que una *ingrese* os pagó un sari y que tenéis que llevárselo. No quiero problemas, si un indio entra en el calabozo por culpa de un extranjero, ya no sale.

—Es cierto, Asha había encargado su sari a Chandresh, el sastre de Bilmar con el que trabajábamos. Seguro que ya lo habrá terminado. Se lo pidió hace mucho.

—Iré yo a buscarlo y se lo llevaré. ¿Dices que falta algo por pagar?

Rahul agachó la cabeza antes de contestarle. No quería que lo mirara a los ojos, no estaba seguro de que supiera mentirle. Aunque Neeja tenía la vista fija en mí, la voz de mi amigo salió como un suspiro.

—No, señora, me dijo que debía ser Asha o Lila quienes se lo llevaran, solo confía en ellas. Ya les ha encargado otras cosas y siempre han cumplido. No como otros indios avariciosos que intentan siempre engañarla; me lo dijo con esas palabras. Si no va ella, no le pagará lo que le debe.

Neeja dudó. Yo la miraba seria. Sintió una pizca de compasión por mí, pero la apartó con su voluntad. La meditación le había otorgado ese poder y estaba orgullosa de él.

—¿Y cómo llegarás allí?

—Me conozco el camino. He ido siempre con Asha.

—¿De cuánto es la deuda?

—De una rupia. Pero la mujer es muy generosa, siempre da buenas propinas.

—Volveréis hoy antes de que anochezca. Y quiero aquí todo el dinero. No vayáis a perderlo ni a gastarlo en nada.

Los dos echamos a andar lo más rápido que nos permitieron nuestras piernas, no fuera a ser que Neeja cambiara de idea. La vieja entró en la casa sin ni siquiera seguirmos con la vista. Dos pequeñas briznas de hierba en una selva de árboles enredados. ¿Llegarían a alcanzar el sol por encima de la maraña de lianas, hojas y ramas?

—Ten cuidado. Si ella te descubre engañándola, lo pagarás. Con Asha no llegaste a pasar hambre, pero no creo que seas tan necia como para no recordar lo que sucede en la calle cuando nadie cuida de ti. Incluso teniendo una familia, muchos no sobreviven. Te lo recuerdo porque parece que lo has olvidado.

—No soy necia, sé lo que hago. Y también sé por qué. Tú sí que no sabes nada. Prefiero morir de hambre a casarme con un hombre mayor. Solo me casaré contigo. Si no puedo, entonces nunca me casaré.

No pude soportar la asfixia en el pecho. Rahul me vio y me levantó la cara.

—¿Por qué lloras? ¿Es que no te he ayudado bien? ¿Es que no he hecho lo que me pediste? No creo que estés haciendo algo bueno, pero aquí estoy, ¿no? ¿Qué más puedo hacer para que dejes de llorar?

Deseé contarle la razón que me impedía respirar, pero intuí que él no me creería. Tampoco sabía demasiado bien cómo explicar la muerte de Bhumika. Ese fin tan extraño de un ratón atravesado por un ser repugnante, viejo y codicioso. Y no quería ofenderlo. Al fin y al cabo, él también se convertiría pronto en un hombre, parecido en parte al marido de mi hermana, el elefante que la había matado. Me restregué los ojos con los puños y me despedí de él con un *namaskaran*.

—Aquí nos separamos, Rahul. No temas, sabré agradecerte lo que has hecho por mí. Y seré prudente. Ahora ve a descansar, no tienes buena cara y necesito que estés saludable, seguro que vendrás conmigo; aquí, nada bueno nos aguarda. Sé que mi futuro está en otro lugar.

Lo vi alejarse de mí despacio, balanceándose como un ave de largas patas que zancaea sobre el agua del arrozal, y mandé con él a una parte etérea de mí para que lo acompañara en su camino, o al menos lo intenté. Rahul sería un hombre bueno, solo en él podía confiar.

Mientras me dirigía hacia Jaipur, pensé muchas veces en Asha. La recordé entonces machacando chiles, los rojos, los que más le gustaban. Los golpeaba con la mano del mortero y su polvo fino saltaba al ritmo de su machaque y su olor intenso se me metía en la nariz, entre picante y delicioso, preludio de los platos que podría condimentar con él si la venta nos iba bien. Rahul tenía razón: yo había sido muy afortunada, no sabía lo que era el hambre, mi abuela se las había apañado para esquivarla y hasta me había hecho algunos preciosos regalos. La muerte y el infortunio esperaban al acecho detrás de cada despertar pero, a diferencia de otros muchos nietos, yo había podido disfrutar de mi *dadi* hasta que la espalda se le había curvado y las rayas de su piel le habían empequeñecido los ojos y desdibujado los labios. Cómo la echaba de menos. Si al menos pudiera verla como veía a mi madre, entre penumbras, cuando el sueño me vencía y no sabía si era una porción intangible e invisible para otros de una realidad o si formaba parte íntima de esa única verdad que era la vida. Pero yo oía sus latidos con nitidez, del mismo modo que la escuchaba, la veía y la sentía. Mi madre estaba a mi lado. Y no era un sueño, no, era tan real como yo, aunque solo yo la percibiera.

La aldaba de hierro fundido en forma de tigre pesaba tanto que el ruido del choque contra el portón sonó profundo, como el de las voces de cien viejos retronando. El vigilante ya me conocía y me dejó pasar en cuanto abrió. Aunque también me miró por encima del hombro, ¿qué vendría a hacer tan a menudo a la magna casa alguien tan insignificante? Pero yo no sabía indagar aún en los pensamientos y solo le di las gracias y entré en la *haveli*. Qué extraño que nadie saliera a recibirme. Al cabo de un rato, me cansé de esperar y decidí entrar, me sabía el camino de memoria y no me extravié al atravesar los largos pasillos y las decenas de puertas. Cuando casi estaba llegando a mi destino, me asusté al oír los gemidos de alguien. En un rincón del corredor, Gabriel permanecía sentado en el suelo, con los brazos alrededor de las rodillas

y la cara embutida entre las piernas. No dejaba de sollozar. No me atreví a interrumpir su dolor y entré en la sala. Al fondo, un hombre al que no había visto nunca abrazaba a Katerina, mientras otro desconocido les hablaba. Iba vestido con traje, corbata y chaleco, como los *ingrese* más distinguidos que pocas veces aparecían por el bazar, y llevaba un maletín oscuro en la mano. Desde el inmenso sofá, su hermana presenciaba la escena pálida e inmóvil, sentada al lado de otro *sahib* de pelo casi blanco que le acariciaba la mano. El hombre le prestó un pañuelo con el que ella se sonó. En cuanto se percató de que yo había entrado, Rachel se me acercó enseguida. La tela de su largo vestido negro formó ondas turbias en el aire.

—Ven, mi niña, ven conmigo.

—*Namasté*. —Bajé los ojos esperando que la mujer me diera permiso para seguir hablando.

Pero Rachel no me respondió hasta llevarme junto al ventanal, lejos de donde Katerina seguía llorando.

—Has llegado en muy mala hora.

—¿Qué ocurre, señora? Solo quería ver a Noa antes de que todos regresaran a su país; pero puedo venir otro día, si me lo permiten.

Rachel se agachó hasta que su cabeza estuvo a la altura de la mía y me puso las palmas en las mejillas. Su frialdad me traspasó los poros. Tenía los ojos vidriosos y el pelo alborotado en ondas enrabiadas; un estremecimiento me hizo sudar. Enseguida dejé de mirarla. Había percibido como un grito el dolor del corazón de la mujer y la angustia reservada de su alma, aunque ella no me había hablado con la voz física sino con la interior. Le cogí las manos con suavidad y se las besé. Lloré con un gemido acongojado, infantil pero incontenible. Mis lágrimas caían ya, frías como la tierra después del aguacero.

—¿Cómo lo sabes, pequeña? Mi sobrina Noa falleció de madrugada. Ha sido una gran desgracia, es horrible, horrible. No puedo encontrar otra palabra. Nuestra niña, nuestra niña preciosa. Mi hermana ha mandado a buscarte estos días, antes de que ella se encontrara tan mal, pero ni en el bazar hallaron a nadie que quisiera explicar dónde vivías. Tal vez no se fían de nosotros, pero deben de apreciarte mucho: tampoco accedieron a cambio de algún dinero. Y Noa preguntaba por ti todo el rato, quería verte, pero se fue a un sitio de donde ya nadie podrá hacerla regresar.

Katerina me señaló mientras le decía algo al señor del maletín y él se acercó y me ofreció un vaso con un líquido amarillo y muchas golosinas de intensos colores que yo no había visto nunca. Pero el pecho me oprimía y no podía dejar de llorar.

—Tienes que tomarte esto —me dijo él—. Son medicinas. Mejor prevenir. La epidemia pronto se extenderá también por esta zona de Rajastán, ya ha causado estragos en el sur de la India y se propaga rápidamente. Deberíamos habernos preparado antes, mucho antes, porque no existe vacuna para la peste bubónica, pero sí tiene cura si se toman los medicamentos durante las primeras cuarenta y ocho horas. —El hombre había bajado la voz al pronunciar la última frase, mientras evitaba mirar a Katerina; después se dirigió a todos—: Ya sabéis cuáles son las instrucciones, hasta que salgáis de Jaipur, tenéis que ser muy estrictos y seguir todas las indicaciones que os he dado. Hay que administraros la misma dosis al menos una vez más antes de que volváis a Europa. Para salir de la India ahora que la epidemia está a punto de convertirse en pandemia, no podéis tener ni unas décimas de fiebre o las autoridades británicas no os darán el permiso para abandonar el país. Tampoco debéis decirle a nadie cuál ha sido la causa del fallecimiento, los papeles que estoy preparando y el acta de defunción ya lo explican de forma que podáis salir. No permitirán que la enfermedad llegue al viejo continente.

Entonces Katerina se levantó, se aproximó también a mí y me abrazó con fuerza. Mi cuerpo frágil y menudo era tan parecido al de su pequeña hija que su llanto se acrecentó.

—Mi niña, mi linda niña...

Advertí cómo la presión de sus brazos iba disminuyendo hasta que cedió del todo y entonces cayó a mis pies. Yo me arrodillé junto a ella.

—¡Katerina! —gritó el hombre que la había estado consolando.

Todos corrieron a su lado y nos rodearon. El sol de la tarde jugaba con su pelo, desparramado sobre los dibujos de pájaros azules que extendían sus alas en las gigantescas baldosas. Yo lo observaba sorprendida, acostumbrada a la negrura en la melena de todas las mujeres de mi vida. Por un instante, temí que ella también se hubiera ido como todas las demás, como mi abuela y como mi hermana, como mi madre y como Noa. Mi corazón volvió a latir con normalidad cuando oí hablar al hombre del maletín.

—No temáis, solo es la emoción. Es un golpe muy duro. Por favor, apartaos y dejad que le dé el aire. Pedid que me traigan un vaso de agua, de la hervida, por favor.

Obedecemos las órdenes del médico y nos colocamos haciendo un círculo más amplio alrededor de ella. Un sirviente llegó con dos copas llenas. Bastaron unas gotas vertidas sobre el rostro de Katerina para que volviera en sí, pero su palidez no había remitido. Mientras la ayudaban a levantarse, yo la miraba: su piel, no mucho más clara que la mía, parecía ahora polvo de huesos. Se sentó en la butaca que le acercó alguien y se bebió el contenido de la otra copa. Su marido se colocó a su lado y la tomó de la mano. Me fijé en él y supe que era el padre de Noa. Tenían los mismos ojos, azules como el elixir del *manjistshá*, que sanaba las penas de niebla y amor, y al igual que ella, movía los párpados despacio como una vaca sagrada cuando su vista pasaba de uno a otro.

—Fernando, esta es Lila —dijo en un susurro Katerina—, la niña que venía a menudo a jugar con Noa. Ella la quería mucho. Han sido como hermanas.

La mujer apenas pudo terminar la frase antes de que el llanto la interrumpiera. Su marido me examinó con expresión de afecto.

—Su dolor es el mío, señor —le dije, sosteniéndole la mirada. Quería que supiera que sentía de verdad lo que iba a decirle—. Me entristece la muerte de Noa como si hubiera sido una de mis hermanas quien se hubiera ido.

En ese momento, recordé a mi abuela. Me di cuenta de que ella ya sabía lo que iba a ocurrir, ¿por qué no me habría dicho sin más que fuera a despedirme de ella? ¿Habría cambiado la fortuna de alguna de las dos? Me arrepentí de no haber seguido su consejo.

—Lila, por Dios, tómate las medicinas que te ha ofrecido el doctor Mathew. Podrían salvarte la vida. —Katerina me hablaba entrecortadamente. Estaba sentada cerca de mí y respiraba con dificultad, como si el aire se le hubiera congelado en el pecho y formara una espesa capa que hubiera que separar a base de calor, de calor humano. Me agaché para besarle los pies pero me lo impidió—. Por favor, levántate. No hace falta que me tengas tanto respeto.

—Muchas gracias, señora, muchas gracias.

—No me des las gracias, nunca más nadie debería darme las gracias. Por mi culpa, lo que más quiero se ha ido de mi lado. Si yo hubiera estado más pendiente de ella, esto no habría pasado. Ahora, ya nada que pueda hacer merecerá agradecimiento. Por favor, tómate la medicina.

Me metí las pastillas en la boca y sentí la lengua espesa al beber el líquido, sabía amargo como la raíz machacada de *bel* y tuve que tragar varias veces hasta que conseguí que las píldoras bajaran por la garganta. Nunca antes había probado algo parecido. Katerina suspiró en un intento por recomponerse, tenía el rostro desencajado y los ojos como huevos de tortuga, llenos de venitas rojas que se veían demasiado grandes amplificadas por sus lágrimas. Tomé sus muñecas. Ella volvía a llorar.

—Por favor, no sufra. Noa está bien. Y no se ha ido todavía, las está viendo ahora. Nunca los abandonará, permanecerá siempre en su corazón. Ella quiere que lo sepan.

Yo aún no tenía el poder para saber si lo que decía era cierto, solo sentía la fuerza de la compasión. Pero podía adivinar que, en el lugar donde mi querida Noa estuviera en ese momento, desearía que yo intentara aliviarles su dolor. Porque su corazón era de los blandos, de los que mi abuela Asha decía que no servían para hacer el mal, de los que se transparentaban a través de la mirada limpia. De los que eran como nosotras.

El médico se acercó a Katerina y le colocó alrededor del brazo un aparato que yo no había visto nunca, un gran reloj sujeto con unas correas y un inflador. Su marido le besó la mano y se dirigió a ella con dulzura.

—Por favor, déjame que te lleve a tu cuarto. No puedes seguir sin dormir más tiempo. Has pasado muchos días cuidando de Noa. Y estoy seguro de que esta muchacha tendrá que irse ya.

—Haga caso a su esposo, señora. Las almas no desaparecen, se reencarnan en otro cuerpo y su hija volverá a este mundo siendo algo muy bello y estará muy cerca de usted, créame.

—¿Vendrás otro día? Me gustaría hacerte un pequeño regalo y, tal vez, dejar solucionado lo de la escuela. No quiero dejarte de la mano de Dios y mucho menos ahora, Lila. —Katerina había hablado con voz firme. Segura de lo que quería.

—Eso ya no podrá ser, señora. Mi abuela murió hace varios días y tengo que prepararme para la boda y para mi vida de casada, pero le agradezco que me tenga en

sus pensamientos.

—¡Oh! Lila, lo siento muchísimo, ¡qué desconsiderados hemos sido! El otro día cuando te vi aquí, ¿ella ya te había dejado? No me digas que sí, por favor..., ¡cuánto lo lamento!, de veras. Pero aún eres muy pequeña, no es posible que ya vayas a casarte. Eso no es posible.

—No se preocupe por mí, todos estamos en las manos de Dios.

—Pero niña, ¿cómo puedes decir eso? ¿Cómo no voy a preocuparme?

Su hermana Rachel intervino en la conversación:

—Katerina, ya te lo dije, no debes inmiscuirte. Por favor, haz caso a tu marido y a nuestro amigo el doctor y deja que te acompañemos a tu cuarto.

Katerina miró a Fernando. En los últimos días, parecía haber envejecido, los ojos se le hundían en grandes bolsas claras y le había crecido mucho la barba; en la barbilla, las canas le daban un aire adusto, cuando siempre había sido tan alegre. No contestó a su mujer. Katerina se dirigió al médico, que seguía poniendo en orden su maletín.

—Mathew, tú llevas años trabajando aquí, ¿no podemos hacer nada?

—La India es así, Katerina, tremendamente hermosa, pero también tremendamente injusta. Nosotros somos occidentales y nos resulta difícil comprender cómo viven. Ella debe casarse o morirá de hambre. Hay lugares donde los padres conciertan los matrimonios incluso antes de que nazcan sus hijos. Sobre todo en ciudades como esta, llenas de gente que viene a buscar fortuna intentando huir de la dureza y la injusticia del campo, ya has visto los cientos de desharrapados que salen cada día a mendigar una mísera ración de comida, los que duermen en las calles, los que no hacen otra cosa que ver pasar la vida, tienen hasta un nombre: los *sadhús*. —El doctor no supo si callar. Pero era mejor sacarla de dudas—. He trabajado mucho tiempo en el hospital Mayo. Es el único que atiende de forma gratuita en toda esta zona. Allí abres los ojos enseguida. Los guardianes echaban a patadas a los que más ayuda necesitaban. La mayoría no puede pagar los médicos ni las medicinas, en realidad no puede pagar casi nada. Por no hablar de los *dalits*, los intocables. Hay tanta miseria en este país que te vuelves insensible. No debemos sorprendernos, en muchas ciudades de Europa, sobre todo ahora tras la Gran Guerra, hay pocos lugares donde no se pase hambre. Y en la India, al menos, su espiritualidad permite que exista un equilibrio. Estoy convencido de que los indigentes de este país son más felices que los nuestros. Los hindúes tienen una esperanza de la que nosotros carecemos: si se comportan correctamente, cuanto más sufran, mayores riquezas y privilegios alcanzarán en su próxima reencarnación. Ellos pueden seguir probando hasta que llegan a un grado en la existencia que les satisface y entonces logran su objetivo: consiguen alcanzar a Dios.

—Pero ¿por qué no hacen nada? Yo no puedo hacerme insensible como dices. Es solo una cuestión de principios. Podemos hacer algo para cambiar eso. Al menos podemos salvar a Lila.

—No juzgues equivocadamente, Katerina. No he conocido ningún pueblo como este: se resigna, no grita por su vida, no grita por nada, pero aun así es feliz en su infelicidad, con su comida y su rezo del día. Hasta el Gandhi ese, es su ídolo porque él es su esencia. Nadie hará nada por Lila. Ella te lo ha dicho: están en manos de Dios. Y, aunque parezca mentira, en eso es en lo que más nos parecemos: nuestros dioses tampoco actúan. La niña se casará. Si está sola y tiene algo material que ofrecerle, lo hará con un hombre mayor y le dará muchos hijos, trabajará como una mula y, con suerte, se arrojará a la pira de su marido cuando él muera antes que ella y así dará honra a sus familiares y todos la respetarán. Pero no nos corresponde a nosotros cambiarlo.

—Fernando, ¿tú no tienes nada que decir? Amor mío, me gustaría escucharte.

El hombre había logrado serenarse. Pero conocía demasiado bien a su mujer y se estaba poniendo nervioso.

—Katerina, sé cómo te sientes, sé lo que estás pensando, sé lo que harías y sé que no podemos hacerlo.

—¡Ya está bien! ¡No puedo creerlo! ¡Ninguno de vosotros queréis ayudar a esta pobre niña?

Katerina había dejado de llorar. Ahora su cara tenía la fuerza de las madres que no renunciarán jamás al amor de sus hijos. La mano que mece la cuna dirige el mundo. Su marido le había dado la espalda, también en lo físico. Podía ver sus hombros anchos pero delgados y el pelo cortado con el mismo espíritu marcial de su abuelo y de su padre, e igual de malo ya que ambos.

—Es lo normal aquí, Katerina. No todas se casan tan pronto, pero no pueden esperar demasiado, muchos abusan de ellas si no están comprometidas; no puedes imaginar la de niñas que llegan desangrándose al hospital y las que ni llegan por vergüenza. Y luego no las quieren como esposas y nadie desea cargar con una hija repudiada. Las mujeres solo sobreviven si se casan.

—Pero su abuela vivía sola y cuidó de ella. Yo no juzgo, solo quiero ayudarla. ¡Es una niña indefensa!

—Katerina, harías bien en dejar que te diera un tranquilizante —insistió el doctor—. No podemos hacer nada por ella, no podemos cambiar nada.

—¿Por qué no? Podríamos llevárnosla con nosotros.

—Dios santo, te has vuelto loca. No sabes lo que estás diciendo. —Rachel se llevó las manos a la cabeza, su hermana siempre tan engreída.

—Mi hija ha muerto y tendré que enterrarla aquí. No me dejarán sacarla del país porque se infectó de una maldita enfermedad contagiosa. Mathew tendrá que mentir para que podamos irnos. Ni siquiera podremos decir cómo murió si no queremos quedarnos aquí una larga temporada. Así que ella podría venir con nosotros en su lugar. Y no me digas que estoy loca, los locos sois vosotros, que no reaccionáis ante la desgracia ajena. Yo quiero seguir siendo una loca si eso significa tener corazón y ponerme en el lugar de los demás.

Buscó los ojos de su marido. Sabía que él la entendería. Por eso lo amaba, era como ella. Pero él seguía dándole la espalda, cabizbajo, mientras se frotaba las manos con nerviosismo. Se hizo el silencio. Cuando por fin levantó la vista y se giró hacia Katerina, su voz sonó áspera.

—No me pidas que sustituya a mi hija. No tienes ningún derecho, no lo tienes.

Ella lo abrazó con tibieza. Él comenzó a llorar.

—Si no os hubiera traído a este lugar, esto no habría sucedido. No puedes pedirme que recuerde siempre que nuestra querida hija murió por mi culpa. No puedes pedirme eso. Si nos la llevamos, eso significará para mí el tener que verla cada día.

Fernando hundió su frente en el pelo de su mujer y siguió llorando. Ella besó cada lágrima que caía por sus mejillas y lloró con él. Pero no podía dejar de intentarlo.

—Jamás te pediría eso, amor, jamás. La India nos ha quitado a una hija y es justo que nos dé otra, no la misma, cada alma es irrepetible y única. Nosotros podemos educarla, hace muy poco que nos habíamos mudado a Praga; allí apenas nos conoce nadie y además llevamos varios meses fuera, ella podría pasar por nuestra hija, es muy lista, aprendería rápidamente el idioma y nuestras costumbres. Apenas tiene nueve o diez años, ¿de veras no se te parte el alma pensando que esta pequeña se casará en breve? Imagina que fuera Noa, tu Noa convertida en la esposa de un hombre que podría ser su padre o su abuelo. Es repugnante. Y que Dios me perdone, porque para nosotros todas sus criaturas son iguales y todas son dignas de ser amadas. Yo sé que tú no me defraudarás.

Mientras ella pronunciaba esas palabras entre lágrimas, el médico me había agarrado de la mano y me estaba conduciendo a la puerta.

—Esperad. —Fernando se separó de su mujer y vino hacia nosotros—. Mathew, ¿qué posibilidades existen de conseguir que nos dejen llevarnos de aquí a Noa y enterrarla en Praga?

—Lo siento, pero no hay ninguna. Ni siquiera con dinero, los británicos son muy estrictos con las cuestiones sanitarias. Los indicios de su enfermedad son muy obvios.

—¿Y podríamos adoptarla?

—Para eso lo primero que deberíais hacer es, sin duda, localizar a su familia, hablar con ellos, y luego, seguramente, pagarles bien. Lo normal es que sean pobres y puede que les hagáis un favor. Pero después tendréis que sufrir la burocracia del aparato legislativo indio y, peor aún, la del británico, que es lentísimo e intrincado. Quizás en año o año y medio podríais concluir todo el papeleo. Sería mucho más lento y caro que comprársela a su familia.

—Yo no quiero esperar. Yo quiero irme ya de este país. Y llevármela —zanjó Katerina con tono firme y buscó apoyo en su hermana.

—A mí no me mires de ese modo, no puedo ayudarte esta vez. El maharajá no intervendrá en algo así, y menos ahora con toda esa polémica sobre los niños robados que ha provocado la anulación de las adopciones en la corte. Es imposible, Katerina, te lo aseguro.

—Y entonces, ¿qué posibilidades hay de que podamos llevárnosla como si fuera nuestra hija y sacarla del país, en lugar de Noa?

—Nadie podría decir que no es hija vuestra, si vosotros lo aseguráis y enterramos aquí a Noa sin que nadie lo sepa. Sus rasgos son occidentales, los de una de las razas hindúes más parecidas a la europea. Mírala, tiene la piel muy blanca y los ojos tan claros como vosotros, solo su pelo es demasiado oscuro; esto incluso puede

arreglarse, aunque no lo veo necesario. Podría pasar perfectamente por europea si no abre la boca. Pero ¿sabéis lo que estáis haciendo? Tendríais que enterrar aquí a Noa sin ninguna ceremonia y sin comunicárselo a nadie. Y sería para siempre. Os aconsejo que lo penséis bien, todo está muy reciente y nunca es recomendable actuar por impulso. Además, estáis cometiendo un delito; si alguien os descubriera, podrían condenaros a la horca. Aquí nadie quiere a las niñas, pero tampoco permiten que se las lleven así como así. Y ¿cómo sabéis que su familia no la reclamará? Si ven posibilidad de sacar algún dinero, tened por seguro que lo intentarán. Por no hablar de lo que tendréis que hacer en Praga. Lo que estáis pensando no tiene marcha atrás, si os la lleváis asumiendo la identidad de vuestra hija, supongo que deberá conservarla siempre. Pensadlo bien, os lo ruego...

Katerina lo interrumpió, agarrada al brazo de su marido:

—Ya lo hemos pensado. Aún no has comunicado la muerte de Noa. Si tú nos ayudas, ella vendrá con nosotros. Y su familia era Asha y ella está muerta. Nadie la buscará.

Fernando le apretó la mano.

—Lo haremos, Mathew —dijo él—. Hasta ahora, nunca habíamos llevado a los niños a reuniones sociales, nadie de nuestro entorno en Praga los conoce. Y nuestros familiares lo entenderán, aunque ahora están muy dispersos por el mundo como para que tengamos que preocuparnos de eso. Nos llevaremos a la niña. Será como si Dios nos hubiera ofrecido un regalo después de habernos arrebatado otro.

Entonces, muy despacio, me coloqué más cerca de los hombres y los miré con los ojos vidriosos. Mi corazón era un caballito de madera como aquel con el que habíamos jugado Noa y yo la última vez que nos vimos. Trotaba encabritado dentro de mi cuerpecito. No conseguía que me salieran las palabras, ¿por qué todo el mundo había decidido morir al mismo tiempo? ¿Qué mal había hecho yo para que los dioses me castigaran con tanta crueldad? ¿Qué Dios podía ser tan malévolos para arrancar de mi vida a todo aquel a quien yo amaba?

Necesitaba encontrar consuelo en la certeza de que mi madre, mi hermana, mi abuela y mi amiga estarían ya en el mundo astral, que serían materia y luz. Todas, sin excepción, habían acumulado buen karma, así que volverían al mundo físico siendo hijas de hombres ilustres y respetados, bellas mujeres como las que nos compraban sari a Asha y a mí. En el peor de los casos, mi abuela regresaría convertida en una gacela, por haber odiado tanto a Neeja. De repente, resonó en mi mente su maldición, de la que Asha me había hablado alguna vez, pero ¿no había sido solo contra los hombres que yo empezara a querer? No recordaba bien las palabras de mi *dadi*, pero ¿podía deberse tanto dolor a la maldición que una vieja resentida pronunció el día de mi nacimiento? Por fin, en un hilo de sonidos aflautados, tartamudeando casi, hablé:

—Por favor, no sigan discutiendo por mi culpa. Yo no quiero irme de mi país. Les agradezco mucho su bondad, pero debo quedarme con Rahul, se lo prometí. Él y yo nos casaremos y seguiremos viviendo como todos, con trabajo y con la ayuda de Dios. Además, Gabriel no me quiere. Yo le entiendo. Él sigue teniendo miedo a lo que no conoce, ¿cómo podría yo ocupar el lugar de su hermana?

—¿Cómo puedes decir eso? Gabriel aprenderá a quererte y no desearía que te pasara nada malo —respondió Katerina.

—Pero yo no dejaré solo a Rahul ni a mis hermanas. Son lo único que me queda ahora. Asha siempre me decía que no podemos abandonar a los que nos quieren, que lo que hacemos es lo que somos. Ahora, debo irme, me esperan en casa.

—Lila, eres aún una niña, ¿quién te ha obligado a crecer así de rápido, pequeña?

—La vida es un río tortuoso y la corriente fluye deprisa. Pero, a veces, las aguas se calman y el sol brilla allá abajo, en el fondo cristalino. Eso decía mi abuela. Y, señora Katerina, por favor, disculpe mi desvergüenza, pero si no vuelvo con una rupia y algunas *annas*, Neeja me azotará hasta que me haga perder el sentido.

—Dadi...

- ¿Sí?
- ¿Puedo contarte un secreto?
- Pues claro.
- Es que es algo muy importante.
- Te escucho.
- ¿Te acuerdas de Nacho?
- ¿Nacho?

—Sí, Nacho. El niño que iba a mi clase de cinco años, el que siempre jugaba conmigo y se fue a otro *cole*. ¿Ya se te ha olvidado?

—No, pequeña mochueta blanca, no. Sé quién es Nacho. Dime, ¿qué te ha pasado con él?

—Pues que ahora ha vuelto a nuestra clase porque a su madre no le gustaba mucho el otro *cole* y, cuando él está cerca de mí, el corazón me suena muchísimo. ¿Tú sabes por qué me pasa eso?

—¿Juegas con él?

—Bueno..., es que... él tiene muchos amigos y yo..., yo juego casi siempre con niñas. Pero me gustaría que él también jugara con nosotras. Es un niño muy divertido. Y muy guapo.

—Pero ¿te gustaría darle un beso? Puedo enseñarte un truco para conseguirlo.

—¿Qué asco, abuela! Yo, lo que quiero es hablar y jugar con él, pero cuando se me acerca me pone muy nerviosa. ¿Te ha pasado eso a ti alguna vez?

—Claro que sí, cariño. Algunas veces. Hace muchísimos años. Todavía tenía el pelo negro.

—Sigues teniendo el pelo negro.

—Sí, pero no es el mismo negro, antes era mío, mucho más oscuro y más brillante. Y mis manos eran lisas y suaves.

—Tus manos son muy bonitas, abuela.

—Lo que quiero decir es que yo era mucho más joven y no tenía esta cara tan pálida.

—Yo creo que eres joven y que no tienes la cara pálida.

—¿Quieres que te lo cuente o no, Elena?

—Ya me callo.

—Pues recuerdo ahora a uno de los chicos. Era muy guapo; para mí, el más guapo, como todos los chicos que hacen que te lata el corazón. Y yo no quería que me latiera, así que cada vez que iba a verlo me ponía la ropa más fea que encontraba en mi armario y me recogía el pelo en un moño espantoso. Ni me pintaba los labios siquiera.

—¿De verdad hacías eso, abuela? ¿Por qué?

—Bueno, no recuerdo si lo hacía, pero sí que debía hacerlo: yo no podía quererlo. Todos los chicos a los que empezaba a querer morían y a mí no me gustaba eso. Así que me juré de amar a nadie. Pero con este tampoco lo conseguí y mis latidos se oían como si tuviera veinte caballos trotando dentro de mi pecho.

—Eso no es verdad. Los chicos a los que quieres no se mueren tan fácil. Estás engañándome. Soy pequeña, no tonta.

—Por supuesto que no creo que seas tonta. Yo no podía querer a ese chico ni a ningún otro. Ya me había pasado antes y un niño había muerto. Así que el corazón me latía al verlo, pero yo intentaba que dejara de hacerlo.

—La única forma de que eso pudiera pasar es que los mataras tú, abuela. Y tú no has matado nunca a nadie, ¿no? Así que no me lo creo; además, ya sé que en la India hacíais cosas muy raras, pero nadie se casa tan pequeña. Eso no puede ser. A ver, ¿cómo murió ese niño?

—Me quedan muchas cosas que explicarte de la India, muchas. Y dejemos lo de la muerte. No es agradable.

—¿Ves? Es mentira. Ya soy mayor y tú me lo has explicado ya antes, así que sé que a veces algunos mueren. Los que llegan a tener cien años mueren siempre, por ejemplo. Me lo puedes contar. Puedes contarme cómo murió ese niño.

—Eres cabezota y lista. Mucho. Era mi mejor amigo, con el que iba a casarme, un niño muy amable y muy bueno. Se llamaba Rahul.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—¿Por qué tengo que habértelo contado todo?

—Porque soy tu nieta y quiero saber todo lo que te pasó.

—Sí, eres mi nieta gata, curiosa y felina.

—¿Y cómo murió Rahul?

—De peste bubónica. Es una enfermedad muy contagiosa que mataba a mucha gente antes. Cuando yo era una niña, mató a muchos de mi aldea, y a muchos otros en toda la India. Fue algo espantoso.

—Entonces ese a quien querías no murió por tu culpa, lo mató la enfermedad. Pero me lo apunto para otro día, eso y lo de casarte cuando eras pequeña. Ahora quiero que me cuentes la historia del otro chico, el que hacía que te latiera el corazón. ¿Cómo se llamaba, abuela?

—No puedo decir su nombre en alto.

—Pues vaya. ¿Y por qué no puedes?, si puede saberse.

—Ese era el truco que me enseñó mi *dadi* Asha para intentar burlar la maldición. No podía nombrarlo más que una vez. Ese era mi deseo más intenso: vencer la maldición de Neeja. Así que no puedo decirte cómo se llamaba, por si acaso. Ya nunca pronuncio el nombre de ningún hombre en alto, nunca se sabe qué podría ocurrir.

—¿Qué son las maldiciones? ¿Cuál era esa que tenías que no sé qué?

—Que burlar.

—Eso, que tenías que burlar. No sé lo que significa esa palabra, pero explícame primero qué son las maldiciones.

—Las maldiciones son mentiras que, hace muchísimo tiempo, unas personas se inventaban para controlar a otras, que pasaban toda su vida asustadas por ellas. Aunque lo cierto es que algunas sí que se cumplen. Sobre todo si crees en ellas.

—Como eso de los dioses.

—Elena, te he dicho muchas veces que todavía eres pequeña para saber si quieres creer en dioses o no. Tu madre se enfadará como digas algún día eso delante de ella.

—Tendré cuidado, no te preocupes, abuela. Y yo ya sé en lo que creo, en lo mismo que tú. Siempre tienes razón en lo que me dices. Pero ¿de verdad tú crees en ellas?

—En algunas sí. Por eso dejé de llamar a los chicos por su nombre.

—Y ¿por qué?

—Para que la maldición de Neeja no pudiera encontrarlos. Cuando nací, ella me maldijo para que cualquier hombre al que llegara a querer muriera.

—No me habría gustado Neeja.

—No, no te habría gustado. A mí tampoco me gustaba.

—¿Y cómo podía ella conseguir que se cumpliera su deseo? Y además, ¿por qué deseaba eso tan feo?

—Porque había sido una bruja igual que mi abuela Asha, pero una era buena y la otra era mala. Ellas, además, eran hermanas. También porque Neeja no me quería,

su intuición le decía que algo no iba bien conmigo.

—Vale, ¿te has creído que porque te he dicho que creo lo mismo que tú me voy a creer también esto? Es imposible que tu abuela no te quisiera y, además, si eran hermanas, ¿cómo iban a ser una mala y la otra buena? Si eran brujas, tenían que ser las dos iguales, ¿no? Ya no sé si creer eso de las brujas.

Me arrepentí de haber llegado tan lejos, pero ya era el momento de contarle algunas cosas a mi nieta, antes de que empezara a no creer en nada y se pusiera del lado de los que tienen el espíritu preso para siempre en su cuerpo. Se perdían tanto en la vida..., más de la mitad de todo lo que ocurre no puede verse con los ojos de la razón. Pero Elena también tenía, como todas nosotras, la marca plateada en el vientre. Si todo fuera igual que cuando yo era pequeña, ya haría mucho que la habría iniciado, aunque ahora tenía que hacerlo de otro modo, desde un lugar muy difícil de manejar y a la europea, y casi todos los europeos que conocía perdían su alma con mucha facilidad.

—¿Y cómo van a ser hermanas tus dos abuelas? Eso no puede ser.

—Son muchas preguntas juntas. Las brujas han existido desde siempre, en todos los lugares del mundo, parece mentira que tú no lo sepas, Elena. Y ellas eran hermanas aunque casaron a sus hijos, que eran primos. Antes se hacía, cuando la gente vivía en sitios más pequeños. En la India, muy a menudo. Y Neeja no me quería porque ella no creía que yo fuera su nieta y porque yo era una niña y no un niño, pero yo crecí pensando que ella era mi abuela y yo sí que la quería. Neeja y Asha habían dejado de llevarse bien mucho tiempo antes de que yo naciera.

Elena se quedó mirándome extrañada, sintiéndome tan cerca de ella que si alargaba un poco la mano, sentía que podía tocar mi piel reblandecida y suave.

—¿Por qué no se llevaban bien si eran hermanas? ¿Se habían enfadado?

—Sí, eso es, se habían enfadado hacía mucho tiempo porque antes, en la India, las mujeres solo querían dar a luz a hijos varones y Neeja y Asha solo podían tener hijas, como todas las que son iguales que ellas. Tú también solo podrías tener hijas.

—Bueno, las niñas son más guapas y juegan a cosas más divertidas, no me importa.

—¿Te cuento por qué ellas se odiaban y por qué Neeja no me quería, o no?

—Pues mira, mejor sigue contándome cómo era el chico que hacía que tu corazón sonara tan fuerte como el mío. Me gusta más esa historia. Que si no, luego se me olvida preguntártelo y me quedo sin saberlo.

—¿Y por qué no le cuentas estas cosas a tu madre y que ella te hable de tu padre o de quien mejor le parezca?

—Tú eres más divertida. Me hablas de cosas que no se ven. A mamá no me atrevería a preguntárselo. Se enfadaría conmigo.

Sí, Elena estaba ya preparada. Pero antes había que solucionar otros problemas.

—¿Has hecho la prueba?

—No hace falta.

—Sí hace falta. Ya sabes que no se puede juzgar a las personas por lo que parecen.

—Es mi madre. Sé cómo es.

—Eres muy pequeña.

—No tanto. Y tú dices que soy muy lista, así que ya sé que ella no me hablaría como tú de maldiciones ni de corazones descocados.

—Desbocados.

—Eso.

—Es imposible discutir contigo.

—Y contigo. Anda..., cuéntame la historia de ese chico. Pero no te creas que me voy a olvidar de tus abuelas ni tampoco de las niñas que se casan. Eso es imposible. ¿Y quién les hace la comida y las lleva al cole? Además, si las niñas se pueden casar, ¿me dejaría mamá casarme ya con Nacho?

—Ese chico tenía los ojos de color miel y la barba más cerrada que había visto nunca. Y mira que había visto hombres con pelo en la cara, en la India muchos llevan bigote y barba, pero él tenía una mata de pelo increíble. Al hablar solía sonreír, incluso cuando estaba hablando en serio. Eso me ponía nerviosa porque yo no lo entendía bien y no sabía si debía reír o quedarme seria. Lo conocí en una ciudad preciosa, llena de fantasmas, que se llama Praga. La bella Praga.

La nieve y los pétalos de rosa caen con igual ligereza

Los copos revoloteaban andarines sobre mi cabeza y continuaban despacio, trazando senderos de lucecitas hasta posarse en el suelo plagado de huellas profundas, encaminadas hacia el gran portón de hierro que separaba la ciudad de los muertos y la de los vivos. En ellas, no parecía que pudiera haber más que aire, aunque en realidad habían contenido los pies de alguien, igual que un ataúd contenía un cuerpo sin aparentarlo, igual que un cuerpo había contenido alguna vez un alma. Esos copos etéreos tampoco parecían de este mundo, no parecían de ningún mundo: la irrealidad los envolvía confiriéndoles forma de esa especie de velo cuajado de puntos desidiosos que se cruzaban muy despacio en distintas trayectorias hasta rozar el infinito, un infinito a mis pies; de nuevo a mis pies. Como la tierra fría que lo acoge todo: la nieve, los pétalos y, también, la muerte.

Solo nosotros quedábamos allí. Casi siempre desierto a esas horas posteriores al mediodía, el cementerio parecía de juguete, desprovisto de lo que le confería su esencia: aquellos que rondaban las tumbas, solos o en grupo, rememorando cada uno una vida diferente, reviviendo cada uno una misma muerte, que igualaba a los muertos siempre. Katerina, Fernando y Gabriel habían arrojado la tierra a la vez para tapar el hoyo en el que instantes antes habían depositado la cajita de madera de cerezo, encargada para la ocasión, con su absurdo contenido: el pequeño bulto en el que sobresalían dos coletas rubias y dos zapatos rojos, de charol alegre y demasiado mate. Su vestido con florecillas amarillas, todas del tamaño del pico de un ruiseñor, no era el más apropiado para el acontecimiento más lúgubre al que asistiría jamás su dueña, pero todos sabían que esa era la prenda que más le gustaba a Noa, la que siempre elegía en los momentos especiales, como cuando tenían que acicalarse para recibir a alguno de los clientes de papá que se empeñaba en acercarlos hasta las mismísimas intimidades de su comedor un ostentoso regalo, muestra de agradecimiento por otro caso ganado; o como cuando despidieron a los abuelos, que se fueron a ese lejano país en el que todos eran por fin como ellos, pero nadie hablaba su idioma, en una huida que a su nieta, tan pequeña y sin embargo tan espabilada, le había parecido «mal, muy mal, abuela, que dice papá que con lo conservadores que sois, cómo os habéis atrevido a volver a la tierra prometida».

Gabriel se había resguardado tras su padre, de espaldas anchas y vigorosas: a sus ojos, siempre atalaya. Lloraba. Necesitaba llorar y aquel era un sitio lo bastante protegido y triste para que sus lágrimas no demostraran que él también era débil. Katerina había intentado cogerle la mano varias veces pero su hijo se había zafado. No compartiría con ella su dolor. No admitiría jamás que ya nunca volvería a ver a su hermana y, mucho menos, que su madre y su padre hubieran permitido que ella, ella, ella... que yo viviera ahora en su casa. Y solo lloraba. Nada más que una vez lo había hecho, cuando Katerina había depositado la caja en el agujero y las lágrimas le habían impedido acertar a la primera y el minúsculo fêretro se había bamboleado entre sus manos, antes de encajar en el fondo con un ruido hermético. Su madre se aproximó para darle un beso y él se retiró. Ella, ella, ella... Yo jamás sería su hermana. Jamás.

Me había quedado cerca del árbol, justo en el lugar en el que Katerina me había indicado que los esperara, sintiendo aquel entierro como si fuera el de mi hija o mi hermana, y el corazón confinado entre la agonía y la rabia. Me daba golpecitos en las piernas heladas, ¿sería ese el frío de la muerte, antes de revivir en otro ser, cuando se reanudara la circulación de la sangre y mis manos, mis dedos y mis párpados consiguieran moverse otra vez? ¿Así sería morir?

Enterrar a Andrea, la muñeca preferida de Noa, en el Cementerio Nuevo de Praga había sido una idea de Gabriel. Sin parar de llorar, después de muchos días tras haber regresado a su casa, salió de su cuarto con los ojos enrojecidos y, apretando la muñeca entre los brazos, dijo: «Tenemos que enterrarla». Y ya desde la primera sílaba, la voz y el alma sonaron resquebrajadas. Su padre lo abrazó con fuerza, como si quisiera traspasarle hasta el último soplo de su débil energía, e incluso Katerina consiguió sumarse a ese abrazo roto por una pena que solo la monotonía de la vida podría quizás llegar a aminorar.

Yo los había observado inmóvil desde la puerta del salón y enseguida había vuelto a meterme en mi habitación, tan grande y lujosa que en ella habría podido vivir con todas mis primas y hermanas. Llena de objetos misteriosos, me ahogué en ella desde el primer instante, en cuanto miré por la ventana y no pude ver el sol naranja que a menudo lo cubría todo en Jaipur hasta desaparecer en busca de la Madre Ganges. Cada noche, esquivaba la gigantesca cama y tendía en el suelo, junto a la ventana, una de las muchas mantas que esperaban dobladas en el armario inmenso que me acongojaba porque sus puertas parecían franquear el paso al infierno de los *asuras*, almas inmaduras atrapadas en un abismo de decepción y daño. Lo abría siempre cerrando los ojos y esperaba espantada a que ocurriese algo. Yo no había visto antes un mueble así ni unas prendas parecidas, tan recias y cálidas, aunque a eso, a las muchas novedades de una vida tan diferente, ya me estaba acostumbrando. Luego me tumbaba encima de la manta bien estirada y me tapaba con otras dos, las más gordas que hubiera encontrado, porque en la noche sentía un frío doloroso que atravesaba mi carne liviana y llegaba a traspasar mis huesos.

Y el sueño me venía despacio, después de recordar el sabor del *shubat* que me servía Asha, la dulzura de sus *laddus* o su *chena murki*; solo el calor en el alma que sentía al evocar uno a uno a todos mis seres queridos mientras lo comíamos juntos y visualizarlos después riendo, hablándome, abrazándome, me permitía empezar a percibir el calor físico y pasar al otro lado. Intentaba entonces hablar con Asha o con Barathi, pero ninguna de las dos se me había aparecido desde que abandoné Jaipur. ¿Lo harían alguna vez? Me aterrorizaba imaginar que se hubieran enfadado por haberlas abandonado.

Al despertar, siempre antes que los demás, me aseaba enseguida y me sentaba en el suelo en la posición *padmasana*, la postura de la flor de loto, frente al ramo de flores que Katerina me renovaba cada tres días sin falta antes de que se marchitaran, y cantaba en silencio mis oraciones. Ojalá tuviera cerca la especia *churan*, para el dolor de corazón, para la vida demasiado buena, para acallar la remembranza y la nostalgia, porque los días caían de sus horas como gotas de barro sobre río caudaloso.

Yo también lloraba mucho, a solas, cuando me daba cuenta de que ninguno de los míos seguía a mi lado en el mundo físico y que todavía no había vuelto a verlos tampoco en el otro. Primero se fueron mis hermanas, una casi al mismo tiempo que la otra; ambas se despidieron de mí antes de atravesar la puerta para llegar a la nueva habitación de su existencia, con un roce del dorso de la mano en mi mejilla como husmeo de hocico de ratón. A continuación, se fueron Sagar y Neeja; contagiados todos de la misma enfermedad que atacó a otros muchos, también a mi querido Rahul. Estaba sola y apartada miles de millas de mi país. ¿Cómo podría ahogar esa pena por su ausencia que dolía como raja profunda en la mano desgarrada por la hoja de palmera? Era extraño: saber que mis muertos regresarían de un modo u otro ya no me consolaba, ¿dónde se reencarnarían, cerca de mí o donde habían existido? ¿Conseguirían encontrarme en ese otro lugar que, excepto Noa, ninguno de ellos había visto ni imaginado? Asha se había ido sin explicarme demasiadas cosas y ahora nadie más podía guiarme, en ese mundo tan diferente al que me había cobijado hasta entonces, en el que la piel se erizaba al soplar un viento helado que cobaba en otra lengua, el propio aliento servía para calentarse la nariz y la lluvia envolvía el aire en ráfagas y no salpicaba a chorros desde el suelo; un mundo en el que, al pisar, el polvo amarillo no se pegaba en las plantas de los pies y la suciedad no hedía, los perros no morían en las escalinatas de los edificios y, aunque sus pobres iban vestidos y no se agarraban a los tobillos de quienes mendigaban, miraban de la misma forma; un mundo en el que los edificios eran grises y no rosas pero sus pilares no lloraban al derruirse con el tiempo, los jardines crecían contenidos en recintos geométricos y los árboles de nombres impronunciados se alzaban hacia un cielo igual de azul, pero inodoro e insípido. El cielo de Jaipur, en cambio, olía a lluvia y a pájaro; sabía a especias y a *ghee*. ¿No habría sucedido que yo misma había muerto y me había reencarnado en otro nuevo ser recién nacido?

La luz del sol reverberaba por fin sobre los muros del cementerio y mirlos de pico naranja y ojos grises como neblina trinaban con sonidos nuevos. Katerina puso la mano sobre mi hombro y echamos a andar. La nieve lo esponjaba todo como el aroma del sándalo el paladar y el olfato. Yo solía resbalarme a pesar de las rudas botas que comprimirían mis tobillos. La primera vez que vi el suelo blanco a mis pies, me agaché, tomé un puñado en las manos desnudas y me lo llevé a la boca. Sabía a agua fresca del río, pero quemaba. Me agarré fuerte a Katerina para continuar caminando. Antes de hablarle, la tomé de las manos y la miré a los ojos.

—Señora, Noa está bien, siempre está con usted. No debe preocuparse. Aún no se ha ido, pero está bien.

Una racha de viento movió algunas hojas podridas. El otoño acababa de terminar y todavía el invierno no había borrado del todo sus huellas. Las lápidas desteñidas exhibían inscripciones que no entendía. ¿Cómo podía nadie querer dejar su cuerpo prisionero en un recipiente? ¿Y si el alma no consiguiera cruzar al otro lado aprisionada bajo la tierra sucia y fría? Katerina me alzó la bufanda hasta taparme la nariz. Atrapada como avejilla en el puño de un niño. Abrir las alas y volar.

—Sabes que no debes tratarme de usted y que tienes que llamarme madre o mamá. Tienes que acostumbrarte cuanto antes, Lila, igual que yo debo llamarte Noa si hay delante otras personas; lo mejor sería que te llamáramos así siempre.

Junté las manos y bajé la cabeza, pero enseguida las separé y elevé el rostro. ¡Cómo me costaba evitar ese gesto! Aunque cada día lo hacía un poco menos.

Katerina me sonrió y me acarició las mejillas. Esa suavidad caliente reconfortaba.

—¿Te encuentras bien? Ya pasó. Nuestras costumbres son diferentes, nosotros necesitamos tener a nuestros seres queridos cerca, en un sitio como este. Así, al menos una parte de ella estará aquí y podremos volver a visitarla. Aunque no sea la tumba verdadera, servirá. Noa siempre estará en nuestro corazón, pero ahora también podremos venir a rezarle.

—Pero tú no eres mi madre, mi madre es Barathi y ella viene a verme muchas veces y hablamos. Yo la siento conmigo desde que nací. No me gustaría que ella no volviera a aparecer si ve que ya tengo otra madre.

—¿Tu madre viene a verte? ¿Cómo dices eso?

—Mi madre está a mi lado, la llevo siempre conmigo, en mis pensamientos y en mi corazón.

—Por supuesto, Lila. ¿Por eso no me llamas nunca así? ¡Ay!, mi niña, tendrías que habérmelo dicho antes. Es cierto, a veces no nos damos cuenta, pero las palabras sí que tienen importancia. No debes preocuparte: tú siempre tendrás una madre, tu madre, igual que yo siempre tendré una hija y también un hijo, pero desde que tomamos la decisión de seguir este camino juntas un vínculo diferente y muy fuerte nos ha unido. Y yo ya sé que te querré como a una hija. ¿Qué te parece si me llamas «madre bis» o, mejor, «mamabís»? Al menos hasta que te acostumbres. «Bis» es una palabra extraña: en música, significa que se repita la ejecución de una partitura, cuando gusta mucho al público; también significa doble, que hay dos cosas. Yo creo que así solucionamos el problema de la terminología. Lo demás llegará por sí solo, si tiene que llegar.

Katerina miró a su hijo. Iba de la mano de Fernando, con la cabeza baja y arrastrando los pies contra las piedras, hacia la salida. Íbamos a volver andando a casa, el paseo nos haría bien a todos. Empezábamos a hacernos a la idea de que Noa se había ido y cada cual llevaba el luto a su manera. Katerina había decidido no volver a tocar el violoncelo ni tampoco su amado piano. Cada mañana, en lugar de practicar, se sentaba en la butaca redonda frente a ellos y pensaba en Noa; ya no se sentía del todo culpable. ¿Cómo podría haber imaginado que yo la ayudaría a superarlo en lugar de recordársela a cada momento? Y Fernando no mencionaba jamás a su hija muerta, pero ¿qué más señal de su dolor que esa fotografía suya en el bolsillo, cada día una diferente, que elegía al despertarse y besaba antes de introducir con mucho mimo en el lugar más cercano a su corazón? Solo Gabriel no había encontrado la forma de que la angustia fuera aminorando. Su madre lo sabía pero nada podía hacer. Tenía que ser él quien aceptara lo que había pasado, él y nadie más.

Sin embargo, a Katerina le preocupaba mucho que tampoco me hablara, que no me mirara, que ni siquiera me diera los buenos días cuando yo, sin falta, lo saludaba al encontrarnos cada mañana o al despedirnos al llegar la noche y abandonar la habitación. Ella ya había intentado explicarle decenas de veces que yo jamás sustituiría a su hermana, que era otra persona, a quien podría llegar a considerar lo que él quisiera, pero jamás su hermana. Sin embargo, él seguía sin hablarnos a ninguna de las dos.

—Noa sigue cerca, aún no se ha ido. Pero está bien, tranquila, tiene paz. Lo sé, la siento; tienes que creerme..., madre. Siento esas cosas, desde siempre.

—Gracias, Lila..., ¡ay!, y yo te riño a tí, pero tampoco me acostumbro. Y te agradezco mucho tus palabras, me consuelan, pero hay cosas de las que es mejor no hablar. Ojalá yo creyera, como tú, que mi hija se ha reencarnado en alguien que vivirá cerca de mí. Tendría otro hijo enseguida, para que ella renaciera mil veces si mil veces muriera. Eres una persona increíble, no te he visto llorar y tú lo has perdido todo, más incluso que nosotros. Sin embargo, sigues a mi lado, animándome cada día de un modo diferente, siempre con una sonrisa. Eres una persona especial, Lila, me alegro mucho de que hayas venido con nosotros. Eso no lo dudes nunca.

Durante todo el camino de regreso, había conseguido aguantar las lágrimas y solo cuando Katerina me abrazó y continuamos caminando así hasta la casa, me eché a llorar. Pero me anudé la bufanda algo más arriba, me encajé un poco el tupido gorro de lana gris noche de tormenta, bajé la vista al suelo y confié en que nadie se percatara de mis lágrimas. La vuelta a casa se hizo larga y los pies me dolían. Odiaba esa piel muerta de animal sagrado que debía llevar; toda esa ropa que me comprimía conseguía angustiarme, me picaba el cuerpo, sobre todo los brazos y las piernas, que hasta entonces había llevado siempre al aire. En cuanto entraba en mi habitación y cerraba la puerta, me desnudaba y, si hacía frío, me vestía con una bata holgada de cachemir muy suave, que según Fernando procedía de ovejas del Himalaya, la morada de la nieve donde nacían muchos de los ríos que recorrían mi tierra. Sin embargo, cuando me vi por fin allí, no tuve fuerzas para desvestirme y solo me senté en el suelo, debajo de la ventana, me llevé las manos a la cara y volví a llorar. De repente, la puerta se abrió y Gabriel entró como un gamo, la cerró de un golpe y echó el pestillo. Seguía teniendo la mirada lastimosa de buey herido y resoplaba como si lo fuera.

—Vaya, no me digas que estás llorando. Créi que tú no llorabas nunca. No sé por qué lo haces si has logrado lo que querías. No entiendo cómo has conseguido que te trajeran. —Gabriel no se agachó, me hablaba muy cerca, desde lo alto. Incluso así, yo podía percibir toda su rabia, la de un corazón maltrecho.

Él echaba de menos a Noa. ¿Se dejaría abrazar? No, no me lo permitiría. No en ese momento.

—Nunca serás como mi hermana, ella era mucho mejor que tú. Ojalá hubieras muerto tú y no ella.

—Yo habría querido morir en lugar de Noa, de Rahul, de Neeja o de cualquiera de mis hermanas. Pero ese es mi karma. La vida fluye en el río del mundo. Tienes razón en estar enfadado conmigo.

—A mí no me engañas con tus tonterías, nunca me has engañado como a ella. No me gustas. Eres un bicho raro. No quiero que te acerques a mí, no quiero que me hables ni que me persigas, no pienso ser tu amigo y mucho menos tu hermano. No pienses que puedes pertenecer de verdad a esta familia. Entérate de una vez. Tú no vas a ser mi hermana. Y encontraré el modo de que te vayas.

Hablaba con los puños apretados y las palabras le salían rotundas y bien pronunciadas, como si hubieran sido dichas por un viejo escarmentado y no por un alma angustiada. Pero el viaje a la India le había hecho crecer. Gabriel había dejado allí algo más que una hermana. Me daba tanta lástima..., seguía compadeciéndome de él, de su sufrimiento; ni un ápice menos que antes, en Jaipur, cuando había conocido ya su debilidad. Él aún no era capaz de vencer esa sensación de ser distinto que le apartaba de mí y de otros. Aunque deseaba ayudarlo por encima de todo, desistí. ¡Y cómo me dolió ese abandono! Como si la huida fuera mucho peor que la lucha, como si, al dejarlo solo, me hubiera quedado aislada yo también. Ese dolor me aterró: sabía por qué él no podía expulsar bien el aire y apretaba los dientes con furia, qué sentía al contener las lágrimas y restregar con violencia los dedos sobre sus palmas. Pude ver su odio y su lucha para no acercarse a mí. En sus vísceras. Bajé la cabeza mientras me caían unas lágrimas nuevas, diferentes, de desánimo por mi derrota. Lágrimas de empatía.

Gabriel salió de la habitación. Cerró la puerta procurando que la hoja encajara en el marco sin que nadie lo oyera y cruzó de puntillas el largo pasillo empapelado de flores de color mostaza y pistilos ondulados hasta llegar a su dormitorio. Entorné los ojos, junté los dedos pulgar e índice y, durante un instante, intenté ser de forma consciente Gabriel, pensar y sentir como él, verlo en su interior. Y llegué a percibir su rabia y su impotencia, también su rechazo. Pero me empeñé en buscar más adentro. De refilón, encontré esperanza. Eso me reconfortó. Abrí entonces los ojos y dejé que sus sentimientos me abandonaran poco a poco, respirando despacio y sintiendo cada vez un poquito más de mí y menos de él hasta que creí que me había dejado del todo, inhalando y exhalando el aire en un movimiento acompasado de resurrección que me llevó de nuevo a recuperar todo mi cuerpo. Necesitaba semillas de cilantro y de clavo que, machacadas con una pizca de aceite de sésamo y pimienta, vencían la resistencia a los otros y dejaban aflorar los sentimientos verdaderos; ojalá pudiera saber dónde conseguir todas esas cosas que en la India estaban tan a mano, en cualquier puesto del bazar, y que yo, de repente, me sentí con la sabiduría de emplearlas para un propósito.

Me levanté del suelo de un salto y me puse con rapidez el pijama de fieltro azul y unos calcetines largos hasta las rodillas. Esos tubos siempre me hacían sonreír, se parecían tanto a las guaridas de los topos bajo los campos de berenjenas... Retiré con cuidado las diez muñecas que guardaban mi cama, las apilé en una esquina y me acerqué al armario morada de los demonios *asuras*, tomé aire, cerré los ojos y abrí las puertas. Esperé... contuve la respiración... y, de nuevo, no ocurrió nada, así que rebusqué por todos los cajones e incluso, con ayuda de una silla, en el altillo. Y no dejé de hurgar hasta que encontré la caja de cartón con el estampado de margaritas. Retiré la tapa y saqué mi sari. Enseguida lo extendí sobre la colcha y lo acaricié despacio. Ya no deseaba llorar más. Las lágrimas resecan el alma por dentro y arrugan la piel por fuera. El brillo de la prenda me pareció mucho más intenso incluso que cuando mi *dadi* la lavaba en el río y me la volvía a poner reluciente antes de ir al bazar a media mañana. Me recosté a su lado y, rozando la seda con los dedos, me quedé dormida.

—Vienes a mí, mi pequeña mochuela blanca.

Me sobresalté: la voz de Asha resonó como si jamás hubiera abandonado el mundo físico y un hilo de olor a *burfi*, la golosina marrón aderezada con cardamomo, clavo y canela, se me introdujo por los agujeros de la nariz. Siempre me había encantado ese dulce, lo masticaba despacio y el aliento se limpiaba de todos los humores del cuerpo y del alma. Las manos callosas de Asha me rasparon la mejilla. Lloré entonces en el hogar de los sueños, donde las lágrimas no eran saladas ni los párpados se cerraban con los rayos del sol.

—*Dadi*, por fin has vuelto a verme. Te he echado de menos. Has tardado mucho en venir.

—No te he abandonado, ya lo sabías.

El olor meloso se intensificó y mis lágrimas cesaron. Brillaron cuentas de cristal a mi alrededor y en su convexidad rebotaron las imágenes de ambas. Nunca antes había soñado así; una luz azul se reflejó en nosotras y me hizo cosquillas en cada parte de mi cuerpo donde los destellos se posaron.

—Sí, pero nunca te he sentido como a mi madre Barathi. Tú estabas más lejos.

—Es tu corazón, se está recuperando, pero aún sufre demasiado. Necesitas que pase el tiempo y que se fortalezca, que acoja a otros a quienes querer. Pronto eso pasará.

—¿Cómo puedo ayudar a los demás, *dadi*?

—No siempre puedes, no siempre debes. Y yo no tengo las respuestas. Mira mi vida, no fue perfecta.

—Sí fue perfecta. Muchos te quisieron y te respetaron. Yo te sigo queriendo. Esa es una vida perfecta.

—Me sigues enseñando y eres una niña. Eso es que cumplí bien mi cometido. Pero no puedo quedarme mucho más, siempre hay muchas almas esperando transitar el camino entre los mundos. Solo he de decirte que tienes que ayudarlos a olvidar; y tú también debes aprender a hacerlo, debes olvidarlo todo menos lo que te hace ser tú. Si no lo haces, desaparecerás. Las personas felices son las que perdonan y olvidan, las que son capaces de seguir sin recordar lo que les hizo mal. Pero ellos ahora no se perdonan a sí mismos. Tienes que ayudarlos.

—¿Y cómo se hace eso, *dadi*? ¿Cómo puedo yo conseguir que otros no sufran recordando cuando yo misma no soy capaz?

—Para eso eres bruja, mi pequeña mochuela blanca. Una bruja mejor que yo, mucho mejor. Tú reúnes la noche y el día, tu poder despegará. No será como el de las grandes brujas de la antigüedad, la de los *Atur Vedas* y los *Majabarathas*, porque la magia palidece en un mundo sin creencias, pero los poderes de la mente y de la naturaleza sobreviven a los hombres, a pesar de los hombres. Yo ya te enseñé todo lo que sabía, sin que te dieras cuenta, aprendiste el nombre, la forma y la utilidad de las plantas; los mantras; las llamadas a la luna y a la vida; a mirar dentro de otros; a ver el futuro que no te concierne solo a ti; a vislumbrar el sufrimiento y el mal, a evitarlo a veces; a poner tus manos sobre los puntos de fuerza que llevan la energía y sanar aquello que trastornó la falta de equilibrio. Todo eso aprendiste y algunos otros embrujos que conocerás sola y que explorarás. Porque cada poder es diferente de los anteriores y de los futuros y tendrás que descubrir hasta dónde llega el tuyo. Hoy lo has hecho, por primera vez desde que me fui. Entraste en el niño, lo viste, soñaste con su dolor, te metiste en su mente. Poco a poco, ese don aumentará. El poder no se controla, es una gracia salvaje que te dominará a ti si tú intentas dominarla o que te podría destruir si la usaras para hacer el mal o si infringes las leyes eternas, como ya hicieran otras muchas brujas de la luna plateada antes que tú y harán muchas otras después. Y sí, este ahora es tu destino y lo elegiste bien, el que descartaste al venir aquí era mucho menos largo aunque, también por ello, mucho menos doloroso.

Cuando desperté, al cabo de solo unos segundos o de toda una existencia, recordaba cada palabra de mi sueño y aún olía a la esencia de mi *dadi*. Me incorporé lentamente, respiré despacio y me pasé las manos por los brazos. El escalofrío que recorrió mi cuerpo me confirmó que había abandonado ya el *Pretaloka*, el mundo de los que habían partido, el dominio de las almas ligadas a la Tierra; y que había vuelto al *Bhuloka*, donde los sentidos ya perciben. Volví a doblar con sumo cuidado el sari, lo coloqué en la caja y la dejé en el mismo sitio, cerré las puertas de la morada de los *asuras*, orgullosa de haber superado ya el miedo, y me tumbé en el suelo sobre las mantas. Enseguida volví a quedarme dormida mientras imaginaba que Asha me abrazaba como cuando ambas nos acostábamos juntas muchas noches y esperábamos a que nos llegara el sueño al cobijo de miles de estrellas. Cerca de su corazón. Cerca de ella.

Y pasaron muchos otros días y muchas otras noches, y los días y las noches, que al principio eran de piedra, se volvieron solo bruma. Ya podía mirar atrás sin sentir que me invadía un espacio y un tiempo ajenos. En ese nuevo atardecer lluvioso que iba despidiendo el día, Gabriel y Fernando habían salido juntos a hacer recados y yo sabía que tardarían. Había pasado un rato cepillándome el cabello, intentando decidirme a hablar con Katerina. Lo último que quería era molestarla. Y mientras lo pensaba, me miraba al espejo y observaba mi pelo. De todo lo que tuve que despedirme al abandonar el que hasta entonces había sido mi único hogar, justo de eso era de lo que más me acordaba. La larguísima coleta negra y suave había caído en un instante a mi espalda, de un tijeretazo traidor, y aún no me había acostumbrado a mi nuevo peinado: una melena lo bastante larga como para dividirla en dos trenzas compactas y un flequillo rebelde que Katerina nunca conseguía peinar hacia adelante sin apelmazarlo antes con mucha agua de colonia. Cómo se habrían reído mis hermanas y mis primas de mis ojos escondidos como los de una mula; ninguna mujer en la aldea llevaba jamás la frente tapada. Sin embargo, yo no me había quejado. Solo a base de ladearme el flequillo había conseguido que Katerina se apiadara de mí y aún no había vuelto a recortarme el mechón un dedo por encima de los ojos.

Terminé de anudarme la trenza y miré alrededor. De las nuevas costumbres, las que más me habían sorprendido eran las que transcurrían en el cuarto de baño: esa incómoda taza y el funcionamiento del agujero. ¡Qué curioso milagro el de la bañera! Ver caer el agua de la alcachofa era tan maravilloso como observarla brotar del cielo con los monzones, pero más cómodo y mucho menos peligroso. Allí, salía del grifo y en nuestra propia casa; bastaba con girar la manija y el chorro fluía para mí. Qué alegría al comprobar que el líquido salía sin cesar, helado, limpio, con un sabor a papaya fresca, sin la papaya; un olor similar al de la colonia que rezumaban algunas *ingrese* cuando iban a comprar al bazar que a mi abuela tanta gracia le hacía: «Parece que vayan a servirse ellas mismas en un plato con *dhoti* y arroz», decía, y yo, con la mirada, le daba la razón. El agua corriente olía como esas mujeres: higiénica, artificial.

Cuando por fin me atreví a hablarle a Katerina sobre lo que me preocupaba, me acerqué despacio, no quería asustarla. Iba descalza pero ella ya sabía que de nada serviría recriminármelo.

—*Mamabís*, no quiero ser una carga. Yo sé trabajar. Lo hacía con gusto en Jaipur. Aquí también debe de haber algo en lo que pueda ocupar mi tiempo.

Katerina dejó a un lado la labor que había empezado a tejer ya en el viaje de vuelta. Las agujas largas y brillantes se enredaban en un hilo crema que brillaba al moverse con una rapidez insospechada, solo propia de un embrujo.

—Desearía ayudar, no quiero vivir en esta casa sin demostrarte mi gratitud. Con mi trabajo, contribuiré a llenar la despensa, al menos.

—Te honra tu intención. Pero la despensa ya está llena. En este país, las niñas de familias como la nuestra solo se educan y se preparan para ser buenas esposas y madres, y muy pocas se dedican a otra cosa, aunque tal vez tú lo deseas, cuando te llegue el momento.

—Pero yo quiero trabajar. Siempre lo he hecho. Es mi obligación.

—Aquí tienes otras obligaciones. De hecho, creo que debemos ir solucionando otra cuestión muy importante. Hace tiempo que lo pienso. En primer lugar, está lo de leer y escribir. Con tu edad, los niños aquí ya saben. Yo no te he visto hacerlo, ¿te enseñó tu abuela?

Recordé de sopetón las numerosas tardes que pasé junto a Asha intentando identificar y repetir esos signos tan extraños. «Tienes que aprender rápido, mi pequeña mochuela blanca, que para saber contar lo que vendes y lo que compras, hay que conocer los números y las letras, y también te valdrán para mucho más, aunque ahora no lo creas», me animaba cuando me quejaba. Asha me hacía repetirlos muchas veces con tizas de colores en la tabla de madera, como ella había aprendido en la escuela, junto a sus hermanas. De niñas, habían disfrutado de una vida mucho más relajada gracias a que sus padres habían hecho dinero con la profesión de talladores, que, de todas ellas, solo Neeja prosiguió. Aunque las vacas habían adelgazado por culpa de sus bodas, demasiadas para su bolsillo. Al recordar a Asha y sus enseñanzas, volví a sentir el dolor en mis dedos mientras intentaba copiar esos dibujos diferentes. Pero cuando lo logré, me sentí muy satisfecha: podía hacer algo de lo que ninguna de mis hermanas era capaz, ni tan siquiera Rahul lo hacía tan bien como yo.

—Sí, sí que sé. En inglés, en sánscrito y en urdu.

Respondí con el orgullo reflejado en mis ojos como el rayo de sol reverbera sobre la escarcha.

—Bien, pues entonces debemos avanzar. Ya conoces el inglés, aunque tenemos que trabajar para mejorar el acento, pero debes aprender checo. Estamos decidiendo el colegio al que llevarte. El *Gymnasium* alemán no me convence. Es un idioma demasiado brusco para empezar. Quizás el Liceo francés. Allí aprenderías ese idioma, pero la mayor parte de los niños hablarán en alemán y en checo, y también terminarás conociéndolos. Yo puedo ayudarte antes de que empieces. Y con Fernando, Gabriel habla a menudo en español, para no olvidarlo. No puedes estar toda la vida sin ir a la escuela.

—¿Al colegio? —Sonreí.

—Sí, claro, al colegio. Aquí todos los niños estudian. Aprenden a leer y a escribir y muchas otras cosas muy útiles. Aunque también está la cuestión de la religión. Ya te intenté explicar algo de nuestras creencias, que se parecen tan poco a las tuyas, creo que en eso hemos relajado un poco las costumbres, ya me entiendes..., o no, en fin, lo que quería decirte es que tendrás que tener sumo cuidado para intentar parecerte a los demás y no destacar, y eso quizás te resulte difícil en ocasiones. A mí no me importaría que instalaras un pequeño altar en tu habitación, como el que me contaba Noa que tenías en tu casa, pero fuera podría resultar peligroso y debes ser cauta, toda precaución es poca. ¿Lo comprendes, verdad?

—Yo no necesito ir al templo a rezar, *mamabís*, nosotros oramos cada día en nuestro hogar y solo en ocasiones muy especiales acudimos al templo. Si eso te preocupa, no debes sentirte mal, no lo echaré de menos. Aunque te lo agradezco mucho.

—Mucho mejor así. Es por tu bien, si alguien se enterara de lo que hicimos, no sé bien lo que podría pasarnos. Aunque por nada del mundo me gustaría que perdieras tus raíces, eso no pasará mientras vivas en esta casa, siempre serás lo que eres, Lila. Pero hemos de ir con mucho cuidado. Y está decidido, esperaremos un poco para empezar el colegio, a que conozcas algo de francés. Eres muy lista, ¡verás qué rápido aprendes y qué pronto podrás conocer a más niños y se animará esa carita preciosa!

Katerina me abrazó. Había empezado a llorar y no quería que yo la viera. Me mantuvo un rato así, con los brazos alrededor de mi cuerpo, sujetándome con fuerza mientras intentaba apartar de su mente la cara de su hija, su olor, su voz, esa cantarina voz que resonaba dentro de su cabeza sin parar cada vez que pensaba en ella, cada vez que me veía y, sin poderlo remediar, mi rostro infantil, mi pequeño cuerpo aún sin hacer, mis manitas tiernas que se aferraban a ella se la recordaban. Fernando tenía razón: traerme había sido un acto impulsivo del que no tenía derecho a arrepentirse, pero que la estaba martirizando. Y eso la hacía muy desgraciada, pero también, inexplicablemente, muy feliz, en un absurdo sentimiento que no era capaz de entender ni de refrenar, pero que a veces intuía que le había salvado la vida.

Entonces me solté y se secó las lágrimas con disimulo; me tomó las manos y me las besó. La gratitud tenía el cuerpo de los *Mahadevas*, los grandes seres de luz. Le sonreí; aún no tenía el aliento y la sabiduría suficientes para intuir en ella todos y cada uno de sus pensamientos o su sentir, pero adiviné que sufría y quise aproximarme a ella. Su rostro hermoso era el de la gracia de Dios, iluminado y revelado; Katerina volvió a abrazarme. Yo era todavía una pequeña flor cerrada, clara, de débil aroma, trémula; pero crecía fuerte y, en pocos meses, mis pétalos habían adquirido brillo y esbeltez, los del capullo a punto de abrirse; y mi tallo se había vuelto espigado y vigoroso. Era una rosa hindú, una preciosa rosa hindú.

Me había fijado en Mariana y en Lenka desde el primer día. Para superar mi miedo, solo fingí que no era yo; con mi cartera al hombro, mi pizarra y mi plumier recién comprados en una pequeña tienda de un callejón de la Staré Mesto, había entrado en el aula del colegio de la calle Stepanska, la de las esquinas redondeadas y los tejados rojos terminados en largas agujas que cosquilleaban la panza de las nubes, mirando todo el tiempo al frente, sin fijarme en nadie. Y simplemente creí, poniendo todo mi empeño, que de verdad me había convertido en Noa. Dio resultado. Los niños me miraban, pero no porque no pareciera una más: me había incorporado a las clases cinco meses después de que hubieran empezado y todos llevaban mucho tiempo preguntándose cuál era la razón de que la hermana de Gabriel, el nuevo del último curso al que muchos ya conocían de las horas de patio y, sobre todo, del campeonato de ajedrez en el que había destacado como favorito en pocas partidas, no asistiera a la escuela. Algunos se habían atrevido a preguntarle, aunque su respuesta siempre había sido la misma: «Dejadme en paz, yo no tengo ninguna hermana». Sin

embargo, ellos sabían que si porque me habían visto ir a recogerlo al finalizar las clases de la mano de nuestros padres. Esa niña de pelo oscuro y ojos muy verdes, que no se parecía en nada a su hermano, tan rubio como la estela de una estrella fugaz y de ojos grises como los cráteres del dorso de la luna, que no hablaba con nadie y siempre miraba al suelo, había aparecido por fin y un suceso así daba para mucho tras las gruesas paredes del anodino colegio.

Cuando me senté en mi pupitre, muy cerca del escritorio de la maestra, ella me presentó con una frase corta y nada esperanzadora: «Esta es Noa. Trátadla como os gustaría que os trataran a vosotros». Entonces me esforcé por ver dentro de mis compañeros, en orden de cercanía, respirando despacio, inhalando el aire y exhalándolo al ritmo al que mi corazón tendría que acostumbrarse a palpar. La primera niña que me llamó la atención tenía su sitio justo delante de mí, era delgada y parecía muy alta a pesar de estar sentada, su piel era más clara incluso que la de la mayoría de sus pálidos compañeros que me miraban casi sin pestañear y su larga coleta rubia me recordó a las crines de los caballos blancos sobre los que desfilaban los soldados del maharajá en la fiesta de *Diwali*. Su mirada curiosa me atrajo sin remedio y tuve la certeza de que nos haríamos amigas.

También me fijé en Mariana, que me observaba sin disimulo. Llevaba largos tirabuzones recogidos en dos coletas anudadas con lazos azules como el cielo de Siddharta, aunque solo a primeras horas de la mañana; después del recreo, los nudos se le habían deshecho y las tiras de seda estaban ya guardadas en lo más hondo de la cartera. Me pasé mirándola casi toda la hora; mientras la profesora hablaba sin cesar de cosas que yo aún no entendía, ella trazaba dibujos en un cuaderno de tapas duras de color amarillo. Al levantarme para salir al patio, pude ver que había estado dibujando a todos los que nos encontrábamos suficientemente cerca: yo, la profesora, su compañera de pupitre; incluso un pájaro posado en el alféizar.

Y todos los alumnos vestían uniforme, pero a ella le quedaba mejor que a los demás, según el criterio que Katerina me había explicado que cuantificaba esas cosas y que yo debía intentar imitar: al andar, las tablas de su falda no se le doblaban jamás, la espalda bien erguida no dejaba que los tirantes resbalaran, la blusa blanca de nido de abeja hacía destacar la suavidad de su cara y de su cuello, y resaltaba al mismo tiempo el color diferente de su piel. Pero no me gustó por todo eso. Mariana no hablaba con nadie, ni siquiera cuando la maestra le preguntaba la lección o le exigía, inútilmente, que siguiera su turno en la lectura; tampoco cuando otras niñas, al principio, se le acercaban. Y eso habría sido normal, como todo el mundo sabía, si la pobre hubiera sido muda, pero la profesora a menudo se veía obligada a suspenderla —muy a su pesar, dado que obtenía siempre las mejores notas de la clase— porque estaba convencida de que era capaz de leer lo que escribía y de contestar a sus preguntas. Yo adiviné cuál era su problema y me puse enseguida de su lado. En cuanto nos encontramos en el patio, me acerqué a ella.

—Me llamo Noa, aunque tú puedes llamarme Lila, solo tú, y solo si estamos a solas. Sé que no vas a llamarme, por lo menos por ahora, pero cuando lo hagas podrás elegir mi nombre. Si tú quieres, seremos amigas.

Mariana me miró, parpadeó como si sus pestañas tuvieran prisa, sonrió y se sentó junto a mí. Despacio, terminó de comerse la manzana que su padre le había metido en la bolsa para el desayuno. El aroma a almendros en flor se asomaba por encima de los muros y se había extendido por todo el patio. La otra niña, la rubia de pelo como crines de caballo, se sentó junto a nosotras y se presentó sin esperar a que fuéramos a buscarla:

—Me llamo Lenka y soy polaca. Mi padre es marchante de arte y no paramos de viajar.

—Yo soy Noa y soy india, pero lo mío es un secreto, así que debe de ser peor que lo tuyo. Y te lo cuento porque sé que puedo confiar en ti, igual que en Mariana. Vamos a ser las mejores amigas.

Pasaron así muchas otras mañanas. Cuando sonaba la campana, todos los alumnos salían en tropel hacia el patio cercado por altas verjas que rodeaba el edificio de ladrillos grises donde se impartían las clases. Los castaños habían crecido tanto que ya impedían ver los tejados al otro lado del río. Pero nosotras siempre esperábamos sentadas en los pupitres y, solo cuando todos se habían ido, nos levantábamos y nos dirigíamos con calma a nuestro banco. Lenka y yo hablábamos mucho y Mariana escuchaba; las tres descubrimos pronto lo divertido que era tener en común saberse especiales. A veces, yo le contaba cosas a Mariana que no le había confesado a nadie: le expliqué de dónde venía, cómo era mi país, cómo había vivido; le conté cómo era mi abuela y que podía hablar con ella y con mi madre, cómo había trabajado desde siempre en el bazar y cuál era mi comida favorita; le conté que Asha me había dicho que era bruja, aunque todavía no sabía demasiado bien qué podía hacer con mi magia. Y le conté que las niñas hindúes eran ratones que a veces se casaban con elefantes gordos.

Mariana, al escuchar esta historia, me besó muchas veces las manos, con lágrimas en los ojos, y luego se abrazó a mí durante mucho rato. Le expliqué también incluso cómo había conocido a Noa y cómo había llegado a Praga. Y mi amiga siempre me prestaba atención, pero jamás me respondía. Sin embargo, una mañana en que el sol salió más brillante y las flores de los parterres del parque de Karlovo Námetstí junto al colegio empezaron a pintar de colores la luz del mediodía, quise contarle algo aún más especial. Nos habíamos sentado en nuestro banco mientras Lenka jugueteaba cerca haciendo figuras nerviosas con un lazo de raso atado a una vara.

—Ya sé por qué murió mi madre, Mariana.

Mi amiga terminó de masticar el trozo de manzana con parsimonia, colocó las manos sobre el regazo y asintió con la cabeza.

—Mi abuela Asha me lo advirtió, pero yo no sabía lo que quería decirme. Ahora ya lo sé. Barathi incumplió la Ley Universal, la Ley de la Naturaleza y del Tiempo. Hizo algo que ninguna bruja de la luna plateada puede hacer sin arriesgarse a las consecuencias y fue castigada. —Comencé a llorar. Una sonrisa tenue asomaba en mis labios, pero las lágrimas me caían despacio por las mejillas. Mariana me abrazó. —Ninguna bruja de la luna plateada puede ser castigada mientras lleve una vida dentro. Cuando nací, ella ya pudo sufrir el castigo y entonces pagó con su muerte lo que había hecho mal.

—¿Cómo lo sabes?

La voz de Mariana era dulce, aunque enérgica, como la del mi sostenido de una viola antigua. Me alegré de escucharla por primera vez y dejé de llorar. La abracé tan fuerte que tosió.

—Me lo ha dicho mi abuela Asha esta noche —le respondí cuando se calmó.

—¿Y por qué te lo cuenta ahora?

—Dice que debo saberlo ya, que es el momento. Ya me voy haciendo mayor.

—Pues vaya, también a ti te pasa, que somos mayores cuando los mayores quieren. ¿Y qué hizo tu madre tan espantoso como para que tuviera que morir por ello?

¿Era como Jesucristo?

—Solo era Barathi. Solo era mi madre. Y no tengo ni idea de cuándo conseguiré averiguar qué fue lo que hizo.

—¿Cuántas leyes tiene tu magia?

—Muchas, pero nadie las conoce todas. Y no siempre se castiga a quien las incumple.

—Pues qué cosa más rara, ¿no hay algo así como los Diez Mandamientos?

—Que yo sepa, no. La magia no está escrita, no es religión, es fuerza. No tengo ni idea de qué significa eso, solo lo sé. A veces me despierto sabiendo algo que el día anterior no sabía. Es difícil de explicar. Mi abuela no me lo cuenta todo. Siempre dice que tengo que aprenderlo por mí misma. Que tengo que elegir yo.

—Pues es muy raro. O sea, que no conoces bien las reglas, pero si te saltas alguna, puedes morir como tu madre.

—Sí.

—No me gustaría ser bruja.

—A mí tampoco me gusta. Ojalá mi abuela se haya equivocado y no lo sea de verdad. Ella ayudaba a la gente, muchos venían a verla para eso, para que les curara o les dijera cómo podían resolver un problema. Supongo que tenía más poderes y yo no lo sabía. Para mí era lo normal. Aunque yo no he hecho nunca nada como ella. Y muchos le tenían miedo. Tenías que haber visto la cara de Sagar y del marido de mi hermana cuando los amenacé. ¡Creyeron que yo podría hacerles daño! Saber algunas cosas antes que otros está bien, ver dentro de las personas, imaginar cómo son, lo que les ocurre..., todo eso sí me gusta, pero ¡morir como mi madre! ¿Cómo me va a gustar? Lo malo es que no puedo elegir.

Los pétalos de algunas flores se perseguían en remolinos blanquecinos alrededor de la estatuilla del viejo libertador, recién instalada, que vigilaba nuestros juegos desde la entrada. Olía a calma y a dulce de pistacho.

—Claro que puedes, no sigas pensando siempre en los demás. En tu hermano, en tu madre, en tu padre. En nosotras. Casi nadie piensa tanto en los otros como tú.

—Para ser así no hace falta ser bruja.

—¿Cómo te sientes siendo tan distinta a todos, Lila? Eres tan diferente que hasta tienes fantasmas con los que hablar. Mi madre no me habla tanto ni estando viva.

—En el fondo, no hay tantas diferencias. Solo hay dos tipos de personas: las que hacen cosas buenas y las que hacen cosas malas. Lo más difícil es saber quién es

quién. Pero tú, Lenka y yo somos de la misma clase, así que no hay de qué preocuparse.

—Y ¿tú sabes diferenciarlos siempre?

—No, creo que nadie sabe. Si no, no pasaría nunca nada malo, ¿no crees?

A partir de ese día, Mariana siguió hablando. Cuando ella o Lenka no sabían bien de qué tipo era una niña que se les había acercado por primera vez, me miraban y yo, casi siempre, les hacía una de las dos señas que indicaban si podían dejarla jugar o no. Al principio, solo me hablaba a mí y a la maestra, que agradeció mucho poder comprobar por fin que su alumna más brillante no era muda, pero luego, poco a poco, siguió hablando a todos aquellos a los que yo daba el visto bueno. A veces, dudaba y entonces clasificábamos al sujeto en la clase de los buenos, por si acaso, porque así era más fácil darle una oportunidad y que realmente lo fuera. Otro día, Lenka me preguntó:

—Y tú, ¿por qué sabes eso de las personas? ¿Cómo sabes cómo somos?

—Todo el mundo lo sabe. Pero muchos no se escuchan porque no quieren. Es muy difícil seguir tu camino, mucho más difícil que dejarte llevar.

Pero ¿sería de verdad como creía? Yo lo intuía desde muy pequeña, mientras observaba a Asha y a Neeja. Las dos hermanas que no habían querido seguir siéndolo, que habían muerto sin hacer las paces, que habían seguido caminos diferentes porque ambas lo habían deseado. A pesar de haber nacido bajo la misma estrella, de haber crecido en la misma chabola, de creer en los mismos dioses, una había sido amada y la otra odiada, una había elegido vivir en la luz y la otra en las tinieblas. Yo había presentido desde siempre la razón de esa diferencia, aunque no había podido conocer su razón hasta que Asha me contó por fin su historia. Lo que no había querido explicarme cuando vivía con ella, me lo había revelado una vez muerta. Contarle ese misterio a Mariana la había ayudado a salir de su silencio. Porque algunas personas se sentían mejor en el lado de los buenos y mi amiga no se pasaría nunca al otro.

Me lo demostró por primera vez una tarde al salir de la escuela. A menudo paseábamos juntas hasta más allá de la Staré Mesto antes de regresar a casa; siempre nos acercábamos a saludar a la tendera de la floristería de Karlovo Náměstí, que nos regalaba una flor de temporada a cada una. Solíamos apostar a reconocerlas, aunque fallábamos casi siempre a pesar de las minuciosas explicaciones de la amable señora. A veces, a cambio, le llevábamos algunos encargos, cuando no teníamos que desviarnos. Gabriel nunca me esperaba, salía del colegio acompañado por muchos de sus compañeros y echaba a correr, no fuera a tropezarse conmigo.

Pero esa ocasión fue diferente. El olor de las cenas ya se esparcía entre las callejuelas, la sempiterna col entre blancuzca y verde alga que los checoslovacos añadían a casi todas las comidas hervía sin cesar en las ollas de cobre de todas las cocinas. Su belleza anaranjada me recordaba a los brillos de Jaipur. Pero el olor, el sabor y el color de los *knedlíky* no se parecían en nada a los de las añoradas recetas de Asha, y esas albóndigas extrañas no mejoraban mucho ni con el jabalí, el conejo o el pato; ni con las lonchas de cerdo con puré de castañas, la carpa o trucha en Navidad; ni con las setas con zarzamoras o la compota de arándanos. Hacía tiempo que había dejado de ser vegetariana, me habían podido las miradas reprobatorias de Fernando cuando Katerina me servía solo legumbres, frutas y verduras: «Esta niña necesita proteínas, se va a quedar así de escuchimizada, cariño, si sigues mimándola tanto. Ya no estamos en la India, debe acostumbrarse». Y yo, que tampoco había engullido nunca como una pantera, seguí haciéndolo como un pajarito, pero empecé a picotear de las carnes y los embutidos y así todos estuvieron contentos. Aunque los *knedlíky* seguían atormentando mi estómago y mi nariz.

Cuando pasamos por delante del edificio del número 40, cerré los ojos; aun así, en los ventanales de la hermosa fachada rosada en la esquina con U Nemocnice, vi pasearse a aquel sabio alemán que quiso vender su alma al diablo a cambio de que le revelara el secreto de la inmortalidad. El diablo lo engañó; para eso era diablo. Bien sabía yo que el sabio murió y, sobre todo, cuán espantosa fue su muerte para él, que aún cobijaba la esperanza de sortearla. Y no podía evitar temblar al recordarlo. Mis amigas adivinaron que estaba sufriendo otra vez al recrear en mi mente esa imagen y me colocaron entre ambas y me agarraron fuerte, cada una de un brazo. El tacto suave y cálido de sus largos dedos aferrándose a los míos me reconfortó, así como saber que los fantasmas solo atravesaban a este mundo si desde aquí se estaba dispuesto a recibirlos.

—Tranquila, hemos dejado atrás la casa Fausto. Ya puedes abrir los ojos.

Sin embargo, incluso protegida por su cariño, yo seguía sintiendo a algunos de los que habían sido los habitantes de esa fabulosa casa: los exquisitos príncipes de Opava, amantes de las ciencias naturales y de la cábala; el boticario y notario inglés Kelley, quien, invitado por su compatriota Dee, matemático, astrólogo y ocultista, convencieron al emperador Rodolfo II de que les sufragara la investigación para revelarle sus secretos de alquimia y magia. El monarca, cansado de esperar sin obtener resultados, se enfadó tanto cuando sus esfuerzos y su dinero se desperdiciaron en vano que hizo que acusaran a Kelley de practicar la magia negra, y allá que encarcelaron, torturaron y hasta llegaron a cortar una oreja, cual vil ratero, al inglés. Al contrario de lo que había temido cuando vi por primera vez a uno de esos espíritus ajenos y se lo conté a mis amigas, yo no podía ver a todas las almas que murieron en los lugares por los que pasaba, solo quizás a las que en vida se creyeron superiores. Ni la muerte había conseguido rebajarles las ínfulas.

Aquella tarde, al doblar la esquina, nos topamos con Gabriel y los demás. Habían dejado las carteras amontonadas a un lado de la calle y jugaban con las canicas arrastrando medio cuerpo por la arena. Pasamos delante como si no los hubiéramos reconocido.

—Mira, tu hermana. ¿No vas a irte con ella? Tendrás que acompañarla a casa.

Gabriel levantó la cabeza del suelo y apenas miró a quien le hablaba, pero aun así vio su sonrisa burlona: Rafael era el más alto de la clase y su oponente más furibundo en el ajedrez. Además le sacaba una cabeza y media espalda, corría mucho más rápido que él y, por desgracia, lo sabía muy bien.

—Ya os he dicho muchas veces que no tengo ninguna hermana. Esa es un bicho raro que no tiene nada que ver conmigo.

Los chicos se rieron y siguieron jugando. No era el único que renegaba así de su sangre.

—Ya, entonces ¿por qué vive en tu casa con tus padres? Ese bicho raro no será tu novia, ¿no?

Rafael se había plantado frente a nosotras con los brazos cruzados ante el pecho y las piernas entreabiertas. Solo su presencia bastaba para descartar toda escapatoria. Pero yo lo rodeé y seguí caminando. Él me tiró de una trenza. Gabriel lo vio desde el suelo y bajó de nuevo la vista. Siguió midiendo el espacio que su canica necesitaba para darle a la que se encontraba más cerca del agujero. Me volví hacia Rafael.

—Déjanos en paz. No te hemos hecho nada.

—Tu hermano dice que eres un bicho raro. Solo quería comprobar si eras un bicho de verdad.

—Pues preguntámelo, sería más fácil saberlo así, ¿no crees?

—¿Eres un bicho raro?

—Soy igual que tú. Ni más ni menos.

Los demás rieron a carcajadas. Rafael me dio un empujón y mis manos y mis rodillas se estamparon contra el suelo. Sonó como el crujir de la pita al trenzar un cesto. Mil avispas me aguijonearon a la vez. No lloré. Gabriel continuó chocando las pequeñas bolas. La azul le había dado un tremendo golpe a la amarilla y ambas habían entrado en el agujero: doble puntuación; había conseguido carambola. Lenka y Mariana me ayudaron a levantarme, pero Rafael se volvió a colocar delante.

—Creo que Gabriel dice la verdad y que tú no eres su hermana. Si fueras mi hermana, yo no permitiría que nadie te hiciera esto. ¿Quién eres entonces?

—Y tú eres idiota, Rafael. Siempre lo has sido, aunque te creas muy listo y, por desgracia, seas mi hermano. —Mariana se había situado frente a él y lo miraba desde sus muchas pulgadas menos de altura. Pero su voz resonaba fuerte y armoniosa, como un *sitar* recién afinado.

—¡Mariana! Vámonos, no merece la pena. No le hagas caso. —Lenka estaba temblando. No era la única.

—Déjame, tengo que decirselo. Si alguien le hubiera dicho antes que es tonto y que no por pegar a los demás va a ser menos tonto, sino al contrario, quizás dejaría de serlo. Pero todos lo temen. No tiene amigos, solo lo siguen porque es fuerte y rápido, pero algún día alguien lo vencerá y entonces se quedará solo.

—Tú sí que eres tonta, Mariana, y aunque seas mi hermana, te daré una paliza. Era mejor cuando no hablabas. Ahora dices muchas estupideces. Claro que tengo amigos. Muchos, todos estos.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Estás seguro? ¿Cuántos de ellos te invitan a su casa a jugar o a merendar? ¿Cuántos te llaman cuando bajan a bañarse al río en verano? ¿Cuántos te han ayudado a entender algún problema de matemáticas o te han dejado copiar sus tareas sin que los amenazas? Cuando eliges, te pones en un lado. Y en tu lado, estás muy solo.

Me coloqué junto a Mariana y la tomé de la mano. Enseguida se nos unió Lenka. Continué lo que Mariana había comenzado:

—Déjanos en paz. No te hemos hecho nada. Pero si quieres pegarnos, aquí estamos. No vamos a defendernos.

—«No vamos a defendernos, no vamos a defendernos...» Pero... ¿tú estás loca? Si le hubiera dado por atizarnos, ¡nos habría hecho pedazos!

Lenka casi gritaba. Sus ojos brillaban y la emoción le había reseca la lengua hasta sentirla como el papel de estraza con que la tendera le envolvía el pescado a su madre y, debajo de la trenca, sentía su menudo cuerpo empapado de sudor. Reíamos a carcajadas mientras corríamos camino de nuestras casas por la calle Jecná, nerviosas pero contentas de haber salido indemnes y, mucho más, de haberlo hecho juntas. No percibíamos el frío que descendía hacia la tierra ni la caída de la noche inmensa ni las miradas de los que espiaban nuestra felicidad.

—Bueno, es un truco que conocí en mi país, lo usaban muchos para fastidiar a los *ingrese*. Se lo inventó un gran hombre que se llamaba Gandhi. No siempre da resultado, pero de todos modos ¿podríamos haber hecho algo más para evitar que nos sacudiera?

Pero yo ocultaba un pesar que no deseaba compartir con ellas: me había equivocado. Estaba empezando a creer que Gabriel había comenzado a aceptarme y sin embargo... Ahora no podía quitarme de la mente su mirada displicente y su menosprecio. Pero me callé y me abracé a ellas. Ese era el mejor modo de celebrar nuestra pequeña gran victoria. Ese, y la gran chocolatina que la dependienta de la bombonería Rupa en la que entrábamos a menudo, muchas más veces a mirar que a comprar, nos dio a cada una a cambio de un beso y tres chelines, que era todo lo que a Lenka le quedaba de la paga de los domingos. Nunca habíamos saboreado un chocolate como aquel, aunque jamás llegaríamos a saber si había sido porque era el mejor que probaríamos en nuestra vida o porque las victorias siempre dulcifican los sentidos.

A menudo, Katerina se sentaba en el butacón de capitoné gris y seguía tejiendo. Después de la primera prenda, algo parecido a un jersey de lana azul, habían surgido de entre sus manos muchas otras: una bufanda verde mar, larga como una colcha; unos calcetines rojos tan grandes que al final sirvieron como calzones; unos guantes, de los cuales uno había resultado tener, por un misterio inescrutible y vil, seis dedos y el otro tan solo cuatro. La que llevaba tejiendo desde hacía meses era una aspirante a manta a cuadros amarillos y anaranjados que nadie sabía cómo llegaría a encajar con las tapicerías, aunque todos nos cuidábamos mucho de decirlo en alto. Yo me había acostumbrado a ver a mi madre de este mundo encogida sobre el sillón, con su gruesa chaqueta de paño gris marengo, la falda hasta los pies, sus rubios rizos aplastados en un moño, el rostro amarillento por la luz tenue de la lamparilla y la labor cayendo en una cesta de mimbre similar a la que usaban en mi aldea para llevar comida o boñigas. Esa imagen de una Katerina desvaída había sustituido a la de la mujer resuelta y real que había conocido en la India.

A veces me quedaba medio oculta tras la puerta observándola. ¿Adónde se había ido? ¿Cómo había sucedido el fenómeno contrario al natural? Lo normal era que el alma reviviera en otro cuerpo cuando el original se había consumido en sus cenizas, pero la sustancia de Katerina seguía allí, y yo podía verla y hasta tocarla si me hubiera atrevido, y era su espíritu el que había huido. Aquella mujer que me gustaba tanto, vivaracha, alegre, siempre moviéndose de un lado para otro como una gacela de cuernos blancos, se había quedado en algún lugar de Jaipur y solo había regresado la materia que la contenía.

Y había cumplido la promesa de no volver a tocar, pero no pudo deshacerse del piano. Del violonchelo era mucho más fácil: lo había subido al desván y allí estaba, desafiándose con la humedad, triste sin volver a sonar. Pero el piano era demasiado grande y no había sido capaz de hacer que se lo llevaran. Ese bellissimo instrumento, altivo y zalamero como una yegua alazán, escondía entre sus teclas y sus cuerdas la memoria de demasiadas sonatas y bemoles; seguía allí, en la sala de al lado, pero callaba como los muertos que se resistían a volver y vagaban por el *Antarloka*, el mundo del medio, el plano sutil o astral, esperando a su siguiente reencarnación si no habían acumulado un mal karma que tuvieran que neutralizar en el infierno *Naraka*. La única nota que yo había escuchado brotar de él fue la que emitió al limpiarlo Erik, el fornido alemán sin pelo que vivía en la casita del fondo del patio y ejercía de mayordomo, jardinero, chófer y hasta cocinero en ocasiones. ¿Cómo podía un hombre calvo tener las cejas tan rubias y pobladas? Al conocerlo, lo miré muy seria. Él se acarició la cabeza desnuda, me rebautizó como la «dulce señorita» y me ofreció una flor. Desde entonces, se me iluminaba el rostro al verlo y él guardaba para mí un caramelo, un poco de la mermelada que acababa de preparar con los frutos de temporada o el capullo más bonito que creciera en el jardín.

Erik odiaba poner a punto el piano: siempre temía romper alguna de sus cientos de piezas especiales y carísimas. Sin embargo lo hacía con mucho mimo, como se limpia aquello que se sabe que alguna vez volverá a tener utilidad o se alberga el deseo íntimo de que eso suceda. Él no podía resignarse a que jamás volviera a sonar. Pero yo sabía que sí sonaría y, a veces, colocaba encima de él una guirnalda de las flores amarillas o naranjas que trenzaba igual que hacía con mi *dadi* en la India, y se les ofrecía como a la diosa Kali antes de rezarle su oración.

También me había acostumbrado a orar siguiendo mi propio ritual. Allí no había incienso, no había tierra sagrada ni las mismas flores, no había altar, no había fuego ni *akhasa* ni *moksha*. Nadie creía en el reino de la oscuridad, en los mundos más bajos, en el infame lugar donde las almas aún novicias y los demonios transitan hasta que sus karmas se resuelven. Fue justo en ese mundo de incrédulos, agnósticos, católicos, protestantes y judíos donde me percaté de que las diosas de mi casa, en las que realmente quería creer, acudían a mí si las llamaba y, sin embargo, y a hacía mucho que había desistido de contarle a Katerina mi secreto, cómo hacía para volver a ver y a percibir cerca a mis seres queridos muertos. Ella no quería escucharme. Asha me lo había advertido: si ellos no desean reunirse con los que les hablan desde el otro lado, estos jamás invadirán con sus cuerpos astrales el *Antarloka*, ni se les presentarán en sueños ni mucho menos en el mundo físico. Tampoco había logrado acercarme a Fernando. Él no se había aficionado a una nueva pasión, como la de jugar al ajedrez o pintar cuadros, e incluso había abandonado la caza y hasta la lectura; solo se dejaba caer en el butacón al lado de Katerina y, mientras ella seguía tejiendo, perdía la vista al otro lado del jardín, en algún lugar comprendido entre los árboles y el cielo. Yo no era capaz de conocer sus pensamientos, aunque intuía que su hija ocupaba buena parte de ellos. A veces, la fotografía elegida para el día asomaba en su bolsillo y Noa le sonreía inmutable desde allí.

Todas las noches, después de cenar en silencio, Gabriel besaba a su padre y Katerina lo acompañaba a su habitación, aunque el niño siempre se resistía, y después repetía las mismas acciones: se aseguraba de que las ventanas estuvieran bien cerradas y de que se hubiera arropado, y le llenaba un vaso de agua, lo abrazaba fuerte y se despedía de él con un beso tierno en las mejillas, que el chico ya había vuelto a tolerar, y entonces pasaba a mi dormitorio y seguía el mismo ritual, me besaba con la misma dulzura que a su hijo y me daba las buenas noches antes de apagar la luz y salir. Katerina se dirigiría entonces a su habitación. La escuchaba abrir el grifo de su baño y asearse, lavarse los dientes, dejar correr el agua de la cisterna y cerrar con cuidado la puerta antes de acostarse. Fernando seguía mucho tiempo más en el salón, sin hacer ni un ruido, esperando no se sabía qué, con las manos entrelazadas y la vista enajenada, sintiéndose atrapado en una parte de sí mismo que no sabía ni quería compartir.

Sin embargo, otras veces parecía que se diluyera de algún modo el recuerdo de Noa y, por unos momentos, el resplandor de la esperanza inundaba las estancias de la casa y a sus habitantes. Katerina recobraba el brillo de sus ojos y la suavidad de su rostro, se aplicaba un poco de color en las mejillas y en los labios, se soltaba el pelo y se peinaba como antes. Durante unas horas jubilosas, volvía a ser ella, recuperaba también su esencia y contagiaba sin remedio a su marido, cuando lo recibía al volver del trabajo con un beso que a mí me parecía más sabroso, más largo, más indulgente. Un beso de adultos de los que jamás había visto hasta que ellos me los mostraron y que me dejaban la sensación de estar contemplando algo privado e indebido. Y hasta Gabriel parecía mirar a su madre de otro modo y pasarle el pan en la comida sin desear que se le atragantara.

En una de esas ocasiones, Katerina había preparado una cena especial, la carne de pavo con puré de moras favorita de su hijo, y todos habíamos charlado sobre las mismas cosas que las familias normales: el trabajo de Fernando, mis amigas, las calificaciones del colegio, la tarde que había pasado mi madre de este mundo. Yo retiré los platos mientras Gabriel arrojaba algunos troncos más a la chimenea. Katerina y Fernando se sentaron juntos en el sillón grande, el más cercano al calor de las llamas, y se dieron la mano; él la miraba, ella lo buscaba; ambos sonreían al hablar, reían a la vez, aproximaban sus rostros cada vez un poco más, hasta que se llegaban a rozar, la piel y la otra piel. Cuando llegó la hora de irse a dormir, ella se levantó y le preguntó si esa noche se acostaría temprano. Fernando solo negó con la cabeza antes de que ella se fuera a su habitación de nuevo sin su marido y volviera a ponerse en marcha la dolorosa rueda de la memoria y la soledad. Entonces recordé la primera vez que mi abuela se me apareció, el día en que enterramos la muñeca de Noa, y entendí por fin lo que me había dicho: «Tienes que ayudarlos a olvidar. Las personas felices son las que perdonan y olvidan, las que son capaces de seguir sin recordar lo que les hizo mal. Pero ellos ahora no se perdonan a sí mismos. Tienes que ayudarlos». Y supe de pronto lo que debía hacer.

Al día siguiente, al concluir las clases de la tarde, en lugar de seguir el camino de siempre, me dirigí hacia el lado contrario.

—Vamos por aquí. Hoy tenéis que acompañarme a un sitio.

—¿Y cuál es ese sitio tan misterioso? —me preguntó Lenka.

—Ahora lo veréis. Si consigo encontrarlo.

Mis amigas intentaban seguirme el paso. El corazón les latía deprisa. Al fin haríamos algo distinto. Mariana, la más cauta, intentaba indagar en mis ojos la pista que necesitaba para atar cabos. Pero desistió pronto. Yo era siempre la más transparente, menos cuando no quería serlo.

—¿Adónde vamos? Si no nos lo dices, no podremos ayudarte —me dijo Mariana.

—A subir al tranvía. Hoy daremos un paseo muy largo.

Con pasos rápidos, dejamos atrás la calle Stepanska y llegamos a Karlovo Námeští. El parque estaba repleto de árboles altísimos y picudos que jamás había visto en la India, pero que ya echaría de menos si, por alguna razón, tuviera que abandonarlos. El invierno claudicaría pronto y su huida se adivinaba en las nuevas yemas, escondidas aún entre la escarcha. La plaza a esas horas solía estar llena de praguenses con sombrero de fieltro, guantes de piel, abrigo y caras rojas. El enorme artefacto rebufanda ya por detrás de los árboles, mientras recorría su camino hacia la parada, en paralelo a algunas facultades de la Universidad Karlova, la más antigua de Centroeuropa. Tuvimos que echar a correr para que no se nos escapara. El conductor nos miró con recelo: las niñas con uniforme no se hallaban entre sus pasajeros favoritos. Yo odiaba la plaza: sabía que en ella, hacía tantos años como los transcurridos desde que los maharajás vivían en palacios con cúpulas de oro y el viento

llevaba al pueblo sus edictos silbando sobre ondas plateadas, se encontraba el Mercado de Ganado, el más grande de la ciudad. Era Praga un lugar lleno de fantasmas y ya los conocía bien a casi todos, los de las reses y también los de los humanos. Y allí presentía en las entrañas animales el miedo atroz que les producía la anticipación de la muerte. Algunos se resistían a irse con uñas y dientes.

El tranvía giró en busca del Moldava. Me estremecí: en aquel edificio lleno de ventanales y dinteles jónicos al otro lado de la calle, varios consejeros y ediles católicos fueron arrojados desde la ventana más alta por una masa de hombres enfurecidos que sentían que su religión estaba siendo menospreciada. Sus cráneos y otros huesos algo menos valiosos se quebraron contra la tierra embarrada al pie del Viejo Ayuntamiento de la Nové Mesto. Esa sangre derramada atrajo mucha más sangre, la que se vertió en la guerra de católicos contra protestantes y sumió a Checoslovaquia en el dolor de la rebelión husita durante décadas, aunque entonces yo solo era capaz de verla y no entendiera nada sobre sus razones. Los tres triángulos de la fachada del edificio junto a la torre me recordaron el tocado picudo de la diosa Sarawasti. Pero la angustia se me pasó pronto; ya casi había aprendido a controlar esas imágenes extrañas que se adueñaban a veces de mi ser.

Dejamos atrás la iglesia de San Ignacio, con su cúpula globosa verde esmeralda, en la que el santo se reía desde lo alto a sabiendas de que ese lugar estaba reservado para sus superiores: la Virgen y su hijo resucitado. Yo ya había estudiado quiénes eran, ¡qué curioso que el dios de los católicos se encarnara en él mismo!

—¡Mirad! ¡Qué bonito el río! ¿Cuándo vendremos otra vez a patinar? Ya estoy cansada de que seáis tan miedosas. —Lenka estaba roja de emoción.

Pegamos las narices a la ventanilla. El frío del cristal no nos hizo retroceder y enseguida el vaho dibujó formas redondeadas que enmarcaban nuestras caras formando una hermosa imagen que parecía difuminada en agua de rocío. Al otro lado, por fin el tranvía había llegado a la calle paralela a las márgenes del río y se alejaba de la Nové Mesto. El Moldava seguía helado y los trineos y los patinadores lo recorrían haciendo piruetas mágicas debajo del puente de las Legiones, como dibujos de *mandalas* en círculos místicos, sin comienzo ni final. Una patinadora bajo un gorro con un enorme pompón verde se cayó al suelo y, al instante, dos niños se toparon con ella y terminaron los tres hechos un gurrullo de abrigos, piernas y patines.

—Vamos al Mercado Viejo, el del Barrio Judío. Tengo que conseguir unas cuantas cosas.

—¿Y por qué no vas con tu madre? —preguntó Lenka.

—Porque está muerta.

—¡Lila! No bromees con eso, ya sabes a lo que me refero. —Los ojos de Lenka chispeaban cuando se alteraba. Eran como pájaros jugueteando sobre el agua de un estanque.

—Porque no debe saber lo que voy a hacer. Voy a arreglar esto. Ya es hora de que alguien haga algo.

—Ya, y lo que quieres arreglar es...

—Mi familia. Ha llegado el momento. Mi *dadi* decía que todo fluye, que todo es como tiene que ser, pero muchas veces hacía lo contrario a lo que decía. Y además ella me dijo que debía hacerles olvidar. Venga, nos bajamos aquí.

El tranvía se detuvo en la plaza Smetana, la de los cuatro nombres. Yo los conocía todos; también sus historias pasadas y futuras. Aunque no podía saber si habían sido o si serían, y tampoco, a veces, ni siquiera sus razones. ¿Por qué el joven Jan se quemó ante un rey de mirada de bronce? ¿Por qué el Mozart austriaco sustituyó al Smetana eslovaco? ¿Quiénes formarían el Ejército Rojo? ¿Serían hombres o demonios? Casi siempre prefería olvidar lo que intuía y no se lo contaba a nadie, era en vano: no estaba segura de que pudiera cambiar algo. Tampoco sabía si la estatua del hermoso ángel que tanto me gustaba saldría volando por los aires cuando los hombres que visualizaba con intensidad por toda Praga, portando un símbolo muy parecido a la esvástica de las escrituras sagradas de la suerte y la reencarnación, invadieran esa plaza para usar como cuartel general la deliciosa Casa de los Artistas. Me quedé mirando al ángel: su color dorado era el del Palacio de los Vientos.

Bajamos en dos saltitos del flamante vagón de hierro pintado en verde. El ruido de sus puertas al cerrarse parecía el choque de dos *ricksaws* en una de las congestionadas calles de Jaipur: chirriante, seco, desentonado. Como de monstruos *ráksasa*, de diez cabezas y uñas venenosas, estornudando.

—Daos prisa, no podemos llegar muy tarde a casa.

Lenka me observaba enfurruñada y yo me sentía muy feliz de haberlas conocido.

—De acuerdo, os lo cuento ya: es la primera vez que voy a hacer magia.

—¿Magia? —me preguntaron las dos a la vez. Luego se llevaron las manos a la boca, se miraron y estallaron en carcajadas nerviosas.

—Pero si llevas haciéndola desde que te conocemos, a ver si no cómo conseguiste que esta empezara a hablar —respondió Lenka en un impulso.

—No os pongáis nerviosas, es magia buena. En realidad no sé si es magia o no, solo sé que funcionará. Si consigo encontrar los ingredientes que necesito. No sé ni cómo se llaman muchos aquí ni si los venderán tan lejos de la India.

—¿Y sabes si incumples alguna ley de tu magia? —me preguntó Mariana en voz baja.

—Es algo bueno para otra persona, lo que voy a hacer es solo por ellos. No puede pasarme nada.

—¿Estás segura?

No le respondí, seguí andando deprisa. La calle Siroká se adentraba en el antiquísimo Barrio Judío y se extendía en línea recta entre puntitos de luz que parpadeaban: las bajas farolas de hierro fundido, las pequeñas tiendas abiertas todavía, las ventanas encendidas en los pisos más bajos. Otros edificios aún se hallaban en ruinas: habían sido derribados para acabar con siglos de hacinamiento, suciedad y pobreza; también para que muchos ganaran dinero construyendo los nuevos. El aire frío nos erizó la piel bajo nuestras tupidas trenzas pero apenas lo sentimos: estábamos viviendo una aventura maravillosa a las orillas de un Moldava tan cercano que el olor a patatas y a castañas asadas de los puestos en el Josefov se desdibujaba en el efluvio de sus aguas.

—Espero que sepas lo que haces. Y también que no conviertas a nadie en sapo. Aunque, pensándolo bien, ¡sería muy divertido!

Mariana tuvo que contener la sonrisa mientras pensaba en la posibilidad de ver saltar por encima de las mesas a Jana, la estúpida de segundo que se comía a veces su merienda, con la piel mojada y moteada de verde, y los ojos como huevos, seguida por la mitad de sus compañeros de clase; en especial, de muchas de las chicas, todas ellas con la misma pinta de batracio.

—Lila, no irás a hacerle algo malo a tu hermano, ¿no? —me preguntó Lenka—. Ya se porta un poco mejor contigo.

—Jamás le haría mal a nadie, parece mentira que no lo sepas. Ni siquiera a Jana. Aunque a veces algunos se lo merecerían. Ahora necesito flores de cardamomo, pétalos de la flor de la pasión y una pieza de *haritaki*.

—Sí, es muy probable que aquí encuentres todo eso... ¡Lila! ¡Despierta! Que estás a miles de kilómetros de la India —objetó Lenka con ímpetu.

—Hay una tienda, camuflada como farmacia, en la que sus dueños practican artes de magia y brujería. También leen el futuro. Podrían tener algunas de esas cosas u otras que las sustituyan.

—¿Y qué harás con el no sé qué *taki* ese? ¿Se lo tienen que comer? ¡Qué asco!

Lenka puso los ojos bizcos y sacó la lengua en una mueca de repugnancia tan expresiva como era habitual en ella. Mariana se rio con ganas.

—El *haritaki* es una fruta milagrosa. Dicen que sirve para la inmortalidad. Aunque ninguna magia, por muy potente que sea, debería ir contra las Leyes de la Vida. Estamos en invierno, así que se debe mezclar con cúrcuma y flores de cardamomo. De todo eso, tengo que extraer el jugo y conseguir que los dos lo tomen por la noche, en la cena, antes de que la luna se dé la vuelta y empiece a huir. Es la mezcla del olvido, de la desmemoria, del perdón. Tendrán que olvidarse de ellos para volver a ser ellos.

—¿Estás segura, Noa?

Mariana había dejado de reír. Estaba empezando a ponerse nerviosa. Todavía recordaba el dolor en el estómago que le sobrevino a la maestra aquel día en que ella no se había sabido la lección. La pobre tuvo que salir corriendo del aula para ir al baño. Yo les juré por mi abuela y por mi madre que no había tenido nada que ver, que solo usaba mi magia para hacer el bien, nunca para dañar a otros; pero si logré que las heridas en la rodilla de Lenka cuando se cayó de la bicicleta dejaran de sangrar y le dolieran menos, ¿cómo podían ellas creer que no sería capaz de lo que estaban pensando?

—¿Y por qué solo con tus padres? —preguntó Mariana—. Si realmente quieres que olviden, ¿por qué no arreglas a los tres al mismo tiempo y santas pascuas? A Gabriel también le vendría bien olvidar, seguramente te dejaría en paz.

—Pues por eso, porque lo haría pretendiendo conseguir algo bueno para mí.

—No, si está muy claro. Lo de tus padres no es bueno para ti y lo de tu hermano sí. Y como es algo bueno para ti, no puedes hacerlo. Solo puedes usar esos

poderes mágicos que tienes para hacer cosas buenas para los demás.

—Exacto. A Katerina y Fernando solo quiero ayudarlos porque me da mucha pena que estén así, tan tristes, tan solos, tan... separados. Ya casi ni se hablan. Tendrías que haber visto lo que se querían cuando los conocí. Cómo se apoyaron el uno al otro cuando Noa murió y decidieron traerme a Europa. Se siguen queriendo mucho, aunque no se acuerdan.

—No te entiendo, ni entiendo tampoco esta magia rara tuya llena de leyes que no conoces bien y que no puedes usar para hacer cosas buenas para ti. ¿De qué te sirve entonces?

—Lenka, eso debes entenderlo tú sola. —La tomé de la mano: parecía tan distinta a como era en realidad que, en ocasiones, había que cerrar los ojos para saber verla—. Aunque recordadme algún día que os cuente la historia de mis dos abuelas, es posible que ahí tengamos la respuesta.

Mi amiga polaca presintió que necesitaba su apoyo y me apretó con fuerza la mano. Mariana se nos unió. Llegamos a la puerta del viejo Cementerio Judío. La verja chirrió cuando el cuidador pasó por décima vez un cepillo de cerdas metálicas para limpiar con agua y jabón la herrumbre. Justo enfrente, varias personas entraban en la sinagoga Pynkas. Los hombres llevaban la cabeza cubierta con la *kipá*, las mujeres miraban al suelo.

Tener una amiga como yo era divertido pero también desconcertante: ¿sería verdad que los muertos me hablaban? Lenka deseaba que le hablaran a ella, poder comunicarse con su abuela Rania y con su prima, que murió de gripe cuando las dos eran muy pequeñas. La que tenía los ojos amarillos como su padre y aún le faltaban muchos dientes, pero era capaz de roer el queso añejo que quedaba olvidado en el aparador de la casa de campo, en las montañas de Tatry. ¡Qué recuerdos más bonitos le venían a la memoria de su Polonia! A veces, Lenka seguía todas las instrucciones que yo les había dado, pero nada. Y si de verdad me hablaban los muertos, ¿conocería también sus secretos?

—Vamos, tenemos que entrar —les dije.

—¿Adónde tenemos que entrar? ¿Al cementerio? —Mariana sonrió al preguntar. Sabía la respuesta.

Pero Lenka se había separado de nosotras de un brinco. Las dos estaban dejando ya de ser niñas, aunque sus ojos eran todavía infantiles y ahora hablaban de miedo y de excitación, de compartir una correría o dejarla en el cajón de las de «No nos atrevimos».

—Te has vuelto loca —dijo Lenka—. Yo no pienso entrar ahí y menos de noche. Ya tengo bastante con mis padres, que no paran de insistir para que vaya con ellos a la sinagoga.

—De acuerdo, tú quédate aquí fuera. Mariana, ¿vienes?

—¿Lo dudas? No sé qué mosca te ha picado hoy, pero no pienso quedarme sin saberlo. Toma, Lenka, quédate con las carteras.

—¿Y vais a dejarme aquí sola? Ni hablar.

Nos dimos la mano y recorrimos agarradas la senda que marcaban las pisadas de otros muchos. En el efluvio de las tumbas había algo que me traía recuerdos de mi país en oleadas. La espiritualidad del ser. En ningún otro sitio había visto más almas; en ningún otro rincón, edificio, plaza, parque, callejón o callejuela, tienda o glorieta, en ningún otro lugar al abrigo del viento o a la luz intensa de la luna balanceándose en su cuna de noche; en ningún otro escondite o balcón de toda Praga había podido sentir con más fuerza a mi madre y a mi abuela. También a Barathi, a Bhuvi y a Bhumika; a Rahul y a Noa. Como si estuvieran allí en carne y hueso. Una parte diferenciada de sí mismos seguía meciéndose en las olas de ese espacio intangible que existía en alguna partícula del Universo.

—Lila, ¿tú sabes qué significan esas marcas?

Mariana se acercó más a una de las lápidas. Señalaba con el dedo unos dibujos tallados en la piedra inclinada en un ángulo agudo sobre otras muchas, como en un castaño crecen las setas.

—¿Marcas? —preguntó Lenka—. Dejaos de marcas y termina ya con lo que tengas que hacer aquí, por el amor de cualquiera de los dioses que queráis.

—Tranquila, Lenka, ellos son mucho menos peligrosos que nosotros. Mariana, ¿te refieres a las uvas?

—Sí, a esa especie de dibujos: leones, racimos de uvas, tijeras....

—Si así nos vamos antes... —interrumpió Lenka—. Los dibujos son símbolos de cómo era el muerto o su familia. Los racimos representan riqueza; las tijeras indicaban que eran sastres, y los leones, que el fallecido pertenecía a la familia de Judá.

—¿Y las piedrecitas? —Mariana cogió una de la tumba más cercana.

—Nosotros, al menos en mi familia, no ponemos flores en los cementerios. Dejamos piedras para recordar que el pueblo de Israel anduvo por el desierto antes de llegar a la Tierra Prometida. En ese larguísimo viaje, cuando alguien moría, los demás dejaban piedras para señalar el sitio donde le habían enterrado.

De repente, dejé de oírlos discutir y, en un instante, también de verlas. Empecé a oler a flores de agapanto; también al aroma de las plantas venenosas de *karabi*. Ni rastro de frío quedaba en mi piel, ni rastro de sensaciones físicas más allá del calor de la caricia con que mi abuela me saludaba. Oí su voz como si detrás de ella cayeran decenas de gotas de escarcha.

—*Dadi*, ¿por qué quieres que te escuche ahora?

—*Namasté*, mi pequeña mochueta blanca. No olvides tus costumbres, son parte de ti misma. Sobre todo las buenas.

—Hace tiempo que no venías a mí.

—Lo estabas haciendo muy bien, no me necesitabas.

—¿Y ahora? ¿Por qué vienes ahora? ¿No debo dejarles sin memoria? ¿Está mal? ¿No debo hacerlo?

—Yo no soy quién para dirigirte, Lila. Ya no. Ya sabes que toda magia puede tener consecuencias, no solo para ti, sino también para los otros. Siempre hay consecuencias, en un mundo, en otro o en el del medio.

—Pero yo no quiero hacer el mal.

—No es el mal o el bien, son las acciones. Ya deberías saberlo, Lila. Pero se puede decidir el camino. Siempre se puede, nada nos obliga a tomar una u otra senda. Ahora decides tú. Yo solo vengo a avisarte. Es divertido estar más allá de la vida. Aquí ya no hay reglas. Escúchame bien: debes buscar los regalos de Burbujas y de la *raní* y esconderlos en el sitio más recóndito. Nadie debe descubrirlos ni volver a verlos nunca más. Sería la ruina de aquellos que te quieren. No deben olvidar la maldición. El karma es lo que hace que las maldiciones funcionen, se crea en ellas o no. Y la de la piedra de la *raní* procede del principio de los tiempos. Es muy potente. No deben ignorarla.

—Y ¿dónde están esos regalos, *dadi*? Yo no los he visto. No sé cuáles son.

—Deja que te siga guiando tu corazón. Pero no olvides lo que te he dicho.

—¿Volverás a verme?

—¿Acaso no lo sabes?

—No quiero que te vayas. Todavía no.

—Sigue este camino, Lila, sigue el camino de tu corazón, de tu propia esencia. Todo tiene un principio y un fin, nada es infinito. Ni siquiera el ser.

Mi abuela siempre se despedía batiendo alas de libélula en mis labios y en mis mejillas. Al volver, percibí además un sabor dulce en el paladar y vi partículas de luz azul y blanca. De nuevo el frío me subió desde los pies, ese frío doloroso y húmedo de Praga que se infiltraba en la carne como el veneno de una mordedura de serpiente cascabel. Mis amigas no se habían movido del sitio. Solo había pasado abortos unos segundos.

—Bueno, vamos a dejarnos ya de tonterías, que me estoy helando, ¿vas a decirnos qué hacemos aquí o qué? ¡Lila!

Sonreí a Lenka; vi el tono índigo de la desesperación en su mirada. De momento no les contaría nada. Ellas no necesitaban saber. El aroma del agapanto se diluyó y regresó el olor a tumbas mojadas y a hojas muertas. El viento silbó su melodía fúnebre a través de las ramas. Algo se movió detrás de una estatua de lobo. Tal vez el Golem escondiéndose para escapar una vez más.

—Ya podemos irnos.

—¿Y ya está? ¿Solo es esto? —gritó Lenka—. ¿Entramos aquí, te quedas ahí atontada mirando al aire y nos vamos, así, sin más? A veces me pregunto qué hago con vosotras dos, estáis locas como cabras.

Lenka tenía las manos heladas y la nariz roja. Mariana no se resistió a mirarla. Estaba hermosísima cuando se enfadaba. Y cuando no, también; Lenka siempre le

parecía hermosísima.

—Estás con nosotras porque con las otras niñas de la clase no te diviertes tanto —le respondí— y porque somos tus mejores amigas, Lenka. Y también porque nos queremos. ¡A ver quién se queda aquí la última!

A todo correr abandonamos el cementerio, las carteras colgadas en bandolera nos rebotaban sobre las piernas; enseguida nos adentramos en el corazón del Barrio Judío. Decenas de puestos aguardaban todavía la visita de los compradores tardíos, aunque algunos tenderos tenían a sus pies cajones de madera en los que recogían sus mercancías: cuchillos, cacerolas, largas escobas; pañuelos, sombreros, bufandas de lana y guantes de piel de oveja; también comida, juguetes de madera o libros antiguos. Otros ya habían extendido una gran lona oscura, rematada con recias cuerdas, por encima de sus productos. Yo los miraba nerviosa, aunque confiaba en encontrar lo que buscaba. Una vieja con ojos de lechuza se cruzó en nuestro camino. Su pelo encanecido caía suelto sobre los hombros. Me miró con descaro, quizás me descubrió. Ignoré su pensamiento. Cada vez quedaban menos vendedores ofreciendo su género. Entonces la vi; allí estaba, al otro lado de la calle, la tienda donde lo encontraría todo. Ahora solo hacía falta esperar; tan solo esperar a que la luna llena se durmiera hasta tres veces. Después, todo mejoraría.

Jamás había visto nada tan hermoso, lo era mucho más que un nenúfar indigo o una puesta de sol de cobre sobre un río de aguas profundas; ni tan dulce, lo era más que un cuenco de leche de coco o un *laddu* de canela. Sus ojillos parecían transparentes de tan azules que se veían; cuando los abrió por primera vez, creí que me había mirado a mí, aunque al contárselo a Katerina me explicó que los bebés no fijan la vista hasta que tienen ya algunos días, semanas incluso. Su piel, suavísima, estaba cubierta de un fino vello blanquecino que olía a melocotón. Su cuerpecito frágil había tiritado cuando me permitieron tomarla en brazos, y me asusté, aunque por poco tiempo, hasta que se acurrucó como un gazapo entre mis brazos.

Me había lavado las manos a fondo con el jabón de aroma de jazmín; me había sentado muy recta en la mullida butaca de recio roble y respaldo más alto que yo y Fernando me había rodeado de cojines, por si acaso; había intentado con todas mis fuerzas que el corazón dejara de latirme tan aprisa, no fuera a ser que él notara mi nerviosismo y decidiera que era mejor que no la sostuviera; me había estirado los pliegues de la falda y las mangas de la camisa para estar más guapa delante de mi nueva hermana y, por fin, me habían puesto entre los brazos el pequeño fardo envuelto en un mantoncito blanco y rosa del que tan solo asomaba su rostro minúsculo y precioso. Entonces, Daniella abrió los ojos. Y lo había hecho para mí. La piel se me erizó, la besé en la cabecita suavísima como cola de conejo y sentí en sus labios la caricia de cielo de su pelusilla rubia. Un cielo nuevo para todos.

Qué regalo de los dioses era la niña y qué felices habíamos recibido la noticia unos meses antes, cuando Katerina nos reunió alrededor de la mesa y, antes de empezar a comer, nos explicó que estaba esperando otro hijo. Tanta había sido la felicidad que Daniella había traído a la casa que olvidé mensajes de los que jamás debía haberme olvidado; Fernando y Katerina volvieron a sonreír, embrujados por la pócima que les había dado a beber durante tres noches seguidas; y Gabriel incluso cambió su humor y, de vez en cuando, se abrazaba a la tripa de su madre y la comía a besos. En ocasiones, buscar el bien de los demás también te trae el bien a ti mismo, sobre todo si ese no es el fin pretendido. Él incluso me había dirigido la palabra, aunque siempre eran conversaciones cortas, casi atropelladas y en las que no se mentaba a Noa. Ahora, él notaba cómo el nudo que se había formado en sus sentimientos tiraba con fuerza y le sudaban las manos mientras no era capaz de decidir si seguir allí o salirse de la habitación en la que su madre había dado a luz, donde la matrona ya había eliminado por completo todo rastro del parto antes de que nadie entrara a ver a la feliz pareja y a su recién nacida. Nada de acudir al frío hospital, Katerina siempre traía a sus hijos a la vida dentro de las paredes de su propia casa para que pudieran sentirse en su hogar desde el mismo momento en que abrieran los ojos. Igual que las mujeres indias.

—Gabriel, ven a coger en brazos a Daniella. Tu nueva hermanita es preciosa, se parece mucho a ti cuando naciste. También tenías esa misma expresión de ratón.

Pero el niño se resistía, no sabía cómo reaccionaría al verla. Ni siquiera levantó la cabeza para responder a su madre. Ella alzó un poco la voz.

—Daniella va a necesitar un hermano mayor, alguien que cuide de ella y que la quiera mucho. Tú sabes hacer eso muy bien.

Él se quedó donde estaba. Ya hacía algunos meses que había dejado de llorar por las noches. Una mañana se levantó y se dio cuenta de que llevaba varios días sin acordarse de Noa. Jamás había podido llegar a creer que la echaría tanto de menos cuando aprovechaba la mínima ocasión para meterse con ella. Y cuánto se había arrepentido de haberlo hecho y, sobre todo, de no haberle dicho jamás que la quería. Pero su madre no entendía nada: primero tuvo que traerme a su casa y después se había quedado embarazada otra vez. No comprendía cómo dejó de importarles que ella no estuviera y volvieron a ser como antes. Su padre, un día, no se metió más la fotografía en el bolsillo de la chaqueta y su madre volvió a tocar el piano. Lo hacía mucho menos que cuando Noa estaba viva y siempre, siempre, terminaba la interpretación llorando, pero lo hacía. Era como si solo Gabriel se acordara de que su hermana había existido alguna vez.

Sin embargo, Daniella sí era su hermana, no tenía ningún derecho a no quererla. ¿O sí lo tenía? Durante los meses del embarazo, yo había percibido esa lucha en su interior. Aunque no había sabido ayudarlo. Y unos días no soportaba ni acercarse a su madre mientras que otros deseaba abrazarse de nuevo a su barriga y vivir otra vez sin sentirse culpable de nada. Tal vez si le hubiera hecho más caso, si no hubiera dejado a Noa salir al río con esos harapientos que venían a menudo a buscarla, si hubiera jugado más con ella..., tal vez... Gabriel oyó llorar a la niña. Quiso saber qué le sucedía. Se acercó. Tampoco podía comprender por qué vernos a las dos juntas le hacía sentirse bien. Y sin ser consciente más que de la sensación de calma que le embargaba por primera vez en mucho tiempo, dejó que ese sentimiento nuevo creciera y creciera mientras nos miraba.

Su madre se levantó a duras penas de la cama. Katerina no recordaba haber tenido antes una recuperación tan rápida: las heridas apenas le tiraban y se sentía fuerte y muy feliz. Con suavidad, levantó a Daniella de mis brazos y, mientras bajaba un poco la cabeza y volvía a subirla en gesto de aprobación, se la ofreció a Gabriel.

—Por favor, ¿puedes sujetarla mientras me preparo para darle el pecho? Ya debe de tener hambre, hace horas que no toma nada. No podemos dejar que pase mucho tiempo sin comer o se acostumbrará a llorar para conseguir lo que quiera. Eso, luego, es mucho peor.

Él se sentó a mi lado, tomó a la pequeña de los brazos de su madre y la acunó en los suyos. El olor a bebé era extraño: untuoso, como el del dulce de leche. Sus hinos lo asustaron; enseguida buscó a Katerina, le bastó su mirada serena para tranquilizarse. Como siempre había sido. Como debía seguir siendo.

—Espera un minuto, Gabriel; voy a lavarme antes de ponerla al pecho. Noa, por favor, cierra la puerta. Estos hombres no se dan cuenta de la humareda que forman cuando fuman todos a la vez, parecen los tubos de esos endiablados coches. No quiero que ella respire ese olor nauseabundo. Ojalá prohibieran fumar en todos los lugares, incluidas las casas.

Fernando entró en la habitación. Su cara era de plata. Su voz era de plata. Sus manos también. Todo en él brillaba: era feliz. Yo me alegré mucho más de lo que me permitía aparentar. Había tenido miedo de que, al ver a la pequeña, Katerina y Fernando recuperaran de golpe sus recuerdos. Pero el intensísimo dolor que sintieron por haber perdido a Noa se había desvanecido. Ambos sabían que habían tenido una hija, que la habían querido más que a sí mismos y que murió, pero no recordaban que la habían llevado a la India y las circunstancias de su muerte. Lo que ocurrió después solo era un sueño difuso y lejano en el tiempo y en el corazón que no les afectaba, era como si no les hubiera pasado a ellos. La magia había resultado poderosa.

—No te molestes en cerrar, amor, hemos dejado ya de fumar. Todos han decidido que era el momento de marcharse y me han pedido que te despidiera de ellos. Y los padres de Lenka han venido también, pero no han querido pasar, me han dicho que volverán en unos días, cuando estés más recuperada. Me han pedido que te entregara estas flores, las han comprado en la floristería de la Staré Mesto, cerca del puente. Son las más bonitas que he visto jamás, tengo que reconocer que superan en mucho a las mías. Esa tienda vende auténticas maravillas, no me va a quedar más remedio que cambiarme.

—No seas exagerado. Son flores, todos los ramos son hermosos. Igual que los hijos, no hay unos mejores que otros —le dijo Katerina y enseguida se volvió a recostar en la cama y bebió un sorbo de agua de anís.

El médico se había empeñado en que tuviera cuidado en hidratarse bien y tenía que beber a sorbitos cada poco tiempo; así le subiría mejor la leche. Fernando besó a su mujer en los labios con ternura. Sentía que la amaba más que nunca. Comenzó a colocar el enorme ramo de margaritas y rosas en un jarrón sobre la mesita de noche, el amarillo y el blanco jugaban a esconderse entre los colores de los otros ramos que ocupaban casi toda la mesa. Los pétalos bailaban. Se sentó junto a Gabriel y la recién nacida. Él le acariciaba las mejillas con una mano mientras la sostenía con la otra. Su padre la besó.

—Gabriel, por favor, tráeme a Daniella —dijo Katerina.

Se la dejó en los brazos y ella se retiró la bata. La niña enseguida se giró y, con los ojos cerrados, empezó a rozarle el pecho con su boquita medio abierta buscando con ansia el pezón. Las cosquillas le hicieron estremecerse: caricias de canto de ruiseñor. Daniella se enganchó con pericia, como si alguien le hubiera enseñado. La sonrosada aureola de su madre se estremeció al primer envite y el estómago se le contrajo en un espasmo vibrante y placentero. Una lágrima le resbaló por la mejilla. Varias más la siguieron despacio. Respiró hondo y se concentró en la niña; entonces se cerró el surtidor del subconsciente. No supo por qué había llorado.

Al mamar, la niña emitía ruiditos como silbidos de jilguero, mientras inhalaba el aire entre sorbo y sorbo. Sus mofletes se sonrojaron. Aferró con su pequeñísimo puño el meñique de su madre y, sintiendo los latidos de su corazón igual que los percibió dentro de su cuerpo, siguió mamando; Gabriel y su padre las miraban embobados. Fernando se retiró un momento para tomar la toquilla de la cuna y cubrió la parte del seno de Katerina que quedaba al descubierto. Luego la besó en la frente. Su piel era como la arena fina.

—Cuando termines, hay alguien fuera a quien le gustaría mucho veros. No esperaba su visita. Ha sido una grata sorpresa.

—¿Una sorpresa?, y ¿quién es? ¿No serán mi hermana y mi cuñado?

—No, mi amor, ellos no pueden venir todavía. Pero han telefonado varias veces para preguntar por vosotras. Estabas dormida. Luego, si quieres, intentamos llamar a ver si conseguimos establecer comunicación. Tardarán bastante en regresar a Europa. Quienes han venido a veros son Irene y Lucas. —Fernando se dirigió a nosotros—. Noa, Gabriel, podéis salir ya a ver a Mariana y a Rafael, están con sus padres, esperándoos en el salón.

Yo negué con la cabeza y seguí mirando a mi nueva hermana. Katerina la había cambiado ya al otro pecho y estaba buscando de nuevo de dónde chupar. Era una imagen pura. Sentí el impulso de juntar los dedos y recitar un mantra para dar gracias a la Diosa de la Naturaleza y de la Vida, pero no lo hacía más que a solas, en mi cuarto, al concentrarme para intentar hablar con mis brujas favoritas. No había vuelto a rezar así desde que supe que ella iba a nacer; ensimismada en esa felicidad nueva, yo también había olvidado tantas cosas, incluso las que no debía haber olvidado nunca.

Katerina llevó a la pequeña a la cuna y, con una toallita de algodón, se limpió los pezones y se aplicó en las aureolas crema de glicerina. Se abrochó la bata y se sentó al lado de la niña, le tocó los dedos, le acarició el rostro redondo y blanquísimo, surcado por pequeñísimas venas rosáceas. Y tenía ganas de volver a llorar, aunque seguía sin saber por qué. Daniella se había dormido, sin acunarla ni prestarle más atención, y su carita mirando hacia arriba parecía de luna; los brazos doblados y las manos con los puños apretados cerca de la cabeza la enmarcaban. Gabriel y yo corrimos a su lado y nos quedamos boquiabiertos mirándola a través de los barrotes. Una enviada de la diosa Parvati, con sus coloreadas mejillas y su piel clara; una hermana preciosa e indefensa a quien no defraudar. Fernando se acercó a nosotros; se frotaba las manos, pero su rostro era el de un hombre sereno.

—Lo siento, vais a tener que salir ya —nos dijo—, ha sido un día muy duro. Noa, id a avisar a los padres de Mariana. Ya pueden entrar, pero, por favor, vosotros no paséis, explicadles a vuestros amigos que mamá y Daniella tienen que descansar y que podrán venir otro día a verlas.

Enseguida oyeron los tacones de Irene acercándose por el pasillo. La madre de Mariana era una mujer pequeña, sin gracia; ningún rasgo en ella llamaba demasiado la atención, aparte de su pelo pelirrojo y su mal carácter, tormento de la legación española en Praga. A mí siempre me recordaba a las verduleras del Gran Bazar. Entró detrás de su marido y se subió las gafas por el centro de la montura tres veces antes de cerrar la puerta tras ella. Llevaba un ramo de tulipanes y calas que dejó sobre la cama antes de acercarse a Katerina. Se sentó a su lado y deslizó un poco la falda por debajo de las rodillas al tiempo que mecía sus caderas para facilitar el paso a la tela.

Lucas, con lágrimas en los ojos, se abrazó a Fernando.

—Mi querido amigo, no puedo dejar de estrecharte, de verdad, es que no puedo. ¡Enhorabuena! Me emociono tanto al ver la vida que Dios nos manda, que... ¡déjame abrazarte, por el amor de Dios!, déjame.

—Te dejo, te dejo, pero no llores, que no es para tanto.

Lucas le dio varios achuchones hasta que se soltó con el mismo ímpetu que lo había agarrado.

—Si es de alegría, no te preocupes. Siempre lo hace. No hay forma de evitarlo. Es así, tan *saleroso* él. Por eso le quiero tanto. —Irene sonreía mientras disculpaba a su marido.

—¿*Saleroso*? —La mujer había dicho esa palabra en castellano y Katerina la había imitado a la perfección.

—Disculpa a mi mujer, Katerina, sigue siendo española de pura cepa.

—Y a mucha honra. Yo no me casé con un señor secretario de embajada, me casé con un universitario muy guapo y con mucho *salero*. Katerina, eso significa que es muy gracioso, aunque no lo aparente casi nunca. Ahora ya habéis visto en lo que se ha convertido, siempre guardando las formas de embajador de carrera dondequiera que vaya. Pero no vamos a hablar de nosotros, ¿verdad? Que ya tenemos para eso otros momentos, degustando quizá una copa de buen Ribera, cuando te recuperes, hermosa Katerina. Os echamos de menos y los niños también. Disfrutaban mucho los cuatro juntos. Es muy gratificante haber encontrado en este país, tan bonito pero soso, a personas a quienes les satisfacen las costumbres españolas.

—Pues claro, Irene. Ya sabes que yo soy un poco español, sin haber nacido allí; los sefardíes conservamos muchas costumbres de tu patria. Algo ancestral que nos acompaña dentro del corazón, quizá. Ya sabéis que mis abuelos maternos eran de Toledo.

—Irene, no le des pie a mi marido, que nos vuelve a contar toda la historia. Y deja de llamarme así, te lo pido por favor, que tú eres mucho más guapa que yo. Y más ahora, que estoy hecha una piltrafa. —Mientras Katerina hablaba, su marido le estaba colocando otro cojín en el cabecero de la cama y la ayudaba a recostarse.

Irene se acercó más a la niña antes de responderle.

—Ya, claro, si te parece, también podías estar como una sílfide; anda... mira qué belleza has traído a este mundo y no te quejes. Pero ¿qué es lo que tenemos aquí? —Irene arrastró largamente la última palabra, antes de emitir un sonido parecido a un gorgojo de paloma—. ¡Ay! ¡Qué cosica tan bonita! Es una auténtica monada de niña. ¡Una preciosidad como tú, Katerina! Enhorabuena. ¡Ay!, Fernando, espero que no te hayas ofendido. Es que es clavada a ella, de veras.

—Quien se parece a sus padres, les honra, ¿no lo dicen así?

—¿Quieres cogerla en brazos un poquito, Irene? —le preguntó Katerina.

—Pero mujer, si está dormidita. No, no, que yo soy madre y sé de sobra lo que es que te anden zarandeando a la niña nada más nacer. Te la despierto, te la espabilo, la niña se pone como un caballo percherón a todo galope y luego os da una noche que *pa qué*. ¡Ya habrá tiempo para achucharla, cuando haya crecido un poquito! Mira que me gustan los bebés, pero esta chiquitina es ¡una auténtica preciosidad!

Las dos mujeres se quedaron junto a la cuna, mirando extasiadas cómo dormía la niña.

—Fíjate, Fernando, ahora mismo podríamos llevárnoslas a la cama y ni se enterarían. —Lucas había bajado el tono para hablar casi al oído de su amigo. Se tocaba una gran alianza de oro repujado que llevaba en el pulgar.

—No puedo seguirte, Lucas, siempre me desconciertas con tu increíble apetito y, más aún, con tu franqueza. Pero en fin, será la sangre española y que yo me he acostumbrado enseguida a la frialdad nórdica.

—¡Qué sangre ni qué sangre! Es la vida, hombre, míralas. Si es que solo con verla, se me pone un yo qué sé que qué sé yo. Y es todo un récord, quince años llevo con ella, quince, que se dice pronto. Y eso que me ha hecho pasar algunos aprietos, ya lo sabes. Porque la conocí antes de sacar la carrera de diplomático, que si no... No está hecha ella para estos menesteres tan de postín, tan de guardar las formas. Pero lo solucionamos fácilmente: ella no me acompaña a los compromisos. Solo va a los ineludibles y ya sabe que no tiene que abrir la boca; si no, siempre andaría como el Maestro Ciruela. Pero eso es lo que me gusta de ella. Y es que entre hombres no hay secretos de este tipo. A todos nos atrae lo mismo, ¿verdad? Ancha es Castilla.

—Solo ellas tienen lo que hay que tener. Nos ganan por mucho en estas lides. Mira que esto lo he vivido ya antes y no me acostumbro a esa sensación de tonto que se te queda. Pero ya se sabe, los hijos son para ellas, al menos mientras no llegan a ser adultos.

—Yo nunca he sabido qué hacer con un crío. Y andar investigando es como echar agua al mar. Nosotros les damos lo que necesitan y ellas se ocupan del resto. Así ha avanzado la Humanidad. —Lucas cogió del codo a su amigo y se lo llevó aparte—. Fernando, también quiero decirte que me alegro mucho por vosotros. Se os ve muy bien ahora, no como cuando nos conocimos, entonces pensé que estabais a punto de divorciaros, si no te molesta que te sea franco.

—Si me molestara, no estaríais en mi casa. Sabes que solo la abro a quienes considero amigos. Pero hablemos de ti. Ya puedes ir diciéndome qué te ocurre, Lucas, que desde que has entrado por la puerta sé que no estás en tu ser. Ya me lo pareció la última vez que estuvimos juntos, en la recepción con Gaspar Lázaro. Dale recuerdos de mi parte.

—Le agradó mucho conoceros, también al jefe de misión. Es un buen hombre. Demasiado para el cargo que ejerce, diría yo. Pero lo cierto es que andamos ahora preocupados con otras cosas.

—Hace tiempo que te noto nervioso. Están los tiempos muy convulsos por España, espero que no haya habido ningún contratiempo en la legación.

—Serías muy buen diplomático, Fernando, mucho mejor que yo, sin duda, ¿no lo has pensado?

—No es tan difícil percatarse. Además, llevas un calcetín negro y otro marrón.

Lucas se miró los pies.

—Eres muy perspicaz. Y yo, bastante idiota. Sí, tienes razón. Estoy preocupado. Y mucho. Es algo que ya viene de hace unos meses. Sabes que desde que el Frente Popular ganó las elecciones, no estoy muy tranquilo. No me gusta esta situación. Pero menos me gusta lo que está pasando ahora. Y los últimos dos atentados han sido la gota que colma el vaso. Primero Luis Jiménez y luego Fernando Caballero, que se salvaron, pero otros muchos han sido asesinados. No sé adónde nos conducirá todo esto.

—¿Luis Jiménez? ¿Has dicho Luis Jiménez?

—Sí, ¿por qué?

—¿Luis Jiménez de Asúa, el diputado socialista?

—Sí, ese mismo, ¿lo conoces?

—Por supuesto que sí, Luis es un gran amigo mío. Coincidimos en España muchos veranos, cuando mis padres iban a visitar a mis abuelos. Una pena lo de su padre. Lo obligó a empezar a trabajar enseguida. La última vez que lo vi fue en Londres, antes de que Katerina y yo decidiéramos instalarnos en Praga. Pero no me digas que le ha pasado algo malo...

—Pues casi, estuvo a punto de morir en el atentado. Salía de su casa en la calle Goya, en una de las zonas más selectas de Madrid, el barrio de Salamanca, y unos falangistas le dispararon desde un automóvil. Gracias a Dios, consiguió ocultarse en una carbonería y se salvó de esos fanáticos fascistas, pero su escolta no lo contó, el pobre hombre.

—No me lo puedo creer. Pero si Luis es una bellísima persona. ¿Por qué iban a intentar matarlo?

—Es algo difícil de entender si no estás al tanto de lo que está ocurriendo en España desde hace tiempo. Todo está muy enrarecido allí. Los asesinos fueron localizados y juzgados y el juez que los condenó, don Manuel Pedregal, fue asesinado muy poco después como represalia y, al poco tiempo, otro movimiento de izquierdas pegó fuego a la sede del periódico *La nación*. Está España que echa fuego, Fernando.

—¿Y Luis? ¿Dónde está ahora?

—El Gobierno lo ha enviado fuera, para evitar riesgos. No es el primer incidente así.

—Mira que he pensado muchas veces en escribirle, lo aprecio mucho, pero los últimos años han sido un poco extraños y hace tiempo que no sé de él, desde que le nombraron profesor de universidad y quiso invitarnos a Madrid, pero no pudo ser y no hemos vuelto a vernos ni a escribirnos. Tenía que haberle devuelto la invitación. Espero que estén bien él y María, un encanto de mujer.

—Por cierto, ahora que hablas de mujeres, ¿le has mencionado ya mi propuesta a Katerina?

—¿Tu propuesta?

—No me digas que ya la has olvidado. Está visto que tengo que insistir más. Me gustaría que me vendierais ese plano antiguo que trajisteis de la India. Es muy valioso, ya te lo dije, un documento único, y te ofrecí un buen precio. Consulta a quien desees.

—Y tú ¿para qué lo quieres? El hijo de la *raní* fue muy generoso, sí. Aunque tienes que disculparme: hemos estado muy ocupados. No se lo he consultado a Katerina. Ella nunca ha querido vender ninguno de esos regalos. Le tiene un cariño especial a todo lo que trajimos de allí. Yo, si te digo la verdad, apenas recuerdo más que había muchos pobres por todos lados persiguiéndote para que les dieras unas rupias. También que es un país muy hermoso. Si puedes soportar el hedor de las calles y de las gentes, y ver niños muertos en las alcantarillas, te gustará. Pero lo recuerdo más como el escenario de una novela de viajes que como un lugar real. Mira, si fuera por mí, ten por seguro que te regalaría ahora mismo ese plano. Pero Katerina dudo que sea de la misma opinión.

—Lo entiendo, pero me gustaría que, al menos, se lo preguntaras. Mi colección ganaría mucho con un objeto como ese. Y tú no sabes aprovecharlo, no te ofendas, pero no le das el valor que tiene.

Katerina e Irene rieron al otro lado de la habitación. Había algo extrañamente hermoso en ver a dos mujeres sosteniendo un bebé, algo que hasta un hombre que hablaba de sexo, política, atentados o negocios podía apreciar; algo universal, mágico, químico, místico; lo que convertía a la naturaleza en omnipotente y sabia. Ellas dos reían mientras hacían carantoñas a Daniella. Y la vida se regeneraba en una sucesión de karmas y *akhasas* imposibles de entender para un occidental. En la rueda de la vida.

Entonces se oyeron gritos al otro lado del pasillo. La niña comenzó a llorar. Katerina miró a Fernando; él salió enseguida. Dos salas más allá, separados de la habitación de Daniella por paredes construidas de adoquines y de sueños, Gabriel y Rafael se estaban pegando. Mariana y yo los intentábamos sujetar. Ya nos habíamos llevado un par de empujones. Pero el puñetazo en el rostro que Gabriel propinó a su amigo hizo que ambas los soltáramos a la vez. Rafael cayó de bruces. El labio superior le sangraba. Yo me arrodillé y le toqué la cara, pero me retiró la mano con furia. Me volví a Gabriel. Jamás le había visto pegar a nadie de ese modo.

—¿Qué has hecho? Eres un salvaje, mamá se va a enfadar. No debes pegarle, eso no está bien.

—Pero tú no se lo vas a contar, ¿verdad que no? —Gabriel me contestó sin quitar la vista de su rival, que seguía en el suelo con la mano sobre el labio rajado. La sangre le resbalaba por los dedos.

—Claro que voy a contárselo, en cuanto ellos se vayan.

—No se lo vas a contar porque lo estabas besando, ¿os he visto!

Rafael había empezado a tontear conmigo y Gabriel había dejado de escuchar a Mariana, que le seguía hablando sobre ñoñerías que no le interesaban, y no había podido dejar de observarnos. Así vio cómo él acercaba su rostro a mi boca e intentaba besarme. Y se quiso morir cuando creyó que yo le había devuelto el beso a ese cerdo asqueroso. ¡Maldita yo y maldito él!

Y qué poco podía imaginarme yo sus sentimientos. Pero ¿no era bruja? ¿No debía haber sabido enseguida lo que le ocurría? Gabriel tenía la cara enrojecida. ¿Cuándo podría experimentar qué era eso que le habían contado tantas veces los mayores? Todos hablaban de ello en el colegio, cuando se ponían a cuchichear tras los árboles y miraban a las chicas con ese nerviosismo tonto y esa expresión inconfundible que cambiaban en cuanto las maestras hacían la ronda a su lado.

—¡Tú no has visto que yo le besara! Gabriel, ¡no mientas! —yo le gritaba ahora, mientras intentaba no llorar.

—Claro que no miento. Os he visto muy bien, has dejado que te besara en la boca. Como esas de las que hablan en el patio. Se lo tenía merecido. Y tú también.

—Yo no he hecho lo que tú dices. Solo estábamos hablando. Igual que tú con Mariana. Yo jamás haría eso. ¡No quiero hacerle daño a nadie nunca más!

Empecé a llorar. No volvería a besar jamás a un chico. En toda mi vida volvería a hacerlo. Gabriel no sabía lo que estaba diciendo. Ni un solo beso más, ni viva ni muerta. Nadie volvería a sufrir por mi culpa. Rafael se había levantado y se estaba acercando a Gabriel, pero él le lanzó una mirada furiosa, de hombre en ciernes, de macho que defiende lo suyo, y su contrincante supo interpretarla a tiempo. Rafael se dio la vuelta y echó a andar hacia la puerta.

—Vámonos, Mariana, no quiero estar más aquí con este estúpido. —Ella me acarició la mano al colocarse detrás de su hermano con la cabeza gacha, pero él, antes de salir, se giró y miró con odio a Gabriel.

Algo en él provocaba miedo a sus compañeros del colegio, lo mismo que nos atemorizaba ahora a Mariana y a mí: el temor que siempre infunde lo profundo, lo escondido, lo que no debe ser.

—Que sepas que a Noa le ha gustado —continuó Rafael dirigiéndose a Gabriel—. Algún día me casaré con ella, será para mí. Vete haciéndote a la idea. Tú no eres su novio, eres su hermano. ¡Idiota!

Hacia días que se había colado un gato en la casa. Sus ojos, de arcano, se veían estrellados de motitas verdes, amarillas y violetas. Su pelaje gris caricia era denso como una nube del monzón a punto de sucumbir al peso del agua y convertirse en lluvia igual de fría que la piel de un sapo. Y arrastraba su cola, señorial y esponjosa, por todos los lugares donde se contoneaba. Se había metido a través de la ventana en nuestra residencia de cuatro plantas y escalera de mármol con barandilla dorada, y se había hinchado a comer codornices, las que Katerina había dejado preparadas para la cena junto al puré de castañas en la mesa de la cocina. El gato solía pasar la noche en mi habitación y yo me había acostumbrado a verlo allí, sobre la mesilla, cuando entraba para acostarme y encendía la luz. El animal me esperaba mirando hacia la puerta sin moverse y solo se tumbaba en mi cama cuando yo apagaba la lamparita y me metía dentro; en invierno ya lo hacía, el suelo resultaba demasiado frío. Entonces sus ojos como piedras de crisoberilo refulgían hasta que me dormía.

Yo estaba convencida de que ese gato era mi hermana Bhumika, pero ¿por qué se había reencarnado en un felino si su karma le habría permitido hacerlo en princesa búlgara? Por si acaso, yo lo llamaba así y la mirada del animal cambiaba cuando lo hacía. Tenía que ser Bhumika; si no, ¿por qué siempre huía cuando se cruzaba con Gabriel? También podría ser porque a los gatos no les gustan las personas que ocultan secretos, como tampoco les gustan los que van a morir: intuyen que su alma cruzará el zaguán de la guarida de la vida en algún momento no muy lejano. A veces, sin embargo, se equivocan y confunden al que hará el viaje, pero si lo presienten, siempre habrá alguien que lo hará cerca de ellos, antes o después, y que vivirá mucho menos que el minino.

El gato *Bhumika* y la magia de sus ojos me recordó a otros fantasmas. El del joven que vivió en la casa Fausto de Karlovo Náместí con su familia me tenía maravillada. Cada vez que pasaba por delante, veía a alguien diferente transitando a través de los muros de tiempo y sombras. Llevado por la curiosidad, según decía la leyenda que Mariana y Lenka me contaron la primera vez que nos dimos de bruces con ese edificio y con sus ilustres y antiquísimos habitantes, aquel curioso joven terminó encontrando los viejos libros de magia negra de su primer habitante y conjuró al demonio, y este se lo llevó volando por un agujero del techo que nunca desde entonces pudo ser cubierto. Sin embargo, yo no había visto ese espíritu vagando en el *Antarloka*, por lo que suponía que aquella era tan solo otra de tantas fantasías ideadas por la imaginación de los mortales praguenses. O quizás fuera que el joven no quería estar allí, no tenía forma de saberlo. Aunque sí había llegado a mostrármeme, con timidez, algún que otro operario fallecido al intentar tapar el gran hueco del tejado, con tan mala suerte que perdió el equilibrio y se terminó cayendo de la escalera y matándose; pronto se corrió la voz y pocos consintieron en seguir probando suerte. Y a veces me enfadaba al visualizarlos: si podía ver a tantas almas ajenas vagando por los edificios de Praga, ¿por qué no era capaz de visualizar a mi hermana reencarnada en el animal que dormía en mi propia cama ni conocer tantas otras respuestas que me interesaban?

El gato salió espantado con la cola erizada y los bigotes erectos cuando Gabriel entró en el despacho donde sabía que su madre había guardado lo que buscaba. Tenía que estar allí. El mismo lo había llevado a esa habitación al regresar de la India. Rebuscó durante un buen rato en las cajas que su padre almacenaba en los estantes inferiores de las grandes vitrinas, llenas de libros, papeles y artilugios varios. Al final la encontró: la cajita de música que Burbujas, el príncipe hijo de la maharani de Jaipur, le regaló a Noa estaba allí, envuelta entre papeles de periódico y medio escondida detrás de una gran esfera del mundo que pesaba como la vida eterna.

Estaba brillante y limpia. Olía a madera de sándalo. En la parte posterior, Gabriel vio una pequeña cerradura en la que encajaba con precisión la llave atada con un fino cordón entrelazado de seda roja. El artefacto metálico chirrió con cada vuelta como si se fuera a romper pero se mantuvo intacto. Muchas otras cosas eran también así, parecía que se resquebrajaban pero su fuerza interior les permitía seguir indemnes. Llegó al tope y respiró hondo. Quería escuchar. La música le transportó a aquella sala grande y lujosa donde Burbujas corría con él, persiguiendo a los gatos o a los sirvientes o a quien le diera la principesca gana. Y en ese momento, Gabriel vio a su hermana. La vio. Pero el ruido de mis pasos lo sacó de su ensoñación.

—¿Por qué has recuperado eso, Gabriel? ¿No sabes que la memoria duerme a veces y se despierta con la música del recuerdo?

Ví en su cara que lo estaba fastidiando. Había cometido el error de dejar la puerta entornada, pero estaba decidido a llevarse esa caja. Yo lo había visto ir hacia el despacho y, de repente, recordé la advertencia que mi abuela me hizo en el cementerio acerca de los regalos de Burbujas y de la *rani*. Me sentí mal. Había dejado que mi propia felicidad me desviara de mi camino. Pero ya no estaba a tiempo de obedecer a Asha: el plano de Gabriel estaba expuesto en una de las vitrinas y lo habían visto muchos, ya no podía hacerlo desaparecer. Y la caja de Noa la sujetaba su hermano con fuerza entre las manos. La magia es misteriosa, tiene sus propias reglas, nadie, ni las brujas ni los mortales ni los seres infinitos, puede conocerlas todas mientras no alcancen el último estado, el de la perfección. ¿Acaso alguien lo consigue en una sola existencia? ¿Y cuál de esas reglas fue la que incumplí y me impidió saber que había más regalos que debía hacer desaparecer? Tampoco lo sé ahora. Entonces me hice la promesa de orar y de estar alerta para intentar evitar cualquier fatalidad que pudiera haber ocasionado con mi olvido. ¡Qué mal hacemos cuando nos centramos solo en nosotros mismos!

—No empieces. No quiero escucharte ahora —me dijo Gabriel con rabia. La de un animalillo acorralado.

—No deberías haber vuelto a buscarla. Está mejor oculta. Debe estarlo. Es necesario.

—Yo hago lo que quiero. Esta caja no es tuya, es de Noa. Es mía.

—¿Por qué sufres, Gabriel? A lo mejor, yo puedo ayudarte.

—Tú no puedes hacer nada, ¿por qué ibas a poder?

—Porque a veces quienes menos parecen estar de nuestro lado son los que más nos podrían servir. Podrías hacer la prueba. Aceptarme.

—La echo de menos. Pero soy el único. —Gabriel bajó los ojos. Estaba a punto de llorar.

—Porque no quieres que se vaya aún, no estás preparado para empezar a olvidar. Aunque no es cierto que seas el único, todos la añoramos, pero hay que dejar que los muertos se vayan del mundo de los vivos. Si no, no pueden elegir su camino. ¿Y no la ves? ¿Ni siquiera en sueños?

—No. ¿Cómo podría verla? ¿Es que acaso tú sí?

—A ella no la he visto aún, pero sí a otras personas a quienes quiero mucho. Las veo desde siempre, aunque solo ahora estás preparado para que te lo cuente. Sé que tu interior está casi en paz. Ya puedo contártelo, si tú quieres.

—Lila, vete de aquí. Por favor, no quiero escucharte. No creo ni una palabra de lo que me dices.

—No sé si todo el mundo puede ver a sus seres queridos muertos. Pero yo sí puedo. Mi abuela me contó que los ven quienes anhelan reencontrarse con ellos si ellos no desean irse aún. Aunque no me dijo nada de la religión ni de la maldad de las personas ni del color de su piel ni de su sexo. No me dijo que hubiera que ser de ninguna forma especial ni creer en un dios o en varios para sentir el alma de los otros, para intentar saber lo que sienten, para ponerse en su lugar. Solo hay que quererlo. Ella no me contó que hubiera que ser hindú ni checo ni polaco ni español ni judío ni cristiano; tampoco mujer, niño o viejo. Todos somos iguales, todos podemos sentir el amor de los demás y todos podemos amar, si lo deseamos. Podría decirte cómo lo hago yo. Aunque tu odio hacia mí aún no ha desaparecido del todo, ya no es el de antes.

—No seas estúpida. Yo no te odio.

—Me odiabas. Durante mucho tiempo. Se te notaba mucho. Aunque ya sé que has empezado a apreciarme un poco, o eso creo. Me es muy difícil saber lo que sientes, contigo casi nunca puedo. No quieres abrirte a mí. ¿Quieres ver a tu hermana?

Los ojos de Gabriel se iluminaron como las velas encendidas sobre el río en *Diwali*.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Esperar, voy a pedir ayuda a mi abuela, esta noche. Ella es más fuerte que Barathi, mi madre, y será más fácil.

—Estás loca.

—Si no crees, ella no vendrá.

—¿Y qué tengo que creer, que mi hermana sigue cerca de mí? Eso ya me lo contaron mis padres, que todo el que muere sigue vivo si lo recuerdas, pero eso es una estupidez: no sigue vivo, solo lo recuerdas porque tú no has muerto. Es muy diferente. Y no es más que un modo de dejar que pase el tiempo hasta que te acostumbras a pensar que ya nunca volverá. Pero ¿es que acaso tú la has visto?

—Ya te lo he dicho, lo he intentado, pero ella no quiere verme a mí. No todas las almas desean regresar y, entonces, no lo hacen. Pero veo a otros.

—¿Y qué te dicen? ¿Te han explicado cómo es la muerte?

—Los secretos como esos que te revelan los que vuelven no puedes contárselos a nadie. Son más impenetrables que los secretos de los vivos. Podrías romper el equilibrio y entonces ellos ya no volverían jamás. Es como si tú le cuentas un secreto a un amigo y ese amigo se lo dice a todos. ¿Cómo te sentirías? También podría hacer que la olvidaras, si es lo que quieres. Eso sí sé cómo hacerlo. Es fácil.

—Sigues diciendo tonterías. No sé por qué te escucho.

—Tú y yo estamos hechos de lo mismo, igual que los demás, todos venimos de la misma luz; solo nos diferenciamos en lo que elegimos: cómo queremos vivir, dónde queremos estar, qué queremos hacer. Nadie es mejor o peor que otro por cómo está formado, ni por los dioses a los que reza, ni siquiera por la comida que puede comer o por la cama donde duerme. Solo hay quien desea hacer el mal y quien desea hacer el bien. Ahora ya sé lo que significa. Por eso, tú y yo somos iguales.

—No, no lo somos. Tú eres una chica y yo soy un chico. Tú tendrás hijos que saldrán de ti, igual que mi madre, y yo no. Tú vivirás como viven las mujeres y yo como viven los hombres. Somos muy diferentes, Lila.

—Todo eso no importa. Yo no quiero hacer el mal y no lo haré nunca. Si tú eres así, eres igual que yo, Gabriel. Todo lo demás es como llevar un sari u otro, eso decía mi abuela. Y ahora creo que ya la entiendo.

—No es cierto, hay muchas más cosas que nos separan. Muchas. ¿Sabes por qué no somos iguales? Pues, por ejemplo, por esto. Esto nos hace diferentes.

Gabriel me sujetó por las sienes con las dos manos y puso sus labios sobre los míos con violencia, me introdujo la lengua en la boca y la movió como le habían dicho que debía moverse. Me quedé paralizada. Cuando él notó que no reaccionaba, me apartó con brusquedad. Bajé la cabeza. Empecé a llorar. Entonces él, con suavidad, me limpió las lágrimas, me levantó el rostro con ternura y me besó otra vez, ahora con mucha delicadeza, lamiendo cada labio entre los suyos lentamente, con la pericia de quien ya ha comenzado a madurar, con el íntimo e instintivo deseo que lleva a los hombres a acercarse a las mujeres y a las mujeres a ir al encuentro de los hombres. Cuando se separó de mi boca, me acarició el rostro como si yo fuera el bien más preciado de la creación o la última superviviente en un mundo a punto de extinguirse.

—Perdóname, no quería hacerte daño. Solo quería darte a ti mi primer beso. Por eso pegué a Rafael el otro día. Tu primer beso tenía que ser mío. Él me lo robó.

Gabriel percibió en mis ojos el reflejo de una luz extraña que nunca me había visto. Yo había dejado de llorar, pero el pánico me dibujaba un rictus que consiguió atemorizarlo. Se apartó.

—No deberías haber hecho eso —le dije—. Ahora morirás. No he hecho caso de lo que me advirtió mi *dadi* y te he llamado por tu nombre.

Él pareció relajarse. Me tomó de la mano y me sonrió.

—¿Ves, Lila? Somos muy diferentes, yo no creo en esas tonterías. Pero a mí ya no me importa que seas una hindú. Yo solo quiero poder cuidar de ti. Quiero estar a tu lado y, cuando sea mayor, me casaré contigo.

—Eres un niño, no puedes decir esas cosas.

—En tu país, ya estarías casada, ¿no es verdad?

Me di cuenta de que debía ir más allá. Jamás me arriesgaría a ponerlo en peligro.

—¿Es que no te has enterado todavía? ¡No puedo quererte! No podré querer nunca a nadie, Gabriel. ¿Recuerdas al niño con el que me iba a casar, el que me acompañaba a veces a la *haveli* de Jaipur? Él murió porque yo empecé a quererlo. Así que prefiero que me sigas odiando. No puedo vencer la maldición. No sé cómo. Mi abuela Asha intentó ayudarme, ¡pero yo no le he hecho caso! Maldita sea, Gabriel, no quiero que nadie más muera por mi culpa.

Le relaté entonces con detalle la maldición de Neeja, cómo mi abuela Asha había intentado contrarrestarla y le hablé más de Rahul. Gabriel me escuchó sin interrumpirme ni una sola vez y, cuando terminé de relatarle esa historia vieja como la maldad, sentí que había hecho bien en compartir también con él aquello que me martirizaba. Pero, entonces, ¿por qué mi miedo no había menguado? Me dio un beso en la mejilla.

—Ya te he dicho que yo no creo en todo eso. Ninguna maldición me matará. Puedes quedarte tranquila. No son más que supersticiones. Pero si lo prefieres así, haz caso a tu abuela Asha y no vuelvas a llamarme por mi nombre. Yo esperaré todo el tiempo que haga falta, hasta que me haga mayor y pueda demostrarte que las maldiciones no existen, Lila. Solo necesito tiempo.

Lenka era como una *matrioska*: si abrias una de sus capas, encontrabas debajo otra, y luego otra y otra más. Todas diferentes, pero todas ella. La muñeca de las diez caras había aprendido también a hablar en castellano, como yo, y ya lo usábamos como si lo normal fuera que una india, una polaca y una española en un país ajeno se entendieran en ese idioma. Pero nos habíamos acostumbrado a emplearlo en el patio del colegio; así, los demás no se enteraban de qué profesor nos reíamos a hurtadillas, a quién queríamos o no como marido, o cómo Lenka le haría rabiar. Daniella, en su media lengua, también lo había aprendido a base de jugar con las palabras, igual que con cualquier otra cosa que le interesara; ahora les había tocado el turno a los tarros de mermelada que mi madre de este mundo iba preparando a medida que las frutas maduraban.

El invernadero estaba repleto de plantas de temporada que ya tocaba trasplantar en los parterres. A pesar de la insistencia de Erik en hacerlo él, casi siempre nos encargábamos Katerina y yo; a ambas nos encantaba el tacto de la tierra resbalando entre los dedos al caer sobre la plantita, la sensación de dejarla bien protegida presionando alrededor, para que no quedara aire cerca de las raíces y pudieran llegar bien a los nutrientes. Y, sobre todo, compartíamos la ilusión por ir viendo alargarse los tallos y surgir después las flores. Yo evocaba en esa explosión de azules, rosas, rojos y naranjas el colorido de *Holi*, del Festival de los elefantes pintados, de *Diwali* y de otras tantas ceremonias que no había podido olvidar.

—Ya la has liado otra vez. Te hemos dicho que no abrieras más tarros. Mamá se va a enfadar mucho cuando vea este estropicio.

La cara de Daniella estaba untada de mermelada de pera, de higo y de melocotón. Frunció el ceño, se pasó el dedo por los labios y lo relamió con su sonrisa más pícaro.

—Tú lo limpiarás, ¿verdad? Tienes que ayudarme, ¿eh, Noa? Cuando mamá me regaña, se le ponen los ojos de ardilla y parece que va a pegarme un mordisco.

—Eres un pequeño demonio *asura*. Y encima te burlas de mamá.

—Yo no soy eso, yo soy guapa. Una niña guapa y lista. Tú lo dices.

—Solo a veces, cuando no estoy enfadada contigo.

Mariana cogió el primer paño que encontró, se acercó a la fuente en forma de concha adosada a una de las paredes y lo empapó. La niña hacía un mohín cada vez que ella le pasaba el pico mojado y frío por la cara, pero no se quejaba.

—Venga, Lila, si es graciosísima. Parece una muñeca de esas rusas, con los tirabuzones tan rubios y los ojos grises. Además, nosotras tenemos la culpa, que no le hemos hecho ni caso.

—No me llames Lila cuando esté Daniella, por favor. No quiero que se le escape delante de mis padres.

—Pero qué exagerada eres, ¿qué puede pasar ya? Si hace mil años que estás aquí. Nadie ha sospechado nunca nada.

Mariana se sentó junto a mi *hermanabís* y le acarició el pelo mientras seguía hablando. Era tan suave como el vientre de un pichón.

—Katerina y Fernando nunca me llaman Lila y yo no quiero hacer nada que les haga mirar atrás. No te cuesta nada llamarme Noa.

Lenka se había arrimado más a Mariana. Le gustaba mucho sentirla cerca, pero nuestra amiga ya no se lo permitía. Estaba demasiado resentida desde que la otra le había mostrado su nueva cara de *matrioska* al descubrir que dejarse querer también por los hombres era muy agradable.

Cogí en volandas a Daniella y la senté sobre la mesa que ocupaba el centro del invernadero, intentando echar a un lado las herramientas de jardín y los semilleros.

—Te va a doler la tripa toda la noche, ya lo verás. Si es que no te puedo dejar sola. Quédate aquí y ni se te ocurra tocar nada o me enfadaré, ¿me has oído?

—Tú nunca te enfadas. No sé por qué me dices eso, Noa. Es tonto.

Lenka miró a Daniella con gesto serio. Era muy graciosa, aunque necesitaba una buena reprimenda. Mi amiga sabía que yo jamás había regañado a mi hermana y eso me iba a costar caro, no se podía mimar tanto a una cría o saldría torcida como el tronco de una vid en época de sequía. Pero la niña me quería hasta más allá de las nubes o de la última de las estrellas y eso era todo lo que a mí me importaba.

—¿Vais a bajar mañana al río? Irán todas. Podríamos ir también nosotras —propuso Lenka.

Entonces la docena de canarios comenzó a cantar a coro. Fernando se había convertido en un experto criador de esos ruidosos pajarillos traídos de España. Cubrí la jaula y los cantos cesaron.

—¿Todas? ¿No será que va él, Lenka? —Mariana entrecerró los ojos, en una simpática mueca que algún tiempo antes habría sido suficiente para que la otra le acariciara el rostro, al menos.

—¿Por qué siempre estás con lo mismo? —Lenka parecía un oso hormiguero arrugando el morro antes de entrar a buscar hormigas.

—Porque tienes a la mitad de los chicos de la clase detrás de ti, pero siempre que quieres llevarnos a algún sitio, es porque él estará allí. El único que no te hace ni caso.

Lenka se había metido las manos en los bolsillos e intentaba arrancar un hilo suelto en el derecho. Estaba harta de Mariana, aunque siguiera queriéndola, ya debía haberse hecho a la idea de que las cosas seguirían siendo así.

—No es verdad. Si que me lo hace.

—Si tú quieres pensar eso, allá tú, pero harías bien en no perseguirlo, se nota mucho y a él no se le ve muy por la labor.

—Mariana, pareces su madre. Lenka sabrá lo que tiene que hacer. Es libre de actuar como quiera. —Quise dar por finalizada la disputa, aunque era difícil.

—Ya estás con esas ideas raras tuyas, Noa. Las traerías de tu país hace siglos, porque aquí las cosas no son así. —Mariana seguía seria. Pero al menos yo había conseguido cambiar de tema.

—En la India, puede que haya más equilibrio, pero en este país puedes elegir si deseas casarte o no y si quieres tener hijos o no. Nadie te obliga, ni eres una vergüenza si un chico te rechaza o si no puedes engendrar o no te da la gana. Eso allí es el peor de los pecados, no poder darle a tu marido un hijo varón. Hay muchas cosas mejores en este lado del mundo, aunque no todas lo sean.

—Eso lo dices porque ya te has acostumbrado. Pero esto no es maravilloso. Sé de lo que hablo.

Mariana jamás discutía ni alzaba la voz. Era una persona tan equilibrada que yo a veces me encontraba pensando si no sería mi abuela Asha. Quizás por eso hiciera tanto tiempo que no había vuelto a visitarme ni respondía a mis llamadas.

—Nunca me creéis pero no sabéis la suerte que tenemos. En lo físico, aquí se vive mucho mejor, otra cosa es en lo espiritual. El alma de los europeos es transparente; nunca la percibís, solo para hablar de esos castigos tan fabulosos si pecáis. Es muy curioso. Yo he decidido que no me voy a casar nunca. Eso en la India no podría haberlo hecho jamás.

—Aquí tampoco, Noa. Si no te casas, serás una solterona y se reirán de ti. —Mariana sabía de lo que hablaba. Y la estaba atormentando. Pero no podía contarle su secreto a nadie. Incluso dudaba de que yo la comprendiera—. Además, le darás un disgusto a mi hermano, ya lo sabes. Mira que es pesado, no hace más que preguntarme si vas a salir con alguien. Me he tenido que inventar algunos novios tuyos para que siga teniendo esperanzas. Si se llega a enterar de que no vas a casarte, adiós a la tranquilidad. Aunque es un golfo, bien que está probando eso que todas sabemos y de lo que no debemos hablar. Se cree que no lo sé, el muy estúpido, y lo deben de saber hasta mis padres.

—Basta ya, Mariana, que te está oyendo Daniella y luego se lo suelta todo a mi madre. Es un loro de medio metro.

La pequeñaja, con esas pecas de marioneta y su ingeniosa boca de trapo, estaba a otro asunto, interesada en sacar y meter tierra en una de las macetas. Lenka y yo seguimos tapando los frascos; ella no podía resistirse a introducir el dedo en algún tarro. Luego lo lamía despacio mientras cerraba los ojos. Mariana se la quedó mirando, era tan guapa que a veces le costaba trabajo dejar de contemplarla. Cuando Lenka la descubrió, le acarició la mano con disimulo pero la otra la apartó enseguida para tomar otro tarro.

—A mí me da igual lo que diga tu hermano —continuó—. No me casaré nunca. Sé que mis padres respetarán lo que yo decida.

—Eres la única chica del colegio a quien no han besado, ni mucho menos le han metido mano, que nosotras sepamos, claro. Eres muy rara, pero allá tú. No sabes lo

que te pierdes. Es un secreto entre nosotros, los demás sí que pensarían que estás loca de remate.

—Sí, sí, un secreto. Sobre todo, el estúpido de mi hermano no tiene por qué enterarse —zanjó Mariana.

A mí, simplemente, el sexo no me interesaba. Poco más quería explicarles.

—Pero bueno, ¿me queréis contestar de una vez? Siempre hacéis lo mismo, es como si yo no estuviera. ¿Podrías decirme si bajaréis mañana al río? —Lenka tenía el ceño fruncido y las manos en jarras; la matrioska ofendida estaba asomando ya.

—Yo no puedo, tenemos que ir a la iglesia, en España es día de fiesta y hay que ir a rezarle a la Virgen —replicó Mariana—. Menudo rollo. Y luego, a no sé qué acto de la legación española, en la embajada. Las hijas de los otros jefes de misión y secretarios son un auténtico pestiño, con sus zapatitos de charol y sus cuellos de barco.

—Mariana, eres increíble. ¿No crees en Dios? —le preguntó Lenka—. Pues yo sí que creo, me gusta saber que formo parte de algo universal.

Mariana no le contestó. Daniella ya tenía las manos llenas de tierra y se las estaba llevando a la boca. La limpió y la levantó del suelo.

—Anda, vete a jugar por ahí, aquí ya has escuchado bastante. —Mariana se aseguró de que la niña se alejaba lo suficiente y se acercó a Lenka. No podía soportar que creyera que iba a estar detrás de ella toda la vida. Le contestó en voz muy baja—: Una creyente muy puta, diría yo.

—Llámame lo que quieras, tú y yo sabemos por qué me insultas. Y cuanto antes te hagas a la idea de lo que hay, mejor.

—Sé que en el fondo no pensáis lo que os decís —intervine por fin—. Dice un proverbio hindú que quien cae al suelo se levanta con su propia fuerza. Aceptad vuestra naturaleza. Lo que importa es que siempre estaremos juntas si nos necesitamos, porque nos queremos. —Las agarré a las dos por los codos—. ¿Pasamos ya al salón? Mi madre habrá puesto la merienda, es raro que no haya salido a avisarnos.

Lenka se soltó de mí. ¿No había forma de ocultarme un puñetero secreto?

Me fijé en Daniella, se había vuelto a sentar en el suelo un par de macetones más allá; tenía el pelo despeinado y las manos repletas de restos verdes. El vestido era mejor no mirárselo. Me aproximé a ella y le acaricié la cabeza. La quería tanto que me parecía bien casi todo lo que hacía; para regañarla ya estaban sus padres, aunque tampoco parecían tener mucho interés. Katerina seguía siendo una mujer melancólica; la mezcla de desmemoria, dolor y felicidad era un conglomerado de sentimientos turbio que había desembocado en una personalidad extraña. El color de su corazón era el del barro cocido. En ocasiones, la magia traía efectos indeseados. Muchas veces dudé sobre si hice bien al emplear el hechizo con ella. Aun así, esta nueva Katerina parecía mucho más feliz de lo que habría sido sin mi magia. Con Fernando, el bebedizo había servido solo como comienzo. El paso de los años había obrado en realidad el milagro: ahora era muy feliz, viendo crecer a Daniella y madurar a sus otros hijos, con sus pájaros, su trabajo, sus negocios, sus amistades, su mujer. No necesitaba más.

En ese momento supe que se iba a abrir la puerta de la única pared ciega de todo el invernadero. No podía predecir a voluntad, casi siempre las visiones eran inesperadas y poco útiles, pero esa vez me sirvieron para retirar a Daniella a tiempo. Gabriel y Rafael entraron en tromba. Los dos se habían convertido en adolescentes impetuosos. Rafael era un joven atlético, con una mirada demasiado tierna para lo aventurero y picaflor que había resultado. Gabriel, sin embargo, era serio y poco hablador. Con el pelo más rubio incluso que de niño y los ojos tan grises como el resto de su familia, parecía más checo que san Wenceslao, el patrono de Bohemia. También tenía mucho éxito entre las jóvenes, aunque ni Lenka ni Mariana le habían pillado con ninguna. Ambos chicos habían terminado llevándose muy bien, quizá porque jamás volvieron a mencionar el motivo de aquel puñetazo de Gabriel.

Rafael se paró de golpe nada más vernos. Mi hermano de este mundo se aproximó a mí, aunque fue el otro quien habló:

—Nos han enviado a buscaros.

—Podías haberte ahorrado la molestia, ya íbamos a entrar.

Mariana se había hecho la promesa muchas veces de ignorar por completo a su hermano, pero casi nunca podía cumplirla.

—Bueno, no está mal venir a comprobar qué estáis haciendo. Alguien tiene que vigilaros. ¿Verdad, Gabriel?

Él no respondió. Mariana siguió increpando a Rafael.

—Anda, vete ya, que vamos enseguida. ¿O vienes a buscar a alguien más?

Lenka ya tenía otra vez esa cara de tonta que se le ponía cuando tenía tan cerca a alguien del otro sexo. Sobre todo si era tan atractivo como ellos dos.

—Noa, por favor, mamá quiere que lleves a Daniella a merendar, se le está pasando la hora de descansar.

—No, espera. Lo mejor es que te la lleves tú mientras termino de recoger esto. Es un demonio rubio vivo.

Él cogió a la niña de la mano y comenzó a andar con ella hacia la puerta pero, antes de salir del invernadero, se volvió hacia mí. Rafael estaba a mi lado y me observaba con desdén. Me pareció que mi *hermanobis* iba a decirle algo, pero salió con Daniella. Barathi me había advertido: «Pasa a su lado como un pajarillo, vuela si le ves venir, escóndete si le oyes llorar, picotea las migajas siempre cuando él no te vea». Y yo había seguido sus consejos. Cuántas veces dormí con las muñecas untadas con semillas de vainilla reblandecidas en miel y, al salir el sol, canté en silencio los mantras del desamor mientras me concentraba en su respiración y mi mente vagaba por lugares del otro mundo, para ahuyentar de mí su mirada. Y creí que había surtido efecto, porque él, desde aquel beso que nunca debió darme, apenas mostraba interés en mí.

Gabriel tomó en brazos a la niña y se dirigió a la casa mientras le hacía cosquillas bajo los brazos. Ella estalló en risas. El jardín estaba mojado. Había llovido y goterones fríos caían aún de las ramas. El cielo seguía teniendo el color de la piedra y la tierra olía a alumbramiento.

—¿Y bien? —Mariana se encaró con su hermano.

—Y bien, ¿qué?

Rafael pasó rozando adrede mi brazo desnudo, pero salió sin decirme nada. El escalofrío que me removió fue a dar su último coletazo en el estómago, pero continué metiendo en un saco la tierra derramada.

—Qué extraño, no se ha quedado contigo. Debe de tener fiebre.

—Mariana, déjalo ya, por favor. Tu hermano no está tan loco por mí como tú piensas. Solo fueron cosas de críos.

—Ya, ya. Lo que tú digas. Si prefieres pensar eso, allá tú. Pero date prisa, que tengo hambre. Estos son capaces de comérselo todo. —Mariana me miraba con un gesto de impaciencia. Parecía habérselo pasado el enfado.

—Id vosotras, por favor. Quiero dejar todo esto como estaba.

Por fin me quedé sola. Necesitaba un momento, nada más. No conseguía respirar con normalidad; no me gustaba verlos, ni juntos ni separados. Aunque ya habían pasado muchos años, yo no había podido olvidar. Y mi miedo era atroz. Tenía la imagen y las palabras de mi hermana desangrada incrustadas en el cerebro. Muchas veces había pensado en contarles a mis amigas cómo había muerto, pero solo les había explicado que la vi morir y que fue por culpa del elefante. Jamás podría estar con un hombre, tanto si lo quería como si no. Aunque Lenka jurara que el sexo era lo más maravilloso que pudiéramos imaginar. Y recordaba con precisión el momento en que mis dos amigas, ellas entre risas y codazos, y yo lívida al averiguar por fin cómo murió Bhumika, me contaron en qué consistía con todo lujo de detalles, inconexas e increíbles como son los que se suministran de oídas, en el despertar de la libido que siempre llega. En mí aún era tan solo una promesa. Y sabía bien por qué permanecía incumplida. Lenka y Mariana me aseguraron entonces que el sexo era así, que así era cómo se follaba, que también se llamaba «hacer el amor» y que usar una expresión u otra solo dependía de quién te lo hiciera.

También por esa razón, de quién ni mirar al hermano de Mariana, que seguía insistiendo en que nos casáramos. Cuando iba de la mano de otra chica, me guiñaba un ojo y yo sabía lo que eso significaba: «No te preocupes, Noa. Estas son solo un entretenimiento hasta que estés preparada. Tú serás solo para mí». Y lo peor era que a veces no podía evitar fijarme en los chicos guapos o en los que eran amables conmigo. Me quedaba observando a los acompañantes de Lenka, cuando se pavoneaba con ellos a la salida del colegio y sentía una mezcla extraña, entre atracción y repulsa, de la que no podía deshacerme en horas.

Al único que yo evitaba siempre sin excepción era a Gabriel; aunque estuviéramos a solas, al hablarle ni lo miraba a los ojos. No me costaba: era algo que había aprendido de mi abuela; Asha lo hacía a menudo con los hombres con los que comerciaba, como casi todas las mujeres en la aldea, para evitar que las consideraran unas atrevidas sin honor. Sin embargo, no había logrado olvidar su beso. Ni mucho menos sus palabras. Todavía me agitaban el cuerpo con el mismo calambre de desesperanza o de miedo o de excitación. Y muchas veces me despertaba de madrugada soñando que Gabriel había muerto; que volvíamos a aquel oscuro cementerio helado, lleno de lápidas y flores secas, rematado por nubes con forma de serpientes de ocho cabezas; y que él era el cadáver que reposaba en el ataúd. Entonces me

despertaba empapada en sudor, con las manos heladas y la boca seca, ahogando un grito porque me había acostumbrado a hacerlo todo en silencio, igual que a rezar sin elevar la voz, para mí misma, sin molestar a los demás ni darles ni una sola razón que pudiera perturbarlos.

Y es que si el miedo y la culpa por separado eran suficientes para mantenerme en ese duermevela de sentimientos que no había conseguido amaestrar, juntos..., juntos eran un acicate fabuloso de la represión y la memoria. Quizá el mayor de todos los posibles.

Cuando conseguí reponerme, cerré bien la puerta del invernadero y entré en el salón. Busqué con la mirada a Daniella, que apareció corriendo tras una mesa llena de comida, no muy lejos de Katerina. Casi desde el principio, había asumido la función de protectora, solo para asegurarme de que no ocurriera nada que pudiera alterar la tranquilidad de esa familia a la que tanto debía. ¿Cuál habría sido mi futuro de haberme dejado en la India? Y durante todos esos años había logrado mi objetivo: ser la hija modélica, la hermana ideal, la joven perfecta. Tan solo existía una razón por la que quizás no lo fuera: que yo, además, me estaba convirtiendo en una bruja soberbia. En Europa ser bruja era mucho más fácil que en la India, donde un poder como el mío no podía dejar de percibirse ni de temerse.

Después de las flores de cardamomo y la fruta del *haritaki* que hicieron olvidar a Fernando y a Katerina, la profesora de música me sirvió como nuevo experimento. Yo le arreglé aquello con su marido; solo tuve que verterle en el vaso de agua que dejaba sobre su escritorio cuando comenzaba la clase algunas gotas del jugo de *bibhirtaki*, reducido en un cocimiento de azucenas cortadas de noche a la luz de la primera luna llena tras el monzón, que llegó enseguida —lo supe como lo sabía cada año a pesar de la distancia que me separaba de la India—. Sentí un escalofrío cuando, unos días más tarde, al entrar en el aula, ella nos indicó de nuevo la forma correcta de agarrar el instrumento:

—Ese dedo, Noa, ese dedo; ese cuello recto; y la vista siempre arriba. Así, estupendo, eres una primera violinista fantástica. Fantástica.

Me bastó esa sonrisa enigmática de mujer completa y serena para saber que él estaba de nuevo en su casa y mi profesora había vuelto a ser la misma, y tan aduladora como siempre: ni yo era una primera violinista ni lo llegaría a ser nunca. En ese país enamorado de la música, en el que todos los que conocía tenían en su salón un piano, una viola o un violín o incluso varios, ya fueran propios o alquilados, y además sabían tocarlos todos, yo podía darme por satisfecha si conseguía obtener la aprobación de mi maestra, aunque estuviera más motivada por la alegría de haber vuelto con el hombre al que amaba que por mi oído primoroso.

Después sucedió lo de la pulsera. De oro, diamantes y granate rojo, sin duda era el objeto máspreciado y valioso de toda la casa. Había sido un regalo que la bisabuela Milena le hizo a Katerina un verano en el que ella y su hermana Rachel fueron, de pequeñas, a la gran mansión neorrenacentista en los bosques de Bohemia donde la anciana amontonaba muebles, cuadros, perros y árboles, y decenas de sirvientas y mayordomos. Katerina era su preferida y no le dio la gana de maquillar su predilección cuando le regaló su pulsera delante de Rachel y de algunos de sus primos.

Pero un día Katerina echó de menos la joya al ir a ponérsela para lucirla en el *lunch* de la legación española al que los habían invitado Irene y Lucas, con su entusiasmo habitual. Además de miembros de otras embajadas, iban a asistir políticos importantes, periodistas, profesores de universidad y hasta artistas: la *crème de la crème* de la sociedad checa. No hubo forma de encontrar la pulsera de la bisabuela Milena. Revolvimos la casa de una punta a la otra; Erik buscó por todo el jardín y el invernadero; hasta Daniella había puesto patas arriba su cuarto en busca de la alhaja. Entonces deseé saber dónde estaba y quién la tenía. Me senté en el suelo en mi habitación, a solas y a puerta cerrada, y oré. Hablé con mi madre y con mi abuela; ya había perfeccionado la técnica lo suficiente como para lograrlo la mayor parte de las veces, aunque no abusaba de ella por miedo a llamar la atención de aquello que fuera lo que controlaba el tránsito y tuviera que dejar de verlas. Pero ellas no me ayudaron, habían dejado de aconsejarme, era mi turno: mi fuerza y mi conocimiento debían marcarme un camino u otro. Estaba preparada para seguir sola.

Al principio solo vi dónde se encontraba, un lugar oscuro y húmedo que no supe identificar; pero pronto reconocí al culpable y llegué hasta él: el gato de color gris caricia adoptado se había convertido en compañero inseparable de Daniella y hacía mucho que se había quedado a vivir en la casa. Atraído por el color rojo y verde de las piedras, por el brillo del oro o por algún sortilegio misterioso que solo Bhumika conocía, el animal había decidido ocultar la pulsera. Y la había escondido a conciencia en el jardín, en un agujero tras las camelias. No tuve que explicarles cómo había conseguido encontrarla: todos prefirieron pensar que era por la misma intuición que me había guiado en otras decenas de ocasiones. Desde entonces tuve claro que mi hermana era el alma ladrona y curiosa de ese gato al que le gustaban tanto las joyas y la mermelada de frambuesa. Bhumika jamás la había probado pero yo sabía que habría sido su favorita. Y le habría encandilado la pulsera de la bisabuela Milena.

Miré a mi alrededor. Gabriel, Felipe y Mariana se habían sentado alrededor de la mesa de juego. Era espléndida, de madera de Camagüey del siglo XVIII, herencia de la tía de Fernando que había vivido en Cuba de niña. Los dos matrimonios se encontraban en el mirador, en los mullidos sillones de terciopelo gris desde los que se disfrutaba de la mejor vista del jardín. Los cuatro parecían más jóvenes de lo que eran. Sobre todo Irene, con su sonrisa de dama griega y su escote de meretriz francesa.

—¿Cuándo nos vas a interpretar algo, Katerina? Tenemos muchas ganas de oírte alguna vez.

—Hace mucho tiempo que no toco en público, Irene. Dejé de hacerlo hasta que nació Daniella y ahora ya solo toco cuando estoy sola o con mi familia.

—Pero es una pena, ¿por qué ha sido eso?

—Ya no me apetece tocar para los demás. No es por vosotros, ni mucho menos. Y sigo practicando casi todos los días, también cuando repasamos las lecciones con Gabriel y Noa; hasta Daniella ha empezado ya, *piano piano*. No se puede vivir sin la música, es nuestro espíritu.

—¿Y cuándo tenéis pensado volver a la India? —Lucas dejó el cigarro sobre el cenicero.

Fernando se levantó y se acercó a abrir un poco la ventana mientras respondía a su amigo.

—Este no es el momento de viajar, Lucas, nos habría gustado volver a la India para ver a mis cuñados, pero hemos invertido gran parte de nuestro dinero en acciones de una empresa que fabrica e importa joyas de granate checo, estoy seguro de que se pondrá de moda en breve y ganaremos mucho dinero. Os recomiendo que invirtáis algo también, aunque el beneficio se obtendrá a largo plazo. Así que ahora toca ahorrar un poco. Es el precio que hay que pagar si se quiere avanzar, el dinero parado no hace nada.

—¿Granate checo? No lo había oído nunca, ¿es algún tipo de metal?

Las campanillas del pulsador de la puerta principal sonaron y Daniella salió corriendo hacia la entrada. Pero volvió enseguida y se escondió detrás de mí. Todos rieron al verla yendo y viniendo de un lado a otro a toda prisa.

—No te molestes, Katerina, abro yo. Ya sé quiénes son. Han llegado muy puntuales.

—No me habías dicho que estuviéramos esperando a nadie más.

—Es cierto, quería darte una sorpresa.

En pocos minutos Fernando entró de nuevo en el salón acompañado de una pareja. Ella era muy joven, casi de mi edad: morena, exótica, cálida, elegante como el cisne de Sarasvati. Ni rastro de pintura en sus ojos ni en el resto de su rostro. Su acompañante sonrió a todos al atravesar la puerta. Katerina tuvo que dejar la taza sobre la mesa. Lucas e Irene se habían acercado ya a los recién llegados.

—Permitidme que os presente a mi primo, Víctor Sandoval, y a su encantadora esposa, Mérida. Ella tiene mucha relación con el cuerpo diplomático, su padre es jefe de la legación española en Polonia. Quizás lo conozcas, Lucas.

—Pues no, somos tantos los embajadores de España dispersos por el mundo..., pero será un placer que me presente a su bella esposa. —Lucas besaba ya la mano de la joven.

—Ten cuidado, esposo mío, a ver si se te va a caer la baba sobre el precioso escote de la prima de Fernando. —Irene miraba a la joven mientras se acercaba a su marido, al que tomó del brazo con decisión. Sonrió con elegancia a Mérida y se atusó un poco el pelo; en el contraste, pareció una mujer triste y celosa.

Fernando buscó a su lado a Katerina, pero se había quedado sentada con la vista perdida. Él dudó unos instantes si se encontraría indispuesta o si había hecho mal en traerlos sin avisar. Pero, al fin y al cabo, Víctor era de su familia.

—Permitidme que os felicite de nuevo por vuestro matrimonio, primos. Y espero que el regalo os llegara en perfectas condiciones.

—No queremos que penséis que no os invitamos por descortesía o por olvido. La nuestra fue una boda relámpago. Nos casamos por sorpresa, en México. En secreto para todo el mundo hasta que ya no hubo remedio. Pero los padres de Mérida están ahora en Polonia, así que decidimos hacer este viaje y pensamos que lo mejor era venir a veros. Os agradecemos mucho la cristalería de Bohemia, magnífica; a mi suegra le encantó, creo que mucho más que su yerno, por desgracia.

Mi madre de este mundo seguía sin moverse del sillón. Mérida se acercó y le dio un sentido abrazo; no había atravesado media Europa para renunciar ahora a

presentarse ante la bellísima Katerina y el bobalicon de su marido.

—Qué ganas tenía de conocerla, prima, si no le importa que la llame así. Mi marido me ha hablado mucho de ustedes, de su primo y también de las dos hermanas checas. Quedó prendado de su belleza. No ha dejado de insistir en que los visitáramos.

Katerina ignoró el tono burlesco de Mérida y la tomó de las manos. Sintió una profunda tristeza al verla al lado de él. Quizás ese pájaro que tenía por marido habría sentado la cabeza después de tantos años.

—Mucha suerte te deseo en vuestro matrimonio, mi querida niña. Permíteme que vaya a buscar a mis hijos, seguro que les gustará conocerte. —Katerina se levantó y, sin mirar siquiera a Víctor, se fue hacia el otro lado del salón para servirse un poco de Becherovka. El licor contenía agua de Karlovy Vary, azúcar natural, alcohol de calidad y plantas medicinales. Jamás lo había probado antes, lo compraba para Fernando y sus invitados a sus partidas de damas, pero en esa ocasión lo necesitaba. Antes de que la bebida le hiciera efecto, se dirigió a mi amiga Mariana—: ¿Y Noa y Daniella? ¿Por qué no están con vosotros?

—La verdad es que no lo sé, Noa se ha llevado a la niña pero no ha dicho nada.

—Hijo, ¿tú sabes dónde está Noa?

—Yo no sé siempre dónde está Noa, madre, ¿por qué tendría que saberlo?

—Es cierto, discúlpame. Por favor, acompáñame, tu padre quiere que saludes a su primo. Lo habrás olvidado, hace muchos años que no lo ves.

Gabriel la siguió sin preguntar y Katerina le presentó a Víctor y a Mérida; ella lo abrazó y lo besó con mucho entusiasmo. Pero mi hermano de este mundo, como todos los jóvenes, tenía prisa por desembarazarse de los mayores y enseguida volvió a seguir jugando a los naipes con Rafael.

—Cuánto ha cambiado, ahora se parece mucho a ti, Katerina. Nada de las redondeces de mi querido primo. Pero también teníais una hija, ¿no? Una pequeña muy guapa que...

Katerina no esperó a que Víctor terminara la frase y había vuelto a instalarse en la butaca más alejada de él que encontró; además, el licor había empezado a hacerle efecto. Su marido comenzaba a preocuparse. Se colocó a su lado y le acarició el rostro un instante, sin importarle el protocolo, pero ella no se movió. Fernando respondió algo azorado.

—Noa está por ahí, con Daniella. Y tienes razón, sin duda, Gabriel se parece a su madre, por suerte para él. Pero hacedme el favor de sentaros y tomar algo con nosotros. Estábamos a punto de empezar a merendar.

Irene recuperó parte de su esplendor en cuanto Mérida se sentó en una butaca y Víctor se recostó en uno de sus reposabrazos, de forma que su cuerpo la tapaba en parte.

—Sí, aunque Fernando nos estaba hablando de negocios. Y me he quedado con las ganas de saber qué es el granate checo.

—¿El granate checo? —Mérida se llevó las manos a la cara como los niños ante el desfile de los elefantes coloreados—. No puedo creerlo, últimamente no dejo de oír hablar sobre esa piedra. Mi marido podría explicarte bien lo que es, Irene, es un gran aficionado a esos lujos y otras exquisiteces.

—Pues claro que sí, con mucho gusto. Se trata de una piedra preciosa que se usa mucho aquí, en Centroeuropa, para hacer joyas de oro, plata o plata dorada. Solo hay yacimientos en Bohemia y es el más precioso de los granates, de un color rojizo muy fuerte y brillante. Incluso hay quienes le asignan poderes curativos, aunque yo no creo en esas cosas. Las piedras tienen que ser talladas por joyeros y talladores expertos, son muy frágiles. Pero tienen una belleza y un valor indiscutibles.

—Así es, primo. En este país hay una gran tradición de usar joyas con granates, incluso entre los emperadores. Muchos creen que ayudan a superar la depresión y la melancolía. Katerina tiene varias pulseras con esa piedra. Antes de que llegais, les contaba a nuestros amigos que hemos comprado acciones de una empresa de granates bohemios. Ha entrado en bolsa hace poco y es una gran joyería familiar que ha empezado a exportar a Rusia.

—Qué pena no poder verlas. Si realmente son tan valiosas y hermosas, no entiendo cómo no se han puesto de moda antes. —Irene mantenía ese tono irónico que Katerina nunca sabía interpretar.

—Mira, estos son granates checos. —Mi *madrebis* se levantó la manga y se acercó a su amiga; debajo del suave tejido de muselina negra, la pulsera que había encandilado al gato en el que se reencarnó Bhumika resplandecía.

—¡Ay! ¡Por todos los santos! Pero ¡sí es un primor! Qué preciosidad. ¿De dónde has sacado esta maravilla?

—Es un regalo de mi abuela. Es muy antigua, tiene más de cien años.

—Verdaderamente hermosa. Y muy generosa, tu abuela. Ya quisiera yo para mí abuelas como la tuya. ¿Me dejas que me la pruebe?

Irene observaba la pulsera como Asha y yo a veces mirábamos al cielo esperando la lluvia. Katerina se bajó la manga hasta volverse a tapar la pulsera, pero Irene tardó un instante en subírsela de nuevo y buscar el broche. Enseguida se la quitó, la colocó en su muñeca y la abrochó; con la otra mano, acariciaba las pequeñas piedras verdes y rojas engarzadas entre los eslabones en forma de florecillas.

—Es verdaderamente hermoso el granate checo, pero más bonitas son estas piedras; son diamantes, ¿verdad?

—Sí, Irene, lo son.

—No dejes que se la pruebe demasiado, Katerina, o no te la devolverá. Parece que mi mujer comparte con tu primo una cara afición: le fascinan las joyas. Tanto como a mí ella. Y esa es una mala combinación, como podéis imaginar.

Irene no respondió a su marido. Se quitó la pulsera y se la volvió a poner con cuidado a Katerina. El brillo en sus ojos era ahora diferente. Se sentó y cruzó las piernas antes de tomar otro sorbo de té que debía de estar demasiado caliente, a juzgar por el rubor creciente de sus mejillas. La porcelana era una maravilla y su marido un cretino.

Víctor, sin embargo, parecía iluminado por el resplandor de la fortuna. Había estado observando la pulsera sin apenas parpadear, paralizado sobre el reposabrazos de la silla, como una gallina clueca. No había sido capaz ni de cambiar la pierna de lado y empezaba a sentir pinchazos.

—Por favor, no quiero ser maleducado, pero llevamos todo el día por ahí. Si me decís dónde está el escusado...

Fernando le indicó cómo llegar e incluso quiso acompañarlo, pero Víctor declinó su ofrecimiento. Conocía aquella casa de memoria, la había estudiado miles de veces, siempre que un mal negocio o una apuesta equivocada lo habían vuelto a arruinar. Hasta había copiado a un cuaderno el plano de la servilleta en la que, ni recordaba cuánto hacía de aquello, Rachel le dibujó con una precisión asombrosa la vivienda de su hermana en Praga. Los sentidos, después de todo, no se atrofiaban tanto después de una noche de sexo fabuloso. Entonces, borracha de placer y más de licor bengalí, y entusiasmada por haberse atrevido a hacer lo que había hecho mientras su perfecta hermana dormía en la habitación de al lado y la maharani no mucho más lejos, le había contado sin ningún pudor su mayor secreto. Junto con la lengua se le habían soltado las penas del corazón, y él le sirvió bien para usar la una y reparar algo el otro.

Víctor atravesó toda la casa hasta llegar a la habitación de Katerina y Fernando, donde durante mucho tiempo había pensado que podría encontrar esa pulsera. Aleccionado por Rachel, sabía que allí guardaban el gran tesoro de Katerina, el que le habría correspondido recibir a Rachel, que para algo era la mayor, y que, sin embargo, su abuela regaló a su hermana pequeña. A ella le correspondió un anillo que no llegaba ni a la cuarta parte del valor de la maldita pulsera. Estaba harta de ser la segundona: ella era la menos agraciada, la que se había casado con el menos guapo y el menos listo, la que había terminado en ese lugar perdido del mundo, viviendo entre salvajes y mendigos. Y Katerina, la original, la diferente, la mosquita muerta, la que siempre ganaba en todo sin haberlo merecido.

Él sabía que había puesto demasiadas esperanzas en que la joya existiera de verdad o tuviera el valor que Rachel le había asignado y nunca pensó que fuera a encontrarse con ella de un modo tan sencillo, y nada más volver a ver a Katerina. Cuando convenció a Mérida para ir a visitar a su estúpido primo, de camino a la residencia de sus padres en Polonia, no tenía ninguna gana de volver a verlo, bastante le había hecho sufrir ya de niño, él y su familia perfecta que todo lo tenía. Además, si esa pulsera existiera de verdad, ya la habrían vendido o era muy probable que no tuviera ni la oportunidad de buscarla. Según el joyero de confianza al que había consultado, su antigüedad y su constitución hacían que su precio en el mercado fuera suficiente para vivir bien mucho tiempo, y más ahora que se había quedado sin un dólar en ese negocio del demonio que hizo en México. De no haber sido por Mérida...

Víctor siguió examinando el cuarto, intentando adivinar el lugar donde Katerina guardaría esa joya cuando se la quitara. Se acercó a la mesilla de noche y abrió la puertezuela, aunque solo halló libros. Sacó algunos y se fijó en un ejemplar un tanto extraño. Era una biblia antigua, escrita en checo, más pequeña que las habituales y con unos delicados grabados dorados al principio de cada Evangelio. Así que su estúpido primo seguía coleccionando libros raros y conservaba su buen gusto; maldito idiota. De ese ya se podía ir despidiendo. Se lo metió entre la camisa y el pantalón y se ajustó más el cinturón para que no se le cayera. Volvió al salón. Allí, solo

Katerina se percató al instante de su regreso; como si intuyera algo, ella le sostenía la mirada con esos ojos tan azules como el reverso de las olas y tan fieros como su batir contra las rocas. La mujer de su primo seguía siendo la más hermosa de la sala, incluso más que Mérida. Quizás le parecía así porque siempre le habían gustado las damas más elegantes y refinadas, aunque al final terminara llevándose a la cama a las más putas; ella había sido la única mujer en toda su vida que se le había resistido, por ahora. Podría ser también porque esa joya que llevaba puesta en la muñeca la hubiera llevado a convertirse de repente en la mujer más deseable de toda Praga. Pero por encima de todo, sabía que Katerina ejercía sobre él tal influjo por ser la mujer de su primo, la señora esposa de Fernando Liberman.

Víctor se sentó junto a Mérida. En la mesa, las bandejas de plata vieja y las delicadas tazas estaban por fin todas vacías, pero Katerina había repuesto la jarra de chocolate y un gran plato con rebanadas de pan frito en aceite, que tanto gustaban a Irene, tal como se hacían en España. Pero él no era capaz de seguir la conversación. Se hundió en la butaca y se dedicó a imaginar lo que haría con el dinero que obtendría si consiguiera la pulsera. Se le ocurrían tantas posibilidades que le temblaban los labios. Solo oía de fondo la voz de Lucas, que se había llevado a la boca varios picatostes empapados en chocolate demasiado seguidos y, entre bocado y bocado, intentaba terminar la frase:

—En fin, creo que sois muy valientes los dos, invertir vuestro dinero así como así con los aires raros que vienen de todos lados, sobre todo del oeste. No sé, Fernando, creo que es un poco arriesgado.

—Estoy convencido de que es una inversión segura. Muchos conocidos también se han animado.

—Pero Hitler está haciendo muchos movimientos extraños y no parece tener muy buenas intenciones. Aunque me pone más nervioso lo que ocurre en España, para qué voy a mentirte. Casi es mejor no hablar de este tema. Es muy aburrido.

—Pues sobre España no podemos opinar, Lucas, vosotros estáis mucho mejor informados. Pero sí te digo que a nosotros Hitler no nos da ningún miedo. — Fernando habló con seguridad. El hombre de leyes confiaba en la ley.

—¿Ah, no? No sé qué decirte.

—Vivimos en una Europa democrática. Por mucho que Hitler quisiera, los países más poderosos no permitirían nunca que un fascismo se impusiera a estas alturas de la Historia. Es impensable imaginarlo. Estoy seguro de que estamos a salvo, gracias a Dios, de todos esos a los que les gustaría ponerse a mandar sin que les corresponda. Sería una locura tremenda permitir otra cosa. ¿No creéis?

Fernando había dejado las chaquetas en el guardarropa por sí, a la salida, la noche se tornaba fría. Yo esperaba con Daniella y Katerina al pie de las monumentales escaleras del Teatro Nacional; la niña no paraba de subir escalones y saltarlos; los dos lazos rojos que le sujetaban las coletas se meneaban sin cesar; parecía poseída por algún diablillo de cuentos europeos. Gabriel se había quedado en casa, estudiando para un examen, cada día eran más complicados y él más riguroso. Pero en breve iban a dejar de representar esa magnífica ópera y Katerina había insistido en que debíamos ir a verla. Al entrar al palco, me senté junto a Daniella, que enseguida se acurrucó sobre el sillón de terciopelo rojo.

—Mira, Lila, ¡qué suave! Es como el gato...

Los músicos empezaron a afinar los instrumentos, parecían mujeres quejumbrosas llorando a destiempo, aunque sus voces iban siendo cada vez más armónicas. Daniella no podía dejar de moverse en el sillón, aunque me las ingeniaba para mantenerla sentada a mi lado, a costa de contarle cuentos, que le encandilaban al menos unos minutos. Cuando se cansaba, le hacía cosquillas en los brazos. Eso era lo que más le gustaba: podía pasarse horas y horas sintiendo esas hormigas nerviosas en la piel. Se apagaron las miles de bombillas, el escenario se iluminó y comenzó la representación de *Los cuentos de Hoffman*. Decenas de voces mágicas sonaron acompañadas de las melodías de la orquesta, entre subidas y bajadas del grueso telón y los aplausos del público. Me estremecí. Cada vez que Katerina me proponía ir a la ópera, aceptaba sin dudar. Y se me hizo demasiado corta; a diferencia de a Daniella, que se despertó con las palmas y los vítores finales.

Al salir, el edificio iluminado resaltaba en la oscuridad con un brillo majestuoso como el de la virtud. La noche se había encaprichado de la luna y la estaba cortejando. Anduvimos despacio, pegados a la orilla del río, que de noche parecía de mentira, inventado adrede como escenario de ese teatro fabuloso que era toda la ciudad. Al cabo de pocos minutos, ya tuvimos que detenernos para que Daniella mirara, como siempre, el Castillo, al otro lado del Moldava; las torres de la catedral de San Vito se veían como atalayas sobre las callejuelas de los alquimistas y los tejados barrocos de Malá Strana. Los santos de piedra del Puente de Carlos parecían perfilados con polvo de arroz en ese lúgubre lienzo que era siempre la oscuridad.

Giramos hacia la calle de Resslova para tomar el tranvía. Daniella se cansaría enseguida de andar, en cuanto dejara de ver el río, que la maravillaba; en cualquier momento esperaba ver aparecer un misterioso gnomo o, mucho mejor, uno de mis *Devas*. Fernando nos avisó:

—Vamos, tenemos que darnos prisa, el tranvía debe de estar a punto de pasar.

Pero no pude seguir andando. De súbito, me quedé paralizada. Solté la mano de Daniella y en el mismo momento dejé de oler, reconocer y escuchar nada que proviniera del mundo real. No podía ver a Katerina ni a Fernando, ni tampoco a mi hermana. Empecé a percibir una frialdad extraña que me pinchaba la piel y solo distinguía sombras, como si me hubiera colocado tras una cortina oscura y muy fina. Desde el otro lado de esa gasa podía ver y oír lo que sucedía en otro tiempo y en otro mundo, quizás en uno paralelo a este o más allá. Aunque identificaba la misma iglesia que acabábamos de dejar atrás, la de los Santos Cirilo y Metodio, supe que la que yo contemplaba estaba en otra dimensión. A su alrededor, parapetados detrás de sacos mugrientos apilados en el suelo, empecé a ver a cientos de hombres con ese uniforme en el que destacaba la esvástica, que ya había visualizado antes en la ciudad de las cinco ciudades. Los soldados del partido nazi estaban disparando en dirección a la iglesia. Era la madrugada de un mes caluroso; en las casas de enfrente, más soldados esperaban resguardados tras nidos de ametralladoras y tres carros de combate mayores que elefantes. Delante de todos ellos, un cañón apuntaba a la entrada del templo. Los gritos y los disparos aturdíen mis oídos. Ansiaba despertar de esa visión horripilante. Otros soldados entraron corriendo en la iglesia; yo los sentía, los escuchaba y hasta los olía: sus caras de demonios rojos, sus dientes rechinando, el hedor del miedo en sus vísceras y en su cerebro; la sed de violencia y el odio en su ser. El tremendo odio que olía también a azufre y a muerte. Sabía que eran alemanes, igual que Erik el jardinero, pero su karma no estaba limpio como el de él. Y su alma clamaba por un mundo más mezquino, donde también había parias como en mi país y unos habían pasado a ser esclavos de otros.

Entonces vi dentro de la iglesia. Un hombre muy joven que había llegado por el aire con otros como él cayó a los pies del coro. La esquirra de una granada le había abierto el pecho, el fragmento de metal le rajó la carne como el carnicero de Katerina cortaba la ternera. Supe hasta su nombre y divisé con claridad sus ojos claros y su pelo rubio apenas crecido tras raparlo al uno. El que acababa de morir era militar también aunque checoslovaco, se llamaba Jan y fue el primero de todos sus compañeros en perecer. Vi también a Adolf tomándose un líquido mortífero y pegándose después un tiro en la sien. Ya había percibido su miedo y su alegría, la que siente el que da la vida tras cumplir con su deber, tras elegir el lado donde la maldad no gana nunca, venciendo definitivamente en su muerte. Y observé caer a un tercero, de nombre Josef, al instante de arrimarse su pistola a la cabeza y apretar el gatillo. Sus ojos vivos, su mirada de desafío, su sangre tiñendo lentamente su memoria.

Entonces me vi transportada a las entrañas del sagrado templo, a su cripta; allí, junto a las almas impasibles de los muertos que vagaban sin molestar ni intervenir en otras esferas de tiempo, había otros cuatro soldados checoslovacos. Me fijé en la losa que cubría la única comunicación del templo con la cripta, de apenas el tamaño de un tablero de ajedrez. Los alemanes arrojaron a través de su apertura una granada, pero los del sótano, parapetados en su dignidad, sacaron fuerzas para devolverla. Siempre sabía distinguir el mundo que veía del que vivía, pero esta vez algo se me estaba rompiendo dentro. Otro joven, apodado El Traidor, estaba siendo tiroteado por sus antiguos compañeros desde la cripta, obligado a entrar allí por los nazis a los que les había vendido. Oí la voz firme y clara de los soldados que seguían resistiendo, cuatro contra mil:

—¡Somos checos! ¡Jamás nos rendiremos!, ¿oyen? ¡Jamás!

Más ráfagas de ametralladora intentaban sofocar el grito de quienes habían elegido luchar por el bien. También lo oyeron los bomberos de Praga, que arremetían contra el muro de la iglesia con un ariete para entregar a sus compatriotas a los nazis, poseídos por la enajenación de la guerra. Era macizo y no lograron su objetivo, pero desde arriba comenzaron a insuflar gas y a inundar de agua el sótano. Los checoslovacos cortaban las mangueras y las arrojaban fuera, aunque se negaban a disparar a los bomberos: no eran su enemigo. Pero su final se aproximaba, el agua ya les llegaba a las rodillas. Empecé a dejar de verlos mientras oía el susurro de otros nombres: Josef Gabcík, Jaroslav Svarc, Josef Valčík, Jan Hrubý. Ellos también terminarían disparándose en la sien entre tinieblas.

Vi sus cabezas separadas de sus cuerpos, exhibidas ante todos en otro lugar. Y muchos más muertos; imposible contarlos, cadáveres que servían para vengar a ese otro nombre que muchas voces gritaban hasta hacer que me llevara las manos a los oídos: Heydrich *El Carnicero de Praga*, el que odia a los eslavos, el que les habría llevado a un destino de esclavitud en el Reich de los Mil Años. Comprendí sin duda quiénes eran los que había visto morir en la iglesia: los asesinos de un asesino. Y escuché los murmullos de otros nombres: Antropoide, Lidice, Ravensbrück, Chelmno. Lloré y no supe si era en ese mundo de pesadilla del que necesitaba huir o si las lágrimas me brotaban de verdad. Solo tenía que salir de esa maldita alucinación en la que había quedado apresada con una vivacidad que jamás había experimentado. Chelmno, Chelmno, Chelmno. Desde aquel infierno, voces de ultratumba gritaban ese nombre. ¿Por qué Chelmno?

Entonces distinguí a Lenka, mi amiga polaca. Esperaba en una fila, detrás de otras decenas de cadáveres que aún no lo eran. Al igual que las otras innumerables almas que veía a su alrededor, estaba cautiva, trabajando para quienes le habían privado de libertad, esperando un destino fatal. Era la misma mezquindad que había visto ya en mi país: la de los parias y los *dalijs*, la de la pobreza y la esclavitud de una vida entregada a otros, más afortunados que ellos pero iguales en la esencia. Lo mismo daba que hubiera sido por culpa de los dioses o a través de la fuerza de las armas y la barbarie, esos hombres y mujeres estaban muertos en vida, sometida su voluntad para capricho y beneficio de los que decían ser superiores pero actuaban como los más rastroseros. Lenka estaba junto a las mujeres del pueblo de Lidice, en el que los soldados de la esvástica habían matado a casi todos en represalia por el atentado contra su cabecilla. Y a los demás se los habían llevado a Polonia, al que se llamaría alguna vez campo de concentración de Chelmno, el primer lugar del Tercer Reich en el que miles de inocentes como Lenka serían asesinados.

Pero ni el intenso dolor de ver allí a mi amiga me hizo despertar. Su rostro estaba cruelmente avejentado, un pellejo adherido a su calavera sin apenas pelo. Ni rastro en ella de la vida. Todos andaban despacio, desnudos, con las manos puestas en el hombro del siguiente, en una hilera de cadáveres con hálito que salía del sótano del castillo y subía la rampa metálica. Arriba, un cartel indicaba: «Hacia los baños». Algunos ya habían llegado a esos baños que no lo eran y se iban amontonando en el suelo o pegándose a las paredes para hacer sitio a los que compartirían su suerte. Entonces vislumbré lo que ocurriría después y no pude soportarlo. Grité con todas mis fuerzas.

—Noa, cariño, ¿qué te ocurre?

Katerina y Fernando seguían justo en el mismo lugar en el que había soltado la mano de Daniella, ni siquiera habían llegado a la parada del tranvía. Yo estaba

llorando. Apenas podía respirar. La niña se abrazó a mis piernas, con el corazón encogido como una semilla.

—Noa, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Pero yo no podía contarle. Además, ¿serviría de algo? ¿Me creerían? Tampoco podía evitar que aquello sucediera de verdad. Las personas decían su destino con sus actos, yo solo veía imágenes, podían ser premoniciones o no, podían llegar a cumplirse o no, ni siquiera tenía el poder de saberlo. ¿No decía Asha que el río nos lleva, que la corriente es eterna, que el hombre es aceptación? ¿Podría yo ser la tortuga que desova sobre la arena? Intenté sentir y dirigir mi respiración y, poco a poco, fui calmándome.

Katerina y Fernando nos habían llevado a un café y nos sentamos alrededor de una mesa. Me agradó el tacto cálido de la madera brillante, pulida por los incontables roces de los clientes. Tuve que beberme el vaso de agua que Fernando me trajo para que dejaran de preguntarme, y picar un trozo de pan, aunque se me quedó atascado en la boca del estómago el resto de la noche. Esa horrible visión no había sido más que una equivocación, una pesadilla tan espantosa que jamás podría convertirse en realidad.

Llegamos a casa mucho más tarde de lo previsto, aunque al menos Daniella ya no tenía hambre. Gabriel nos recibió preocupado, nunca antes nos habíamos retrasado tanto, pero nadie le explicó que yo había tardado una hora en volver a hablar y regresó a su cuarto para continuar estudiando. Yo me fui directa a mi habitación. Daniella me siguió y ambas nos acurrucamos en la cama, bajo las acogedoras mantas que podían protegernos hasta de los malos espíritus. Para mí, la mejor cura del alma siempre fueron los abrazos de alguien que te amara. Y Daniella lo sabía aunque, con su corta edad, no tenía ni idea de por qué se encontraba tan a gusto junto a mí. Unos minutos después, Katerina vino también a la habitación pero nos encontró calladas, la una abrazada a la otra, y solo entornó la puerta y se fue sin decir nada. Había oído hablar en la salita y se acercó a ver qué ocurría. Se quedó parapetada tras el ficus que casi rozaba el techo. Fernando entraba en su despacho con Lucas. Estaba muy cansado por la accidentada tarde y había intentado convencer a su amigo de que volviera otro día, pero no hubo manera. Lucas llevaba más de una hora y media esperándolo, sentado ante una taza de té que Gabriel le había llevado antes de volver a desaparecer en su habitación y centrarse en sus libros. Tenía que verlo, aunque habían sucedido tantas cosas que no sabía por dónde comenzar. Cuando terminó su explicación, Lucas sudaba, pero sentía un alivio muy grande. El alivio de los cobardes.

—Mi querido amigo —le replicó Fernando—, siento mucho todo lo que me cuentas. Tengo muy buenos amigos españoles. No solo a vosotros. Esta situación es muy triste y difícil. Tanto Katerina como yo os apreciamos mucho, y los chicos, bueno, qué voy a decirte. Si al final os vais ya de Praga, Noa y Gabriel lo sentirán mucho. Pero, ya se sabe, es todo tan complicado a veces...

—Así es, nunca puedes estar seguro de dónde está lo que más conviene. Te agradezco que comprendas mi postura y que no me juzgues. Y, sobre todo, Fernando, no vayas a contarle esto a nadie... Es un tema delicado. He venido porque somos amigos desde hace muchos años. Llevo varios días sin dormir. Esto es una mierda, así de claro. Una mierda muy grande que va a caerle encima a muchos. Me gustaría tener tu opinión como abogado.

—Pues lamento no poder serte útil, Lucas. En este caso, poco puedo decirte que no sepas ya. Sigo cualquier información sobre España, para mí Sefarad es una herida abierta, pero no sé tanto como para aconsejarte. Sé lo que sabemos más o menos aquí, lo del golpe de Estado de Primo de Rivera, la promulgación de la República, las continuas reformas y el malestar en algunos sectores de la sociedad, pero oyendo a unos y a otros..., no parecen estar hablando del mismo país ni de los mismos hechos. Pero es tu vida y la de tu familia, Lucas. Lo que hagas, bien hecho estará.

—Lo que más me interesa es que me entiendas, Fernando. Esas dos formas de vivir y de ver la vida siempre han existido, pero pueden coexistir. Tú y yo pensamos de forma muy diferente y, sin embargo, aquí estamos. Hemos pasado ratos muy buenos. Somos amigos. Para eso solo hace falta respeto, ¿o no? No quiero que pienses que me vendo al mejor postor, me gustaría que supieras que yo no dejo abandonado a un Gobierno legítimo.

Lucas bajó la cabeza. Tomó una pasta de la cajita de cartón estampada a lunares que Fernando acababa de abrir y se quedó observando uno de los cuadros del despacho. Un cazador con escopeta al hombro miraba al frente con cara de chiflado.

—No tienes que explicarme nada. ¿Quién soy yo para juzgar lo que hagas?

—Es que yo creo firmemente que ese Gobierno nos estaba conduciendo a la ruina. Muchos diplomáticos han seguido mi camino y otros, estoy seguro, se declararán a favor de los sublevados. Mi amigo y compañero de carrera en Londres, por ejemplo. Un buen hombre. Son muchos los que no han visto con buenos ojos que el Gobierno republicano haya acudido ya a los franceses y a otros en busca de armas. ¿Qué quieren? ¿Convertir esto en una guerra de verdad? No, por Dios, no. Por no hablar de los más ladinos, los que jugarán a dos bandas hasta que se sepa de qué lado se inclina la balanza. Yo no pienso actuar así, de mi boca no saldrá ni una palabra sobre mi país y la información confidencial que poseo está a salvo. Mi patria está por encima de mí. Por eso no quiero quedarme en la legación, como mi colega Lázaro, él continuará aquí a pesar de que el Gobierno de Caballero le ha sustituido por otro diplomático. Por ahora, son ellos los que deciden. Pero desde el propio Ministerio me han asegurado que los republicanos no van a poder hacer nada: más de doscientos diplomáticos de los casi cuatrocientos que hay en todo el mundo se han declarado a favor de los rebeldes.

—Que no me lo expliques, de verdad, que no quiero saberlo. Ni yo ni Katerina pensaremos mal de ti. Sabéis que podéis contar con nosotros para lo que necesitéis.

—¡Coño!, si es que además soy masón, Fernando. Si los rebeldes ganan, vete tú a saber si no me pegarán un tiro por gilipollas, por pasarme a su bando, que ese Franco tiene unas ideas muy enrevesadas. Pero es que yo también tengo ideales, Fernando. Me repugna servir a un Gobierno que está hasta las trancas de anarquistas y comunistas, que soy católico, a mí me han educado para respetar a los curas y a las monjas, por Dios santo, y esa barbarie que se ha apoderado de España... Y de eso, Azña ha tenido la culpa, a ver qué se pensaba que iba a pasar dándole armas a los anarquistas. Por eso no puedo seguir del lado de la República. Me han puesto entre la espada y la pared. Yo siempre he sido monárquico y hasta aristocrático, que para eso mi abuelo era duque, aunque pobre, bien que le gustaba contarle, y a pesar de todo he desempeñado con honor mi trabajo... Además, Fernando, ¡coño!, que esto es lo peor, mis suegros están en la zona de los sublevados.

Fernando no podía creer que Lucas se hubiera echado a llorar. Y no lloraba como un hombre, sino como un ratón. Y hacía pequeños ruiditos cada vez que tomaba aire. Le puso la mano en el hombro.

—Pues son demasiadas razones. España está en guerra ahora, lo está aunque no lo digan. Cada uno tiene que saber a qué bando pertenece por sus ideales. Pero no llores, por Dios, que aquí nadie va a criticar tu decisión. Todo lo que se hace por convicción es de respetar. No debes martirizarte más, hombre. Todos somos personas de bien, todos queremos lo mejor para nuestro país y para los nuestros. Yo te entiendo, también tengo familia y honor.

—Te lo agradezco, Fernando. No sabes cómo. —Lucas pareció rehacerse de repente, ya no le caía ni una lágrima. Se sonó la nariz y se metió otra pasta en la boca —. Y quédate tranquilo también tú, que esas propagandas republicanas sobre los fascismos no son más que formas desesperadas de intentar buscar apoyos fuera. Las democracias europeas están a salvo, también la española, estoy convencido de ello, si no lo estuviera, no podría volver a mi país. Ellos deberían haber actuado contra quienes han convertido España en un país sin ley, vendido al comunismo y a las hordas revolucionarias anarquistas. Eso les contesté cuando me enviaron el telegrama de Madrid en el que se me pedía lealtad al Gobierno, a principios de agosto. El mismo día les respondí como debía, manifestando mi adhesión incondicional a la Junta de Defensa Nacional y al movimiento de salvación de España.

—Y ¿sabes ya a quién han nombrado para sustituirte en la legación?

—No tengo ni idea. Ya no tengo acceso a las fuentes oficiales. Solo sé que me han cesado. El Decreto del 21 de agosto ha disuelto la carrera diplomática y ha creado una nueva con los funcionarios que ellos han estimado oportunos, sin oposiciones. En estos momentos no hay lugar para florituras. Me sustituirá un interino. También he recibido la confirmación del banco inglés que paga nuestros sueldos de que no me abonarán los dos meses que me debían hasta el día en que envié mi dimisión. Qué poca vergüenza, aunque era de esperar. Pero yo prefiero mantenerme al margen de aquí en adelante.

—Entonces, ¿os vais de Praga? Noa se va a poner muy triste cuando se entere de que Mariana se va.

No podía Fernando imaginarse hasta qué punto sentiría yo la ausencia de mi amiga, sobre todo ahora que la visión de Lenka me atormentaba como si atravesara descalza el infierno.

—No, no..., antes de volver a España pasaremos una temporada larga aquí, mientras se ve qué cariz van tomando los acontecimientos. Desde el alzamiento de Franco, todo ha sucedido muy rápido. Enseguida enviaron el cuestionario de lealtad para que nos definiéramos y saben perfectamente quiénes hemos optado por el otro bando.

—¿Un cuestionario para poner por escrito si eres leal al Gobierno republicano?

—Todos los miembros de la carrera diplomática hemos recibido uno. Si treinta días después del acuse de recibo no lo hemos rellenado o el Ministerio considera que no es satisfactorio, nos destituyen de oficio. No te puedes imaginar el lío que hay montado con los destituidos y los interinos que vienen a sustituirlos o los que son nombrados por decreto. Si es que he hecho muy bien en declararme a favor de Franco, que todos estos van a terminar muy mal.

Lucas se despidió con un brioso apretón de manos y salió de la casa dejando a mi *padrebis* con un sabor extraño en la garganta, como el del té de loto que aplaca la urticaria. Katerina entró en el despacho. En las manos llevaba una bandeja de plata con dos tazas. La porcelana rosada había sido un regalo de los padres de Lenka, el grabado de oro era exquisito y las rosas que adornaban cada pieza, tan delicadas como las de verdad. Sirvió el café. Olía a río movido por el vendaval.

—Lo has oído, claro —Fernando afirmó con un gesto de disgusto.

—No he podido evitarlo, nunca os metéis en el despacho, tenía curiosidad. Pero no he entendido nada.

—Se ha pasado al otro lado, nada más y nada menos. Juega a dos bandas. Si los sublevados pierden la guerra, los del Frente Popular no lo matarán, al menos no los que están en el poder ahora, son hombres de principios y Lucas lo sabe. Otra cosa es lo que opinarán los comunistas y los anarquistas. Pero las posibilidades de que estos asuman el poder son mínimas, creo yo, aunque ganaran los republicanos. Pero si el que gana es Franco, haberse puesto de su lado supondrá muchas ventajas y no haberlo hecho, muchos problemas. Así que está nadando y guardando la ropa.

—No pensé nunca que pudiera hacer algo así.

—Ya, pero hay que verse en la situación. Para juzgar, siempre hay que cambiarse de lugar y meterse en el cuerpo y la cabeza del reo. Así seríamos mucho más indulgentes o, al menos, más realistas. No sé qué pensar. A mí me parece oportunista, pero entiendo sus razones.

—Y ¿cuándo se van?

—Probablemente no se irán en una temporada. Lucas tiene aquí muchos amigos y algunos le deben favores. En Praga estará a salvo mientras la guerra se decide.

—Pues me alegraré por Noa si se quedan mucho tiempo. Lenka se va. Acaba de llamarla. Sigue en su habitación desde que hemos llegado, no quiere salir. No se le ha pasado todavía el disgusto y le dan esta noticia. Tal vez podrías subir a verla, le vendrá bien.

—No es posible, lo que le faltaba..., pobrecilla. ¿Y cómo ha sido eso? ¿Vuelven a Polonia?

—Sí, en unos meses. Noa me ha contado que los padres de Lenka no quieren arriesgarse con lo de Hitler. Prefieren regresar a su país para vender algunas propiedades que tienen allí. Después se marcharán a Estados Unidos. Yo creo que son unos exagerados y que en Checoslovaquia no va a ocurrir nada malo. Pero claro, cada uno es como es.

—Por ahora, sí podemos estar tranquilos. Pero son tiempos raros, amor, muy raros. Y a veces pienso que tantos movimientos hacia la extrema derecha no pueden traer nada bueno. La gente es mucho más primaria, ama u odia y ya está. Y eso es el fascismo: todos siguen al líder y no piensan. ¿Y Gabriel? ¿Sigue estudiando?

—Creo que no, le he oído entrar en la habitación de Noa.

Fernando miró a través de las ventanas cómo lloviznaba en la oscuridad. Se oyó el ulular de un búho real posado en un árbol no muy lejano; a su lado, su pareja de ojos brillantes como la serenidad estaba a punto de entrar en el nido y alimentar a sus polluelos, gordos y blancos, con el gusano que se removía enganchado en su pico. Fernando los oía, aunque no sabía reconocerlos. A veces, un ratón se despistaba entre la hojarasca y lo que comían era más sabroso. Otras, el ratón conseguía escapar de la lluvia y también de la muerte subiéndose al tronco retorcido. Nunca podías saber dónde se hallaría tu destino.

Gabriel también oía desde la casa piar a las crías y sí sabía reconocerlas. Le gustaba salir al campo y observar la naturaleza, los animales y las plantas. Conocía bien las especies y hasta sus costumbres. Pero en ese momento los ruidos de la noche no le interesaban, se había quedado en la puerta de mi habitación. Desde allí me contemplaba. Me había quedado dormida abrazada a Daniella. El pelo me caía por la cara y un mechón me rozaba los labios. Se obligó a dejar de mirarlos para no acercarse a besarlos. Por eso apenas me miraba nunca, mi hermano de este mundo no quería verme. No quería rozarme. Imaginar mi piel, mi sabor o mi calor era su condena. Pero no podía evitar desearme. A una bruja cegada que no era capaz de mirarle dentro.

Él había intentado ya muchas veces enamorarse de otras. No lo había conseguido. Incluso se había acostado con varias pero ni el roce de otra piel ni el sabor de otros labios le habían eximido de su penitencia. Por el pecado de amar. Hacía unos minutos, me había oído contándole a Katerina que Lenka se iría en pocas semanas y después también me escuchó llorar. Quiso entrar a consolarme, quiso cobijarme entre sus brazos, darme su calor, sentir el mío. Pero se quedó fuera, espiándome. No me consoló, no me cobijó, no me cubrió. Todavía. Y yo no descubrí su intención a tiempo.

Daniella protestó, ella quería seguir jugando con los regalos que el Christkind le había traído. Como siempre, se había colado por la doble ventana limpia como el jaspe. Apartar la nieve para que el niño de rubios cabellos y alas de pichón no se mojara ni resbalase era toda una ceremonia que nadie quería perderse en esa casa: todos en bata, reunidos frente a la cristalera, las manos congeladas, las narices rojas, el vaho saliendo por la boca, la mirada fija en Daniella que, nerviosísima, se esmeraba sin consentir que nadie la ayudase. Después siempre intentaba quedarse a verlo; no entendía por qué, si era un niño como ella, no podía conocerlo y darle las gracias por todo lo que le traía. Yo adornaba el árbol de Navidad abrumada por la cantidad de regalos que el Cristo niño, hijo de Dios, me traía a mí y a los demás. ¿Por qué algo así nunca había ocurrido en mi país? Allí, todos los dioses aceptaban ofrendas, pero ninguno regalaba nada, al menos nada que pudiera tocarse. Las estrellas de papel de plata y oro, las bolas de cristal, las velas que olían casi como el incienso estaban todavía suspendidas del pino cuyo vértice rozaba el techo del salón, esperando a que la celebración se diera por finalizada.

—Pues te quedas aquí con Gabriel, que tiene muchas cosas que hacer y seguro que no puede pasar mucho tiempo contigo. Nosotros nos vamos a la fiesta a la que nos han invitado —le dijo Katerina a Daniella y se giró, como si fuera a salir.

—¿Una fiesta? Y ¿habrá más niños o será una de esas fiestas de mayores en las que me aburro tanto?

—Habrá más niños. Y tienen muchos juguetes nuevos también, como tú.

—¿Se los ha traído el Christkind?

—No creo, a esos niños probablemente hayan ido a visitarles los Reyes Magos.

—¿Y quiénes son esos reyes? ¿De verdad hacen magia?

—De verdad. ¿Te vienes a ver si les han dejado muchas cosas?

—Vale, pero me llevo a Marienka. Para que no se aburra.

—El coche nos espera. Te va a encantar. Está lleno de banderines amarillos.

Daniella salió corriendo a verlo y se olvidó de su muñeca, pero regresó a por ella y se la llevó bien protegida bajo el brazo. Franziseck, enviado por el secretario del Ministro, nos esperaba con una expresión seria, de chófer de persona ilustre, y la puerta de la enorme limusina abierta. La niña se le quedó mirando, nunca se había sentido tan importante ni había visto un hombre tan alto. El paseo desde nuestra casa en el provinciano barrio de Vinhorady hasta la legación se le hizo largo. El Palacio de Vila Tereza, al oeste de la ciudad, era un precioso edificio de un llamativo color rojo, tejados a cuatro aguas y una torre altísima a un lado. Desde que se vislumbró en la loma y Franziseck anunció que era nuestro destino, Daniella no había podido dejar de mirar la mansión como una tarta de cumpleaños en la que le esperaban esos niños que conocían a reyes mágicos.

Luis Jiménez de Asúa nos esperaba impaciente en la entrada. Yo no lo había visto nunca. Era un hombre corpulento, moreno, con el pelo bien repeinado hacia atrás. De labios finos, orejas grandes y mirada inteligente pero resignada, como si algún brujo le hubiera leído la línea de su sino al nacer y avisado de que su vida se malograría a la busca de una justicia esquiva. María, cogida de su brazo, parecía más su madre que su esposa, a pesar de su expresión dulce, incluso infantil. Ambos nos recibieron como si se vieran todos los días aunque los matrimonios no se habían vuelto a encontrar desde que Gabriel y Noa eran muy pequeños. Cómo pasaba el tiempo. Cuántas cosas contaban los abrazos. Daniella sonrió al comprobar que su madre no le había mentido: varias niñas la observaban desde detrás de un roble cercano. El jardín era muy grande, había mucho sitio donde jugar y el día, aunque frío, prometía estrenar en breve un sol espléndido. María le dio a mi hermana un beso que le hizo cosquillas en las mejillas.

—Os presento a Amelita y Mariquita. Son mi sobrina y la hija del delegado de la legación, Luis Álvarez del Vayo. Ahora lo conoceréis también. —Y se dirigió a Daniella—: Seguro que ellas quieren enseñarte sus escondites en el jardín y todos los juguetes que les han traído los Reyes. Y en el desván está la joya de la corona: un tren eléctrico maravilloso que hemos encargado hace poco.

Daniella se acercó a las dos niñas. Tardaron poco en salir corriendo hacia la casa y desaparecer escaleras arriba como si se conocieran desde siempre.

—Vamos dentro —dijo Asúa—. Antes de comer, tengo que arreglar unos despachos para el Ministerio de Asuntos Extranjeros. Si, total, para el caso que nos hacen... ¡Dios mío, cuántas ganas tenía de volver a veros! Mientras tanto, os dejaré en muy buenas manos.

—Qué bonito es este lugar. —Katerina admiraba la gran escalinata y los preciosos balcones de la entrada.

—Pues es la sede de la embajada casi de milagro. El antiguo secretario no quería abandonar esta casa cuando llegamos y tuvimos que acudir a la Policía.

—Esta es una situación muy extraña, supongo. —Fernando movía la cabeza arriba y abajo.

—Pero la legalidad es la legalidad, nadie mejor que tú para entenderlo. Si el Gobierno legítimo nombra a otros representantes, los que no desean seguir de su lado deberían atenerse a las consecuencias. Es muy simple, creo yo. Pero el excelentísimo Gaspar Lázaro es un impresentable. Al menos el encargado de negocios se comportó decentemente. Justo después del alzamiento presentó su adhesión a la Junta de Defensa Nacional y abandonó Praga. También firmó su dimisión el secretario Lucas de Ansorena, aunque este sigue aquí, tengo entendido.

—Lucas es amigo nuestro, Luis.

—¿Lo conocéis?

—Desde hace muchos años. Sus hijos estudian en el mismo colegio que los nuestros, también son muy amigos. Ya sabíamos que estaba de parte de Franco, él mismo vino a contármelo. Pero es una buena persona.

—Sí, supongo que todos lo somos. Aunque no todos queremos hacernos con el poder a golpe de carro de combate y rifle en mano. Pero no hablemos de Ansorena. ¿A Lázaro no lo conoceréis también?

—No, no. Además, quiero que sepas que nosotros os apoyamos. El Gobierno legítimo es el que es. Si quieres cambiarlo, usa los mecanismos que te da la ley. Para eso sirven las democracias, quizás para poco más. Pero eso al menos es indiscutible.

—Pues díselo a Lázaro. Me da a mí que no opina igual. Al principio se declaró leal a la República, pero en agosto se pasó a Franco y ahora es agente suyo, le han nombrado representante aquí de su Gobierno de Burgos.

María se acercó a su marido y le cogió por la cintura. En breve alzaría el tono, insultaría a Lázaro. «Sublevados»... No eran sublevados, eran traidores al Gobierno legítimo, al que habían votado los españoles. Como si a Franco le importara algo más que su propio ascenso. O si no, ¿a cuento de qué había sobrevolado años antes el Ministerio para reclamar la caída de la monarquía y la llegada de la República? Menudo pájaro. Aunque su marido hacía todo lo que podía y más. Había aceptado el nombramiento con dignidad, a pesar de ser un cargo de segunda que le permitía pocos movimientos mientras no le nombraran ministro de España en Praga. De sobra sabía que si hubiera seguido en París, donde se cocía toda la ayuda externa a la República, su tiempo estaría mejor empleado, pero él emprendió ese encargo igual que todo lo demás en su vida, con determinación, entusiasmo, sacrificio y lealtad. Y qué orgullosa estaba ella de su Luis por eso. Y cuánto me costó a mí conocerlo de verdad: su interior, de tan brillante que era, no me permitía vislumbrarlo. Pero no tardé mucho en llegar a la conclusión de que las personas como mi abuela podían tener muchas nacionalidades, religiones, creencias, convicciones o ideologías; y hasta diferente sexo o color de piel. Lo que les hacía ser como eran permanecía invisible a los ojos de los seres terrenales. De casi todos. Lo que les definía eran sus actos.

—No podéis imaginar cómo dejaron la legación: se lo habían llevado todo, ni una peseta quedó, ni un solo documento. Y encima Lázaro tuvo la poca vergüenza de declarar a la prensa que abandonaba la embajada «por presiones del Gobierno checo». Se ve que las únicas presiones que a él le parecen bien son las de las botas de los alemanes sobre suelo republicano. Pero, eso sí, gastaron todo lo que quisieron y más. Todavía estamos intentando pagar sus facturas. Pero hay muchos así, el presidente del Instituto Español e Iberoamericano incluso tuvo la poca vergüenza de decirme a la cara que él era «otro sublevado». Al menos le echó cojones, eso sí, pero, para cojones, las criadillas.

Los observé mientras entraban en el edificio pero me quedé al lado de Franziseck, que enseguida se despidió y desapareció al otro lado de la verja. Me sobresaltó el ruido de los neumáticos al patinar sobre la tierra: un rinoceronte arrastrando sus gigantescas pezuñas. Anduve por el jardín mientras intentaba apartar de mi cabeza la

visión de Lenka. Tras unos árboles, una curiosa estatua llamó mi atención. En medio de un círculo de piedra, la enorme figura sedente de un león erguía la cabeza con la boca muy abierta y levantaba en el aire una de las garras delanteras mientras apoyaba la otra sobre una esfera del mundo en la que el país más a la vista era la India. Los ojos del animal ocultaban un secreto inconfesable. Otro de tantos. El conjunto era intrigante como un eclipse de luna. Me recordó tanto a mi país que cerré los ojos para no seguir contemplándolo. Traidora de mi pasado. Intenté evitar que mi mente retrocediera. Entonces oí un ruido detrás de mí y me volví deprisa.

—¿Te he asustado?

—No.

—Yo también me habría asustado si me hubiera encontrado de repente con alguien a mi espalda, callado y mirándome como yo te estoy mirando. Lo siento. Me llamo Mauro. Y tú, ¿tienes nombre?

Sus ojos hablaban más que su boca y, tras la tupida barba, su sonrisa era sincera, como la brisa que subía por la ladera y revelaba que las lluvias se aproximaban.

—Noa, me llamo Noa. Lila para los amigos.

—Noa para quienes no son amigos y Lila para los que sí lo son, y yo, ¿qué voy a ser yo, amigo o no amigo?

Me sonrojé. Él se levantó y se acercó al león. Le acarició la boca y metió la mano entre sus dientes.

—Es extraño, ¿verdad? Parece encerrar un ser mágico. Un dios. O un demonio. Como todos nosotros. Nunca somos lo que parecemos. Y ocultamos también algo monstruoso.

—Se parece a Narasimha, el avatar de Visnú. Mitad hombre y mitad león.

—¿Sabes mitología? No sabrás de demonios...

—Solo un poco. ¿Qué quieres saber?

—Tantas cosas... —Mauro me miró a los ojos.

Tuve miedo de que me adivinara. Le contesté lo primero que se me ocurrió:

—Narasimha salvó la vida al niño Prahlad. Su padre, el malvado rey demonio Hiranyakashipu, no le permitía rezarle y, con la ayuda de su tía Holika a la que un hechizo inmunizaba contra las llamas, quiso quemarlo como castigo. Prahlad pidió entonces la protección de Visnú que se convirtió en ese ser medio animal y medio humano y rompió el hechizo que impedía que su tía muriera incinerada. Los aldeanos que observaban el castigo vieron cómo el niño salía ileso de las llamas mientras su malvada tía padecía su violencia. Pero ella, antes de morir, pidió clemencia a Visnú y el dios y el niño la perdonaron. Desde entonces, cada año los hombres deben recordar su muerte y borrar lo malo de sus vidas y perdonar sus propias ofensas y las de los demás al recibir la primavera, en el Festival de Holi.

—Interesante. Sobre todo eso de perdonar sus propias ofensas y borrar lo malo de sus vidas. ¿Por qué sabes tanto sobre el hinduismo?

A punto estuve de contarle la verdad. Sus ojos también eran sinceros. Aunque ocultaban dolor. Pero no me dejó mirarlo dentro. Mi curiosidad era malsana.

—Me gusta mucho leer sobre la India. La Biblioteca de Praga es inmensa. ¿Por qué sabes tú? —le pregunté inclinando un poco la cabeza para dejar de indagar en él.

—Porque me gustaría morir. Pero la reencarnación me echa para atrás. No tendría suerte con el nuevo cuerpo. Hace tiempo vi la cara de la muerte y desde entonces investigo. Algunos de los preceptos del hinduismo son los más lógicos que conozco. Mucho más que los de mi religión.

No le pregunté más. Morir no era tan malo después de todo. Y yo tenía mis propios tormentos.

—En algunos lugares de la India, falta muy poco para que se celebre ese festival, la bienvenida de la primavera, una noche antes de la luna llena durante el mes de *Phalguna*. Alrededor de las hogueras que todos avivan, queman las hojas muertas del invierno y, con ellas, los malos presagios, lo malo que cada uno desea olvidar de su vida. Como mandó Visnú.

Y como yo habría quemado mis malos augurios entonces si hubiera podido formar una hoguera cerca sin que nadie se extrañara. Siempre había añorado esas fiestas, los templos decorados con dibujos de vivos colores y decenas de guirnaldas hermosísimas; las calles llenas de gente bailando y cantando, cuanto más desgraciados, más felices sus caras al dar rienda suelta a sus ilusiones; grandes y chicos echándose agua a la espalda con entusiasmo para apagar el fuego con el que Hiranayakashipu pretendía abrasar a Prahlad. Hacía mucho que había dejado de hablar a mis amigas de mi país. ¿Por qué le había explicado todo aquello a él? Quizá porque me escuchaba con interés. Y yo quería seguir. Era mejor que pensar en malos presagios. Era mucho mejor que recordar a Lenka.

—Al día siguiente —continué por fin—, para celebrar que Prahlad se salvó, en los puestos se venden polvos de muchos colores y todos los arrojan al cielo y a los demás. Hasta que quedan embadurnados como un arcoíris vivo. Y entonces bailan al son de los tambores, para olvidar las normas y celebrar la vida que tiene que venir. Y beben *bhang* y se ofrece a los más pintados *gujiyas* y otros dulces exquisitos.

—Ojalá todo fuera así de fácil, ¿no crees? Ojalá se pudieran quemar de verdad las hojas muertas de la vida de cada uno y renacer en alguien diferente. Pero a veces lo mejor es intentar no cometer errores que haya que lamentar. No hay posibilidad de arrepentirse cuando lo que haces, lo haces porque crees en ello. Lila para los amigos, tengo que irme. Me ha gustado mucho hablar contigo.

Me dio un beso en la mejilla. La felicidad era tan vieja como la vida. Lo observé alejándose hacia el edificio. Mauro tenía razón, la mejor opción era que no existiera la posibilidad de arrepentirse. Cuando le perdí de vista, ya sin remedio, Lenka ocupó de nuevo mi pensamiento, como casi cada día desde que tuve aquella visión de ella demacrada camino de la muerte. Habían pasado meses, pero aún me seguía despertando sobresaltada en mitad de la noche mientras sentía sus ojos vacíos observándome. Lo más doloroso era continuar viéndola con esa alegría suya por vivir y disfrutar cada segundo. Ella no había cambiado, era la misma alocada de cuando éramos unas crías, la que siempre llegaba tarde a clase, la que hacía deprisa las tareas para salir a jugar cuanto antes. La que vivía la vida sin pensar si era buena o mala y si ella debía algo a alguien por infinidad de razones. A pesar de su intensa religiosidad y su educación severa, era la que más se divertía. Tan distinta de Mariana que a veces me extrañaba cuánto se querían. Y ya casi había conseguido convencerme de que lo que había visto no se haría realidad. Tan espantoso había sido que solo podría existir en el *Naraka*, el infierno de los hindúes, ese lugar de calor y fuego, confusión, desesperanza, depresión y angustia; o en el de los cristianos, mucho más material, lo mismo daba. Jamás, jamás, podría suceder en esa Europa tan distinta de la India, donde casi todos se comportaban siempre con modales exquisitos. «La cuna de la civilización occidental, de sólidos principios y valores», decían en clase de Historia, donde había derechos y leyes que se obedecían. Y no solo las del cielo.

Pero yo estaba aterrada, no quería volver a ver nada más; no quería averiguar si lo que visualizaba se cumpliría o no, si era solo una ilusión, el destino u otro mundo paralelo donde todo sucedería de otra manera. Entonces lo supe: no podía dejar que Lenka se fuera de Praga sin hacer algo por evitar que aquella esperpéntica visión se convirtiera en realidad. Fuera o no su destino, debía intentar cambiarlo. ¿Podría variar yo el sino de las personas? ¿Infringiría alguna Ley del Universo? Poco me importaba; por muchas leyes que violara, por mucho riesgo que corriera, ningún castigo sería peor que el que sufriría si no actuaba y mi amiga moría como yo había presentido. Si no intentaba impedirlo, ni cien festivales de Holi bastarían para perdonarme mi ruindad. Mi cobardía.

Una paloma se posó sobre la melena del león. Me estremecí en un espasmo de frío que no calmé abrochándome los botones de la chaqueta. El ave alzó el vuelo. Yo la seguí con la mirada mientras echaba a andar en dirección al palacete, con la esperanza de encontrarme de nuevo con Mauro. Pero todo habría de llegar. Si ese era mi destino.

La paloma se posó en el alféizar de una de las ventanas, la del despacho de Jiménez de Asúa. En el interior de esa habitación adornada con multitud de cuadros con tapa de cristal en los que habitaban mariposas, coleópteros y otros cientos de insectos cazados y clasificados con la mano experta del nuevo ministro de España en Checoslovaquia, él se había sentado en la butaca de piel negra que su mujer en persona eligió al poco tiempo de llegar a Praga. Llevaba ya buena parte de la mañana redactando el último informe para el Ministerio de Asuntos Exteriores. Casi cada semana enviaba uno. Él los elaboraba y luego se los dictaba a su sobrino Luisito, aunque llevaba semanas suplicando que le trajeran a Casares, el mejor taquimecanógrafo que jamás había conocido. A ese arduo trabajo se unían los telegramas constantes para diferentes embajadas y otros Ministerios, los comunicados de prensa, las citas con decenas de personas, los *aide-mémoire*, los..., las...

Don Luis divisaba desde su despacho multitud de edificios, vestigio del pasado esplendoroso de Checoslovaquia dentro del Imperio Austrohúngaro. Antes de continuar con su informe, debía arreglar algunos asuntos. Se hacía tarde y no quería demorarse para comer con nosotros. Hacía tanto que no veía a Fernando y a Katerina que le costó recordar cuándo y dónde había sido. Pero estaba seguro de que María les estaría poniendo al día de la mejor de las maneras.

—A ver, Luisito, Víctor Sandoval va a trabajar en la legación a partir de ahora, en el servicio de prensa. Me ha parecido un hombre muy competente y con buenas influencias, está casado con la hija del jefe de misión en Polonia. Pero debemos comprobar sus credenciales, así que hacedme un informe cuanto antes, si puede ser. Es primo de Fernando, fue lo primero que me soltó cuando nos entrevistamos. Se notaba que se había informado bien antes de venir a verme. Aquí parece que todo el mundo se conoce, leche. Esto parece Madrid.

—Muy bien, don Luis. Se lo paso a Kulšar —le respondió su eficiente sobrino mientras tomaba nota en su agenda. Jamás le llamaba tío si estaban trabajando.

—Y también necesito que llames a Alexandrovsky, tengo que verlo cuanto antes. Debemos saber si los rusos han decidido ya lo que van a hacer.

A Kulšar yo no lo conocí bien, pero Asúa, su sobrino y casi todos los miembros de la legación española lo apreciaban muchísimo. Tanto a él como a Alexandrovsky tuve ocasión de verlos solo una vez poco tiempo después, también en Vila Tereza, en un incidente para no olvidar con una casita de muñecas. El otro era un ministro soviético, estirado y poco simpático a quien le gustaban mucho la paella y las armas.

—Enseguida. Y le recuerdo, don Luis, que mañana tenemos una comida con Palacios.

El teniente coronel Palacios era un personaje tan secreto y oscuro que en realidad se llamaba Ángel Pastor. Nombrado por el Ministerio de Marina y Aire español para encargarse en Praga de comprar las armas para la República, traía por la calle de la amargura a Asúa.

—Palacios, ¡ay!, mi querido Palacios. A ver, Rey, ¿cómo vamos con Palacios? —Don Luis se dirigía a su secretario, Manuel López Rey, que miraba las mariposas desperdigadas por el despacho y se giró de sopetón al escuchar su nombre—. ¿Le queda algo de las últimas setenta y cinco mil libras que le di para comisiones y asuntos varios? Asuntos varios, bonito eufemismo. Es increíble, ese «Palacios» será un hombre honradísimo y muy inteligente pero todavía no hemos visto ni un cartucho con todo el parné que se ha llevado. Y no hace más que pedir y pedir dinero, ¡venga y venga! Como si lo tuviéramos... Sin armas ni material, no tendremos ninguna oportunidad.

—Lo conseguiremos, don Luis. Si no es con Turquía será con los soviéticos o si no, con los polacos.

—No se deje llevar por las ilusiones, Rey, los agentes de Franco no van a dejar de husmear para encontrar cualquier movimiento extraño y abortar la entrada de material para nuestro bando. Hay que tener mucho más cuidado esta vez, que no pase como con México.

—De eso no tuvimos nosotros la culpa, todo se preparó desde España. Además, Lázaro se comportó como un miserable. ¿Cómo podíamos imaginarnos que iba a contar a la prensa que el buque *Azteca* había descargado en Bilbao y en Santander nuestro armamento checo? ¡Todavía estaba al servicio de la República!

—Ni me lo nombre, mejor ni me lo nombre. —En los meses siguientes, por desgracia tuvimos muchas oportunidades de ver la cara de mono enfadado que se le ponía a don Luis si alguien le nombraba a ese señor, aunque pocos sabían realmente qué le había hecho—. Y lo peor es que Palacios se irá en cuanto termine con el asunto judicial ese que tiene pendiente. En cuanto usted se vaya también, dentro de nada, la compra de armas no la puedo llevar yo en persona o tendremos un lío político gordo. A ver si Prieto, si es cierto que ha centralizado la compra de armamento de una puñetera vez, nos manda a alguien de confianza. Porque en Valencia no dicen ni mu, ni nos dan más dinero, ni mandan a nadie como es debido. Y desde el escándalo del *Azteca*, cuando se sacaron de la manga lo de los permisos de la Comisión Interministerial checa, hay que untar a decenas de chupópteros para que nos vendan las armas. ¡Si ni siquiera me envían suficiente dinero para los telegramas y las comidas! Si al menos este mes pudiéramos pagar a tiempo los sueldos... Y a ver si el señor teniente coronel se digna a entregarme los *rappports* que le pedí. Esto de actuar a ciegas me pone nervioso. Nosotros no hemos recibido ninguna orden de Valencia, solo Palacios recibe el encargo y el dinero a su nombre. Todo queda bajo su responsabilidad. Y eso nos eximiría a nosotros de cualquier fallo que cometa, pero a mí no me basta.

Rey, además de despistado y eficiente, era un hombre acostumbrado a sufrir y a escuchar largas peroratas como aquella. Hizo lo que siempre hacía cuando a su jefe le daba por pensar en alto: ignoró las quejas y fue al grano.

—Palacios ya ha traído los informes, he terminado de leerlos hace un rato. Ahora mismo se los paso. El asunto de Turquía sigue adelante. Pero a *madame* Lupescu ya la hemos mandado a freír espárragos. Menuda comisión pedía por hacer de intermediaria.

—Por lo que parece, ser amante de un rey búlgaro o rumano o lo que sea no da suficiente dinero, ¿no? Hay que fastidiarse. ¿Y le ha contado cómo van las autorizaciones de los turcos? ¡Leches! ¡A ver si conseguimos que algún turco en persona certifique el documento con las firmas y los sellos de su Ministerio! Que si no, los checoslovacos no se fían. Si no conseguimos el maldito documento, el general ese del Consejo de Guerra Checoslovaco..., ¿cómo se llama?

—Cizek.

—Gracias..., el general Cizek no podrá darlos por buenos y el mayor Baumann no podrá expedir las armas de la fábrica. Dice que él qué sabe si las firmas esas son de un turco o de la madre que nos parió. Y tiene razón. Así que a ver si espabilamos.

El lío que había montado el turco era monumental, tenía a toda la legación española de cabeza. Don Luis miró el reloj, estaba impaciente por salir a charlar con Fernando. Sus partidas de mus sentados en la biblioteca de la Complutense habían sido lo mejor de aquel curso de verano. Pero a Rey le quedaban más asuntos pendientes.

—El intermediario turco, el tal Ferdjy, no debe de haberse recuperado de la gripe. Ha enviado a un amigo suyo coronel y a su hermano. Ellos conseguirán que en la legación turca certifiquen los sellos y los presentarán en el Ministerio checo para que autoricen la venta a través de su país. Pero todavía falta la comisión «a fondo perdido», para que nadie ponga ningún pero. Palacios cree que las comisiones se podrán entregar al final, cuando hayamos conseguido las armas.

—¿Y el barón? ¿Ese no había recibido ya su dinero? No sé por qué tenemos que pagar a un traficante de armas si también pagamos al director de la fábrica, al turco y hasta a los generales de la Comisión checa que nos conceden la autorización. ¡Leches! Es que aquí cobra todo dios y ni siquiera hemos visto un fusil.

—Sí, ya lo tiene. Palacios está convencido de que es imprescindible contar con él, no quita ojo a Ferdjy. Y la fábrica ya tiene las armas preparadas; en cuanto las autorizaciones del turco estén listas, las enviarán.

El barón Von Lustig era uno de los muchos buitres que pululaban por las legaciones de España en Praga y París, vendiéndose al mejor pagador para conseguir armas. Y aunque era de mucho postín, Asúa tampoco se fiaba de él. El ministro era un hombre listo y equilibrado, aunque con menos suerte que la luciérnaga que se cuele en el farol.

—¿Y por qué ha cobrado ya el barón? Es que no consigo entenderlo, de verdad, todo esto me escama mucho. En fin, ¿qué sé yo de chanchullos? ¿Y el transporte? ¿Se sabe ya cómo van a llegar las armas a España?

—Tenemos que hablar con Alexandrovsky. O también podría hacerse desde París. Ya hemos comprado al ministro turco de Negocios Extranjeros y al de Bucarest en Checoslovaquia; este es también pariente de Ferdjy, cuñado de un hermano o algo así. No habrá problema para que el armamento pase por los Dardanelos.

—Pues a mí no me gusta nada todo esto, Rey. El hermano del turco, el turco, el coronel, el ministro cuñado del hermano... Demasiados a quienes tener contentos. Esto de conseguir las autorizaciones para que los checoslovacos se laven las manos ante la Comisión de no intervención de los franceses y los ingleses nos está quitando la vida. Esperemos al menos tener más suerte con Turquía que con México o si no, que las buenas relaciones de Palacios con Hampl nos lleven a buen puerto. Y

tenemos que seguir insistiendo: las compras deben hacerse desde un solo lugar, no a la vez desde aquí y desde París. No podemos cometer más errores, ¡por Dios santo! A ver si dejamos de quedar como unos gilipollas y no volvemos a comprar dos veces las mismas armas.

—Pues Palacios dice lo mismo en su informe, don Luis.

—Menos mal que al menos no parece tonto. ¿Cómo vamos a ganar así la guerra? Si no ganaríamos ni una partida de ajedrez...

Jiménez de Asúa todavía se indignaba al recordar la estupidez de hacía un par de meses en París. Su agente allí había conseguido una oferta fabulosa, tenía el permiso de exportación del armamento a Turquía y había hablado con la Comisión de compras. Todo podría salir por Hamburgo en tres días. Menos mal que su estimado Mauro, que además de gustarle las estatuas con forma de león era muy diligente, consiguió enterarse de que estaban haciendo la misma oferta a Palacios en Praga. Gracias a él, solo pagaron una vez. Pero había que controlar a los agentes y ser más cautos, demasiados buscaban su propio beneficio y la información pasaba por muchas manos. Por eso Asúa había decidido incluir a su protegido en el asunto. Lo conocía desde niño. Con su ayuda podría poner orden en todo ese desastre. Pero el ministro no lo mencionó, cuantas menos personas supieran qué pintaba Mauro en la embajada, más seguro estaría él de que podría cumplir su cometido.

—Y debemos informar a Alexandrovsky de lo que se haga con la intermediación rusa. Al final, pasarán de nosotros y con razón, y no podemos permitirnoslo, necesitamos al ministro soviético y a Hampl, sus influencias en las fábricas de armas son esenciales.

Rey se había sentado frente a don Luis. Le gustaba ese hombre. Era honrado. Aunque también creía que no era el más apropiado para tratar con toda esa maraña de sinvergüenzas, demasiado rígido, demasiado ajustado siempre a lo legal. A veces, para obtener resultados, hay que buscar otros caminos.

—¿Tiene alguna otra cosa más que contarme, Rey?

—Puede leerlo en los informes, ahí está todo, señor.

—De acuerdo; tenemos que aligerar, que quiero comer con mis amigos.

Don Luis se dirigió entonces a su sobrino, que les escuchaba con la boca medio abierta, como un tritón a la caza de un mosquito.

—A ver, Luisito, si terminamos esos informes. Dele a la Olivetti, que tenemos que contarles lo de los rusos, a ver si nos libramos de una vez de los intermediarios y reducimos las comisiones.

Asúa siguió dictando. Luisito machacaba la máquina de escribir a diez dedos. El jefe de misión hablaba despacio, con voz firme, decidido a darlo todo de sí para salir victorioso de esa prueba. Al poco rato, miró a su sobrino, luego miró a Rey y, entonces, miró por la ventana. La luz del sol era como la del Retiro una mañana de mayo.

—Se acabó. Ahora salimos y se terminaron por hoy los despachos. Si falta algo, lo vemos por la tarde con un chocolate con churros delante. ¿Estamos?

Pocas comidas en la legación española en Praga tendrían nunca el éxito que tuvo aquella. Aun sin rastro de Mauro y con Lenka sin abandonar mis pensamientos, yo también la disfruté. Katerina y yo probamos por primera vez la paella valenciana, para algo el recién nombrado cocinero de la legación había nacido en Elche y supo suplir la ausencia de garrofón con algunas verduras, que en Praga las había en gran variedad y muy apañadas, y un sofrito bien guisado de conejo y caracoles, que a mí me dieron un asco espantoso. De postre, pestiños, flan con nata y arroz con leche; aunque arroz con arroz no pegaba, la untuosidad del azúcar bien mezclada y removida con la canela conquistó a todos. Y para acompañar, un vino de Rioja que hizo que alguno hablara más de lo que habría debido. Aunque todo quedaba en familia. Las familias, fuera de su hogar, eran como esta: grandes y abiertas. Así, durante unas horas, en esa mesa todos olvidamos las muchas preocupaciones y nos dedicamos tan solo a ser felices. Como si más allá de esas paredes no existiera nada que pudiera atropellar esa felicidad.

Ya en la sobremesa, Asúa anunció casi gritando:

—Bien, subamos al desván. ¡Nuestro fantástico tren nos espera!

Mariquita y Amelita estallaron en gritos y salieron corriendo. Daniella las siguió, no sin antes tomarme de la mano y obligarme a levantarme para que la acompañara en esa nueva aventura. Ni se terminaron el postre.

—¿Lo han traído los Reyes Magos? —preguntó Katerina a María, que se acababa de llevar a la boca una cucharada de dulce de leche con algunos granos de arroz. Le contestó poniéndose la servilleta delante de los labios:

—Sí, con una máquina Märklin. El último modelo. Ya lo veréis, es una maravilla.

Y lo era. En el suelo, los railes se extendían formando ochos, bajando, subiendo y cruzándose; los vagones enganchados a la potente cabecera se deslizaban entre las casas, los árboles y las personas que, con sus caritas pintadas de forma minuciosa, parecían admirarlos. Alguna vaca y varios caballos en lo alto de un promontorio se caían a veces con el bamboleo de la maqueta. Y otras, casi siempre bajo el largo túnel, el artefacto se quedaba enganchado en un raíl mal unido, que Luisito corría a reparar después de darle a la palanca que cortaba la electricidad. Martínez de Aragón lo acompañaba, no fuera a ser que hiciera alguna burrada. El buen hombre se alisaba los bigotes mientras observaba a todos encandilados esperando su turno para coger el artilugio y darle a los botones que aceleraban o frenaban los convoyes de colores. El azul se salió de la vía en una curva y, entonces, vuelta a empezar.

—¡La palanca, Luisito, la palanca! Que hay que volver a colocar la máquina sobre el raíl. No vayamos a tener un disgusto y alguien salga con los pelos de punta de un buen calambrazo.

Con cuidado, sonriendo como siempre, Luisito bajaba de nuevo el cachivache y todo se volvía a recomponer.

En un momento en que Asúa nos vio a todos ensimismados con los trenecitos, se acercó al balcón donde su amigo saboreaba un puro con los ventanales abiertos. No fumaba pero le gustaba oler el humo de los habanos.

—Fernando, quería decirte que tu primo Víctor va a trabajar con nosotros, en el servicio de prensa.

Mi padre de este mundo lo miró perplejo. No había vuelto a pensar en su primo desde que había ido a casa.

—Pero ¿no estaban de paso? Creíamos que seguiría camino de Polonia, a visitar a sus suegros —respondió Fernando con inquietud. Incluso no le habría extrañado que se hubiera ido ya y no se hubiera despedido de él y de Katerina.

—Pues no es eso lo que me ha dicho. Creo que han alquilado un apartamento en la Staré Mesto, si no me falla la memoria. Empieza a trabajar en breve.

Fernando miró a las niñas, siempre le habían gustado los críos. Yo estaba sentada en el suelo a su lado y las observaba. Seguían a cuatro patas y entre gritos los avances de la máquina sobre la alfombra. De repente, uno de los vagones descarriló y se llevó por delante una casa y a tres señores que jugaban a los naipes. Amelita y Mariquita gritaron, esperando a que el sobrino de Asúa volviera a darle a la palanquita para ponerlo todo otra vez en su lugar, pero en cambio se acercó a Fernando y a Asúa. Estaba pálido. El ministro respiró hondo.

—A ver, Luisito, ¿no habíamos terminado ya?

—Es algo urgente. Sobre Mauro. Con la ilusión de la paella y la palanquita y el trenecito, se me ha olvidado por completo. —El chico miró al suelo y recibió de su tío un palmetazo en la espalda.

—Venga ya..., a ver, que seguro que no es tan grave.

—Mauro ha estado esperando casi toda la mañana para hablar con usted. No ha querido que le interrumpiera. Al final, le ha dicho a Martínez de Aragón que no podía esperar más y que volvería cuando no hubiera tanta gente. Entonces él le ha propuesto que viniera con Kulçsar a la cena de la semana próxima, pero ha dicho que no podía esperar tanto. Parecía bastante contrariado.

—Deberías haberme avisado, hombre, por Dios. Que no sé cómo voy a decirte que Mauro es como mi hijo. Llámalo sin falta y dile que venga cuando prefiera. Y si el chico considera que es urgente, lo traes enseguida. ¿Y no te ha dicho nada más mi querido Mauro?

—No, nada, pero me ha parecido nervioso. Tío..., ¿no le parece demasiado joven para estar metido en este embrollo?

—No es mucho más joven que tú. Y es joven, sí, pero también es intrépido, cabal y muy inteligente. Creció muy rápido. Es perfecto para nuestra misión en Praga. Solo le veo un problema: es demasiado idealista y eso podría llegar a hacerle daño. Pero no he conocido nunca a un hombre más listo y más generoso que él. Una pena lo de sus padres, yo conocía bien a su padre, era compañero del partido; con los estudios pertinentes, Mauro podría haber llegado a ser un profesional brillante. Aunque ¿quién sabe dónde está el futuro? Y menos en estos días tan extraños.

—¿Qué les pasó a sus padres? Si es que puede contármelo...

—Pues claro que puedo. Es algo que él no oculta. Murieron hace poco tiempo, por eso entró muy pronto en el partido, intentamos ayudarlo en lo que pudimos

para que saliera adelante. Fueron asesinados por unos bestias que quemaron una parroquia, en las revueltas sindicalistas y de algunos de izquierdas que sacudieron Asturias hace unos años, para más remate. También murió el párroco. Todos estaban dentro tratando algunos asuntos de la iglesia. Ambos eran socialistas también, para más inri, y muy creyentes y le ayudaban a menudo en sus cosas. En cuanto salió un encargado para fuera de España, se apuntó. En poco tiempo aprendió a hablar varios idiomas y lo promocionaron muy pronto, algo nada habitual para un hombre tan joven. Cuando inicié aquí el Servicio de Información, lo reclamé. Me alegra mucho tenerlo de nuestro lado. Lo llevo conmigo a todas partes, me siento un poco responsable de él. —Asúa bajó la voz—. Además, lo cierto es que, como espía o como militante, lo mismo da: Mauro es irremplazable.

Katerina deslumbraba. Se había dejado el pelo suelto y los tirabuzones rubios le dulcificaban el rostro como el jarabe de azúcar el paladar; en sus manos, su único adorno: una rosa que había arrancado al salir de casa bailaba al son de los latidos de su corazón. En la invitación se especificaba que había que llevar etiqueta, y la etiqueta en esta ocasión requería un vestido largo hasta los pies y los hombros cubiertos, para las damas mayores de edad, y traje de pingüino, para los caballeros. Como me había reído con Lenka y Mariana al descubrir ese pájaro. Mis amigas no entendían a qué venían mis carcajadas, frescas como el aire de la mañana y contagiosas como la maldad, pero ver aquel animal desconocido para mí andando a pasitos entrecortados me había provocado el mayor ataque de risa de mi vida.

Ahora, sin embargo, ya no sentía ningunas ganas de reírme. Tenía que despedirme de mi amiga y debía reunir la fortaleza para intentar explicarle mi espantosa visión del futuro. Mi intuición me susurraba que no volvería a ver a Lenka y debía vencer el miedo a hacer algo prohibido. ¡Cómo me habría gustado que mi abuela o mi madre me marcaran el camino! Pero aunque lo intenté, no habían acudido a mi llamada.

Mis *padresbís* habían hablado todo el trayecto y yo no los escuché, inmersa en mis propios pensamientos. Tampoco oí la puerta al pegar contra el marco cuando Fernando la cerró con fuerza después de que todos saliéramos del coche y le diera las llaves al chófer para que lo aparcara. Sentía otra vez el vacío y llevaba mucho tiempo así. Los días podían ser de colores vivos o podían ser también marrones, grises, negros. Esa angustia abatía mi ser y lo oscurecía como una sombría premonición. Katerina había insistido en que me pusiera ese vestido tan bonito, de organza traída de Bratislava. Pero no quería ir a despedir a Lenka. No entendía por qué había que hacer una fiesta por un acontecimiento que para mí significaba la mayor de las catástrofes. Mis padres siguieron hablando mientras entraban en el salón y yo los seguí, sin verlos ni oírlos.

—Pues yo los entiendo perfectamente. Entiendo que los padres de Lenka se vayan. Hitler no me asusta, tampoco su ejército, pero sus leyes antisemitas son inhumanas. Yo soy judío, aunque no viva pendiente de mi religión. Imagínate que viviéramos en Alemania, es tremendo lo que están haciendo con ellos, eso de tener que vivir en barrios aislados y marginados, ir marcados como caballos y no poder seguir ejerciendo sus trabajos. Que estamos hablando de personas como nosotros: abogados, médicos, periodistas. Ninguna profesión liberal pueden ejercer, y que ni se les ocurra aparecer por la política o la universidad. Tampoco son ciudadanos de su propio país. ¿Dónde se ha visto eso? Como si la judía fuera una nacionalidad. Que Alemania está ahí al lado, Katerina. Además, ya no nos queda nadie en Praga, podríamos hacer lo mismo que Borys y Silvia, irnos a otra parte.

—Fernando, para no darte miedo Hitler, quieres huir demasiado pronto, ¿no crees? Tú lo has dicho antes, es un loco, en su país tiene apoyo, pero no hará nada fuera de allí. Las grandes potencias europeas son democráticas, no permitirían que una dictadura así se impusiera. Hitler quiere expandirse, pero ya le proporcionarán otros lugares, quizás en el norte de África. Y además, acabamos de invertir una gran parte de nuestro dinero y las acciones están subiendo. No vamos a dejarlo todo ahora.

—Pues a mí no me importaría irme a Estados Unidos, como ellos, venderlo todo y comenzar una nueva vida. Como tú dices, cada uno atiza las brasas de su propio fuego.

—Yo no quiero irme de mi país, Fernando. Aquí está mi hogar. Vender ahora es malvender, la gente no está tranquila para hacer buenos negocios. Estoy convencida de que a Borys no le darán ni la mitad de lo que vale ninguna de sus propiedades. ¿Y eso compensa? ¿Compensa el dinero y el esfuerzo? ¿Para dejarle el paso libre a otros? Ellos son los extranjeros, no yo. No entiendo a Hitler, en realidad su política está superada. Hay que buscar otras metas, volver al expansionismo es un error, o si no, mira la India, lucha por su independencia y no podrán pararla. No podrán seguir haciendo esa política imperialista siempre. Los demás países ya no son solo materia, también son alma.

—Pero asusta lo que les están haciendo a los judíos. Sí, dicen que mucho es mentira, pero ¿y si fuera verdad? A veces, Katerina, no estoy seguro de que estemos haciendo lo mejor.

Katerina miró hacia atrás, yo la seguía ensimismada y, a unos pasos de mí, iba Gabriel, elegante y apuesto como un recién casado.

—Venga, daos prisa, que ya llegamos tarde —nos azuzó mi *madrebís*.

La sala Británica del Palacio de Bripoli era tan suntuosa como el harén del Chandra Mahal. Y estaba llena de gente. Decenas de pingüinos y damas ataviadas acordes con la etiqueta charlaban o se observaban con interés.

—Pues sí que es influyente el padre de Lenka, nunca lo habría imaginado —dijo Fernando.

—Muy influyente, amor. Borys es un marchante de arte muy bien considerado y con muchos clientes poderosos. Además tiene varias galerías en Europa, la más importante, en París. Pensé que lo sabías. —Katerina sonreía a su marido justo porque no lo sabía. Para él, todo aquello era lo de menos, por eso lo amaba tanto. Le acarició el rostro y lo habría besado si no hubieran tenido delante a la mitad de la alta sociedad checa. La otra mitad estaría hablando del evento. Katerina se cogió de su brazo y avanzaba por la sala con aires de dama embriagada de noche, envuelta en su vestido de gasa azul.

—No puedo creerlo, si están aquí hasta María y Luis...

—Qué bien. Luis está muy ocupado, le vendrá bien algo de diversión. A ver si nos trae alguna buena noticia de España.

Pero no, Luis no traía ninguna buena noticia. Nada más acercarse a nosotros, María se soltó de su brazo y se enganchó a mí y a Katerina, sin mirar a Fernando ni a su marido, tiró de nosotras y nos arrastró al otro extremo del salón. Terminamos sentadas en las únicas sillas libres junto al maravilloso pianista que interpretaba una adaptación de *La novia vendida* de Smetana. Gabriel nos siguió, con parsimonia, y se colocó detrás.

—Menuda noche me va a dar hoy. Esta mujer va a acabar conmigo. —Luis se secó el sudor de la frente y bebió un trago de su copa de primoroso cristal bohemio.

—No sabía que conocieras a Silvia y a Borys.

—Él tiene muchos conocidos en las embajadas y una relación muy buena con el ministro soviético. Hay que buscar aliados hasta debajo de las piedras. Normalmente a estas cosas vengo con Rey, pero ya se ha ido a su nuevo destino en Rumanía, y María se ha empeñado en acompañarme, no sé cómo, sabía que ibais a estar aquí.

—Me contaron lo de tu atentado. El antiguo secretario de la legación, Lucas de Ansorena.

—Un accidente muy desagradable. Mataron a mi escolta. Y eran estudiantes míos. Me libré por los pelos. María casi se muere del susto, mi pobre. Por eso me enviaron a París.

—No me pareció correcto sacar el tema el otro día, nada más volver a vernos. Había mucho que celebrar. Pero quería hablar contigo sobre ello, debió de ser muy desagradable.

—Mucho. Me asusté bastante. Nunca había pensado que podía llegar a pasarme algo así. Lo peor es que no tengo demasiado claro si fue por idealismo o porque eran unos estudiantes pésimos y los suspendí. Aunque después han sucedido muchas otras cosas más desagradables todavía. Pero dime, Fernando, ¿seguís viendo a Ansorena?

—Mucho menos que antes. No sé por qué, pero apenas tenemos noticias de ellos. Aunque hoy es probable que te lo encuentres aquí. Su hija también es amiga de Lenka, la hija de Silvia y Borys. Las chicas continúan estudiando juntas. Lucas e Irene tienen que haber venido.

—Soy diplomático. Aunque lo vea, haré como que no. No tengo ninguna intención de servir de comidilla para las noticias de alguno de esos periodicuchos de derechas que están a la que salta. Incluso aquí los hay a patadas, todos comprados por ellos.

—Cierto. —Fernando sonrió. Sabía que Luis no demostraría ninguna conducta impropia. Qué pena verse en esa situación, sin saber cómo terminaría ni quién se quedaría con la legación, con España al fin y al cabo. No parecía que hubiera oportunidad de una reconciliación. Y, en realidad, era una situación muy difícil para ambos —. Luis, yo sé que Lucas tenía razones poderosas para pasarse al otro bando. Debe de ser muy duro tener que elegir.

—Siempre hay que elegir, Fernando. Cada instante de tu vida tienes que hacerlo. Y sí, es duro, pero en tus elecciones demuestras tu ser, eres aquello por lo que optas. Aunque parezca que siempre hay algo que te obliga a actuar de un modo u otro, puedes elegir.

—¿Te has arrepentido alguna vez de haber elegido esto?

—Jamás. Más vale pena en el rostro que mancha en el corazón. Yo soy un hombre de leyes. Un jurista. A pesar de que eso vale ahora menos que una peseta de madera, la legalidad se lleva dentro. Nosotros representamos al Gobierno legítimo, defendemos lo que el pueblo español eligió ser en su día. Recuerdo a don Niceto Alcalá Zamora y su discurso, la huida de Alfonso XIII, los miles de puños arriba cuando las flores olían a algo completamente nuevo por toda la Castellana, la algarabía del 14 de abril espantando juntos los fantasmas del pasado. Esa esperanza recién nacida de vivir en una España justa, sin caciques, donde todos fueran de verdad iguales y en la que el pan y la escuela llegaran al último español, al más insignificante, para que dejara de serlo. Teníamos derecho a esa España, Fernando, lo tenemos. Y nos están intentando robar ese derecho. Pero yo siento que la legalidad está de nuestra parte.

Fernando abrazó a su amigo. Ese abrazo lo reconfortó. Luis Jiménez de Asúa sintió que todo lo que acababa de decir era de verdad así.

—¿Y cómo terminasteis aquí, en Praga? ¿No habrías sido más útil quedándote en París? Por la prensa, parece que las decisiones sobre lo que ocurre en la guerra se toman desde allí.

—Pues eso digo yo. Checoslovaquia es el mayor productor de armas de Europa, pero los hilos se mueven desde Francia, allí es donde está la Comisión de Compras. Yo llegué aquí, como quien dice, de rebote. Y encima hasta ahora solo he actuado como jefe de negocios, no como jefe de misión ni como ministro. No sé a qué esperan.

—Habrà alguna razón, hombre. Siempre las hay.

—Sí, que Alemania es un hueso duro de roer hasta para los políticos checoslovacos, que me han demostrado mucho apoyo, sobre todo el propio presidente, mi amigo Benes, pero están gobernando en coalición. Y ya se sabe, el partido que dirige una parte es de derechas. Muy de derechas. El Ministerio de Negocios Exteriores checo teme la reacción de los alemanes. Saben que no aceptarían mi nombramiento con la excusa de que todavía quedan funcionarios españoles aquí que pertenecen a la carrera diplomática, como mi querido Lázaro.

—¿Y qué compráis? —Fernando se arrepintió al momento de haber sido tan directo, no por resultar indiscreto sino porque no estaba seguro de querer saberlo.

—¿Qué se puede comprar en una guerra, Fernando? Hombre, por Dios. Pues imagínatelo: armas e información, también propaganda. La guerra la ganará quien consiga más apoyos externos. Si algo se ha demostrado ya es que nuestro ejército era una porquería y nuestras armas, peores aún. Nada más comenzar la guerra, se puso en marcha el Servicio de Adquisiciones, del que yo formaba parte junto con otros intelectuales, socialistas y republicanos, para comprar armamento y reclutar soldados y mandos. Pero su éxito fue tan raquítico que se disolvió en cuanto Largo Caballero entró en el Gobierno. Araquistáin, el nuevo jefe de misión en París, se las vio y se las deseó para disolver lo que había quedado del Servicio y poner en marcha una nueva Comisión de Compras, que volvió a ser un desastre y se deshizo de nuevo para crear la actual Comisaría de Armamento y Municiones, que depende del Ministerio de Marina y Aire, y que ya llevan algún general y varios tenientes coroneles con nuestra ayuda, en teoría, desde la legación aquí en Praga, bajo las órdenes del ministro Prieto. Así que, imagínate, esto va de mal en peor. Lo más difícil es conseguir armamento. En eso ocupó casi todo mi tiempo.

Y sí debía de serlo, porque Luis ponía una cara de desesperación que, de no ser porque Fernando lo apreciaba mucho, le habría hecho reír. Pero las cuchilladas en el alma sangran mucho más que las de la carne. Luis siguió con la vista a su mujer mientras charlaba con Katerina. ¿No sería mejor que se reuniera con ellas y dejara en paz a su amigo? No quería aburrirlo... Pero esa situación le hería tanto en su sentido de la justicia, tan arraigado en alguien como él, profesor universitario y demócrata convencido, que apenas dormía unas horas cada noche y cualquier oportunidad era buena para resarcirse, al menos de las penas del corazón.

—Es una lástima, Fernando. ¡Queríamos hacer tanto! Pero quizás es que la República no supo transformar el espíritu de quienes estaban enquistados en el antiguo régimen, los diplomáticos, las Fuerzas Armadas, los jueces... No supo transmitirles la necesidad de cambiar para conseguir un mundo mejor. No se abordaron las reformas necesarias para darles la seguridad de que no perderían su estatus y conseguir, al menos, su neutralidad. ¡Yo qué sé!

Luis miró al suelo. Todo lo veía sucio. Incluso en ese lujoso espacio lleno de brillos. No paraba de pensarlo. ¡Cuántos errores! Solo seguían siendo leales los docentes, los científicos y los profesores. Aquellos que deseaban modernizar España. Y eso había herido en lo más profundo a los reaccionarios. Y la disolución del Ejército al principio del alzamiento lo empeoró todo. Azaña se equivocó al armar al pueblo en milicias voluntarias para defender la República. El infame corto verano de la anarquía fue lo peor que podría haber pasado en ese momento, y la masacre de Paracuellos, una auténtica barbaridad. Todavía les pasaba factura: menudo Gobierno de gánsteres, habían pensado algunos. Normal, qué iban a pensar. Ellos no conocían lo sucedido de verdad, que no todos eran iguales, ni de un bando ni del otro. Por eso estaba él allí ahora, por culpa de todas esas brutalidades. Los diplomáticos de la República desertaron en masa, justo en este momento en que la guerra se hacía dentro de España, pero se decidía fuera y tanto se les necesitaba. Luis se dio cuenta de que llevaba un rato absorto, callado, y su amigo no le había interrumpido, por respeto, por pena quizá.

—Si lo piensas bien, Fernando, esta es una lucha de clases tanto como de ideales. Y la guerra se va a hacer aquí, en los países democráticos como este, y si no conseguimos que las cosas cambien... Esta guerra la vamos a perder los españoles, seamos del bando que seamos, pero la van a hacer ganar los extranjeros. Aunque será a costa de mi sudor y de mi sangre, maldita sea.

Fernando no podía replicar. No sabía qué decirle; se fijó bien en Luis. Había envejecido poco y sus ojos le parecían ahora mucho más vivos, como si ocultaran una esperanza que le hacía superar cada día y cada mala noticia. ¿Hasta cuándo se podría vencer la angustia? ¿Hasta dónde llevaría la convicción de saberse del lado de la justicia? Lo primero que había hecho Asúa cuando se instaló en Vila Tereza fue sentarse a escribir una lista. En ella había anotado todos los jefes de misión de los países con los que se reuniría cuanto antes en Praga y en los alrededores. En pocas semanas, ya había ido a visitar a todos los acreditados en Checoslovaquia. Solo excluyó a Portugal y Uruguay, con quienes no mantenían relaciones diplomáticas, ni tampoco, por supuesto, a los gallitos de Italia y Alemania. Ni se le había pasado por la cabeza ir a ver a sus enemigos, declarados o no. Casi todos le habían devuelto la visita. Asúa hizo todo cuanto se le ocurrió por informarles de la verdadera situación de España e incluso alguno le dio una alegría, como el ministro de China, pequeñito él, pero sin pelos en la lengua. Le dijo que el triunfo de la República sería la victoria de la verdad, de la democracia y de la libertad y que, si los rebeldes triunfaban, no solo sería una catástrofe para España, sino también para el mundo. Le habría gustado abrazarlo. Aunque, de venderles armas, nada de nada.

—No te digo más que hemos tenido que crear de cero hasta una oficina de prensa, que lleva un excelente periodista checo. Por cierto, que vamos a mandar a tu primo Víctor una temporada a España con nuestro colaborador Arturo Barea. No hay otra forma de contrarrestar la desinformación de los rebeldes, que compran a la prensa fascista para que arremeta contra nosotros. Y pásmate, además hemos puesto en marcha un servicio secreto. Que es lo que mejor funciona, a Dios gracias o a quien sea.

—Pues menudo secreto que es si me lo estás contando, Luis.

—No me seas ingenuo, Fernando, que todo el mundo sabe que las embajadas tienen servicios secretos, hombre. Lo que no saben es cómo funcionan ni quiénes los forman y eso, claro está, no voy a contártelo.

—¿Y de qué líos quieres olvidarte, si puede saberse? —María abrazó por la cintura a su marido. Katerina, Gabriel y yo la seguíamos como pollitos a la gallina.

—¡María! Sabes que no puedes hacer esto. No es apropiado.

—¡Ah!, ¿no? ¿Y por qué no? A ver, ¿quién va a impedirme abrazarte?

Katerina y Fernando sonrieron. Sus amigos seguían como siempre. Y eso era bueno porque significaba que el amor podía sobrevivir a casi todo. Pero yo no era capaz de sonreír como ellos. Aunque había permanecido junto a las dos mujeres esperando a mis amigas, no tenía ninguna gana de estar allí y, mucho menos, de parecer contenta. En esa fiesta maravillosa, yo no podía alegrarme de nada. Solo lo hice durante unos instantes cuando al fin vi a Mariana y Lenka. Ambas se acercaron a saltitos, me agarraron por los antebrazos y, tras saludar, me llevaron casi en volandas.

—¿Dónde te habías metido, Noa? Hace un buen rato que te buscamos. Esto es fabuloso, ha venido hasta una actriz de cine. Mírala, ¿no es increíble?

Mariana señalaba sin pudor a una mujer altísima, de ojos rodeados por sombras, labios finos como las líneas de la vida y pechos redondos como los cocos más bajos, siempre los más grandes de la palmera. Yo ya había visto a muchas como ella en mi país; pero allí no se las llamaba actrices. Los nombres eran importantes. También los pensamientos y los gestos. Lenka tuvo que tirar del brazo a Mariana para que dejara de mirarla.

—No sé por qué estáis tan contentas. No lo entiendo. ¡Es tu despedida!, Lenka, tu despedida. No nos volveremos a ver en mucho tiempo. —Miré para otro lado. Estaba a punto de echarme a llorar.

—Bueno, no digas eso, pronto estaremos otra vez juntas. Mi padre me ha dicho que iremos a vivir a Estados Unidos, pero que allí os puedo invitar a las dos. Mi

padre siempre hace lo que yo quiero. ¡Os llevaré a pasar un tiempo conmigo muy pronto!

Tenía que decirselo ya. Ahora. Delante de Mariana. Delante de Mariana y le diría a Lenka que me creyera, la convencería de que no debían regresar a Polonia. Cerré los ojos y tomé aire. Intenté verme con ella en el futuro. No lo conseguí. Aunque tampoco me vi de otro modo. Tenía que reconocer que, a veces, mis intuiciones no eran certeras. Me había equivocado al presentir que el gato de la casa de los vecinos volvería pronto y también que mi hermana sería un niño. Abracé a Lenka y me quedé así, con los brazos abarcando su espalda y nuestros corazones latiendo juntos, intentando que ella no llegara a percibir mi terror. Mariana se nos unió y el nudo pasó a ser de tres. Respiramos hondo, inhalamos el aire como yo les había explicado: del cielo hacia la tierra, llevando el movimiento de los pulmones hacia el estómago, para vencer la tentación de salir volando como los espíritus que habitan en nosotros querrían en ocasiones. En ese instante, la mujer de pechos de coco pasó cerca y Mariana se despegó de nosotras. Cogió de la mano a Lenka y la azuzó:

—Venga, vamos a cotillear un poco.

Ambas salieron corriendo entre los invitados. Pero yo tenía todos los músculos rígidos y no era capaz ni de echar a andar para seguirlas. Jamás había conocido ese miedo atroz, el miedo a equivocarme, a tomar mi propio camino, a ponerme de un lado. Y a ser castigada por ello. Mezquina. Rastrera. Despreciable. Así me sentí. Pero no pude moverme. Supe que no le diría nada a Lenka. Que no haría nada por salvarla. En mitad del salón, sobre la mesa de caoba de tamaño descomunal, los lirios de los jarrones bohemios caían lánguidos. Como mis lágrimas. Vi a mis amigas volviendo a cruzar la sala por el lugar donde habían dejado a Fernando y Katerina y pasar de largo. Se habían dado cuenta de que me había quedado rezagada y regresaban a buscarme.

—¿Qué te pasa? ¿A qué esperas para empezar a divertirse? —me dijeron, pero ni siquiera me miraron antes de agarrarme de la mano y salir otra vez corriendo. Ellas aún no habían conocido el sufrimiento.

A pesar de las prisas y de mis ojos humedecidos, vi de refilón cómo Asúa y su mujer se iban de la fiesta, y a Katerina junto a Fernando. Me habría gustado acercarme a ellos y contarles lo que me ocurría. Buscar el consejo y la ayuda de alguien de este mundo porque en el otro sabía que nadie me diría hacia dónde debía ir. Pero ¿me creerían?

Fernando había terminado tan agotado de su conversación con Asúa que, ajeno a la agitación de la mayoría de los invitados que bailaban o charlaban cerca, había decidido probar algunos de los tentempiés: masticaba ahora su preferido, el de foie con mermelada de fresa; no se le caía la baba porque tenía la boca astutamente cerrada.

—No comas mucho, que ya sabes que las cenas no te sientan bien.

Fernando ignoró a Katerina, aunque tuviera razón. Tomó otro canapé, esta vez de tres bandejas más allá. Se lo comió sin querer mirarla, intuyendo que ella lo seguía observando con un gesto de reprobación dulce aunque eficaz. Pero no pudo saborearlo como habría deseado, cerrando los ojos y oliendo su aroma, porque de repente alguien lo sujetó por los hombros y lo zarandeó, para terminar aprisionándolo entre sus brazos. El bocado a punto estuvo de salir despedido en dirección impredecible.

—Por fin te encuentro, amigo mío —Lucas lo soltó—, ya veo que tú, como siempre, dando buena cuenta de las provisiones, ¡que se vayan todos, que se queda mi amigo Fernando para comerse lo que haya! Y tú, Gabriel, que nunca dices nada, a ver si aprendes de tu padre y eres un poco más sociable. Rafael lleva buscándote desde que hemos llegado. Está con las chicas, quizás deberías ir a controlarlo un poco, ya sabes cómo es.

Pero mi hermano de este mundo tomó una silla libre, la llevó más cerca de su padre y se sentó con las piernas cruzadas.

—Menos mal que te aprecio mucho, Lucas, menos mal.

Fernando vio que Katerina se alejaba de la mano de Irene. Aquella no iba a ser una noche en la que pudiera disfrutar de su compañía.

—Eres un excelente amigo, hombre, no te enfades conmigo, soy así. Sabía que tenías que estar por aquí. Pero mira que es grande esto, ¿eh?, menudo sitio ha elegido Borys. Pero mira, quiero presentarte a alguien. Es Armando Iglesias, un amigo de España. Es pintor. Muy bueno, por cierto. Ha logrado exponer en varias ocasiones. Otro que quiere vivir del arte, ¿verdad, Armando?

Por un momento, Fernando no supo interpretar la expresión del joven que le extendía la mano. Llevaba un grueso anillo de oro con una piedra amarilla en el dedo pulgar y en sus uñas, más largas de lo habitual pero limpias y limadas, brillaba una capa de esmalte transparente. Al tocarlo, Fernando sintió un escalofrío extraño. Y, si hubiera dejado de mirarlo, no habría recordado ni un solo rasgo de su rostro.

—Como siempre, bromeando. Y he expuesto pocas veces, Lucas, muy pocas. Encantado de conocerlo, Fernando. Nuestro común amigo me ha hablado mucho de usted.

—Encantado, aunque Lucas no me había contado nunca que tenía un amigo pintor. Verá cuando se lo diga a mi esposa. Y ¿qué pinta usted?

—Mi especialidad son los retratos. Al óleo. Sobre todo infantiles.

—Lo que yo no me explico es con qué narcotiza a los niños para que se queden quietos tanto tiempo. —Lucas se dirigió entonces a Fernando como si le hiciera una importante revelación—: Él es el autor de la pintura grande de nuestro salón, la de Mariana, Rafael e Irene. Yo no salgo, cualquiera aguantaba allí tanto tiempo mirando a las musarañas. Conozco a Armando desde hace mucho tiempo. Pero disculpadme, os voy a dejar, creo que ha llegado alguien que requiere de mi inmediata atención. Hay que ver, qué cantidad de personalidades han venido a la despedida del marchante, para que luego digan que los artistas se mueren de hambre. —Lucas miró a Armando y le hizo un gesto con los ojos que Fernando no vio.

—Ahora recuerdo el cuadro del que habla Lucas. Es una excelente pintura. Supongo que acepta encargos. Ya que nos hemos conocido, tal vez pueda pintar un retrato de mi familia. En algún momento en que esté disponible.

—Por supuesto. Pero hoy no hemos venido aquí a hablar de negocios, ¿no le parece? Iré a verlo cuando desee y concretamos.

—Pero no se olvide, por favor, cuando se lo cuente a Katerina, seguro que se entusiasmará. Es una enamorada del arte.

Mis amigas y yo llegamos en ese momento. La mesa donde habían servido algunos dulces estaba muy cerca. Mi padre de este mundo aprovechó para decirme, al oído, lo guapa que estaba. Pero no pude ni sonreírle, seguí enseguida a Lenka y Mariana. Fernando se dio cuenta de que el pintor tampoco había dejado de mirarme y continuó haciéndolo hasta que volví a desaparecer entre el resto de invitados.

—Es muy guapa, ¿verdad? —le dijo mi *padrebis*.

—Mucho, sí. ¿Es su hija?

—Sí, es mi hija, Noa, y sus mejores amigas. Lenka, la chica rubia, es la hija de Silvia y Borys, los anfitriones. Y a Mariana ya la debe de conocer. Mi hija está muy apenada por la marcha de Lenka. Hay que ver qué juventud, como si no fuera a tener más amigas.

—Discúlpeme, por favor, pero tiene usted una hija preciosa. Para un pintor, una modelo así es todo un reto. Si es ella a quien hay que pintar, claro está. Es una joven con una belleza extraña. Mágica.

Gabriel se removió en su asiento. Había escuchado toda la conversación. Debería haberse quedado en casa, pero Katerina le suplicó que fuera a despedirse al menos. Le costó mucho mantenerse callado.

—Sí, Noa es muy especial. No podría creer cuánto. El hombre que se case con ella será muy afortunado. Aunque insiste en que se quedará soltera; ya sabe, cosas de crías.

Katerina se acercó a su marido. Había perdido a Irene y traía un vaso lleno de ponche de un sospechoso color rosa.

—Permítame que le presente también a mi esposa. Le aseguro que podría hacer buenos negocios con ella. —Fernando buscó a Gabriel a su lado, pero la silla estaba vacía—. Tenemos un hijo también, que hace un minuto rondaba por aquí, y otra hija más, Daniella, aunque es muy pequeña y se ha quedado en casa.

Pero Katerina no respondió a su marido, había visto a alguien con quien habría querido no encontrarse nunca más. Él llevaba del brazo a su reluciente esposa y saludaba a todo el mundo. Bebió un poco del ponche, pero solo se sintió más aturdida. De repente, volvieron a ella un montón de imágenes olvidadas. Palideció y empezó a percibir un intenso agobio en el pecho.

—Katerina, ¿te ocurre algo? Me gustaría que conocieras a Armando Iglesias... Querida... —Fernando la agarró del brazo. Estaba helada—. ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—Os ruego que me disculpéis.

Katerina se alejó sin saber hacia dónde iba, dividida con varias personas antes de detenerse junto a una gran estatua de Lete, la diosa griega del olvido; la vista se le nubló. Se agarró a una ostentosa columna que chocó en dos la sala. Intentó calmarse, pero su corazón la desobedecía. Y oía los ruidos de la fiesta como si ella no estuviera allí: susurros entrecortados, algún nombre, una carcajada que se elevaba por encima de otros sonidos que no significaban nada. Fueron solo unos instantes, durante los que se imaginó a aquel hombre odioso encontrándose conmigo, reconociéndome, descubriendo nuestro secreto. Ese secreto que, de repente, ella había recordado con todos los detalles a pesar de mi hechizo. Él no podía verme de ningún modo. Respirar hondo le permitió recuperar la visión, y cruzó la sala de lado a lado con la mirada. No me vio. A pasos rápidos, recorrió cada rincón buscándome. No me encontró. Intentó ponerse en mi lugar, pero no le sirvió de nada. Salió al jardín, el aire de la noche le refrescó la cara, pero yo no estaba, tampoco Lenka ni Mariana.

Al volver al salón, junto a la mesa donde decenas de copas relucientes esperaban a ser llenadas, Lenka y Mariana bebían sorbitos de las suyas y reían. Miró algo más allá y quiso gritar. Pocos pasos detrás, yo miraba seria a mis amigas y, no demasiado lejos, Víctor y Mérida charlaban con interés mientras los camareros les servían. Cruzó la habitación sorteando los corros de invitados que charlaban, las parejas que bailaban y los que se le cruzaban despistados. Cuando logró llegar donde nos había visto, ya habíamos desaparecido. Alguien la agarró por el brazo.

—Katerina, siempre tan hermosa. Tantos años sin vernos y ahora, dos veces en solo unos meses.

Le repugnó percibir un tacto similar al de un batracio. Apartó la mano de Víctor y se esforzó por calmar el ritmo de su respiración.

—Qué extraño volver a verte aquí. Espero que acompañado por tu linda esposa. Creí que te habrías ido ya de Praga.

—Ella no puede faltar en estos eventos. Su padre es cliente de Borys Palczewicz. Muy buen cliente.

—Pues vamos a saludarla. —Katerina quiso moverse, pero él la sujetó.

—Hay tiempo para todo, no tengas prisa. Está muy bien acompañada ahora, como yo. La noche está siendo muy productiva. Podemos hablar un poco tú y yo a solas, como en los viejos tiempos.

—Tengo prisa, me espera mi marido. Pero seguro que a él también le apetece mucho saludarte.

—Si yo fuera tú, no me iría tan pronto. Tenemos que hablar de negocios.

—Creo que te equivocas. Yo no soy empresaria. Y tu primo tampoco, él es abogado. No sé si lo recuerdas.

—Perfectamente, ¿cómo podría olvidarlo? Me lo dejaste muy claro la noche en que disfrutamos de esa deliciosa luna en mitad de ninguna parte. Tampoco te he olvidado a ti.

—Víctor, no quiero ser grosera pero tengo que volver con Fernando. Cuando encuentres a Mérida, por favor, venid a saludarnos.

—No te vayas. Es un consejo. Y mis consejos es mejor seguirlos. Entonces te aconsejé que no me dejaras solo esa noche, lo habríamos pasado muy bien juntos.

Eres una mujer muy apetecible. Y además, no me habría enterado de ciertas cosas que tú preferirías que no supiera, estoy seguro.

—No puede ser que sigas encaprichado conmigo. Mérida es mucho más guapa que yo. Y muy buen partido, por lo que veo; si yo estuviera en tu lugar, no la dejaría sola ante el acecho de los buitres.

—Tienes razón, ha sido una suerte conocerla. Tuvimos que casarnos en secreto, ya sabes, la familia política, que no suele aceptar maridos con una profesión como la mía, periodista. Sin fortuna y sin buena familia. Sin embargo, a ella, eso es justo lo que más le gusta de mí, o eso dice. Por desgracia, hacía mucho que no me encargaban trabajos importantes, de los que dan para vivir un tiempo. Supongo que eso es lo que más enfureció a su padre cuando desaparecimos para contraer matrimonio. A ella le pareció un juego, a mí una bonita historia de amor, muy lucrativa además, en todos los sentidos. Pero no es cierto que mi mujer se deje influir por mí, ella tiene mucho carácter. Tendrías que conocerla mejor, haríais muy buena pareja. Muy muy buena. Y yo entre dos bellas mujeres. Quizás se lo plantee, los tres juntos a la luz de la luna, como aquella noche..., mejor, incluso. ¿Te atreverías?

—Dime qué quieres, Víctor. Dímelo ya de una vez.

—¿Qué hace ella aquí?

—¿Ella?

—No me subestimes. No te conviene perderme el respeto.

—Me gustaría poder responder a tu pregunta, pero no sé a quién te refieres.

Víctor le sonrió con sorna, entornando los ojos a la vez.

—A ella, a la niña hindú. La que estaba en la *haveli* con tu hija cuando salimos de viaje. La he visto aquí, también he visto a tu hijo y, por supuesto, a tu marido, mi fofo primo. Ella es inconfundible, ya era una muchachita preciosa entonces. Pero ahora se ha convertido en una mujer muy hermosa, más apetecible incluso que tú. Podría ocupar tu lugar, solo si tú te siguieras resistiendo, por supuesto. Pero a quien no he visto es a tu hija. Esa niña rubia que se parecía tanto a ti.

Katerina se había roto por dentro. Pero en ocasiones las lágrimas se contenían mejor que la lengua.

—Eres un cabrón, Víctor. Un hijo de puta. Mi hija..., no está, ella... Bueno, ella se quedó en la India.

—¿Se quedó en la India? ¿Y eso qué significa? Aunque mejor no me contestes, ya lo averiguaré. Entonces, ¿a esta la acogisteis allí y la trajisteis con vosotros a Europa? ¿Así de fácil? Vuestra hija se queda en Jaipur y a cambio traéis a otra niña que no es vuestra hija. Interesante. ¿Y puedes explicarme por qué la llaman Noa, como a tu hija? Acabo de escuchárselo a sus amigas. Tengo muy buena memoria. Nunca olvidaría los nombres de los hijos de mi primo. Y menos cuando se llaman como nuestra abuela.

—No le busques tres pies al gato, Víctor, la respuesta es muy sencilla: la adoptamos. Ahora vive con nosotros y su nombre aquí sonaba un poco extraño, por eso comenzamos a llamarla como a nuestra hija.

—Katerina, no me tomes por idiota. Si vivo como vivo no es por mis reportajes, tengo un sexto sentido para según qué cosas. Y aquí hay algo que no me cuadra. Cuando nos conocimos, de la India solo podían salir los europeos. No se podía adoptar un niño hindú de ningún modo debido a la peste, ni aunque hubieras sobornado a toda la Corte de Calcuta y al Gobierno británico. Quiero saber dónde está tu hija, qué hace esa india en Praga, por qué está en esta fiesta con vosotros y por qué diablos la llamáis Noa. Pero vamos a hacer una cosa: yo finjo que no me importa, tú finges que tienes algo muy valioso que te regalaron y que a mí me gustaría muchísimo tener, y nos intercambiamos lo uno por lo otro. No te extrañe que disponga de esta información: me la dio una mujer muy satisfecha y cercana a ti. Por supuesto, te guardaré el secreto, tienes mi palabra.

—La palabra de un hombre como tú no vale nada.

—Tendrás que arriesgarte a comprobarlo.

—No has cambiado, Víctor, sigues siendo lo que parecías. Dime: ¿de verdad eres feliz con teniendo alma?

—Inmensamente, Katerina. El alma no existe, es un engañoso que se han inventado los poderosos para tenernos controlados. Mi alma vive de materia, a poder ser cuanto más lujosa mejor, lo demás es accesorio. Salvo, quizás, este enorme placer al observar cómo palideces y presentir tu piel erizada. No puedes imaginarte cómo me excita eso. Luego se lo demostraré a Mérida como debe ser.

—Siento lástima por Mérida. Me da la sensación de que ella no te conoce.

—¿Y acaso importa? No es la única ni será la última.

Katerina acercó su cara a la del hombre. Le repugnó su olor dulce.

—Eres un canalla, Víctor. Pero no tienes tanto poder como quieres hacerme creer. No me das ningún miedo. Adoptamos a Noa, no sabes nada de mí y no tengo ningún objeto valioso que nadie me haya regalado y que puedas ansiar. Solo eres un pobre hombre.

Víctor se sonrojó. La habría abofeteado, pero miró a su alrededor, la cogió del antebrazo y apretó hasta que Katerina hizo una mueca de dolor.

—Cuando vuelvas a ver a tu hermanita, pregúntale. Ella sabe bien qué doy a cambio de muy poco. No eras tú, pero me sirvió bien, su marido no debía de dejarla muy satisfecha porque se comportó como una tigresa en celo. Me bastaba con cerrar los ojos e imaginar que era tu cuerpo. Tu hermana me sorprendió: desnuda ganaba mucho. Y no me sigas mirando así, mi bella Katerina, o tu marido sospechará lo que me gustaría hacerte. —Víctor se giró y empezó a andar, pero enseguida volvió a mirarla—. Y no se te ocurra volver a menospreciarme. Los canallas que no tienen conciencia son los peores; te aseguro que si encuentro algo que pueda usar contra ti, te arrepentirás de no haberme tomado en serio. Todos tenemos que sobrevivir.

—Pero no todos elegimos hacerlo de un modo tan rastrero. Y sobre mi hermana, no te creo.

—¿Envidia? Es una pena, porque tendremos que retrasar nuestro encuentro un tiempo. Ahora tengo que salir al extranjero. Cuando regrese y hayas meditado, quizás puedas encontrar el momento para estar mucho más rato conmigo. —Él había alargado la u en la mitad de la frase mientras rozaba sin disimulo el brazo de Katerina con los dedos anular e índice—. Quién sabe, podría enseñarte algo que no hayas aprendido todavía.

—No te daré nada, ni hoy ni nunca. No tengo nada que ocultar ni nada que ofrecerte.

—Eso lo veremos muy pronto.

Víctor se alejó. Katerina tuvo que buscar un lugar donde sentarse. No se había percatado de que su admirado Janacek sonaba al piano. Se concentró en ese sonido melodioso que siempre la reconfortaba. Respiró despacio. Lloró. Pero nadie vio sus lágrimas, ocupados como estaban casi todos en verse solo a sí mismos. La pieza terminó. Los latidos de su corazón se normalizaron. Pero la vida se había detenido. Había perdido a su hija en un país lejano y la había abandonado allí. Y lo había recordado todo al tiempo que se había dado cuenta de que lo había olvidado, al volver a encontrarse con una persona que no tendría escrúpulos en usar su desgracia para ponerlo todo patas arriba.

Otra música diferente empezó a sonar y mi *madrebis* pasó el resto de la noche sentada, ensimismada en su propia vileza. Sintióse sucia y mezquina de repente. Una madre que abandona a su hija y la olvida por completo. Yo ya era casi una mujer, como lo habría sido Noa en ese momento. Sus lágrimas se agotaron mientras sus ojos me buscaban con avidez, hasta que me localizaron y entonces comenzó a seguirme con la vista por la sala sin perderme ni un instante.

Pero Katerina no percibió nada extraño en nuestras correrías entre los invitados, tampoco en las risas, ni en los abrazos de Mariana y Lenka; ni le pareció inquietante que yo, al final, me quedara rezagada y terminara sentándome, igual que ella, a solas entre la multitud sin levantarme más ni una sola vez, y luego me llevara las dos manos a la cara y me pusiera a llorar. Y no le pareció extraño que el pintor, Armando, a quien había conocido esa misma noche aciaga en que su hija muerta le reclamó su derecho a ser recordada, me observara extasiado, con la mirada que tienen los hombres ante un objeto apetitoso, con las manos inquietas tocándose entre sí, los labios mojados y la piel húmeda mientras imaginaba. Ni siquiera se inmutó cuando vio a Gabriel agazapado tras la ostentosa columna y su mirada se cruzó con la del pintor, pero su hijo no la apartó, con orgullo de fiero contrincante. Tampoco se extrañó cuando todos empezaron a abandonar la sala y algunas mujeres se acercaron a la madre de Lenka para besarla y le desearon feliz viaje y mucha suerte en América, que vaya aventura y ojalá que pudiéramos irnos también nosotras a conocer Hollywood, después de que yo me despidiera con la mirada más abatida que me había visto nunca. Ni se percató de que Mariana esperaba con paciencia a que Lenka se apartara un poco para agarrarla del brazo y arrastrarla hasta la intimidad de uno de los balcones que miraban a la plaza, le cogía las dos manos mientras le decía algo al oído que, si hubiera podido escuchar, no habría llegado jamás a creer y le acariciaba el rostro con la parsimonia y la dulzura de quien sabe que no lo volverá a hacer jamás. Y no se sorprendió de que Mariana mirara a su alrededor y, tras comprobar que nadie las observaba, besara dulcemente a Lenka en los labios mientras esta, divertida y excitada, le devolvía el beso con la naturalidad y el entusiasmo de quien recibe un regalo precioso como tantos otros antes que ese.

Y entonces Katerina tampoco se asombró al ver dos nubes blancas y esponjosas en la sala y a mí debajo de ellas, pálida, absorta, con la mirada perdida y la piel fría, mientras asumía mi cobardía. Ni sintió ningún miedo al percibir como en un sueño que, a partir de esa misma noche, todo cambiaría: tan solo unas pocas horas después de que Katerina recordara que había olvidado, Hitler autorizaría el bombardeo de Guernica, en el que los nazis matarían por primera vez a miles de civiles en aquella guerra demoníaca que llevó a los hombres a maldecirse a sí mismos. Pero a Katerina todo eso había dejado de importarle.

La entrada a Vila Tereza bullía de limusinas recién abrillantadas. Los árboles las pintaban con sus sombras alargadas y los chóferes, apoyados en los capós, esperaban con sus gorras de plato en la mano. Charlaban; casi siempre se entendían mejor que sus jefes. Katerina se bajó del coche que Luis había enviado para recogerlos y se sorprendió de que la casa estuviera tan concurrida. Pero no tenía ganas de ir a ninguna fiesta, ni siquiera de salir de su habitación; su descubrimiento macabro la había sumergido en un duermevela de angustia que apenas le permitía vivir la realidad, pero accedió por Daniella: la pobre estaba deseando volver a ver a Mariquita y a Amelita. Hasta Gabriel había venido con nosotros, convencido por mi mirada que suplicaba: «No me dejes sola, por favor».

Además, celebraban el 14 de abril, la llegada de la II República a España. Mi *padrebis* había brindado a la salud de su querido abuelo centenario, Dionisio Martín, que siempre odió la Monarquía y que aguantó vivo solo hasta que llegó a ver a Alfonso XIII partir al exilio con el real rabo entre las reales piernas y pudo saborear el momento triunfal en que España se acostó monárquica y se levantó republicana. Por eso, la linda praguense se enganchó a su marido cual candado a cadena, se atusó un poco el pelo y se mojó los labios antes de sonreír cuando le dediqué la mirada que significaba: «¿De verdad debemos entrar ahí?». Por supuesto. Debemos. Hay que ser valiente, Noa. La cabeza se eleva, el talle se estiliza, los pasos se ralentizan y la familia al completo cruza a la vez el portón de Villa Tereza. Noa, Noa, Noa... Ahora, pronunciar ese nombre para referirse a quien no había nacido de ella le dolía como si le clavaran picas ardientes en los ojos, pero Katerina sabía que debía hacerlo.

Enseguida, la aprensión de mi *madrebis* se disfrizó de normalidad, en cuanto María, sin su Luis, vestida de seda carmesí y con el rostro exultante, salió a recibirnos para abrazarnos uno a uno con ese cariño que irradian solo las personas como ella. Se dirigió primero hacia mi hermana y le plantó dos besos que sonaron como dos chuponas desatascando un pilón. La niña le sonrió, aunque se pasó enseguida la mano por las dos mejillas.

—Daniella, sube enseguida al cuarto de Mariquita. Amelita y ella te esperan impacientes, hoy tendréis que jugar allí. Aquí abajo hay muchos asuntos de mayores. Pero los rusos son los que antes los ventilan. Y también os han preparado un *buffet* especial, lleno de comidas ricas. Luego tienes que decirme qué ha sido lo que más te ha gustado.

Daniella salió corriendo escaleras arriba sin contestar y las mujeres se rieron. Subí detrás, quería saludar a las niñas. Mariquita era una conncoción, un poco mayor que Daniella, tenía cara de haber descubierto ya muchas más cosas y unas ideas de lo más divertidas. Estaba enredando en las habitaciones de una fabulosa casa de muñecas que le llegaba a la altura de los hombros, sacando platos y cubiertos minúsculos de los cajones de una alacena; ella también deseaba dejar preparada la mesa para la gran fiesta. Al ver entrar corriendo a mi hermana, Mariquita se levantó y ambas se abrazaron con un fuerte apretón; daba gusto oír los grititos agudos de las dos mientras daban vueltas alrededor de la casa de madera. Amelita se les unió y se repartieron besos y sonrisas a diestro y siniestro. Ojalá esa alegría pudiera repartirse a cucharas cuando se necesitara, como un bebedizo mágico de optimismo y de buena fe que neutralizara a quienes deseaban vivir en las tinieblas.

Yo me acerqué a ellas y las abracé. Al tocar a Mariquita, un escalofrío me sacudió de las palmas al corazón. Era la misma sensación de siempre, cuando la luna plateada del vientre me picaba con rabia y empezaba a ver más allá. Ahora veía a la niña con un abrigo grueso de lana gris abrazada a su muñeca; su madre la estaba ayudando a subir a una avioneta. Yo no oía lo que decían, solo el ruido ensordecedor del motor y las hélices, pero distinguía sus lágrimas. Se soltó de su madre, arrojó la muñeca al suelo y salió corriendo hasta aferrarse a las piernas de su padre. Él se agachó y la abrazó. Se besaron, él le dijo algo al oído y asintió; pero Mariquita negó con la cabeza y se enganchó a su cuello. Su padre la llevó de nuevo hasta el enorme artefacto y solo así la niña terminó cediendo. Luis Álvarez del Vayo y su esposa Mercedes se despidieron con un prolongado abrazo antes de que ella siguiera resignada a su hija, mientras Franziseck abría la limusina y su jefe esperaba de pie, agarrado a la puerta para no caer, mientras observaba con los ojos llorosos la avioneta que trasladaba de Praga a París a las dos personas que más quería en este mundo.

Abracé a Mariquita. Ella aún era una niña feliz. Yo quería preguntarle si algo así le había sucedido alguna vez, pero supe que ella no sabría explicármelo. El vacío en el estómago me subió en una arcada hasta la boca. ¿De qué me servía ese poder si no había sido capaz ni de intentar ayudar a Lenka? ¿No existe ningún hechizo para vencer el miedo? ¿Ningún brebaje, mudra o sortilegio me darían la paz? No conseguía perdonarme mi cobardía con mi amiga, pero ya había dejado de llorar. Solo rezaba para lograr resignarme ante mi imperfección. La resignación era la mejor virtud junto con la paciencia, eso me habían dicho siempre.

—Portaos bien, ¿de acuerdo? Hay mucha gente importante aquí hoy, no estaría bien que tres señoritas como vosotras dierais un espectáculo.

Las tres niñas me miraron pero ninguna me respondió. Bajé las escaleras y busqué a Gabriel. Quería contarle lo que sentía cuando veía esas imágenes de otro tiempo que no sabía si era pasado o sería futuro, y que hasta entonces jamás había podido llegar a confirmar. Miré hacia la entrada. Las telas que colgaban de las ventanas habrían servido para confeccionar veinte saris y doce *dothis* dignos de los brahmanes más exigentes. Bajé las escaleras deprisa hacia el salón donde se serviría la comida. Otros invitados ya se dirigían a la mesa. Pero no soy ágil como un gamo y un traspie me hizo torcerme un tobillo y a punto estuve de caer. Alguien me sujetó justo a tiempo.

—No vayas a hacerte daño. Lo mejor que me ha pasado en todo este triste día no puede estropearse ahora, no te hagas daño precisamente cuando pasas por delante de mis ojos, que rabian de felicidad.

¿Qué hacía allí ese hombre otra vez mirándome de ese modo? Intenté que no notara que mi corazón danzaba al son de palmas invisibles el baile de la luna y de la vida. Mauro era más alto que yo, moreno y mucho más fibroso que los chicos que conocía, quizás porque Gabriel o Rafael aún no habían llegado a alcanzar su madurez. Podía sentir su pecho duro pegado contra el mío y sus robustos brazos rodeándome. Aprecié su olor, a corazón de coco dulce. Procuré recuperar el equilibrio pero una neblina se instaló ante mis ojos. Sentí que iba a caerme aun teniéndome abrazada. Antes de dejar de ver por completo lo que tenía delante, tuve tiempo de pensar si, en lugar de bruja, no sería tan solo una tarada y necesitaría acudir a un médico, un curandero o un psiquiatra que remediara mi mal. Deseé con toda mi alma poder renunciar a ese poder que se me había ido de las manos hasta convertirse en esclavitud, que no hacía de mí más que una prisionera de mis emociones, que no me había dado nada nunca y, sin embargo, me había exigido tanto. Ver lo que podría sucederles a otros no era una virtud sino un martirio. Ahora entendía lo que significaban las palabras de Asha después de que, como yo, dejaba por unos instantes —ínfimos para mí, que seguía anclada a la realidad— de permanecer en este mundo físico y viajaba por el astral, incluso sin estar dormida: «A veces no podrás controlarlo, solo podrás seguirlo, pero ante su tiranía, tan solo cabrá de verdad la resignación».

Tras una niebla densa, visualicé a varios hombres que huían por una playa. Solo reconocí al que acababa de impedir que me cayera. Otro, más joven, cayó a plomo sobre la arena, que se esparció en un remolino a su alrededor. Me estremecí al observar cómo Mauro se detenía, retrocedía y se tiraba al suelo junto al otro y lo increpaba para que se levantara. Tras las dunas, varios soldados apostados dejaron de dispararles. Mauro se quitó la camisa, la hizo jirones, formó un gurrúño con ellos y lo apretó con ímpetu sobre el pecho del que yacía inmóvil; sus dedos y la tela se fueron impregnando de sangre, tan viscosa y abundante que empapó el cuerpo y manchó las olas que lo agitaban. El sonido de su vaivén eterno se oía como un fragmento de la canción que siempre silba la muerte antes de celebrar, de nuevo, su victoria. Mauro, con la cara desencajada y los ojos llenos de lágrimas, levantó las manos hacia el cielo y gritó palabras que no pude entender y siguió gritando hasta que dejó caer la cabeza sobre el cadáver, besó su rostro, le pidió perdón tres veces, encabalgó al hombre sobre sus hombros y se alejó con él a cuestras. Nadie se molestó en seguirlos.

Un dolor punzante me atravesó el pecho: presentí que la bala ejecutora la había disparado el propio Mauro. Y percibí también la maraña de sensaciones que lo reconcomían: su arrepentimiento, el tormento por haber traicionado a alguien a quien apreciaba tanto, las intensas ganas de gritar a esos soldados indolentes que también lo matarían a él, la renuncia a sí mismo. Vislumbré la confusión de su corazón durante los numerosos días que había pasado pensando qué hacer; le vi maldiciendo la guerra y a los que asesinaban a unos y a otros, indeciso, sin atreverse a tomar partido. Y lo vi también después, cuando se decidió a contar a los sublevados lo que sabía de los suyos para que ganaran los que debían ganar, para que el comunismo no se hiciera con su amada España y los anarquistas no acabaran con su mundo ordenado. Su sufrimiento me atravesó, tan afilado que le hizo desgarrarse por dentro mientras llevaba el cuerpo de su amigo hasta su escondite y lo dejaba allí con la seguridad de que la información que había pasado a los otros había sido la causa de su desgracia. Entonces también supe sin duda a quién más había traicionado.

—Oye..., preciosa, ¿vas a volver o no? Que de verdad no merezco este honor, no puedo ser tan maravilloso como para que te desmayes a mis pies.

Abrió los ojos. Tuve la certeza de que el hombre que me daba aire con el periódico del día todavía tenía en su alma la gran sombra que le impedía decidir de qué lado estaba. ¿Debía inmiscuirme en su camino? ¿Influiría en su karma contándole cuál sería la consecuencia de una decisión que aún no había tomado? En la India, la vida era resignación, pero ¿mi abuela se había resignado? Jamás. Ella había vivido como quería, había decidido cuál era su senda y la había seguido pese a todos los obstáculos.

Siempre. ¿Y así no infringía las Leyes de la Naturaleza y de la Vida? El dulce olor a corazón de coco regresó a mi nariz y noté de nuevo el brazo de Mauro alrededor de mi cintura. Si le advertía, ¿me creería o terminaría volviendo a su camino porque así había de ser? Como era siempre en ese mundo donde casi nadie escuchaba a su corazón, sino a su estómago y, solo algunas veces, a su cabeza. Volví a percibir la sequedad en la garganta, la presión asfixiante en el pecho. El pánico a tomar partido.

—Perdóname, me he mareado. Gracias por no dejar que me cayera.

—A mis pies, como quien dice. La ilusión de mi vida, que alguien como tú caiga rendida a mis pies. Es una pena que tenga que irme ahora, pero puedes desmayarte encima de mí siempre que lo desees, Lila para los amigos. ¿Has decidido ya qué voy a ser yo? ¿Quizás algo más que amigo?

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido a la fiesta?

Por fin había conseguido separarme de él y me recompuse la camisa. Se tocó la poblada barba. ¿Cómo sería su rostro sin ese pelo tapándole los labios, la barbilla y buena parte de los pómulos?

—Mirarte, qué voy a hacer.

—¿Ya has aplacado tus demonios?

Se puso serio, pero en un instante volvió a sonreírme. Sus ojos indagaban en los míos. Parpadeé deprisa por si acaso. Menuda bruja hindú. ¿Podría él ayudarme a vencer la maldición de Neeja?

—En ello estoy. ¿Y tú, Lila? ¿Ya has conseguido dominar a tu león?

Me pregunté si habría llegado a conocerme o si solo era una pregunta tonta. No supe responder. Seguía sin poder descifrar su sonrisa. Él continuó:

—No me contestes. Da igual, que aún estoy que no me lo creo. La chica más guapa de toda Praga ha vuelto a mis brazos. Pero no digas nada; luego, por la tarde, yo te buscaré y seguiremos hablando con más tranquilidad y menos gente por ahí pululando, ¿te parece? Dime que te parece bien, Lila para los amigos. Hoy es mi día de suerte, y la he encontrado un 14 de abril, apuntaré esta fecha en mi memoria, fijate lo que te digo.

No pude evitar sonreírle. Nunca antes ningún hombre me había tratado así. Me sentí como la flor de la mostaza que se toma machacada con sal de roca para deslumbrar. Me fijé en sus manos: sus líneas eran muy largas pero terminaban en otras en forma de raíces profundas, que se hundían en la verdad; los dueños de caminos así jamás contaban mentiras. Ni siquiera a sí mismos. Prometí esparcir esa noche semillas de curry Madrás pensando en él para ayudarle a decidir. Pero las promesas se olvidan si el corazón duda.

Entonces vi a Gabriel. Había salido a buscarme y estaba observándonos. Katerina lo había enviado a hacer de hermano mayor. ¿Por qué no le permitirían quedarse en casa? Allí, al menos, podía estar tranquilo, con sus cosas, sin molestar a nadie ni que nadie lo molestara. Me aparté de Mauro pero era demasiado tarde.

—No has tenido tanta suerte, no te creas. Noa, vamos a empezar a comer, ¿vienes?

—¿Y este quién es? ¿Tu novio? —Mauro lo miró con la socarronería de quien sabe más.

—A ti no te importa quién soy. —Gabriel me agarró con fuerza del brazo—. Vamos.

—Me parece que le estás haciendo daño.

Gabriel cada vez me apretaba más.

—Mira, no me toques las narices. No sé quién eres ni me importa, pero no te metas donde no te llaman.

—Noa, Lila para los amigos, tú dirás. ¿Quieres irte con este o te quedas conmigo? Si quieres, podemos sentarnos juntos. Te prometo que no te cogeré por las alas como si fueras una gallina ni te obligaré a hacer lo que no quieras.

Bajé la vista. Conocí dos destinos. Dos hombres y yo. Empezó a dolerme el estómago. Pero Gabriel tiró de mí y me obligó a seguirlo. Solo me soltó cuando los dos nos sentamos a la mesa. Me sentía ridícula, como si hubiera pasado algo indebido. También sentí vergüenza por él. Jamás me había tratado así.

—¿Estás bien? —me preguntó con la cabeza baja.

Yo no pude contestarle: no sabía si estaba bien o no. Busqué con la vista a Katerina y la encontré sentada junto a casi todas las mujeres, en el lado de la mesa próximo a la ventana; María le hablaba, pero ella la observaba con una expresión extraña. Ocupé una silla libre más cerca de ellas. No me giré para mirar a Mauro. Tampoco él vino a buscarme después como me había prometido.

Hacia varias horas que la cocina y toda la planta del sótano donde se preparaban los ágapes bullían de inquietud. Todo el mundo estaba nervioso, menos María. Ella solo alzaba la voz cuando creía que su amadísimo marido estaba siendo perseguido por alguna pelandrusca. En la gran mesa de roble, numerosas bandejas de plata con los bordes labrados se agrupaban por tipo de comida. A su lado, en grupos de diez, reposaban las copas, junto con vasos de agua, cestas de fruta y botellas de champán. La señora de Asúa estaba mostrando con orgullo y una a una las exquisiteces que habían preparado para la ocasión. Su marido se guardaba mucho de contar a nadie, y mucho menos a ella, que había tirado de sus ahorros para preparar ese *lunch*, mientras rezaba a todos los santos que conocía para que el dinero que llevaba meses pidiendo a Madrid le llegara más pronto que tarde, porque, a pesar de lo que pensarán los católicos de más de medio mundo, los republicanos no eran siempre ateos. Y seguían oyéndose los neumáticos de otros coches oficiales avanzando por el camino de tierra antes de estacionarse bajo la marquesina que resguardaba el portalón de entrada, pero los miembros del Cuerpo diplomático ocupaban ya sus respectivos sitios en la mesa gigantesca: el padre de Mariquita, Luis Álvarez del Vayo; Juan Renard; el sobrino de Asúa, Luis Jiménez García; Ginés Ganga y el propio Luis Jiménez de Asúa. También las señoras respectivas y algunos buenos amigos con quienes compartir aquel aniversario de la II República, emocionante para esos hombres aún con ideales. El famoso Kulçsar, que dirigía el Servicio Secreto de Información, Jan Vaněk del Servicio de Prensa y el joven Mauro, invitado expresamente por Asúa, se habían sentado juntos cerca de su jefe. Hasta los rusos habían llegado ya casi todos, aunque venían con un fin diferente. A Asúa le había costado sudor y lágrimas que vivieran, pero ahí estaban.

El jaleo fue ensordecedor cuando los españoles no se arredraron ante el picajoso comentario de los soviéticos sobre lo mal que sonaba el himno republicano y los anfitriones comenzaron a cantar, a punto de echar la lágrima y a voz en grito, el espantoso cántico de Riego. Mientras, los camareros subían con más bandejas llenas y bajaban con ellas vacías, en fila india; cualquiera diría que los rusos no habían comido en días. Cuando el almuerzo se dio por terminado, cada mochuelo voló a su olivo: los hombres dentro, en el saloncito de diario; Katerina y Fernando, Gabriel y yo, con María y las demás señoras esposas de los diplomáticos, en los grandes butacones del jardín, a aprovechar el sol tímido de la demasiado calurosa tarde para el praguense abril. Ya habían mandado antes a buscar a las niñas, pero ellas no se habían dado por aludidas. Estaban muy concentradas con sus juegos en la habitación de la segunda planta.

María llevaba la voz cantante, como siempre. Las demás esposas de los miembros de la legación se habían acostumbrado a ella y la dejaban hacer. Era un encanto de mujer; a mí me gustaba mucho y más que me gustó después, cuando durante los años que la legación permaneció en Praga tuve oportunidad de conocerla mejor. Sin embargo, en ese momento, su tema de conversación preferido no era muy agradable. Solo Katerina y yo le prestábamos atención, casi todos los demás, mi *padrebis* incluido, dormitaban repantingados sobre los sillones o hacían que dormitaban.

—Es un sinsentido, Katerina. Mi marido no me cuenta nada, pero lo mismo se cree que yo soy tonta. Pues no, de tonta no tengo un pelo. Sé que él no quiere preocuparme. Pero ¿cómo no hacerlo? Como si no lo viera en un sinvivir, trabajando dieciséis horas diarias, que hasta ha cogido dinero de nuestros ahorros para pagar esta fiesta, que se cree que no lo sé, pero no le digo nada porque verlo así me consume. Sin poder dar un puñetazo en la mesa y decir: pero, coño, si los que tenemos la razón somos nosotros, dejad ya de jodernos y ayudadnos, que somos democráticos como vosotros, que nos portamos bien en la Sociedad de Naciones, ¿por qué nos habéis abandonado? Pues no, Katerina, no puede ni decir eso y allí va, de viaje continuamente a París y a Londres, aunque sabe que no va a servir de nada, que yo se lo veo en los ojos. Él es lo que yo más quiero y le quiero tanto que aquí tengo incluso a sus dos sobrinos: Luisito, que lo ayuda todo lo que puede y más, y Amelita; ella ha hecho muy buenas migas con Mariquita y con tu hija, y menos mal que tenemos su alegría por aquí, entre tanta pena.

María bebió un poco de la taza de té que se había servido hacía rato. Se le había enfriado con tanta cháchara. Mi madre de este mundo tampoco había tomado ni un sorbo. En realidad, Katerina no tenía ganas de escuchar a nadie, seguía acojonada por el descubrimiento de su terrible olvido y por el chantaje de Víctor, aunque sentía lástima por lo que su amiga debía de estar pasando. Yo aproveché la pausa para beber agua, el sol me daba de lleno en la cara y empezaba a tener calor.

—Y es que son unos sinvergüenzas, de verdad. Lo último que hemos descubierto es el remate. Sabemos incluso cómo los alemanes llevan las armas a los rebeldes: las envían en buques de las compañías Oldenburg-Portuguesa y Neptune, de mediano tonelaje, para que no lo parezca. Y para que nadie se entere, antes de salir del puerto, obligan a la tripulación a jurar y firmar un contrato que les leen en alto a todos a la vez. Es una barbaridad, con decenas de apartados que todos deben cumplir, o si no... pobres..., amenazados los tienen a todos, Katerina, con montarles un consejo de guerra. Y la condena es la pena de muerte. Como lo oyes. En uno de los últimos que ha llegado a Sevilla, el vapor *Pasajes*, ha habido una filtración y se ha sabido que llevaba carros de asalto, ametralladoras y hasta soldados alemanes. Para que luego digan, y nosotros aquí volviéndonos locos para conseguir unas miserables migajas.

No había quien lo entendiera: si tantas armas había en Checoslovaquia y sus mayores ingresos los obtenía de vendérselas a otros, ¿cómo era posible que no hubiera forma humana ni divina de que se las vendieran a ellos? Ahí seguían, con los rusos en la habitación de al lado. María tomó otro sorbo del té y le dio un bocado a una pasta. Apenas la masticó y enseguida acercó su rostro un poco más al de Katerina; casi mejilla contra mejilla. Yo me imaginé a decenas de hombres en la bodega de un barco con la mano en alto prometiendo: «Juro por mi vida y mi honor no chivarme de que aquí han viajado veinte tanques». Pero la cosa no era para reírse.

—Para que luego digan del comunismo. Ellos, al menos, se han ofrecido a hablar. Que ojalá hubieran accedido antes, cuando tanto prometieron, y ya podrían vendernos directamente, aunque sean las reliquias de lo que les quede, que nosotros las aprovecharemos. Si ellos hubieran reaccionado antes, a lo mejor no habría pasado lo de Málaga o lo del Jarama. Y encima, un error tras otro, que parecemos tontos. Lo de Noruega por ejemplo, si es que de verdad es para escribir un libro.

Era bastante apreciable que, al hablar, María se iba sintiendo mejor. Mi *madrebis* se me adelantó para preguntarle lo que yo también quería saber.

—¿Y qué pasó con lo de Noruega? No me dejes con la intriga, María.

—Pues menuda se lio. En un lugar perdido de por allí aparecieron veintitrés aeroplanos que esperaban a su dueño y los noruegos decían que eran nuestros. Luis casi se volvió loco hasta que averiguó que tenían que llegar a España en un barco comprado solo para eso. Nos salió por un ojo de la cara y, encima, con toda la que se montó, se enteró muchísima gente de todo el lío. Al final, el buque franquista *Almirante Cervera* lo apresó. Si es que, con tanto inútil, no sé cómo mi Luis no lo deja todo tirado y nos vamos ya a Argentina.

—Porque no valéis para eso, María. Para huir también hay que estar hecho de un material especial. Y Luis está seguro de lo que hace, cree en esta causa. Es un hombre de bien. Un gran hombre.

María suspiró. Se había dado cuenta de que Katerina estaba extraña: hablaba a trompicones, parecía que no la escuchaba. Qué tontería, probablemente solo tendría un mal día. Pero a mí también me rondaban mis propios fantasmas y a punto estuve de levantarme e irme a dar una vuelta. Entonces Katerina me sonrió. Ella a veces era un poco bruja como yo.

—Sí, eso es cierto —continuó María—, pero esto le supera. Sobre todo los tejemanejes varios. Y ahora lo tenemos más difícil, desde que el ministro Necas se ha ido a Washington y ha llegado Flieder.

—Mujer, no lo pienses más, que no vas a arreglar nada. Estas cosas lo mejor es no pensarlas porque nada se soluciona estando como estás. Nunca te había visto así antes.

—Es que estoy muy nerviosa, Katerina. Todos los gobiernos del mundo temen al comunismo y el miedo no es buen consejero. Pero no nos han dejado otra opción. A ver qué tal sale hoy la negociación.

—¿Están tratando ahora eso?

—Pues claro, ¿no te ha extrañado que hubiera tanto ruso en una fiesta en la que se celebra el aniversario de la II República? A ver si conseguimos que Alexandrovsky compre el material a su nombre en la fábrica Zbrojovka de Brno y luego lo trasladen por mar hasta un puerto francés. Luis tiene muchas esperanzas en esta transacción, confía en que el ruso diga que sí, aunque hasta ahora no había aceptado ni siquiera actuar como mediador. Por eso Mercedes, la madre de Mariquita, no nos acompaña: ella es alemana y les hace de intérprete, los rusos hablan mejor ese idioma que el castellano. Así que en ello estarán.

Y sí, los rusos ya estaban en ello. Yo nunca llegué a entender por qué todos seguían tan atemorizados por la amenaza roja, si ni siquiera los pobres tenían muy claro eso de que todo era de todos y muchos pensaban que al final iban a terminar en que todo era de los de siempre. Aunque Luis lo tuvo claro nada más llegar a Praga. De las decenas de entrevistas que mantuvo con los ministros del Gobierno checoslovaco y con otras personalidades para ganarlos para su causa, recordaba con especial

orgullo la celebrada con Antonín Hampl, buen amigo del incombustible Palacios. El presidente del Partido Socialista de Checoslovaquia había trabajado como obrero en la industria metalúrgica y, en la primera etapa de la creación de la nación, llegó a ser ministro aunque jamás quiso repetir. Su influjo y personalidad sorprendieron a Luis tanto como el que un presidente de un partido socialista fuera conservador y derechista. Pero lo entendió pronto: su miedo al comunismo le podía. Como a casi todos. Hampl era un hombre muy franco y de carácter rudo; Luis se dio cuenta de su recelo al conocerlo, pero al final consiguió convencerlo de que España no había girado tanto a la izquierda y nada tenía en común con el comunismo, como muchos otros pensaban para desgracia de la causa republicana. Durante dos horas, emocionado, le explicó que si España pasaba esas horas tan malas, había sido por culpa de la política de coalición conservadora, que no había conseguido cambiar a la sociedad. Pero entre personas de buena fe el entendimiento siempre es posible. El viejo profesor llegó a prometerle que hablaría con la fábrica Skoda para ayudarlos. Y don Luis guardaba con orgullo el precioso vaso de Bohemia del siglo XVIII que Hampl le había regalado. Y otras muchas personalidades también le habían prevenido de que tuviera poco trato con los comunistas: ese Necas tan histórico, el ministro de asuntos extranjeros Bechyné o el profesor francés Dominois, con quien tan buenas migas había hecho. Este, además, había sido de gran ayuda para poner en marcha el centro de reclutamiento del que Asúa se sentía tan orgulloso, lo que mejor funcionaba en todo ese desastre en el que estaba inmerso. El envío de voluntarios disfrazados de trabajadores que viajaban a Francia había ido igual de bien que con los técnicos, los médicos y los oficiales del Ejército. Tras comerse algunas pastas, María continuó hablando. Curioso también resultaba el apetito de esa mujer.

—Pero menudo es mi Luis. Si ni a mí me hace caso, va a dejar que otros le influyan en sus decisiones... ¡Jamás! Por eso, no hizo caso a nadie y enseguida tuvo contactos con los rusos. Y no puedes imaginar lo contento que volvió a casa la tarde en que habló con Alexandrovsky por primera vez. Si cuando le devolvió la visita en su embajada hasta le hice una tarta y todo. Es que Sergio, como le llamo yo, tiene pinta de ser de buen comer. Mi Luis, si no ve otra salida, pactaría con el diablo mismo para conseguir las armas que la República necesita.

—¿Otra vez con el mismo tema, doña María? —Mauro la interrumpió al tiempo que se colocaba detrás de ella y le ponía las manos sobre los hombros.

Yo estaba medio tumbada justo enfrente y casi me caigo de la silla al escuchar de nuevo su voz. A su lado, Gabriel también se enderezó. Mauro continuó—. Veo que hoy está usted estupendamente acompañada. Y que sigue más guapísima incluso que la última vez.

—Mauro, siempre tan travieso. Permíteme que te presente a nuestros invitados de honor, mi buena amiga y sus hijos.

—Solo a la bella dama, a sus hijos ya tengo el gusto, mi querida doña María.

—Ella es Katerina.

Mauro se acercó y le besó la mano. Gabriel se levantó y comenzó a andar hacia la casa. Una nube cubrió el sol durante unos instantes y los pájaros dejaron de cantar. Pero yo solo oía a corazón de coco dulce y no era capaz de prestar atención más que a mis latidos.

—Disculpado a Gabriel, está en un momento difícil, demasiados nervios con la universidad le hacen a veces perder los modales. —Katerina se removió inquieta sobre el sillón. Casi nunca conseguía entender las reacciones de mi *hermanobis*.

Yo tenía las mejillas encendidas e intenté tapármelas al limpiarme los labios con la servilleta. Estaba tan excitada y tan asustada al mismo tiempo que no conseguía decidir si debía levantarme o no. Me quedé sentada y, cuando me sonrió, miré hacia otro lado. Pero supe justo en ese momento cuál era la solución a mi dilema: no intentaría convencer a Mauro de que cambiara de opinión, sino a quien él pensaba traicionar. Merecía una oportunidad, si aún hubiera estado en el colegio, le habría puesto en el lado de los buenos. Al fin y al cabo, Neeja nunca me había gustado. Asha sí. Ella se había decantado por los que necesitaban su ayuda. Y se había enfrentado a Neeja, a su familia, a sus vecinos, para no apartarse del bien. Habían sido muchos los que se le oponían, pero Asha había sabido vivir con valentía. ¿Y mi madre? Si Barathi había muerto porque había violado la ley, significaba que ella había elegido también; por algún motivo que yo aún no conocía, había decidido dar su vida al ponerse del lado de otro. Ya era hora de dar ese paso, a pesar del riesgo. Si no obedecía a mi corazón, jamás llegaría a vivir de verdad.

—No tiene que disculparle, doña Katerina, todos hemos hecho algo así alguna vez, es la juventud. ¿Y de qué estaban ustedes hablando? ¿De los rusos, quizá? — Mauro sonrió a María.

Yo, parapetada tras mi taza de té frío, me fijé en sus ojos: eran pequeños, pero socarrones y ambarinos como los de los búhos. De los míos, de los que contaban la verdad. Y su barba oscura, algo ensortijada por algunos lados, me impedía verle bien los labios pero imaginé que se los acariciaba. ¿Qué me estaba pasando? Procuré seguir la conversación.

—¿Cómo lo has adivinado? Sí, estoy aburriendo a mis invitados, tienes razón, Mauro. Por cierto, ¿por qué no estás también con ellos?

—He salido un momento a tomar el aire, tanta seriedad me agota. También quería saludarla. Durante la comida apenas he podido moverme de mi silla. Demasiados peces gordos hormigueando por todos lados. Pero ahora mismo vuelvo, en cuanto me permita darle un beso y me despidas de mis nuevas conocidas.

Esta vez sí me levanté para despedirme. Al darle la mano, él la retuvo un instante que se me hizo inmenso. Temblé. Pero volví a mirar para otro lado mientras intentaba no imaginar el movimiento armonioso de aquel hombre extraño alejándose de mí. Mauro se obligó también a no girarse pero habría dado la vida por comprobar si yo lo observaba. Me había estado buscando toda la tarde y, al verme desde la ventana, decidió acercarse, aunque fuera unos minutos, que le habían parecido tan breves como el parpadeo de un tigre. Entró de nuevo en el saloncito de diario y se sentó en su sitio. Como imaginaba, no se había perdido nada interesante porque, aunque los rusos y los españoles sabían bien a lo que habían ido, ya había surgido el tema de moda: la última gestión del teniente coronel Palacios, que tendría que haberles proporcionado las armas de la fábrica Techno-Arma a través de los turcos, no había llegado a buen puerto. Asúa agitaba las manos en el aire mientras le explicaba al ministro de la Guerra soviético el desastre.

—Pues así ha sido, Sergei. Al final los turcos, para no despertar sospechas entre el personal de su legación, en vez de presentar el documento que había que legalizar, decidieron que lo hiciera el propio director de la fábrica que nos vendía las armas. Pero justo días antes de que Baumann se pasara por la legación para solicitar la certificación, apareció publicada en algunos periódicos de Ankara la noticia de que los rebeldes habían falsificado un documento para comprar armas a través de Turquía. ¡Como lo cuento! Así que el consejero checo Cizek recomendó dejar para otro momento la legalización porque no podía arriesgarse a un nuevo escándalo. ¡Otro retraso más! Y al día siguiente apareció la misma noticia en la prensa checa, y ¡con qué saña! Bien que se explotó el *Polední list*, ese periodiquito fascista. Entonces Palacios decidió pagar veinte mil coronas a varios periódicos para evitar que la prensa siguiera hablando de ello y que esa falsificación se relacionara con la nuestra. Y así han dejado de dar por saco con las noticias.

Ganga, como siempre, no pudo morderse la lengua. El nuevo secretario de la legación era tan curioso que en otra vida seguro que había sido vieja o mono.

—Pero ¿cómo han podido enterarse los agentes de Lázaro de nuestra compra y haber urdido un plan tan maquiavélico para fastidiarnos?

—Lo único que sabemos es que la noticia salió de Praga y que hay muchos implicados, entre ellos, nuestro intermediario el barón Von Lustig, el general checo Cizek y hasta podría ser que don Alfonso de Borbón. Así que creo que el barón nos oculta algo y me escama mucho que Palacios no lo vea. No me fio de Lustig. Hay que vigilarlo, Palacios ya le ha pagado una gran parte de su comisión por lo de los turcos, aunque no hemos visto ni un cartucho y tampoco hay forma de conseguir los sellos de su legación para que los checos sigan adelante.

Los soviéticos no se extrañaron de lo que Asúa les contaba. Su servicio secreto también funcionaba, aunque no tan bien como el que él había creado ayudado por Kulçsar, que callaba en una de las sillas más alejadas de los rusos. Si fuera por él, ninguno de ellos estaría allí sentado intentando justificar por qué no habían hecho nada hasta ahora por esos españoles tan valientes, que luchaban con ahínco por la justicia y la legalidad. Los minutos contaban como semanas.

La negociación estaba siendo ardua; después de ese inciso, abordaron por fin el asunto crucial. La madre de Mariquita se esforzaba por traducir cada matiz y no siempre era sencillo; ella trasladaba el castellano al alemán y luego, del alemán, traducían sus palabras al ruso. Pero estaba contenta, parecía que las cosas iban por buen camino. Sentada en el lado contrario de Kulçsar, divisó a través de las ventanas a sus amigas charlando y por un momento deseó estar allí, igual que deseaba poder volver a su casa de López de Hoyos, que su marido siguiera dando clase en la universidad, y su hija no estuviera jugando en la habitación de arriba mientras ella traducía consignas secretas a unos señores soviéticos. ¿Qué estaría haciendo Mariquita? Daniella era una niña muy graciosa, Amelita también. Mercedes se dio cuenta de que ahora algunos rusos se comunicaban en castellano; Sergei lo dominaba. Ella aprovechó para acercarse a la ventana sin dejar de seguir la conversación.

Sin embargo, su hija no se lo iba a poner fácil. Las niñas llevaban un rato enfurruñadas; esa maldita recepción las había fastidiado. A ver por qué no podían usar el salón de diario, donde siempre instalaban las muñecas y sus ajuares. Las tres se azuzaban unas a otras. Pero la puntilla la puso Daniella.

—Aquí hay muy poco espacio, ¡no podemos hacer una ciudad como es debido!

—Ya sé lo que vamos a hacer —sentenció Amelita. Ser la mayor y la más alta tenía algunas ventajas—. Si no podemos bajar los juguetes por la escalera, lo haremos

por la ventana.

—¿Por la ventana? —Mariquita mostró una sonrisa tan pródiga como las lluvias del mes de marzo.

—Pues claro. Bajaremos la casita de muñecas por la ventana hasta el saloncito. Allí hay mucho más espacio. Ellos ya tienen el resto de la casa, ¡no es justo!

—¡Qué divertido!

Mariquita salió de la habitación corriendo. De nada sirvió que la doncella con la que a punto estuvo de chocar le recordara que debía portarse como una señorita.

Regresó con una larga cuerda que el mayordomo le había entregado sin preguntarle para qué la necesitaba tras rebuscar en el invernadero.

—Venga, ayudadme a rodear la casa. Hay que atarla bien para que no se abran las puertas ni las ventanas. Todos los muebles tienen que llegar sanos y salvos, o mamá me castigará sin postre.

Entre las tres, levantaron la casa por encima de la barandilla, Mariquita y Daniella se quedaron sujetando, excitadísimas, mientras Amelita salía corriendo. Desde el jardín, silbó para avisarles de que ya podían empezar a soltar. Las otras dos comenzaron a deslizar la cuerda poco a poco. Qué fácil era ser niña en un mundo en el que las casitas podían bajar por los muros de palacios praguenses. La morada casa liliputiense se iba bamboleando y a cada tramo que descendía, algunas puertas se abrían, pero los muebles no cabían por ellas.

—¡Espacio! ¡No seáis brutas, id más despacio!

Amelita intentaba no gritar, pero el nerviosismo la perdía. Acababa de ver a doña María y a Katerina caminando en dirección al lago. Intentó esconderse tras un seto. En cuanto la casita estuviera más cerca del suelo, se acercaría para recogerla pero, al mirar de frente, vio a Mercedes. Amelita se agachó. Tenía que pensar, para eso era la mayor. En un instante, volvió la vista hacia arriba, la casa seguía bajando sin detenerse; quedaban pocos metros ya para que ella tuviera que levantarse y recogerla en sus brazos. Mercedes, dentro del saloncito de diario, se alegró cuando Jiménez de Asúa propuso hacer un descanso para tomar un chocolate con picatostes. Eso ya no requería traducción. Los rusos no sabían lo que eran los picatostes, pero aprendían muy rápido, sobre todo en cuestión de comidas españolas. Paella, don Luis, a la próxima, queremos probar la paella. La doncella entró con una bandeja y sirvió en las tazas la leche, el azúcar y el café o el chocolate. Los hombres sonreían, se daban palmadas, absorbían el sabor fuerte del café, todavía de calidad. Nadie diría que hacía unos minutos habían estado hablando de mil ametralladoras y doscientos aviones de asalto; también sobre la salvación de un país. Mercedes apoyó los codos en el alféizar y se asomó. La altura de la planta por ese lado, a pie de calle, le permitió ver que ni un solo arbusto quedaba sin podar. Entonces miró abajo y descubrió un bulto tan extraño que tardó en identificarlo.

—¡Amelita! ¡Por Dios bendito! ¿Qué estás haciendo ahí? ¿No os habíamos dicho que no salierais de la habitación?

La niña levantó la cabeza. El truco del avestruz no daba resultado. Frunció el ceño, unos metros más arriba la casita de muñecas seguía balanceándose y avanzando; ya casi estaba encima de la coronilla de Mercedes. Si no pensaba con rapidez, el desastre sería incalculable.

—¿Quieres contestarme? ¿Y Mariquita? ¿Dónde está mi hija? No estaréis haciendo ninguna trastada, ¿verdad?

Mercedes hablaba sin que una palabra sonara más alta que otra y sin hacer ningún aspaviento, no fuera a llamar la atención de los rusos, que en ese momento se hartaban de picatostes. Pero ya era tarde: el agregado militar soviético observaba por encima de la traductora, entre irónico y divertido, el lento avance de lo que parecía una gran casita de muñecas rodeada por una sogá. De repente apareció frente a él una niña vestida de azul cuya voz en grito se oyó agudísima desde el otro lado de la ventana.

—¡Mariquita, quieta! ¡Quieta! ¡Que vas a pegarle a tu madre con la casa en la cabeza!

La madre aludida miró hacia arriba espantada y, a pocos centímetros de sus narices, vio un objeto que solo podía venir de la habitación donde se suponía que estaba su hija. Amelita volvió a intentar el truco del avestruz, a ver si es que no lo había probado lo suficiente, mientras la mujer metía la cabeza en el saloncito de diario y se dirigía a los presentes.

—Si me disculpan, he de resolver un asunto importante.

Nada más cerrar la puerta tras ella, los rusos y los españoles, taza y picatostes en mano, corrieron raudos a observar por la ventana. El artilugio rodeado de cuerda había comenzado un ascenso mucho más ágil de lo que había sido su bajada. Mauro no se resistió a la tentación y se asomó con la mitad del cuerpo fuera, y se tronchó de la risa cuando una niña, muy bien peinada y vestida, lo saludó medio escondida tras el seto, sin saber todavía qué hacer, resignada ya sin remedio a aceptar que el truco del avestruz no era más que un cuento chino.

—¡Eh, tú! ¡Amelita! No te asustes. Pero si yo estuviera en tu pellejo, entraría cuanto antes y vendría a saludar. Eso siempre queda bien con gente tan estirada como esta —le dijo Mauro, sin poder evitar las carcajadas.

Jiménez de Asúa, apostado en uno de los escasos huecos del ventanal que no estaban ocupados, estiró también cuanto pudo el cuello hacia el jardín. Enseguida lo imitaron su sobrino Luisito; Kulçsar, que seguía carcajeándose; y Alexandrovsky, con cara de no saber qué cara poner. Asúa tampoco pudo dejar de reír mientras le intentaba explicar al soviético lo que creía que había pasado y este se lo traducía al alemán al agregado militar. Cuando Mercedes volvió a entrar en el saloncito de diario con los colores encendidos y la respiración agitada, todos pidieron en castellano conocer a las organizadoras de la expedición inmobiliaria.

Amelita, Daniella y Mariquita tuvieron que hacer acto de presencia y, una por una, delante de cada español, austriaco o soviético, doblar la rodilla mientras se cogían la falda con la mano e inclinaban levemente la cabeza, en un cómico *knick* obligado por Mercedes bajo pena de un cachete. Y no se supo si esa fue la razón, pero la remesa de fusiles y tanques que los soviéticos se comprometieron a vender a la República fue de las más importantes que se consiguieron en toda la Guerra Civil española en esa legación o en cualquier otra.

Sus ojos eran como dos gotas de rocío: frescos, limpios; su sonrisa, una promesa; y su alegría, contagiosa. Estaba tan abierta a las nuevas experiencias como la avecilla que por primera vez abría sus alas para echar a volar. Eso solía pensar yo de Daniella mientras la peinaba cada día: el pequeño diablillo no paraba de moverse, pero se quedaba quieta para que la pusieran guapa. Y yo, que lo sabía, mientras la peinaba le decía que el color de sus ojos era como el cielo despejado tras el vendaval, y sus pestañas como las de las vacas sagradas de mi ciudad, porque la niña siempre se reía con mis palabras, aunque fueran las mismas; parecía no recordarlas. Yo, después, disfrutaba acariciando su pelo suave como el rumor del rocío. Las rubias hebras se desenredaban sin resistirse y entonces separaba en dos la melena con una raya al medio rectísima y anudaba a cada lado una coleta con dos lazos de seda, gruesos, con mucha caída, cada día de un color distinto. Yo los prefería anaranjados y dorados: me recordaban a los saris de las novias; pero a Daniella le gustaban más verdes y azules, y solía pedirlos así.

—Ya estás lista. ¿Te gusta cómo ha quedado?

La niña se miró en el espejo de un lado y luego del otro, balanceó un poco las coletas y me dio un beso muy sonoro por toda respuesta. Con un expresivo *mua* exagerado. Luego salió corriendo. La seguí más despacio. La encontré en la cocina, acurrucada entre las piernas de Katerina. Su madre estaba sentada en un sillón pegado al arco que separaba el gran espacio de los fogones y el salón. Miraba al suelo. Hacía días que lo hacía de esa forma extraña, con los ojos vacíos de expresión y las manos entrelazadas. Y si alguien le hablaba, ella contestaba con apatía y enseguida volvía a recuperar ese mismo gesto hermético.

—Mira, Noa, mamá está otra vez igual. No me hace caso.

—Nos dijo que iríamos a la Feria de las Flores, ya estarán allí todos los puestos. ¿Lleva así desde que has entrado a buscarla?

—No me hace caso, Noa. Ven tú y ayúdala a que se levante. Seguro que puedes.

Tomé de la mano a Katerina. No se inmutó. Me concentré en verla por dentro. Sus pensamientos se me contagiaron. No eran imágenes, solo sensaciones, como cuando se oía el agua corriendo en algún lugar desconocido y la imaginación dibujaba en nuestra mente la corriente de un río. Enseguida adiviné el motivo de su tristeza. La solté de inmediato. Dolía mucho reconocer que alguien sufría por tu culpa. Mi madre en este mundo apenas hablaba ni comía, había perdido peso, había perdido el color y había perdido la alegría. La culpa la estaba corroyendo por dentro y hasta por fuera: las pequeñas arrugas de la frente se le habían acentuado, sus labios se habían vuelto rugosos como brevas, las manos las tenía reseca y las uñas largas y sin limar como las de las tortugas viejas. Me di cuenta entonces de que tenía que haber pensado en esa posibilidad.

Sabía que todo lo que ocurría en el universo tenía una causa y una consecuencia. Las acciones mejor intencionadas y las más rastreras. Y yo solo había querido ayudarla, pero ahora también era culpable de esa tristeza extraordinaria que sus ojos dejaban ver reflejada en el Lago Negro de las lágrimas donde se bañaba Ramakrishna. Sin embargo, sentí que no podía quedarme a medias. Nada podía ser peor que lo que ahora estaba sufriendo. Abracé a Daniella. La niña echaba mucho de menos a su madre, la que había vivido sin recordar hasta entonces. Me conmoví como la joven princesa hindú que a la mañana siguiente vio muerta en el suelo a la alondra que, hasta ese día, siempre le había cantado al alba.

—Ve a la habitación a buscar el abrigo, Daniella, nos vamos en un rato.

En cuanto me obedeció, llené un vaso de agua y lo dejé sobre la mesa. Luego abrí la alacena y rebusqué entre mis tarros, los que estaban al fondo de la estantería más alta. Allí tenía todo lo que solía necesitar para hacer felices a los desdichados o para curar: manojos de plantas secas de *ashawagandha* para provocar la risa; semillas de *neem* en polvo de un intenso color naranja, que sabían amargas, pero purificaban la sangre y la desintoxicaban de los malos pensamientos, y servían de antídoto para el veneno de serpiente; con este fin no las había usado nunca todavía, pero la vieja hechicera del barrio de Josefov que me conocía desde hacía años no se pudo resistir en su último viaje a Asia y me había traído ese tarro enorme para mí. También me había vendido sus flores secas para extraer su jugo y elaborar el aceite que sanaba la piel cuando se estropeaba por vieja, por el sol o por el mal de ojo. Además guardaba en la despensa pimienta negra para bajar la fiebre, aunque ya había dejado de dársela a Daniella: le producía ardores de estómago y ni mezclándola con leche lograba que desaparecieran; un buen pedazo de raíz de jengibre, también llamada *el cuerno*, de la familia del cardamomo y de la cúrcuma, la más potente de las raíces. Había que arrancarla del suelo cuando sus hojas se hubieran marchitado y dejarla secar al sol. Su sabor, entre picante y agrio, no desalentaba a quienes la utilizaban para triunfar en el amor. Yo reponía las especias y las hierbas con frecuencia por si surgía algún asunto que requiriera una solución imperiosa. La de ahora era una de esas: tenía que volver a sumir a mi madre de este mundo en el olvido, o si no, no volvería a ser ella.

Las flores de cardamomo, los pétalos de la flor de la pasión y el fruto del *haritaki* y la canela esperaban en sus recipientes; ya no tenía que aguardar cinco noches hasta la luna llena, de alguna forma incomprensible había conseguido mejorar mi magia. Despacio, sintiendo el picor en el vientre, sobre la marca plateada, y con mano experimentada elegí, medí y mezclé bien todos los ingredientes en un pequeño cuenco de madera; funcionaba mucho mejor que esos modernos de metal frío y oscuro. La naturaleza llamaba a la naturaleza. El brebaje estaba listo. Hacía años lo había elaborado por primera vez cuando tan solo era una cría asustada e insegura y ahora lo había repetido decidida, con la determinación de quien ya se conoce bien.

Me acerqué a Katerina. Ella seguía sin levantarse. La abracé y comenzó a llorar. Supe que era el olvido al que yo la había condenado lo que le dolía, mucho más incluso que haber perdido a su hija, y sufrí por ella. Me aparté a tiempo de evitar que mi propio vómito le cayera encima. Limpié el suelo y me lavé en el fregadero las manos y la boca. Vi en el reflejo del cristal de la ventana la palidez de mi rostro. Me sequé con un paño de cocina y le di una cucharada de mi brebaje a Katerina, que lo tomó sin protestar. Después le hice beber un poco del agua que había dejado sobre la mesa y le puse las manos sobre la frente. Ella cerró los ojos al instante. Musité en voz baja un mantra y la respiración de ambas adquirió poco a poco el mismo ritmo. Ya había perfeccionado la práctica del *yoga* y mis poderes mágicos cada día eran más potentes. Aunque los usaba solo cuando era imprescindible. Después tomé un pañuelo, recogí con él el resto del brebaje y ungué también la frente de Katerina y el dorso de sus muñecas. Pero esta vez me aseguré de que mi hechizo fuera reversible no recitando las últimas palabras. Así, por sí misma, Katerina podría volver a recordar, aunque recuperaría la memoria poco a poco y, si ella quería, seguiría acordándose de su hija Noa sin darse cuenta de que la había olvidado. Continué entonces cantando el mantra para aliviar el dolor fuerte del corazón y mantenerlo así al menos hasta que la luna llena saliera dos veces más después de ese día.

—¿Qué le pasa a mamá? ¿Le duele la cabeza? —Daniella había entrado de nuevo. Llevaba el abrigo puesto y abrazaba a su muñeca.

—En unos minutos estará mucho mejor. Solo se encuentra muy cansada, déjala dormir un momento y podremos salir. Verás cómo luego vuelve a ser la de siempre y ya te hace caso.

La niña me miraba, siempre supe que me conocía: esperaba el milagro. Sabía lo que yo era capaz de conseguir cuando ponía las manos como lo estaba haciendo ahora con su madre. Sus rodillas habían pasado muchas veces por ese rito, cada vez que una piedra en el camino, un niño idiota o un mal paso la hacían caer. Yo me resistía a curarla enseguida: no se puede abusar de esa magia buena que algunas personas tenemos en los dedos y que intentaba traspasarle a través de las uñas, aunque ella aún no había conseguido verla. Si la usaba en exceso podría llegar a desaparecer. Pero sus lágrimas me convencían sin tardar demasiado. Me obedeció y se fue a poner guapa a su muñeca para que no acompañara a la feria.

Limpié y ordené todo lo que había usado y cerré la puerta de la alacena; Katerina despertó al oír el ruido de la llave dando vueltas en la cerradura. Tenía la boca seca y los ojos le dolían, y no conseguía recordar cómo había llegado a esa butaca. La abracé con fuerza.

—Te has quedado traspuesta. Nos estamos preparando para ir a la Feria de las Flores. Daniella está entusiasmada. Se ha quedado muy buena tarde, casi no hace frío.

Katerina me cogió la mano y se la llevó a los labios. Me besó los dedos. Estaba llorando aunque no sabía por qué. Pero le pasaba tan a menudo que había dejado de preguntárselo. Respiraba entrecortadamente. Yo le acaricié la cara y luego me puse de rodillas y apoyé la cabeza entre sus piernas. Deseaba cogerle los pies y besárselos, como hacía de niña con Asha y con todas las personas a quienes respetaba. Pero aquí ya no podía: me habrían tomado por loca en este mundo en el que el respeto se medía por lo alto que había que subirse para llegar a superar al otro.

—Katerina, sabes que eres la mejor madre, ¿verdad? Te quiero mucho.

—¿Y por qué no me ibas a querer? ¿Por qué me dices eso ahora, Noa?

—Hay que decirlo muchas veces, muchas, cuantas más mejor. Así siempre todo es más fácil.

—Sí, tienes razón. Yo también te quiero. Os quiero muchísimo. Todos sois buenos hijos. Pero dejémonos de abrazos, que Daniella seguro que está nerviosísima esperando.

La tarde parecía una mandarina abierta. Oía a cítrico, a chispeante, a limpio. A primavera. Tras varios días de un bochorno sofocante, el cielo se había despejado. Un cascanueces se posó sobre el árbol de enfrente de la iglesia en la que, a las cuatro en punto, tañerían las campanas igual que en los últimos doscientos años. Yo llevaba de la mano a Daniella. Al notar sus deditos aferrándose a mí, siempre sentía deseos de besárselos. Pasamos por delante del mesón Las Tres Violetas, junto a la puerta de Strahov. Era pequeño y solo congregaba a muchos clientes en domingo; se reunían allí a bailar, atraídos por el piano que sonaba sin tregua. La música en Praga volaba por las calles y los jardines, en el lugar más insospechado se podía hallar a alguien tocando o escuchando melodías tristes o alegres. Pero aquel día era lunes y el establecimiento estaba vacío. Y la ciudad olía siempre a cerveza, sobre todo en el callejón que habíamos dejado atrás, donde las tabernas se agolpaban como las lápidas del viejo cementerio del Josefov.

—¡Noa, fíjate, esa señora te mira como si te conociera!

Daniella se desternilló de risa cuando miré hacia donde señalaba: una estatua del parque de la Plaza Vieja. Enseguida llegamos a la Torre de la Pólvora, la *Prašná brána* de Katerina. Pero esa vez ella no relató su historia, se sentía un poco aturdida y no tenía ganas de hablar. La niña se sabía de memoria todas las leyendas de Praga, como si cada piedra y cada rincón fueran una página de un libro mágico de viajes al pasado. Pasamos por debajo de la torre para llegar a la calle Celetná. Cuando íbamos con tiempo, por allí nos colábamos en algún edificio de la ciudad escondida, como la llamaba Daniella, donde se conservaba la planta subterránea de la Praga primitiva. Hacía casi mil años, el río empezó a inundarla cada primavera y, para evitarlo, las casas y los edificios de ese lugar se cubrieron con tierra y, sobre ellos, usándolos como sótanos a veces, se construyeron los nuevos. A mi hermana le maravillaba saber que otros niños habían corrido por unas calles que ahora permanecían bajo sus pies, como la fabulosa Atlántida perdida de los libros que le leía Fernando. En la esquina, Daniella se despidió de la virgen negra como hacía siempre antes de abandonar la plaza y entonces, inesperadamente, se volvió a su madre y le susurró al oído. No pude oír lo que le decía aunque, al observarlas, supe que algo no estaba bien. Debíamos volver a casa. Sentí frío y el aliento de Asha rondándonos, pero ella no me habló. Solo de mí dependía ya mi suerte. Katerina negó con la cabeza y la niña me miró y salió corriendo. No siempre tomamos los senderos que debemos. ¿O acaso todos ellos van a parar al mismo porvenir? Ignoré mi presentimiento y las dos la seguimos; todavía debíamos llegar hasta Kaprova para tomar el tranvía.

Después, sentada ya en el duro asiento de madera entre mi *madrebis* y yo, Daniella hablaba tan emocionada sobre los tiovivos, los columpios y los caballitos que cualquier preocupación desapareció. Yo me concentré en ella, en su sonrisa tan lúcida como la sabiduría. Cuando vislumbramos el gran descampado lleno de gente y decenas de atracciones y carros maravillosos, el trasto se paró, se abrieron las puertas y Daniella saltó al suelo y salió corriendo en busca de la entrada. Al otro lado la esperaban enormes pilas de gordas salchichas; puestos de lotería, de flores hermosas y de curiosos juguetes de madera; también tiros al plato, cuevas encantadas y trenes de la bruja. La gente se agolpaba para ver salir corriendo al señor disfrazado que pegaba con una escoba a los que iban entrando en los carros. La niña no se cansaba nunca de oírlos gritar con cada palo que la vieja les arreaba y Katerina y yo disfrutábamos viéndola así. Mi conjuro había funcionado otra vez más. Pero el ego es la muerte de lo mejor de cada uno. «No seas el eremita que, orgulloso, invocó su mantra para cruzar el río y se ahogó», decía Asha. Y yo, de nuevo, la había ignorado.

—¡Vamos a comprar chucherías! ¡Venga, Noa! Ven por aquí.

Mi hermana de este mundo me agarró de la mano y me obligó a correr tras ella. Katerina nos miró alejarnos. Parecía recién despierta de un sueño muy profundo. Alguien se le puso delante.

—¡Katerina! ¡Qué bueno que nos veamos tan pronto! No pude saludarte el otro día en la fiesta del señor Borys, Víctor me explicó que te había visto allí, pero estuve buscándote y no te encontré. Qué extraño, ¿verdad? Y ahora en un sitio tan grande como Praga y, fíjate, casi nos damos de bruces.

El tono de Mérida era dulce y melodioso. Katerina había palidecido. Se abrió un poco la chaqueta. No podía respirar. Pero no le dio tiempo a contestar, la joven la miraba rodeado con sus hermosos brazos y le estaba dando un beso que mi *madrebis* aceptó sin retirarse, ya conocía esa costumbre. Víctor esperaba a su lado y las miraba con cara de satisfacción. Katerina habría disfrutado abofeteándolo antes incluso de que abriera la boca. Aunque, en realidad, no era capaz de recordar el motivo.

—Me alegro mucho de verte de nuevo, prima. ¿Otra vez sin Fernando? Yo no dejaría a tres damas tan hermosas solas en una ciudad como esta. Podríais encontraros a algún indeseable.

—Víctor, no digas eso, yo podría haber salido sola también. Es increíble los tiempos que corren y, sin embargo, que aquí haya tanta paz.

—Nos gusta acercarnos a esta feria todos los años —logró responder Katerina—. Gabriel y Fernando suelen venir también, pero hoy han ido juntos al despacho a terminar un asunto. A ambos les gusta mucho esa profesión y Gabriel está intentando aprenderla de su padre.

—Bien, bien, eso está bien. Saber ganarse la vida es muy útil siempre.

—Disculpadme un momento; quiero comprar algo —dijo entonces Mérida y anduvo hasta el puesto que tenía a su derecha y le dijo algo al tendero.

El gran tablero apoyado en sendos caballetes estaba repleto de marionetas de madera, juegos de mesa, cajitas y artilugios de todos los tamaños. El hombre envolvió un Pinoccio reluciente en un papel de estraza y ella le pagó. En cuanto regresé con Daniella, se lo ofreció.

—Y me gustaría que eligieras otro regalo tú también, Noa, por favor. Allí hay unos anillos preciosos. Vamos a acercarnos a echarles un vistazo, ¿te parece?

Katerina estaba tensa, pero yo no supe ver por qué.

Anduve detrás de Mérida arrastrada por la niña; tiraba de mí con una mano mientras con la otra sujetaba la marioneta que había hecho que relegara en los brazos de su madre a su muñeca favorita. En cuanto nos alejamos un par de puestos curioseando entre los productos, Víctor aproximó su cara a la de Katerina y le murmuró:

—Los hechos parecen demostrar que el destino no está de tu parte, no te vas a librar de mí hasta que el león del castillo se tumbe en la hamaca de Vysehrad, como dicen por aquí. —Katerina no dijo nada. Él se separó un poco de su rostro y la agarró del brazo—. Espero que hayas entrado en razón. Esa hija nueva tuya es muy guapa y parece feliz. ¿Qué te va a dar a ti una joya que no te dé ella? Si ya lo tienes todo. Yo soy un pobre hombre, solo eso, y me harías muy feliz si me la regalaras. Si lo haces, olvidaré lo que sé y me mantendré al margen, de tu hija y de ti. Te lo juro por Mérida.

Katerina sabía que debía hacerle caso, aunque no recordaba la razón. Seguía algo ida, el brebaje que le había suministrado unas horas antes había surtido su efecto y los recuerdos que debían arrinconarse y los que no estaban mezclados en algún foso de su memoria y tardarían en colocarse cada uno en su sitio. Por eso dudaba de qué era lo que debía ocultarle a Víctor, a qué se refería él con esas palabras tan amenazadoras. Pero la seguridad con la que le hablaba la atemorizaba.

—Podría darte dinero. Dime cuánto quieres. No somos ricos, pero podríamos reunir algo. Así no tendrías que buscar comprador.

—¿Lo habéis intentado ya? ¿Cuánto os ofrecieron por ella?

—Nunca hemos deseado venderla, Fernando no quiere ni oír hablar de eso.

—¿Por qué? ¿Acaso no tiene tanto valor como parece?

—Está maldita. Si la vendes, morirás. Solo se puede regalar. No te engañe, Víctor. La *rani* nos lo advirtió. Harías bien tomando el dinero.

—Cuéntame cuál es esa maldición, Katerina, tal vez me convenzas. No lo parezco, pero soy muy romántico, podría aceptar tu oferta.

A Víctor le costó mucho seguir fingiendo que sabía de sobra de qué hablaba Katerina, pero ella seguía aturdida. Se percibía en sus labios temblorosos, en el sudor frío que le caía por la frente y en sus manos, que no conseguía dejar de mover. Ese hombre le repugnaba y atemorizaba a partes iguales.

—La *rani* me contó que todo el que la poseyó y la vendió murió de una forma horrible. No tiene ningún valor material porque solo puede regalarse.

—No me lo creo. Lo siento. Y reconozco que ha sido un buen intento.

—Ella lo creía. No era una mujer nada tonta, tú también la conociste. Además, si hubiera podido venderla, ¿crees que me la habría regalado?

Víctor buscó con la vista a Mérida entre la gente. La halló dando unos billetes al tendero de un pequeño puesto con varias filas de pulseras de bisutería. Estaba muy cerca, tenía poco tiempo. Enseguida se acercó más a Katerina, casi rozaba sus mejillas con los labios; se pasó los dedos por la lengua lentamente y, antes de que ella pudiera retroceder, recorrió con ellos su sien y su cuello hacia abajo, hasta llegar al pecho. Katerina sintió un asco infinito.

—Bella Katerina, no sabes lo feliz que me has hecho. —Víctor se relamió de gozo mientras ella se limpiaba la cara con el dorso de la mano—. No sé a qué joya te

estás refiriendo, pero sí sé que es mucho más valiosa que lo que yo te pedía. Y acabas de confirmarme que tienes más que ocultar de lo que yo pensaba. Me estás confirmando que me vas a dar algo que deseo mucho más que una pulsera, algo que llevo mucho tiempo queriendo conseguir y que ahora sé que será mío: además de traerme esa joya maldita que solo puede regalarse, vendrás tú dispuesta a continuar lo que dejamos a medias en la India. Sí, Katerina, por fin voy a tenerte. A la noche, sobre las seis, vendrás al hotel Atlantic, en Na Porici, número 9. No te olvides. Estoy seguro de que, además de guapa, eres lista; ya sabrás tú qué decirle a mi primo para que no sospeche y puedas salir sola. Y entonces, mi preciosa Katerina, entonces por fin serás para mí.

Katerina sintió que se iba a desmayar. No podía hablar, tampoco mirarlo. Tenía los ojos fijos en una mujer de pelo corto que anotaba algo en un papel, a la espalda del ser repugnante que le estaba hablando. Víctor giró la vista, nos vio aproximándonos y se apartó de inmediato de Katerina. Mérida no llegó a tiempo de advertir la expresión de satisfacción de uno y de repugnancia de la otra. Tras darle un abrazo a ella y eludir mirarlo a él, mi madre de este mundo recogió el papel en el que antes había visto a la mujer escribiendo a sus espaldas. Lo había dejado sobre el tablón lleno de juguetes de madera donde otros Pinoccios esperaban a su Geppeto particular. Lo desplegó y observó el dibujo: una cruz bajo la que se sentaba una hermosa mujer que lloraba.

Al regresar a casa por Vinohradská, los enormes árboles desperdigados del parque Svatopluka Cecha agitaron sus ramas ante un soplo de viento. Enseguida se calmó, pero todos los pájaros echaron a volar. Daniella y yo anduvimos todo el camino charlando sobre los regalos de Mérida y recordando los palos del carro de la bruja y los gritos de quienes los recibían. No percibí nada extraño en Katerina: su mente se había cerrado incluso para mí. Pero se sentía cansada y sucia.

Al llegar a casa, Daniella y yo fuimos en busca de Fernando. Gabriel estaba con él, ambos leían: uno ojeaba un libro y el otro el periódico del día. Katerina se encerró en su habitación. No sabía con seguridad dónde había guardado la caja de música de Noa. La sacudida de emociones le había hecho volver a recordar, pero estaba demasiado asustada como para dejarse vencer por la pena. Visualizaba su pasado vagamente, en forma de pequeñas pinceladas que iban conformando un cuadro a base de colores que, por separado, no eran nada, pero que al unirse iban dando forma a la pintura de su memoria. Noa, su verdadera hija muerta, volvía a ser una de las pinceladas más gruesas, con más pintura, pero era solo otra más. Con el tiempo, ese cuadro se había llenado de matices y brillos que ya no podía renunciar a admirar. Rebuscó al fondo del armario. Nos oía reír en el salón. Las risas de las personas que se quieren siempre resuenan en sintonía, son como notas entonadas del mismo mantra. No consiguió encontrar la pulsera. Salió entonces sin hacer ruido y buscó en el despacho, en los estantes bajos de las vitrinas donde se apilaban objetos que ahora no le interesaban. Allí estaba, por fin. La caja se veía intacta. Se la puso sobre el pecho y la abrazó con fuerza. Aquello sería lo que menos le costaría entregarle a ese hombre de todo lo que le pedía.

Volvió con ella a su habitación, cerró con llave y entró en el cuarto de baño, abrió el grifo y dejó que el vapor del agua caliente lo impregnara todo. Mientras la bañera se iba llenando, se quitó la ropa muy despacio y la fue colocando sobre la silla. Se metió en el agua y restregó cada parte de su cuerpo desnudo, cada poro abierto de su piel, cada estría que los embarazos le habían dejado como marca indeleble de la vida que gestaba; amasó la carne que en el cuello, en el vientre, bajo los antebrazos, ya iba perdiendo su tersura; arrastró la esponja con fuerza por todos los lugares que él podría llegar a tocar, que podría lamer, que podría besar. Volvió a empararla y repitió los mismos recorridos, apretándola contra los pechos, estrujándola sobre su pubis. Restregando de nuevo con todo el vigor que pudo concentrar en sus puños hasta que no quedó ni un milímetro de sí del que no hubiera borrado las huellas de Fernando. Ese malnacido solo tendría un cuerpo físico. Una materia muerta. Nada que tuviera esencia. Nada más vivo que una piedra o un pedazo de carbón. Nada de lo que pudiera extraer ni la más ínfima sustancia. Nada de ella.

No lloró. Katerina se había convertido de pronto en una mujer que solo luchaba por preservar lo suyo y no era capaz ni de sentir asco. Pero lo odió con toda su alma y se maldijo por haber sido tan estúpida. Se vistió con ropa interior y enaguas de color carne y se puso unos calcetines gruesos, unos botines de piel y un vestido recto, sin forma; no se pintó y tan solo se peinó y se recogió el cabello con una coleta. Entonces se miró al espejo y en un impulso buscó las tijeras. Las elevó hasta llegar a la altura del nudo.

Llamé a la puerta. Mi voz sonó dulce pero contundente. Katerina bajó los ojos. Suspiró hondo, mantuvo las manos en alto y las tijeras abiertas.

—Katerina, ábreme, por favor. Espera. No lo hagas.

Ella miró hacia la puerta. Bajó los brazos. Dejó las tijeras sobre el tocador. Apoyó las manos. Su peso cayó sobre ellas. Inclino la cabeza. Insistí:

—No lo hagas. Déjame entrar, por favor. No cojas las tijeras. Ábreme.

Abrió por fin. Cerré la puerta detrás de mí. La abracé. Ahora ella sí lloró; y las lágrimas querían llevarse mucho más que su pena. No cesaban. Tampoco las mías. Aprendí que la culpa sabía amarga como el hueso de alondra pulverizado para el dolor de alma y mucho más fuerte que la angustia. Me esforcé por hacer que ella entendiera.

—Lo siento mucho. Pero no lo hagas, no tienes que hacerlo. Yo volveré a la India si es necesario. Me marcharé. Y tú podrás recuperar la memoria de Noa y olvidarla solo si lo deseas, de la única forma en que puede olvidarse a los que queremos tanto y nos dejan, guardándolos siempre en nuestro corazón y permitiéndoles irse poco a poco. Si yo no estoy, podrás hacerlo. Pero no vayas a verlo. Él te hará daño. Y no te dejará en paz después de esto. Yo lo sé. No debería haberte hecho olvidar de nuevo, eso ha hecho que él te arrancara una verdad que tú no querías contarle. Y yo, además, no he sabido reconocerle. Toda acción siempre tiene una consecuencia. Soy como el pez que pregunta qué es el agua, y volví a equivocarme, Katerina. Pero no debes ir.

Mi *madre* se separó de mí y me miró con tanta dulzura que me dolió como si me hubiera apuñalado el corazón. Le conmovió esa forma de entregarme a otros sin pedir nada a cambio, de ponerme en el lugar de los demás. Volvió a abrazarme. Al sentir su calor, supe que volvería una y mil veces a arriesgarme por ella. Por mucho que perdiera.

—Ya eres toda una mujer, no sé cómo habéis crecido tan deprisa. No podía tener una hija mejor que tú, Lila. Noa era parecida a ti, también era una buena niña, habría sido una buena persona. Como tú. Y si yo le hiciera esto a Fernando, si yo dejara que ese sinvergüenza consiguiera aunque sea de este modo que yo lo engañara, sería todo lo contrario a lo que quiero que seáis vosotros. Tienes razón, no iré y si de verdad descubre algo y hay que afrontar las consecuencias, lo haremos juntos. Voy a contárselo a Fernando. Debe saberlo todo.

Sentí pánico. Como si me fueran a clavar agujas en los labios. La agarré por los hombros.

—No, no debe saber nada. No se lo cuentes. Tú le conoces mejor que yo, ¿crees que lo resistiría? Podría recuperar su memoria y ¿de veras crees que él soportaría recordar que olvidó a Noa? Tú eres mucho más fuerte que él, Katerina, pero Fernando debe seguir como está; piénsalo. No es el momento. —Callé y ella dudó. Pero no podía dejar de escuchar a mi corazón. Algo dentro de mí me hablaba al fin. Vi con claridad lo que ocurriría si ella le confesaba lo sucedido a su marido—. Y además, si se lo cuentas a Fernando, Víctor morirá.

—Por el amor de Dios, Lila, ¿cómo puedes decir eso? No es posible que pienses eso de él. Y no puedo creer que desees que le oculte algo así.

—Katerina, no lo hagas. Sé que morirá. ¡No lo hagas, por favor! ¡No le cuentes nada!

Yo le gritaba. Y seguía llorando. Todavía no había conseguido aprender a dejar de sufrir cuando sabía algo que no podía evitar ni cambiar. Me tapé los ojos con las palmas y seguí gritando.

—¡Esto es culpa mía! ¡Todo es culpa mía! Yo debía haber hecho caso a Asha. La desoí dos veces, ¡dos! Ella me avisó hace mucho tiempo: me dijo que escondiera los regalos de la *rani* y de su hijo, pero estaba tan ocupada con mis propios sentimientos, tan empeñada en intentar ayudarlos, que la desobedecí. Y luego seguí pensando en mí misma: ¡yo debía haberme escondido de Víctor, como hice la primera vez! Eso no es lo que Asha me enseñó.

—¿De qué hablas, Lila? ¿A qué te refieres?

Levanté la cabeza y la miré con tristeza.

—La primera vez que ese hombre vino a casa a veros con su mujer, yo sentí miedo, sabía que no podía dejar que me viera. Así que me escondí con Daniella en su habitación. Pero en la fiesta de despedida de Lenka no percibí el peligro, ¡no lo vi allí! Estaba tan centrada en la tristeza que sentía porque mi amiga se iba, en intentar ayudarla a ella, que no pude verlo. Lo mismo que antes, me esforcé tanto por hacerte olvidar que no percibí el verdadero peligro. ¡Lo siento tanto, Katerina! Soy una estúpida y una egoísta. Y ese mal ya está hecho, pero ahora sé que si le cuentas lo que ha ocurrido a Fernando, también sucederá otra desgracia. No hay solución. El río de la vida ya fluye hacia su destino y no hemos llegado a tiempo de desviar su cauce. Pero tú eliges el siguiente trecho del camino. No le hables a Fernando de esto. O Víctor morirá.

Armando Iglesias era un hombre solitario. Se relacionaba lo imprescindible para conseguir lo que necesitaba. Y eso solía extrañar en alguien tan joven como él, pero no le importaba. Había aprendido a ser así muy pronto. En su casa, de pequeño, cada vez que hablaba, su padre le arreaba un guantazo de mucho cuidado, para que dejara de molestar. Con su madre, el hombre seguía el mismo método y también con todos sus hermanos. Porque en esa casa solo hablaba su padre, sobre todo cuando estaba borracho. Por eso Armando no bebía ni una gota y hablaba poco. Y su madre había llorado y había chillado hasta quedarse sin lágrimas y desgarrarse la garganta cuando su padre murió de una enfermedad muy extraña, pero él se alegró suficiente por los dos. Entonces pudo convencerla de que no tenía de qué preocuparse, que él cuidaría de ella siempre, y desde que se fue le envió puntualmente la mitad de su paga, fuera la que fuera. Y, si para sobrevivir, tenía que comer castañas, comía castañas o incluso no comía nada en absoluto.

Armando también aprendió muy rápido cómo había que ganarse la vida y lo hizo por partida doble. Siempre había sido un hacha con los lápices y las pinturas, capaz de captar de la forma más certera hasta la esencia última del modelo. Heredó el talento de su abuelo Manuel, que trabajaba en la iglesia copiando miniaturas para los frailes. Él las reproducía y ellos se quedaban con el dinero cuando se las vendían a las pías señoras que necesitaban expiar sus conciencias. También aprendió de él a evitar que otros sacaran provecho de su trabajo. Y aquel oficio de pintor se convirtió en su gran pasión, pero no le daba más que para comer patatas y por eso se buscó métodos alternativos. Gracias a él, su madre ya vivía en un piso con ventanas a la calle de Doctor Esquerdo y seguía recibiendo, puntualmente, el sobre con el dinero. Armando aprendió muy rápido qué tenía que hacer para dejar de comer castañas. En esos tiempos convulsos en los que, para sobrevivir, sobre todo había que ser listo, ni bueno ni malo, solo listo, él se volvió el que más.

Había ido por la mañana a preguntarle a Víctor cuándo le devolvería su dinero y el muy idiota le contó hasta el color de las enaguas de su preciosa mujer. Le resultaba difícil entender cómo, con esa dama por esposa y una profesión como la suya, seguía metiéndose en lo que se metía, pero lo que hiciera dejaría de ser asunto suyo en cuanto le devolviera lo que le había prestado para seguir jugando. Además de mentecato, ese Víctor era una gallina escondida tras un gallito, solo pura fachada. Armando lo intuyó desde que se conocieron, al poco tiempo de llegar a Praga a la búsqueda de buenos negocios: la venta de armas daba para mantener muy bien a los intermediarios y Checoslovaquia era su principal fabricante. Había fábricas en Brno, en Olomouc, en Plzen y en otros muchos lugares. Desde que había terminado la Gran Guerra, Europa era un hormiguero de soldados, aspirantes al poder y políticos perdidos: los fascistas contra los socialistas en Italia y contra los de derechas en Francia; los checoslovacos, mitad y mitad; y ahora los españoles, contra ellos mismos.

Con sus compatriotas podía ganar mucho, si lograba introducirse en los circuitos apropiados. Puso en su balanza a unos y a otros y decidió que los que más pesaban eran los de Franco. Empezó a conseguirles lo que le pedían, ya fuera información, armas o cualquier otro material. Un día el de la legación le hizo un encargo diferente que él aceptó como los demás: un plano antiguo de una ciudad de la India. Si lo que le había contado Víctor era cierto, en esa casa podría hacer un buen negocio, con el plano para su contacto y con la pulsera que el mentecato estaba tan seguro de poder conseguir. Él disponía de las relaciones necesarias para venderla.

Tras la fiesta del marchante polaco, Armando se hizo el encontradizo con Fernando Liberman, a la salida de su casa. Tan solo le llevó unos minutos de encantadora charla que el otro le recordara que se había comprometido a pintarle un cuadro de su familia. Tenía que empezar por pintar a la pequeña y cruzaría los dedos porque sabía que Katerina o yo estaríamos con ella. Y Armando esperaba ansioso que fuera yo, mucho mejor que mi madre, quien la acompañara.

Desde que me vio por primera vez, fantaseaba con el momento en que yo posara para él. Porque Armando, además de traficante de armas, ladrón y lo que hiciera falta, era un enamorado incorregible de lo bello y yo era la mujer con la belleza más rara y enigmática de todas las que había conocido en mucho tiempo. De inmediato se sintió atrapado. Yo le parecía extraña, salvaje, mágica, hechicera. Como si no proviniera de este mundo. Así me veía él, que miraba con los ojos de un poeta de la luz. O de un enviado de las sombras. Mi influjo lo había poseído. Además, yo guardaba un secreto y él lo sabía: no era la mojigata que quería hacer ver. Detrás de esa imagen de decencia y recato, él vislumbraba un intenso deseo por ser amada. Y estaba determinado a satisfacerlo.

Lo que más le había costado era convencer a Fernando de que las pinturas debían ser individuales de cada uno de sus hijos. Mi *padre* había insistido en que quería un cuadro de la familia al completo pero, como él no iba a tener tiempo para posar, accedí. De otro modo, el asunto habría perdido mucha de su gracia para Armando. Y esperó sin angustiarse, como la luna espera a que el sol se esconda cada atardecer al otro lado de la vida.

La habitación que le habíamos preparado para las sesiones de pintura estaba en una especie de torre en el lado sur de nuestra vivienda y disponía de muchas ventanas. El sol entraba por una de ellas y Armando debía aprovechar las luces que proyectaba sobre la cara de Daniella, recostada sobre un sillón. En esa postura, su vestido violeta brillaba demasiado. Las dos coletas le enmarcaban la angulosa cara y los pómulos; quizás sería buena idea soltarle el pelo o moverla un poco para que los reflejos cambiaran de ángulo. Estaría mucho más guapa, sería mucho más ella. Y ya llevaba un rato ahí sentada, pero cada dos por tres se reía y Armando no había conseguido todavía más que encajarle las proporciones.

—A ver, señorita, me has prometido que te portarías bien; si no, vas a salir horrible.

La niña intentaba dejar de reír y colocarse como le habían dicho, pero al cabo de cinco minutos volvía a girarse y a llamarme. Armando no podía entender qué tenía aquello de cómico, pero lo cierto era que le gustaba esa niña.

—Así no hay manera. Vamos a hacer una cosa, te quedas aquí un momento con Noa y yo voy a por un vaso de agua. Cuando vuelva, habré dicho las palabras mágicas para que te quedes quietecita al menos media hora, ¿de acuerdo? Así podré encajarte en el lienzo y me será más fácil empezar a rellenar y seguir pintándote. Pero si no paras de moverte nunca, tendré que pensar otro modo de hacer que pares. Y será mucho más doloroso.

Mi hermana se había puesto seria, ¡qué se creía ese hombre feo! Ella ya sabía que debía dejar de reírse, se lo había dicho su madre y también se lo había repetido yo varias veces, pero nunca antes la habían pintado y la novedad la tenía muy nerviosa. Armando salió de la habitación. Sabía bien adónde quería ir. Se dirigió primero a la cocina a por el vaso de agua y después se puso en marcha sin perder ni un segundo. ¿Dónde podrían haber ocultado algo tan valioso? Ahora tan solo trataba de hacerse una composición de lugar, una primera incursión para reconocer el terreno donde debía moverse. Ese era el primer plan: robar la pulsera anticipándose a Víctor. El segundo era mucho menos agradable. Pero tenía por delante el retrato de cuatro personas hasta dar con su objetivo. Le sacó de sus pensamientos la risa de Daniella. Volvió deprisa a la habitación, sin olvidar su vaso de agua. Yo me había puesto cerca de ella. Pero él no pudo verme los ojos, casi nunca lo miraba a la cara.

—Por fin has vuelto, pintor. He pensado que voy a quedarme quieta. Si lo hago, Noa me dará un premio y a mí me gustan mucho los premios de Noa. Pero date prisa, que quiero irme a jugar, esto de que te pinten resulta que es un rollo.

Armando le sonrió. La niña se estuvo quieta como había prometido y él consiguió por fin trazar un primer esbozo de su rostro sobre la tela. Dejó todos los bártulos recogidos en el armario que mi *madre* le había indicado. Se despidió de nosotras poco antes de que se fuera el sol, Fernando y Katerina regresarían sobre esa hora y prefería no encontrarse con ellos. Cuanto menos los conociera, menos le costaría poner en práctica su doble plan.

Al salir a la calle, sintió hambre. Llevaba sin comer casi todo el día. Anduvo rápido hasta llegar al centro y entró en la primera confitería que encontró. Pidió unos bollos rellenos de queso y mermelada de frutas y, al ir a recogerlos en su bolsita con lazada azul de las manos de la tendera, alguien lo cogió del brazo. Víctor se había puesto detrás de él y le apretaba. Armando se agitó y le apartó la mano con ímpetu; la carpeta de cuero que el otro llevaba bajo la axila se cayó al suelo.

—No vuelvas a hacerme eso, Víctor.

—Explicame qué estás haciendo.

—Voy a comerme un bollo.

—Quiero saber lo que haces en casa de mi primo Fernando.

—Allí..., pintar un cuadro.

—No me vendas, Armando, te ofrecí participar pero lo que hay allí es solo mío. Yo decido cómo se hará. Si intentas engañarme, te acordarás de mí.

Armando terminó de coger el paquete de bollos que le ofrecía la tendera. El papel crujió en sus manos, estaba caliente; olió el aroma dulce de la mermelada y la harina recién horneada. Miró a Víctor con desgana.

—¿Qué quieres?

Victor se percató de que le temblaban las manos. Se las metió en los bolsillos y se volvió hacia la mujer, que los observaba con disimulo desde el otro lado de la tienda.

—Avisarte. No te equivoques conmigo, no soy ningún don nadie. Tu cuerpo podría aparecer bajo el puente de Carlos con una cadena de hierro como envoltorio.

Armando sonrió. Llamó a la tendera de nuevo y pagó poniendo sobre el mostrador una por una cada moneda. Luego salió de la tienda sin decir nada. El tintineo de la puerta se oyó nítido entre los ruidos de la populosa ciudad esmeralda. Comenzó a caminar despacio mientras mordía y masticaba el bollo con deleite. Víctor se mantuvo a su lado, mirando hacia delante, sin hablar; en algún momento el otro se detendría y le pediría explicaciones. Atravesaron un pequeño jardín, oculto tras la sombra de un edificio gris con decenas de columnas y un gran friso en el que las figuras habían perdido brazos y cabezas. La tierra estaba húmeda. Olía a verdín o a las cuencas vacías de un cadáver. El aire entre las hojas de los árboles silbaba miserias. A un lado, un mendigo viejo miraba al cielo y, un poco más allá, otro más joven y desgreñado alimentaba a las palomas recostado sobre la estatua de un soldado manchada por sus cuantiosos excrementos.

Armando terminó de saborear el último bollo, se detuvo y le dio un puñetazo a Víctor en la cara con tanta violencia que se la volvió hacia un lado. La sangre comenzó a caerle por la comisura de los labios. El ruido había espantado a las aves que picoteaban las migas de pan a los pies de su bienhechor, pero él seguía desperdigándolas a derecha y a izquierda, en pequeños montoncitos blancos. Casi todas volvieron enseguida a posarse a su lado.

—No se te ocurra volver a acercarte a mí como lo has hecho hoy. Cuando quieras proponerme otro negocio, llámame como siempre y nos encontraremos donde y cuando yo te diga.

Armando se dio la vuelta y echó a caminar sin mirar atrás, sabía que el gallito desplumado no se atrevería a seguirlo. Víctor se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo puso sobre la boca. Luego se sentó al lado del hombre que alimentaba a las palomas. El otro mendigo se había tumbado sobre unas hojas de periódico un par de bancos más allá y dormía. Cuando, al cabo de un rato, Víctor se volvió a levantar y echó a andar hacia el portón de salida, el desastrado amante de los pájaros se despidió de él al estilo militar.

Durante todo el camino hacia la legación, calló. Al primer gruñido, el taxista entendió que no necesitaba charla, como demasiados últimamente. Víctor intentaba no pensar en lo ocurrido. Nada le había salido bien. En primer lugar, le había fallado Katerina. Él la había esperado varias horas, convencido de que iría a reunirse con él. Volvió a casa con un dolor tremendo en la entrepierna y un cabreo monumental que procedió a remediar con un buen whisky hasta arriba de hielo y un polvo inigualable a Mérida, que ella le agradeció accediendo, por fin, a acariciarlo como él ya había probado muchas otras veces en los burdeles de países variados e incluso en alguna decente, y que era lo que más le gustaba de todas las maravillas que el sexo podía ofrecerle: tener a una mujer a sus pies. Pensar en ella ahora en esa posición, aún con el labio hinchado, le excitó de tal modo que se olvidó por unos minutos del dolor intenso.

Después había tenido que soportar a Armando. Quién le había mandado abrir la boca. Dentro de poco tendría miles de marcos en su poder, y podría haberlos conseguido sin su ayuda, ya había encontrado el comprador que necesitaba para la pulsera. Pero le había contado demasiado y ahora tenía que ingeniárselas para salir de aquello. Esa sanguijuela no pararía hasta quedarse con lo que tenía que ser solo suyo.

Apretó un poco el pañuelo, que ya estaba empapado de sangre. Todavía le dolió más. Lo tiró por la ventana. Entonces abrió su carpeta, sacó su artículo y empezó a leerlo. Esperaba que le gustara a Asúa. Disfrutaba mucho con ese trabajo, le apasionaba escribir, al crear sentía un poder que no experimentaba en ninguna otra faceta de su vida. Le ardían la mejilla y el labio y le dolía la cabeza, pero no podía dejar de acudir a su compromiso. También seguía escribiendo porque nunca se sabía de dónde podía venir el siguiente golpe de suerte. Él conocía lo bien que se pagaban las informaciones valiosas en tiempos turbios, aunque a él no le encargaban nada que no fuera sabido por todos y hasta entonces en la legación jamás habían hablado en su presencia ni una palabra que él hubiera podido usar para algo más que para escribir panfletos. El taxi se detuvo por fin en Vila Tereza.

Jiménez de Asúa lo aguardaba desde hacía al menos una hora, pero no se lo recriminó ni con la mirada. Cómo era ese Asúa: el tipo más irónico que había conocido en la vida. Pero también resultaba eficiente como pocos jefes de los que había sufrido, y había sufrido a muchos. Por aburrimiento, porque le echaban o porque el trabajo dejaba de interesarle, el curriculum de Víctor era de lo más variado. Aunque esta vez había buscado en ese puesto algo más. No le resultó difícil que aceptaran su oferta en la Agencia Ibérica, que llevaba operando desde noviembre, conocía a Jan Vaněk, el periodista checoslovaco que la dirigía, de cuando colaboraba con el periódico *Pravo Lidu* desde España. Esa agencia pasaba a la prensa checoslovaca y alemana las noticias referentes a lo que ocurría en su país y, gracias a ella y a los comentarios de sus periodistas, se podía llevar a cabo la propaganda necesaria para la causa republicana.

Cuando Asúa terminó de leer el artículo que le traía Víctor, lo dejó sobre la mesa. Él no revisaba todo lo que Vaněk decidía que la agencia remitiera a los medios, pero en esa ocasión quería aprovechar para hablar personalmente con su autor. Víctor se llevó la mano al labio partido y se quejó antes de escupir un goterón de sangre coagulada en la papelera junto a la ventana.

—Pero, buen hombre, ¿qué le ha pasado en el labio? Parece que se haya pegado contra una puerta. Espero que no le duela mucho, ¿quiere que llame a Ayala y que traiga el botiquín? Ese hombre es un portento, cómo me alegro de que se haya unido a nosotros, por fin.

—No, no es necesario. Ha sido de la forma más tonta. Como todos los accidentes. Y dígame, no me ha hecho venir solo para leer lo que he escrito, ¿verdad?

—Pues no, claro que no. Sandoval, quiero proponerle algo.

Asúa acercó su sillón a la butaca de Víctor. Aún no estaba del todo seguro de que acertara con ese hombre que lo miraba con una cara que daba pena, pero no había encontrado ninguna razón objetiva para hacer caso a su intuición. El fin de la agencia de información estaba claro: recabar apoyos para la República e influir en la opinión pública para que se anulara la política de no intervención que tanto daño les estaba haciendo. Por eso, las noticias se usaban como herramientas para convencer a los checoslovacos y a los alemanes de los Sudetes de que lo inteligente era apoyar al Gobierno español legítimo por su propio interés: cuando ves las barbas de tu vecino mesar... También intentaban difundir su política exterior que solo, maldita sea, buscaba la paz y el alto nivel cultural y científico de los republicanos, desdibujado entre tanto bárbaro descontrolado. Pero Asúa quería que el Bureau de Prensa que Vaněk le había ayudado a poner en marcha fuera mucho más eficaz, a pesar de que no conseguía quitarse de la cabeza la sensación de que el saco estaba roto desde el principio.

—Me gustan sus escritos. Escribe usted de un modo especial. Ya le he dicho alguna vez que su colaboración en la revista *Spanelsko* está siendo muy productiva. Se lo agradezco mucho. Pero llevo tiempo dándole vueltas y creo que deberíamos ir más allá y crear un Boletín Informativo, similar al del Comité de Ayuda a la España Democrática. Mire, mire toda esta pila de papeles. Todos son artículos de revistas y diarios, de todos los colores: *Rudé Právo*, *Národní Listy*, *Lidové Listy*, *Právo Lidu*. Este es gracioso, en la *Nova Svobode* hablan de espías troskistas en España como si los españolitos de a pie nos fuéramos tropezando con los comunistas soviéticos cada dos por tres en la taberna o la churrería. Pues no somos nada nosotros, como para hacernos marxistas leninistas y aceptar que otros nos digan cómo debemos vivir. Pero es curioso, hasta los que no venden ni un pimiento nos dedican atención; mire este, *Express*, no tiene casi tirada y habla sobre el «frente negro», los países que pagan los envíos de armas destinados a España. Aunque este me ha sorprendido, *Venkov*; para ser nuestro enemigo, no dice demasiadas estupideces. Hay que intentar neutralizar toda esta información sesgada. Publicar y distribuir el Boletín en español podría ayudar. Al fin y al cabo, el que ya existe se escribe en alemán y en checo, y con la excusa de recurrir directamente a las fuentes... No sé, espero conseguir los permisos del Gobierno checo. ¿Le interesaría participar en el Boletín?

—Y ¿cuándo sería eso?

—Quizá dentro de un par de meses. Me gustaría saber si estaría disponible para ayudar a mi sobrino Luisito con ello. Ahora que Casares ya está por aquí y le ha liberado de la dichosa Olivetti, él puede ocuparse en otras cosas. No puedo ofrecerle demasiado, ya sabe cómo andamos, pero me da que usted no trabaja solo por dinero.

Victor se relajó. Por un momento había pensado que esa cita era para echarlo. Llamaron a la puerta y Ayala entró en el despacho. Era un hombre que medía cada palabra que pronunciaba, inteligente y eficaz como pocos; Asúa no lo había dudado nunca desde que le tuvo como alumno, uno de los más brillantes, y luego lo dudó mucho menos cuando fueron compañeros, allá en la facultad de Derecho de Madrid.

—No trae usted buena cara, Ayala. ¿Qué ocurre ahora?

—Seguimos igual, siguen sin retirar la subvención al Instituto Español e Iberoamericano.

—¿Lo habéis comprobado?

—Acaba de llegar la confirmación del último envío.

—¡Leche! ¡Es que no hay forma de que nadie nos haga caso! Ese cabrón de Lenz estará contento. Se pasa a los rebeldes y encima sigue recibiendo dinero del

Gobierno checoslovaco y, lo que es peor, del Ministerio de Instrucción Pública republicano. Lo mismo es que los de Valencia han dejado de estar de nuestro lado y ni nos hemos enterado. A los del Instituto les mandan el dinero y nosotros, a dos velas. Por cierto, ¿cuándo será su encuentro con nuestro amigo Kulçsar y demás?

—Mañana, a primera hora, donde siempre. Asistiremos Rioja y yo. También estará Mauro —respondió el diligente secretario y, enseguida, se acercó a don Luis y le dijo algo al oído.

Él levantó la cabeza y lo miró extrañado.

—¿Y la señorita viene sola? ¿No la acompañan su padre ni su madre? —Ayala negó con la cabeza.

Yo llevaba fuera ya un buen rato sentada esperando que me recibiera. Muerta de miedo, no podía dejar de pensar en lo que iba a hacer. Pero lo de Lenka no volvería a repetirse. Intentaría ayudar a Mauro como fuera. Las rodillas me temblaban como gelatina rosada sobre un platillo de postre al pensar en lo que debía decirle a Asúa.

—¿Y tampoco le ha dicho Noa lo que desea? —preguntó don Luis, pero Ayala volvió a negar—. Bien. Dígale a la joven, por favor, que la atenderé enseguida. Y avíseme luego cuando vaya a ir a ver a Rioja para preparar la reunión con Kulçsar, por favor.

Hacía pocos meses que Francisco Ayala había sustituido a Ganga como primer secretario-consejero de la legación española. Jiménez de Asúa se lo había encontrado en un congreso y le había pedido que le siguiera en ese destino. Ayala servía a don Luis de paño de lágrimas y también de contrapunto, por su espíritu y su carácter mucho más sosegado, además de sustituirlo en sus funciones cuando era preciso. Y siempre estaba presente cuando el jefe de la misión dictaba los famosos informes.

Ayala salió del despacho y Asúa se acercó a la ventana. No sabía qué le resultaba más difícil de soportar: el que los hubieran convertido en víctimas de una gran injusticia o que los tomaran por estúpidos. La República no tenía nada que hacer porque no convenía a quienes gobernaban en los demás países democráticos. Si los hubieran ayudado con armas y hombres desde el principio, la República ya habría ganado la guerra a Franco. Pero al político de turno en Francia, al bigotudo de Blum, le había jodido mucho encontrarse con este lío después de tantos años luchando por llegar al poder; al político de turno en Inglaterra, Chamberlain, le venía bien ahora impulsar la política de apaciguamiento de los dictadores fascistas; al político de turno de derechas en Checoslovaquia, que se disputaba el poder con el izquierdista Benes, le parecía una aberración ayudar a los amigos de los comunistas y mucho más si algunos de ellos habían cometido la estupidez de quemar conventos. Y lo mismo daba que también a la mayoría de los republicanos le pareciera una burrada eso de chamuscar eclesiásticos, con lo que les habría gustado simplemente haberles despojados de su omnipotencia y su tiranía acumulada durante siglos.

Esos pretenciosos franceses e ingleses se creían que ofreciéndoles en bandeja la España republicana, Mussolini y Hitler se iban a contentar. Pero sus alas ahora tenían mayor envergadura.

—Asúa, ¿se encuentra bien? —Victor se acercó al embajador y le tomó del brazo.

—Sí, sí, no se preocupe. ¿Sabe usted? Estoy agotado. Si le parece, puede pensárselo y ya lo hablamos tranquilamente. Gracias por haber venido tan pronto.

Yo seguía esperando fuera y Ayala, antes de entrar de nuevo en el despacho, me guiñó un ojo. Me caía bien ese señor, serio pero simpático. El secretario llevaba el abrigo y los guantes puestos. Me levanté del sillón. Tenía las piernas agarrotadas. Ya no dudaba. Todas las acciones tenían un efecto, pero las alternativas a veces eran mucho más desastrosas. Estaba dispuesta a contarle a Asúa lo de Mauro. Él podría ayudarlo. Cerré los ojos y recité en voz baja el mantra de la integridad y de la entrega. Los temblores remitieron. En cuanto volviera a casa, la meditación del yoga terminaría por tranquilizarme. Me acerqué al balcón y observé el exterior medio tapada por las gruesas cortinas. Cuando escuché a Ayala hablar con alguien en el recibidor, reconocí espantada la otra voz. En lugar de salir, me oculté del todo tras las tupidas telas. Víctor le preguntaba algo a Ayala mientras este intentaba encontrarme. Me sentí como el mosquito ante la lengua del sapo. No debía volver a ver a ese demonio y, sobre todo, él no debía volver a verme a mí. Respiré hondo, me concentré e intenté desaparecer. Entonces reparé en la salida: al otro lado del balcón, donde terminaba el cortinaje, se encontraba la escalera que llevaba al vestíbulo. Despacio, suplicando a todos los dioses para que cegaran a esos hombres o que al menos decidieran buscarme en la salita de al lado, me deslicé tras la cortina y, pisando tan ligera como un gato bengala, bajé corriendo las escaleras y salí del edificio. Si hubiera sabido entonces que mi huida significaría que ya no existiría ningún otro camino, habría vuelto al instante. Pero la sabiduría no es infinita. Ni piadosa. Pocos minutos después, tras rebuscar en las habitaciones contiguas y hasta en la planta de arriba, por si acaso, Ayala desistió y volvió a pasar al despacho de su jefe.

—Lo siento, don Luis, pero la señorita ha debido de cambiar de idea. No consigo dar con ella. Confo en que, si lo que tenía que decirle era importante, regresará.

Asúa asintió pero en realidad olvidó de inmediato lo que le decía, en cuanto Ayala volvió a cerrar la puerta tras él. Sentado frente a su escritorio, llevaba un rato con la vista y la mente perdidas. Miró los cientos de mariposas que parecían volar suspendidas de alfileres en sus urnas. Se sabía el nombre de cada especie, en qué lugar la había cazado y en qué día. Cada mariposa era un cachito de su memoria. La de las alas del azul más brillante había caído en sus manos una mañana de julio, allá por Navalcarnero, tres días antes de que Franco se levantara en Melilla. La de las alas rosas con el punto negro en el centro la había cazado en su primera excursión con muchos de los miembros de la legación a un campo de los alrededores, al poco tiempo de llegar a Praga. ¿Por qué leches no eran capaces de lograrlo? Ellas no podían responderle. Nadie podía.

Aquella fue la peor noche en vela que podía recordar desde hacía mucho tiempo. Soñé con mis hermanas, pero ellas no me hablaron. Tampoco mi abuela ni mi madre. Las veía en la India, en sus quehaceres habituales, preparando la comida, lavando en el río, secando al sol la valiosa boñiga de cebú, riendo mientras charlaban entre ellas. Incluso Barathi, a quien jamás había visto en el mundo de los vivos, parecía feliz en mis sueños. Pero luego la imagen comenzaba a alejarse de mí y yo no era capaz de seguirlas, les gritaba y ellas no me oían, se iban apartando y apartando, cada vez más, hasta que desaparecían de mi vista. Y cada vez que eso sucedía, me despertaba e intentaba calmarme; rezaba; procuraba concentrarme en la meditación del yoga y llegar al otro mundo; comunicarme con ellas, que se me aparecieran y me guiaran como tantas otras veces, pero no volvían. Me dormí en un par de ocasiones más y se repitió la misma pesadilla.

Cuando la luz espesa de la luna desapareció comida por el nuevo alba, apenas había logrado dormir unas horas. Sin embargo, me levanté, me aisé y me vestí con rapidez y, decidida y sin decir nada a nadie, regresé a Vila Tereza con la determinación de hablar con Asúa y ayudar a Mauro. Pero don Luis había salido de viaje y no tenía previsto volver al menos hasta un par de semanas después y Ayala había acudido a una reunión. Los dioses a veces se confabulan para que todo suceda como debe suceder. O es que no se hace lo suficiente para remediarlo. Los designios nos dirigen y nuestra voluntad no encuentra ningún camino. ¿Sería el designio inevitable de Mauro aquel tan espantoso que yo había presentado en la legación? ¿Llegaría a tiempo de conjurarlo si hablaba con Asúa a su vuelta? Entonces no fui capaz de adivinarlo. No supe mirar al pasado lo suficiente, ni miré al futuro como debía.

Y don Luis, en ese momento, estaba sentado en la cabina de un avión, camino de París. ¿Cómo había terminado él, un hombre de leyes, tratando con espías y otros personajes semejantes? Jamás lo habría imaginado, como mucho menos habría podido creer que el suyo resultaría el mejor Servicio de Inteligencia en toda Europa.

A sus mandos había colocado a un hombre curioso: su apreciado Leopold, con quien en ese momento debían de estar ya tratando Ayala y Rioja. Leopold Kulçsar era un refugiado austriaco que había sido diputado socialista en el Parlamento de su país hasta la llegada del dictador Dollfuss. Había trabajado antes para España en diversas tareas de prensa y propaganda y conocía a numerosos y utilísimos contactos de organizaciones socialistas alemanas clandestinas. Era impensable que alguien como él dirigiera los hilos de una organización que contaba ya con mil agentes en toda Europa, sobre todo teniendo en cuenta que habían partido tan solo, no hacía aún ni un año, de una lista de unas veinte personas de confianza que serían las encargadas de transportar las armas y de llevar a cabo las tareas de propaganda en sitios tan dispares como Estocolmo, Bucarest o Malmö. Ya en febrero, el eficiente Kulçsar había ampliado también su red a Baviera y Hungría, en marzo a Yugoslavia y, lo que era mucho más importante, a los propios entresijos de Alemania. Y quizás consiguiera llegar en algún momento a Austria, para vigilar de cerca también a los italianos.

Además, contaba Asúa para su servicio con la ayuda de Alexandrovsky, de comunistas como el diputado Rudolf Slanský y de algunos socialistas checoslovacos. No le costó que el ministro Julio Álvarez del Vayo, hermano de Luis, desde Valencia, le permitiera poner en marcha el servicio, ajeno a la organización estatal y dirigido desde Praga, con un mísero presupuesto inicial de cincuenta mil pesetas. Y podían estar contentos: el Servicio de Información e Investigación, el SII de sus amores, había cosechado excelentes resultados. Para empezar, gracias a él se sacó a la luz el ardid de los sublevados y la fabricación ilegal de armas en Brno para Franco. En esa ocasión al menos, cuando todavía Asúa contaba con la amistad y el apoyo de Benes y de otros en el Gobierno checo, ese informe permitió interrumpir la fabricación y el envío para los franquistas. Ese gran éxito le llevó a tomar la decisión de continuar.

Con un poco de suerte, Asúa pretendía demostrar al mundo que la política de no intervención era un absurdo, ¿qué política era esa que unos cumplían y otros ignoraban al pito pito? Y además deseaba con toda su alma desenmascarar a los países que servían a Franco de tapadera en la venta de armas como Turquía, Bolivia o Perú. Pero don Luis no podía saber que, para conseguir sus loables objetivos, lo que le habría hecho falta de verdad era una gran dosis de brujería. Cuando el SII consiguió las pruebas necesarias, Asúa denunció el pastel ante la Sociedad de Naciones. Aunque pronto aprendió que no serviría para nada, él no cejó en su empeño. La información que obtenían era de tal calidad que incluso el embajador ruso en Praga la pretendía. Y aunque ni don Luis ni Ayala querían ni debían conocer las identidades de los magníficos hombres que ponían en riesgo su vida con ese fin, no pasaba un día sin que tuvieran que desalentar a alguno que se acercaba por la legación a ofrecer sus servicios, como espías, para contarles un descubrimiento fabuloso que podría resolver la guerra a su favor, para intentar descubrir algo de ellos que vender a los otros o porque anhelaban ofrecerse voluntarios para alistarse en las Brigadas Internacionales. Era curioso cómo hombres de todos los países, fugitivos en su mayoría de Austria y Alemania, de los Balcanes o de Hungría, querían irse para España a luchar contra el mal. Le vino a la memoria a don Luis el último de los que se le habían ofrecido, hacía tan solo unas semanas.

—Pero, buen hombre, ¿usted sabe algo de España? —preguntó Ayala al señor del barrio de Ravorahny que tenía delante, en un perfecto alemán que conocía de sus años mozos en ese país donde descubrió a su señora y se terminó casando con ella.

El hombre era mayor, parecía profesor más que soldado y hablaba con ese brillo en los ojos que suscita la emoción de estar haciendo algo por absoluta convicción.

—No, señor, yo solo sé que está en peligro un país honrado y libre. Y quiero irme para allá, a ayudar.

Ayala debía dar a todos la misma respuesta para evitar problemas con la política de no intervención de las democracias, que prohibía el alistamiento de hombres para la causa republicana o franquista, y que bien se saltaban a la torera los italianos y los alemanes.

—Pues lamento mucho anunciarle que aquí no hacemos esas gestiones y tampoco sabemos adónde debería usted acudir, amigo mío.

¿Cómo les estaría yendo a Kulçsar y a Ayala? Al poco rato, a don Luis lo venció el cansancio, se durmió en el asiento del avión y soñó con otro mundo diferente, quizá con un nuevo océano de leche en el que los demonios asuras y los dioses *Devas* llegaran a un entendimiento.

Y el bueno de Ayala, en esos mismos instantes seguía atento a su obligación en Praga mientras Asúa volaba a París, había llegado a la pensión a la hora convenida y Kulçsar aún no se había puesto nervioso. La calle Zitná estaba en pleno centro de la Nové Mesto y llegaba casi hasta el río. El edificio era uno de los más bajos del barrio, aunque seguía manteniendo un porte altivo; la fachada de estilo modernista se veía desde lejos como una atalaya espía, tantas ventanas la recorrían de lado a lado entreveradas con medallones con los rostros de aquellos que también fueron, en otro tiempo, grandes señores de Bohemia. La habitación alquilada era pequeña pero estaba muy iluminada. El austriaco se había sentado junto a una escalera de caracol que no se sabía adónde llegaba ni de dónde procedía: ambos orificios se habían tapado con una mezcla de cemento y cal. Kulçsar miraba al techo intentando imaginar.

Mauro estaba sentado cerca ojeando una revista de moda; le gustaban las fotografías, la forma de las letras y el olor de la tinta. Sentía como si el esplendor de esos modelos acartonados pudiera infundirse a través del tiempo. Ya no estaba nervioso. Por fin tenía la certeza de seguir la dirección adecuada; de estar cumpliendo su obligación, la de buen hijo y la de buen creyente. Se dio cuenta de que no olía a nada en esa habitación; era extraño, en ninguna otra pensión ni en ninguna casa en la que hubiera permanecido al menos unas horas había tenido esa sensación de ausencia de olores. No sabía por qué Kulçsar había quedado allí con Rioja, su jefe siempre era muy discreto. Al mirarlo, a pesar de su determinación, Mauro no podía evitar experimentar una simpatía sincera por el hombre que tenía delante, su jefe hasta ese momento, el gran Leopold. No era como los otros, de eso estaba seguro. Tampoco lo era don Luis. Evitaba pensar en él: Asúa había sido el motivo de muchas de sus dudas. Y también doña María. Tan dulce, tan desvalida. Intentó apartar de su mente y de su garganta la sensación que pugnaba por ahogarlo, la de ser un vil traidor. Un traidor.

Cerró los ojos; no quería ver a nadie. Entonces constató una vez más que la imagen seguía allí, detenida e indeleble en su cerebro pese a los años. La iglesia destruida y sus padres dentro. El olor a ladrillos quemados, a efluvios de incienso, a madera carbonizada y a rescoldos mojados cuando las lluvias enviadas quizá por ese Dios que no llegó a tiempo lograron apagar las llamas que consumían los restos derrumbados de la pequeña iglesia.

Él había salido antes y se había quedado fuera esperando cuando, en un abrir y cerrar de ojos, llegaron decenas de hombres y mujeres airados, portando antorchas, gritando salvadas contra los religiosos que les habían hecho tanto daño. Vio el odio en sus caras. Un miedo atroz le hizo orinarse encima. A él, un crío todavía, lo apartaron a empujones y enseguida esos rudos hombres enfurecidos en su pánico y en sus propias razones le taparon la boca para no escuchar sus gritos y lo mantuvieron sujeto al otro lado de la plaza, donde ya solo pudo oír y ver con horror cómo se consumaba la barbarie. Lo que ocurrió después se desmoronaba en su memoria. Su mente, sabia y preparada para la supervivencia, se había negado a recordar que él llegó a tener delante lo que quedaba de los cadáveres. No debían haber

estado allí, pero estaban. Su vida luego ya no importaba. Ahora era solo un guerrero al servicio de su patria. Pero ¿cuál era ahora su patria? Al fin lo supo. Esa era la que debía ser.

Rioja acababa de entrar. Dejó el sombrero sobre la mesa, se quitó los guantes y se desabrochó el abrigo, largo y oscuro, con pequeños flecos que se enredaban entre sí. Bajo el codo llevaba un periódico demasiado abultado. Mauro no lo saludó, le dolía mirarlo y hasta hablarle. Él también era una persona íntegra. Pero estaba del lado equivocado.

—Mauro, ¿qué te ocurre? Estás ido. Te necesito aquí. —Rioja se dirigía a él con esa expresión seria pero cordial de siempre.

—¿A qué estamos esperando? —contestó con un sabor agrio en el paladar. Era la hiel, a veces su sabor ascendía cuando el estómago se revolvía y el vómito estaba a punto de surgir pero se detuvo a medio camino en algún lugar del esófago.

—Tenían que proporcionarme esto. Enseguida terminamos.

Rioja desplegó el papel oculto en el periódico sobre la mesa desvencijada y llena de polvo. Era un plano de una ciudad que Mauro conocía bien, el río formaba esos entre montañas y el puerto, marcado con una equis, se hundía en una hondonada. Al lado, varias anotaciones en tres idiomas que él también conocía daban las pistas necesarias.

—Aquí tendréis que esperar la entrega. En esta playa. Irás tú y tus compañeros de siempre. Allí habrá más hombres que mandarán de Valencia, no debemos saber quiénes son. Todo está arreglado, tú solo tienes que comprobar que están todas las cajas y ordenar que las descarguen y las vuelvan a montar en los coches. Luego se irán en ellos. También llegan en el mismo barco. Es la mayor entrega de armamento que se ha conseguido para la República. Antes, cerciérate de que no haya una oferta duplicada, ya sabes.

—Eso no es de lo que suelo ocuparme, Rioja, ¿por qué no me dejáis que siga aquí con lo mío? —le respondió Mauro.

—Necesitamos a alguien de confianza y, además, también deberías hacer allí algunas averiguaciones. Necesitamos más información sobre Iglesias.

—¿Quién es Iglesias?

—Armando Iglesias, el pintor que trabaja con Lucas de Ansorena. No sabemos si ese es su verdadero nombre pero es el que usa ahora. Creemos que también es un agente de Lázaro.

Mauro dudó. ¿Una trampa, quizá? Sabía quién era Armando. También conocía de sobra a Ansorena y a Lázaro. Demasiado bien. Y no le gustaban ni el uno ni los otros. Pero ya no podía decidir con quién quería estar y con quién no. Una vez que te habías decantado hacia uno de los lados, las opciones se afinaban. Él lo sabía, nadie lo había engañado. Y ya no había vuelta atrás.

—Por supuesto. ¿Qué tengo que hacer?

Rioja le señaló un lugar en el mapa.

—Es sencillo. Lo más difícil es llegar hasta aquí. Aunque tengas todos los papeles para pasar por rebelde, ya sabes a lo que te expones, cualquier duda puede hacer que te maten. Primero comprueba que no haya habido concurrencia, luego sales para allá. Una vez que la recepción esté en orden, te quedas en Madrid. Se supone que Iglesias y su familia son de allí. Te buscas una pensión en la zona rebelde, haces todas las averiguaciones que puedas y vuelves por el conducto habitual. No tengo que decirte que es peligroso. Cuando regreses, tendrás que seguir con él, investigar qué pretende de Fernando Liberman. Está retratando a sus hijos pero eso tiene pinta de ser solo una excusa. Asía no tiene ninguna duda de la lealtad de Liberman. Pero un agente de Lázaro, traficante de armas y todo lo que cabe imaginarse, no puede estar en esa casa sin ninguna otra intención.

Mauro tomó el mapa y se fijó bien en cada detalle. No podía respirar pero sabía cómo ocultarlo.

—¿Y qué pasó con la otra entrega? Este mapa no es de Valencia.

—Hemos cambiado el lugar. Creemos que se ha filtrado el destino del barco y se ha cambiado de rumbo, por otro más cercano, donde llegaba el combustible. En realidad hemos dejado que crean que las armas van a llegar por tres lugares, y ninguno es este. Después de los fracasos anteriores, no podemos arriesgarnos a perder más encargos.

—Von Lustig era un cabrón. Ya os lo dije. —Kulçsar salió de detrás del sillón. Si la cosa no iba con él, no solía intervenir, pero ahora la cosa sí iba.

Claro que ese barón era un cabrón. Rioja se ponía rojo como la grana cuando recordaba la putada de los cartuchos. Tres meses se tiraron los once millones de cartuchos pagados por la Comisión de compras hasta que alguien se acordó de ellos. Pero más rojo se ponía aún cuando le mentaban al barón. Rioja prefirió no contestar a Kulçsar. Sabía que tenía razón. El austriaco estaba totalmente seguro de que Von Lustig iba a dejarlos en la estacada y se iba a quedar con el dinero. Había empezado a desconfiar de ese pájaro de poca monta después del desastre de Turquía, cuando al final ningún turco legalizó los sellos de la legación y, a base de remolonear y de negar que hubiera recibido las comisiones, se quedó con una gran parte, pero lo de México se lo había confirmado sin ninguna duda. Martínez de Aragón, con nombre en clave Rioja, acababa de llegar a la legación y ya había ocupado el lugar de López Rey y se había hecho cargo de las compras, pero siempre debía mantener informado de lo que hacía al Gobierno checo. Y qué caro les costó eso: demasiados funcionarios conocían lo que se cocía y se vendieron a las legaciones de Austria e Italia, que debían denunciar e impedir la fabricación y salida de los encargos de Checoslovaquia. Si hasta fue el que filtró a los italianos lo de México. Von Lustig, ese barón hijo de puta... Lo único que le interesaba, además del dinero, era poner al descubierto las operaciones de los republicanos para conseguir armamento y provocar un escándalo en la prensa.

Mientras Asía intuía que Von Lustig iba a dejarlos tirados, pero se fiaron de Palacios, y Palacios se equivocó. Como demasiadas veces. De las ciento cincuenta mil libras que el Gobierno de Valencia les había hecho llegar a Praga a través del periodista Corpus Barga no había quedado ni un céntimo. Y, mientras, los agentes intermediarios se habían duplicado: personajes sin escrúpulos como Armando Iglesias, Vidarte, Vidal, Fritz Alder o Dorrien pululaban entre las dos legaciones, la de Praga y la de París, a la busca y captura del trato.

—¿Hemos terminado ya?

Mauro tenía el mapa y las instrucciones bien guardadas bajo su chaqueta. Esperó el gesto de asentimiento de Rioja y se despidió con una ligera inclinación de la cabeza. No quería mirar más a esos hombres. Se alejó de la pensión con nombre de novelista ruso. No dudaba. Ya no.

Kulçsar vio cómo Mauro se perdía entre los transeúntes a través de la ventana. Le había parecido algo nervioso, pero era normal; lo que no le parecía tan normal casi nunca era su aplomo. El chico era uno de sus mejores hombres y casi había llegado a apreciar su extraño modo de actuar. Le recordaba a sí mismo cuando era igual de joven y compartía con él su repugnancia por el fascismo y su idealismo. En realidad, todos sus agentes se parecían un poco: hombres honestos que, en el propio corazón de Alemania e infiltrados en el mismísimo Ejército de Hitler, ponían en riesgo sus pellejos para intentar ayudar a los republicanos, adalides de la lucha contra los fascistas. España pagaba tarde, mal o nunca. Pero eso les daba igual. El mundo estaba lleno de locos maravillosos y de locos repugnantes. La guerra convertía en espías a personas de gran calidad humana y elevaba al grado de ministros, generales y *führers* a ogros con una nuez por cerebro y mucha mala leche en las entrañas. O a lo peor no era la guerra, a lo peor la vida misma los elevaba hasta tal categoría.

Y Mauro, como le habían ordenado, partió de inmediato para España, pero no sin antes pasarse por la avenida de Rivenisky, desde donde todos los diplomáticos sin excepción sabían de sobra que operaban Lázaro y sus acólitos, incluido Lucas de Ansorena. Allí lo recibieron con los oídos dispuestos a escuchar y mucha alegría apenas contenida.

Cuando Ayala regresó al día siguiente a la oficina de la legación española, nadie le dio mi recado. Y don Luis no llegó a saber nunca que yo podía haber evitado aquella desgracia, cuando los rebeldes consiguieron confiscar las armas que Mauro debía haber recogido y mataron a varios de sus hombres tan solo tres días más tarde. Yo lo intuí en el acto, el dolor profundo que se me hincó en el corazón no me abandonó durante muchos días y muchas noches. No me abandonó hasta que el transcurrir de la vida lo cubrió de nuevos recuerdos y el pesar por lo sucedido con Mauro se difuminó entre otros mucho más tenebrosos.

Katerina dormía en el lado derecho de la cama. Lo hacía desde niña, cuando se acurrucaba mirando hacia el cielo a través de la ventana, lo más lejos posible de la puerta que estaba justo al otro extremo. Tenía miedo de ella; siempre había estado convencida de que, en algún momento indefinido de la noche, unos espíritus malvados entrarían por allí y se la llevarían en volandas, sin que su madre, su padre o su hermana se dieran cuenta. Eso la aterrizzaba pero sabía que en ese lado, alejada de la parte del colchón que estaba más cerca de la puerta, tenían muchas menos oportunidades de alcanzarla. Y es que Katerina también había aprendido desde muy pequeña, gracias a su querida abuela Milena y sus cuentos de ogros y princesas, que los demonios malvados tenían miedo de las ventanas; por ellas podía entrar otro espíritu más maligno todavía y llevarse su alma como alimento de su propia maldad. Por todos era conocido que un mal siempre era vencido por otro mal mayor.

Por eso se había acostado a la derecha de su marido; ella simulaba leer y él ojebaba el periódico del día. Pero cada vez que intentaba concentrarse en lo que el libro contaba, su pensamiento volvía a él, al demonio que había entrado en su vida una maldita noche de verano a miles de kilómetros de allí y del que no sabía cómo podría librarse. Yo había conseguido que al menos no acudiera a su cita obligada con Víctor y habían pasado ya algunas semanas y él no había dado señales de vida. Pero ella seguía intranquila, estaba segura de que no se daría por vencido con tanta facilidad.

También había ido acostumbrándose a su nueva memoria. Poco a poco, había podido recuperar muchos recuerdos de su hija; en ocasiones, eso la entristecía tanto que el dolor llegaba incluso a impedirle respirar, pero otras se sentía feliz: recordarla era un poco como volver a tenerla. No somos sino nuestra conciencia y nuestros recuerdos. El divino creó al ser humano y le insertó la llave de su felicidad en el único lugar donde jamás la buscaría.

Fernando chistó mientras pasaba la página. Katerina sabía que hacía ese ruidito de ratón siempre que algo le preocupaba.

—¿Por qué no dejas ya el periódico? No es normal que lo leas a estas horas, todo el mundo lo hace temprano, al menos durante la mañana. Y tú tienes que levantarte pronto para preparar un caso, ¿recuerdas? —le preguntó ella en voz baja, para no despertar a nadie.

—Esto es increíble. No puedo creer que lo que dicen sea cierto. Pero todos los periódicos lo cuentan más o menos igual, debe de ser verdad.

—¿Qué debe de ser verdad?

—La política antisemita del partido nazi. Es como una pesadilla. Tal vez deberíamos irnos.

—¿Cómo puedes decir eso? Nosotros no le hemos hecho mal a nadie.

—Sí, pero los judíos a los que ahora obligan a llevar la estrella en Alemania para saber que lo son también son alemanes y tampoco han hecho mal a nadie. No sé, Katerina, no sé.

—No puedo creer lo que dices. Yo nací aquí, Fernando, tengo todo el derecho a seguir viviendo en mi país. Mucho más que esos alemanes, que nos han tenido amargados durante toda la historia de Checoslovaquia. Este es mi país, no quiero irme.

—Estamos demasiado cerca de ellos. Eso es lo que me da más miedo. No podemos equivocarnos. Podríamos volver a Inglaterra, ya hemos vivido allí, podría poner mi bufete en el mismo sitio. No me sería difícil volver a tener clientes. O tal vez podríamos ir a vivir a Jerusalén, con mis padres.

—Yo no tengo miedo. No dejaré que los alemanes me echen. Además, ¿qué haríamos? ¿Malvender esta casa? Hay demasiadas propiedades a la venta ahora, sabes que perderíamos mucho dinero. ¿Y las acciones que compramos?, ¿te olvidas de ellas? ¿Qué pasaría con ese dinero también? Perderíamos mucho. Tú dijiste que el negocio era a largo plazo; en metálico, no nos queda demasiado. Todo está invertido. Salvo el regalo de la *rani*.

—Ni la menciones, la esmeralda se queda donde está. No debimos haberla traído jamás a Praga.

—No te entiendo, eres el judío menos creyente que conozco, tampoco eres supersticioso. ¿Por qué crees en esa maldición? Esa esmeralda es muy valiosa, nos sacaría de este apuro.

—Katerina, hay razones que no se entienden con la razón. Esa piedra siempre me ha dado mala espina, no sé si lo que te contó la *rani* es cierto, pero cada vez que me la recuerdas, siento una congoja espantosa. Creo que es la culpable de que no quiera ni acordarme de la temporada que pasamos en la India. Aquello es como si no hubiera pasado para mí. Me basta con intentar recordarlo y me entran unos sudores horribles. Y la culpa debe de ser de esa esmeralda. No soy supersticioso pero te aseguro que, si fuera por mí, se la regalaría a alguien mañana mismo.

—Ni hablar, no la venderemos. Se quedará con nosotros, puede que algún día regalarla nos saque de algún apuro. También nos queda la pulsera de mi abuela.

—No vamos a vender nada por ahora. Y mucho menos tu pulsera. No es lo que vale, es lo que significa para ti.

—Entonces, no podemos irnos ahora. No tenemos suficiente dinero y tendríamos que empezar de cero, y además en otro país. ¿De verdad crees que está justificado? ¿Por qué no hablas con Luis? Él seguro que sabe más de todo lo que está pasando en Alemania. Me gustaría conocer su opinión. A lo mejor Hitler no es tan peligroso como tú crees.

—Tal vez todo se quede en Alemania pero, no sé, ese hombre no me gusta. Su discurso es atroz y los alemanes lo siguen. La Gran Guerra hizo mucho daño en toda Europa, no solo mientras se estaba luchando. Los fascistas en Italia han surgido por eso, de un pueblo que ganó la guerra pero no consiguió todo el beneficio que quería. Y a los perdedores alemanes los dejó peor todavía. La actitud revanchista los asfixia. Les hundió el ego y un ego herido es fácilmente manipulable. Tampoco me fio de la opinión de nuestro Gobierno. Nada de nada. Benes ha dicho que en Checoslovaquia solo se puede hacer una política de fraternidad, y eso es justo lo que más me preocupa. Según nuestro Gobierno, no debemos mezclarnos en los conflictos de otros países, lo que afecta de lleno a Luis y a España, pero también supone un acercamiento a nuestros vecinos, Polonia, Hungría y, sobre todo, a Alemania. Ese tipo de discurso no me gusta, Katerina. A Alemania no hay que acercarse, de ningún modo. Hasta ahora, había dos posiciones: Benes sigue totalmente la de Francia, y Hodza deseaba aproximarse a Alemania y a Italia, pero ahora los dos se están acercando. Creo que temen que los franceses no puedan defendernos en caso de conflicto con Alemania o Italia. Y Hodza está ahora en Inglaterra, ellos tampoco deben de tener las cosas muy claras.

—Habla con Luis, yo solo puedo hablar de lo que siento pero las razones políticas se me escapan.

—Tienes razón, lo llamaré mañana. Luis sabe mucho más de lo que dice. Por cierto, nos ha invitado a otra recepción en la legación. Ha sido la propia María quien ha insistido en que vayamos. Cuánto aprecio a esa mujer, aunque a él le tiene loco, pobre hombre.

—Las españolas son muy temperamentales, ¿no? Debe de quererlo mucho para tener esas trifulcas. Son la comidilla en algunos de los actos oficiales que organizan, hasta Irene me cuenta cosas. Pero hay que reconocer que es una situación muy extraña la suya, sin saber bien quién se llevará el gato al agua. No debe de ser fácil convivir con Luis, siempre con tantas responsabilidades. —Katerina se quedó callada un instante pero al final no pudo evitar decir en alto lo que estaba pensando—. ¿Sabes si irán también Mérida y Víctor? Si va él, prefiero no ir.

—¿Víctor? ¿Mi primo Víctor?

—Sí, tu primo Víctor.

—¿Qué ha pasado con él? ¿Has tenido algún problema? Sé que no es un hombre que te guste, no soy tonto. He visto cómo te mira, cómo mira a casi todas las mujeres. No te habrá propuesto algo... Siempre ha sido perro ladrador.

—Vio a Noa en la fiesta de despedida de Lenka. Me preguntó quién era.

—Y ¿qué hay de malo en que Víctor conozca a Noa? De hecho, debíamos habérsela presentado el día que vinieron a visitarnos a casa pero no apareció. Lo que tú quieres contarme no es eso, ¿verdad? Te ha molestado, ¿a que sí? ¿Es eso? Menudo sinvergüenza está hecho. Si es que ha cambiado mucho, antes no era así, un poco tarambana sí que era pero esto...

Katerina supo entonces que Fernando seguía sin recordar lo sucedido en la India, de forma consciente al menos; él aún vivía como ella durante los últimos años, sin ningún recuerdo de su hija verdadera. ¿Y si yo le había pedido que no le contara nada de su primo Víctor solo para evitar que él sufriera?

—No te preocupes, de verdad, era solo una tontería. Estoy un poco alterada por todo esto de los nazis. No soy tan fuerte como parezco, para mí también es muy difícil.

—No es ninguna tontería, pero si se acaba de casar, por el amor de Dios. Y ¡eres mi esposa! Es que ni eso le parece sagrado. Ya está bien. Siempre fue un

consentido, hijo único, y mis tíos eran muy mayores cuando él nació, un auténtico milagro, decía mi madre. Pero siempre creí que esa manía suya por conseguir todo lo que yo o mis hermanos teníamos se le pasaría con el tiempo. Y además, una cosa es un poni o un trozo de tarta y otra muy diferente, mi mujer. Es que no puedo creerlo. Iré a verlo.

Katerina intentó tranquilizarse. Había sido una inconsciente al contarle su miedo. Si el extraño olvido de Noa lo había ayudado hasta ahora a continuar viviendo, ¿de qué le serviría volver a recordar aquello? Le vino a la mente su llegada a Praga conmigo. Fernando apenas me miraba. Como él había predicho, al verme no podía evitar sentirse culpable por haberse empeñado en llevarlos a todos a la India. No debía recordar. Nunca. Y Víctor recapacitaría cuando su marido le hablara. Sabría que no le tenían miedo, que no iban a ceder a su chantaje. Éramos una familia unida sin nada que ocultarle y no tenían por qué temerlo. Víctor no sabía que lo peor que podía ocurrir era que su primo recordara. Después de tanto tiempo, lo demás ya daba igual. Katerina pensó cómo calmar a su marido.

—No es eso, de verdad. Solo hablamos y, sin querer, se enteró de que tenemos alguna joya de valor y se ofreció a venderla. Nada más.

—Seguro que no quieres contarme qué más pasó. Pero yo lo conozco bien. Hablaré con él para que te deje en paz. Y me hará caso. No debes preocuparte.

Fernando dejó el periódico cerrado sobre la mesilla y dio un sorbo al vaso de agua. El cristal brilló con la tenue luz anaranjada por la tela de la tulipa. Miró a su mujer. Sintió un escalofrío que le partía del vientre. Aún se sorprendía de seguir pensando en ella de esa manera, de desearla tanto, de querer tenerla casi cada día. Continuaba tan enamorado como cuando la conoció, al mirar el escaparate de una bombonería con sus compañeros de la universidad. Ella, dentro de la tienda, esperaba su turno. Entre sus miradas, solo bombones y *briz* con nata. Y él, mientras sus amigos bromeaban sobre lo que harían con la nata sobre el cuerpo de esa rubia tan peripuesta, dejó de verlos y dejó de oírlos, y solo tuvo ojos y orejas para verla y oírla a ella. Katerina..., se llamaba Katerina; la mujer que la acompañaba la había llamado así al salir del establecimiento, cuando ella le sostuvo la mirada. En toda la noche no pudo olvidarse de sus labios ni de sus manos ni de su boca. No pudo olvidarse de ella en días, en meses, en años. Aún no la había olvidado.

Y ya le habían salido algunas arrugas por debajo de los ojos, que se le marcaban más al sonreír, y en la frente habían empezado a trazarse dos finas líneas algo más oscuras que el resto de su piel, pero él habría mentido si hubiera afirmado que no le parecía ahora más hermosa que aquella tarde en la pastelería, cuando entendió el significado de la palabra «enamorarse».

Se acercó a ella y le pasó la mano suavemente por el cuello; la bajó hasta los hombros y se los besó con dulzura.

—Fernando, ¿no estarás pensando...?

—Sí, estoy pensando... ¿Por qué no?

—Porque hace un minuto estabas muy preocupado.

—Eso era hace un minuto, ahora estoy muy poco preocupado y bastante alterado. Te tengo a mi lado. Te deseo como ayer y como antes de ayer. Te amo.

—Mañana tienes que madrugar. Tienes trabajo y te esperan temprano.

—Llamaré para retrasar la cita.

Fernando la besó. Volvió a sentir el latigazo que salía de un punto muy profundo en las entrañas y que había puesto en marcha su deseo.

—Mira, Katerina, mira esto. —Fernando se había levantado el pijama y miraba divertido debajo de los calzones.

Ella observó también y se llevó las manos a la cabeza mientras entornaba los ojos.

—Pero si solo me has dado un beso. ¡Eres un guarro!

—¿Llamas guarro a quien vive enamorado de ti desde que te conocí? No puedo evitarlo, eres la mujer que más me excita del mundo.

Katerina se rio y su risa era la de la joven de dieciséis años que sonreía tras el mostrador de una confitería de Londres. Fernando siguió besándola y ella olvidó el temor que hacía días la reconcomía. Se dejó hacer. Dejó que él la levantara de la cama y, uno frente al otro, de rodillas sobre el colchón, le desabrochara el camisón y se lo sacara por la cabeza mientras ella elevaba los brazos obediente. Dejó que le sujetara las manos tras la nuca, con los codos doblados hacia atrás, mientras le lamía el cuello y seguía hasta llegar a los pechos. Dejó que se recreara allí, mordisqueando y rozando con su lengua cada centímetro de ellos. Dejó que la obligara a no bajar sus manos cuando quiso soltarse para abrazarlo y consintió en mantenerlas alzadas mientras él las soltaba por fin para seguir hacia abajo, hasta llegar a su vientre trémulo. Dejó que pasara por él su lengua, esperándola cada vez y, una vez ensimismado allí, le tomó el rostro y tiró de él hasta ponerlo a su alcance y lo besó hasta que ya no pudo más y ambos se encontraron por fin. La piel de Katerina, más blanda que la primera vez que él la tuvo así pero mucho más sensible y sabia, se erizó igual que entonces mientras Fernando la acariciaba y continuó haciéndolo hasta que ella dejó de verlo y solo pudo sentirlo. Y entonces se quedó abrazada a él, apretándose contra su cuerpo al ritmo de cada estremecimiento.

En el cielo, una nube gris plomizo se había convertido en pájaro y extendía sus alas hacia los lados antes de batirlas en una sacudida. Un cuervo la cruzó y fue a posarse sobre la rama que casi rozaba la ventana de la habitación donde Katerina y Fernando habían caído exhaustos y desnudos, llenos el uno del otro y sin memoria de nada ajeno a los dos. Pero enseguida levantó el vuelo y fue a posarse en el alféizar de la ventana del cuarto de Gabriel, que intentaba dormirse en la habitación de al lado. Hacía años que había conseguido identificar qué provocaba esos ruidos rítmicos y secos en la pared del dormitorio de sus padres y había aprendido a alegrarse de escucharlos; al día siguiente, su padre miraba a su madre como si la acabara de descubrir y ella le servía la leche con una sonrisa más dulce, o al menos así se lo parecía, aunque aún nadie le había dedicado a él una sonrisa similar. Gabriel solo amaría a una mujer a pesar de que ella apenas lo miraba desde aquella vez, hacía muchos años, en que se había atrevido a besarme.

Ese beso terno y de verdad puro revivía todavía en su interior como la llama de la esperanza. Él sabía que me amaba desde que tenía diez años y me vio aparecer en la *haveli* de Jaipur vestida a colores, mirándolo todo como el gorrion que ve el manantial por primera vez. Y aunque hacia muy poco que se había atrevido a ponerle nombre a lo que sentía siempre que yo me aproximaba a él o le rozaba sin querer, ahora ya aceptaba que yo era la única mujer a la que quería provocarle esa sonrisa. Y Gabriel fantaseaba conmigo a menudo; no hacía falta que esos golpes quedos en la pared o el sonido del agua al caer sobre la bañera a media noche lo despertaran: él se sabía mi cuerpo de memoria y lo había recorrido con sus manos y hasta con su lengua tantas veces en la imaginación que temía que yo lo supiera, gracias a esa inquietante cualidad mía que me permitía ver en el interior de los otros. Por eso, aunque jamás le había dado esperanzas, yo había sido siempre la destinataria de sus pensamientos cuando la arrolladora fuerza de su sexo joven le partía en dos con un espasmo de placer tan encabritado que tenía que morderse el otro puño para evitar gritar como esa noche terminó también haciendo. Luego se dormía tranquilo, aunque impaciente por poner en práctica sus fantasías. Y la única causa de que se sintiera a veces culpable por imaginar esas vívidas experiencias sexuales no era su religiosidad ni su mojigatería, sino que todos en su casa estuvieran convencidos de que yo era su hermana. Pero a eso ya le pondría remedio cuando llegara la ocasión.

Sin embargo, aquella noche esperó hasta que tuvo la seguridad de que sus padres no saldrían de la habitación, se levantó y se dirigió al otro lado del pasillo. Cuando hacía buen tiempo, de madrugada, tras cerciorarse de que ya todos los demás dormíamos, solía recorrer la distancia que separaba su habitación de la mía. Excitado, no sabía bien si por la posibilidad de verse obligado a dar explicaciones o por la de que yo lo sorprendiera y tener así la excusa que necesitaba para abrirse a mí, Gabriel llegaba hasta mi puerta y se colaba en mi cuarto. Si había suerte y la luz de la luna conseguía iluminar la estancia, se me quedaba mirando mientras esperaba unos instantes para comprobar que nadie lo sorprendería. Luego se acercaba al lugar donde yo dormía, sobre una alfombra extendida en el suelo, y en absoluto silencio y con la respiración entrecortada, agarraba la sábana que me cubría y la apartaba de mí con suavidad. Ese cuerpo desnudo era lo más hermoso que había visto jamás. Durante un rato que se le hacía cada vez más corto, me observaba impávido, deleitándose en cada línea delgada y en cada pliegue, intentando imaginar cómo sería tocar esa marca plateada que brillaba en mi abdomen y seguir con sus dedos o con su lengua el rastro que la punta de esa media luna marcaba hacia mi vientre, reprimiéndose para no averiguarlo, al fin. Y cada vez que exploraba ese camino diabólico, se hacía la firme promesa de no regresar más pero la determinación le duraba muy poco, hasta que volvía a echarme tanto de menos que, para evitar abor dame y confesarme otra vez que vivir sin mí lo estaba martirizando, se contentaba con eso, con mirarme desnuda, respirando tranquila y ajena a su sufrimiento. O a su placer. Ya no recordaba cuándo había sido la primera vez que me espío de esa manera, pero sí que al descubrirme sin ropa bajo la sábana, a punto estuvo de caerse de bruces.

Fernando se despertó muy pronto por la mañana. Los pájaros cantaban o a él se lo parecía. Sin desayunar, marcó el número de teléfono de la legación de España. Ayala, el diligente secretario de Asúa, le indicó que estaba en París y tardaría unos días en volver. Fernando se puso la chaqueta, se encajó su sombrero y salió antes de

que nadie más se levantara.

El inmueble en el que vivía su primo Víctor era uno de los más lujosos de la calle Stepanska, en él había vivido aquel prolífico escritor checo que nunca quiso mostrarme si saltó o se cayó por la ventana. Fernando llamó a la puerta. Como ya se imaginaba, tuvo que insistir. Al fin, el ama de llaves le franqueó el paso desde arriba. En el vestíbulo de aquel edificio de vetusta apariencia pero alma jovial, por amparar despachos de oficios nuevos como el del fotógrafo del sexto o el corredor de bolsa del tercero, parecía que tras esos espejos de marcos de pan de oro podría esconderse la morada de alguno de los famosos fantasmas praguenses que tanto le gustaban a Daniella y me martirizaban a mí. Pero Fernando sabía que los fantasmas no existían, ni las brujas ni tampoco los demonios. Solo eran cosa de niños y de viejas. Aun con esa visceral certeza, se subió deprisa al ascensor y sintió un gran alivio cuando dejó atrás aquella entrada con demasiados objetos y recovecos oscuros con espacio suficiente para albergar pasadizos secretos a otros mundos. Al salir de la fastuosa cabina de madera de cerezo y alfombra de terciopelo, un gato negro se le cruzó por delante camino de la escalera. Caminaba despacio y, al pasar a su lado, lo miró a los ojos. Pero Fernando siguió andando, algo más presto, hacia la puerta del piso de su primo y llamó sin querer ni imaginar qué hacía allí ese animal y adónde se dirigía.

—Vengo a ver a don Víctor. Si me hace el favor de avisarlo, sé que nunca está levantado a estas horas; le habré pillado en la cama, me disculpa usted, pero le dice que tengo que hablarle. Por favor.

Fernando no admitía un no; la mujer se lo apreció en sus ojos y en su voz. Se colocó la cofia un poco más recta y, previendo la que se le venía encima, bajó la vista y entró en la habitación de su señor. Al instante se oyeron gritos y ella salió presurosa. Le sonrió buscando consuelo en el culpable de su bronca matutina.

—Mil gracias, yo le diré a mi primo que insistí y la amenacé con entrar yo mismo en la habitación y despertarlo de peores modos de los que usted, con toda seguridad, ha usado.

Cuando la demasiado bonita sirvienta desapareció tras las lacadas puertas, él tomó asiento y se dispuso a esperar. Le sorprendió el buen gusto de Víctor, la decoración impecable y el orden y la limpieza absolutos. También le llamó la atención la cantidad de libros de buena encuadernación en varias librerías. Se levantó al ver uno sobre el escritorio: parecía una biblia antigua. Fernando la abrió y comprobó que lo era, una copia de un ejemplar antiquísimo, de las que se imprimieron en el idioma checo original. Alemania les impuso durante siglos su lengua, su cultura y su presencia, pero los checoslovacos, a escondidas, lograron conservar su fe hasta que se necesitaron trabajadores para las fábricas y llegaron, desde los pueblos, con su biblia en la mano. Así comenzó el renacer de su lengua y de su identidad. De repente, Fernando recordó: ese ejemplar había estado antes en su casa; había sido de la madre de Katerina. Nadie la utilizaba nunca, solo era una herencia que llevaba con ella desde que se habían casado. Quedaban muy pocos, aunque podría estar equivocado, ¿cómo habría llegado a manos de su primo? Lo dejó en su sitio. Para su sorpresa, Víctor tardó tan solo unos minutos en reunirse con él. Salió desnudo bajo un batín violeta, el pelo enmarañado, el rostro aún con las señales de la almohada y los ojos enrojecidos.

—Espero que tengas algo muy importante que contarme para haberme hecho levantar a estas horas intempestivas, primo mío.

—Son las nueve de la mañana, Víctor, y ya no eres ningún crío. Seguramente podrás soportarlo.

Fernando se encontró sonriendo; a la mente le vinieron muchas madrugadas compartidas en la hacienda de sus abuelos, junto con sus hermanos y sus tías y tíos. Ya casi había olvidado aquellos encuentros que hicieron mucho más feliz su niñez. Pero hacía tiempo que su primo se había convertido en un adulto muy diferente al niño frágil, poco hablador y algo triste que era entonces. Recordó qué le había llevado allí. Víctor le dio unas palmaditas en el hombro.

—Dime, te escucho, porque no habrás venido solo a verme.

—No, no he venido a verte. He venido a avisarte. Deja en paz a Katerina. Me lo ha contado todo. Creo que debes pensar con más frialdad y sentar la cabeza de una vez por todas. No eres tan mala persona como para seguir por ese camino. Lo sé. Te conozco desde que naciste. Y sé que no harás nada malo contra mí ni contra mi familia.

Víctor se sentó. Sentía frío pero las ventanas estaban cerradas y, al otro lado, el sol brillaba. Era una de esas mañanas que solo se veían de cuando en cuando, si coincidían los astros y los humores varios. Muy hermosa aunque, para su gusto, demasiado iluminada.

—Debes de estar equivocado. Katerina habrá entendido mal mi propuesta. Tan solo le pedí que me vendiera esa joya vuestra. Pero ella me contó no sé qué historia de una maldición y entonces me ofrecí a venderla yo. Solo eso.

—No he venido a escucharte. No pongo en duda ni una de las palabras que mi mujer me ha contado de vuestra conversación.

Víctor, sin embargo, dudó de hasta qué coma le habría contado. Se levantó, los golpes se recibían mejor de pie, lo tenía comprobado, si venían de arriba abajo eran terribles y la recuperación, mucho más dolorosa. Pero se sorprendió al comprobar que Fernando no parecía tener ninguna intención de arrearle. Seguía siendo el pánfilo de siempre, tal vez incluso no le pareciera mal que otro se acostara con su mujer. Demasiados años juntos podían llevar al tedio hasta a los amantes de preciosidades como Katerina. Y tal vez ella no le estuviera mintiendo y hubieran adoptado a la niña. Él no estaba del todo seguro de que no hubieran podido sacarla de allí legalmente, aunque su reacción cuando se la encontró con Mérida en aquel mercado le había hecho pensar que sí. Víctor se sentía frustrado. Por encima de todo, le fastidiaba la posibilidad de que ella se le volviera a escapar. Aunque no había acudido a su cita, aún tenía esperanzas. Sin embargo, su primo sí hablaba con la seguridad de saber que tenía la razón y la ley de su lado. Y era abogado, no se arriesgaría si no supiera que podía ganar.

—Entonces, ¿a qué has venido exactamente?

—A pedirte que vuelvas a ser el joven que conocí, que respetes a tu mujer y a las de los demás. A decirte que jamás conseguirás nada de Katerina. Y si quieres ir malmetiendo por ahí, me defraudarás, y además harás el ridículo. Soy una persona muy respetable, tengo muy buenos amigos. Y si sigues por ese camino, te arrepentirás.

Fernando se dio la vuelta y empezó a andar hacia la puerta. Víctor respiró hondo y se sentó de nuevo, cruzando las piernas. Estaba empezando a cansarse de su primo. Pero vio cómo volvía a girarse de repente y se levantó de nuevo en el acto.

—¡Ah!, solo una cosa más. No se te ocurra volver a acercarte a Katerina ni a ninguno de mis hijos. No sé qué te ha pasado, Víctor, pero antes eras buena persona. Si algo te ha hecho cambiar, vuelve atrás, estás a tiempo. Todos estamos a tiempo de ser como queremos, solo tenemos que ponernos manos a la obra. Pero si te acercas a mi mujer con malas intenciones y yo me entero, sabrás de verdad que yo también puedo ser rastrero. Y no te hagas ilusiones, primo, la maldita esmeralda, tan grande como molesta, no se vende de ningún modo.

La esmeralda. Le costó mucho trabajo a Víctor contener la expresión de alegría. Lo consiguió a duras penas. Su intuición no le había fallado tampoco ahora, pero no podía haber imaginado que el premio sería tal. La joya maldita de la que le había hablado Katerina era una esmeralda y el pánfilo de su primo no quería venderla por una estúpida maldición. Ahora sí que tenía una razón de peso para entrar en esa casa, incluso con la ayuda de Armando: una esmeralda daría con creces para repartir entre dos, mucho más que la pulsera que hasta ahora buscaba. Él sabría sin duda cómo sortear todas las maldiciones: ¿ignorándolas, quizá? Intentó por todos los medios calmar su emoción y continuó procurando que Fernando no notara en absoluto ningún cambio en su expresión, mientras su pensamiento volaba a asuntos mucho más pragmáticos: ¿cómo conseguiría esa piedra maldita? ¿Sería tan valiosa como imaginaba?

Si Carlos IV, el emperador del Sacro Imperio y rey de Bohemia nacido en Praga, siguiendo la recomendación de los astrólogos de la corte, realmente ordenó comenzar la construcción del puente que separaba las dos ciudades el año 1357, el día 9 del mes de julio a las 5:31 de la madrugada, podría haber sido tan solo por un juego de números macabro, que el gran rey fuera un supersticioso incorregible o solo una coincidencia. También podría tratarse únicamente de una de las tantas leyendas que la Ciudad Hermosa a orillas del Moldava repartía a diestro y siniestro entre sus habitantes y sus muchos admiradores; como la que rezaba que en la unión de los bloques de piedra que lo sostenían se habían usado yemas de huevo para fortalecer la argamasa, en una época en la que las gallinas debían de pasar hambre como el que más y lo normal era pensar que no darían para tanto huevo. Pero, leyenda o no, cada vez que Daniella pasaba cerca del impresionante puente de las treinta y una estatuas o lo atravesaba, le pedía a su madre que se las repetiera; esas y tantas otras que, a veces, hasta cansaba oír las.

La noche anterior, después de contarle a mi *hermanabís* otras tres leyendas para que accediera a darnos la ronda de besos y a dejarnos salir por fin, Fernando y Katerina la habían dejado a cargo de la institutriz de Gerard e Ilse, el médico y su esposa que vivían en la casa de al lado. La niñera se ocuparía de la niña y de los tres hijos de la pareja para la que trabajaba mientras esta asistía, como toda Praga, al entierro del gran Masaryk, el libertador de la República Checoslovaca. El héroe nacional había muerto de una larga enfermedad y todos querían ir a llorarle. La niña no había puesto ninguna pega a quedarse a dormir allí, ya lo había hecho otras veces, cuando sus padres lo habían necesitado por alguna razón muy especial. Sus tres vecinos le parecían de lo más divertido, sobre todo el pequeño, de su misma edad e ideas más que geniales.

Desde muy temprano por la mañana, Armando Iglesias había esperado con paciencia escondido detrás de los árboles, lo bastante cerca como para poder comprobar que salíamos todos y también lo bastante lejos como para no delatar su presencia. El pintor miraba los parterres del jardín y las ventanas de la gran casa, repletos de plantas. Por un instante, visualizó a su madre cuidándolas: la balsamina, florida, pero carente de perfume; otra que llamaban *bazalka*, de penetrante olor y hojas robustas que en cuanto se cortaban se ponían mustias; los rosales, con los capullos todavía minúsculos junto a las brillantes hojas; la hierba moscata, que solo crecía en ese lado del río; las mágicas fucsias, tan pagadas de sí mismas.

Armando nos siguió con la mirada hasta que comprobó que desaparecíamos por el camino; esperaba con nerviosismo que no hubiéramos cambiado de idea y que nos auténtáramos, como le había dicho Fernando unos días antes, para ir a despedir al viejo presidente de blanca barba y gorra de marinero. Gabriel, nuestros padres y yo echamos a andar en dirección al centro. Los ecos de la mañana fría y gris llevaban hasta el jardín fantasmas de redobles de tambor desde el otro lado del Moldava. El pintor se imaginó la carroza con el muerto, los caballos ataviados con plumeros negros, la comitiva andando en un rito ancestral que asociaba la sonoridad de los tambores a lo fúnebre, a lo marcial. Los habitantes de la nación que debía mucho a aquel visionario, por haber convertido en tal a la que hasta entonces solo había sido una provincia del Imperio, habían tomado en tromba las calles para rendirle homenaje. Sin perder tiempo, Armando se dirigió hacia la casa. En una mano apretaba bien la llave que había duplicado hacía semanas, en espera de que llegara esa oportunidad; en la otra, sujetaba un estudio de mi retrato que tenía previsto elaborar en breve, en cuanto terminara el de mi hermano, como coartada por si alguien volvía demasiado pronto. Abrió la pesada reja y la puerta y entró. Al cerrar tras de sí, pasó al estudio improvisado donde llevaba ya varios meses trabajando y dejó allí el pequeño lienzo. Se mantuvo muy atento a cualquier ruido: si los dueños de la casa regresaban antes de tiempo, tendría que salir a través de las ventanas y llamar para pasar a buscar el retrato. Con esa excusa no se vería obligado a arriesgarse a que lo descubrieran intentando huir. Enseguida se puso manos a la obra, el plano antiguo que le habían encargado buscar estaba a la vista, enmarcado en un cuadro con cristal y expuesto en el salón, junto con algunos grabados más de Rykr y de otros artistas cuya firma era apenas reconocible. Pero no podía llevárselo hasta que consiguiera encontrar además la pulsera de granate checo, que tampoco se llevaría ese día: no iba a renunciar a pintarme, ahora que estaba a punto de conseguirlo. Armando había insistido en que yo fuera la siguiente en posar tras Daniella, pero mi huraño hermano, en quien él no tenía el más mínimo interés, tenía que empezar en breve los exámenes para la universidad y no tuvo otro remedio que comenzar su retrato. Poco importó: él no iba a darse por vencido, estaba acostumbrado a que las cosas, si tenía paciencia y ponía en ellas el empeño suficiente, le salieran según lo previsto. Esperaba con expectación el momento en que tuviera que mirarlo a los ojos; cuando me tocara el turno, ya no podría retirar la vista como hacía siempre. Mi desdén y mi desinterés en su presencia, evidentes para todos, pero sobre todo para el propio Armando, lo alteraban de tal manera que llegaba a su casa siempre con un intenso dolor en la entrepierna y unas ganas tan brutales de arrojarse a una hembra como pocas veces había experimentado. Y ni él mismo se bastaba para calmarse: debía salir sin falta a encontrar a alguna que lo ayudara a enfriarse. Por eso, Armando había terminado buscándose una amiga fija en Praga. Aurora era una mujer un poco mayor que él, de ojos oscuros como el deseo, pechos grandes y culo prieto, mucho más limpia que las prostitutas del Callejón del Oro, y que no le cobraba nunca porque ella disfrutaba con su fogosidad todavía más que él. En su cama pordiosera de amor y rica en goces conseguía aplacar esa sacudida lujuriosa que era incapaz de dominar.

Nada más abrir la puerta, Armando fue derecho a mi habitación. Oía a mí. Se quedó un momento imaginando dónde me desnudaría, dónde dejaría mi ropa, qué me pondría para acostarme, hacia qué lado del colchón miraría, qué sería lo último que pensaría antes de cerrar los ojos. Se acercó a la cama y acarició la almohada muy despacio, con la palma abierta. Un estremecimiento lo recorrió hasta eruirle la piel como las blasfemias de un profeta triste. Introdujo la mano entre las sábanas y la deslizó por el colchón intentando seguir la silueta que trazaría mi cuerpo hermoso cuando me acostara cada noche; después, cerró los ojos e imaginó que lo que acariciaba eran mis muslos, mis pechos, mi vientre. Se desabrochó la bragueta con premura, metió la mano dentro de sus calzones y se tocó. El placer le sacudió en oleadas al imaginar que me poseía. Se recompuso el pantalón y entró en el baño. Abrió el grifo y se lavó las manos y la cara. Se miró al espejo: no se reconoció, ¿por qué se había dejado llevar así? No debería haber entrado en mi habitación, tan solo tenía que haber buscado la pulsera y haberse largado con ella y con el plano lo antes posible. Armando lo sabía. Si yo hubiera sido cualquier otra mujer, así lo habría hecho. Y ese descontrol no era propio de él, siempre tan precavido y tan frío. Solo yo le había hecho sentir esa locura. Solo yo. En toda su vida. Yo le tenía embrujado. Ya solo seguía sus instintos.

Se estaba secando cuando oyó un ruido a su espalda y se giró deprisa. Víctor lo observaba.

—Veo que a ti también te gusta la hija de mi primo. No he querido interrumpirte antes, ha sido de lo más instructivo. La verdad es que haríais buena pareja. Pídele su mano a Fernando, lo mismo te la concede. La chica ya está en edad de merecer.

Armando terminó de secarse la cara y dejó la toalla en su sitio, doblada exactamente como la había encontrado.

—¿Cómo has entrado aquí? Cerré la puerta con llave.

—Por suerte, en esta casa no han cambiado la cerradura desde hace mil años. Fue un regalo de una mujer agradecida.

—¿Qué quieres? Pensé que habrías tenido suficiente.

—Vas a dejar de fastidiarme, Armando. No te has arriesgado a colarte aquí solo para entrar en su habitación y desahogarte delante de su cama, ¿verdad? Estás buscando lo mismo que yo. Te dije que no me intentarás joder, pero no me has hecho caso.

—Vete, Víctor, te lo advierto. No sabes a quién te estás enfrentando.

—Claro que lo sé, te conozco bien. Sé quién te ha traído hasta aquí. Y sé que ahora conozco la forma de quitarte de en medio. Fernando es mi primo, me creará si le cuento lo que he visto. No volverás a pisar esta casa. No se me había ocurrido, bastaría con sembrar la duda. Pero además es cierto que estás trastornado. Entrar en la habitación de la pobre chica y terminar así. Qué bajo has caído. Aunque te entiendo perfectamente. Quien haya conseguido disfrutar del tesoro que esa mosquita muerta oculta tan bien entre las piernas o esté a punto de lograrlo será un hombre muy afortunado.

—¿Qué quieres? ¿Compartir las ganancias? Yo tengo los contactos que necesitas para vender la pulsera.

Víctor se rio. Así que ese imbécil creía que seguía buscando la pulsera. Solo él debía de conocer la existencia de la esmeralda. Y pensar que a punto estuvo de creer que no merecía la pena seguir con el chantaje a Katerina. Pero Fernando se lo había dejado muy claro: una esmeralda era lo que escondía la muy zorra. Por un momento, pensó en dejar a Armando con la duda y tan solo obligarle a que desapareciera de su vida, pero se acordó del labio roto. Estuvo días poniéndose hielo hasta que dejó de dolerle. Hijo de puta.

—No pienso compartir nada contigo. Este será mi último golpe, no necesitaré más. Con lo que voy a sacar por esto, podré vivir como me dé la gana durante mucho tiempo. No eres más que un don nadie.

—Además de idiota, eres un fantasma, Víctor. Aquí no hay nada tan importante como quieres hacerme creer.

—Claro que lo hay. Mucho más valioso de lo que podrías imaginar. El mapa y la pulsera juntos tienen una décima parte del valor de lo que oculta mi primo en algún lugar de esta casa. Ni en tus mejores sueños podrías imaginarlo. Y además es tan mojigato que no lo habrá vendido. Ahora resulta que es un gallina supersticioso.

Armando miró el reloj. Llevaba menos de una hora en la casa. Podía ver la puerta de entrada, estaba cerrada, como todas las ventanas en las que se había fijado mientras recorría las habitaciones, también las de la sala que se veían desde allí; no había otras viviendas demasiado cerca y la carretera pasaba al otro lado de los árboles, al menos a quince metros del edificio. Por unos instantes, sopesó su situación. Podía simular que renunciaba, permitirle que se fuera y regresar otro día a llevarse lo que estaba buscando. Esa otra cosa tan valiosa no era más que una bravuconada. Y además sabía que Víctor se estaba tirando un farol, que ese pobre fanfarrón no podría decirle nada a Fernando precisamente porque ansiaba más que él mismo lo que habían venido a buscar; también el miedo a que él lo desenmascarara ante su primo le impediría delatarlo.

—De acuerdo, me retiro —dijo Armando—. Te dejo todo esto para ti. A cambio solo quiero seguir pintando a Noa, ¿de acuerdo? Pero dile a quien te espera detrás de la puerta que deje de apuntarme. Sé reconocer cuando tengo delante un enemigo de talla. Me voy y te dejo tranquilo.

—No pensé que fueras tan ingenuo, Armando, estas cosas se hacen solo. Si no, habría que repartir los beneficios. Ya lo has visto, yo lo quiero todo para mí.

Armando se movió con rapidez. En un instante, se colocó detrás de Víctor y lo inmovilizó llevándole un brazo a la espalda con una mano, mientras con la otra le presionaba el cuello. Apretó hasta que primero se le enrojeció el rostro y luego se fue poniendo lívido poco a poco. Notó cómo su cuerpo comenzaba a temblar. Entonces aflojó solo la mano que lo asfixiaba y Víctor empezó a toser, mientras Armando seguía amarrándole con firmeza por detrás.

—Dime qué es eso tan valioso que hay en esta casa si no quieres que vuelva a hacerlo.

—¡Suéltame! ¡Mi primo está a punto de regresar! ¡Suéltame!

Armando apretó de nuevo la mano con que le oprimía la garganta y esta vez esperó un poco más antes de permitir que volviera a tomar aire. Y repitió una tercera, hasta que sintió que su contrincante estaba a punto de perder el sentido. Cuando Víctor recuperó la respiración y la tos cesó, le habló con la voz quebrada:

—Una esmeralda, en la casa hay una esmeralda grande como un huevo.

—¿Dónde está?

—No lo sé, te lo juro. Si lo supiera ya me la habría llevado.

—¿Por qué tienen ellos algo que, según tú, es tan valioso? ¿Cómo sabes que realmente lo es?

—Es una piedra muy antigua, un regalo de una maharani de la India, su valor es incalculable. Yo la conocí, debías haber visto las piedras que esa pájara llevaba encima. Se la regaló a Katerina hace años, su hermana y su cuñado vivían en Jaipur.

Armando ya había tomado la decisión. Supo de qué lado se había puesto.

—Víctor, te dije que te alejaras de mí. Supongo que ni siquiera entenderás lo que voy a hacer. Pero eres demasiado estúpido para compartir el botín y me meterías en un lío si te dejara vivo.

Víctor no tuvo tiempo de decir nada y, aunque el espanto reflejado en sus pupilas habló por él, Armando no lo había escuchado. Era un miedo innato, el pánico a la muerte, a abandonar este mundo y adentrarse en algo desconocido y, por ello, temible. Tenebroso. No había mayor infierno que desaparecer en la nada. De inmediato sintió de nuevo el fornido brazo alrededor de su cuello aprisionándole la tráquea. El aire dejó de llegarle pero su cerebro seguía funcionando; aún tuvo tiempo de pensar. No había podido tener a Katerina; la muy puta, no lo había tomado en serio. Él no se merecía eso. Sintió una rabia tal que le dio fuerzas para aspirar una brizna de aire antes de sentir que Armando apretaba más fuerte. Se acordó de Mérida, sus pechos en su boca, su vientre todo miel. Había llegado a quererla. Qué imbécil. La voz dulce de su madre llamándolo para comer. Armando seguía apretando. No dejó de hacerlo hasta que notó que Víctor llevaba un rato sin moverse. La muerte no era más que un ruiseñor que dejaba de piar en la Staré Mesto. Armando sintió una gran paz, la misma que le permitía aminorar el ritmo de su respiración y el trote de su corazón después de haberse tirado a Aurora o a cualquier otra. Era un bienestar extraordinario y extraño, que no experimentaba más que en esas dos circunstancias: al matar y al fornicar. En unos segundos, lo dejó caer al suelo, comprobó que el corazón le había dejado de latir y que no respiraba, lo arrastró por los pies hasta la entrada y buscó el teléfono; debía darse prisa. Marcó el número del mesón Los tres osos, se lo sabía de memoria, como todos los detalles importantes de las personas que podrían servirle. Pável descolgó enseguida.

—Es hora de que me devuelvas alguno de los favores que me debes. —Armando se calló un instante. Miró al suelo.

Víctor tenía los ojos abiertos y una expresión de incredulidad en ellos. Seguro que ahora ya sí le creía.

Cuando terminó de dar las instrucciones por teléfono, recorrió la casa escudriñando cada rincón, para intentar averiguar el paradero de la piedra. Entró en todas las habitaciones, sin detenerse hasta que llegó de nuevo a la mía. Sentía que quería quedarse allí. Le costó salir. Se dirigió al despacho. Descolgó los cuadros en busca de alguna caja de caudales pero no encontró ninguna. La gran biblioteca cuajada de libros de todos los tamaños podría tener un escondite. Salió e intentó sopesar el grosor de la pared. Quizás cupiera incrustada en ella. Anotó mentalmente el lugar. Volvió dentro y abrió los cajones del escritorio y del armario. No estaban cerrados pero no encontró nada que le pareciera de valor: papeles, facturas, una pluma con sus receptáculos para la tinta y el agua, una gran carpeta de piel llena de grabados antiguos, quizás de valor pero no lo que buscaba. Fue a la habitación de Fernando y Katerina. Quizás en el colchón; Armando desestimó la idea: no serían tan estúpidos de poner en peligro aquella cama tan fabulosa con un escondite tan obvio. Reparó en el tocador con un gran espejo y un cajón de lado a lado, estrecho pero suficiente para contener lo que buscaba. En la pared de enfrente un gran armario lleno de recovecos. Quizás ahí. Miró de nuevo el reloj, tenía que irse, el entierro duraría toda la mañana, pero podían regresar antes de que terminara la ceremonia. Antes de salir, miró dentro de las mesillas y rebuscó, con mucho cuidado de no cambiar nada de sitio. Hizo lo mismo con el tocador; el reflejo de su cara en el espejo le devolvió la imagen de un hombre normal, joven, de vivos ojos almendrados y pestañas largas, labios abultados y piel que olía a yema mezclada con cerveza. A otros, esos rasgos les habrían bastado para resultar atractivos, pero esos otros no conocían el infierno. Se sorprendió de que sus demonios no se reflejaran entre los brillos del cristal.

Siguió su búsqueda infructuosa. A punto de darse por vencido, entró en el despacho y se dirigió a las vitrinas. ¡Por fin, algo interesante! Tomó el cofre de nácar, lo abrió y encontró una pulsera como la que le había descrito Víctor: la joya de Katerina. Pero él no se hubiera arriesgado a seguirlo hasta allí si la esmeralda no existiera. Ya podía llevarse lo que le había llevado a esa casa, el mapa y la pulsera, le pagarían suficiente para desaparecer una temporada, quizás incluso volver a España cuando terminara la guerra. Pero mi imagen a través rauda su mente. Guardó la pulsera en la caja y se dirigió a la entrada. Víctor seguía tirado en el mismo sitio. Abrió la puerta de la calle y la dejó entornada antes de bajar las escaleras para llegar al jardín. Ya no se oían tambores, tan solo el latir de su corazón, excitado como si acabara de hacerme el amor. Ni asomo en él de culpa ni de arrepentimiento. Eso solo lo experimentan los débiles y los que no saben luchar por sí mismos. Aceleró la marcha hasta que llegó a la Ciudad Vieja y se encontró con la muchedumbre, que todavía se agolpaba a los dos lados de la calzada a la espera de la comitiva con el féretro. Se abrió paso a duras penas entre la abigarrada multitud. Llegó hasta la plaza y se quedó allí, en alto, y se dio cuenta de que, otra vez, me buscaba. Siempre me buscaba. Tan solo ansiaba encontrarse con la mujer bruja, con la bruja hindú.

Y yo, ajena a la miseria de los hombres, seguía todavía el paso de la procesión. Katerina había tenido razón: el mejor sitio para verlos era el salón de té Julis, en la Vaclavske Náměstí. Entre carritos de exquisitos pasteles y bollos habíamos visto pasar la carroza con el muerto, los caballos y, en ese momento, los hombres uniformados. La gente lloraba sentada ante sus mesas mientras se terminaba de beber el té; estaba siendo tan larga la marcha que los estómagos no aguantaban.

La ceremonia había empezado antes de las nueve, cuando el séquito de personalidades llegó al patio del castillo. Allí se había celebrado el primer acto del entierro. Después habían sacado el féretro y lo habían colocado en el catafalco, en la carroza que lo llevaría una buena parte del camino. Un compungido Benes murmuró una oración. Yo solo había asistido a un entierro en mi vida; antes de llegar a Europa, todo fue mucho más sencillo, el fuego se comía los cuerpos y sus miserias, al mismo tiempo, en una pira que se consumía junto con sus huesos y las flores naranjas y amarillas que cubrían, como un manto de luz, los cadáveres vestidos con sus prendas más hermosas, si es que las tenían. Y aquel único entierro que yo había presenciado no había sido de verdad, solo el de la muñeca de Noa en su caja diminuta, aunque sí lo fue la oración y, mucho más, el dolor.

Tras el rezo de Benes, el cortejo bajó desde el castillo hasta la Nové Mesto. Recorrieron las calles más importantes, las más vetustas, pasaron frente al Parlamento, cruzaron la plaza del Viejo Ayuntamiento y por delante del Teatro Nacional. Ese recorrido era el inverso al que el viejo Masaryk había realizado cuando llegó a la ciudad desde el extranjero para ejercer de presidente de la República, los habitantes de Praga se lo conocían al dedillo y no había ni una sola alma más en las calles. Al llegar a la

estación, el férretro se pasó a otro catafalco y el anciano presidente fue honrado por sus queridos legionarios rusos, a quienes él había conferido tal categoría dentro del Ejército checoslovaco.

Me alegré de que Daniella se hubiera quedado en casa de la vecina; en ese momento en el que a mí ya me dolía la cabeza después de varias horas de oír redobles de tambores, estarían comiendo. Pero ya quedaba menos, no asistiríamos al entierro real, que se celebraría en Lany, donde también yacía la mujer de Masaryk. Jamás había visto llorar a tantos a la vez. Aunque no todas las lágrimas eran iguales. Había lágrimas auténticas y lágrimas de niebla; lágrimas que desaparecían al mirar a otro lado, lágrimas de viento y lágrimas de humo; lágrimas azules de los que querían que se los viera bien y lágrimas blancas de los que preferirían desaparecer. Las mías eran tan solo lágrimas sinceras.

Cuando el último de los soldados desapareció calle abajo, la gente empezó a moverse en todas direcciones. Nosotros también salimos del salón y nos dirigimos a Karlovo Náměstí; allí seguiríamos durante un rato las personalidades que habían querido despedir a Masaryk: muchas caras conocidas, amigos de Katerina y de Fernando, el Gobierno checoslovaco al completo, influyentes magnates de la potente industria armamentística y de la cervecera. Las eminencias de la Europa democrática seguirían también allí, rindiendo tributo al viejo presidente acompañados de muchos de los embajadores de sus países; reconocí a Luis Jiménez de Asúa y a su esposa María, a Luis Álvarez del Vayo y a su esposa Mercedes, a Francisco Ayala y a Casares. Fernando y Katerina abrazaron tímidamente a Luis y a María, y mi *padrebis* le preguntó a Asúa quién era aquel hombre con bigotes que lloraba sin consuelo en la tribuna de autoridades.

—León Blum, es el jefe del Gobierno francés, precisamente esta tarde vendrá a la embajada. Para nada, porque no sirve para nada, pero allá estaremos a ver si cambia su actitud sobre la no intervención que nos está machacando.

—¿Todavía sigues así?

Los ojos de Luis se hundían en unas ojeras grises como el pelo de la barba de mono.

—Y lo que te rondará, morena... Disculpado, es una frase española. Si, seguimos así y lo que nos queda.

Dejé de oír entonces el retumbo de los tambores y la plaza empezó a quedarse vacía. Alguien me agarró del antebrazo. Mérida estaba preciosa incluso con su vestido tan decoroso. La había visto antes desde el salón, pero ni Katerina ni yo habíamos salido a saludarla. Confiábamos en pasar desapercibidas y en no tener que volver a ver a su espantoso marido. Me dio tres besos y otros tres a Katerina. Tenía los ojos rojos y ningún maquillaje en el rostro. Y seguía oliendo a rosas y a romero, como si quisiera casarse de nuevo; en Praga esa planta aromática se usaba tanto en las bodas como en los entierros —ese día muchos llevaban unas hojitas en la mano—, también para buscar novio: las muchachas casaderas arrojaban un ramito al río y cantaban luego una canción para pedir que su prometido lo tomara y con él se casaran al año siguiente. Mérida habló en voz muy baja a Katerina, casi tartamudeando:

—Menos mal que os he encontrado, si no, habría ido luego a vuestra casa. Necesito hablar contigo, Katerina, tengo que preguntarte algo muy importante.

—Tú dirás.

—Es sobre Víctor, mi marido.

—No creo que yo pueda responderte a nada sobre él. Hacía mucho tiempo que habíamos perdido el contacto.

—Está muy raro últimamente, apenas duerme ni come. Tampoco me toca tanto como antes. Voy a ser te franca. Espero que comprendas por qué lo hago y no te ofendas. —Mérida se colocó el flequillo como si lo tuviera despeinado y suspiró—. Sé que está obsesionado contigo, Katerina. Lo sé desde antes de casarme con él. Pensé que solo sería una idealización, que al volver a verte después de tantos años la obsesión se iría diluyendo.

—Mérida, no sé adónde quieres llegar, pero te ruego que me digas ya qué deseas de mí.

—No sé qué le puede suceder y estoy muy preocupada. Ni siquiera hoy me ha acompañado, negocios, ha dicho, y se ha ido sin darme tiempo a preguntarle cuándo y dónde nos encontraríamos. Es un hombre muy independiente, ya alguna vez se ha ido un par de días sin decir adónde, cosas de su profesión. Pero esto ya es pasarse. Quizá podías ayudarme, al fin y al cabo, Fernando es su primo. Quizás él sepa algo.

—Mi querida Mérida, yo no me preocuparía por Víctor, sabe cuidarse solo. Es probable que esté nervioso por lo que ocurre en la legación española, no sería de extrañar.

—No te equivoques conmigo, Katerina. Sé lo que es mi marido. Y así lo quiero. ¿De qué te sirve tener una pantera si se lame como un gatito? Pero ahora estoy segura de que algo malo le está ocurriendo. Por favor, ayúdame.

—¿Por qué no le preguntas tú misma a Fernando? Ahora mismo ha aprovechado para ir a saludar a uno de sus clientes, pero regresará en unos minutos.

—No, no, ahora no quiero verlo. Prefiero que cuando estéis más tranquilos y puedas hablarlo con él, me cuentes lo que te diga. Tal vez incluso podríais preguntarle a su jefe en la legación. Si voy yo, lo pondré en evidencia y él no me lo perdonaría. Sé que él no es así. No sería capaz de abandonarme sin ni siquiera decírmelo, ¿verdad que no, Katerina? Esperaré tus noticias.

Durante un instante, mi *madrebis* se acordó de los dedos húmedos de él bajando por su sien hasta llegar a su pecho. Sintió un asco tan exacerbado que a punto estuvo de decírselo a Mérida. Ella le dio entonces un beso, estaba fría como el cristal empañado. Y, de vuelta con sus acompañantes, le dirigió una mirada cargada de una hondísima tristeza. Yo había permanecido paralizada observando: sabía que ella hablaba de un muerto. Me temblaron los labios y las manos y tuve que ajustarme el pañuelo con un nudo en forma de triángulo que protegía de los espíritus maléficos. Fernando regresó en ese momento al lado de su mujer.

—¿Fuiste a ver a Víctor? —le susurró ella al oído.

—Claro, hace días ya. ¿Por qué quieres saberlo?

—¿Qué pasó?

—Nada. Le dije que te dejara en paz y que ya es hora de que madure un poco. Me fui de su casa muy contento, me dio la sensación de que me haría caso, no te preocupes.

—¿No discutiste con él?

—No, ¿por quién me tomas? ¿Qué sucede?

—Mérida ha venido a preguntarme si sabíamos qué le ocurría. Está muy extraño y ella no está acostumbrada a sus fanfarronadas.

—Pues yo no puedo ayudarla, no tengo ni idea de qué puede pasarle. Pero conociéndolo, lo mismo se ha ido detrás de otra con más dinero.

—¿Fernando! No digas eso, es tu primo.

—Es mi primo, pero se casó con ella como se casó y luego tuvo la indecencia de molestarte, ¿cómo quieres que piense? Y no ha tenido la vergüenza de ser honesto con su esposa, me equivoqué con él, Katerina, las personas no cambian, solo cambian las circunstancias a las que se enfrentan. A saber dónde estará ahora, pero seguro que sigue sin hacer nada bueno. Lo siento por ella, parece una buena persona. Y es muy guapa, mi primo es un idiota redomado.

—¿No puedes hacer nada por ayudarla? Quizás Luis... trabaja para él. Podrías preguntarle.

—¿Y qué va a saber Luis de un marido que tiene abandonada a su mujer?

—Él tiene mucha información sobre todo lo que pasa con los españoles en Praga, quizás haya averiguado algo que pueda ayudar a Mérida.

—Está bien, no sé cómo eres tan buena, después de todo quieres seguir ayudándolo.

—No es por él. Es ella, me da mucha pena. Lo ama, está destrozada, y además sola, sus padres no querían esa boda. Me imagino que Noa estuviera en su lugar y siento lástima. Además, justo después de que fueras a verlo... Será una coincidencia, pero no me gusta. —Katerina empezó a ponerse pálida, había recordado mi advertencia: Fernando no debía haber ido a ver a Víctor—. Tienes que ayudarlo, por favor.

—Haré lo que pueda, ¿de acuerdo? Le diré a Luis que me reciba esta semana. Creo que regresa en breve a París, a la Asamblea de Naciones. Además, me gustaría también charlar con él sobre otras cuestiones.

Me acerqué a Katerina pero no le conté lo que ya sabía. Le apreté más la mano e intenté traspasarle mi ánimo. Supe que sufría. Cómo se esforzaban los occidentales en intentar cambiar las cosas, no se podían estar quietos, siempre con la manía de intervenir, de actuar; pero para guiar el aire cuando se convierte en viento, hay que ser viento. Yo ya lo había comprobado cuando no pude ayudar a Lenka ni tampoco a Mauro. O quizás fuera que no era tan buena bruja como mi madre y como mi abuela y debía resignarme. Desde que en las imágenes que me asaltaban en los últimos tiempos siempre había escenas de una gran guerra, había charlado con Fernando y le había trasladado mi miedo, intentando argumentarlo sin tener que explicarle qué lo motivaba. Me había sorprendido que él me escuchara con atención y

mucho más que dudara como yo pero, al final, él había terminado por tranquilizarme. Y, ante sus razones lógicas, yo no tenía más argumentos que los de mi corazón, que a nadie convencerían. Intentar cambiar el destino era una tarea penosa y cada vez sentía más interés por saber qué hizo mi madre para infringir la ley imperturbable de la magia, o si en realidad su muerte no había sido más que un accidente fatal de la vida, que conduce a un mundo diferente sin remisión.

Katerina y Fernando echaron a andar para encontrarse con Irene y Lucas, al otro lado de la calle; también Mariana se hallaba junto a ellos. Ya no ocultaban del lado de quiénes estaban: Lázaro charlaba con otros componentes de las legaciones alemana, italiana y portuguesa. Dios los criaba y ellos se presentaban y se hacían colegas. Mi amiga se acercó a mí y me dio un fuerte abrazo.

—¡Por Dios! menos mal que terminó, ya no soportaba ni un solo redoble de tambor más. Menos mal que el entierro no es aquí y mis padres no me obligarán a ir a ese pueblo perdido de la mano de Dios. ¡Hola, Gabriel! ¿Tú tampoco has podido escaparte de esta?

Gabriel sonrió a Mariana pero siguió detrás de mí sin hablar. Ella siempre era un soplo de brisa.

—Vosotros habéis sido muy listos, ahí metidos en el salón de té, tan ricamente.

Intenté enderezar el ridículo sombrero con pluma de ganso que había tenido que ponerme, para ir de gala, me habían dicho. Pero Gabriel llevaba la cabeza descubierta. Al final, en todos los sitios cocían habas.

—Mi madre ya le había echado el ojo al sitio y hemos venido directos. Al menos hemos estado sentados.

—Mi hermano Rafael os ha visto. Ha insistido en que fuéramos también, pero mi madre ha preferido estar más cerca de esos estirados. Mira que me caen mal los alemanes, y el más joven de ellos, no te cuento, parece que se va a meter en tu escote y a comértelo todo todo. ¡Qué asco de hombres!

—¿Cómo que qué asco de hombres? —Rafael también se había acercado—. Ya dejaréis de pensar así, ya. Sobre todo tú, Noa, en cuanto te decidas a dejarme pedirles a tus padres que me permitan verte. ¿Puedo hacerlo ya o vas a seguir negándote con alguna excusa nueva? No sabes lo que he aprendido, te aseguro que solo para poder enseñártelo yo mismo, que me reservo para ti en lo esencial, solo para ti.

—Pero mira que eres bruto, Rafael. Déjala en paz ya. ¿Cómo vas a conquistarla así? ¡Pedazo de animal!

Rafael ignoró a su hermana y me cogió por la cintura. No me dejaba moverme. Me murmuró al oído:

—Estoy cansándome de esperar, quiero que sepas que voy a pedirle a tu padre ya su permiso para salir juntos. A pretenderte, que dicen. No te comeré, solo dame una oportunidad. Sabes que tu destino es casarte conmigo, ¿cuándo vas a aceptarlo? Esa es mi promesa y la cumpliré.

Conseguí retirar su mano de mi cintura. Entonces vi a Gabriel alejándose por el callejón. Avanzaba despacio, con los hombros echados hacia adelante y las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Adiviné lo que sentía. Yo no deseaba que él se fuera y no era capaz de identificar cuál era en realidad mi sentimiento hacia él pero, cada vez que lo veía renunciar a mí, deseaba atraerlo hacia mis brazos y acunarlo, abrazarme a su cuerpo, sentir su calor. Reconfortarlo. Sin embargo, el resto del tiempo, cuando lo sentía demasiado próximo, espionando incluso mis movimientos o mirándome de reojo, seguía intentando rehuirlo. Y ni mis mudras ni mis brebajes podían solucionar eso. Si yo no estaba segura de lo que sentía ¿cómo podía estarlo mi magia? La contradicción era tan poderosa como el vendaval que precedía a las lluvias cada verano, pero igual de irremediable. Me concentré en reunir la fuerza necesaria para terminar con esa sensación extraña, pero Mariana se me adelantó.

—Es que no pierdes ocasión, ¿eh? Mira que eres pesado. Hazlo ya o déjala tranquila, ¿no ves que la estás fastidiando? Yo creía que eras más listo, hermanito.

—Déjalo, Mariana. Gracias. —Tomé de las manos a Rafael y lo miré a los ojos. Me concentré en el recuerdo de Asha. Ella habría sacado hacia mucho tiempo la fuerza para seguir su camino—. Rafael, no voy a casarme contigo. No voy a casarme con nadie. No pierdas más el tiempo. No sé cómo tengo que decíroslo. No puedo casarme con ningún hombre. Y tú y yo nos conocemos desde hace años, pero solo te has acercado a mí para mirarme por fuera y no sabes ni cómo me llamo. No le pidas nada a mi padre, me encerraré en mi habitación y no conseguirás sacarme. No creo que quieras eso.

—Vaya, o sea que todavía no estás preparada. Pero no te preocupes, las mejores recompensas son las que más cuestan de conseguir. Cambiarás de idea algún día. Puedo esperar. —Rafael se acercó más a mí y me dio un beso en la mejilla. Luego me sonrió con esa expresión que atraía a todas las que tenían la suerte de conocerlo—. No soy tan malo como la tonta de mi hermana quiere hacerte creer, también tengo corazón. Esperaré hasta que estés lista. Algún día, ese lío que tienes en tu cabeza se deshará y verás que tú también estás deseando que te amen.

Fernando tenía prisa, tomó un taxi hasta Vila Tereza; allí ya hacía horas que habían comenzado a trabajar, pero quien salió a recibirle fue doña María. Mi padre de este mundo la apreciaba mucho aunque, para su gusto, era demasiado excéntrica. No había tenido ningún problema en bajar en bata a abrirle la puerta. Le dio dos besos muy efusivos y lo abrazó durante largo rato. Cuando lo soltó, se echó a llorar.

—Mujer, no te pongas así, que no será para tanto.

—Sí que lo es, sí. Pero soy una tonta, no puedo evitar quererlo. Con toda mi alma, ¿sabes? Y así me lo paga. Si yo te contara... ¡Ay!, lo que me hace sufrir este mal hombre.

Y doña María parecía a punto de contárselo pero, por suerte, la cortó a tiempo Ayala, fiel a Asúa hasta en esos menesteres. Se le acercó y le puso las manos sobre los hombros mientras le hablaba con la actitud paternal que solía demostrar con ella, inconsciente pero eficaz.

—Venga, doña María, acompáñeme, que no se ha dado cuenta y todavía está sin arreglar. Póngase guapa y baje enseguida a continuar charlando con don Fernando. Él la espera. Don Luis está reunido en este momento, pero si sale y la ve de esta guisa, vamos a tener un disgusto.

Ella balanceó la cabeza a un lado y a otro al tiempo que entornaba los ojos. El solícito ayudante de su marido ya sabía que eso significaba que estaba valorando el percal y que lo mismo podía tirar para un lado que para el otro. Menuda era doña María.

—Bueno, voy a hacerte caso, Paco, que a ti te aprecio mucho. —Y se dio la vuelta con un respingo y subió las escaleras camino de su habitación.

—Es un caso, una persona maravillosa aunque tan celosa que no hay día que pase sin que aquí se monte alguna. Pobre don Luis, la quiere tanto que le deja hacer lo que le da la real gana.

—En cuestión de querer, que tire la primera piedra el que esté libre de pecados, ¿no cree? —le respondió Fernando.

—Sí, pero los pecados en esta casa son de órdago. Si no me cree, que se lo cuente el mismo Casares, que ahí está, la que le lio el día que llegó con Enriquito, su hijo, después de todo el follón que había montado don Luis para conseguir que lo trajeran desde España. Ya hace meses de eso, pero a ninguno de los dos se nos ha olvidado.

Afortunadamente, todo había quedado en nada y a los dos días Enrique Casares ya había vuelto a tomar las notas de los informes de don Luis. Pero se acordaba de aquello con acritud; su nariz y su hijo se habían llevado un buen disgusto. En ese momento sonó una campanita y Ayala se dirigió a Fernando:

—Acompáñeme, que don Luis puede recibirle ya.

Casares se despidió, tenía que poner en orden miles de asuntos pendientes, y Fernando entró en el despacho de su amigo. En cuanto el ministro lo vio, se levantó y lo abrazó con efusividad.

—Siéntate, por favor, y dime a qué se debe tu visita. Nunca vienes a verme así, tan de mañana, y solo, además. Espero que Katerina y los chicos estén todos bien.

Luis se sentó en uno de los butacones situados frente a la chimenea y le señaló a Fernando el que había a su lado. Estaba en zapatillas, aunque llevaba traje de chaqueta y corbata, impoluto y bien planchado.

—¡Ay, Luis! Mi buen amigo, perdóname, que ya sé que bastante tienes con lo que tienes para que yo venga a preocuparte con mis cosas, pero yo valoro mucho tu criterio. Y Katerina me ha pedido que te consulte. Están bien todos, a Dios gracias. Te manda un abrazo muy fuerte.

—Me alegro mucho. Pero cuéntame qué te preocupa. Qué manía de los eslavos de no ir al grano.

—Soy medio español, Luis, de eslavo solo tengo la mujer. Esto es muy importante pero me cuesta mucho arrancar. Antes tienes que decirme qué tal han ido tus asuntos fuera. Me ha costado casi un mes concertar una cita, desde el entierro de Masaryk.

—Para lo que he hecho, mejor me habría quedado aquí, tan pancho. En Ginebra, amigo mío, y luego fui también a las Cortes en Valencia. Las sesiones del Consejo Nacional son agotadoras como pocas. Estoy exhausto. He tenido que hacer llegar al presidente Benes, a través de Ayala, las conferencias privadas con los excelentísimos delegados, incluso estando de viaje. Si es que no hay manera de ponerlos de nuestra parte. Hablo para las puertas..., ni siquiera sé si voy a conseguir los votos para seguir en la Asamblea de Naciones. En fin, Fernando, dime ya qué quieres; si puedo ayudarte, sabes que lo haré encantado.

—En realidad, son dos asuntos; el primero es algo complejo, una intuición más que otra cosa, pero me tiene muy preocupado. Estoy convencido de que Alemania podría provocar en breve una guerra y que deberíamos irnos de Praga. Pero Katerina dice que no pasará nada. Ella es checoslovaca, lleva en la sangre muchos años de dominio alemán y se niega a aceptar que puedan quedarse otra vez con su país. Pero yo no puedo evitar darle vueltas.

El ministro de España en Praga sonrió pero, tras su sonrisa, Fernando creyó percibir una tristeza amarga.

—Es curioso, amigo mío, eso es lo que yo pensaba cuando comenzó la guerra: que el resto de potencias democráticas, los buenos que dice mi sobrina, nos ayudarían a impedir que los malos nos sacudieran. Pero van y se ponen del lado de los malos, no de iure pero sí de facto. Blum se saca de la manga la política de no intervención y nos deja en bragas. Que sí, que parece que ahora con Chautemps esa postura se ha suavizado y, a hurtadillas, están dejando que nos pasen a través de Francia material y armas de contrabando, pero a buenas horas mangas verdes. Así que siento tener que decirte que ese razonamiento tuyo no es válido. Yo permanezco aquí porque es mi deber, pero Europa entrará en guerra en breve.

Mi *padrebis* era demasiado visceral para aceptar una respuesta que esperaba aunque no deseaba oír.

—Pero estamos en el siglo XX, no puede ser que se repita la misma barbaridad de la Gran Guerra. No debe ser, Luis.

—Pues es, te aseguro que es. El mundo ya lo está permitiendo. La política no sabe de justicia. En este último viaje he tenido otra entrevista con Blum, magnífico gobernante de esa potencia democrática y fuerte en la que tú confías. Los franceses están de acuerdo con la no intervención porque no desean que las cosas cambien, como tampoco lo desean los ingleses. Es así de triste.

En ese momento Fernando ya estaba arrepentido de haber ido a molestar a su amigo, sobre todo por culpa mía. Yo le desconcertaba, en realidad temía mi sexto sentido para conocer a las personas y el acierto de mis intuiciones. Y me había visto tan preocupada por la situación en Praga que había llegado a asustarse. Aunque a mí no me lo reconociera.

Luis se levantó y se acercó a la pared. Una de las cajas de cristal estaba desnivelada y la mariposa de las alas atigradas se veía girada hacia un lado. La movió hasta dejarla horizontal y se sentó otra vez junto a Fernando.

—Esa es mi preferida. La cacé en Francia, una maravilla rarísima y preciosa. Su ciclo de vida dura justo tres meses; cuando coincide que se hace adulta en primavera, busca un macho que la fecunde y una vez que pone los huevos se suicida arrojándose siempre a un lago o un lugar similar. Observar miles de cadáveres, con esos colores tan bellos, sobre las aguas, a finales de abril es siempre un espectáculo muy triste, pero infinitamente hermoso.

Fernando miró la mariposa. Se imaginó muchas como ella lanzándose a morir siguiendo solo su destino o su naturaleza.

—Alemania, Italia y Portugal nos ahogan. No nos han dejado más remedio que acudir a los soviéticos y ahora, además de temer a los anarquistas, que son un invento muy español, nos acusan de vendernos a los comunistas. Pero Negrín y Prieto son hombres de una gran independencia, jamás se doblegarían. Los soviéticos no nos regalan nada, ¿sabes? La miseria que nos venden, casi todo sobras que se les quedan viejas, nos las cobran a precio de oro. Pero discúlpame. Esto no es lo que vienes a escuchar. Al final, ¿ves?, eres tú mi paño de lágrimas en lugar de yo tu consejero.

—Lo que me cuentas me reafirma en mi temor. Todos creemos que estamos protegidos por la razón, pero la razón parece que no entiende de honestidad. Que Francia e Inglaterra permitan que Hitler invada Europa, incluida Checoslovaquia, solo depende de qué frontera desee traspasar. Mientras no sean la francesa o la británica, puede que nos abandonen a su suerte.

—En realidad, ya lo han hecho, Fernando. Hitler invadió Renania hace dos años, se pasaron el Tratado de Versalles por donde les dio la gana y nadie hizo nada por impedirlo. A los franceses no les vino bien defender a sus aliados, no fuera a ser que el presidente electo tuviera que empezar su elección con una guerra, y a los ingleses les pilló de fin de semana. Pero ten en cuenta más opiniones, no todos creen que la guerra sea inminente. Por ejemplo, Benes no opina así, y él es un hombre muy cabal.

—Bastante tiene nuestro presidente con contener a los partidos de derechas. Ahora está muy presionado por ellos, por Hodza del Partido Agrario y también por el Frente Patriótico de los Alemanes. Me sirve mucho más vuestra experiencia.

—Pero él es un gran conocedor de la política mundial. Y justo en la cuestión de la guerra en Europa opinamos diferente. Quizás te convenga escucharlo. No sé, Fernando, es imposible adivinar si Alemania provocará un conflicto tan grave. Su situación no es la mejor para salir vencedores, sufren una gran crisis, sus impuestos son muy altos, incluso están pasando hambre, carecen de materias primas, no producen algunos materiales que necesitarían en el caso de que la guerra se alargara... Sería también muy costosa para ellos. En fin..., yo podría equivocarme.

—Y, dime, ¿qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

Luis Jiménez de Asúa se acercó a su amigo Fernando y le puso las dos manos sobre los hombros. Le contestó mirándole de frente.

—Írme. Coge a tus hijos y a Katerina y vete de Checoslovaquia. A América, si es posible. Podrías intentar vender vuestras propiedades durante unos meses y cruzar los dedos. Yo te avisaré si veo que debes salir cuanto antes. Además, piensa que tú eres judío, sefardí, pero judío.

—Ya sabes que no practico. Sobre todo desde que mis padres se fueron.

—Los alemanes no preguntan si eres creyente, ni si practicas o si tan solo tienes un apellido hebreo. —Luis se volvió a sentar—. Y tú, Fernando, eres un judío de raza, de una de las más antiguas, de las que expulsaron de España en la primera hornada de barbaridades varias. Debéis tener mucho cuidado.

—Nosotros no le hemos hecho mal a nadie.

—Nosotros tampoco. El mundo funciona al revés. Y la justicia solo se aplica si el mundo está del derecho. En un mundo del revés, solo cabe ponerse a cubierto.

Un hombre íntegro cumplirá un pacto y está en desventaja ante un hombre sin honor, porque este siempre tiene la posibilidad de jugar sucio. Por eso los idealistas perdemos continuamente, porque tenemos principios. Los sublevados se valen de las peores artimañas para conseguir sus fines, que a saber cuáles serán de verdad los objetivos de Franco. Y así seguimos: Krofta era un cobarde y Fierlinger nos apoyaba pero ya no está. Su sustituto, Pavlú, no nos ayudará. No pintamos nada en París, que es donde se mueven los hilos de la diplomacia exterior y en España esta situación se les ha ido de las manos. Mira todos estos papeles —Luis señaló una pila de papeles de casi un metro a su espalda—. Son los malditos informes: gastos detallados, recortes de periódicos, toda nuestra actividad, indagaciones del Servicio de Investigación, publicaciones del Servicio de Prensa, política exterior... Todo está en estas copias en papel carbón. Pero casi siempre recibo la llamada por respuesta.

Fernando se percató de que Luis tenía lágrimas en los ojos. Eran las suyas lágrimas de impotencia, casi imperceptibles, pero muy dolorosas. Llamaron a la puerta y enseguida se recompuso. Ayala se asomó tímidamente.

—¿Qué ocurre ahora?

—Otro alucinado —respondió el secretario.

—Y este qué quiere, ¿alistarse voluntario a las Brigadas Internacionales o vendernos armamento último modelo?

—No, este es más original. Tiene la solución para ganar la guerra en menos de quince días.

—Dígale que pase. Nos vendrá bien una solución rápida.

—Sabía que iba usted a decir eso.

—Y luego dígame al portero que como vuelva a dejar pasar a un alucinado de estos lo mando con cajas destempladas de vuelta a España, a la zona sublevada, en algún lugar lindando con Zaragoza, y allá se las apañe.

Un hombre con el pelo sucio y los ojos vidriosos entró mirando al suelo; daba vueltas a su gorra entre las manos; sus pantalones eran tan cortos que las rodillas quedaban al descubierto, rugosas y salpicadas de infinidad de costras rosáceas y polvo.

—Dígame, cuánto va a costarme esta información suya tan vital —preguntó Asúa.

—¿Por quién me toma usted? Por supuesto, no le costará nada, solo quiero que los fascistas no invadan el mundo.

—Muy bien, hombre, muy bien. Mi amigo y yo justamente estábamos hablando de eso. Nosotros tampoco lo queremos. Adelante. —El iluminado seguía mirando al suelo—. Vamos, cuénteme su idea, tengo la seguridad de que funcionará.

—Muchas de las bombas que arrojan los aviones sobre el enemigo no caen donde deberían, ¿es así? —El individuo guiñó los ojos y miró alrededor, quizás podría escucharlo algún espía. Cuando se aseguró de que no había nadie más que ellos en la sala, bajó el tono de voz antes de proseguir—: Pues la solución es sencilla: solo deben hacerlas descender con un alambre y esperar hasta que el avión pase justo por encima del objetivo y entonces, soltarlas. Caerán siempre donde deben.

Ayala miró a don Luis. Ambos parecían acostumbrados a escuchar ideas semejantes; no movieron ni una ceja. Fernando, sin embargo, no pudo evitar una carcajada, que no se oyó con toda su sonoridad porque en la calle de enfrente el claxon de un automóvil había servido para espantar a las palomas y acallar hasta las malas conciencias.

—Pues sí, señor, no sé cómo no se nos había ocurrido, es una idea magnífica. No sabe lo que mi secretario y yo mismo le agradecemos su sugerencia. Tenga por seguro que la estudiaremos sin falta. Y antes de salir, no se olvide de dejarle al portero sus datos para que podamos localizarlo y agradecerle su idea si tiene éxito, como parece que ocurrirá sin duda.

Al pobre diablo se le encendió la mirada. Parpadeaba sin cesar cuando salió de la habitación con una gran sonrisa, tras haber estrechado con fuerza las manos de Ayala, de don Luis y hasta de Fernando. El secretario lo acompañó hasta la puerta de la calle para asegurarse de que no se desviara.

—Todas las semanas tenemos a varios así. La Policía checa les llama «agentes provocadores». En alguna ocasión les hemos enviado a alguno parecido o de los que dan más grima incluso, los espías de las juventudes hitlerianas que no saben ni espíar, leche, y terminan en la cárcel.

—Y ¿son todos como este?

—¡Uy!, qué va, este es inofensivo. Los hay muchísimo peores. Pero me has dicho que querías algo más de mí.

—Sí, sí, es cierto, ya se me olvidaba. El segundo asunto es mi primo Víctor. Trabaja con vosotros. Su señora, Mérida Ortega, es la hija del jefe de misión español en Polonia, quizás hayas tenido el gusto de conocerla. En el entierro de Masaryk ella habló con Katerina, estaba muy preocupada por mi primo, pero es que ahora resulta que además lleva sin dar señales de vida desde entonces. ¿Por casualidad no lo habréis mandado a algún sitio durante este tiempo y mi querido primo no le ha dicho nada a su esposa?

—Supongo entonces que aún no te han avisado. Ya me había extrañado que no me dijeras nada, pero como el luto es tan de uno y se lleva de modos tan distintos... Yo iba a... En fin... ¿No quieres una copa?

—¿Luto? ¿Una copa? No, muchas gracias. Aún no he desayunado.

—Espera un momento, que ahora mismo vuelvo.

Luis se levantó del asiento y se dirigió hacia un mueblecito estilo Luis XVI sobre el que resaltaba un gramófono de madera con los mandos de nácar. Levantó el cabezal y lo puso en marcha. Empezó a sonar una música que, al principio, Fernando no supo identificar. Su amigo se dirigió hacia la puerta y salió del despacho sin mediar más palabra. Regresó a los pocos minutos con dos vasos hasta arriba de whisky con hielo.

—Toma, bebe.

—Yo no bebo a estas horas; de verdad, si me tomo esto, no sabré encontrar ni la puerta de mi casa. ¿Qué es eso del luto?

—Yo tampoco, pero es mejor que te lo tomes. Al menos dale un par de tragos. Mejor que sea yo quien te dé una mala noticia. Supongo que su viuda no habrá tenido tiempo de comunicárselo todavía.

—¿Su viuda? ¿Qué viuda? ¿Mi primo Víctor ha muerto? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Cómo lo sabes?

—No te alteres, bebe un poco. Es cierto que llevaba unas semanas desaparecido, nosotros no lo advertimos hasta que quisimos ponernos en contacto con él para hablarle sobre un asunto que teníamos pendiente. Pero tampoco nos extrañó. Lo cierto es que tu primo era un hombre muy bien relacionado, lo conocían en demasiados ámbitos y no todos recomendables. Pero eso a veces viene muy bien para su oficio, no nos había parecido peligroso. Lo encontraron muerto, asfixiado. Y quien lo mató se tomó muchas molestias para que no fuera fácil: lo arrojaron al río con una cadena muy pesada enrollada al tronco y las piernas. Pero el asesino no contó con que antes de caer se engancharía en uno de los árboles y no llegó a sumergirse. Llevaba varios días allí; lo más probable es que lo hicieran de noche y no vieran ni dónde cayó o quizás tampoco les importara demasiado. Seguramente no eran profesionales.

Fernando miró los cuadros colgados en el despacho. En los óleos se distinguían las pinceladas. La litografía de un tal Picasso era fabulosa. Nunca se hubiera imaginado que tendría que escuchar cómo le comunicaban la muerte de alguien a quien alguna vez había querido mientras intentaba reconocer si la música que escuchaba

era la *Quinta Sinfonía* de Beethoven y, mucho menos, que solo sentiría un agudo pinchazo en el vientre y los labios resecos. Como si estuviera helando alrededor.

—¿Quién lo encontró? —consiguió balbucear.

—Una pareja que tenía interés en perderse entre los árboles. Menudo susto se llevaron. La Policía checoslovaca está investigando pero, tal como lo hallaron, está claro que lo han asesinado. Tu primo debía mucho dinero a varias mafias. Jamás habría pensado que fuera así, incluso era muy buen periodista, para mi gusto, de los mejores con los que hemos colaborado. Creemos además que era otras muchas cosas. Incluso hemos llegado a pensar que estaba con nosotros para ofrecer información a Lázaro. Aunque ha perdido el tiempo, menudos somos aquí. La Policía lo va a tener muy difícil para esclarecer su muerte. Pero es tu primo, no deseo contrariarte. Y créeme que lo siento mucho. Ayala debe de estar preparando ya la carta de pésame a su viuda. Voy a pedirte un taxi. Ahora vuelvo.

Fernando siguió dando sorbos del vaso que Luis le había ofrecido. Enseguida tuvo que sentarse. No le salió ni una lágrima. Al cabo de unos minutos, su amigo regresó y él se dejó acompañar hasta la puerta, donde esperaron callados hasta que llegó el automóvil. Ni miró a Luis al despedirse, solo podía pensar en Víctor, en lo que fueron alguna vez. El taxista lo observó por el retrovisor cuando, por fin, se llevó las manos a la cara y lloró.

Al entrar en su casa, mi padre de este mundo se sentó en el sillón y hundió la cabeza en el respaldo. No sabía cómo contárselo a Katerina. Pero al final no le hizo falta: Mérida había ido a darles la triste noticia mientras él estaba con Luis.

—Estaba deshecha, pobrecita. No paraba de llorar. No supe qué decirle, Fernando, me siento culpable. —Katerina terminó la frase con un gemido quejumbroso.

Era curioso que sintiera lástima de otra persona cuando ella misma daba pena. Fernando intentó por todos los medios que no notara su propia angustia.

—¿Culpable? ¿Por qué vas a tener tú la culpa de algo que solo se ha buscado él? A saber en qué líos estaría metido. Lo que Luis me ha contado de él me ha dado hasta miedo. Y mejor que mis pobres tíos no hayan tenido que ver en lo que se había convertido su hijo.

Katerina se abrazó a Fernando. Tenía bien presente mi advertencia, le llevaba atormentando desde que supo que Víctor había desaparecido. Si me hubiera hecho caso, seguiría vivo. Y esa certeza le dolía tanto como no poder explicársela a su marido. Se acurrucó entre sus brazos y se quedó allí, llorando. Estaba segura de que no la creería y, entonces, ¿de qué le serviría confesárselo? ¿Solo para conseguir rebajar esa culpa porque le diría que todo eso era una tontería? Sí, quizá necesitaba oírlo, pero también supo que no deseaba levantar en él ni la más mínima duda sobre mí. No quería que mi *padreblis* recordara a la verdadera Noa y, sobre todo, no quería que recordara que hacía mucho tiempo que la había olvidado. Fernando le acarició el pelo y la besó en la mejilla.

—Venga, anda, deja de llorar, que ya no podemos solucionar nada. ¿Y los chicos? No han salido a saludarme, cada día son más ariscos. Están creciendo muy rápido.

Katerina intentó sonreír pero le salió tan solo una mueca extraña, de Mona Lisa checoslovaca.

—No digas eso, Fernando; Gabriel salió esta tarde con sus amigos, Daniella está echándose la siesta y Noa está con Armando, en el estudio. La está pintando por fin; me inquieta ese joven, es tan callado que parece como si estuviera muerto.

—¿No exageras un poco? Y no me negarás que también es muy bueno. Los retratos de Gabriel y de Daniella han quedado muy bien, son ellos, aunque no sean realistas, se les ve en esas pinturas, se ve cómo son, cómo sienten. Es un artista, Katerina, un artista de verdad. Tiene algo especial. Y no es caro, por cierto.

Katerina y Fernando se quedaron sentados abrazados el uno sintiendo el calor del otro y, mientras, al otro lado de la gran casona, Armando estaba intentando hacer gala de la fe que en él habían puesto. Pero le resultaba difícil. Al tenerme allí sentada frente a él, mirándolo por primera vez a los ojos como me había pedido, se bloqueó. No era capaz de dibujar esos bellos rasgos, esos ojos de un color imposible de describir incluso para un pintor, esos labios jugosos, esas manos que parecían tan hábiles como las de las sacerdotisas del templo del amor. Armando me miraba fijamente y luego intentaba traspasar al lienzo lo que su mente había captado, pero no era capaz, no podía dejar de pensar en otra cosa. Cada pincelada que daba se la imaginaba aplicándola sobre mi propia piel; cada mísera sombra que iluminaba, era su lengua que me lamía; cada pigmento que esparcía, sus manos que me acariciaban. Tan obsesionado seguía conmigo que no podía concentrarse. Y yo obedecía sus indicaciones sin rechistar. Como mi dios particular.

El sol estaba empezando a esconderse y la luz se teñía ya del color de la otra mitad de la Tierra. Sin moverme de la postura en que él me había colocado, sentada sobre el sofá, con las manos sobre los muslos, el cuello asomando por la camisa entreabierta y el pelo rozándome los pechos, le hablé en voz baja, en el mínimo tono suficiente para que me escuchara.

—No sigas sufriendo. Yo te daré la esmeralda.

Armando se me quedó mirando con el pincel suspendido en el aire y una mueca de asombro. Vi su alma, pero no me asustó.

—¿Qué has dicho?

—La esmeralda. Yo sé dónde está. Te la daré si no vuelves más a esta casa y no haces daño a mi familia.

Él metió el pincel mojado de óleo en el recipiente que contenía el aguarrás. Luego tomó varias hojas de papel de periódico y lo restregó bien, y repitió la operación hasta que consiguió dejarlo sin una traza de pintura. Yo lo observaba. En mis ojos, dos luces fulguraban. Eran la vida y la sabiduría.

—¿Por qué iba a hacer eso? Puedo tener la esmeralda y puedo seguir aquí, contigo. Te deseo más a ti que a la esmeralda. Sé que lo sabes.

—Te será más fácil tener la esmeralda que a mí. Sé que lo sabes.

Armando se acercó. Le sostuve la mirada. Era profunda y enigmática, como un batir de olas en una playa desierta. Me apartó el pelo. Deseaba corroborar lo que había intuido desde que me conocí, que detrás de esa apariencia de frialdad y hasta rechazo, se escondía una mujer deseosa de ser amada. Lo miré a los ojos y me cerré a su búsqueda, no quería que me descubriera. Pasó los dedos índice y anular lentamente desde mi frente hasta mis labios, cerrados y húmedos. No me moví, no temblé, no me estremecí. Volvió a hacerlo. Después, muy despacio, siguió bajando por la línea del centro de mi cuerpo, la que marcaba de modo invisible a todas las brujas desde el inicio de la humanidad y solo veían aquellos que nos reconocían; deslizó las yemas por ella, desde mi barbilla y mi cuello hasta llegar al torso; me desabrochó los botones de la camisa, la abrió por completo y siguió bajando despacio por esa línea fabulosa hasta llegar a mis pechos; me retiró a los lados el sostén y rozó mis senos hasta llegar primero a un pezón y luego al otro. Yo presentía su boca y olía su deseo. Por fin supe lo que era, lo que añoraba una mujer que estaba siendo amada. O una bruja profanada.

Era extraño: ya no sentía miedo; tampoco amor. Mis pezones, erectos, esperaban su lengua y él me la dio. Cerré los ojos y me concentré en su saliva y en el contacto de sus labios vibrando alrededor de los montículos de piel erizada en la aureola. Entonces se separó de mí y se arrodilló, me subió la falda, me abrió las piernas y fue ascendiendo con las dos manos poco a poco por los muslos, rozándomelos con las palmas abiertas, hasta llegar a mi vientre. Se detuvo allí. Se metió los dedos en la boca y los lamió, me retiró a un lado las bragas y me acarició. Respiré hondo hasta tres veces y entonces junté con fuerza las rodillas, lo agarré de la frente y le levanté el rostro hasta que volvió a mirarme a los ojos.

Quizá alguien como él estaría a salvo de la maldición. Advertí entonces la potente sensación de alivio que me invadía, como si, de repente, todos mis temores hubieran desaparecido y lo único que me importara de verdad fuera vencer a Neeja. Poder amar. Y ser amada.

—No volverás a hacer eso si yo no te lo pido. Jamás. Te daré la esmeralda y no me tendrás hasta que yo te lo ordene. Y si vuelves a mí sin que yo te haya llamado, jamás seré para ti.

Armando nunca había sentido un deseo tan descontrolado e irrefrenable. Quería desnudarme, tocarme, besarme, lamer cada minúscula promesa de ese cuerpo que no había sido jamás de nadie. Ni de ningún hombre, ni de ningún dios. Quería poseerme hasta que me hiciera gemir y cayera indefensa a su lado, hasta que estuviera tan satisfecha que, aun exhausta, no siguiera llamando. Pero se separó de mí y asintió con la cabeza. Supo que no le mentía y que estaba obligado a obedecerme.

—De acuerdo, tráemela. Ahora.

Me subí las bragas y la falda, me abotoné la blusa y salí de la habitación. En unos minutos, regresé con la piedra, cogí su mano, la coloqué con la palma hacia arriba, la acaricié y dejé caer en ella la esmeralda. Era muy grande, casi del tamaño de una raíz de loto, y brillaba como solo había visto centellear a los *Devas* habitantes del plano astral en el sendero entre los dos mundos.

—Ahora tienes que irte. Cumplirás tu parte del pacto y no harás daño a mi familia. No volverás a buscarme mientras ellos estén cerca de mí. Y si me desobedeces, aunque me persigas por la Tierra y por el Cielo, jamás volverás a tocarme.

La caza de mariposas empezaba siempre temprano. La cosa se organizaba en parejas cazadoras, asilvestradas ellas. Jiménez de Asúa dirigía la expedición. Todos acataban su acreditada autoridad: en realidad era el único que entendía un pimiento de lepidópteros varios. Agarró la red y comenzó la búsqueda. Al principio, muchos lo siguieron: Casares y su hijo Enriquito, Martínez de Aragón, Álvarez del Vayo, Luisito y Fernando corrían con las redes detrás de todo bicho volador que se les cruzara. Las mujeres, sin embargo, demostraban siempre menos ímpetu e iban abandonando poco a poco. A menudo terminaban observándolos, sin entender casi nunca la gracia de aquello, desde las cómodas sillas que habían traído en los maleteros de las limusinas oficiales. Franziseck, sentado en una cerca del coche, seguía con la vista, medio irónico medio incrédulo, a los torpes cazadores. Con lo fácil que era atrapar a una mariposa cuando se posara en una flor. Eso mismo les decía Asúa, muerto de risa:

—Pero mira que son zoquetes, que esto no es la caza del murciélago, al final, las mariposas se pararán en algún lado, a su altura, generalmente. No hay que pegar esos saltos, que se van a descoyuntar. Solo hay que saber esperar.

Yo me había negado a atrapar a ningún animal vivo, pero miraba el espectáculo. Daniella se lo pasaba en grande corriendo junto a Mariquita detrás de una gran mariposa violeta que era mucho más rápida que ellas y logró escapar a un destino cruel. Las niñas se sentaron en el suelo, agotadas, con tal suerte que, a su lado, un escarabajo gordo e irisado andaba camino de no se sabía dónde. Ellas no dudaron y el pobre animal terminó en el puño de Daniella hasta que se lo entregó a Asúa, que le insertó sin vacilar un alfiler por la mitad del torso antes de meterlo en una cajita de cartón que colocó junto a las otras veinte que los demás le habían ido pasando. Se divertía horrores clasificando los insectos que todos le traían. Ya casi no se divertía con ninguna otra cosa. Además de un gran penalista, era un fantástico entomólogo.

La mañana se ocultaba ya tras las ondas oscuras del río. Entre los árboles, el viento silbaba canciones tristes, los pájaros volaban sobre las copas y un ruiseñor se rompió un ala al chocar, impetuoso y torpe, contra un castaño; pero nadie lo vio caer en picado contra el suelo y desparramar sus vísceras entre las amarillas flores silvestres. Las niñas, divertidas aunque exhaustas, se sentaron con los demás en unas mantas de lana a cuadros. Los domingos eran para los miembros de la legación española un oasis en su incierto y árido destino. En esos días de asueto, todos fingían que la vida continuaba, algunos de forma inconsciente, otros obligándose a rozar la felicidad. Álvarez del Vayo propuso entonces jugar a La oca y se formaron los equipos: Mariquita y Daniella de pareja; Katerina, María y Mercedes en un trío de damas; Amelita con su hermano, Luisito, que jamás perdía; él, Vayo, solo, que para eso era el más tramposo. Pensé en quedarme de observadora pero al escuchar que Fernando, Asúa y Ayala decidieron dar un paseo, les pedí permiso para acompañarlos.

—Por supuesto, será un placer caminar junto a una jovencita tan hermosa. —Asúa entornaba los ojos siempre que se dirigía a una mujer guapa. Ahora los tenía casi cerrados.

El agua del Moldava había alcanzado ya una altura considerable. El deshielo había sido más lento ese año y conseguía refrescar el aire, sobre todo a medida que uno se acercaba a la orilla. También el verde era más verde allí y la sombra, más sombra. Un barco lleno de domingueros y espíritus curiosos pasó cerca. Algunos saludaron desde la cubierta y los niños corrieron tras el crucero de estampa regia y casco blanco y dorado, gritándoles un trecho hasta perderlos de vista, y enseguida volvieron y se reincorporaron al juego. Ayala se nos adelantó unos metros, prefería disfrutar a solas de las horas de sol brillando sobre las aguas. Además, ya tenía clara cuál era la respuesta de su jefe a la pregunta de Fernando y no deseaba volver a escucharla.

—Pues es así como te lo cuento. Estamos cercados, no hay salida. Ninguna en absoluto. Demasiados intereses ajenos a España desean que la República pierda esta guerra.

—Pero eso no puede ser, Luis, no tiene sentido.

—Sí, sí que lo tiene. La economía va por otros derroteros. El dinero tiene muchas manos y en nuestra guerra... los demonios son el anarquismo y el comunismo, todos lo sabemos... ¡Ja!, me río yo de esos que les tienen tanto miedo. A nosotros no va a matarnos el comunismo, va a dejarnos morir el capitalismo, el rudo capitalismo británico y estadounidense. Si yo te contara... La Texaco, la Ford y otras como ellas son las que les han puesto el dinero a los que están desmembrando España. Cantidades ingentes. Esos malditos, con su odio antisemita, se creen que Franco va a quitarles de en medio a comunistas, masones y judíos. Pues lo mismo hasta tienen razón y ya veremos si están tan contentos cuando empiecen a hacer también en el resto de Europa lo mismo que en Alemania y Renania. Y para remate, tenemos a la Iglesia católica estadounidense, llena de irlandeses e italianos, que odian a los presbiterianos que los gobiernan y han vivido con horror lo que pasó en nuestro país al principio de la guerra. Rebelde por Cristo, llaman a Franco, rebelde por la causa de la humanidad. Hay que joderse. No tenemos nada que hacer, Fernando, créeme. Por mucho que Roosevelt desee levantar el castigo, necesita a la Democracia Cristiana y estos no nos van a perdonar tanta iglesia quemada y tantas gaitas. Pero a ver de dónde saca Franco el petróleo, si apenas se habían sublevado y ya modificaron el destino de cinco petroleros de la Texaco con 18.000 toneladas de petróleo que iban camino de España. Su presidente es un profascista declarado; ordenó a los barcos que atracaran en puertos rebeldes a pesar de que los habíamos pagado nosotros. ¿Qué más da la multa que les pusieran? Franco ya había conseguido todo el petróleo que necesitaba para ponerse en marcha. Y no se quedan atrás la Ford, la General Motors o la Studebaker. De esas empresas llegan sus camiones, mucho más que de los alemanes e italianos. Son muy honorables los americanos pero su embargo solo es efectivo para nuestro bando, los franquistas no lo sufren. Los fabricantes estadounidenses les venden armas a través de Alemania. Que me parta un rayo si te miento. Pero no quiero amargarte el día, que está siendo tan agradable.

—¿Es que crees acaso que todo esto no me afecta? Además, jamás habría creído que necesitaras dinero, tú, con lo que eres.

—Pues créetelo. Si no, no te lo pediría. Menudas las estamos pasando.

Mi admirado Asúa prefería no pensarlo. Porque si los americanos los estaban machacando, lo de los británicos era aún peor. Esos «*Oh! my friend*» siempre eran mucho más sutiles, hasta para poner la puntilla. El presidente del Martin's Bank inglés no tenía ninguna simpatía por la República y eso se notaba y mucho. Los agentes republicanos se las habían visto y deseado para abrir cuentas bancarias con las que pagar la compra de armamento. David contra Goliat, pero sin la honda. Por eso habían acudido a Moscú, por eso llevaron allí el oro de sus reservas. Negrín había apuntalado un poco el problema acudiendo al sistema bancario soviético que trabajaba en ese lado de Europa, al Banque Commercial pour l'Europe du Nord, el famoso Eurobank, que trabajaba desde París y al Moscow Narodny Bank Ltd. de Londres, y se había conseguido así pagar desde la lavandería a los espías, pero eso, por desgracia, no se aplicaba a los diplomáticos. Sus sueldos se los pagaba el British Overseas Bank Ltd., el tristemente famoso BOB. Y claro que les afectaba. Luis le contó todo esto a Fernando porque necesitaba justificarse pero, sobre todo, porque apenas le quedaba fe.

—Por eso te pido el dinero, que mira que me cuesta. Pero te devolveré hasta la última corona. Esto ya ha pasado antes; aunque esta vez es mucho más grave, de un modo u otro lograrán pagar nuestras nóminas.

—Pero, Luis, ¿cómo es posible que el Gobierno republicano se haya quedado sin dinero?

Al escuchar la última frase de mi padre de este mundo, presté mucha más atención a la conversación que ambos mantenían, como si yo me hubiera vuelto de verdad invisible. Hacía tiempo que le había entregado la esmeralda a Armando y desde entonces no había podido ni dormir pensando que me había equivocado. Si mis visiones llegaran a cumplirse, Checoslovaquia sería tomada por los alemanes y, más por sentido común que porque mi magia me lo hubiera mostrado, imaginaba también que antes o después necesitaríamos dinero. El temor, de nuevo, me había llevado a tomar una decisión impetuosa. Pero, Asha me había advertido de que me librara de los regalos de Burbujas y de la *rani*, la maldición que acechaba a esa esmeralda era poderosa y antigua como la fuerza de las mareas, nada ni nadie podría vencerla, y Armando... Mejor apartarlo de ellos. Llevaba tanto tiempo haciendo de guardiana de mi familia que ahora tenía miedo de haberles fallado. Pero ya se me había ocurrido una posible solución: acudir a Asúa o pedirle ayuda a Mariana y a su familia. Ellos estaban en una posición acomodada. Agucé el oído.

—Ojalá fuera eso, ojalá. Sería menos indignante, mucho menos doloroso. El Gobierno republicano tiene dinero aunque su atención se centra en tantos frentes que muchas veces hasta se les olvida enviarlo, pero lo peor son los intereses que otros de fuera tienen en que perdamos. Nuestros enemigos son mucho más poderosos que Franco. Por motivos muy diferentes, económicos la mayoría, pero no solo les mueve el dinero. Ahora, sin embargo, sí es el dinero. Por eso he pensado en vosotros. Ya he acudido a todos los que pensé que podrían ayudarme.

Empecé a ponerme nerviosa y me quedé rezagada, lo bastante separada para que no advirtieran mi presencia. No quería que dejaran de hablar al darse cuenta de que

yo los acompañaba.

—Pero, amigo mío, no consigo entender cómo habéis llegado a ese extremo.

Luis se paró a pensarlo. ¿Cómo se había llegado a que los cónsules y ministros de las legaciones de todo el mundo no recibieran sus sueldos ni pudieran pagar sus servicios? Para explicárselo, debía remontarse un siglo atrás. El servicio de Tesorería del Estado español se realizaba a través de una rancia casa bancaria inglesa, Frederik Huht & Co., que terminó actuando también como corresponsal del Banco de España. Antes del levantamiento, los cuatro socios que la formaban se separaron. Los dos que se quedaron con la parte más importante, Walters y Meinertzhagen, traspasaron a su vez el negocio de banca a una entidad que trabajaba con industriales ingleses y españoles, sobre todo en Cataluña: el BOB. Ninguno de los socios mayoritarios tenía experiencia en la tesorería exterior pero, como el banco británico era muy solvente y eficaz, el Gobierno lo nombró corresponsal en Londres del Banco de España. Recibía el dinero del Tesoro español y se encargaba de enviarlo a sus bancos colaboradores en todo el mundo, que a su vez hacían llegar el dinero a cada legación y consulado. La Dirección General del Tesoro del Ministerio de Hacienda autorizó a realizar las operaciones monetarias del Tesoro Público español con el BOB y este fue desde entonces el receptor del dinero de los consulados, allí donde todos deberían transferir los ingresos debidos a sus operaciones, tasas, servicios o derechos, y también el encargado de pagar sus nóminas.

Al iniciarse la guerra, el BOB se declaró leal al Gobierno de la República siempre que el Gobierno Británico lo reconociera, pero en octubre de 1936, ante la designación del nuevo Gobierno de los sublevados, pidió un dictamen externo para saber si debía seguir ocupándose de los pagos republicanos. Siguiendo su recomendación, lo hizo hasta que el Gobierno de Franco en Burgos pleiteó en los tribunales ingleses y estos reconocieron su derecho de beligerancia. Entonces el Gobierno británico consideró legales a los sublevados y el Banco de Inglaterra lo tuvo en cuenta. Aunque Madrid no había caído, los británicos reconocieron de facto a Franco y empezaron los problemas para cobrar el dinero que los republicanos enviaban a sus embajadas en todo el mundo.

Asúa pegó una patada a una piedra que fue a caer al río y formó varias ondas hasta hundirse del todo. Sufrió tanto que me habría gustado tener cerca una infusión de cardamomo y *haritaki*, o al menos, poder ponerle las manos sobre la frente, en el punto del sexto *chakra* para llevarlo a otro nivel de conciencia. A él también le hacía falta olvidar. ¿Y si en el olvido se encontrara la esencia de la felicidad?

—Cómo hemos llegado hasta aquí da lo mismo. Lo que importa es el modo en que nos afecta. A ver de qué manera vamos a dar de comer a todos estos que se han quedado jugando a La oca. ¡Leche! No somos millonarios. La mayoría ya nos hemos gastado todos nuestros ahorros en este menester. Para que cobremos, los banqueros del Tesoro deben abonar a fin de mes el sueldo y los gastos de representación. Luego el Ministerio de Hacienda da orden al banco que hace efectivo los pagos. Si no recibimos el dinero, debemos comunicarlo al Departamento de Pagos del BOB. Varios de esos comunicados llevo ya. Varios.

Suspiré. ¿Qué había hecho? Era una estúpida. Respiré como debía para calmarme. Se me había cerrado una puerta. Deseé con toda mi ansia poder deshacerme de mis malditos poderes de bruja hindú. Pero seguí atenta a las palabras de Asúa.

—Así que estoy muy enfadado porque ni desde España nos aclaran nada, en lugar de poner las cartas sobre la mesa y decirme si tienen algún interés en que sigamos luchando o les importa un bledo. Hemos tenido hasta que soportar que los del banco nos aseguren que nuestro Gobierno no les paga. Los bancos ahora nos engañan adrede; desde que el BOB cambió de corresponsal al Banco Unión de Bohemia, no nos avisa nunca de que podemos disponer del dinero, nos pagan en libras o en otras monedas que tenemos que cambiar a un tipo carísimo y hasta nos niegan adelantos que antes nos concedían enseguida. Y les dan igual nuestras quejas porque si el Gobierno de España no nos respalda, estamos desamparados.

—Sabes que lo lamento muchísimo, Luis. Y puedes contar conmigo hasta lo que me sea posible, que no es mucho, tal y como estoy ahora. Pero hablaré con Katerina. A ver cuánto dinero podemos darte.

—Eres una gran persona. Ni siquiera me preguntas.

—Me basta con saber que estás pasando un apuro. Ojalá pudiera hacer más.

Me derrumbé, no solo espiritualmente, también tropecé en ese momento con una rama y caí al suelo. Los hombres no repararon en mí y siguieron hablando, ensimismados en su charla. No me hice daño, pero al levantarme y ver cómo ambos se alejaban despacio caminando entre los árboles, tuve ganas de echarme a llorar. ¿Cómo podía haberle entregado a un desconocido una joya tan valiosa? La única que podría ayudarme si mis visiones llegaban a hacerse realidad era Mariana, y no dependería de ella, sino de sus padres. ¿Cómo iba a ponerla en ese compromiso? Intenté tranquilizarme. Al fin y al cabo, tampoco parecía tan urgente. Si lo fuera, ¿seguirían los embajadores en Checoslovaquia? Y Fernando estaba bien situado, su despacho era uno de los de más renombre de Praga. Anduve un poco más aprisa aunque la conversación había perdido ya el interés para mí.

—¿Y por qué no acudís a otros bancos?

—Si tú fueras el director de un banco, ¿a cuál de los dos Gobiernos atenderías? ¿A los dos? ¿Al que fuera más afín a tu ideología? Yo ya he pedido a nuestro Ministerio mil veces que no indique cuáles son los destinos de los fondos que envía porque, según a quién vayan dirigidos, las transferencias se abonan antes o después. Qué casualidad que las que más han tardado siempre son las que se destinan al Servicio de Información y a pagar las armas. —Luis miró a su alrededor y se cercioró de que nadie podía escucharle. Yo miraba el río. El agua se oía como en un ronroneo—. Es que hay que ser gilipollas. Estás organizando un Servicio Secreto y quien lo tiene que pagar pone en el abono, que ve todo dios, desde el contable al de la caja, que es para pagar a los espías. Si no fuera tan doloroso decir esto que digo, hasta me reiría. Pero lo peor es que desde febrero los bancos colaboradores han suspendido pagos en todo el mundo. Por eso me he decidido a pedirte el dinero. Es la puntilla, ya no es un retraso en el cobro, es una suspensión de pagos de todas las legaciones. Incluso habiendo dinero en las cuentas del Gobierno republicano, los bancos se niegan a abonar ningún cargo.

—Pero eso es ilegal. ¿Cómo puede un banco suspender pagos si su cliente sigue teniendo fondos?

—No se puede demostrar nada pero los intereses por dejar sin dinero a toda la maquinaria de la República en el exterior han vencido. Si ahogas a sus funcionarios fuera, matas toda posibilidad de ganar la guerra.

Luis tomó aire. Había contado todas sus preocupaciones por primera vez a alguien ajeno a la legación. Y eso le estaba haciendo percatarse de la cruda realidad: sin dinero, no había ninguna esperanza. Pero él, que jamás había vivido por encima de sus posibilidades y no le debía nada a nadie, se sentía en la obligación de que su amigo conociera sus razones.

—En bragas nos han dejado, Fernando. Después de veinte años de colaboración entre el Banco de España, el Tesoro español y el BOB. ¿Cuántas veces más podrás dejarme dinero, que te agradezco infinitamente, pero que ni puedo saber cuándo te devolveré? ¡Es que son idiotas! ¿Se creen que si Franco gana la guerra, el Gobierno de Burgos va a seguir trabajando con ellos? Van listos. Pero cojonudamente listos. Una patada en el culo les darán; en cuanto Alemania estalle, Franco se pondrá de su lado. Amigo mío, esto está llegando a su fin. Y también te digo algo, Checoslovaquia está en peligro. Ya no me queda ninguna duda.

—Luis, en cuanto llegue a casa, hablaré con Katerina, pero hicimos esa inversión de la que te hablé. Y bien que me arrepiento ahora. No sé de lo que dispondremos. También nos dificulta a nosotros salir de Checoslovaquia. Solo nos queda una baza: vender algunos objetos de valor que guardamos. Llevo tiempo buscando compradores, sin que lo sepa Katerina, pero lo que nos ofrecen ahora es una miseria, ni la décima parte de lo que valen, y por supuesto es insuficiente para plantearse abandonar el país. Pero sigo en ello.

—La información que nos llega de nuestros agentes en Alemania y Austria es cada día más preocupante. No debéis tardar.

—Lo sé, pero ya lo hemos hablado muchas veces y no consigo convencerla. Es terca y... checoslovaca. En cierto modo entiendo su postura, aunque en el momento que pueda encontrar un comprador a un precio decente, haré todo lo posible porque cambie de idea. Y, sobre lo tuyo, estoy pensando..., podría acudir a Lucas y a Irene. Esta es una situación de urgencia y ellos siguen aquí, su posición es desahogada. Les pediré ayuda, aunque no tienen que saber que es para ti.

—¡Ay!, Fernando, qué inocentón eres. Lucas lleva meses colaborando con Lázaro. Conoce todos nuestros problemas, si le pides dinero justo ahora que nuestro banco ha suspendido los pagos a la legación, sabrá que es para mí. Tu amigo es una pieza clave en el servicio de espías de los facciosos. Hizo como que se retiraba pero ahí sigue, viviendo de ellos, a la sombra de Lázaro, aunque haciendo como si no estuviera.

—Pero él es mi amigo, no le importará para qué quiero el dinero.

—Puedes intentarlo, aunque yo no tendría muchas esperanzas. ¿Recuerdas a Mauro, el chaval al que apadrinamos después de que sus padres murieran de una forma horrible? Lo conociste en la legación. —La conversación había vuelto a interesarme. Y cuánto—. Lo apreciábamos mucho, era un gran chico, jamás pensé que pudiera hacernos algo así. Nos entregó a los fascistas, les contó dónde íbamos a recibir un cargamento de armas en una misión en la que él también participaba. Mataron

a varios de sus compañeros, entre ellos a alguien a quien yo creía que apreciaba mucho, un chico asturiano, como él. Cada uno va y viene acompañado de sus fantasmas según ondea el viento, ¿quiénes somos los demás para juzgar? Pero eso..., eso no. Por su culpa, su amigo murió. Eso no consigo entenderlo.

A punto estuve de gritar: por fin tuve la prueba de que una de mis visiones más horribles se había hecho realidad. Me habría echado a llorar con ganas. Pero solo seguí andando tras los dos hombres, rezando por que, cuando por fin muriese, al menos mi karma me hiciera regresar en el cuerpo de una ardilla asustadiza y no en el de un gusano pegajoso. ¿Qué más podría hacer ya mal? Luis y Fernando se detuvieron de repente: sin darme cuenta, habíamos regresado al lugar donde se quedaron los demás. Pero ya nadie jugaba, Ayala había llegado mucho antes que nosotros y estaba hablando rodeado de casi todos los adultos, llevaba en la mano una carta que le había traído uno de los ayudantes de la legación. Al ver a Asúa, se dirigió a él.

—Don Luis, acaban de traer este despacho. Es de uno de nuestros agentes de Alemania, parece muy importante. Otra argucia más de los nazis, esta vez, para invadir Checoslovaquia. Pasará como con Renania y con Austria, otro *Anschulss* como el de marzo.

Jiménez de Asúa se puso tenso. Una nueva barbaridad para la lista. Lamentó no poder contar con el criterio de Kulçsar, aunque no quiso decirlo en alto. El austriaco había sido una gran pérdida, lo apreciaba mucho y confiaba en sus informaciones: eran cien por cien fidedignas. Ahora ya no podía saber si la comunicación de la que hablaba Ayala lo era tanto: el sustituto de Kulçsar, del partido socialdemócrata alemán, conocía bien el Servicio y también era muy leal, pero Torn no era ni mucho menos su fiel amigo Leopold. No le llegaba ni a la suela de sus gruesos zapatos. Sin embargo, no podía arriesgarse. Siguió escuchando con sumo interés a su secretario. Ayala estaba tan serio que al hablar apenas movía los labios.

—Todas las informaciones que le han llegado a Torn coinciden: Alemania invadirá Checoslovaquia, con la excusa de los Sudetes. Los decretos del Partido Alemán de los Sudetes del mes pasado, en los que exigen autonomía y libertad para seguir al partido nazi, lo dejan muy claro: los alemanes que viven dentro del país apoyarán a Hitler. Ya hemos sufrido en nuestras propias carnes cómo cumple Francia con su obligación de respaldar a los países amigos. Y si ellos no demuestran claramente su apoyo al presidente Benes, los soviéticos no tendrán por qué seguirlos, aunque Torn crea que ellos sí lo harían, a saber qué otros intereses desconocidos podrían tener. La situación es muy complicada, don Luis.

Luis Jiménez de Asúa, jefe de misión en la legación española en Praga durante la Guerra Civil española, respiró hondo y miró a todos de hito en hito.

—Señores, creo que el momento ha llegado. Siento tener que decir esto, pero me temo que nuestros días en Praga están contados. Las mujeres y los niños saldrán de Checoslovaquia cuanto antes, también algunos de nosotros, quienes no dependan directamente del Ministerio de Estado, y no creo que los demás tardemos mucho en seguirlos. No consentiré que nadie se arriesgue ni un minuto más de lo necesario. Aquí, señores y señoras, ya hemos hecho todo lo que podíamos hacer. E incluso muchísimo más.

En pocos meses, ya me había habituado a divisar por todas partes la esvástica de los dioses hindúes, la de la buena suerte y los buenos auspicios, que poblaba los muros de los templos en mis recuerdos. Si salía a la calle, las veía a cada instante, sobre todo en los brazaletes rojos que llevaban algunos soldados por encima de su impecable abrigo de tres cuartos negro con botones plateados. También en sus cascos y en sus estandartes, que ondeaban ya en todos los edificios oficiales de Praga, hasta en las dos ventanas en arco de las Torres Gemelas, en la iglesia de Tyn, altas y espigadas. El Teatro Nacional o el Ayuntamiento, en la plaza de la Ciudad Vieja, habían cambiado las representaciones de Smetana y las defenestraciones varias por los símbolos y la presencia de aquellos que iban a decidir los designios del país, los mismos que durante tanto tiempo lo habían dirigido ya antes, hacía siglos. El 15 de marzo, la Werhmacht había invadido Checoslovaquia con la excusa de detener las provocaciones insoportables de las tropas de asalto checas. Al entrar en el país en un ostentoso desfile de miles de soldados, carros de combate y coches Volkswagen, el canciller del Reich, Adolf Hitler, se detuvo en primer lugar ante el Castillo de la ciudad, orgullo de sus habitantes, y allí fue recibido por los vítores y las muestras de cariño y de alegría de la población alemana que vivía en Praga desde tiempos de Carlos III. En lo más hondo de su ser, en el germen de sus miserias y de sus miedos, todas las afrentas vividas desde que, hacía siglos, repoblaron las tierras de Moravia sin perder su identidad germana, se habían resarcido con el restañar ilusionista de las cadenas de los vehículos Panzer y el inexorable avance de las ruedas de las berlinesas sobre la tierra que ya era propia, por virtud de la ocupación de su *fürher*, cual caballeros espoleando a sus caballos al galope para luchar por su señor. El karma se restablecía y volvía a girar la rueda de la vida. Ahora los afrentados eran los vencedores y los ofensores, de nuevo los vencidos.

Desde que los soldados alemanes habían tomado las calles, al salir de las clases de la universidad, Mariana solía hacer un trecho del camino con Gabriel y conmigo para desviarse por el viejo Barrio Judío. Era su forma de protestar contra los invasores, pueril, pero para nosotros liberadora. En ocasiones, por recordar a Lenka y porque nadie podía prever cuánto tiempo más permanecería abierto, incluso entrábamos al cementerio. Las lápidas centenarias, a esas horas, cuando ya empezaba a cerrarse la noche y las farolas las alumbraban con luces miedosas, exhibían ante nosotros sus miles de rostros. Yo comenzaba siempre la visita por la tumba más antigua, de la misma época en que se construyó el templo de Chaumukha, el de las cuatro caras, de mármol y mil cuatrocientas cuarenta y cuatro columnas, todas distintas. Su losa era de cemento gris, cuadrada, simple, con inscripciones en un idioma que no comprendía. Pero yo la observaba callada y volvía a escuchar la historia que el espíritu del rabino Avigdor me susurraba o, quizás, que yo imaginaba. Durante más de tres siglos, ese lugar fue el único donde los judíos de la ciudad tuvieron permitido enterrar a sus muertos. Ya sabía por qué no los quemaban, las formas de querer estar junto a los suyos eran diferentes en todo el planeta, lo raro era que cada persona no hubiera ideado una diferente: unos los habrían conservado en formol, en una vasija de plata sobre la repisa de la chimenea; otros habrían enterrado sus cuerpos bajo el rosal más oloroso de su jardín; algunos habrían recogido las cenizas en que el fuego hubiera deshecho la materia y habrían esparcido su alma en el rincón más amado; y muchos más, como aquellos judíos perseguidos allí como los parias en la India, habrían aprendido a enterrarlos en tierra santa. Y la tierra santa era escasa. Las veinte mil lápidas se extendían hasta donde fijara la mirada, amontonadas en ángulos imposibles, en varios niveles, hasta en doce capas de enterrados, hasta dar cabida a casi cien mil sepulturas.

Yo había aprendido hacía mucho a no escucharlos a todos; algunos solo se acercaban a mirarme, se extrañaban de que alguien los percibiera cerca, que incluso los escuchara. Muchos me contaban historias bellas, de sus bellas vidas. Los que no tenían nada bueno que contar ni se molestaban: sabían que acercarse no les serviría de nada. La resignación era algo que se aprendía incluso en una sola existencia. El rabino Löw, el famoso sabio o mago creador del monstruo de barro que protegía a los judíos en los ataques de los cristianos, tampoco me había visitado nunca. Después de siglos de fama, ya debía de estar harto de apariciones y conjuros. Yo no sabía si existieron de verdad él y su engendro, pero al menos no veía su alma al lado de las otras. Su tumba, cercana a la entrada, era siempre una de las más concurridas, y las piedras y los trocitos de papel se contaban en ella por decenas. No cabía ni uno más; todos querían probar a ver si el rabino o su Golem les concedían su deseo anhelado, garabateado a pulso sobre las lápidas.

Después de esa protesta muda, salíamos del cementerio y continuábamos juntos hasta el puente de las Legiones, donde Mariana se desviaba ya sola hacia su casa, si es que no había surgido algún otro plan más interesante. Sin embargo, los lunes, miércoles y jueves se llevaba el violín y se venía con nosotros hasta nuestra casa de Vinohrady. Tras mucho insistir, Irene había conseguido que Katerina accediera a impartirnos las clases de solfeo e instrumento. Ese había sido el único modo de que su arisca hija consintiera en seguir practicando: hacerlo con su mejor amiga. Llevábamos casi dos años y era evidente que ambas habíamos mejorado mucho, tanto que Katerina nos quería convencer de que termináramos los estudios en el Conservatorio, pero nos habíamos confabulado para seguir solo a condición de que ella fuera nuestra profesora. A ambas nos encantaba estar juntas en ese momento y también con Katerina; sin esforzarnos, nos contagiaba su pasión por la música, que redoblaba al transmitirnos lo que sabía. Y además había muchas lecciones que no se enseñaban en una escuela: Katerina era una mujer muy especial y lo que aprendíamos con ella trascendía de lo musical. Aunque no habríamos sabido explicarlo, ambas éramos conscientes de ello y no queríamos renunciar a esas clases por nada del mundo.

Dejamos atrás el viejo puente de Carlos. Su torre gótica parecía cerrar de nuevo el núcleo primitivo de la antigua ciudad a los piratas y los salteadores. Ante nosotras, parecía que la Malá Strana, la Ciudad Pequeña, sufría al saberse abandonada, pero nos recibía la Staré Mesto, la Ciudad Vieja, relatando sus leyendas nuevas mientras a lo lejos la colina de Hradcany se veía insondable como el miedo a la muerte. Pero la ciudad conservaba ese halo de superioridad ajena a sus invasores: las piedras y los edificios no sufrían. Entramos en la plaza. Dos soldados con los rifles al hombro fumaban a pocos metros de su moto, en medio de la acera por la que caminábamos. Nos apartamos antes de llegar a ellos.

—No puedo creerlo, es que me dan asco, estoy harto de verlos por todos lados. —Gabriel no había conseguido acostumbrarse todavía a su presencia.

Escupió a la moto con la esvástica en el sidecar. Mariana temió que alguno de los soldaditos lo hubiera visto. Tenían tomadas la mayor parte de las calles más importantes de la ciudad, desde el Josefov hasta Vysehrad.

—Contrólale, Gabriel, o nos meterás en un buen lío —le reprendió Mariana.

—Se creen que Praga es suya. Andan avasallando, como si fueran los dueños y señores de la ciudad. No sé cómo los han dejado quedarse así por las buenas. ¿De qué nos ha servido lamerles el culo a los franceses y a los soviéticos? En cuanto han tenido oportunidad, nos han dado una puñalada por la espalda. Lo que han regalado en Múnich ha sido una parte de un país que no es el suyo. ¿Traicionándonos van a evitar la guerra? Si no les hubieran entregado los Sudetes, podríamos habernos defendido.

—No deberías juntarte más con ese grupo de la universidad, Gabriel. Vas a meterte en problemas. Fernando te lo ha dicho varias veces y lleva razón. Sobre todo ahora, es muy peligroso. —Yo lo miré con dureza, pero él siguió observando con descaro a los soldados, deseando que le dijeran algo.

—Yo no soy como mi padre ni como tú, yo no puedo quedarme quieto sin hacer nada. Tenemos que reaccionar o esto puede ir a mucho peor. ¿Es que vamos a consentir que estos frentes cuadradas se queden con nuestro país? ¿Eso es lo que tenemos que hacer, según tú o según padre? ¿Envolvérsele con un lacito? Checoslovaquia tenía un buen Ejército y todo el armamento que necesitara, el presidente Hácha se equivocó, debería haberles plantado cara. Si los alemanes que vivían aquí querían vivir en Alemania, debían haberse ido. Benes tenía toda la razón: los ingleses y los franceses han tomado decisiones acerca de nosotros, sin nosotros, y contra nosotros. ¿Para qué sirvió el Tratado de Versalles? Esto no va a evitar una guerra, solo nos ha puesto en una situación más difícil; ahora están tranquilos, míralos, hasta parecen simpáticos, pero es solo fachada. Haz bien al diablo y te recompensará con el infierno. Mira ese, levantando del suelo al niño que se ha tropezado. Es un soldado, y lo mataría si se lo ordenaran con la misma facilidad con que lo ayuda ahora. Pero se puede hacer mucho. No podemos dejar que esto se quede así.

—¿Y qué vas a hacer, Gabriel? —le preguntó Mariana—. ¿Vas a echarlos tú solito? ¿O lo vais a hacer juntos tú y todos tus compañeros de la facultad de Derecho? A ver si os creéis que a los demás nos gusta esta situación. Pero vuestros gobernantes lo hicieron para salvar más de lo que iban a perder.

—Dejadlo, por favor —les rogué; cuando dañas a otros te dañan a ti mismo—. No nos va a servir de nada quejarnos. Los nazis van a estar aquí mucho tiempo. Más nos aprovechará aprender a tolerarlos.

—¿Esto también lo ves, Noa? Cuéntame qué va a pasar, por favor.

Mariana me cogió de las manos y me miró expectante. Conmigo, todo podía ser. Pero ¿cómo podía explicarle que yo deseaba deshacerme de esas malditas visiones? Si no le contaba lo ocurrido con Mauro o con Katerina, o peor, si no le explicaba que tendríamos que quedarnos en Praga por mi culpa, porque había sentido

que debía darle a un hombre extraño lo más valioso que tenía mi familia, ella no sería capaz de entenderme. Y yo no quería contárselo. Solo quería olvidarlo para siempre.

—Sabes que no puedo verlo todo. Si pudiera predecir el futuro, ¿no habría intentado convencer a mis padres para que nos fuéramos de Checoslovaquia? Sí, veo a mi madre y a mi abuela muertas, o eso creo, y a muchos más que parecen estarlo también, pero no conozco todo el pasado ni todo el futuro, solo veo cosas y, en ocasiones, se cumplen. También sé cómo intentar salir de algunos apuros. Aunque me he equivocado muchas más veces de las que he acertado. Quizá solo sea una buena curandera, Mariana. Y ni mucho menos sé cómo solucionar esto. Basta con echar un vistazo alrededor para adivinar que no podremos quitarnos de en medio a los alemanes en mucho tiempo.

Miré al suelo. Muy a menudo me sorprendía temiendo que los demás pudieran descubrirme como yo podía hacer con ellos en ocasiones. Pero no iba a seguir contándoles más. ¿Para qué asustarlos? Tantas equivocaciones ya me habían costado muchas lágrimas. Después de haber averiguado que mi presentimiento sobre Mauro se había cumplido, todavía me pesaba más no haber intentado ayudar a Lenka. Cada vez que la recordaba, no podía evitar sentirme cobarde y mezquina. Además, a pesar de lo que le había dicho a Mariana, lamentaba profundamente no haberme atrevido a confesar a mis padres lo que de verdad había visto, no haber insistido hasta conseguir que nos fuéramos de Checoslovaquia, aun sin la maldita esmeralda, cuando todavía estábamos a tiempo. También me arrepentía de no haber hecho caso a Asha cuando me habló sobre los regalos de la *rani* y de su hijo. Aunque ya habían pasado muchos años y no había ocurrido nada malo —si el hecho de que Víctor reposara en alguno de los infiernos no había sido consecuencia de mi egoísmo—, mis visiones se estaban confirmando.

Sostenida ante los ojos, una minúscula hoja podía oscurecer el sol, igual que el pasado podría nublar el presente y ocultar nuestro interior divino, pero la luz interior de cada uno siempre saldría a la luz con los *tantras* adecuados. Los *samskaras*, las impresiones pasadas, no deben marcar nuestras tendencias ni nuestra forma de ser, sobre todo las que nublan la mente. ¿Cómo podría deshacerme de todas esas creencias, tan antiguas como el hombre? Porque lejos de ayudarme a dominar mis miedos, mis poderes solo los acrecentaban.

Miré a mi alrededor. Deambular por esa plaza a la salida de clase había sido siempre un ejercicio de equilibrio: todos los estudiantes salían a la vez y tomaban las calles de alrededor de las Facultades de Karlova, sobre todo de las vetustas de Política y Derecho y las de las Filologías, pero ahora, con los alemanes pululando por todos los rincones imaginables, se convertía en un acto de fe: la salida debía de estar por algún lado. Un grajo cruzó la plaza volando, sus ojos amarillos nos enviaban un mensaje. También sus graznidos chirriantes como los de las argollas oxidadas de los maharajás condenados a muerte. Me fijé en unos soldados que colgaban un cartel con el águila y la esvástica en la cabecera; no quise preguntarle a Gabriel por qué no iban vestidos todos igual. Los más jóvenes llevaban un abrigo largo terminado en capa de color caqui, con los cuellos parcos de pico, un cinturón ancho y guantes de piel oscura; su casco parecía un orinal. Otros, sin embargo, vestían completamente de negro: las altas botas, el abrigo impecable, los sobrios guantes, el casco ridículo; solo destacaba el brazalete rojo en el brazo con la cruz gamada levógira. Me percaté de que uno no dejaba de mirarme; era muy joven y, de no haber sido por el rifle al hombro, su atuendo habría parecido tan solo un disfraz. Antes de desviar la vista, me sonrió. Luego se llevó la mano a la boca, extendió la palma bajo los labios y me lanzó un beso. Se acercó a su compañero y le cuchicheó algo al oído. Ambos se rieron mientras comenzaban a andar hacia nosotros. Se detuvieron justo delante.

—Esperad un momento. —El soldado que me había tirado el beso señaló a Gabriel—. Tú, dame tu documentación.

Él comenzó a abrir la cartera en la que llevaba los libros mientras el otro soldado, el de los ojos oscuros y la piel rasurada hacia tan poco que se veía enrojecida y levantada a ronchas por casi toda la barbilla, miró a los dos lados y, de sopetón, me besó en los labios. Los dos militares empezaron a reír a carcajadas. Gabriel cerró la cartera de un golpe y se la estampó en el pecho al que me había besado. Lo golpeó con tanta violencia que el soldado cayó de bruces. El ruido del fusil y el casco al chocar contra los adoquines resonó en la plaza. Su compañero se agachó enseguida y le dio la mano para ayudarlo a levantarse. Dos oficiales giraron la vista hacia ellos, también muchos que esperaban en fila a pocos metros, en la parada del tranvía. Numerosos transeúntes y jóvenes con carteras al hombro empezaron a rodearnos. Gabriel me miró y echó a correr entre la gente. Los dos soldados quisieron perseguirlo, pero no pudieron avanzar al toparse con un corro alrededor. En unos instantes, el sombrero de Gabriel se extravió en medio de otras decenas de cabezas similares que se movían hacia todas partes, como bolas de billar al abrir el juego con una carambola. El soldado al que había tirado al suelo se situó delante de Mariana. Ella le sostuvo la vista. Le puse la mano en el hombro, la sentí temblar.

—Abre esa funda y saca el violín.

Mi amiga lo obedeció. Despacio, le entregó el instrumento. El soldado lo tomó y lo giró hasta colocarlo en un ángulo en que podía mirar por el pequeño agujero. Enseguida volvió a voltearlo en el aire, observándolo con interés. Era muy hermoso, construido de madera de píceo en la tapa, de arce en el fondo y la voluta, y de jacarandá en las clavijas y el cordal. El padre de Mariana lo había traído para ella en uno de sus viajes a Bulgaria. El contraste de colores de las maderas, aun aminorado por el delicado barniz, era tan bello como las caricias de música que de él nacían. El soldado volvió a girarlo, lo examinó por detrás, lo puso de nuevo boca arriba y pasó los dedos por cada una de las cuerdas. Después lo dejó con mucho cuidado en el suelo, con el traste a la vista y, sin desviar la mirada de nosotras, levantó la pierna y la dejó caer encima. Solo entonces cambió su gesto indolente por una sonrisa que enseguida se convirtió en carcajada.

Cerré los ojos. El ruido de la madera al resquebrajarse contra las botas con suela de acero se incrustó en mi cerebro. Me aguanté las ganas de llorar. Tomé a mi amiga de la mano y echamos a andar despacio, esperando que en cualquier momento alguno de los soldados nos diera el alto y nos exigiera la documentación o quisiera interrogarnos sobre Gabriel. El sonido del motor de un coche que pasó muy cerca nos sobresaltó; el ruido fue intenso y breve, como el de un disparo. Las palomas emprendieron el vuelo y se fueron a posar sobre la estatua del Ángel de la Custodia. Sus alas se estiraban hacia el cielo pidiendo clemencia o consuelo. La risa histriónica del soldado que había machacado el violín se fue contagiando a sus compañeros que permanecían en la plaza; algo antinatural o maléfico se apoderó de ellos y todos los alemanes se quedaron paralizados, desternillándose como se reían los demonios del *Naraka* o del caos en la Tierra mientras se comían las vísceras de los muertos. El resto de la gente, vecinos de Praga, los miraba absorta, sin entender aquella orgía de odio y violencia, y, poco a poco, empezaron a retirarse a través de los callejones y las calles que morían en la plaza. El corro alrededor de los dos nazis que seguían carcajeándose con el violín destrozado a sus pies se deshizo mientras, a nuestras espaldas, solo se oía en el aire el retumbar de las risotadas y en el miedo de los que huíamos se presentía el grito de los millones de cadáveres que aquellos soldados dejarían, sin necesidad ni remedio, en las calles de esa ciudad de leyenda y de otras tantas. Desde la Torre del Reloj, las figuras de los doce apóstoles observaron la plaza vacía de todo lo que no fuera el mal y los diablos de acero en los que cabalgaría hasta arruinar esa tierra.

Gabriel llegó el primero a casa. Antes de entrar, se detuvo unos minutos en la escalera del porche. Siempre le había llamado la atención la forma de sus barandillas: rosas con los tallos enroscados y, entre ellas, pequeños pájaros con las alas abiertas. El hombre era capaz de acometer empresas tan viles como perfectas. Gabriel empezó ahora a sentir el frío en su carne y en sus huesos, le picaban mucho los sabañones y las mejillas se le habían enrojecido. Se frotó enérgicamente e intentó respirar más despacio. Sabía que su madre le notaría algo raro y le haría demasiadas preguntas. Pero Katerina no lo vio entrar y él pudo refugiarse en su habitación. Se quitó la camisa y los zapatos y se tumbó en la cama. Se llevó las manos a la cara. Empezó a llorar. No podía aguantar más. Había pensado incluso en irse de voluntario a España, a las Brigadas Internacionales. Pero la guerra allí casi había llegado a su fin y no había logrado reunir el coraje o la rabia suficientes para dejarme. Esa era la razón por la que se había quedado. Yo. No el miedo, ni la falta de agallas, ni sus padres, ni siquiera Daniella. Yo. Solo yo. No podía imaginarse ni un solo día sin tenerme cerca, sin poder oírme y verme, aunque fuera de soslayo. Tenía que pasar cada día unos minutos junto a mí, aunque supiera que yo no era para él, aunque tuviera que soportar a otros acechándome, aunque no pudiera acercarme como deseaba. Aunque tuviera que tratarme delante de todos como una hermana. Al menos mientras siguiera en su casa, podría estar cerca de esa mujer que le había amargado la existencia desde que podía recordar. Que le había dejado sin alma. La persona más espiritual que había conocido nunca era la vampira de su esencia. Si no hubiera existido la posibilidad de que su madre se extrañara y subiera para comprobar qué le ocurría, Gabriel se habría reído de sí mismo. A carcajada limpia. Echado sobre el colchón, consiguió tranquilizarse por fin cuando nos oyó a mí y a mi amiga entrar también y explicarle a Katerina que Mariana se había dejado el violín en casa.

—Si es que un día os vais a dejar por ahí la cabeza. No sé en qué estáis pensando, la verdad.

—¿Ha llegado ya Gabriel? —pregunté intentando disimular mi nerviosismo.

—Sí, lo he oído subir a su cuarto. Debe de haber venido muy cansado, ni siquiera ha pasado a saludarnos.

—¿Podéis esperarme unos minutos? Voy a quitarme estos zapatos, ya no los aguanto más.

Mariana se sentó ante el piano y abrió el libro de música. Repasar nunca venía mal. Katerina eligió uno de sus violines y comenzó a afinarlo. Las cuerdas parecían reconocerla y tardaban poco en acoplarse a sus deseos emitiendo enseguida el sonido que ella buscaba. Dejé en mi habitación los zapatos y me puse con rapidez unos

calcetines gruesos. Al instante, me dirigí al cuarto de Gabriel y llamé a la puerta. No respondió. La abrí y entré. Lo vi tumbado en la cama, con los brazos cruzados bajo la cabeza. Abrió los ojos y me miró de refulón.

—¿Estás bien, Gabriel?

—Perfectamente.

Me aproximé más, las cortinas estaban echadas y la habitación se veía a media luz.

—Has llorado.

—¿De verdad te importa?

—¿Cómo no iba a importarme? Ha sido por mi culpa. Quiero darte las gracias.

—Vete de aquí, Lila. ¡Déjame en paz!

Gabriel se giró de golpe y se colocó boca abajo sobre el colchón. Me senté en la cama y le acaricié el pelo. No se movió. Deslicé la mano por su cabeza, su cabello era muy suave; la bajé por el cuello y me detuve en su espalda desnuda. Su piel se erizó. Levanté la mano y salí de allí. Cómo odié a Neeja. Con toda mi alma, deseé llegar a ser más fuerte que ella. Vencerla. En ese momento, oí sonar el timbre del vestíbulo y a Katerina dirigirse hacia la puerta. Yo ya había regresado al salón cuando ella volvió con un papel en la mano.

—Vaya, Noa, ya has bajado. Parece que hoy no vamos a poder empezar nunca. Tengo que avisar a tu padre, pero vuelvo ahora mismo.

Katerina se dirigió al despacho. Mientras, Mariana y yo nos abrazamos. Ella seguía temblando aunque ya no tenía miedo. Estaba muy excitada; sabía que había presenciado algo que no podría comprender nunca.

—¿Por qué has tardado tanto? ¡He estado a punto de contárselo todo a tu madre! Gabriel tiene razón, son unos cabrones, Lila. Hemos tenido mucha suerte. ¿Por qué se han quedado todos allí, riéndose como energúmenos? Ninguno de ellos se ha movido, como si estuvieran embrujados. ¿No les habrás embrujado tú, verdad?

Continué abrazada a mi amiga. Intenté dejar de pensar en Gabriel.

—Yo tampoco entiendo lo que ha sucedido en la plaza. —Estaba cansada de explicarle a Mariana que no era todopoderosa, que no vivía a la derecha de Dios Padre ni siquiera lo había visto nunca y que, después de haber conocido de cuerpo, palabra y obra a otros muchos espíritus, vírgenes y santos, dudaba hasta de que los dioses de mi abuela, a los que había conocido y adorado de niña, existieran realmente. La única verdad era que la maldad existía—. Mariana, yo ya solo creo en una cosa.

—¿En qué crees, Lila?

—En mí misma y en las personas a quienes amo, estén vivas o muertas. Ellas son mis diosas, a ellas me encomiendo y con ellas intento hablar cuando me encuentro perdida en este mundo o en el otro.

Katerina, al otro lado del pasillo, llamó a la puerta del despacho de su marido y asomó la cabeza como una ardilla tras una rama.

—Vienen a traerte una notificación.

—Cógela tú, por favor. —Fernando siguió leyendo con interés unos papeles sentado ante su escritorio.

—No puedo, el cartero insiste en que tiene que entregártela en mano.

—Pues haz entrar al cartero, mujer, no pasa nada. Será un minuto, puedo atenderlo.

Katerina acompañó al operario hasta el despacho y se reunió de nuevo con nosotras. La clase comenzó sin instrumento y ninguna de las dos quiso asustarla contándole la suerte que de verdad había sufrido el violín.

Mientras tanto, Fernando dejó a un lado los papeles y aprovechó para levantarse y mover un poco las piernas. Había pasado varias horas examinando un caso que no era trivial. El cartero con su gorra plana, abrigo capeado y corbata oscura a juego le tendió un sobre casi desde la puerta. No movió ni un pelo de su poblado bigote, pero chasqueó la lengua como si le molestara estar allí. Fernando tuvo que acercarse a él para poder cogerlo. Al abrirlo, en el encabezado de la carta, el sello del Tercer Reich destacaba como la pitón entre ratones. La leyó despacio y la dejó sobre la mesa. Se volvió al hombre, que esperaba con la misma cara de fastidio. Él le señaló entonces un espacio en blanco de otro papel.

—Tiene que firmarme esto, señor.

Fernando lo leyó y lo firmó deprisa, con la letra desfigurada por el temblor de su mano. Volvió a sentarse. El hombre salió sin despedirse. Katerina nos dejó repasando una escala y regresó al despacho. No le había gustado la cara del cartero al verlo desde la ventana del estudio mirando atrás hacia la casa cuando se subió en su moto, y ella, en cuestión de caras, no solía equivocarse.

—¿Qué pasa? ¿Qué es ese papel, Fernando? Te has puesto pálido de repente.

Katerina no esperó la respuesta, desplegó la carta y la leyó. Luego se puso detrás de su marido, le colocó las manos sobre los hombros y le besó en la cabeza. Se dio cuenta de que su mata de pelo ya no era tal, pero sí su olor, el olor a él que tanto le gustaba. Sintió una ternura inmensa por ese hombre bondadoso que lo era todo para ella.

—No te preocupes, esto durará poco. No los hemos dejado entrar aquí por las buenas para esto. Les cedimos nuestras fronteras a cambio de la garantía de Hitler de que habría paz para los ciudadanos checos. Yo soy checa, no pueden hacernos esto. No pueden. Además, están equivocados, tú no eres judío, en realidad, jamás has practicado ni uno solo de sus ritos desde que nos casamos.

—Katerina, sí pueden. Ya lo han hecho. No puedo seguir ejerciendo la abogacía. Lo pone bien claro. ¿Cómo vamos a salir de esta? ¿De qué vamos a vivir ahora?

—Cálmate, por favor. Yo no soy judía, yo puedo trabajar. Daré clases de música. Eso no podrán prohibírnoslo, ¿no? No te preocupes, encontraremos el modo. Y venderemos lo que podamos. También la esmeralda, sí, no me mires así, también la esmeralda. Obtendremos lo suficiente para sobrevivir. Ya lo verás.

—No puedo calmarme. Es más grave de lo que crees. Para ellos, yo soy judío, Katerina. Ya lo has visto. Da igual que no crea ni que haya educado a mis hijos para que sean de la religión que deseen. Les da igual. Y si quieres vender algo, debemos darnos prisa. Los alemanes están haciendo inventario de todas las propiedades de los judíos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué significa eso?

—Erik vino a avisarme hace dos días. Si algún alemán trabajaba antes de la ocupación en la casa de un judío, es él quien se encarga. Suelen conocer bien lo que hay en las casas en las que llevan años, así no se les escapa nada. Nuestro jardinero debe poner por escrito todo lo que tenemos, los nazis suponen que los alemanes que viven en Checoslovaquia están de su parte. Me dijo que podía esperar unos días, pero que tendría que venir y dar cuenta de nuestras pertenencias. Quieren impedir que vendamos o transfiramos nuestras propiedades. Es la nueva normativa alemana. Después de que lo haga, ya no podremos vender nada. Es como si ya no fuera nuestro.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Lo siento, de verdad que lo siento, mi vida. No sé qué hacer ni cómo actuar. Pensé que no vendrían a por nosotros. No se es judío solo por el apellido o por tener los ojos rojos o el pelo azul. Se es judío porque se lleva en el corazón y en mi corazón no hay cabida para esa religión ni para ninguna otra. Yo soy agnóstico, maldita sea, y si salgo de esta me haré ateo. Pero esta notificación me ha confirmado que les dará igual. Así que debemos esconder bien lo que queramos salvar. Podemos dar gracias de que Erik sea un hombre honesto.

Katerina se puso a llorar.

—Fernando, lo siento tanto. Tenía que haberte hecho caso, deberíamos haber salido de Praga antes. Ahora ya no será fácil encontrar una solución. Debería haberte creído. Fui una estúpida. Perdóname, por favor, dime que me perdonas.

—Ya no hay nada de lo que arrepentirse. Intentaremos irnos, hasta donde podamos llegar. Y para eso tendremos que conseguir más dinero. De todos modos llamaré a Luis, a ver qué nos sugiere. Aunque creo que poco podrá ayudarnos, a menos que pudiéramos viajar a Hispanoamérica, a Argentina o a México, quizá. Sería más fácil. Pero el viaje allí es mucho más caro. Él sigue en Europa, como representante español en la Sociedad de Naciones.

—Lo que tú digas. Lo que decidas estará bien. —Katerina se limpiaba las lágrimas con el dorso de las manos e intentaba no volver a llorar. Se sentía estúpida y, sobre todo, culpable.

—También iré a hablar con Lucas mañana mismo, quizás él pueda, a través de Lázaro, conseguirnos visados. Hay que mover todos los hilos posibles. Y sí, Katerina. —Fernando miró a su mujer y le tomó las dos manos antes de seguir hablando—. Venderemos la esmeralda. Aunque nos pagaran mucho menos de lo que vale,

nos bastaría para el viaje y para poder empezar en otro lugar.

Mi *madre* había llorado solo una vez, cuando los dos se acostaron y apagaron las luces. Habían permanecido abrazados hasta que las piernas y los brazos se les entumecieron y se separaron en la cama, resignados a superar las horas de insomnio. Las palabras sobran cuando hablaban los corazones y los suyos hacía mucho que se entendían. Pasaron el duermevela callados, sin saber qué decirse, dándose la mano y acariciándose el uno al otro, dando vueltas y más vueltas entre las sábanas, hasta que, por fin, el sueño que podía con todas las conciencias había podido solo con la de ella. Katerina no consiguió dormirse hasta bien entrada la madrugada, cuando ya el alba se colaba por las rendijas de las contraventanas. Entonces Fernando se acercó a su cuerpo y se abrazó a ella por la cintura, como siempre que se quedaba dormida dándole la espalda, y consiguió tranquilizarse un poco cuando sintió que respiraba tranquila.

Por eso él, al levantarse muy temprano, había tenido mucho cuidado de no despertarla y se había aseado y vestido sin hacer ruido, luego se metió en la cocina y marcó el teléfono que Asúa le había dado hacía algunas semanas de su domicilio en Suiza. Fernando se emocionó al escucharlo al otro lado del teléfono. Hablaba en voz baja, y a veces la perdía entre ruidos extraños, como un chasquido de luciérnagas en una noche de verano.

—Fernando, cuánto lamento lo que me cuentas, no podrían ser peores noticias. —Jiménez de Asúa le hablaba muy serio. Tenía el desayuno delante, pero se le habían quitado las ganas de hincarle el diente al *croissant*—. Yo haré todo lo que esté en mi mano para conseguirte los visados, pero no a España, no, a España no. ¿Tú sabes lo que te vas a encontrar allí, alma de cántaro? Entrar ahora en España sería un suicidio, es un país destrozado y ellos han ganado, todavía no es oficial, pero ya es un hecho. La caída de Barcelona, el golpe de Casado contra Negrín, en fin, incluso ya han reconocido a Franco oficialmente en Francia y en Gran Bretaña; extraoficialmente ya lo habían hecho hace mucho también en otros países. La guerra está perdida. No laves a tu familia a España, amigo mío.

—Pues consíguenos los papeles para salir a otro país de Europa. Adonde prefieras.

—Lo más fácil es Latinoamérica, aunque más caro, sí, mucho más caro.

—No es solo el dinero, necesitamos cinco visados y cinco billetes para viajar, Luis.

—Haré todo lo que pueda e intentaré que sea en Europa, pero necesito tiempo. Será el mínimo posible. A mí me separaron del ejercicio en febrero, ya no represento a España en nada, no tengo ningún cargo oficial. Pero tal vez podríais ir a París, aunque después de lo de Barcelona las fronteras se han colapsado de republicanos que han huido de Cataluña, sobre todo. No puedes imaginarte cuántos están intentando que los acojan allí. Sería más fácil probar con Reino Unido. En Francia, al ministro Bonnet ahora solo le interesa acercarse a Múnich, Versalles ha muerto, ¡viva la nueva Europa! En fin... , qué tristeza. Y también tienes que saber que, si sumas los viajes más los papeles y los permisos necesarios, costará bastante, no para mí, ya lo sabes, jamás para mí.

—Luis, ¿y cómo estás tú, amigo mío?

—Y tú me preguntas eso... Bien, estoy bien. Ya sabes que María me da muchas oportunidades para pensar en otras cosas. Aunque todavía no se me ha pasado la rabia, no te creas, la rabia tarda en irse, es como una costra que deja una cicatriz estampada en la piel, grabada a sangre y fuego. Han sido muchos palos, muchas desilusiones, y la principal aún está por llegar. Pero no nos queda otro remedio que asumirlo. Después de irnos, hemos sabido mucho más. Y son demasiadas traiciones. Hasta de quienes se decían mis amigos, esas son las que más duelen. Resulta que Benes, o su Gobierno, no puedo saberlo, estaban hablando a mis espaldas con el agente de Franco, con Lázaro, reconociéndolo así como representante de algo a lo que no tenía derecho, casi desde el principio, mientras se comían mis paellas y me decían que harían todo lo que pudieran por venderme sus armas. Vamos, que Benes hasta tuvo la poca vergüenza de pronunciar un discursito maravilloso de apoyo a España en la reunión anual de los miembros del Pen Club con Corpus Barga y la escritora Mercè Rodoreda y me organizó una *garden party* cuando acababan de decidir que el Gobierno checoslovaco comenzaría a mantener relaciones comerciales con Franco. Aunque más dolido está él ahora, sabiendo que no pudo hacer nada para evitar que Francia y Gran Bretaña también vendieran a su país a los alemanes y viendo lo poco que duró su sueño de libertad. Y fue mucho peor lo de la fábrica de armas de Brno, todos esos sinvergüenzas del Gobierno checo, el general, el barón Von Lustig y otros tantos, que se querían quedar con nuestro dinero después de no habernos dado las armas, o muchísimo peor aún lo que el Gobierno checo y el francés nos hicieron en lo del paso del Ebro. Eso precipitó nuestra derrota. Pero eso es mejor olvidarlo ya. O me tengo que pegar un tiro.

—Lo leí en la prensa, Luis. Lo sentí muchísimo, debe de ser algo muy difícil de llevar.

—Pues claro que lo es, Fernando. Allí nos dieron la estocada. Habíamos lanzado una ofensiva magnífica, los facciosos estaban desmoralizados como nunca, pero enviaron aviones italianos a bombardearnos y compramos aviones a los rusos para defendernos. Los checos solo debían permitir que aterrizaran en Checoslovaquia para repostar. Solo eso, nada más. ¡Joder, nada más! Éramos aliados, no debía haber habido ningún problema. Hablé con el ministro de Relaciones Exteriores y le pedí que me respondiera lo antes posible. ¡Que una guerra no espera, por el amor de Dios! Después de vacilar y vacilar, me contestó que no podían darme ese permiso a menos que Francia, su otro aliado, también lo concediera. De modo que consultamos a los franceses y estuvieron varios días pensándose hasta que decidieron que no nos apoyarían. ¿Puedes creerlo? Esa fue la última batalla. Y la estábamos ganando. Nos dejaron en la estacada, Fernando, tirados como colillas. Los malditos aviones que los rusos nos vendieron a precio de oro no pudieron llegar a tiempo. Llegaron en barcos mercantes, para esquivar el bloqueo, cuando ya no sirvieron de nada. Ningún país quería que nuestro Gobierno legítimo ganara la guerra. Ninguno.

—Pero, Luis, eso es horrible. No sé qué decirte....

—No hay nada que decir, aunque ganas no me faltan de echármelos a la cara y decirles lo que pienso. Algunos lo han hecho incluso. Ayala, por más señas; tú lo conoces, su corazón es impetuoso e idealista. Después del desastre del Ebro, me pidió permiso para ir a ver a tu ministro, necesitaba «deslecharse».

—¿Deslecharse?

—Sí, eso me dijo. Una tontería, pero él insistió. Ayala pidió audiencia y tu ministro se la concedió enseguida. Y allá que se fue. El buen señor le dijo que lo sentía mucho de corazón y Ayala no pudo evitar contestarle que él también lo sentía, no solo por los españoles que nos desangrábamos en vano, sino también por los checos, ¿o es que se creía que tras la República española iban a parar? Después irían ellos, los alemanes irían a por Checoslovaquia y lamentarían su cobardía. Y Luis, créeme, tu ministro no le contestó, se echó a llorar como una Magdalena. Lloraba aún cuando Ayala salió de su despacho. Pero me acostumbraré a esto. Y, además, no puedo quejarme, estoy haciendo gestiones para trabajar y ya he recibido algunas ofertas de universidades de Europa y de América. Aunque probablemente terminemos en Argentina, con mi hermano Felipe. Estoy vivo, Fernando, y tú y yo saldremos de esta. No podemos saber qué dejaremos por el camino, pero saldremos. Y la llamada te va a salir carísima, ¡leche! Dejémoslo estar. Te aseguro que haré todo lo que pueda para conseguirte lo que necesitas. Puedes confiar en mí.

Fernando había colgado el teléfono con lágrimas en los ojos. Se las secó con la sufrida manga de la camisa y se puso el abrigo, se anudó la bufanda al cuello y se caló hasta los ojos el sombrero. Pero nada de eso le sirvió para dejar de sentir frío. No había estado más de quince minutos hablando y las farolas en la calle permanecían encendidas cuando salió de casa antes de que nadie más se despertara. Luis le había aconsejado también que ahora sí fuera a ver a Lucas de Ansorena; ellos tenían más poder y debía agotar todas las posibilidades. Fernando llegó al domicilio de los padres de Mariana antes de que nadie allí se levantara. Tuvo que llamar varias veces a la puerta hasta que él mismo salió a abrirle, en bata, con el pelo alborotado y las mejillas sonrosadas.

—Siento mucho haberos despertado. Pero se trata de un asunto muy urgente.

—En mi tierra dicen que al que madruga Dios lo ayuda, hoy comprobaremos si es cierto. —Lucas miró el reloj de cuco colgado junto al gran aparador de acacia y puertas talladas—. Pero ¿qué es lo que ocurre, por el amor de Dios, que no ha podido esperar a otra hora menos intempestiva?

Lucas fue a cerrar la puerta de su habitación y volvió en unos segundos. Arrastraba las pantuflas e iba luchando con su flequillo, que se empeñaba en caer sobre los ojos. Era el único hombre maduro que Fernando recordaba con tanto pelo en ese lado de la cabeza, una hermosa y tupida cabellera oscura que se descolgaba a los lados de su rostro.

—Es algo muy importante, Lucas, sabes que de otro modo no os habría molestado.

—¿Puedes esperar a que me tome un café? No soy persona antes de las ocho de la mañana. Te sirvo otro, supongo que no habrás desayunado todavía.

Entraron en la cocina. Lucas empezó a dar vueltas al molinillo. El ruido de la manivela sonaba chillón y destemplado, como si dos ratas se estuvieran peleando. La cafetera tardó poco en calentarse y el agua comenzó a borbotear. Se sirvió tres dedos y tres cucharadas de azúcar; los minúsculos granos se quedaron dando vueltas mientras tomaba un sorbo tras otro.

—¿Y bien?

—Tenemos problemas, me han prohibido trabajar. No puedo seguir ejerciendo como abogado.

—¿Y cómo ha sido eso? ¿Qué has hecho, por Dios?

—Nada, por supuesto. Soy judío, solo es eso.

—¿Solo? ¿Eres judío? ¿Desde cuándo eres judío?

Fernando no contestó. Cuando era niño, sus padres estaban convencidos de que ya era judío. Cuando se hizo adulto, llegó a creer que podría elegir lo que quería ser. Ahora habían llegado otros que le habían clarificado lo que era. Pero eso su amigo no lo entendería ni en mil años.

—Lucas, necesitamos tu ayuda. Tenemos que irnos de Praga. Hemos pensado que tal vez podrías conseguirnos los visados.

—¿Para España? ¿Allí es adonde queríais ir?

—¿Podrías conseguirnos los visados para Londres?

—Bueno, Fernando, tienes que entender que lo que me pides no es tan fácil. Si acaso, podría intentarlo con España..., sois muchos, España todavía sigue en guerra... No sería nada fácil, no. Yo no soy más que un simple empleado sin importancia y ahora mismo las cosas no están muy bien que se diga, seguimos a la espera de ver qué ocurre. Todavía no tenemos representación oficial aquí. Llegaron a reconocer a Lázaro, pero eso fue con el Gobierno de Benes. Ahora debemos andarnos con pies de plomo hasta comprobar hacia qué lado se inclina la balanza.

—Pero los alemanes son vuestros aliados, ¿no? Yo creí que volvías a trabajar con Lázaro, él sí podría ayudarnos, seguro que sí. No te lo pediría si no lo necesitara de verdad. Katerina está muy asustada y yo, mucho más, si te soy sincero. Esto solo puede ir a peor. Ojalá hubiera hecho caso a Luis.

—¿A Asúa? Él te aconsejó salir y no le tomaste en serio. Claro. Es que algunos sois muy avispados. Lástima que no le salieran bien las cosas. —Lucas apuró el café que quedaba en su taza, se sirvió un poco más y se levantó. Rebuscó en el armario y sacó unas galletas. Se veían los trocitos de chocolate. Engulló dos antes de seguir hablando—. Tú eres abogado, quizás hayas oído hablar de la Ley de Responsabilidades Políticas. Así, a bote pronto, es una ley que ha dictado el Generalísimo —Franco, para que me entiendas—, que condena sin remisión a cualquiera que haya apoyado a la República, ya sea como civil o como militar, desde que comenzó la guerra. Tú, no me negarás eso, has estado del lado de Asúa desde el principio. Eso podría ponerme en un grave aprieto si intercediera por vosotros. Y créeme que me cuesta mucho decirte esto, Katerina y tú sois nuestros amigos desde hace mucho y Noa es, sin duda, la mejor amiga de Mariana; os tenemos muchísimo cariño, no lo dudes, pero... Entiende que tenemos que mirar por nuestro bienestar. Y algún día, Dios quiera que no sea muy tarde, volveremos a España, en cuanto termine la guerra.

Fernando se quedó callado. De todos los escenarios posibles que había imaginado durante toda la noche, uno tras otro y sin pausas en ese duermevela compartido, ese era el único que no había llegado a prever. Lucas prosiguió:

—Además, la ocupación de Hitler también nos ha afectado. No tenemos las manos libres para hacer lo que queramos, ni muchísimo menos. Nosotros no deseamos seguir aquí, nos iremos en cuanto ganemos la guerra, Dios mediante. Nadie sabe qué puede ocurrir aquí en unos meses.

Mi padre de este mundo se levantó y se sirvió un vaso de agua. Le supo sucia, a podredumbre. Los azulejos de la cocina que se suponía habían sido blancos en algún momento estaban amarillentos y la luz se veía mortecina, aunque podían ser sus ojos, cansados por no haber dormido nada. Sintió arcadas que a duras penas alcanzó a disimular. Imaginó la expresión de Katerina cuando le relatara lo sucedido y entonces tomó su abrigo, su sombrero y sus guantes y se dirigió a la puerta.

—Tengo que irme, debo ir a otro sitio, ahora, sí, quizás todavía estemos a tiempo. Es pronto, todavía no está todo perdido. Todavía podemos salir. No podemos quedarnos. Dale un beso a Irene, sí, y a los chicos también. No os vayáis sin despediros, Noa sufriría mucho, ya sabes cómo son los jóvenes..., será para ella una gran desilusión saber que tiene que despedirse de su mejor amiga. No me acompañes, conozco el camino. No te molestes, de verdad. —Fernando tocaba el ala de su sombrero con dos dedos mientras balbuceaba. Se dirigió hacia la puerta mirando al suelo. Antes de salir, se abrochó el abrigo y se lo volvió a desabrochar. Pero no se dio cuenta.

—Espera, hombre, ¿de verdad no te apetece tomar un café? No te veo muy bien, tienes que cuidarte, que hay que estar fuerte para lo que nos pueda venir, nunca se sabe, amigo mío.

Fernando salió sin mirar atrás pero entonces se acordó del plano. Necesitaban el dinero. Volvió a entrar en la cocina. Lucas mojaba más galletas en la taza.

—Se me olvidaba. Katerina quiere que os ofrezca el plano de Jaipur. Supongo que lo recordarás, siempre has querido que te lo vendiera. Ahora nos vendrá bien algo de dinero. Tu oferta fue muy generosa.

Lucas se levantó, se fue hacia su amigo y le puso la mano en el hombro. Fernando la sintió como una losa de mármol sobre su cuerpo aterido.

—Por supuesto. Mira, incluso puedo elevarla un poco, ¿qué te parece si te doy doscientas coronas más? Que no se diga que hago leña del árbol caído. Y no esperes demasiado para traerme el plano, no tardaremos en retornar a España. Las buenas personas tenemos un ingente trabajo por delante para reconstruir un país que esos rojos nos han dejado pero que muy perjudicado.

Katerina no quería salir de casa. Rehuía hacerlo desde que Fernando había escondido la cajita de música. Estaba convencida de que en ella seguía guardada la esmeralda, incluso en el viaje de vuelta de la India había estado allí, metida en uno de sus compartimentos secretos, ¿quién podría imaginar que un artilugio como ese escondiera una joya parecida? A su lado, en el cofrecito de nácar en el que se la dio su abuela Milena, estaba la pulsera de granate checo, oro y diamantes. Ambas alhajas eran lo único que habían decidido sacar de la lista que Erik tenía que confeccionar, aunque el hombre lo había pospuesto algún tiempo más: no se encontraba con cuerpo para hacer recuento de algo que no era suyo. Esos objetos habían sido testigos de la vida entera de sus dueños, de sus ilusiones, de sus fracasos y sus éxitos. Él no quería ser partícipe de algo así, por mucho que otros lo estuvieran haciendo en las casas de todos los judíos que conocía. Había que valer para eso y él no valía, ni mucho menos. Katerina, sin que Fernando la viera para que nada consiguiera removerle la ausencia de recuerdos, había guardado también las joyas de mi abuela Asha, las escondió cuando me trajeron a Praga y desconocía si tendrían algún valor, pero estaba segura de que lo tenían para mí. El *sitar* que le regaló la *rani* permanecía colgado en la habitación del piano; a los ojos de los demás, no parecía valioso.

Y ella no quería dejar sola la casa porque tenía miedo de que alguien entrara cuando no hubiera nadie y encontrase el escondrijo. En cuanto franqueaba la puerta y se veía en el jardín, le ascendía una náusea desde el estómago y solo se deshacía de la angustia si volvía a entrar. Qué estúpida se sentía al ser consciente de ese temor extraño, ¡ni que pudiera impedir que se llevaran lo que quisieran si a alguien se le ocurría colarse mientras ella estuviera presente! Pero los miedos son a veces irracionales, surgen de alguna parte muy escondida del alma o del corazón.

Sin embargo, se le había terminado el azúcar y quería prepararle a Daniella una tarta para celebrar su cumpleaños. Tan solo faltaban un par de días para su gran día. No podía posponerlo más. El pastel preferido de mi hermana era uno relleno de nata con cobertura de chocolate negro. Pero si además le ponía alguna figurita especial, que solía buscar días antes para ella en los puestos de marionetas y juguetes de madera del mercadillo de la calle Havelská, la pequeña lo agradecía con miles de besos sonoros para Katerina y con esa sonrisa limpia que los niños regalan mientras son muy pequeños. Así que esa mañana tomó la decisión de acercarse hasta el mercado. De mi mano para no caerse con los ojos cerrados, la acompañé hasta que salimos del jardín y luego me quedé cuidando de Daniella. Mi *madrebis* se subió al tranvía frente a la cervecería Las tres perdices, muy cerca de nuestra casa, y después de siete paradas llegó a su destino, en el Josefov. Allí, en una tiendecita al lado de la sinagoga Pynkas, vendían el mejor chocolate de toda Praga, traído de Suiza. Su rótulo dorado ya lo avisaba: «Donde el chocolate es nuestro mayor placer y el tuyo». Katerina intentó no mirar a los soldados que, de cuatro en cuatro, mariposeaban por cada rincón, incluso dentro de la tienda, pero la vista se le iba detrás de sus fusiles y sus caras de niños. La mayoría fumaban y sus pitillos encendidos les resbalaban por la comisura de los labios. La expresión macabra de indiferencia de casi todos era lo peor de esos hombres que habían irrumpido en la intimidad de los moradores legítimos de la ciudad. El tendero la atendió como siempre en los últimos tiempos, con la sonrisa de satisfacción que se le escapaba cuando una clienta volvía a buscar algún producto que él aún podía ofrecerle.

Però algo esencial de todos aquellos con quienes mi madre de este mundo se encontraba desde que los alemanes se habían adueñado de lo ajeno había cambiado: los saludos no eran los mismos, los gestos se habían endurecido, las miradas se desviaban a menudo y se detenían, un instante cada vez, en aquellos que no debían estar allí. Era esa una sensación compartida de violación de un espacio y un tiempo propios, de sacrilegio de lo legítimo, que al salir de la tienda le hacía sentir al tendero como a alguien muy próximo, uno de los suyos, de los que sí tenían derecho a estar.

Katerina vio llegar el tranvía al otro lado de la calle y se dispuso a correr para no perderlo, pero entonces creyó reconocer a una pareja que caminaba despacio dos o tres portales más allá: sí, eran los Stein, los padres de Ada, una de las mejores amigas de Daniella en el colegio; el pelo largo y blanquísimo del padre lo diferenciaba entre el resto de los mortales e incluso de los eternos. Katerina cruzó la calzada sin mirar y la sobresaltó el claxon estrepitoso de un Mercedes negro que pasó cerca. El soldado que lo conducía no había disminuido la velocidad de la marcha, pero nadie levantó la cabeza para recriminárselo al menos con el gesto. Al acercarse más a la pareja, mi *madrebis* se dio cuenta de que la mujer estaba llorando. Siempre le había parecido menuda y delicada, pero entonces la encontró casi infantil, con los mofletes enrojecidos y los agujeros de la nariz y los labios mojados. Katerina no pudo remediar acariciarle la mejilla antes de hablarle.

—Pero, mujer, ¿qué puede pasar tan grave como para que te encuentre así?

Shosha se abrazó a su marido y su llanto se hizo más estridente. Él esbozó una medio sonrisa que no encajaba con los gemidos que su esposa estaba profiriendo sobre su pecho. Ella se apartó y se refugió en los brazos de Katerina.

—No puedes imaginarte, de verdad... —balbuceó la mujer sobre el pecho de mi madre—. Es horrible. Lo que he hecho es lo más horrible. Pero ya me calmo. Ya, ya..., ya está.

—Pero, Shosha, ¿qué ha sucedido? ¿Qué te ha ocurrido para que llores así?

La mujer volvió a abrazarse a ella y siguió gimiendo. Su marido la cogió por el brazo y se acercó un poco a Katerina. La voz le salió como el sonido del cristal mojado al deslizar por él un dedo. Él también tenía dos surcos negros alrededor de los ojos irritados. Pero se mostró algo más sereno.

—Es Ada. Acabamos de dejarla en la estación. Ha tomado el tren para hacer el viaje hasta Londres.

—¿Vuestra hija? ¿Se ha ido con algún familiar? Pero, mujer, no te preocupes, que estará bien. A los niños les encanta hacer cosas nuevas. Verás qué pronto la vuelves a tener contigo.

Shosha dio un grito y se volvió a sonar la nariz, pero esta vez el pañuelo no impidió que el sonido retumbara. Su marido siguió hablando mientras volvía a cobijarla bajo un brazo.

—No, no es eso, Katerina. Se va a vivir con una familia de acogida en Reino Unido. Solo mientras dure esto. Nosotros no podíamos irnos y mi hermano nos avisó de que alguien había creado una organización para sacar niños judíos de aquí. Es el Comité Británico para los Refugiados de Checoslovaquia. También han mandado para allá a mi sobrino. Se han ido juntos, en el mismo tren. El hombre que lo dirige se llama Nicholas Winton y es agente de bolsa. Se ha llevado ya varios trenes de niños judíos a su país. Les consigue el visado y el permiso para quedarse allí, y les busca familias que los acogen en su casa mientras aquí se arreglan las cosas. Además, consigue donaciones para ayudar con los gastos, para pagar el viaje en tren y la búsqueda. Es un santo. Ha empapelado de anuncios los diarios de su país, las iglesias y las sinagogas para pedir ayuda, y los ingleses, gracias a Dios, han respondido.

—Pero ella no es su hija, ella es nuestra hija, por Dios, no digas eso, Karl. —Shosha parecía a punto de desmayarse—. Creímos que era lo mejor para ella, nosotros podremos sobrevivir, pero ella, tan pequeña, lo tendrá mucho más difícil. Supongo que vosotros os iréis pronto, ¿no? Todos los que pueden se están yendo, nosotros nos quedamos porque no tenemos más remedio. Ojalá hubiéramos podido irnos con ella, mi pequeña, mi pequeña niña...

Shosha y su marido se abrazaron. Katerina se sobrecogió más incluso al ver las lágrimas de él. Sintió un intenso deseo de irse. Se le había encogido el pecho y apenas fue capaz de pronunciar unas palabras de ánimo al dejar en el suelo la bolsa de cartón con el chocolate y abrazarlos para despedirse.

Ya en el tranvía, desde la ventana, los vio entrar cogidos de la mano en la sinagoga, buscando consuelo justo en aquello que los había forzado a separarse de lo que más querían. Katerina no era capaz ni de recordar lo que les había dicho. No podía razonar con claridad, su pensamiento saltaba de un lado a otro como en un *rickshaw* lanzado por un precipicio. ¿Cómo habían sido capaces de dejar que su hija se fuera a vivir con unos desconocidos? ¿Cómo podía nadie desprenderse de su tesoro más valioso? Sin embargo, ya antes de que el tranvía llegara a su parada, en la calle Korunní, junto a la sombrerería El ala azul, mi madre de este mundo ya había intuido cuál podía ser el motivo, el único, que obligaría a alguien a dejarse morir así: esa razón era el amor. Sí, el amor era la única motivación plausible para ponerse del lado de los que huían o de los que se resignaban o de los que se rendían.

En cuanto llegó a casa, Katerina se fue derecha a la estatua del jardín. Dejó la bolsa a sus pies y, en el pedestal que la sostenía, retiró con dificultad la losa que tapaba el orificio. Pesaba mucho aunque ella apenas se dio cuenta. Las dos cajas seguían allí, envueltas en varias capas de papel de periódico. Abrió el cofrecito y comprobó que contenía la pulsera. Entonces sintió que algo no era como debía. En un impulso, tomó la otra caja. El corazón le latía deprisa, sonaba igual que las bombas de los buques de vapor que recorrían el Moldava navegando a toda máquina contracorriente. En unos instantes, sus sospechas se confirmaron: la esmeralda había desaparecido, no estaba en el compartimento secreto, el que se abría al dar solo tres vueltas y cuarto a la llave que ponía en funcionamiento el mecanismo para que sonara el carillón. La música se burló de ella con su belleza mecánica. Las lágrimas comenzaron a resbalarle por el rostro, pero siguió examinando el resto de

compartimentos del regalo de Burbujas con frenesí, hasta que se dio por vencida. Metió de nuevo la pulsera en el cofre y envolvió las dos cajas, lo dejó todo donde estaba, encajó la losa y pasó dentro. Buscó la bombonera donde guardaba las fotografías que había reunido desde que Fernando, al nacer Daniella, le había regalado una fabulosa cámara Leica con doble objetivo; se sentó en el sillón de la galería; y empezó a mirarlas. En ella podía haber reunidas quizá cientos de fotos de mi *hermanabís*, también mías y de Gabriel. En esas imágenes había quedado capturada, para siempre, una gran parte de su vida. Muchos de los instantes más felices. Su existencia.

Así la encontré yo horas después sentada casi inmóvil, acariciando en una fotografía el óvalo del rostro de Daniella con dos dedos, cuando llegué de recoger a la niña de la escuela.

—Daniella, por favor, sube a tu cuarto y quítate los zapatos, luego buscas la muñeca del pelo oscuro, la de madera; echas mucho jabón en la bañera; la llenas con agua muy caliente y te metes allí con ella, a jugar un buen rato con las burbujitas, ¿quieres?

La niña me observó con un gesto de inmensa alegría y a la vez de extrañeza, y me obedeció como casi nunca hacía; ni siquiera había visto a su madre, acurrucada sobre el sillón cerca de la ventana. Entonces me acerqué a Katerina y le besé las manos y las mejillas. Olían a bebida de anises y miel. Pero su frialdad me heló los labios.

—Tuve que hacerlo, Katerina. Tienes que creerme.

Ella me miró a los ojos. Pude ver su dolor y su miedo; también su inabarcable angustia. Su rostro, tan hermoso aún, se veía cansado. La vida agotaba. La piel se había reblandecido y las arruguitas de los ojos se le habían marcado como heridas abiertas. Sus ojos grises temblaban.

—Explicámelo, no puedo entenderlo. Por favor, explicámelo, Lila.

—Te juro que no me quedó otro remedio. Habría sido mucho peor si hubiera seguido aquí.

—Y yo tengo que creerte, sin más. No sabes lo que has hecho. Sin la esmeralda, ya no tenemos ninguna opción. Tendremos que quedarnos en Praga. ¿Eres capaz de ver el más allá pero no sabes lo que está pasando delante de tus narices?

—Si la esmeralda hubiera seguido en esta casa, algo horrible habría sucedido. Créeme. Lo hice con la mejor intención, Katerina, te lo prometo. Si me equivoqué, lo hice pensando que esa era la mejor elección, el mejor camino. Siempre hay otros, pero yo opté por ese. Seguí el consejo de Asha. Ella nunca se equivocaba. Yo... — Empecé a llorar, tantas cosas habían cambiado desde que había vivido al cobijo de su magia que no era capaz de seguir defendiéndome. Pero quería tanto a esa mujer que habría dado mi vida por ella—. Por favor, debes creerme cuando te digo que jamás he hecho algo para dañaros, Katerina, ni jamás lo haré. Tú lo sabes, dime que lo sabes. Si me equivoqué, haré todo lo posible para enmendarlo. Lo que me pidas.

Katerina se tapó los ojos. Sollozaba sin emitir ningún sonido. Me senté a su lado y la abracé. Mi madre de este mundo recostó la cabeza en mi pecho y siguió llorando como la niña que ve al gorrión estrellarse contra el suelo y no pudo evitar que se cayera de su nido, sintiéndose perdida cuando debería haber sido ella quien guiara a los demás. Ambas nos quedamos así hasta que llegó Fernando y yo empecé a contarle lo que había hecho con la esmeralda. Él me dejó hablar y, cuando hube terminado, se abrazó a mí y a mi madre de este mundo y se quedó apoyado en nosotras, sin hablar, hasta que las luces del atardecer se tornaron estrellas que amenazaron con llegar a convertirse en fugaces.

Al día siguiente, tras otra noche más de insomnio y vueltas y vueltas sobre sí mismo, Fernando se levantó temprano, se vistió en silencio, buscó bajo la estatua del jardín la pulsera de la abuela Milena y, sin tomar siquiera un café, ni afeitarse o cambiarse de ropa ni despedirse, salió de casa. Atravesó calles que no vio y se cruzó con hombres y mujeres a quienes solo esquivó. Y no pudo llegar a arrepentirse de haberse puesto en marcha de esa guisa porque, cuando por fin llegó a su destino, enseguida reparó en que también el resto de la gente había cambiado. Se veían desaliñados, con las ropas desgastadas y el pelo grasiento; hasta las mujeres con los sombreros o los abrigos más peripuestos parecían llevar debajo vestidos pasados de moda o remendados. Quizás siempre había sido así, quizás las personas con las que se encontraba en la botica, en el mercado o en el embarcadero nunca habían sido de otro modo y solo había cambiado su manera de mirarlos. Los únicos que no le producían esa sensación de dejadez y desesperanza eran los soldados: andaban con paso firme, impolutos, altivos y hasta elegantes incluso con su vestimenta de campaña y sus cascos en otro escenario grotescos.

Fernando se dio cuenta entonces de cuánto echaba de menos su ciudad de siempre y a sus vecinos: sus calles engalanadas y repletas de gente para celebrar su ansiada independencia, no hacía tantos años; la insigne ceremonia junto al antiguo puente de cadenas que se llamó De las Legiones en conmemoración de los legionarios checos fallecidos en la Gran Guerra, la que ahora, si nadie lo remediaba, se llegaría a llamar Primera Guerra Mundial porque existiría una segunda; los fastuosos bailes del palacio de Zofín, donde todos vestían como príncipes y reinas y danzaban al son de la fabulosa música de su Smetana, ahora vilipendiado; sus violines sonando en todos lados, sus marionetas de madera, sus dulces de piñones, moras y azúcar; sus incontables leyendas sobre el diablo, a quien los checos parecían amar a juzgar por la insistencia en encontrarlo en todas partes: el Lago del Diablo, el Paredón del Diablo, el Muro del Diablo, la Mano del Diablo; sus poetas... Antes, todo eso parecía tan solo una pincelada costumbrista y, sin darse cuenta, su ubicuidad le había llevado incluso a aborrecerlo. En ese instante era lo que los diferenciaba, un sello de identidad nacional que incluso él, extranjero casado con una checa, deseaba recuperar a toda costa. Un atisbo de sonrisa apareció en su rostro al recordar el «Hey, hey, hey» con que Katerina comenzaba a menudo los cuentos que relataba primero a Gabriel y Noa, y después a Daniella: la llamada de los fantasmas *Heykal* que poblaban los bosques checos, hombrecitos minúsculos con uñas de gato en los pies, ataviados con chaqueta, pantalón ancho y sombrero de copa. Si alguien respondía a su llamada, el *Heykal* se subía a la espalda del insensato y no había forma de librarse de su compañía. Qué placer extraño sentía ahora al recordar todo eso que otros intentaban borrar o destruir.

Cuando vio la casa de empeño, Fernando se detuvo en la acera de enfrente, justo a su altura. La cola para entrar daba la vuelta a la esquina. El edificio donde se encontraba el establecimiento era rosa y lujoso, recorrido por varias hileras de ventanas y balconadas. Dos blasones rojos colgaban a los lados del portalón al que llegaba la fila donde hombres y mujeres aguardaban en silencio, con la cabeza baja o mirando a la nada. La solemnidad del inmueble contrastaba con su expresión de angustia. Pero ahora eso ocurría a menudo: no era Praga ciudad para mendigos ni vencidos sino para emperadores y triunfos. Alguna mujer llevaba de la mano a un niño, que también callaba. Fernando tuvo un extraño presentimiento: se detuvo a observar antes de cruzar y colocarse detrás del último para guardar su turno. Dos mujeres salieron de la tienda y se dirigieron hacia donde él esperaba. Una de ellas lloraba mientras la otra llevaba la mano puesta sobre su hombro. Fernando tuvo la sensación de que, si la hubiera soltado, se habría caído al suelo. Ambas cubrían su cabeza con un pañuelo oscuro de felpa; por debajo, sus ojos claros resaltaban rodeados de rodiales pálidos. Cuando ambas estuvieron lo bastante cerca, mi *padrebís* puso mucho interés en escuchar lo que una le decía a la otra, casi gritando, entre grandes aspavientos.

—No puedo creerlo, si lo hubiera sabido, jamás habría venido. ¿Qué haremos ahora, dime, qué podemos hacer? Sin dinero y sin las joyas. Estos desgraciados se lo quieren quedar todo. ¡Pues claro que era mío!, ¡de mi difunta madre! El oro de toda una vida, maldita sea, el oro de toda su vida perdido, regalado por nada porque no tengo papeles que lo demuestren. ¿Y quién los tiene? ¡Malditos sean!, Roxana, ¡malditos sean ellos y todos los suyos!

Mi padre no quiso escuchar más. Sin llamar la atención de los dos soldados apostados en la puerta de la casa de empeños, se giró y echó a andar de vuelta a nuestro barrio. En su mano, todo el tiempo, la pulsera colgaba entre sus dedos; al depositarla otra vez en su pequeño cofre, vio la marca que le había dejado en la palma y fue consciente de que tampoco ahora recordaba ni el camino por el que había regresado ni si había deambulado por las calles o se había detenido para descansar. Todo eso se le había borrado de la memoria. Ya no importaba. Del mismo modo deseó borrar su presente y deshacerse de todo lo que ya no le gustaba en esa nueva vida espantosa en la que lo obligaban a habitar. Entonces se hizo una promesa: saldríamos de esta. Entró en casa, se quitó la chaqueta y se sentó en el mirador; Katerina llegó al salón en ese momento, llevaba esperándolo desde que le había escuchado cerrar la puerta e irse. Pero no le dijo nada, solo se acercó y le acarició el pelo mientras él miraba a través de los cristales, inmóvil y callado, a algún lugar al otro extremo de la ciudad, en el cielo enturbiado de azules y rojos en otro tiempo brillantes y ahora desdibujados que las nubes ensuciaban a lo lejos sobre la hermosa ciudad tomada de Praga.

Varias horas más tarde, en el salón de la sólida construcción en la que pasábamos la vida, Fernando marcó muy despacio el número de Asúa en Suiza. Confiaba en encontrarlo, aunque ignoraba cuántos días más permanecería allí después de las noticias que llegaban sobre España. Si no había llamado en cuanto desistió de intentar vender la pulsera, solo fue porque, en realidad, Fernando no quería escuchar. Sin dinero, estábamos perdidos. En metálico solo disponíamos de lo que Lucas había ofrecido a mis padres por el mapa y lo que habían guardado desde que Luis les advirtió de la gravedad de la situación, hacia ya casi un año. Las acciones habían bajado y, si intentaban venderlas, perderían casi todo lo que habían invertido. Katerina se colocó detrás de Fernando, Gabriel y yo nos sentamos a su lado. Daniella jugaba con su muñeca preferida sobre el sillón, le contaba que al día siguiente la invitaría a probar la famosa tarta de cumpleaños de su madre. El pitido sonó varias veces antes de que

descolgaran. La operadora le pidió que esperara un momento para repetir la llamada a cobro revertido. Fernando aguardó y descolgó al primer timbre.

—No hemos conseguido el dinero, Luis. Solo hemos podido reunir una pequeña cantidad. Tenemos que quedarnos aquí; siento si te he molestado para nada. —Mi padre de este mundo apenas pudo terminar la frase.

—Pero eso no puede ser, tenemos que buscar alguna solución. Tenéis que salir de allí, ¿me oyes, Fernando? Yo ya casi he conseguido todos los visados para que vayáis a París; Pascua, el que era nuestro embajador allí, nos ha echado una mano. Ha habido un problema con el tuyo y el de Katerina, pero me han prometido que tardarán poco en tenerlos listos. Y por el dinero, bueno, de lo de los papeles y el tren yo me encargo, no te preocupes, solo intenta conseguir algo para manteneros aquí un tiempo. Solo para eso. Escúchame, va a haber una guerra en Europa, Alemania está preparando la invasión de Polonia, no tardará en entrar allí también con su ejército, podrían ser meses o solo semanas. ¡Tenéis que salir!, ¿me oyes? ¡Tenéis que salir ya!

—Pero eso no puede ser cierto. ¡Es una locura! —Los gritos de mi padre nos sobresaltaron.

—Debes hacerme caso. Otra cosa no he conseguido, pero el SII ha resultado ser un servicio extremadamente eficaz. A pesar de la falta de dinero, llegamos a controlar nueve países, incluido Alemania, y teníamos hasta un servicio de contraespionaje, mis agentes del «territorio rebelde». Siempre conocimos al milímetro sus movimientos. Por favor, hazme caso, Fernando. No puedes dudar de esa información, viene de Berlín, de las legaciones de América del Sur, de su Estado Mayor, también se han vigilado sus fábricas, los regimientos de Württemberg y hasta la prensa alemana. Por favor, créeme y haz que todo esto sirva para algo ahora, ya que entonces todo lo que consiguieron esos magníficos hombres que pusieron en peligro sus vidas por sus ideales se perdió sin que nadie lo tomara en cuenta. Deberían haber usado todos esos informes en los foros internacionales, para defender a nuestro Gobierno desenmascarando a los italianos y los alemanes con datos reales y contrastados. Pero en España no se les dio importancia, tal vez hasta los guardaran en un cajón, y muchas veces ni llegaron a París y a Londres. No hagas tú lo mismo, Fernando. Por favor, por favor. Tenéis que salir de Checoslovaquia. Estas cosas no se pueden decir por teléfono, pero yo no he venido a Ginebra solo para ser el delegado permanente de la Sociedad de Naciones.

—¿Cuándo tendrás los papeles que faltan?

—A tiempo.

—¿Y cómo vas a hacérselos llegar?

—Uno de nuestros agentes del SII viajará dentro de dos semanas a Praga de regreso a su país, la fecha exacta ya te la diré, pero prepáralo todo para dentro de unos quince días más o menos. Me hará ese favor. Mucha gente sigue teniendo principios, sí, sigue habiendo gente buena. Yo os haré llegar también los billetes para el tren. Las fronteras aún están abiertas, pero los alemanes las cerrarán en cuanto entren en Polonia. Os avisaré cuando todo esté listo y os daré más instrucciones cuando él salga de Suiza.

—Muchas gracias, Luis, de verdad. No sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por nosotros.

—Pues cómo me lo vas a agradecer, poniendo a salvo a tu familia, que todavía tenemos muchas cosas que hacer juntos, ¿o es que ya se te han olvidado las partidas de mus tan fabulosas que nos marcamos? Venga, que no se diga, Fernando, que esto es solo un tropiezo en el camino. Vais a salir de allí como me llamo Luis Jiménez de Asúa y, una vez fuera, paz y después gloria, amigo mío. Paz y después gloria.

Luis nos llamó a la semana: ya había conseguido todos los documentos necesarios para que los soldados alemanes nos permitieran subirnos a los trenes, con valija diplomática. Y le marcó a Fernando fecha y hora donde encontrarse con su agente. También nos avisó de que no debíamos llamar la atención y mucho menos decirle a nadie que nos íbamos. Mis padres ya habían preparado una carta de despedida para Erik. Menos mal que se había apiadado de nosotros; gracias a él pudimos llevarnos las joyas de Asha y la pulsera. En París, sería más fácil venderla y por mucho más dinero. Fernando me había perdonado enseguida por lo de la esmeralda y no habíamos vuelto a mencionarla. Aunque no sabía por qué, él seguía sin fiarse de esa piedra. Katerina era un alma brillante y no sabía guardar rencor. Y embalar una vida en tan solo unas cuantas maletas fue lo más difícil que Fernando había hecho jamás; antes, sus maletas siempre habían estado vacías. Mi *madrebis*, sin embargo, ya había empacutado otra vez sus recuerdos, así que lo sobrellevó algo mejor. Daniella se divirtió mucho curioseando todos los preparativos, la casa desordenada y todas las cosas por medio; y, como le dijimos que nos íbamos de vacaciones, estaba nerviosa y feliz por la nueva aventura. Gabriel se dejaba llevar a condición de que fuera encabalgado en mi estela. Lo que resultaba inexplicable era cómo nadie en esa casa se había percatado aún de ello, de que Gabriel vivía siguiendo la estela de su hermana.

El día previsto para que Fernando se reuniera con el agente de Luis, él debía ir solo a la cervecería Las tres condenas; sentarse en la mesa del fondo, la que estaba pegada a la ventana desde la que se veía el río, y pedir al camarero tres cervezas y un Becherovka. Si todo iba bien, al poco rato, el agente se sentaría a su lado y se pondría a charlar con él como si se conocieran de toda la vida. Igual que en las películas que proyectaban en el Celetna Cinema, el hombre llevaría en una mano una bufanda de cuadros y una flor blanca, y en la otra una cartera de piel oscura. Al terminar su cerveza, Fernando debería irse con la cartera; en ella irían nuestros salvoconductos para atravesar las fronteras hasta llegar a Francia y los billetes para el tren. Nervioso pero con determinación, Fernando llegó pronto a su destino, entró y observó: en la sala solo había tres o cuatro clientes desperdigados y el camarero observando por la ventana. Ninguno se volvió a mirarlo. Él pidió las cuatro bebidas, se sentó donde debía y empezó a darle sorbitos a su pinta.

Al cabo de dos horas, el vaso ya estaba vacío y Fernando a punto de sufrir un ataque cardíaco o una hemiplejía. Esa era la única forma de huida que nos quedaba. Confiaba en Luis. Jamás nos abandonaría. Entonces yo entré en el establecimiento. Él tardó unos instantes en verme en la puerta. Me acerqué con paso firme y le ofrecí mi mano.

—Vamos, padre. Él no vendrá.

No me entendió. Quizás no quiso entenderme. Meneó la cabeza hacia los lados demasiado rápido.

—¿Qué has dicho? Repíteme lo que has dicho.

—Él no vendrá. Nadie vendrá a traernos nada. Vámonos a casa.

—Eso no puede ser, estás equivocada, Noa. Esperemos un poco más, tiene que venir. Sabe que necesitamos esos papeles. Sin ellos, no tenemos ninguna salida. Vendrá.

Intenté que no viera mi desesperación. Me abracé a él y le di un beso en la mejilla. Estaba enrojecida y caliente. Esperé unos instantes. Lo oí llorar. Seguí esperando, pero él no se movió. Lo agarré por los hombros y lo ayudé a levantarse. Apenas podía andar. Lo conduje hasta el taxi en el que había venido a buscarlo. No paró de llorar hasta que el conductor se detuvo frente a nuestro jardín.

En casa, Daniella jugaba con Gabriel y los dos se arrastraban sobre la alfombra. Katerina parecía observarlos, pero en realidad no los veía. Se sobresaltó al escuchar el ruido de la puerta de la calle cerrándose. Supe que ella también lo había averiguado ya. Su voz sonó en un susurro, monótona y desprovista de emoción, como una ola tras otra invadiendo las orillas de una playa inexplorada.

—Ha llamado Luis. Ha ocurrido algo terrible. Tirotearon la avioneta en la que viajaba su hombre con nuestros papeles. Hubo una filtración. Alguien sabía que en ella viajaba, además del agente, una valija de los franceses que espían a los alemanes. Todos los que iban en esa avioneta han muerto, al caer se incendió y nada ni nadie se ha salvado de las llamas. Luis me ha confirmado que Alemania invadirá también Polonia antes de un par de semanas y, cuando eso suceda, supondrá la declaración inmediata de guerra. No se podrá salir de Checoslovaquia y lo que vendrá después será otra guerra mundial, la Segunda Guerra Mundial. Él y María lo tenían todo listo para irse a Argentina en una semana, no hay tiempo para preparar más visados y hacérselos llegar ni pueden posponer más el viaje. Me ha dicho que saquemos a Daniella de aquí con el inglés, con Nicholas Winton. Luis lo conoce, intentará por todos los medios que la introduzca en el quinto tren para Londres, sale dentro de dos días. Ella es la más indefensa. En Londres estará a salvo. Pero se tendrá que ir sola, los británicos solo admiten a niños judíos menores de edad. Ni Noa ni Gabriel podrán acompañarla. Lloraba, Fernando, Luis estaba llorando mientras me hablaba.

—¿Y quieres hacer eso, Katerina? ¿De verdad quieres que ella se vaya sola a otro país con unas personas que no conoce?

Ella se levantó y tomó a Fernando de las manos. Su expresión cambió, se suavizó, aunque sus ojos se enturbiaron. Y le habló con mucha dulzura, como si algo en ella se hubiera apaciguado de repente, como si el aliento de la sabiduría de la vida la hubiera alcanzado y ya pudiera verlo todo y conocerlo todo. Como si estuviera llena de amor y no de odio.

—No me pidas que te lo explique, amor mío, pero siento que ya perdí una hija. Ella tenía entonces más o menos la edad de Daniella y en aquella ocasión no pude hacer nada por evitarlo. Ahora sí puedo. Y sí, lo haré. Daniella se irá a Londres en ese maldito tren y, cuando todo esto termine, de alguna manera la recuperaremos.

El sol se había ocultado tras una neblina rosácea. En la ventanilla del automóvil, yo miraba el dibujo que Daniella había trazado en el cristal con una pintura de cera amarilla durante el trayecto hasta la estación. Nadie había tenido ganas de reprenderla y la margarita igual de grande que la casa con las nubes como dulces *rajbhog* flotando por encima seguían allí, el último testimonio mudo, pero eficaz de su pequeña autora. Gabriel y yo habíamos acompañado a Katerina y a Fernando a buscar al inglés de la plaza de Wenceslao. La cola para conseguir un billete en uno de los trenes de su organización que salían para Londres era una culebra multicolor que reptaba hasta perderse detrás de dos esquinas. Nicholas Winton me había parecido un hombre demasiado joven y nervioso. Pero, de un modo u otro, había conseguido vencer la resistencia de los políticos conservadores de su Gobierno que finalmente permitieron la entrada de los asustadísimos niños. El Congreso de los Estados Unidos ya había rechazado antes participar en la iniciativa, negándose a admitir a ningún refugiado checo, ni siquiera aunque la mayoría de los elegidos no había cumplido aún los siete años. Al mirarlo dentro, sentí el coraje y la fuerza que lo habían llevado a ponerse de ese lado. Y el agente de bolsa reconvertido en redentor ya había conseguido sacar de Praga seis trenes llenos de niños con destino a Londres.

Los únicos requisitos eran ser judío, tener menos de diecisiete años y cincuenta libras esterlinas, que Katerina había conseguido, sin recurrir a los ahorros, vendiéndole a Erik el *sitar* regalo de la raní. El alemán llevaba mucho tiempo prendado de ese instrumento y su esposa era, como Katerina, una enamorada de la música. Y le había dado el dinero a mi *madrebis* sin parar de llorar. Winton admitió en el último momento a Daniella entre los elegidos; la recomendación por escrito de Asúa no le había resultado suficiente para descartar a otro niño a dedo y solo cuando una madre indecisa se echó para atrás y decidió sacar a su propio hijo de esa lista macabra, decidió el inglés asignarle su puesto.

—No vamos a llorar, Fernando. La recuperaremos, ¿me oyes? Ni una sola lágrima más. Lo has hecho muy bien, cariño. Ella no te ha visto triste, se ha ido pensando que nos volverá a ver en muy poco tiempo, con su libreta bajo el brazo, para apuntar todo lo que le pase y que no se le olvide luego contarnos nada. ¡No vamos a llorar!

Fernando detuvo el coche delante del zaguán y se quedó inmóvil mirando a Katerina, que le puso las manos en las mejillas y lo miró fijamente.

—La recuperaremos, ¿me oyes?

Katerina se bajó el primero y se metió rápidamente en casa. Esperé a que mis padres de este mundo se aparean también y entonces me abracé a mi madre y echamos a andar hacia la puerta. Fernando nos seguía unos pasos por detrás. Llevaba la cabeza gacha y se frotaba las manos sin cesar. En el vestíbulo, me detuve delante de ellos.

—Volveréis a estar con ella pronto. Daniella se reunirá con vosotros de nuevo. Y todo esto terminará.

Katerina apretó con fuerza mi mano, pero no me contestó. Entramos en el salón. No quería llorar, pero estaba a punto de hacerlo.

—No te sientes, Fernando, acompáñame a dar un paseo, por favor. Hace una tarde muy fresca para ser agosto, no puedo quedarme aquí, necesito que me dé el aire y tú también, amor mío. Ponte una ropa más cómoda y salgamos a caminar. Vamos a Riegrovy Sadi, en esta época siempre es un lugar muy agradable. Nos vendrá bien.

Él levantó los ojos. La sonrisa afectuosa de su esposa lo reconfortó. ¿Cómo era capaz de llevarlo todo por dentro? ¿Cómo podía no dejarse ir y estallar como a él le gustaría hacer en ese preciso instante? Por eso, además, la quería tanto. Ella lo sostendría y le haría superar esa horrible agonía. Conseguiría que, poco a poco, le doliera menos. Katerina se volvió entonces hacia mí.

—Y tú haz el favor de cambiar esa cara. Ya te he dicho mil veces que no tienes la culpa de nada. Tienes que dejar de creer que todo lo que sucede en el universo es por culpa tuya. Si fuera así, estoy segura de que no habría ocurrido nada de esto. Así que no quiero tener que repetírtelo, ¿entendido?

Asentí. Pero no pude evitar un retortijón de angustia. Sabía agria, a nuez moscada y a clavo; se me había anclado al paladar y no era capaz de arrancarla de allí ni a base de magia, ni de rezos ni de mejunjes. Solo las palabras de Katerina conseguían, a veces y durante un rato, disolverla un poco. Me acerqué a ellos y los abracé. El dolor aminoraba si las personas que te amaban se quedaban con un poco del tuyo para ellos, luego te podían traspasar a ti también un poco del suyo; en el camino de esa transferencia maravillosa de afectos, algo se iba perdiendo y, al final, el duelo se había hecho más y más pequeño. Los besos y los abrazos agilizaban ese proceso.

Los acompañé a la puerta y los observé alejándose a paso rápido. El camino hasta el parque estaba lleno de tilos y castaños que ahora se encontrarían repletos de pájaros cuidando de sus nidos. El aire olía a geranios y a petunias. Volví a entrar en casa. ¿Dónde estaría ahora Daniella? ¿Se sentiría muy sola? ¿Tendría miedo? Era una niña muy lista y fuerte. Yo tenía la certeza de que sabría gustar a esa familia que la esperaba. Katerina creía que la habían elegido porque tocaba el violín, como todos en mi casa; ella conseguía insuflarnos siempre sus pasiones, pero jamás sus miedos. Yo había observado a Daniella sin apartar ni un instante la vista de ella mientras se subía al tren, con su pequeño maletín azul con lazos de cuadros rojos y dorados con los que Katerina había adornado las esquinas para que lo reconociera sin duda al llegar a su destino. También la había ayudado a meter en él todo lo que debía llevarse, lo que más le gustaba: su camisón de florecitas rosáceas y pequeños topos; su falda preferida, la que había elegido con ella para su cumpleaños; una foto de todos merendando en el jardín que había tomado Erik el jardinero en el último cumpleaños de Gabriel. Y por supuesto, sus muñecas de tela más bonitas, Lili y Kati, y su oso de peluche, de felpa oscura y ojos bordados, que aunque empezaba a deshilacharse, era su preferida; por algo le había puesto el nombre de su hermano. Entré en su cuarto y acaricié su cama; tomé la marioneta de bruja que ella había dejado a duras penas, solo cuando Katerina le prometió llevársela cuando fueran a buscarla; y cerré los ojos.

—Aprenderás a hablar inglés muy bien, ya lo verás, para que luego nos lo enseñes a todos.

Katerina le había asegurado eso mientras la niña salía de la habitación cogida de su mano y entonces tuve que ocupar su lugar porque me di cuenta de que mi madre de este mundo estaba a punto de echarse a llorar. Sin embargo, ella volvió enseguida con la mejor tarta de chocolate que habíamos probado en toda nuestra vida, la última que tomamos juntos, antes de ir a acompañar a la estación a Daniella. Cuando la señorita del Comité Británico para los Refugiados de Checoslovaquia, tan distante como eficaz, comprobó que ella aparecía en la lista con los nombres de los más de cien niños que habían sido admitidos para viajar en el tren de ese día, Katerina sintió alivio, Fernando tristeza, yo ahogo y Gabriel furia. La materia de la que cada uno estaba hecho siempre afloraba a través de los sentimientos. Y nosotros éramos tan diferentes que lo único que teníamos en común era el amor que sentíamos los unos por los otros.

Salí del cuarto, no había conseguido visualizar a la pequeña. ¿Para qué me servía ser bruja? Cuando más lo deseaba, no siempre podía servirme de ese poder extraño que iba y venía según su propia voluntad. Cuánto habría querido ser capaz de averiguar cómo se encontraba mi hermana, enviarme mi cariño, mi fuerza, incluso aparecerme en sus sueños. Quizás, para eso, debería estar ya muerta. O no querer servirme de mi magia para mí misma. Salí de la habitación y subí las escaleras.

Gabriel había instalado desde hacía años su dormitorio en la buhardilla, el lugar más apartado de mí. Era un cuarto pequeño, con varios tragaluzes de colores y una ventana estrecha y alta que abarcaba desde el suelo al tejadillo. La luminosidad del atardecer rebotaba sobre la pared donde se encontraban la mesilla y la cama, con su cabecero de madera clara en el que llamaban la atención los grabados tan poco masculinos: pequeños grupos de flores del plumbago, pintadas en blanco y añil. Encima de ella pendía una bandera de Checoslovaquia y, a su lado, una ilustración de Lada protagonizada por el buen soldado Svekj.

Miré dentro en busca de Gabriel, pero no lo conseguí encontrarlo. No estaba sentado ante el escritorio ni tampoco al otro lado. Empujé la puerta despacio y me dirigí hacia la ventana; desde allí se divisaba el vasto jardín que rodeaba las casas de Vinohrady; también el Castillo y algunas de las cien torres. Por esas vistas, era el lugar más bonito de la casa, aunque mi hermano no lo había elegido por eso. Entonces sentí que alguien me miraba y giré la cabeza. Gabriel estaba a mi espalda. Entre las manos daba vueltas a una muñeca de trapo.

—Te he asustado. Lo siento. ¿Qué has venido a buscar aquí? —me preguntó mientras dejaba la muñeca sobre su mesilla.

—¿Por qué me hablas así?

—Prefiero estar solo, Lila. No me apetece hablar. Vete, por favor.

—No me llares por ese nombre.

—Así te llamas.

—Hace tanto tiempo que dejé de llamarme así que no entiendo por qué insistes. Sabes que les harás daño si me llamas con ese nombre.

—Tú no eres mi hermana. Yo no quiero que seas mi hermana. ¿Es que no lo entiendes? Yo cuidaría siempre de ti. Yo te protegería. ¿De verdad no lo sabes? Tú no serás nunca mi hermana.

—No puedes seguir con ese empeño. También me haces daño a mí. No puedo ser otra cosa para ti más que tu hermana. ¿Es que no vas a darte por vencido? No quiero que te pase nada malo.

—¿Cómo puedes seguir creyendo en eso, Lila? ¿De verdad sigues creyendo que la maldición de tu abuela va a matarme o solo es una excusa porque no quieres saber nada de mí? Dímelo. Serías muy cruel si no me lo dijeras. Porque eso no son más que supersticiones, de otro lugar y de otro tiempo. Déjame que te lo demuestre.

—¿Cómo?

—Ven.

—No.

Gabriel se acercó a mí. Me puso las dos manos en las mejillas. Bajé la vista.

—Mírame, Lila. Por favor.

—No puedo.

—Mírame. No va a pasarme nada. Tu maldita maldición solo dice que me moriré si tú te enamoras de mí, no si yo me enamoro de ti. Yo ya estoy enamorado de ti, desde siempre. He vivido hipnotizado por ti, esperándote. Y sigo vivo. Y tú no vas a enamorarte de mí solo por mirarme. Mírame. No voy a caerme muerto. Yo solo quiero cuidarte, Lila, solo eso. Es lo que he querido siempre.

Alcé los ojos. Él acercó su boca a la mía. No me retiré. Dejé que volviera a besarme. No había conseguido olvidar aquel primer beso robado de hacía muchos años. Aunque ya había adquirido un dominio de mí misma tan riguroso que me bastaba desearlo para pensar en otra cosa. Para no sentir nada. Pero me dejé hacer. Deseaba con toda mi alma saberme amada. ¿Lo quería de ese modo? No era capaz de distinguir si Gabriel me inspiraba algo diferente de lo que sentía por Rahul. ¿Había conseguido de verdad amaestrar mis sentimientos? Deseaba que él me besara; si yo no lo amaba, no le pasaría nada. No podía pasar nada. La magia de Neeja no podía ser tan poderosa.

Yo debía dominarla.

Dejé que Gabriel me abriera la boca con su lengua, dejé que sus labios mordisquearan los míos y se enredaran en mi boca. Dejé que deslizara una mano desde mi cuello a mi pecho y me lo acariciara con timidez pero con deseo. Y me estremecí, pero nada en mí cambió. No supe si eso sería amor o solo una sensación diferente y placentera, de cosquillas en el alma. Respondí al beso y lo abracé, él empezó a desabrocharme los botones de la camisa. Le sujeté las manos.

—No sigas. Gabriel, eres mi hermano. Fernando sufrirá si seguimos con esto. No quiero hacerle más daño. No quiero hacerte daño a ti.

—No lo entiendo, Lila. Me pides que renuncie a lo que siento. Pero yo sí sé que tú no eres mi hermana. No lo eres. Dime que no has sentido nada, dime que no te gustaría que siguiera y no me acercaré nunca más. Me iré, te juro que si me dices que no deseas que continúe, no tendrás que volver a verme jamás.

Me aparté de él. Cerré los ojos, que se volvieron noche y bruma; respiré hondo y sentí cómo el aire me purificaba; me puse las manos un instante sobre la mancha clara sobre mi vientre, que me había convertido en hechicera por una excepción a las reglas eternas del Universo, y me sentí tan fuerte como todas las brujas de la luna plateada. Entonces, mi cuerpo se volvió de fuego. Comencé a desabrocharme el resto de los botones de la blusa, me la quité y la dejé sobre la silla, cerca de la cama; me bajé la falda y la puse a su lado, la combinación resbaló despacio. Volví a colocarme frente a Gabriel, me retiré los tirantes del sostén y lo dejé caer. Con los ojos fijos en su rostro, me bajé las bragas, avancé dos pasos hasta rozar su cuerpo desnudo contra el mío y le dejé aspirar el intenso aroma del deseo. Entonces le tomé las manos, las coloqué sobre mis pechos y le permití que su lengua, sus labios y sus dedos me descubrieran por fin el sabor, el aliento y la sustancia de los que estaba hecha.

Mientras, detrás de la puerta, apostado en el recibidor de la escalera, callado como la muerte y sibilino como la vida, alguien nos acechaba. No había conseguido irse de Praga. Había llegado incluso a organizar su partida y el viaje de vuelta a España aunque ni siquiera había aparecido en la estación para tomar el tren. Hasta ese momento se había conformado con obedecerme y se había mantenido alejado lo bastante de mí como para que no pudiera descubrirlo espiándome, pero ese día, al conocer cuál había sido el destino de Daniella, presintió mi vulnerabilidad y había necesitado estar más cerca. Para consolarme, para olerme, para desnudarme, para someterme. Y otro se le había adelantado. Ese demonio *asura* espió entonces con avidez nuestras caricias y nuestros besos y la energía que nuestra conexión transformaba; y observó a Gabriel llevándome hasta la cama, recostándome y poniéndose sobre mí; y acechó con codicia la lluvia, los rayos y el crepúsculo de mis labios, de mis ojos y de mi cuerpo cuando ese otro hombre me acarició hasta hacerme sentir su esencia; y maldijo el placer de ambos y envidió nuestra unión. Y solo cuando supo que la hindú le susurraba a su amante que debían levantarse, consiguió dejar de mirarnos y salió de la casa con tanto sigilo como el que había demostrado al entrar, como las comadreas acechaban fuera los nidos bajos de los estorninos. Y ese ser, que sabía quién era yo y conocía bien las puertas al otro lado, se alejó entonces con la misma ansia de que llegara su momento con el que los diablos esperan en la eternidad a las almas de los mortales que les deben algo, sintiendo en lo más hondo de sí mismo una intensa furia. Porque las naturalezas demoníacas, de alma inmadura y espíritu perverso que viven atrapadas en el abismo de esa oscuridad ciega a la que toda persona enemiga de su alma termina yendo son capaces tan solo de experimentar odio y de causar dolor a aquellos que no sienten como ellos.

Yo tenía las mejillas encendidas, me había sentado al borde de la cama para vestirme e irme de allí antes de que llegaran nuestros padres, como si no hubiera pasado nada. La ventana estaba abierta y un soplo de aire nos llevó las voces deshilachadas de otros amantes. También sus roces, disgregados ya en el tiempo y en su recuerdo. Me puse las bragas y comencé a subirme las medias. Gabriel se abrazó a mí por la espalda y me besó cien veces, en la nuca, en el pelo y en los hombros. La euforia le dibujó una sonrisa y le encendió la mirada como semillas de granada.

—No me dejes, no te vayas. No quiero que esto termine. Quedémonos aquí para siempre, Lila, por favor. Cerraremos la puerta y nadie sabrá que vivimos en el desván, bajaremos a comer de noche y te amaré como hoy cada hora de tu vida.

Me di la vuelta y lo besé en los labios. Sentí por él una ternura infinita. Le puse las dos manos sobre su rostro y le acaricié despacio. Mis dedos lo reconocieron. Lo besé de nuevo.

—Sabes que no podemos hacer eso. No sé ni cómo voy a mirar a Fernando a la cara. Tienes que prometerme que no le dirás nada a él ni a Katerina o no volveré a hablarte nunca. ¿Me oyes? No quiero hacerles daño.

Gabriel frunció el ceño. Me acarició un pecho desnudo. Le sostuve la mano.

—Dime que me has oído y que vas a pensar en ellos. Ya se me ocurrirá algo pero, mientras lo pienso, sigues siendo mi hermano. No me hagas más caso del que siempre me has hecho y no sospecharán. Lo único que le faltaba ahora a Fernando es esto. —Le di un pellizco en la pierna—. ¡Dime que vas a obedecerme!

Salté de la cama y seguí vistiéndome. Él se levantó también y se colocó a mi lado. La alfombra le pareció más suave que nunca y la habitación, más grande y luminosa.

—Pues claro, ¿es que crees que no sé cómo está mi padre? No soy tan cabrón. Pero llevo años esperándote, me gustaría repetir mil veces lo que ha pasado. También me gustaría oírte decir que me quieres. Dímelo, Lila.

—No puedo, Gabriel. Sabes que no puedo. No puedes ir contra las leyes del Universo. Nunca te diré que te amo. Acéptalo o déjame ir.

Se giró hacia la puerta, había oído a sus padres entrando en la cocina; volvió a mirarme y me dio un beso rápido en los labios antes de subirse los pantalones de sopetón. Terminamos de vestirnos a toda prisa. Él se sentó ante el escritorio y abrió un libro mientras yo bajé de puntillas a mi cuarto, me volví a desnudar y me metí en el baño. El agua caliente cayendo sobre mi cuerpo me desveló nítidas, por primera vez, las huellas de la vida. Y en esa intensa felicidad inmediata me olvidé de mi pasado en Jaipur, del mantra de Asha para salvar a quien empezara a amar, de la maldición de Neeja, de Rahul, de Lenka, de Armando, de la esmeralda, de mi miedo a vivir y a morir, y hasta, durante unos instantes deliciosos, de mi pequeña hermana que estaba ya tan lejos, al otro lado de un receloso mar y bajo el mismo cielo infinito.

Solo habían pasado dos días desde que Daniella se había ido y parecía que fueran años. El silencio era lo que más dolía: jamás lo habíamos sentido como entonces, sus risas estrepitosas, su continua charla pizpireta, sus lloros incontenibles a veces, tanto más largos cuanto más cerca de ella se encontrara alguno de sus seres queridos; en definitiva, el que entonces era el ruido de su presencia y ahora nos parecía música sublime había abandonado los rincones de nuestra casa y fueron ocupados por sus recuerdos, uno en cada minúscula partícula de tierra o aire. En cualquier lado, estaba ella. Sin embargo, a pesar de su angustiada omnipresencia, Gabriel había encontrado una razón para sonreír que intentaba ocultar no acercándose a mí cuando Katerina y Fernando estaban delante. Cuando no, era yo quien lo rehuía. Necesitaba tiempo para descubrir en el fondo de mi pecho y de mi ser lo que sentía de verdad por él. Pero al pensar en la niña mis sentimientos se enturbiaban. Como los de todos los demás. Y para conseguir superar la agonía, nos hicimos una promesa: intentar recordarla siempre con alegría. Yo les convencí de que ella, al otro lado del mar, nos presentaría, así que era mucho mejor enviarle pensamientos positivos y no tristeza: a la niña le vendría muy bien toda esa fuerza fabulosa que recibiría. Y lo cierto es que parecía contenta cuando conseguimos comunicarnos con ella en Londres.

—Llueve, mamá, llueve mucho. Y los niños hablan muy raro. No los entiendo, pero sus padres me hablan en francés y me han traído una muñeca nueva, la he llamado Katerina. Pero dile a Noa que me van a regalar también un gato, que el de la vecina tiene una tripa muy gorda y es porque va a tener hijos, y cuando eso pase me traerán uno, elegiré una gata y la llamaré Noa. Aunque sea chico.

—Díselo tú misma, Daniella, ¿no quieres hablar con ella?

—No, mamá, no, que no se ponga Noa todavía. —La voz le salió quebrada—. ¿Sabes? La echo mucho de menos. A ti también, pero ella seguro que está triste, como yo, porque no puedo estar con ella y por eso no puedo hablarle ahora, ¿de acuerdo? Tú se lo explicas, que siempre se te da bien hablar de estas cosas que son tan difíciles de contar. Dentro de poco, cuando estos señores me dejen llamar otra vez, que me han dicho que cuesta mucho dinero y que será dentro de algunos días, no mañana, mañana no podré, entonces, ya sí me pondré a hablar con ella. Pero dile que la quiero mucho, y a papá y a Gabriel, y a ti, mamá. Os quiero muchísimo a todos. ¿Cuándo vendréis a buscarme? No tardéis mucho, que yo voy a aprender a hablar este idioma raro enseguida, no te preocupes, y así podré volver muy rápido. ¿Sí, mamá? ¿Sí?

Katerina entonces decidió recuperar, todas las noches antes de acostarse, cada ínfimo recuerdo de su hija: su cara de felicidad al comerse su trozo del pastel de chocolate que le había hecho llorando el día de su cumpleaños, justo cuando tuvo que tomar el tren; su respiración tranquila al quedarse por fin dormida, con el cuento que tocara en una mano y sus dedos agarrados fuertemente a los de ella en la otra; su enfado cuando intentaba montar en bicicleta y no podía evitar terminar cayéndose; su manita aferrándose a ella al ir a cruzar la calle; sus llantos contagiosos; sus mimos; su risa. Había empezado a recordar de forma consciente esos momentos al lado de Daniella el mismo día en que se fue, cuando ella y Fernando regresaron del paseo que a ambos les vino tan bien para intentar recuperarse de esa angustia que casi les impedía respirar. Nos sentamos luego todos juntos en el mirador, después de que ninguno cenara más que unas cucharadas de la sopa de pichón que ella había dejado preparada la noche anterior y desde el primer instante le pareció extraña la forma de Gabriel de acercarse a mí, de sentarse a mi lado, de mirarme. Entonces supo, con toda seguridad, que habíamos dejado de ser hermanos para siempre y miró a Fernando y se preguntó si todavía seguiría sin recordar a Noa o si tan solo había hecho como si la hubiera olvidado. Porque su debilidad le habría impedido de otro modo seguir viviendo y queriendo con toda su alma como solo él era capaz de amar. Y se preguntó también si su dilatado corazón admitiría sin más que yo pasara a ser de verdad su hija, pero a través de una boda. Se encontró entonces con una sonrisa, débil, pero luminosa. Una sonrisa de estar dispuesta a luchar por los suyos, de perdonárselo todo, de ayudarnos a vivir. Entonces fue cuando decidió atesorar todos esos maravillosos recuerdos que aún guardaba en su memoria de su pequeña Daniella todos los días un ratito, para no perderlos jamás.

Katerina empezó a recoger lo que había sobrado del desayuno, un tanto especial para intentar agradar a su marido que, aun siendo tan comilón, había estado los dos días sin probar apenas bocado: los panecillos blancos que le gustaban mucho a Daniella, en forma de cuernitos; lonchas de pollo y compota de frambuesa, del último frasco que quedaba en el invernadero. Había pensado hacer un *vánocka* con pasas, pero se arrepintió al darse cuenta de que les recordaría mucho a Daniella, que se hartaba de ese dulce siempre que tenía ocasión. Quería dejar preparada la comida y salir otra vez con Fernando a pasear. Le costaría acostumbrarse a no hacer nada; ahora, sin poder trabajar, tenía demasiado tiempo libre y mi *madrebis* no quería que estuviera solo: el ladrón hace su trabajo entre la multitud, pero el diablo busca la soledad. Le había puesto a liar albóndigas de hígado, que siempre le habían encantado, aunque se arriesgara a que, quizás, después de aquel día, empezaran a gustarle menos. Yo lo estaba ayudando y Gabriel se había ido a hacer sus cosas; jamás contaba cuáles eran.

Llamaron a la puerta. Ninguno de nosotros se movió. Volvieron a llamar y, por fin, Katerina se quitó el delantal, lo dejó sobre la mesa y fue a abrir. Regresó en unos minutos acompañada de Irene. Hacía varios meses que no la veíamos. Pensamos que tal vez vendría a avisarnos de que se irían pronto y de que Mariana abandonaría ya las clases de música. Katerina tenía que ponerse enseguida a buscar clientes, el dinero que Lucas les había pagado por el mapa lo habían donado a Winton para su organización, aunque todavía teníamos para vivir unos meses, la casa estaba pagada, mis padres tenían algunos ahorros y ya habían reducido al mínimo los gastos. También iba a hacer todas las conservas que pudiera y a guardarlas en el sótano, en el sitio más oculto que encontrara, y, en cuanto él se encontrara mejor, cuidaría el huerto del jardín y quizás traerían algunas gallinas. Pero se resistía a creer que la guerra estallaría de verdad, las cosas quizá irían a peor, pero los alemanes ya habían sido los dueños de Checoslovaquia durante muchos siglos y al final habían encontrado la forma de coexistir. Ahora no tenía por qué ser diferente.

—Vaya, cómo te pilló. Mira que eres apañada, mi bella Katerina.

—La belleza ya se lleva de otro modo, Irene. Vienes muy pronto para lo que es habitual en ti. ¿No te acompaña Lucas?

—¡Uy!, qué va. De esto tenía que encargarme yo sola y además él está muy ocupado con todos los preparativos. Tengo que daros una buena noticia. Buena no, ¡buenísima! Si es que apenas podía esperar para venir corriendo a contárosla.

—Pues tú dirás, no nos hagas esperar más que nos vendrá muy bien escuchar esas buenas noticias tuyas, puedes estar segura.

Irene se puso a dar grititos al tiempo que cerraba los puños y movía los brazos de arriba abajo. Me la quedé mirando: parecía una cría a punto de castigar al dios Kamsa pegándole a la piñata que los sacerdotes colgaban a veces en los templos para simbolizarlo. ¿Por qué seguía recordando todavía aquellos momentos tan lejanos de mi vida? Me vinieron a la mente las riquisimas galletas de azúcar que Asha me hacía antes de salir para allá a rezarle y cómo luego, con el estómago lleno, la mayoría de las veces ni me apetecía recoger del suelo ninguna otra golosina. Irene siguió hablando con un brillo extraño en los ojos.

—No os lo vais a creer, pero convencí a Lucas para que os echara una mano. «Hombre, ¿cómo vas a hacerles eso? Seguro que puedes hacer algo más, ¿no, cariño?», le dije. Y claro, ya sabéis cómo es él conmigo, que hace todo lo que yo le pido, y eso no podía ser. Cuando me lo contó, no podía creerlo. ¡Quedaros vosotros aquí, cuando media Praga está haciendo las maletas! Al menos la gente de bien, como nosotros, se está yendo a donde buenamente puede. Eso no podía ser. Ni mucho menos. Así que aquí los tenéis, son todo vuestros. Justo a tiempo. Que mirad que hay que darse mucha prisa en salir, que las cosas se están poniendo muy feas.

—¿Qué es eso, Irene? ¿Qué nos traes?

—Pues qué va a ser, mujer, los salvoconductos para viajar a España, con nosotros. No quería deciros nada hasta que lo tuviera todo preparado, por si acaso la cosa no salía bien, no haberos dado ilusiones para nada. Aquí el asunto va a ponerse muy feo, ya lo sabéis, con todos esos hombretones tan rubios y altos, y tan jóvenes, que mira que son jóvenes, ahí con las armas al hombro y esas miradas de mala leche que tienen que parece que no han echado un buen polvo en años, y es que hay que decirlo así. —Irene miró alrededor intranquila—. ¿No estará Daniella por ahí? ¿No? Por favor, decidme que no, que menuda vergüenza.

Katerina había apoyado las dos manos sobre el tablero lleno de harina. Miraba la masa de hígado distribuida en rodajas por encima y los pedacitos de carne revueltos a un lado y, al otro, las albóndigas que Fernando ya había liado. Entonces ella pegó un puñetazo en la mesa y la harina se dispersó por el aire.

—¿Ahora? ¿Ahora traes los visados?

—Pero mujer, qué te ocurre, yo pensé que os daría una alegría. No entiendo qué te pasa.

Fernando se había sentado junto al fogón. Tenía la cabeza vuelta hacia el lado contrario de donde se hallaba Irene. Yo me acerqué a él.

—Daniella está en Londres, se fue anteaer —le expliqué—. Se fue ella sola en tren, para intentar ponerla a salvo, y está en la casa de una familia que se ofreció a cuidarla mientras no se supiera qué iba a pasar aquí.

—Pero bueno, ¡eso es una estupenda noticia!. ¿no? No sé por qué tenéis esas caras. Nos vamos a España, cuanto antes mejor, que eso me ha dicho Lucas que os lo deje muy claro, que tenemos que salir cuanto antes de aquí, que él está preparándolo todo para irnos esta semana. Y cuando allí las cosas se hayan colocado en su sitio, como la guerra ya ha terminado, os lleváis para allá a Daniella y todos contentos, ¿no?

Me aproximé a Irene y le cogí la carpeta. La abrí y examiné su contenido: entre otros papeles, vi los visados y permisos de residencia para todos, incluida Daniella. Irene volvió a tomar la carpeta y se fue hacia la mesa donde Katerina seguía mirando la harina y le dio un beso.

—Venga, mujer, que todo se solucionará. Verás qué pronto estamos todos a salvo y vuelves a ver a tu hija. —Katerina no le respondió; Irene dejó la carpeta junto al hígado y bajó un poco la voz—. Bueno, solo me queda pedir algo. Espero que no os lo toméis a mal. Ya sabéis que todo esto... en fin, que Dios aprieta pero no ahoga, y Lucas ha tenido que mover muchos contactos para conseguiros los papeles. No os podéis imaginar lo mucho que se ha esforzado. Por supuesto, de Asúa, no sabéis nada de nada. Como si estuviera muerto, no vayamos a tener problemas cuando entremos en España, que no sabemos lo que nos vamos a encontrar. Después de la guerra toca levantar el país, ya se sabe. Con la ayuda de Dios y con nuestro trabajo, todo será posible. Pero a ver, que me voy por los cerros de Úbeda.... Quiero decir que mira que hablo. Es que no sé cómo decíroslo.

—¿Qué quieres a cambio, Irene?

Katerina había levantado la cabeza. Estaba muy seria.

—Mujer, tanto como a cambio... No es eso, solo es que hemos tenido que poner algo de nuestro bolsillo y tampoco es plan. Que yo te agradezco mucho que no me hayas cobrado nunca por las clases de Mariana, pero una cosa es una cosa y la otra es la otra, como dicen en mi tierra, al César lo que es del César. ¿Recuerdas la pulsera de tu abuela? Una maravilla de joya, me quedé prendada de ella. ¡Ay! Lo que habría dado yo por una pulsera así, tan elegante, tan de dama. Tú sabes que a mí todas esas cosas no me llaman mucho la atención, pero de tu pulsera no he podido olvidarme. Mira que es bonita. Tal vez...

Katerina la interrumpió.

—Fernando, por favor, ve a buscar la pulsera. Solo la pulsera, deja el cofre donde está.

—¿Sí? ¿De verdad vas a regalármela? No puedo creerlo, Katerina, si es que eres un cielo de persona, no sabes la ilusión que me hace ponerme esa pulsera. Por supuesto, debes firmar estos papeles como que me pertenece, no vayamos a tener problemas al regresar a España, que no creo, pero nunca está de más dejar las cosas atadas. —Irene sacó de la carpeta un montón de hojas y las puso sobre la mesa. Eligió unas cuantas y se las dio a Katerina—. Fernando puede echarles un vistazo por si le parece que algo no está bien, no vayáis a pensar que os estamos dando gato por liebre.

Katerina leyó lo que le ofrecía y ojeó los otros papeles. Miró a Fernando, pero no le dijo nada.

—¿Y esto? ¿Estos documentos qué son, Irene?

—¡Ah!, esto, sí..., menos mal que estás en todo, Katerina, ya se me olvidaban. Es el contrato de cesión de esta casa. Al fin y al cabo, vosotros no vais a poder regresar. Tal y como están las cosas aquí, con los nazis haciendo esas barbaridades a los judíos que dicen por ahí, que me contó Lucas que tu marido lo era, fíjate que yo no lo sabía tampoco..., o al menos no lo recordaba. ¡Qué guardado os lo teniais! Tanto tiempo siendo amigos que no importa si uno es judío, cristiano o hindú... Pues eso, que dicen que a los judíos les dejan sin nada. Mejor que la tengamos nosotros a que se la queden otros, ¿no creéis? Es una mansión fabulosa y bien situada. Siempre me ha encantado, con tanto árbol y tanto ventanal, y tan cerquita del centro. Una joya. No habrá problema con la cesión y los alemanes, no os preocupéis, ya está todo hablado con quien tenía que hablarse y ha quedado todo solucionado. Solo tenéis que firmar esto y la casa ya no será una carga para vosotros. Por supuesto, si alguna vez los nazis se vuelven a ir de Praga y todo vuelve a ser como antes, será vuestra otra vez, tenéis mi palabra y la de Lucas. Así además os ahorraréis los gastos de conservarla. ¿No os parece una idea excelente?

—¿Y a quién se le ha ocurrido todo esto, Irene? ¿A ti o a Lucas? ¿Quizás a los dos?

—¡Uy!, qué va. No podrías imaginártelo, Katerina. Nosotros nos habíamos hecho ya a la idea, triste, pero qué se le va a hacer, de que os tendríais que quedar en Praga. Y mira que sufrimos al pensarlo, que tantos años de amistad no se olvidan fácilmente. Fue mi hijo Rafael. Él me convenció para que hablara con su padre e intentara conseguiros los papeles. Todo esto es idea suya, es un joven muy brillante, es a él a quien debéis agradecerle que podáis salir de esta ratonera y también que os ayudemos a conservar esta estupenda casa vuestra. Además, os alquilaremos el piso de mis suegros en Lavapiés, que ellos ya para qué lo van a querer, si parece que han conseguido otro mucho más grande y más bonito y en mucha mejor zona. No me deis las gracias, solo es para que podáis sobrevivir en Madrid, mientras os reponéis de esto, que no dudo de que lo haréis, que Fernando es un abogado excepcional y tú siempre puedes dar clases también, que no gusta allí tanto la música como aquí, que parece que nacéis con un piano de cola bajo el brazo, pero seguro que alguien habrá, que siempre hay de todo en la viña del Señor.

Cuando Irene se fue, nadie habló. A veces, las palabras molestan y basta con sentir cerca a quienes se ama para desmigajar la angustia como partículas de humo. Los tres tuvimos el presentimiento de que habría mucha para dividir, del color de la ceniza, a partir de ese momento. Desde la ventana, yo miraba el cielo. Las nubes empezaron a moverse deprisa, formando sueños de lluvia sobre las cúpulas de los edificios.

Gabriel también las miraba, en ese momento, desde el otro lado del río, mientras caminaba despacio por la ribera más alejada. La corriente fluía baja, el estío hacía disminuir su caudal incluso en esa zona de Praga donde el cauce se volvía más bravo al desaparecer los muros que lo habían aprisionado a su paso por la ciudad. El agua sonaba a trozos de jengibre friéndose en *ghee*. Las hojas de los tilos en las dos orillas susurraban canciones de poeta: cada vez que un enamorado se desenamoraba, una de ellas, en forma de corazón, caía sobre el agua. Entre las paredes de casa, él se ahogaba, sus sentimientos y su raciocinio tiraban hacia lados opuestos como raíz y hojas. Por un lado, se sentía feliz por primera vez desde hacía mucho tiempo. Se había pasado años imaginando cómo sería ese momento que, cuando casi había llegado a perder toda esperanza, vivió. Morder mis labios; besarme; acariciar mi cuerpo contemplado a hurtadillas tantas veces a la luz tenue de la noche, con las manos y no solo con el alma; recorrerlo con su lengua y no solo con sus ojos o su imaginación; poseerlo... Fue mucho más maravilloso de lo que jamás soñó. Desde esa tarde su mente volaba de vuelta a mis ojos, a mis labios, a mis manos. A mis pechos suaves. A mi vientre perfecto. Y no sabía cómo iba a decirle a nuestros padres que quería casarse conmigo, pero por fin tenía la certeza de que yo sería para él. Podría cuidar de mí como siempre había pretendido.

Sin embargo, Gabriel también echaba de menos a Daniella y sentía una rabia incontrolable al no haber podido hacer nada para evitar que tuviera que marcharse o para que todos nos hubiéramos ido con ella. Sufría al pensarlo y, por mucho que yo insistiera en que volveríamos a verla muy pronto, al recordarla solo conseguía que se le revolvieran las vísceras. Se exasperaba cuando pensaba en los culpables de que todo hubiera cambiado de la noche a la mañana: los malditos alemanes a los que escupiría a la cara cada vez que pudiera tenerlos lo bastante cerca. Él no se quedaría quieto, había mucho por hacer para echarlos de su país y, dentro de tres días, participaría en el atentado que el grupo de la Resistencia de la universidad había organizado.

Qué poco habían tardado en montarlo y en urdir su primer golpe: el tren con armas y soldados de la Werhmatch tenía previsto llegar a la estación de Masaryk, en la misma Praga, sobre las once, pero ellos lo habrían hecho estallar mucho antes, a su paso por Karlovy Vary. Los preparativos ya se habían ultimado y él había pensado mucho si participar o no: no quería poner en peligro a su familia; por eso no aceptó colaborar hasta que, hacía solo dos días, despidió a su hermana pequeña con su número de identificación pintado en una cartulina blanca que colgaba de su cuello como la de un perro, en esa misma línea ferroviaria que iba a ser el escenario del primer golpe contra los invasores. Él no estaba dispuesto a no hacer nada. Porque la suya era una ira tan incontenible que alcanzaba para intentar volar un tren lleno de nazis y para mucho más.

Por eso, al salir de su casa un par de horas antes, Gabriel se había dirigido hacia el lugar donde menos probabilidad tenía de encontrarse con nadie, mucho menos con soldados. Por allí, en ese momento del día, solo los despechados, los cazadores furtivos o los enamorados podían deambular y, desde que se adentró en el bosque, no había visto a ninguno. Algunas cortezas muertas crujían bajo sus pies a cada paso que daba, aunque el suelo seguía húmedo; el calor no había conseguido reseca aún la tierra tupida de vegetación en esa vereda tan cercana al río. Unos pájaros se pelearon entre las ramas y el ruido de hojas, aleteos y graznidos lo sobresaltó. Al mirar arriba, un grajo salió volando. Sus alas desplegadas brillaban con matices plateados como el tridente del dios destructor Siva. Gabriel se quedó mirando algo extraño junto al nido lleno. Se aproximó un poco más al árbol: una gruesa sogá con un nudo de ahorcado colgaba inmóvil. En la cuerda, deshilachada y ennegrecida por algunas partes, había rastros de sangre. Se sobresaltó al oír algo removiéndose oculto en un matorral detrás del tronco. Se quedó quieto. Lo que fuera se movía con mucho ímpetu, zarandeaba las ramas con brusquedad. De repente asomaron los colmillos de un jabalí y, tras ellos, el cuerpo magnífico del animal, que lo miraba. La fiera husmeó el aire elevando el hocico y observó detrás del ser que tenía más miedo que él. Y lo que vio, no le gustó. Enseguida retrocedió y se alejó trotando.

Gabriel esperó sin moverse. A su espalda, a escasa distancia, oyó partirse una rama. No tuvo tiempo de volver la cabeza: una bala certera le atravesó el cráneo

desde la nuca y lo mató al instante. De haberse encontrado cerca algún otro enamorado o algún otro demonio, además del que lo asesinó sin inmutarse tras tocar la alianza de oro repujado que lucía en el pulgar para atraer la suerte, el estallido de la pólvora no le habría pasado inadvertido entre el murmullo del agua que se deslizaba rauda entre las piedras, el croar incesante de las ranas y el ulular lejano de una lechuza ciega, de alargadas plumas doradas.

—Dadi...

—¿Sí?

—¿Me vas a contar ya por qué tus abuelas se odiaban?

—Eres demasiado cotilla, mi pequeña mochuela blanca. Pero algún día te lo contaré.

—¿Y por qué no ahora?

—Porque no sé si lo entenderías.

—Haz la prueba, si no lo entiendo, me lo vuelves a contar cuando me haga mayor.

—Ellas eran hermanas y las dos habían nacido con la luna plateada en el vientre.

—¿Cómo esta que tengo yo?

—Sí, como esa que tienes tú.

—Eso ya me lo contaste, abuela. ¿Y por eso no se hablaban? Pues es verdad, no lo entiendo.

—No se hablaban porque Neeja hizo algo horrible para poder tener hijos varones, chicos. Todas las brujas de la luna plateada solo pueden tener hijas y eso, en la India, era peor que la peor de las maldiciones. Neeja utilizó su magia para escapar de esa maldición y lo hizo para beneficiarse ella misma. Asha no le perdonó nunca que hiciera el mal.

—Pero tú siempre me dices que la bruja que hacía magia para conseguir algo para ella tenía un castigo. ¿Eso no le pasó a Neeja?

—No, eso no le pasó a Neeja. La magia no es como una suma o una resta, que solo tiene un resultado. A veces, hay excepciones a las reglas. Y Neeja fue una excepción. Aunque después de aquello, sí que perdió la mayoría de sus poderes y ya casi no podía hacer magia. Pero ella estaba feliz porque había conseguido lo que quería.

—¿Y qué fue lo que hizo?

—Eso no puedo contártelo.

—¿Por qué, abuela? Yo quiero saberlo.

—Tú quieres saberlo todo.

—Claro, porque soy una niña. Las niñas queremos saberlo todo. Al menos en mi colegio, los niños de mi clase no paran de hacer preguntas a la profesora.

—¿Y ella os contesta siempre?

—Pues no siempre. Hay muchas veces que dice que les preguntemos a nuestros padres. ¿Tú también quieres que haga eso? ¿Le pregunto esto a mi madre?

—No hace falta. Me parece que sí puedes entenderlo ya. Neeja mató a su primera hija al nacer. Después, Neeja usó su magia para tener solo niños, no niñas, e intentó el mismo con sus hijos. Por eso en su casa no podía celebrarse nunca ninguna boda, porque su hechizo así lo requería. Debían celebrarse siempre en casa de sus futuras nueras, a pesar de que no era la costumbre. Aunque al final dejó de funcionarle. La magia no siempre actúa. Neeja se sentía mal cuando veía a su hermana. Asha lo averiguó al cabo de los años y ella le recordaba su pecado, había pecado contra el principio de *aimhsa*, la no violencia, el no hacer el mal a otros. Por eso se odiaban. Seguro que, cuando murió, Neeja se convirtió en una cucaracha o en algo peor.

—¿En un calamar? No hay nada peor que convertirse en un calamar, abuela. Y se lo merecía mucho si hizo eso que dices. Qué mala era.

—Bueno, si tú crees eso, seguro que Neeja se reincarnó en uno. Uno feo y muy triste.

—Todos los calamares son feos y tristes. Parece mentira que no lo sepas.

—Tienes razón, parece mentira.

—Dadi...

—¿Sí?

—Tampoco me has contado por qué Neeja no te quería, que no te creas que se me ha olvidado. Solo me dijiste que ella no creía que fueras su nieta. ¿Por qué creía eso?

—Porque era muy lista y todavía veía muchas cosas. La verdad es que yo no era su nieta.

—Sí, claro, y ¿cómo puede ser eso?

—Eso te lo contaré otro día, ahora estoy muy cansada.

—¿Cómo vas a estar cansada? Siempre me dices que estás cansada cuando no me quieres contar algo, ¿no es justo! ¿Era porque tu madre había hecho lo que no debía y por eso la habían castigado? A mí eso de que Barathi muriera cuando tú naciste siempre me ha dado mucha pena. Tampoco me parece justo. No hizo nada malo, no sé por qué tuvo que morir.

—No tiene que darte pena, Elena, fue muy feliz haciéndolo. Y ella sabía que, si incumplía las Leyes eternas de la magia, podía sufrir ese castigo. No siempre ocurre pero puede suceder. Mi madre se arriesgó y las infringió y murió por ello, pero murió siendo muy feliz. Eso es lo mejor que puede pasarle a uno. Es lo malo que tiene la magia, si no la conoces lo suficiente o infringes sus normas, adrede o por accidente, puede volverse contra ti.

—No sé si tienes razón; eso que me cuentas me parece muy raro, le preguntaré a mamá. A veces me entero mejor cuando ella me explica las cosas. Tú tienes demasiados misterios. ¿Y qué hizo Barathi para que su magia se volviera contra ella? Tuvo que ser algo muy gordo para que tuviera que morir. Qué pena me ha dado siempre tu madre, abuela, es muy triste lo que le pasó.

—Ella lo hizo porque quiso. Sabía lo que podía pasarle. Debes creerme.

—¿Ves? Es muy raro lo que me dices. No sé por qué no quieres explicármelo. A ver, ¿cuándo vas a terminar de contarme por lo menos lo del chico que hacía que te latiera el corazón? ¿Ese tan guapo al que no llamabas por su nombre para que la maldición de Neeja no lo matara?

—¿El de los ojos de color miel y la barba?

—Ese, el que sonreía mucho.

—¿Cuándo vas a seguir durmiendo de una vez, Elena?

—Ahora no puedo, tienes que seguir contándome cosas. ¿Cómo pudo alguien matar a su propia hija? Eso es horrible. ¿Por qué lo hizo? ¿No la quería? ¿Y no podía habérsela dado a alguien? En mi clase hay una niña que fue un regalo para sus padres; lo dice ella. Es adoptada.

—Sí, es horrible, pero resulta muy difícil saber por qué se hace lo que se hace. Cada uno tiene una razón distinta. Y seguro que tu amiga sí que es un regalo maravilloso para sus padres.

—Además, abuela, ¿no decías que Neeja había perdido casi todos sus poderes? Entonces, ¿la maldición funcionó o no?

—Mañana estarás muy cansada si sigues hablándome más tiempo. Y tu madre se enfadará conmigo. Sabe que yo te entretengo.

—Bueno, lo puedo intentar. Aunque solo si me das un beso y me prometes que volverás a verme muy pronto.

—Volveré, te lo prometo. Pero sigue durmiendo ya, mi pequeña mochuela blanca.

Dos azucenas o más

Las paredes del último piso de la corrala de Lavapiés, con dos habitaciones y el baño en el corredor compartido por todos los vecinos, donde ahora vivíamos Katerina, Fernando y yo estaban revestidas de un papel de color granate cual bochorno de vieja y fino como su paciencia, que se había levantado por muchas partes; los suelos de linóleo se veían desgastados de tanto pisarse y lavarse; las puertas, de un material que solo llegaba a asemejarse a la madera y olía a velón quemado, eran muy oscuras y tan delgadas que en alguna había agujeros por los que se veía el otro lado; y los techos, casi tan bajos como los de las chabolas de Jaipur, estaban salpicados de manchas de humedad que rezumaban a veces por las traviesas de una esquina a otra. Cuando me tumbaba en mi cuarto y escuchaba sin querer la melodía extraña del organillero apostado ante la licorería El Madroño, justo debajo de mi ventana, sin apreciar ni el penetrante olor a pescado reseco de la bacaladería de la esquina, visitada sobre todo por manolos sucesores de aquellos judíos viejos rebautizados a la fuerza, yo solía mirar esas largas y delgadas vigas e imaginaba que estaba en una cárcel gigantesca que me impediría llegar al cielo, a cualquiera de ellos, al de los hindúes o al de los cristianos, cuando por fin muriera.

Eso había querido muchas veces desde que salimos de Praga: desaparecer, dejar que todo a mi alrededor se fuera desvaneciendo hasta el eterno fin. Muy a menudo en ese tiempo le pedí a Asha que me explicara cómo era la muerte, qué sentía —si sentía—, y por qué yo no me había ido todavía.

—La muerte es un misterio. Lo es hasta para una muerta. Un agujero en el tiempo, en la vida y en la propia muerte. Un pozo profundo en el que se cae por accidente, porque te tiran o porque quieres. Pero durante la caída, cada uno siente según cómo haya sido su existencia. Algunos, caricias; otros, rasguños, rozaduras o arañosos. Muchos no sienten nada. Cada uno muere de una forma diferente, pero no es lo que lo mata lo distinto: al final, el cuerpo deja de funcionar, se estropea de algún modo y ya no sirve. Por eso todos los seres humanos somos iguales, la muerte nos iguala por abajo, por los pies, siempre son los primeros que se descomponen, o al menos eso me han dicho; yo no lo noté. No noté nada más que ganas de reírme. Unas ganas locas de reírme de la vida, por fin. Estuve riéndome horas, días o semanas. No puedo saberlo. Y cada uno morimos en el mundo astral de forma distinta, no hay dos formas iguales de sentir lo que somos después de desintegrarse la materia que nos da forma en esa vida: no hay dos muertos iguales, aunque todos los vivos lo son. Y yo sigo aquí porque aún me necesitas, pequeña mochuela blanca. Si no me necesitaras, no estarías hablando conmigo. No me iré y mucho menos te traeré a este lado, aunque insistas. ¿De dónde has sacado esa idea chiflada? Aunque quisiera hacerlo, que no quiero, ¿cómo crees que podría infringir todas las leyes del Cielo y de la Tierra, de los vivos y de los muertos? El camino hacia la liberación solo es uno: verdad, paciencia, calma, disciplina. Ya deberías saberlo, Lila. La naturaleza del mundo es dualidad, lo contiene todo y su opuesto: tristeza y alegría, bien y mal, amor y odio; mediante su experiencia, aprendemos y evolucionamos, hasta encontrar la verdad que escapa a todo opuesto. Desaparecerás de ese mundo solo cuando deba ser. Lo que tenga que ser, sucederá. Y ahora, ¿por qué no te levantas y comes y vuelves a sonreír? Ellos te necesitan. ¿Acaso no lo sabes?

Pero yo no la obedecía. Había aprendido que, aunque mi abuela y mi madre siguieran a mi lado, nada me impedía decidir por mí. Ninguno de los muchos espíritus que había visto, conocidos o desconocidos, tenían poder suficiente para entrar de nuevo en el mundo físico y actuar en él, al menos no lo habían hecho nunca. Al mismo tiempo, también descubrí que yo no podría morir aunque quisiera. Lo había intentado, dejarme ir, pero no lo había conseguido. Sí, se podría pensar que podía haberme matado tirándome por la ventana de un sexto piso, arrojándome al Manzanares o desde el Viaducto de Segovia, como muchos otros desesperados o cobardes llevaban haciendo desde que Madrid era Madrid, pero yo era hindú y, además, una hindú de las que jamás harían daño a un ser vivo. Daba igual que fuera una vaca o una persona. La religión que alguna vez había profesado solo me permitía suicidarme por falta de ayuno y yo, si debía dejarme morir, tendría que hacerlo respetando el principio en el que alguna vez había creído.

Después de varios meses enferma, negándome a comer y a beber, a pesar de las miradas de súplica de Fernando y Katerina, haciendo lo posible por no tragar cuando entre los dos me obligaban a sorber un caldo o un zumo, o a masticar alguna fruta, intentando dejar de respirar y rogándoles a Asha y a Barathi que me ayudaran a desaparecer, me había aburrido de querer morirme y no poder, y me había recuperado. Cuando eso ocurrió, a la vez que dejé de culparme de forma consciente por haber matado a Gabriel y más por no haber tenido el valor suficiente como para intentar resucitarlo, no me quedó más remedio que volver a comer, poco, pero lo suficiente para sobrevivir: muchas sopas, que agua sí que había; a veces, lentejas; patatas, nabos y zanahorias, y alguna lechuga, las que a duras penas localizaban en los puestos raquíticos de una ciudad que había quedado destrozada por la guerra; carne, de higos a brevas, aunque a mí eso no me importaba demasiado. Apenas había nada para elegir en esa urbe apesadumbrada, tanto por dentro como por fuera, que nos habíamos encontrado al abandonar la armoniosa Praga de los bellos edificios, calles y plazas; los fabulosos teatros, los cerveceros orondos y los famosos poetas de Moravia y Bohemia, diferentes tan solo por lo que bebían: vino unos y los otros cerveza; los malolientes *knedlíky*; y los violines en cada una de sus esquinas.

Madrid, por el contrario, era tan solo una ciudad menguante donde los niños llevaban la ropa varias veces remendada y los sabañones les salían hasta en la cara, y sus madres daban las gracias al cielo si al final del día hacían el recuento en la mesa ante un plato escuálido y compartido, y todos los suyos contestaban. También había ricos, nuevos y viejos, de los que se habían hecho con lo que no era suyo o de los que habían tenido la suerte de conservarlo, pero todos soportaban sobre sus cabezas el halo poderoso e ineludible del infortunio. Yo no había olvidado, ni olvidaría jamás, lo que era la miseria, la que había vivido siendo niña, la podredumbre en las ciudades y las aldeas, en las aceras y en el polvo de los caminos, en los cuerpos y en las almas; los cadáveres de seres diversos abandonados junto a los niños que jugaban con las piedras; la mirada de los *dalits*, los *sadhus* y los ascetas, que parecían cuerpos muertos en almas aún con vida. Para mí, lo que habíamos encontrado en esa urbe ajena no era una novedad y apenas me afectaba: no había ocasionado que mi estómago hiciera una cabriola descontrolada al bajar del tren, salir de la estación y contemplar la desolación del país al que habíamos huido, como les había ocurrido a Fernando y a Katerina, a pesar de su propia y supurante herida abierta. Mi corazón, por el contrario, ya no tenía sitio para más congoja, solo para la sangre mínima que mi cuerpo necesitaba para seguir viviendo. Sin más.

Mi madre de este mundo llamó a la puerta de mi cuarto. No respondí, como casi siempre, y Katerina pasó entonces con decisión y recorrió la cortina. Afuera, una niebla de minúsculas gotas impregnadas, como todo lo demás, de amargura y sombras, oscurecía la luz cenicienta de finales de invierno. Se acercó a mi cama y me retiró la sábana con energía, dejó a mi lado una camisa y una falda limpias, y me dio un beso en la frente. No me moví.

—Lila, Mariana ha venido a verte. Ha traído con ella a una amiga. Por favor, sal. Le diré que espere unos minutos para que te dé tiempo a arreglarte un poco.

Hacía meses que Katerina me llamaba por mi verdadero nombre siempre que Fernando no se encontraba delante. Jamás se confundía. Yo no llegaba a entender de qué material la había engendrado su Dios para que fuera tan dura. Desde que, días antes de salir de Praga, la había visto llorar sin consuelo en el entierro de Gabriel, abrazada a Fernando sin saberse bien quién sostenía a quién, jamás había podido sorprenderla derramando ni una sola lágrima más por su pena. Tampoco había vuelto a mencionarlo. Parecía que toda su fuerza vital se había concentrado en salvar a las dos personas que aún tenía a su lado. Comenzó por su marido, que durante muchas semanas después de llegar a España deambuló por la casa compungido y desorientado como las almas abandonadas en el Antarloka hasta que, empujado por ella, poco a poco y como embrujado por una magia para mí desconocida, se unió también a su empeño por salvarme a mí, porque ambos llegaron a sentir un dolorosísimo miedo por si me dejaba morir. Y tres hijos eran demasiados hijos a los que perder en una sola vida.

Escuché su ruego. Me levanté y me puse una bata para llegar al baño, al otro lado del descansillo. Estaba pálida como el reflejo de la luna sobre la arena serpenteante del desierto y mis ojos eran sobre él caminos de sombras. Me lavé la cara y las manos, me recogí el cabello en un moño y volví a mi habitación para ponerme la ropa que mi madre de este mundo me había preparado. Antes de entrar en el cuarto de estar, me detuve un instante. Tomé aire, intenté sonreír. La mueca se me quedó rígida en la cara. Pero Mariana, al verme, salió corriendo a abrazarme, sin querer reparar siquiera en mi aspecto; para ella siempre sería la joven hermosa a quien tanto quería. Me estrechó entre sus brazos y me dio muchos besos; yo solo uno. Cuando al fin se apartó de mí, se sentó cerca, en la butaca en la que antaño vio a su abuela Ceferina tejiendo ganchillo. Entonces hizo un gesto con la mano a la joven que la acompañaba para que se aproximara a nosotras. Hacía semanas que había venido a visitarme por última vez y durante todo ese tiempo no consiguió apartarme de sus pensamientos. Ahora había encontrado la manera de ayudarme. Pero lo primero era lo primero.

—Mira, Lila, quiero presentarte a alguien, ella es Carmen.

Sentí un escalofrío, se parecía tanto a Lenka que, para ser ella, solo le habrían faltado diez centímetros de altura y hablar polaco. Pero al acercarse para saludarme,

lo hizo en castellano; también su voz era mucho más profunda y grave. Su beso en la mejilla me hizo cosquillas; eso siempre era bueno.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Lila. Mariana me ha contado tantas cosas de vosotras que es como si fueras también mi mejor amiga. Y siento mucho todo lo que os pasó, espero que ya estés mucho mejor.

—Ella es... —Mariana no continuó la frase.

—Tu amiga. —La terminé yo en su lugar.

—Sí, mi amiga. Trabajamos juntas en el Auxilio Social. Allí nos conocimos. Hay mucho que hacer ahora en este país. Ya has visto cómo lo han dejado. Está hecho un desastre. Hay que levantar el ánimo y ayudar a la gente. Todos podemos poner de nuestra parte. Es formidable tener al lado a personas como ella.

Carmen se sentó en el sofá junto a nosotras y cruzó las piernas. Era menuda, casi infantil, mucho menos atlética que Lenka, pero miraba con una seguridad y un aplomo que la polaca nunca había tenido. Seguí preguntando a Mariana.

—¿La conocen tus padres? ¿Rafael?

—Sí, claro, y yo también conozco a los suyos. —Mi amiga se quedó callada un momento. Bajó la vista al suelo y, cuando volvió a mirarme, se acercó más a mí y bajó la voz—. Ya les he dicho que vamos a buscarnos un piso juntas, para compartir gastos. Ninguna de las dos queremos casarnos, mientras nuestra ayuda sea necesaria y Dios esté con nosotras, dedicaremos nuestra vida a la gente que lo necesita. Necesitamos todas nuestras fuerzas. Y viviremos en la misma casa, para estar más a disposición de quien nos requiera. Así será más fácil. A ellos les parece muy bien. Al menos, eso me han dicho.

—¿Qué es el Auxilio Social?

Carmen miró a Mariana y asintió con la cabeza. Entonces el duplicado de Lenka habló:

—Una herramienta de Franco para darse propaganda, nada más y nada menos. Pero desde dentro se puede hacer mucho más por ayudar a los que lo necesitan que si te quedas fuera. Así que estamos dentro. Ese hombre empezó por buen camino y salvó a España de la barbarie y la depravación, pero luego se ha perdido un poco. Es difícil gobernar un país como este, tal y como ha quedado. Así que allí seguiremos mientras haga falta, que va a ser mucho tiempo, me temo.

Mariana tomó la mano de Carmen al tiempo que se dirigió a mí. Habló mucho más alto, con firmeza:

—En el Auxilio nos conocimos. Ahora estamos en el comedor infantil del Palacio de la Música. Pero vamos y venimos, soy inspectora, es lo bueno que tiene ser hija de un miembro del nuevo Régimen y hermana de otro.

—Mariana, me alegro mucho por ti. Eso está muy bien, siempre te han gustado los niños. Verlos felices a ellos seguro que te hace feliz a ti.

—¿Felices? Se pueden dar con un canto en los dientes si no mueren a los dos días o si los mandan con alguna familia adoptiva y consiguen escapar de ese infierno. Lila, no voy a contarte las barbaridades que he visto allí, porque no he venido a eso, pero para paliar un poco todo lo malo que vemos estamos nosotras, para ayudar en lo que buenamente se pueda, aunque nunca sea suficiente. Tendrías que ver a los pobres críos, dónde tienen que estar, lo que hacen con ellos. El comedor número 1 de Madrid, orgullo y gala de Franco, según se promociona en la prensa día sí y día también, es en verdad el edificio más feo que yo he visto en mi vida, insano, sin aire ni luz, en un sótano al que se llega por una escalera larguísima en la que algún crío ya se ha matado al resbalar, y no es una metáfora. Y comer, puede decirse que comen, dos sardinas arenques saladísimas y un mendrugo de pan para todo un día, pero menos es nada, eso es verdad. Sin embargo, si estamos ahí, podemos intentar ayudarlos con cariño, que no es que tengan demasiado. Además, así nos enteramos de cosas. Y eso es lo más importante, Lila. Lo que nos permite ayudar de verdad a algunos. Son gotas en el océano pero hacen.

Le sonreí. Supe que mi amiga estaba feliz. Intenté contentarme por ellas y ese calor en el alma que me proporcionó la alegría de otros me sirvió como la mejor medicina para mi propio sufrimiento. No me resultó extraño que Mariana, siendo como era, se hubiera puesto del lado de los vencidos y a la vez del de los vencedores, y a todas las especias las hubiera metido en el mismo curry. Lo mismo le daban unos que los otros, se podía estar en un lado y en el contrario, porque la verdad no era absoluta. Ni la maldad ni la bondad. Nunca.

—¿Has sabido algo de Lenka? —Sintiendo aún un respingo de dolor por mi cobarde renuncia a intentar ayudarla, le pregunté a Mariana mientras cogía el vaso de agua con miel y unas gotitas de limón que Katerina había dejado sobre la mesita junto con otros dos para mis amigas. No podía ofrecerles nada más, pero ellas ya se lo habían tomado con gusto.

—No, nada, hace mucho que no tengo noticias tuyas. Mi padre pudo averiguar que al final se quedaron en Polonia. No consiguieron vender sus tierras y sus otras propiedades al precio que deseaban. No querían dejarlo todo abandonado, para no perderlo. Pero no sabemos nada más. Intenté encontrarlos a través de nuestro servicio de información en el exterior, que trabaja para recuperar a los niños exiliados en la guerra en todos los países, pero no pudieron darme noticias de ella ni de su familia. Espero que al final se decidieran a irse a Estados Unidos, como tenían previsto.

Respiré hondo y contuve mis sentimientos, hacía tiempo que sabía que aquella imagen horrenda se cumpliría sin remedio, pero ¿para qué decirselo a Mariana? Cada cual hacía lo que podía para ser mejor, de nada serviría explicarle cuál sería el destino de Lenka. Cómo terminaría en un baño que no era un baño de un campo de concentración llamado Chelmino, en su Polonia natal, del mismo modo que otras decenas de miles de inocentes como ella. Carmen se movió inquieta en la silla, agarró por el brazo a Mariana y la agitó.

—No quiero interrumpiros pero, Mariana, es que se te va a olvidar lo que querías decirle. ¡Se lo digo yo! Hemos conseguido unas clases para tu madre en una de nuestras escuelas. Mariana está convencida de que la música ayuda a que los niños olviden los traumas y muchos de ellos nos llegan con problemas muy graves; la música los relaja, pobrecillos. ¿Crees que le gustará, Lila?

—Por supuesto. Katerina ama la música, tenéis que decirselo cuanto antes. ¿Por qué no sales a buscarla? Estará en la cocina. Es la segunda puerta en el pasillo.

Carmen se levantó enseguida. Ni siquiera esperó a Mariana. Pero ella no la siguió de todos modos; al contrario, cuando la doble de Lenka salió, cerró la puerta, se sentó de nuevo a mi lado y me habló en voz baja.

—¿Te gusta?

—Si te gusta a ti, a mí también. Todavía no les has dicho a tus padres la verdad, ¿no?

—¿Cuál es la verdad, Lila?

—Que no te casarás nunca porque no te gustan los hombres.

—¿Y acaso importa?

—No, no importa. Pero alguna vez tendrás que decirselo.

—¿Me piden permiso ellos para ser como son? ¿Me dijeron que iban a traicionarnos en Praga? ¿Que os iban a tratar como lo hicieron? ¿Acaso me pidieron permiso para ayudaros solo cuando por fin encontraron algo que pudierais darles a cambio, cuando ya era tarde y Daniella se había ido? ¿Eso es ser buen cristiano? ¿Por qué yo voy a ser peor cristiana que ellos solo porque en lugar de a un hombre amo a una mujer? Yo no hago mal a nadie queriendo a Carmen, ni ella lo hace por quererme a mí. Tampoco lo hacía cuando amé a Lenka. Aunque entonces todo era mucho más fácil. Ni siquiera sabíamos lo que hacíamos. Los sacerdotes se entregan a Cristo y nadie lo ve raro. Yo no he decidido querer así, pero es como soy, no he podido evitarlo nunca y no soy peor persona que nadie por eso. Pensé que tú me entendías.

Mariana estaba a punto de echarse a llorar. Pero se recompuso y volvió a erguirse. No había cambiado demasiado, solo había florecido para vivir como ella quería. Y eso era lo más difícil de todo, siempre, encontrar ese valor. Al menos eso creí al ver el brillo en su piel y en su preciosa melena negra suelta, un poco más larga de lo que solía llevarla en Praga, y la mirada segura con la que esperaba mi respuesta. Sin un miligramo de impaciencia.

—Claro que te entiendo. Y te admiro, tienes la fuerza para decidir por ti. Eso no es fácil.

Me di cuenta de que ya no necesitaba mi aprobación. Ni la de nadie.

—También vengo a traeros algo. Es vuestro. —Mariana me puso en las manos una cajita de cartón—. Ábrela, por favor.

Retiré la tapa y la dejé sobre mis rodillas. La pulsera de Katerina brillaba dentro, con sus preciosos matices rojos, verdes y dorados.

—Tu madre va a matarte. No te matará por vivir con una mujer pero sí por haberle quitado la pulsera.

—No te preocupes, no sabe ni dónde la tenía. Se la ha puesto una vez, en Praga, antes de venir, y después la dejó por ahí con el resto de cosas que ya no se pone. Les va muy bien ahora, ¿sabes? Les va muy bien a todos los que se están aprovechando de esta guerra para hacer cosas que no deberían. Esto no está siendo lo que parecía que iba a ser, lo que yo siempre había creído. Esta guerra no ha servido para que los hombres de bien volvieran a tomar las riendas. Ha habido muchos hombres

de bien que se han quedado por el camino y otros muchos con mala idea que se han apalancado para quedarse. Supongo que eso será inevitable. Aunque es cierto que había que hacer algo para enderezar España. Seguiremos rezando para que eso suceda. Mira, también te traigo esto. No lo pierdas. Son los datos de un hombre que te ayudará a encontrar a tu hermana Daniella.

Noté cómo se me abrían mucho los ojos. Muchas veces, el cuerpo desobedece al alma. Enseguida empecé a llorar.

—No llores. Tienes que hacer algo. Ya está bien de dejar que todo sea como ha de ser, no puedes aceptar sin más que has perdido a tu hermana. Todo eso está muy bien en la India, también aquí si eres un borrego, como lo son muchos. Pero para que tu vida sea como tú quieres, tienes que actuar. O si no, la pasarás viviendo la vida de otros. Venga, no llores, ¿qué va a pensar Carmen si entra y te ve aquí sobre mi hombro? Es muy celosa y, aun tan chiquitina como es, ¡la mala leche que se gasta!

Mariana me limpió el rostro con un pañuelo que escondía en la manga de su camisa. Siempre llevaba uno para hacer desaparecer las lágrimas y los mocos de sus niños. Con él limpio como solo estaba antes de empezar a trabajar, dejó mi cara a punto para soportar cualquier revista.

—Venga, ya está. Ve a buscarla, ¿me oyes? Así volverás a ser tú.

—¿De qué conoces a este hombre, Mariana?

—Trabajo con él. Carmen también. En ese menester nos encontramos desde hace pocos meses. Nosotras le pasamos información y él actúa, como otros tantos por toda España. Él se ocupa ahora de la zona sur pero podrá ayudarte. He pensado que te vendría bien conocer aquello. Te gustará Sevilla. En Málaga se están haciendo auténticas barbaridades, que mejor ni te hablo de ellas. Esa zona está siendo muy castigada por culpa de las teorías de Nájera y su Gabinete de Investigaciones Psicológicas. Una auténtica aberración. Pero hacemos lo que podemos por remediarlo.

—¿Por qué haces esto, Mariana? Tienes tu vida asegurada y la arriesgas por otros. Es tan extraño el hombre, sus elecciones. Pero tú eres un ángel.

—¡Qué ángel ni qué ángel! Yo no soy nada especial, Lila, nada de nada. Pero una cosa es poner lo que está mal en su sitio y otra muy diferente actuar como haría el diablo. Aquí ha sufrido mucha gente para que las cosas fueran a mejor, y han sufrido mucho. Lo veo cada día. Veo las secuelas de lo que hicieron unos y otros, veo el odio y veo la impotencia. Pero sobre todo veo que, en esa batalla que se libró por convicción, muchos de los vencedores han perdido su fe. Se han perdido, Lila. Hay que volverlos a poner en su sitio, y eso nos va a costar mucho trabajo, mucho sacrificio y mucha ayuda de Dios. Toda esa teoría del loco de Nájera se la creen solo los que tienen el demonio en su corazón. Los rojos no eran todos malos, ni eran todos asesinos, ni todos eran violadores. Algunos sí, pero ni más ni menos que algunos nacionales. Ni gen rojo ni ocho cuartos. Eso es una estupidez y muy grande. Y la Cruzada era necesaria, pero no para terminar convirtiéndonos en bestias. Sus malditas investigaciones son las que están dando forma a la ideología del régimen. Con la excusa de que se «recoja» a los niños de esa supuesta raza inferior de deficientes, psicópatas y degenerados rojos que dicen que son, se los roban a sus padres para corregir su degeneración. Ya va siendo hora de perdonar, hay que perdonar a los que nos ofendieron, eso dice Jesucristo. Pero aquí solo perdona el que no tiene nada que perder. Así que yo voy por mi cuenta. En el Auxilio Social nos llegan muchos niños de padres rojos, y no voy a contarte pormenores de lo que están sufriendo esas familias, aunque es todo lo peor que puedas imaginarte. Muchas veces, algunos de sus parientes siguen vivos, ya sean sus hermanos, sus tíos o sus abuelos, pero Franco quiere erradicar el maldito gen y para eso los entrega a padres como tienen que ser, de derechas, o los interna en los hospicios. Ese no es sitio para un niño, ni mucho menos si tiene una tía o una abuela que le quiera cuidar. ¡No te digo ya si lo que tiene es una madre y hermanos que lo esperan! Franco también está mandando a buscar a los niños exiliados a otros países y llegan a robarlos a sus familias adoptivas allá para luego, de vuelta en España, meterlos en orfanatos. Eso es todo menos cristiano. Así que hemos creado una organización formada por personas que, como yo, están indignadas con esto, y que, por todo el país, devuelven esos niños, cuando las circunstancias lo permiten, a sus padres o a sus familias. Y son todas nacionales, no te creas. Todas de derechas y todas afines a Franco. Cuanto más afines y más franquistas, mejor. Hay muchos que no comulgan con esta nueva España por la que tanto han luchado. Ellos esperaban otra cosa. Yo también.

—No puedo creerlo, ¿podéis encontrar a Daniella? ¿Cómo?

—Los caminos del Señor son insondables, Lila. Me lo enseñó mi padre y mi catequista.

—¿Cómo?

—Hay de todo. Si son suficientemente pequeños y existe la posibilidad de que regresen con algún familiar que esté dispuesto y pueda hacerse cargo de ellos, ya sea en España o fuera de ella, lo cual no es habitual pero se da algún caso, se roban a sus padres adoptivos del Régimen y se los entrega a sus familiares. Otras veces se buscan fuera y se traen con una identidad nueva. Hay muchas posibilidades y cada niño y cada familia son diferentes. Pero siempre se intenta evitar el pecado capital que es separar a un pobre ser indefenso, que no tiene la culpa de nada, de sus padres, de sus hermanos, de su familia. Aunque estos tuvieran la culpa de algo, seguro que ya lo estarán pagando o lo habrán pagado de la peor forma. Y si no, que los juzguen, Lila. Que las cruzadas han vuelto tarumba a más de uno. Niños, hogar, iglesia..., y un cuerno.

Me quedé perpleja. Con toda mi magia, jamás habría podido pensar que Mariana pudiera llegar a convertirse en esa mujer que tenía delante.

—¿Qué te ha pasado? Estás cambiada. Eres tú pero parece que te hubieras desprendido de algo que te pesaba mucho.

—Anda, qué gracia, ¿no sabes lo que es? La guerra, Lila, solo ha pasado la guerra, nada más y nada menos. Nada es tan importante como para que se pueda justificar tanta crueldad. Eso no es lo que a mí me enseñaron a amar en mi fe, eso no es lo que yo quería enseñar a mis hijos, si es que tengo, que no creo. Yo soy una católica rara. Me gustan mucho los hijos de los demás. Creo que como a mi madre, por eso nos tenía siempre fuera de casa, cuanto más lejos y más ocupados mejor. Yo ya tengo muchos hijos por ahí con sus familiares. No necesito más. Y por supuesto, no necesito un marido. Y tú lo que necesitas es volver a vivir. Así que muévete y vete a buscar a tu hermana. Él te ayudará.

—¿Por qué no le dices tú que la busque, como a los otros?

—Porque si sigues aquí, vas a dejarte morir. Tienes que salir, moverte, conocer otra gente. Tener una ilusión. Llevas un año sin poner el pie fuera de esta casa y, en lugar de ayudar a tus padres, les haces recordar en todo momento lo que ocurrió, y eso solo va a hacerte mal a ti y a ellos. Tienes que reaccionar. Ya hemos intentado encontrar a Daniella en Londres y creemos que sus padres adoptivos viajaron a México, cuando empezó la guerra. Es probable que esté allí, aunque todavía no tenemos más noticias. En esta carpeta está toda la información. Por supuesto, sé discreta, te puedes imaginar cómo terminaríamos si llegaran a descubrirnos. Que los nuevos franquistas estos no son nada haciendo barbaridades. Te lo digo yo que lo veo cada día. Puestos en una balanza con los rojos en el otro platillo, la gran Dama echaría a correr.

Carmen entró de nuevo en la habitación. No dijo nada, pero se quedó de pie, cerca de la puerta de la calle.

—Sí, sí, tienes razón, tenemos que irnos, hay mucho por hacer hoy. Ahora vamos a ir a visitar un nuevo centro que van a abrir en el barrio de La Latina. Ahí es nada, lo llevaremos Carmen y yo. Sé que vas a hacer lo mejor para Daniella y para ti, Lila, eres la más fuerte de las tres. No puedes dejar que esto pueda contigo. ¡Ánimo! Y dale recuerdos a tu abuela Asha y a tu madre de mi parte. Me muero de ganas de conocerlas, aunque espero que sea dentro de mucho.

Mariana me abrazó para despedirse, me dio un beso y se dirigió a la puerta. Cuando estaba a punto de salir, se giró de súbito:

—¡Ay, por Dios! Si es que no sé dónde tengo la cabeza. Esto es para ti, para el viaje que vas a emprender. Es dinero. Es tuyo. No me tienes que agradecer nada. Mi familia todavía os debe mucho, cuando termine la guerra con Alemania, que terminará, como todas las guerras, tendrán una casa hermosísima en Praga que no han pagado y encima os han encasquetado este piso para que les paguéis un alquiler por él. No hay demasiado, no te creas, no soy rica ni mucho menos y las cosas no andan para tirar cohetes, en realidad soy la más pobre de la familia, aunque mi hermano y mis padres siempre están dispuestos a colaborar para la causa de la Falange. Es un gusto hablar con ellos para eso. Y hablando de mi hermano, no sé si lo sabes: Rafael se casa esta primavera, con la hija de un ministro de Franco, Asunción se llama mi futura cuñada. Así que estaremos emparentados con grandes personas. Ya puedes olvidarte de él. No te perseguirá más, espero.

Sonreí como la rana ante el pozo. Mariana, en toda su nueva identidad conseguida a base de desilusiones y de amor por la fe verdadera, seguía conservando esa ingenuidad suya que le hacía decir siempre lo que pensaba. Yo ya sabía de sobra que Rafael se casaba, me lo dijo él mismo hacía unas semanas. Había venido a visitarme una tarde, sobre las seis, con un ramo de rosas blancas y un precioso anillo de oro y una aguamarina, no muy grande ni tampoco muy pequeña, de las del lado izquierdo, mire usted, que son más para las otras. No quise levantarme para recibirlo, pero Katerina insistió tanto que al final tuve que acceder. Enseguida nos dejó a solas en el pequeño cuarto de estar, después de servirnos un té demasiado aguado incluso para ser un té. Rafael se había acercado mucho, yo podía oler las dos gotas de su buena colonia en la solapa, y me había dicho cuánto se alegraba de que estuviera recuperada y que me había esperado todo ese año ilusionado porque pudiéramos comenzar a salir juntos, como él siempre había deseado. Pero tenía que entender que, después de tanto tiempo, él hubiera conocido a otra persona. Estaba enamorado de ella e iban a

casarse, pero ¿podría acaso un amor advenedizo ser más fuerte y más poderoso que el amor verdadero? Ese, él lo sentía por mí y solo por mí. Por eso había ido a verme: si yo quería, podíamos seguir adelante con nuestros planes. En esa nueva España, había sitio de sobra para todos los que, como él, tenían las ideas claras y ganas de trabajar. Ahora dirigía el Servicio Nacional de Prensa y Propaganda y trabajaba mano a mano con su padre y con los nuevos gerifaltes de Franco. Le iba mejor que bien. Después de mirar a un lado y a otro para comprobar que estábamos a solas y, con sus manos entre las mías a pesar de que había intentado zafarme de él hasta tres veces, había vuelto a cogerlas y me lo había intentado aclarar, por si acaso yo no lo había entendido. Eso sería lo único que explicaría, a sus ojos, mi frialdad:

—Siempre he sabido que serías mía, Noa, siempre te he querido para mí. Ahora las cosas se han puesto un poco difíciles, pero estoy seguro de que te agrada que te venga a ofrecerte. Es una oferta que pocas rechazarían y menos en las condiciones en las que estáis vosotros ahora. Es un regalo para ti y para tus padres. Por supuesto, si es necesario, aunque no lo creo porque parece que están saliendo adelante, también me ocuparía de ellos.

A continuación, Rafael dejó unas llaves sobre la mesa y después me puso el anillo en el dedo.

—Son de un piso en la calle Alcalá, de tres habitaciones y dos baños. Un lujo que hemos encontrado a muy buen precio. Solo faltan unos arreglillos para dejarlo perfecto, en cuanto te decidas y me digas de qué estampado prefieres el papel. Allí podremos vernos siempre que tú quieras, te cuidaré como lo que eres, como mi princesa, y nunca te faltará de nada, puedes confiar en mí.

Yo no le dije nada. Sin prisa, me quité el anillo y lo dejé sobre la mesa. Luego me levanté sin mirarlo y me metí en mi cuarto, cerré la puerta, eché el pestillo y esperé sentada en el suelo hasta que, después de algunos gritos de él que no quise entender, oí por fin que Katerina acompañaba a mi sufrido pretendiente hasta la entrada y regresaba a mi cuarto.

—¿Qué ha ocurrido, Lila? ¿Te encuentras bien? Rafael se ha ido muy ofendido, dice que te has burlado de él. Estaba como loco. Me ha costado mucho calmarlo y que se fuera.

—Nada, madre, no ha ocurrido nada. Que ojalá pudiera ser como no soy y hacer lo que no debo. Se iba a enterar este. Solo eso.

Ahora Carmen me abrazaba con fuerza. Me despedí de ambas con un beso y Katerina las acompañó hasta la puerta de la calle; enseguida entró en el salón. Yo permanecía sentada, mirando al suelo. Acariciaba sin darme cuenta la marioneta de bruja que Daniella se había dejado en Praga a duras penas, solo bajo promesa de que Katerina se la llevaría cuando fueran a buscarla. Mi madre de este mundo me sonrió; desde la cocina, había escuchado casi toda la conversación cada vez más emocionada. Sus ojos me mostraron su esperanza. Era del color del agua fresca de mi gran río sagrado. Se sentó junto a mí y me abrazó; yo no me moví. Mi voz sonó tenebrosa, como si acabara de escapar de una habitación que hubiese pasado siglos cerrada.

—No iré, Katerina. No iré a buscarla. Lo siento. No puedo ir. Siempre os he hecho daño, todo lo que ha ocurrido ha sido culpa mía. Desde que me conocisteis, siempre os he perjudicado. Si voy a buscarla como Mariana me ha aconsejado, jamás la encontraremos. Haré algo mal, me equivocaré y ella se irá a otro país, tendrá un accidente u otra cosa peor. Hay que resignarse, lo que tenga que ser, ocurrirá. De algún modo u otro, el destino siempre te alcanza. Yo no puedo cambiar nada, no está en mí. No se puede ir contra la Ley del Universo.

Mi madre de este mundo se puso de pie, pero enseguida vi cómo sus rodillas le flaqueaban. Me levanté justo a tiempo de evitar que se desplomara.

Transcurrieron minutos, horas y hasta días después de la visita de Mariana y de su amante. Millones de segundos en los que millones de espíritus se esfumaron o quedaron atrapados en las esferas concéntricas de la existencia. Katerina apenas hablaba, apenas comía. Fernando no se separaba de su lado aun sin entender qué le ocurría ahora, cuando ambos habían conseguido encontrar un modo de seguir viviendo y nada, en apariencia al menos, había sucedido. Ella no le había contado nuestra conversación ni la propuesta que me había hecho Mariana. Y a mí ni siquiera me miraba, pero yo estaba determinada a cumplir mi palabra. Si actuaba, todo iría a peor. Los ojos de Rahul, Noa y Gabriel no dejaban de observarme. Yo no hablaba con sus almas, pero las presentía. Millones de agujas heladas tocándome. Mientras me perforaban, en una noche de calor tan agobiante que se me arrugaba la piel como si hubiera regresado volando a través de la distancia y del tiempo a mi aldea de Jaipur, Barathi se me apareció sin que yo la hubiera llamado. Oí el aroma del cilantro y el jazmín, meloso y dulzón, y oí la música del *sitar* y del *laúd*, vibrante y distinta, aunque no quise mirar la luz astral de mi madre cuando la percibí a mi lado.

Tampoco quería escucharla. Pero eso era imposible, porque las brujas de la luna plateada tienen acceso directo al corazón: ningún hombre ni ningún demonio puede dejar de presentirlas aunque se les suplique.

—¿Qué estás haciendo, hija mía? ¿Es esto lo que de verdad deseas? ¿Dejarte vencer? ¿Resignarte? ¿Eso es lo que te dicta tu corazón? ¿Eso es lo que busca tu alma?

—No lo volveré a hacer daño, madre, no infringiré ninguna ley. No haré nada más para ayudarlos. ¿Es que acaso existe elección? ¿De verdad se puede elegir qué camino tomar? Todos los caminos que yo he seguido hasta ahora me han llevado al mismo lugar y, en ese lugar, yo siempre he perdido mucho. Y ellos también. Todo lo hice mal. No soy una bruja como Asha, ella podía ayudar a la gente, yo solo sé hacer daño. Jamás podré ser amada. Jamás podré amar.

—¿Es que acaso pensaste que el camino hacia el bien era fácil, Lila? ¿Acaso crees que es fácil para alguien? Bruja o demonio, hombre o mujer, hindú o cristiano, todos se arriesgan con cada elección, hasta la más nimia les acarrea una consecuencia. Y aunque a veces se elija porque esa consecuencia se confunde con un beneficio inmediato, el final puede ser bien distinto. Nadie puede huir de su karma. ¿Crees que algo en el Universo sucede sin que exista alguna razón? Todas las opciones tienen al menos dos vías, pero tú solo podrás experimentar una de ellas. No puedes saber qué habría sucedido si no hubieras querido a Rahul, si no hubieras conocido a Noa, si no hubieras empezado a amar a Gabriel, como no puedes saber qué sucederá si no vas a buscar a Daniella. Para ponerte de un lado, siempre debes correr un riesgo. Pero existe elección.

—Y dime, ¿tú te arrepentiste alguna vez de la tuya?

—Nunca pude arrepentirme de lo que hice, solo de lo que mi cobardía o mi necedad me impidieron perseguir. Amé mucho a tu padre, Lila, y porque lo amé, fui castigada. Infringí las Leyes Universales de la Naturaleza y de la Vida y sufrí mi pena. Pero si no lo hubiera hecho, algo en mí habría muerto de todas formas. Tú lo has dicho: al final, todos los caminos llevan al mismo lugar, la diferencia está en el modo en que los recorres. Y eso está en ti. Ese es el espíritu del hombre, que es puro y está más allá de su propio ser; de la sed, del hambre, del dolor y del miedo. Es su alma. Todo lo que su alma es, todo lo que desea, eso es lo que debemos llegar a conocer. Debes encontrar tu propia alma, Lila, porque aquel que la busca y llega a descubrirla, logra de verdad hallar todos los mundos y satisface todos sus deseos. Si el tuyo es ser amada, solo así podrás alcanzarlo. Pero para eso deberás elegir un lado de la vida y de la muerte. El alma inmortal está más allá del miedo. Lo que ves cuando miras a los ojos de otro y te refleja en el espejo de su alma.

Mi madre desapareció. Lloré. Me dejaron de picar las manos y de doler las sienes. Dejé de oler el jazmín y de ver la madre selva. Me dormí. No soñé. La vida tenía pesadillas mucho más vividas.

Tardé solo dos días en prepararme para el viaje. El primero de toda mi vida que hacía sola. La carrocería del tren era metálica, de un estridente color rojo, el de la pimienta de Cayena; y en su traqueteante avance sonaba como el barritar de dos elefantes en celo unas veces, y otras, cuando el ferroviario anunciaba paradas o arranques varios, como el agudo grito con el que las grullas se saludan al mediodía. Los otros viajeros del compartimento eran tres curas, dos monjas y un hombre con el pelo rasurado a cuadros. Él me pareció un misterio desde que entré en el vagón y, de cuando en cuando, lo miraba intentando que no lo advirtiera. Tampoco había visto nunca a cinco personas de Dios en el mismo metro y medio cuadrado de vagón. Los serios sacerdotes iban charlando sobre la necesidad de hacer algo, aunque no llegué a oír a qué algo se referían. Llevaba un rato absorta pensando en qué era aquello en lo que me estaba metiendo. Pero al dejarme en el andén para subirme al tren, había visto en los ojos de Katerina y de Fernando un brillo que llevaba mucho sin percibir. Seguro que desde antes de que Daniella se fuera. Ahora tenían esperanza y la esperanza mueve el mundo cuando la fe se ha perdido.

En cuanto le conté a Katerina que había cambiado de idea, ella le explicó a Fernando la propuesta de Mariana y ambos estuvieron de acuerdo en que yo debía ir a buscarla. Ellos no podrían viajar a México, costaría demasiado y además tenían que prepararlo todo para cuando regresáramos. No podían irse y dejar de lado los trabajos que estaban consiguiendo, afortunados ellos incluso entre la maraña de seres concientes con la que me topaba continuamente por la calle, mendigando o arrastrándose medio muertos, y que apenas podían hallar un quehacer que les permitiera ganar un duro para llevarse un mendrugo a la boca. Mis *padresbis* eran personas con educación y Fernando había encontrado ya más clientes, con la ayuda inestimable de Mariana y Carmen, que no cejaron en su empeño, de igual modo que habían procurado faena a Katerina. Y ahora, ya seguros de que yo localizaría a Daniella, él había empezado a dormir algo por las noches y ella hasta le sonreía. Empezaban a sentirse con fuerza para seguir viviendo, aunque solo fuera por volver a ver a su hija. Y yo había sufrido incluso más que ellos porque no conseguía hacerles entender, sobre todo a mi madre, que había sabido de primera mano de mis poderes de bruja, por qué no era capaz de averiguar dónde estaba mi hermana.

—Si solo tienes que pensarlo un poco, seguro que se te viene a la cabeza. Dinos dónde está y llamamos a Luis y él podrá ayudarnos a buscarla.

Pero lo cierto era que, cuanto más pensaba en ella, más lejos la sentía. Y sabía de sobra por qué: no quería encontrarla para ayudarla a ella, lo necesitaba por egoísmo, por mí, para volver a tenerla cerca. La echaba tanto de menos que estaba segura de que no debía utilizar mi magia para traerla a mi lado. «¿Y qué importa eso?», me preguntaba Katerina. «¿Qué más da a quién le sirva? En el fondo, es lo mismo, solo queremos volver a verla, ¿qué importa que sea por ella o por ti?» Pero sí que daba: ayudar a otros no está prohibido.

Los tres curas se me quedaron mirando cuando me levanté del asiento para bajarme en la estación desde donde llegaría a mi último destino, a Sevilla. Nada más poner el pie en el andén y levantar la vista, sentí algo novedoso: el ambiente olía a limpio y a naranjos. Me sorprendió tanto su frescura que me encontré cerrando los ojos y tomando una bocanada de aire de esa tierra distinta, reteniéndola en mi pecho y soltándola despacio. Y luego, al abrir de nuevo los párpados y mirar al frente, la luz me deslumbró. Si algo tenía ese lugar al que acababa de llegar era vida en la mirada, alegría en el ambiente y música en su sentir. Y eso se percibía nada más pisar su suelo, gris, como todos los demás, pero vitalizante, como muy pocos otros en ese momento. Como si la fuerza de la tierra subiera desde allí y se me colara por los dedos de los pies.

Tuve buen cuidado de no dejar desatendida mi maleta. Todo lo que tenía estaba en ella: el dinero que me había dado Mariana para el viaje, menos lo que había costado el billete y unos zapatos nuevos, de tacón cuadrado y piel oscura que iban con todo; las joyas que Asha me había regalado de niña, en el último *Diwali* que celebramos juntas —Katerina había insistido en que las llevara conmigo por si acaso y porque me darían buena suerte—; dos faldas muy apañadas que habíamos comprado a la modista del cuarto con tres blusas de colores diferentes, abotonadas hasta arriba y con lazos al bias; ropa interior y un par de pijamas; una chaqueta gruesa, de las que a Katerina le había dado por tejer al volver a Praga desde la India, hasta que le hice tomar el brebaje para que se sumiera en el olvido; y una fotografía de Daniella. Para llegar a Sevilla, tuve que esperar a un autocar de línea que me dejó al ladito de la Giralda. Allí pregunté por las señas que me había proporcionado Mariana a un hombre con un sombrero extraño y una pipa en la boca, que me dirigió sin pérdida; muy cerca de allí se encontraba la pensión Las tres llaves, donde me alojaría. Pero incluso antes de que él me indicara, yo ya sabía que el número 13 de la calle de Los peines estaba a tiro de piedra, y no porque lo hubiera investigado antes de salir de Madrid.

Al verme frente a mi destino, observé la chapa que colgaba por una sola de sus cuatro esquinas: «Llega usted a su nueva vida. Aprovéchela». Sonreí y enseguida abrí el portón de la pensión. Los goznes chirriaron como pájaros desgañitados. Tras el mostrador de roble oscurecido, un hombre con un solo ojo se me quedó mirando. El otro lo llevaba al aire, totalmente blanco, como si la muerte le hubiera escudriñado solo la mitad de su ser. Un escalofrío me hizo cosquillas en el pecho, pero el lugar donde se hospedaba la persona a la que debía buscar estaba cerca y no había tiempo para más: Mariana me había advertido antes de marcharse de que él estaría solo

unas semanas en Sevilla, después volvería a desaparecer en alguna nueva misión importante y secreta, como todas las que ese extraño grupo de idealistas se traían entre manos.

—Me gustaría una habitación, con baño, por favor.

—Y a mí me gustaría estar *arrejuntao* con la Garbo y no con la *escuchimizá* de mi mujer, no te fastidia.

No entendí la gracia, pero sí que en esa pensión no había habitaciones como en las que había veraneado alguna vez en mis vacaciones en Praga, en algún lugar cercano al río, con baño propio, bañera grande, bidé y hasta una terraza cada una.

—La habitación más barata que tenga, entonces.

—Todas son igual de hermosas, *quilla*. Y la única que puedo ofrecerle tiene *bisho* dentro. Que está muy de moda, ¿sabe *usté*? Son las procesiones, mi *arma*, y en las procesiones, aunque solo sea *pa* verlas, lo mejorcito de Sevilla viene acá y nos las alquila; no por *ná*, porque las terrazas, aunque algo raquíticas, dan a la plaza, y en la plaza siempre hay jolgorio o velatorio o *argo*.

—¿Qué significa que hay un *bisho* dentro?

—No se me asuste, señorita. Solo que tiene que compartir habitación. Son habitaciones dobles, algunas con una sola cama de matrimonio y otras, como esta, con dos. Pero en la que le ofrezco, precisamente, además hay un pequeño retrete con bañera y todo, que no tienen por qué compartir, si no quieren. Así que fíjese que es hasta afortunada.

Estaba cansada, tenía hambre y necesitaba darme una ducha y sentarme, como poco. El inquilino de la habitación podría ser hasta el menor de mis males.

—¿El bicho es hombre o mujer?

El recepcionista me miró con su solo ojo. Enseguida parpadeó varias veces y se llevó el lápiz a la boca.

—Mujer, mujer, como debe ser. ¿Tengo pinta de ofrecerle compartir la habitación con un hombre?

No habría sabido decir de qué tenía pinta el señor, que seguía mirándome con su ojo puesto en mí, ahora con expresión de ofendido.

—Además es muy limpia y da a la calle, es la única que da a la calle que tengo *ocupá* con *bisho*. Las demás las dejamos *reservás* para los mirones de la procesión.

Pagan mucho mejor.

—Me la quedo.

Subí mi maleta por las escaleras con la sensación de haber llegado a un lugar en el que hubiera estado antes. Pero eso no podía ser: ¿qué habría pintado yo en una pensión de Sevilla, en el barrio de Santa Cruz, pegadita a la calle Vida que tanto me había gustado al cruzarla? Hacía tiempo que había dejado de creer sin reservas en la reencarnación. Si realmente se produjera, ¿por qué mi madre y mi abuela seguían a mi lado y había, como ellas, centenares de espíritus flotando en los sitios más insospechados? Si se pudieran reencarnar y volver a la vida, ¿seguirían dando tumbos por el mundo astral después de llevar incluso varios siglos muertos? Hacía mucho que sabía cómo ignorarlos: bastaba con no hacerles caso, disimular y hacerse pasar por uno de ellos. Había aprendido a mimetizarme en un alma extraviada a base de practicar. Al principio hasta me divertí, luego simplemente lo hacía por pura supervivencia: era exasperante ver a gente muerta por todas partes y, sobre todo, me resultaba inquietante que se empeñaran en contarme algo de ellos aunque no tuviera gana ninguna de escucharlos. Aunque en la vida de todos siempre hubiera algo interesante, hasta en la del más mísero de los míseros.

El recepcionista llamó a la puerta tres veces antes de meter la llave y abrir. La habitación, pintada de rosa palo, era sorprendentemente bonita para lo que pensaba encontrar, con muebles escasos pero bien conservados, incluso parecían de madera buena; por la ventana entraba una luz intensa que iluminaba todo el cuarto como el reflejo de la sal en la arena. Oía a pan caliente y a cabello limpio. A flores nuevas. Miré las dos margaritas sumergidas en un vaso lleno de agua hasta la mitad; me gustó el detalle, la habitación reflejaba la personalidad de alguien, aunque ese alguien fuera, tal vez, el bicho que venía incluido en ella y que permanecía acostado en una de las dos camas.

—No se preocupe, no es contagioso, ni da un ruido, la pobre. Mi mujer se ocupa de cuidarla, lleva así varias semanas. No paga, pero tampoco molesta, y ella no quiere echarla. Así es mi Remedios, la mejor mujer de Santa Cruz, limpia como a mí me gusta, *espabilá* y con el corazón más grande de toda Sevilla y media España. Le da de comer por la patilla y hasta de beber, si hace falta. Por eso se hospeda en esta habitación con baño, no puede andar hasta el del final del pasillo. Esperemos que pronto Dios le devuelva la salud y ella pague, como todo buen cristiano. Se llama Rosa, por si se despierta.

El hombre cerró la puerta al salir con mucho cuidado. Escudriñé el bulto al lado de la cómoda, muy cuca y lustrosa, con santos y todo: san Juan, san Antonio y san Nicolás, según rezaban las chapitas de identificación a sus pies. Además, había en ella un Niño Jesús grande y mofletudo, que siempre había estado en el comedor, pero que Remedios había trasladado a esa habitación para que contribuyera a la mejoría de Rosa. Allí todos le llamaban Joselito. Dejé la maleta al lado de la cama libre. La colcha, rosa como la pared y limpiísima aunque remendada por los bordes, le daba un aire de cuna de un bebé con fortuna. La enferma parecía dormida, hecha un ovillo, en la cama más pequeña, junto a la puerta del baño. Me acerqué a ella y noté que tiritaba.

—¿Me oye? Me llamo Lila. Voy a compartir la habitación con usted.

La chica abrió los ojos y se subió un poco más la colcha, pero no me contestó.

—Me han dicho que tengo que dormir aquí. Espero no molestarla.

—Dos flores para una sola habitación van a ser muchas flores. Y no me llames de usted, que no soy tan antigua.

La voz de Rosa era melodiosa y dulce como la música de las premoniciones. Se destapó e intentó incorporarse, entonces se tambaleó un poco y se volvió a sentar. Si era joven, pero estaba demacrada y mustia como un crisantemo una semana después del *Diwali*.

—¿Quieres que te ayude?

—Solo quiero ir al baño. Tengo que orinar. Siempre tengo ganas, ¿sabes? Desde que empezaron las fiebres, solo bebo agua y orino. Y me escuece mucho cuando lo hago, pero no puedo evitarlo.

Me acerqué más, la agarré por las axilas y la ayudé a levantarse y a llegar al retrete.

—Gracias, niña, aquí ya puedo quedarme sola.

Oí el chorro caer durante un buen rato; luego escuché el agua fluyendo a través del grifo y cómo se vaciaba de sopetón lo que parecía el contenido de un cubo. Llamé a la puerta, pero Rosa ya estaba abriéndola. Paso a paso, con dificultad, llegó hasta la cama y se sentó. Tosió un poco antes de hablarme.

—Vamos a compartir cuarto. ¿Mucho tiempo?

—El que sea necesario. No puedo saberlo —le respondí sin pensar y me di cuenta de inmediato de que hacía tiempo que no sabía casi nada de nadie. Mis visiones me habían abandonado desde que había muerto Gabriel. Solo mi madre y mi abuela habían regresado alguna vez.

—Yo tampoco. No sé cuánto tardará en echarme Remedios o, mejor dicho, Ramón, su marido. Se me ha acabado el dinero y encima ahora me vienen estas malditas fiebres que no me dejan salir a buscarme la vida. Pero ella es un pedazo de pan, aunque parece todo lo contrario. Si no fuera por su caridad, estaría en la calle, muerta ya. Seguro. Ella es un ángel, aunque se ría siempre que se lo digo. ¿Tú crees en los ángeles, Lila?

—Por supuesto, tengo varios.

—¿Tuyos propios? Qué suerte. Yo solo tengo a Remedios, aunque vale por mil o más.

—¿Qué te ocurre?

—Ojalá lo supiera. Ningún médico ha venido a verme ni yo he podido ir a ver a ninguno. El de la habitación número 13 me dijo que parecía una enfermedad venérea, que no me extrañaría, pero él sabe más de vacas y de cerdos, tenía una clínica veterinaria antes de la guerra. Ahora solo tiene lo que todos, mucha hambre y miseria. Tú no eres de Sevilla, ni de España, me parece. ¿Qué has venido a buscar aquí?

—A mi hermana. La guerra también me la quitó, otra guerra diferente.

—¿Es que hay alguna guerra diferente? Todas son iguales, unos matan y otros mueren, casi todos sufren, y los que no, se hacen ricos con el sufrimiento ajeno. Eso es una guerra, ¿no? No hay más. Dolor, sangre, penuria y muerte. Qué casualidad, yo también busco a una niña. A mi hija. Llevo un año ya. A mí me la quitaron en la cárcel.

—¿Por qué estuviste en la cárcel?

—Y tú ¿de dónde has salido? Por roja, por maestra, por querer un mundo mejor, qué se yo. Porque les dio la gana, como con tantos otros.

—Pues qué raro. ¿Por ser maestra te encerraron?

—¿Raro? Lo raro es que me soltaran. ¿De dónde vienes tú que no sabes nada de todo lo que ha pasado aquí los últimos años? Porque si no sabes por qué cualquiera ha podido estar en la cárcel o por qué siguen en ella miles de desgraciados todavía y más que los seguirán, es que debes de venir del cielo.

Sonreí y le toqué la frente. Estaba muy caliente. Le examiné los párpados y las palmas de las manos, luego le abrí un poco la camisa y le toqué el cuello y la nuca.

Rosa no se movió, pero me miraba entre curiosa y ofendida.

—Acuéstate. Voy a ayudarte. Total, ya poco puedo perder. Y si no te ayudo, a saber cómo terminarás.

—¿Ayudarme? ¿Por qué?

—¿De dónde vienes tú? Porque si no sabes que se puede ayudar a otro porque a uno le dé la gana, es que debes de venir del infierno.

—¿Eres médica?

—Algo parecido. Ahora acuéstate. No debes coger frío. Tengo que salir, pero volveré.

Abrí la maleta y busqué el dinero. Tomé unos cuantos billetes y el resto lo volví a empaquetar y a guardar en el mismo sitio. Me fui hacia la puerta.

—¿Qué haces, niña? ¿Dejas ahí todo lo tuyo después de habérmelo enseñado? ¿No tienes miedo de que te lo robe?

—Lo que tenga que ser, ocurrirá. Pero tú no vas a robarme. Tú te vas a quedar en la cama hasta que yo vuelva, luego comerás algo y te curarás.

Cerré la puerta y bajé deprisa las escaleras. Me coloqué delante del recibidor y le aticé a la campanilla. El ruido era simpático aunque estridente, un tintineo de alondras peleándose. El hombre del ojo salió enseguida de un cuarto que parecía más una despensa que una habitación; llegué a vislumbrar en él una silla, un garrote apoyado en la pared y poco más.

—¿Qué hace ahí?

—Vaya, es curiosa la chiquilla, ¿tú qué crees? Leer, es lo único que puedo hacer mientras espero que huéspedes como tú vengan a molestarme. Con esta desventura que tenemos encima, leer es lo único que nos salva de ser unos zopencos. A ver, ¿qué quieres?

—Necesito comprar algunas cosas y no sé dónde hacerlo.

—¿Qué tipo de cosas?

—Son cosas un poco extrañas, por eso le pregunto. No se encuentran en cualquier sitio.

—Si quieres comprar un arma, yo te la vendo. También tabaco, café, chocolate y hasta perfume. Habla por esa boquita.

—No, no me refiero a eso. Quiero comprar raíces, cosas de herbolario; dientes de dragón, cardamomo y otras hierbas raras.

—Oye, *quilla*, a ver lo que me vas a liar arriba, que aún no se ha *oío* antes que estos fáchas quemem brujas, pero después de las Cruzadas y con esta nueva moda de la Inquisición, sería lo único que nos quedara.

—No se preocupe, solo es para hacer sopas, infusiones y masajes. Voy a ayudar a Rosa a que se cure.

—¡Ah!, si es eso, entonces muy bien. Pero eso no se encuentra en una tienda, tendrás que ir al barrio de las Tres Cruces, a las afueras de Sevilla. Allí viven muchos gitanos. Pregunta por Milagros, la bruja vieja. Ella te sabrá decir.

Me fui hacia la calle y el recepcionista se me quedó mirando. Le había parecido una chica extraña, guapa, pero rara, como si no fuera de por aquí cerca pero tampoco de muy lejos. Algo intermedio entre el sol y la luna. Iba a meterse otra vez dentro, a empezar a limpiar las lentejas que, aunque según su parecer los bichos y las piedras también tenían su alimento, la Remedios no le dejaba echarlas al puchero sin remirar, cuando un hombre muy bien vestido entró en la pensión. Lo observó con un pelín de fastidio; si las dos flores no estuvieran ocupando la habitación con balcón, tendría dónde alojar a este que tenía pinta de pagar bastante mejor.

—Lo siento, las habitaciones que dan a la plaza ya están alquiladas durante todas las fiestas. Ha llegado usted tarde.

Armando Iglesias puso encima de la mesa un billete de cincuenta pesetas; la ilustre estampa de Menéndez Pelayo quedó al descubierto, mirando con sorna. Ramón la cogió enseguida y las arrebujó en el puño. Hacía mucho tiempo que no veía un dinero tan lustroso.

—Hombre, si se pone usted así, puedo conseguirle algún hueco en la que está más cerca de la catedral. Seguro que allí tiene usted las mejores vistas.

—Gracias, solo quiero que me diga si esa mujer que acaba de salir se llama Noa... o Lila, quizá, si se va a alojar en esta pensión y durante cuánto tiempo.

Ramón dejó el billete sobre la mesa y lo estiró con cuidado y mucha parsimonia. Luego se lo devolvió al hombre.

—Eso no puedo decirsele, mire usted. —Volvió a mirar el billete y pensó otra vez en Remedios. Pero enseguida se la quitó de la mente y lo volvió a arrugar—. Ahora bien, si me dice amablemente por qué busca a la señorita Noa y para qué quiere que le diga que se va a quedar aquí durante un tiempo indeterminado, no tendré inconveniente en explicarle lo que desee.

—Es una amiga. Quiero darle una sorpresa. Por eso no deseo que le cuente usted nada. Tengo que ausentarme de Sevilla unos días para resolver unos asuntos y quería asegurarme de que la encontraré aquí a mi regreso.

—Pues pierda usted cuidado. Ella estará. Dos semanas ya las ha pagado, por anticipado, ¡qué raro es eso en estos días!

—Bien, entonces, hagamos una cosa, yo le doy a usted otro duro, por las molestias, y le dejo este número. Si ella quiere abandonar la pensión, me llama aquí cuanto antes e intenta retenerla un día o dos, con la excusa que se le ocurra, que tiene cara de listo. Y si no consigue convencerla, entonces se queda con la copla de adónde va a ir la señorita. Por supuesto, esto es un secreto entre nosotros dos y, cuando regrese, sabré recompensar que me lo guarde. ¿Qué le parece?

—Que sean seis duros, por si tengo que llamar más veces hasta encontrarlo, y la cosa está hecha. Pero que conste que solo lo hago porque me parece un hombre de bien y ella una mujer para un hombre así. Y mire que yo no me equivoco nunca cuando juzgo a una persona.

Armando salió de la pensión con una sonrisa espléndida. Casi no podía creérselo. Pero el aliento de las maldiciones es a veces esquivo y ese ente universal que las controla a su antojo lo seguirá exhalando sin cesar hasta alcanzar a cualquiera que pretenda rehuirlo. Se caló el sombrero y no devolvió la galantería a la chica de caracolillo sobre la frente y lunar movedizo en el pecho que le dedicó una mirada pícara y un piropo al cruzárselo un par de portales más adelante. Hacía meses que había regresado a España. Entonces se quedó en Madrid, arrimado a los mismos que le habían dado tan bien de comer en Praga. Sabía que no le sería difícil conseguir un buen puesto al lado de ellos, en lo que fuera que terminaran metidos a su vuelta. Pero en todo ese tiempo no había conseguido expulsarme de su pensamiento. Le obsesionaba, no podía dejar de recordarme; a su pesar, me veía en todas las mujeres. En todas me buscaba y en ninguna me hallaba.

Cuando terminó la guerra y el padre de mi amiga Mariana regresó también a Madrid con su familia, Armando empezó a trabajar a sus órdenes en el Departamento de Plástica. Un buen pintor como él tenía mucho futuro en un lugar así. Dependiente del Servicio Nacional de Prensa y Propaganda, había funcionado ya durante la Guerra Civil y con unos excelentes resultados, como todos habían podido comprobar de una manera u otra. Ahora trabajaba con el hermano de Mariana, quien, a pesar de todo, no era un jefe muy pesado; Rafael sabía mucho menos que Armando sobre arte —para algo él lo había mamado desde niño, al lado de su abuelo que no lo dejaba salir de las iglesias y las catedrales— y se mantenía al margen, excepto cuando tocaba aparentar. Entonces allí estaba Rafael de Ansorena el primero, junto a su padre.

Pero eso, al pintor le traía al fresco; lo que no llevaba demasiado bien era ese nuevo gusto por los actos de masas, tan grandilocuentes y ceremoniosos; todos esos paletos enfervorecidos y hasta sus propios jefes, que decidían cómo intentar atraerlos para su causa, muchas veces le parecían borregos insulsos más que otra cosa. Pero sabía mantener la boca cerrada y se daba mucha maña en todo lo relacionado con el arte, aunque fuera ese nuevo arte extraño, nacido para la nueva España, que era muchos en uno: poesía, arquitectura, liturgia religiosa, coreografía; toda una nueva estética que era mera propaganda al servicio de los nuevos mandatarios para exaltar el fervor político de las masas y conseguir que todos siguieran al Caudillo, como egregio continuador del glorioso pasado imperial de los Reyes Católicos. Sin embargo, él hacía lo que le mandaban y punto, como siempre, y comía bien de ello, sin complicarse la vida. Era lucrativo y le gustaba, aunque le tenía mucho tiempo de viaje, en cada provincia donde fuera a organizarse algún acto ceremonial u oficial, que se repartían en fechas estratégicas: celebración de aniversarios importantes, como el del Alzamiento Nacional, el día del Caudillo el 1 de octubre, el Desfile de la Victoria en mayo; o los homenajes a célebres fallecidos y otros eventos similares, como despedidas o recibimientos de personalidades, desfiles militares, fiestas de Falange Española o la visita de Franco adonde le pareciera bien al Generalísimo señor o a sus secuaces.

En todos esos casos, Armando y sus compañeros del departamento, bajo la supervisión de Cabanas y, por encima de él, de Rafael y de su padre Lucas, se encargaban de montar un escenario como si las calles fueran un gran circo en el que los transeúntes ejercían de espectadores, y los homenajeados o los figurantes, de

payasos, aunque se representara una alegoría macabra y vívida, con las imágenes, las frases célebres y la iconografía del Movimiento, que tomaba las calles de forma provisional o, a veces, también definitiva, a través de fabulosas estatuas y monumentos.

Hacia una semana que Armando había llegado a Sevilla para supervisar las procesiones de María Magdalena; suyos eran los diseños de las carrozas. Él debía verlos en todo su apogeo para saber qué efecto causaban y seguir mejorándolos. Cuando se tropezó conmigo en la salida de la pensión, apenas pudo creerlo. Yo no lo había mirado, ni le había intuido. Era como la abeja apresada en el loto que se come el elefante. Armando tenía la completa seguridad de que no lo había reconocido. Pero él sí me vio bien a mí: esas formas que ya eran sinuosas, aunque bastante más delgada ahora; mi pelo oscuro, un poco más corto que la última vez que me había tenido delante, cuando dejó a medias mi retrato y logró tocarme por fin. Se seguía excitando como un salvaje al recordarlo, al rememorar esa boca que estuvo a punto de besar; esos pechos que durante unos instantes fueron suyos; al volver a vislumbrar ese vientre desnudo ante él, para él, que imaginaba esperándolo. Y ni siquiera se planteaba por qué ejercía yo ese poder sobre su voluntad, por qué me había obedecido durante un tiempo. Él jamás había tenido amo.

Armando no podía saber que entre seres similares, ya fuera en naturaleza o en procedencia, existe desde el primer momento en que hubo vida un acuerdo tácito, una especie de pacto secreto. Él no era mago ni brujo, ni tenía ningún poder más allá de su propia tendencia hacia uno de los dos lados de la vida, el de la malignidad, pero su espíritu era negro, de los que en otro tiempo o en otra circunstancia habrían podido llegar a vislumbrar el acceso a la cancela de la hechicería. Solo le habría hecho falta introducirse a través de ella. Su alma estaba predispuesta. Armando no podía adivinar eso, pero su esencia sí. Por eso reconocía en mí a alguien como él, que conocía la existencia de ese pasadizo al mundo de los muertos. Por eso me temía y me adoraba. Yo tenía que ser para él. Y pasaría por encima de cualquiera, hombre, Dios o demonio, para tenerme. Para hacerme suya.

Armando Iglesias salió de viaje al día siguiente y se plantó en Madrid en un vuelo de colibrí. Llegó a la hora de la siesta, pero él no estaba para dormir. Se dirigió sin demora a la casa de Lucas de Ansorena; sabía que él lo esperaba. Subió las escaleras deprisa. Llevaba la esmeralda bien guardada: envuelta en un papel de periódico y otro de estraza, la había metido dentro de una tarta hecha solo de bizcocho y recubierta de algo parecido al chocolate. A Lucas le atraía todo lo que tuviera que ver con las antigüedades, el arte o la pompa y el boato; por algo había sido él quien le había presentado a Fernando y a Katerina en aquella fiesta en Praga, ya tan lejana que Armando ni siquiera recordaba a cuento de qué se había celebrado. Lo que no había podido olvidar era que en esa fiesta fue donde me había conocido, donde vio por primera vez a la mujer que le tenía embrujado desde entonces, casi una niña aún, pero ya la más fascinante. Lucas no había entendido por qué Armando no pudo llevar a cabo su encargo y al pintor le había costado mucho convencerlo de que no había sido capaz de encontrar el plano en la casa de Fernando. Aunque había terminado de todas formas en el despacho de su jefe, en un lugar bien visible, como ostentación de que algunos siempre consiguen todo lo que se proponen.

Fue Rafael quien le abrió la puerta y le dio la mano con energía.

—No te esperaba aquí, Armando, pensé que seguías en Sevilla. ¿Cómo fue la procesión? Todo un éxito el traslado de Primo de Rivera, que Dios lo tenga en su gloria. Ya han pasado unos meses y aún no había tenido ocasión de darte la enhorabuena. Pero tenía que decirte que el Caudillo y Suñer nos felicitaron en persona. No era nada fácil seguir sus instrucciones. Pero tú lo conseguiste, eres un artista, sí señor.

Armando todavía recordaba los diez días y las diez noches de caminata, entre la multitud, Generalísimo incluido; las cruces, las armas, las llamas, los rezos y las lágrimas, desde Alicante hasta la Ciudad Universitaria y de ahí, hasta el Escorial, a la Casilla del Príncipe. Estuvo el Gobierno en pleno, los embajadores, los generales, los jefes de la Casa Militar y Civil, los tenientes generales. Al terminar, las trompetas y los tambores comenzaron los salmos hasta que el féretro se depositó en su nicho de piedra y fue el propio Franco quien dijo las últimas palabras, las que el Fundador había pronunciado ante el primer caído de Falange y que Armando no olvidaría en su vida: «Que Dios te conceda el descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que se recoja la cosecha que siembre tu muerte». Si no se estuviera ganando la vida muy bien en ese departamento de la Dirección General de Propaganda, hacía tiempo que habría mandado al infierno a tanto tarado.

Le gustaba mucho más la acción y además allí, pintar pintar, lo que se decía pintar, más bien pintaba poco, en lo que a cuadros se refería. Él diseñó, junto al arquitecto José Borobio, toda la ceremonia del largo camino que recorrería José Antonio desde el panteón de los Caídos de Alicante a la basílica de San Nicolás, donde el mismo presidente de la Junta Política, Serrano Suñer, y algunos otros de sus miembros portaron el féretro hasta que llegó al catafalco de la nave central. La fila con los ciudadanos que quisieron honrarlo no terminó en toda la noche de circular frente a los restos del gran hombre, antes de comenzar el viaje hacia su lugar de descanso definitivo en Madrid. Todo se cuidó al detalle: las hogueras, los crespones negros, la gran cruz roja con el yugo y las flechas, la corona de laurel, las miles de flores en el suelo del centro de la basílica. Cada ornamento y cada liturgia tenían un significado y un propósito. Desde allí, se llevó por diversas provincias durante los diez días siguientes. Más que un hombre, Armando pensó siempre que había organizado el último viaje de un dios más grande que el propio Dios cristiano. Aunque se guardó bien de decirlo. Habría preferido seguir pintando, pero Lucas no se lo permitió.

—Con lo bien que se te dan estas cosas a ti, Armando, cómo te vas a poner a dibujar y a colorear. De eso nada, hijo mío, sigue aquí, a nuestro lado, que queda mucho por hacer para gran gloria del Régimen.

Y entonces lo metieron de lleno en el diseño de carrozas y carros alegóricos para las procesiones de Semana Santa. También se habían resucitado las antiguas mascaradas y batallas de flores del Carnaval y de fiestas barrocas, las fiestas del Corpus Christi que se celebraban allá por el Siglo de Oro; pues no había llovido, pero lo mismo daba.

—Lo que sea necesario para adoctrinar a estos patanes, Armando. Que no tienen ni idea y así, poco a poco y en las imágenes que todos veneran, entrarán en razón más fácil. Que para eso se ha creado el Departamento de Plástica, hombre.

Cualquier pretexto era bueno: rosarios, el vía crucis, las misas de campaña, los homenajes incesantes a los Caídos; todo por la Patria. El aparato ideológico de la nueva España funcionaba a toda máquina entre arcos, pilonos, cruces y otros adornos en calles y balcones.

Rafael se puso a su lado, fumaba un tabaco con olor acre y las volutas de humo se habían expandido por toda la habitación como al encender el fuego sagrado en el lecho de un muerto. Apagó el cigarro en un suntuoso cenicero.

—Lo mejor fue, sin duda, las magníficas carrozas alegóricas; las de Zaragoza de mayo fueron soberbias, algún día me tienes que contar cómo se te ocurrieron.

Armando pensó en la esmeralda. Realmente era una piedra maravillosa. Pero el dinero le daría la posibilidad de ocuparse del asunto que ahora centraba todo su interés. Rafael le dio unas palmadas en la espalda. Él puso sobre la mesa el paquete donde la traía y su cartera.

—Tu padre no me dijo que negociarías contigo.

—De estos negocios me encargo yo, entiéndeme, sé que no vas a intentar morder la mano que te da de comer, pero los tratos como este los hacemos a medias y yo no podía dejar de estar. Si es verdad lo que me ha contado mi padre, tendremos incluso que tasarla. Pides un precio demasiado elevado y tenemos que asegurarnos de que lo vale.

—No hay ningún problema. Pero tú mismo vas a ver que no miento. Es extraordinaria, antigua, bella, enigmática. Vale mucho más de lo que pido.

—¿De dónde la sacaste?

—De la India. Hace años. Pero mejor vayamos al grano.

Irene y Lucas entraron entonces en la sala. Lucas, aunque todavía era joven, había encanecido sin piedad en los últimos meses, pero seguía siendo un hombre atractivo, que conservaba su mata de pelo larga y copiosa, y la mirada del conquistador que, inexplicablemente, jamás había sido.

—Hombre, y estás aquí, no te habíamos oído. Nos alegramos mucho de verte, Armando, y más en estas condiciones.

El pintor se acercó a Irene y le besó la mano. Sabía que le encantaba ese gesto de galán de cine y a él le gustaba su sonrisa. Si hubiera tenido diez años menos, otras mieles habrían saboreado. Pero ahora, ella le recordaba a su madre. Y su madre era tan sagrada como el dinero.

—No esperemos más, Armando, estoy deseando ver esa piedra tan fabulosa. Me entusiasman estos negocios, cada día más. —Irene le sonrió mientras se ponía a su lado, junto a la fastuosa mesa de roble de raíz donde Armando había dejado la tarta.

Retiró el papel y cogió la paleta de pastelero que traía también en la vieja cartera de cuero oscuro, junto con algunos papeles, un reloj de pulsera alemán que jamás se retrasaba y una pistola que solo él vio antes de volver a abrochar la hebilla. Con la paleta, Armando dividió la tarta justo por el centro, en horizontal a la mesa y hasta la mitad. Sacó el paquete y lo desenvolvió al lado del bollo desparramado. En unos instantes, la fastuosa esmeralda de la maharani que yo le había entregado en Praga quedó a la vista de todos. El chillido agudo que se le escapó a Irene sonó hasta que se tapó la boca con las manos.

—¿Cuánto pides por ella? —le preguntó Lucas.

—Lo que te dije por teléfono. Ni más ni menos. Sé que ya habréis hecho averiguaciones entre vuestros joyeros y os habrán sabido decir lo que vale. El precio que te he pedido es muy inferior al verdadero. Y más con los contactos que tenéis fuera de España. En estos momentos, los alemanes están muy interesados en este tipo de cosas, en las antigüedades de todo el mundo. Y tienen todo el dinero que necesitan y más. Esta piedra es antiquísima, del siglo XI al menos, y está muy bien tallada. Es tan especial que hasta está hechizada. Todo un aliciente para los supersticiosos nazis. La venderéis por diez veces más. Yo solo quiero esa cantidad porque la necesito cuanto antes.

Rafael levantó la esmeralda y la observó a la luz de una lámpara de sobremesa; brilló con el fulgor de la antigüedad y de sus profundidades. El joven miró a su padre, que enseguida asintió con la cabeza.

—De acuerdo. La llevaremos a nuestro tasador. Si confirma lo que dices, en una semana tendrás el dinero. Te doy mi palabra. Pero no vayas con tanta prisa. Además, te necesitamos aquí un tiempo, hay que preparar la cabalgata de la Producción Aragonesa para las Fiestas de Primavera. También van carrozas. ¿Tenías pensado irte a algún lado?

Armando pensó en mí. No volvería a perderme de vista. Pero estaba seguro de que el tuerto lo avisaría si yo abandonaba la pensión.

—Sabes que siempre estoy a tu disposición. Si necesitas más tiempo para reunir el dinero, tómate todo el que necesites, puedo esperar. Pero dime, tenéis comprador ya, ¿verdad?

Lucas sostenía en la mano un bastón con la punta de plata en forma de águila y lo estaba haciendo golpear rítmicamente sobre el suelo a sus pies. Armando jamás lo había visto cojear ni llevarlo antes.

—Ese no es tu problema, sabes que te aprecio, te he visto crecer, como quien dice, y nos ha ido bien a todos, muy bien. Pero no preguntes lo que no debes saber.

Irene tomó la esmeralda. Armando adivinó por sus ojos vidriosos que querría quedarse con ella. Sin duda era una piedra fabulosa, la más hermosa que jamás vería. Pero valía demasiado para conservarla.

—Madre, ¿me la das? Tengo que llevármela.

—Espera un momento, déjame que la mire un poco más. Y, Armando, no nos dejes con las ganas, ¿qué maldición o hechizo puede tener una piedra tan maravillosa como esta?

—Lo siento, Irene, no puedo sacarte de la duda. Yo solo sé que está maldita, pero no conozco su maldición. El pobre diablo que me habló de ella no vivió lo suficiente para terminar de contármela. Pero os podéis inventar cualquiera, a los alemanes les servirá. Lo cierto es que la tiene y, seguramente, se cumplirá. Todos sabemos que las maldiciones se cumplen cuando se cree en ellas, y los nazis creen en todas las habidas y por haber, ¿no es así?

Rosa había recuperado el color y llevaba varios días saliendo a la calle a pasear, al mediodía, cuando la ciudad entera se vestía de sol y sombra, y antes de que el sofocante calor la hiciera doblarse por las costillas hasta tocar el suelo ansiando encontrar allí refrigerio. La joven sostenía en la mano un ramo de rosas que había arrancado en el parque de María Luisa. Eran violetas o azules, según a quien se le preguntara; aunque, de toda la vida, su madre, que disfrutaba cuidándolas en el pequeño jardín de su casa de Torrelodones, le había dicho que las rosas azules solo existían en la imaginación de quien las miraba, como tantas otras maravillas. Metió el ramo en un vaso que llenó de agua y lo puso al lado del Jesús de Remedios, el de nombre Joselito, que seguía allí, rechoncho y *colorao*, porque seguro que había tenido mucho que ver en la recuperación de la chiquilla.

—¿Cuándo me vas a dejar salir a ganarme la vida, niña? Necesitamos el dinero, te lo has gastado todo en darme bien de comer y en esos mejunjes raros que me has dado para que me cure. Ya es suficiente con lo que has hecho. Estoy recuperada, mírame, tan fresca como una de estas rosas; nunca había hecho tanta gala de mi nombre. No sé qué me has dado, pero estoy mejor que cuando daba clases, allá en la serranía, con aire puro y una vida como es debido. Cuánto lo echo de menos.

—Todo aquello volverá, ya lo verás. No será pronto, pero volverá. Y tú no saldrás a ningún sitio, podrías enfermarte de nuevo. Yo no tengo poderes infinitos; ni siquiera sé si me funcionarán mañana. Además, menudos poderes son estos que no pueden darme de comer.

—Podríamos montar un turgurio para leer el futuro, como las gitanas. Si supiéramos arrimarnos a las personas adecuadas, te harías de oro, te lo digo yo, que aquí hay mucha superstición y todos quieren tener de su lado la suerte. Solo tienes que acertar un par de veces y vendría a buscarte la ralea más selecta de toda Sevilla.

—Sí, ¿y cuándo sería eso exactamente? ¿Mañana o pasado? Tenemos que comer todos los días y Remedios puede darte de comer a ti, pero a las dos... Además, cuando venga un cliente y yo no pueda ver nada de su vida, ni pasada ni futura, ni arreglarle nada de lo suyo, nos denuncian a la Guardia Civil, esa que a ti tanto miedo te da, y vamos las dos para el cuartelillo, como tú dices. En la India, a las brujas las quemaban, si se atrevían. Aquí, puede que incluso sea peor. Tampoco sé cuándo voy a ver algo o si se cumplirá lo que veo. Que sí, que en ocasiones veo muertos, pero luego no sé si el vivo que tengo delante quiere hacerme bien o mal. Y conozco las plantas que curan, pero no he encontrado todas las que necesitaría, y gracias a que Milagros la gitana me consiguió algunas. Así que no hay nada que pensar.

—¿Por qué no vendes las joyas de tu abuela? Son extrañas, pero parecen de oro.

—Porque esas joyas no se venden, Rosa, son lo único que me queda de Asha. Ella quiso que yo las tuviera. Así que me las quedaré y se las dejaré a mis hijas y ellas se las darán a las suyas y así hasta que las brujas de la luna plateada dejen de existir. O eso es lo que me gustaría. Prefiero morirme de hambre que venderlas.

—Pero, niña, si tu abuela te dijo que te podrían sacar de un apuro. Y esto ya no es un apuro, esto es estar entre la vida y la muerte.

—Rosa, esto no es estar entre la vida y la muerte. Esto es solo vivir un poco peor. El hueco que existe entre la vida y la muerte es mucho más horrible. Y yo no me voy a morir de hambre ni tú tampoco. Te lo prometo. Además, no sé a cuento de qué viene tanto remilgo. Si tú puedes hacerlo, yo también. ¿Por qué no?

—Porque es repugnante, Lila, solo por eso. Lo más repugnante que he hecho en mi vida y que nunca jamás tendré que hacer. Y tú además no has conocido hombre, que se te ve en la cara, niña. Se te ve.

Cerró los ojos. No quería recordar. No podía recordar. Rosa se dio cuenta de que algo le ocurría y se cogió de la barbilla. Tuve que mirarla. No pude evitar que se me saltaran las lágrimas.

—¿Qué te pasa, mi niña? ¿Qué te sucede? ¿Te ha molestado lo que te he dicho? Perdóname, por favor, si es que a veces soy un poco bruta en eso del querer. Que sí que tuviste un hombre y lo perdiste, como yo, seguro que es eso, pero tú no quieres hablar de ello y yo hablo de él hasta dormida. Qué diferentes somos las personas y qué metepatas que soy yo. Perdóname, Lila, por favor. No volveré a meterme donde no me llaman. Pero a ver, alma cándida, ¿puedes decirme adónde vas tú con esa sensibilidad a hacer de puta? No sabes los hombres que hay por ahí, qué asco dan, qué ganas tienen de hacer con otras lo que con sus señoras no pueden por vergüenza o por ignorancia o qué se yo, pero a las otras, a las otras sí que se lo hacen y con qué ganas. No puede ser, Lila, de verdad que no. Buscaremos otra solución. Lo seguiré haciendo yo mientras tanto. Ahora tendré más cuidado, les haré que se pongan un preservativo de esos, que dicen que evitan todo el mal que yo he tenido. Aunque no quieran, que se jodan, hombre. Pues no hay putas en Sevilla... ¡seguro que casi tantas como en Madrid!

—Rosa, no te angusties por mí. Yo no puedo querer a nadie. Jamás volveré a hacerlo. Durante mucho tiempo estaba segura de que hacer el amor me mataría, que moriría ensartada. —Recordé a mi hermana Bhumika y la sentí reír allí donde estuviera—. Cuando descubrí que no, que amar era maravilloso y que te amaran mucho más, me mataron al que empezaba a amar. Y yo fui la culpable las dos veces. Jamás volveré a querer. El cuerpo no es más que un continente, su contenido puede permanecer en cualquier sitio, en una rana, un escarabajo, incluso en un asesino o un cobarde; una prostituta no es peor que eso. ¿O crees que sí?

—No, niña, es mucho peor ser rana o escarabajo que puta. Y ser un asesino... Visto así...

—Este mundo en el que estamos, el *Bhuloka*, es el mundo de la sustancia material y en él percibimos los fenómenos por los ojos, por la nariz, la boca, los dedos y los oídos. Pero este mundo es muy limitado, el que más cambia, el que menos dura. En realidad, solo es energía. Tú y yo somos palomas que buscamos el reflejo de la rosa en los espejos del templo. No es importante, Rosa. Nada es tan importante. —Hice un esfuerzo y le sonreí—. Y además, si tú has podido, yo también, qué demonios. Si tú has podido tener un apéndice de diez centímetros metido en tu cuerpo sin amor, yo también puedo, con mucha más razón, que además no lo tendré y de ningún otro modo.

—¿Y cómo sabes tú tan bien lo que mide el apéndice ese?

—Pues porque soy india y los indios somos muy intuitivos. También porque me fijé bien, que pasé muchos años temiéndolo como para no fijarme. Además de intuitiva, soy muy curiosa. Pero tengo que encontrar ya al hombre que vine a buscar, que ahora estás mucho mejor y puedes cuidarte solita, o eso espero. No sé cuánto tiempo estará él aquí, así que no podemos demorarlo mucho más. Sin embargo, lo primero es comer y conseguir dinero. Ramón se cansará antes o después de nosotras y Remedios no podrá seguir siempre engatusándolo y tú lo sabes. Hay que hacer algo para ganarse la vida ya.

—Pues vuelve a Madrid y que tus padres te presten algunos duros para pasar hasta que puedas empezar a vivir de lo de bruja. Por mí no te preocupes, estoy acostumbrada. Por algo dicen lo de pasar más hambre que un maestro de escuela.

—Ya, y cuando regrese, el hombre al que tenía que haber encontrado hace días se habrá ido quién sabe hasta cuándo y tardaremos mucho más en saber dónde están Rosita y Daniella. Ni hablar. ¡Que no me va a ocurrir nada malo, mujer! Lo haré solo el tiempo necesario, mientras encuentro a ese hombre. Mañana mismo saldré a buscarlo y para entonces ya tenemos que haber conseguido comer por nosotras mismas. Tiene que ser ahora. Ya. Esta noche salgo a probar.

—Pues lo haré yo. Mañana por la mañana haré la calle otra vez. O esta misma noche, si eso es lo que quieres. Aunque no me gusta la noche, que todos los gatos son pardos. Pero lo haré si tanta prisa tienes. Si sale con barbas, san Antón, y si no, la Purísima Concepción. Solo ve a comprarme unas medias de seda, que mira que les vuelven locos y se recupera enseguida la inversión, y tráeme también un poco de jabón de avena y una barra de carmín, no del rojo, por favor, que ese me queda fatal, parezco lo que no soy. Y preservativos, para que te quedes tranquila, que seguro que tú, que ya te has recorrido para abajo y para arriba toda la Plaza Vieja del Pan y el resto del barrio, averiguas fácilmente de dónde sacarlos. A mí solo se me ocurre preguntar en la farmacia El Globo, que, la verdad, viene muy a cuento. ¡Ah! y una última cosa: por favor, acércate también a la confitería La campana, allí en la calle Sierpes, que tienen unos caramelos buenisimos. Para quitarme luego el mal sabor de boca, son los mejores.

Dejé a mi nueva amiga en la habitación preparándose para el acontecimiento; una cuchilla afilada podría con todos esos pelos que se habían acumulado donde menos debían durante las semanas que había estado fuera de la calle y, como casi ninguna mujer se los quitaba, era otro valor añadido, según Rosa. Pero yo sabía bien lo que iba a hacer a continuación. Era la una de la tarde, aún había tiempo de sobra para ir ahora a comprar lo que mi amiga me había encargado. Sin embargo, en lugar de eso, pedí permiso a Ramón para asearme más tarde en uno de los cuartos que habían dejado libres esa misma mañana. Él me miró inquisitivo con su único ojo, pero no me preguntó más. A veces era mejor no saber. Después de comer y de jugar una partida al cinquillo —que se me daba de miedo a pesar de ser novata— para hacer tiempo hasta que abrieran las tiendas, aproveché que Rosa no se resistió a echar una cabezadita y me puse en marcha. Tardé exactamente una hora y diez minutos en gastarme todo el dinero que me quedaba en comprar lo que necesitaba: en la mercería Doña Paula, un sostén y unas bragas nuevas; en Confección Galá, una falda algo más ajustada y una camisa blanca, con el cuello de piqué; los caramelos y algún otro capricho en la confitería a la que me había mandado Rosa, la más bonita que yo

había visto en mi vida, ni siquiera comparable a las Rupa de Praga. Las últimas cinco pesetas las invertí en un capricho para compartir: un perfume con olor a rosas y jazmín en la perfumera La inglesa, la casa de las esencias. El nombre me pareció muy apropiado. Cuando llegué de vuelta a la pensión, me aseguré de que Ramón no le dijera al bicho que yo había regresado, ni dónde estaba. Podía quedarme tranquila al menos hasta las diez, cuando ella empezaría a preguntarse adónde había ido; tenía varias horas por delante para reconocer el lugar y comprobar por mí misma si era capaz de hacerlo.

En las tardes que habíamos pasado juntas sin salir del cuarto, Rosa, entre fiebre y fiebre, siesta y siesta, y caldo y caldo, me había contado los pormenores de su nuevo oficio obligado y de todo lo que deseó. La maestra de Torreledones se había metido a puta cuando se cansó de ver, en la iglesia, a la zorra mujer del alcalde de ahora, el fascista Julio Miguel, con los pendientes de azabache de su suegra, Emeteria: lo único que esta tenía de valor el día en que el marido de la zorra entró en su casa y se llevó por delante a dos de sus hijos varones, incluido el marido de Rosa. Ella, antes de la guerra, no iba a misa más que para alguna boda, comunión o bautizo al que le apetecía asistir y entonces, si había empezado a frecuentarla, no era solo para que no la metieran otra vez en la cárcel, sino para ver a esa hija de la gran puta con los pendientes de su suegra, que parecía que no tenía otros mejores o que no tenía corazón. Ella se inclinaba a pensar que sería lo segundo.

Entonces, un día se levantó de la cama y, ni corta ni perezosa, decidió dejar de ver a la grandísima puta y convertirse en tal. Así podría, por fin, abandonar ese maldito pueblo donde, por no quedar, no quedaba ni la tumba de su marido ni la de su cuñado, ni tampoco la de sus padres y sus hermanos, que también habían ido todos *palante* por comunistas o republicanos, para irse a buscar a su hija. Y difícil lo tenía, sí, pero ya le habían contado algunas mujeres de otros rojos como el Damián, el lechero del pueblo de al lado, también muertos o desaparecidos, que a veces los niños volvían, que no se sabía quién ni cómo los hacía aparecer de repente en la casa de su madre o de su abuela mientras la putativa se quedaba de piedra, sin hijo falso y sin explicación; que los robaban por ahí o por allá y que solo debía tener la fuerza para seguir escarbando hasta encontrar a uno de aquellos ángeles inhibidores del mal. Y Rosa, esa fuerza la tenía. Y eso hizo la maestra: buscar al ángel, hasta que ese maligno meter y sacar se la había querido comer viva y había caído enferma, a punto de encontrar en Sevilla al hombre que le habían dicho que llevaba niños a sus verdaderos padres. Y entonces había podido comprobar que eso de los ángeles era cierto, porque al menos se había topado con Remedios y, tras ella, había aparecido yo.

Mientras fue maestra en ese pueblecito de la sierra madrileña, jamás habría podido pensar que ser puta fuera tan difícil, no por el acto de joder en sí, que a eso se termina una acostumbrando poniendo por medio un poco de distancia psicológica y emocional, cerrando los ojos entre polvo y polvo y sabiendo que, quizás, de ese modo, podrías mantenerte viva hasta tener la suerte de encontrar a aquel hombre que buscaría a tu hija para llevarla de nuevo hasta ti. Lo verdaderamente difícil era acostumbrarse a las tonterías, las manías y los rituales que cada cliente requería para que se le levantara o para que terminara de una vez. Rosa me explicó, muertas de risa ambas, porque la costra en el corazón se reblandece cuando las penas se comparten así, con otra persona que siempre te sonrío y a la que jamás se le ocurre juzgarte ni con la mirada, todos los pormenores de ese oficio: las horas más apropiadas para salir, la pinta de los mejores clientes, cómo hacer para acercarte a un hombre sin que te echaran del local donde habías entrado a buscar alguno nuevo, si era mejor ir vestida de niña buena o de mujer fatal. Ella había aprendido todo eso a base de hostias, que ahora, al relatármelas con detalle, le dolían mucho menos que cuando de verdad las recibió en su propia cara. Así supe cómo tenía que vestirme para llamar la atención de un hombre sin que la Benemérita me llevara *palante*, como decía la gitana que me vendía las raíces y también Rosa, y nadie dudara de que era una niña de bien esperando a su novio. También supe que no me costaría hacerlo. ¡Qué mejor forma de reirme de mi cruel destino y de Neeja que amando así a todos y a ninguno!: «Mira, me aman, que es lo que más deseo, y yo los disfruto como si los amara, pero no morirá ninguno, demonio *raksha* estúpida y amargada. Por fin te he vencido». Entonces, quise llorar pero me mordí los labios y apreté los ojos hasta que las ganas se me fueron.

Entré en el bar Laredo, el de la calle Sierpes, al ladito de la confitería que tanto me había gustado, adornado como si de un barco se tratara. El suelo, de baldosas blancas y negras en forma de trapecio invertido, me llamó la atención por verse limpio como las manos de Saravasti a pesar de la numerosa clientela. Del techo, en forma de curva, colgaban varias anclas que miré con respeto. Observé a los posibles: numerosos clientes estaban sentados junto a la cristalera que ocupaba casi toda una pared. Ante mesas cuadradas de madera oscura y separados del resto del local por una barandilla con barrotes que parecían remilgadas equis, charlaban con pasión o sosiego, o miraban. Muchos, afortunados ellos que podían llevarse a esas horas algo a la boca, tomaban ya lo que podría ser la merienda: churros con un líquido similar al chocolate, algún bollo y muchas bebidas dulces. Pero eran casi siempre hombres con sus respectivas mujeres. Así que me acomodé en un taburete junto a la barra, a esperar. Todos los que estaban sentados cerca se giraron para mirarme, sin timidez ni rubor. Solo fui consciente de lo hermosa que estaba y lo bien que me habían sentado las comidas que yo misma había preparado para alimentar a mi amiga cuando, al pedir al camarero un bourbon con soda, la bebida que vi tantas veces sorber a Irene y a Lucas en las celebraciones en Praga, me vi de refilón en el espejo. Mi rostro había cambiado desde que habíamos abandonado Checoslovaquia: se me había endurecido y afilado un poco. Quizás porque ahora estaba segura de qué camino pisaba.

Tomé un sorbo. Me quemó en el paladar pero, al bajar por la garganta, sentí un hormigueo agradable. Dejé el vaso largo sobre la mesa y miré el reloj: todavía me quedaban casi tres horas para lograr mi objetivo. Me alegré de no haberme vestido más llamativa, habría desentonado allí, y mi cuerpo y mis formas, ahora por fin más rellenas, se adivinaban de sobra debajo de la falda tubo y de la camisa ajustada a la cintura. Miré a los dos caballeros que tenía al lado; charlaban. Uno me pareció guapo, quizás demasiado para querer una compañía así. Me di cuenta de que no sabía nada sobre los hombres; tantos años huyendo de ellos, aunque hubiera sido para nada, me habían convertido justamente en lo contrario de una prostituta. El sudor me caía por la frente y me limpié con disimulo. Suspiré y me abrí un poco la blusa, aunque estaba empezando a dudar de que pudiera llegar a ofrecerme a un hombre: Rosa no me había explicado qué tenía que hacer si nadie se me acercaba. Entonces alguien se sentó a mi derecha. Yo apenas podía distinguirlo, uno de los focos situados encima de mi cabeza me alumbraba justo sobre los ojos, pero me pareció muy hombre para estar buscando una mujer de la calle. Di otro trago y le sonreí. Él me devolvió la sonrisa y se aproximó más, hasta llegar casi a rozarme.

—Disculpa que me sienta tan cerca, no he podido evitarlo. No puedo creerlo. Esto es un milagro.

Acerqué mi cara a la suya para verlo mejor. Me resultó familiar. Y era guapo, con ese rostro barbilampiño que parecía tan suave. No empezaba mal la charla. Aunque sentí que comenzaba a marearme.

—No tengo nada que disculparle. Puede sentarse donde quiera. Aquí mismo está muy bien.

—¿Seguro que sí? ¿Seguro que puedo? Mira que me siento más cerca aún.

Arrastró su taburete hasta pegar sus rodillas contra las mías. Me di cuenta de que seguía viendo borroso y de que ya no era por las luces. Jamás había bebido alcohol, en toda mi vida. Era un detalle insignificante en el que no había caído pero que estaba demostrándose vital, cuando ya era demasiado tarde. Estaba muy aturdida. En un instante, sentí que perdía el sentido. Justo en el momento más inoportuno. Me agarré a la mano del hombre y él me sujetó por los hombros.

—No te caigas, por favor. —Él tomó mi vaso y lo olió—. Demasiado whisky o algo así, me parece. Pero no te preocupes, yo te sostengo. Aunque... sigo sin poder creerlo. Eres más hermosa que el cielo y las estrellas, ¿lo sabes? No puedes imaginar lo que me gusta haberte encontrado y aquí, además aquí, la chica más guapa de toda Sevilla ha tenido que venir a desmayarse a mis pies, otra vez. Es el destino. Seguro.

¿De qué demonios estaba hablando ese chiflado? Se estaba torciendo la tarde, pero yo había decidido llevar hasta el final la locura que había comenzado. Al fin y al cabo, había venido a buscar a un hombre. ¿Por el dinero? Yo sabía que no. Pedí un vaso de agua al camarero a ver si así conseguía rebajar el alcohol. Me lo sirvió enseguida, al tiempo que miraba con descaro y alevosía a mi acompañante. Me lo tomé deprisa, pero continué viendo borroso y la cabeza me daba vueltas como un perro persiguiendo su cola.

—¿Cómo te llamas? —pregunté al joven que aún me sujetaba por los hombros.

—¿Yo? Mauro, me llamo Mauro. Para servirte en todo lo que me ordenes. Es una lástima que no te acuerdes de mi nombre.

—Mauro, soy cara. Diez pesetas.

Él me soltó y empezó a carcajearse. Pero se detuvo en seco, con un ademán de crío que estuviera haciendo algo por lo que su madre lo regañaría en cuanto pudiera echarle el guante.

—De acuerdo. ¿Adónde vamos?

Me quedé callada. No había contado con eso. ¿Adónde podía llevarlo?

—¿A tu casa?

Ahora sí que Mauro se carcajeó con ganas. Yo no entendí la gracia, pero me dio igual. Tenía que continuar en mi empeño. Esa sería la prueba de que podría hacerlo más veces.

—Paga. Por favor.

Mauro sacó un billete de su cartera y lo puso sobre la encimera de mármol blanco y vetas doradas. El camarero lo recogió enseguida y, después de mirarlo con lo que a mí me pareció una expresión de envidia nada sana, le dejó la vuelta, varios céntimos que mi acompañante se metió íntegros de regreso al bolsillo. Entonces llevó su brazo por detrás de mí y salimos de allí como si nos conociéramos de toda la vida. Lo curioso era que a mí así me lo pareció; sería el bourbon maldito o el tramposo nerviosismo.

—Vamos, hay que andar un poco. Pero merecerá la pena. Estoy seguro.

Anduvimos así, sin decirnos nada y agarrados —de otro modo no podría haber sido, yo me habría caído si él me hubiera soltado—, un par de manzanas hasta llegar a un edificio antiguo, con una gran cancela de hierro forjado que franqueaba el paso a un espacioso patio. Me solté de Mauro y me quedé parada mirando el lugar: la luz intensa que entraba por el lucernario se reflejaba en el suelo y reverberaba sobre el agua de la fuente; las paredes estaban cubiertas hasta media altura de preciosos baldosines arabescos azules y verdes y desde ahí subían pintadas de amarillo hasta el tejado. Las macetas de color añil llenaban el espacio por arriba y por abajo. Incluso mareada, pude contemplar las abundantes flores que colgaban de ellas. Comprobé que podía andar sola, me acerqué a una que estaba a mi altura y me giré hacia Mauro.

—¿Cómo las riegan?

—¿Qué? —Él volvió a reír a carcajadas.

—Que cómo las riegan, las macetas, tan altas. Alguien tendrá que regarlas.

Mauro se acercó a mí y me abrazó por la cintura. Nuestras caras estaban muy juntas, nuestros labios casi se rozaban. Yo no me aparté, lo miré a los ojos. Tampoco podía mirarlo a otro sitio.

—¿De verdad me estás preguntando eso? Estás a punto de entrar en mi casa y meterte conmigo en mi cama y me preguntas cómo se riegan las macetas de mi patio.

Lila, déjalo ya. No sirves para puta.

Me separé de él de golpe.

—¿Me conoces? ¿De qué me conoces?

—No te asustes. Solo nos hemos visto un par de veces, hace unos años. En Praga. ¿No te acuerdas de mí? Es una pena, yo creía que no había cambiado tanto.

—¿Quién eres tú? ¿Te estás burlando? ¿Quieres o no quieres?

—Quiero, quiero.

—Pues entonces vamos adentro. Terminemos lo que hemos venido a hacer.

Intenté recordar o intuir quién era ese hombre al que agarré de la mano, pero la cabeza aún me daba vueltas. Tiré de él con fuerza y pude lograr que me siguiera hasta la puerta.

—Déjalo ya, anda. Además, esa no es mi casa. Está en el piso de arriba. Es la primera vez, ¿no? Se te nota a la legua. Y seguro que encontramos un modo de que no tengas que hacerlo. Eres una pésima puta, ¿no te das cuenta de que no puedes ir a la casa del cliente? Eso es lo último, no sabes lo que puedes encontrarte allí, ni a quién. No están las cosas como para fiarse de cualquiera. Siempre tienes que llevarlo adonde tú elijas, mejor que no sea tampoco tu propia casa; sirve una pensión en la que conozcas al dueño y te haga un buen precio; limpia, por tu bien; donde tu cliente no pueda encontrarte si tú no lo deseas y donde estés, más o menos, a salvo. Pues no tienes nada que aprender si de verdad te quieres dedicar a esto. Y, además, ¿es que no puedes ganarte el pan de ninguna otra forma? Eres una dama. Al menos, apunta más salto y acuéstate con quien pueda sacarte de la calle, eso sí podrías hacerlo, eres muy guapa. Mejor sería que te casaras. Muchos estarían encantados de alimentarte toda la vida, con boda por medio, a cambio de tenerte como mujer. Pero hay otras opciones, siempre las hay. Y tú eres una persona instruida, con estudios y educación, ¿o no? Al menos me lo pareciste así en Praga. ¿Ya te has olvidado de lo que eres?

—¿Por qué me das consejos? Dices que solo te he visto una vez o dos en mi vida. Un poco presuntuoso, ¿no crees?

—Puedes irte cuando quieras. Pero deseas oírme. Por eso te doy consejos. Necesitas escucharlos. Sube, al menos hasta que se te pase la cogorza que llevas. Y, si puedes, me cuentas qué haces aquí, tan lejos de tu casa. Y por qué te quieres meter a puta.

No quise rendirme. Pero la sonrisa de Mauro me embaucó. También sus ojos de miel batida. No hacía ningún mal por disfrutar de ellos y, además, ya no tenía tiempo ni equilibrio como para volver a buscar a ningún otro cliente.

A pesar de mi atontamiento, puede ver que el piso estaba muy limpio y ordenado; hasta los cuadros, algunos muy hermosos, de paisajes bucólicos y playas desiertas, parecían colgados con regla y cartabón.

—Siéntate, por favor. ¿Te encuentras ya bien? Aunque estabas muy graciosa, la verdad. ¿Quieres algo? ¿Un vaso de agua, quizá? ¿Un café? Tengo algo parecido que te vendría muy bien.

Nunca había conocido a nadie que colocara los libros por su altura. En una vitrina al lado del sofá los había de muchos colores y tamaños. Mauro también tenía una cámara de fotos grande y cuadrada, y algunas otras cosas que no encajaban en un piso de un barrio tan humilde como ese.

—Un vaso de agua estará bien. Gracias.

—Cuéntame, ¿por qué quieres meterte a puta? El que seas una mujer y además muy guapa no significa que seas una inútil, puedes intentar encontrar trabajo. Supongo que necesitas dinero. ¿Qué te ha ocurrido? La última vez que te vi, estabas en la legación de Praga. Con Asúa y sus hombres.

—¿Conoces a Asúa?

Mauro frunció el ceño. Noté que algo no iba bien pero, aunque lo intenté con todas mis fuerzas, terrenales y cósmicas, no conseguí verlo. Y me apetecía mucho seguir hablando con él. Lo mismo que Rosa me había dicho que hacían muchos de sus clientes en lugar de follar. Hablar de ellos. Él se levantó y desapareció tras una puerta. Al poco tiempo volvió a entrar con dos vasos de limonada.

—Bébetelo, te irá bien. ¿Cómo has terminado en Sevilla? Los alemanes, supongo. Acertasteis, no eran lo que parecían.

—Mi padre es judío.

—¿Y por qué a España? Aquí hay de todo menos paz y tranquilidad. Y, además, siendo amigos de Asúa...

—No tuvimos más remedio. Mis padres siguen en Madrid. Yo he venido buscando a alguien.

Mauro se levantó y abrió la ventana. Un griterío de críos se coló por ella. Me quedé cerca y miré abajo un instante.

—¿Estás con alguien? ¿Lo has encontrado y te ha salido rana y no puedes volverte a Madrid? Perdona, Lila, pero no lo entiendo. Si tus padres están tan cerca, ¿por qué no vuelves con ellos y que te ayuden?

—Necesito encontrar a mi hermana. Se fue a Inglaterra antes de que nosotros obtuviéramos el visado. No sabemos dónde está ahora. Tengo que buscar a alguien que puede ayudarme a localizarla. Pero me estaba quedando sin dinero, ya no tengo ni un duro, y, bueno..., no puedo volver a Madrid hasta que encuentre a ese hombre, él no iba a quedarse en Sevilla mucho tiempo. Mis padres ya han sufrido bastante. Pensé que me resultaría fácil ganar dinero así, al menos el tiempo suficiente para lograr mi objetivo. Lo volveré a intentar mañana o pasado.

Al salir de su piso, dos horas más tarde de lo que había calculado y con dolor de cabeza, no acepté que me acompañara. Regresé a la pensión ya de noche, sin poder creer que él fuera el hombre que Mariana me había dicho que podría ayudarme a encontrar a Daniella. Y Mauro, a su vez, al volver a encontrarse conmigo, se había alegrado de prestarse a ese juego. Quizás fuera cierto que al ayudarme a mí conseguiría ayudarse a sí mismo. Sin embargo, cuando se quedó a solas, no pudo evitar recordar que la primera vez que me había visto fugazmente en la legación española en Praga había sido justo el día en que tomó por fin la decisión de pasarse al bando de Lázaro y de Lucas de Ansorena. Cuando dio el primer paso para que su vida se convirtiera en el infierno que había sido desde entonces. A pesar de su sonrisa, a pesar de ese ánimo feliz que siempre demostraba. ¿De qué servía amargarles la vida a los demás? Con su propio castigo valía.

Ese mismo día en que me conoció, por la tarde, después de salir de la legación, fue a hablar con el ministro de los franquistas en Praga. Lázaro lo recibió cortésmente, a Mauro le pareció cabal y sincero, y salió convencido de que debía tomar ya la decisión. Les pasó la información que le pedían, la que podía hacer más daño a los republicanos en esos momentos; así podría ayudar a que la guerra terminara y vencieran los que él creía que debían. Le habló a Lázaro del asunto de la compra de armas a través de la legación de Turquía y Von Lustig aprovechó muy bien su información, que complementaba la que él tenía. También le desveló el lugar y el momento en que tenían previsto recibir un importante cargamento de fusiles, balas y hasta camiones. Pero en esa operación secreta y fundamental que reveló a los

sublevados, mataron a su mejor amigo. Sustituyó a otro en el último momento. Y Mauro jamás se lo perdonaría; por muchos años que viviera, nunca olvidaría que, por su culpa, su amigo y otros dos hombres más, todos inocentes y honrados, habían muerto al intentar escapar cuando los soldados rebeldes interceptaron la entrega en el puerto de Cartagena.

Y siguió obsesionado con aquella muerte a su espalda hasta que encontró la solución a su pecado: la expiación sería intentar arreglar lo que otros estaban haciendo mal. No era el único que pensaba que los niños eran de sus padres, fueran rojos o negros, violetas o amarillentos. Y cada niño que recuperaba y devolvía a su verdadera familia era un minuto menos de insomnio en sus largas noches. Yo no recordé entonces que él era el hombre a quien no ayudé, los designios de Siva son tan intrincados como inexorables, ni Mauro me contó su martirio, como tampoco se lo había contado jamás a nadie ni lo haría nunca. Porque había pecados que debían purgarse en soledad. Y aquel, su pecado mortal, solo él debía redimirlo.

Cuando llegué a la pensión, Ramón aún no se había acostado. Me escudriñó arrugando el ceño, como Fernando miraba a Daniella siempre que la niña se comía todo el chocolate de la alacena.

—Rosa te está esperando como agua de mayo, *quilla*. ¿Adónde has *ío*? Anda, sube, que mi señora os ha *llevao* algo *pa* cenar... Y a ver si vais perdiendo ya la costumbre, ¿eh?, que esto es un negocio y hay que pagar lo que se utiliza; aunque lo parezca, la comida y la cama no se pagan con esa sonrisa tan bonita que tenéis las dos flores.

Le dí las gracias y subí corriendo hasta la habitación. Al abrir la puerta, Rosa se levantó de la silla donde estaba cosiendo algo que no pude distinguir y me abrazó con mucha fuerza.

—¿Dónde te habías metido? Ya me estaba pensando lo peor, ¿no se te habrá ocurrido!... ¡No me digas que te has acostado con alguien, niña, que me partes el corazón!

—Quédate tranquila. Aunque no veo yo la lógica a tanto interés en mantenerme virgen y pura cuando tú misma quieres perderte, Rosa, de verdad.

—¡Dime lo que has estado haciendo!

La miré con la expresión de la diosa de la luna al tomar su elixir y nos echamos a reír. Y estuvimos así hasta que el vecino de la habitación de arriba golpeó en el suelo varias veces con algún cachivache inimaginable y duro, y el techo retumbó por encima de nuestras cabezas.

—No te preocupes, soy casi virgen y pura todavía. Pero no te podrías imaginar jamás qué es lo que he cazado cuando me ofrecía de cebo.

—Si no me lo dices, reviento.

—Al hombre que estábamos buscando. Al hombre que nos va a ayudar a ti a encontrar a tu hija y a mí a encontrar a mi hermana. Es la magia, sí, es brujería. Mi abuela Asha siempre decía que lo que tenía que pasar, pasaría. Y eso es lo que ha sucedido, que tiene que pasar que encontremos a Rosita y a Daniella. De un modo u otro, sucederá.

Al día siguiente, a eso de las once, Mauro se presentó en nuestra pensión. Llevaba dos bolsas, una llena de toda la comida que había podido reunir y otra con un uniforme de maestra del Auxilio Social, azul y verde. Ramón lo miró de arriba abajo y no le dejó pasar hasta que llegó a la conclusión de que alguien con esos ojos de cordero no podía suponer ningún daño para las ahijadas de su señora; eso le costó el doble de tiempo que a cualquier otro, pero Mauro esperó tranquilo, aunque sin mirar a la cara al hombre con un ojo a la remanguillé y los pelos echados hacia un lado para intentar tapar, con éxito inapreciable, su calvicie, hasta que decidió darle el visto bueno. Su madre le había dicho que a los tuertos jamás había que mirarlos al ojo que les quedara sano, porque se podían sentir ofendidos.

Al llegar al rellano de la habitación, dejó las dos bolsas en el suelo y esperó fuera unos minutos antes de llamar a la puerta. Una cosa era echar una mano a gente desconocida y otra muy diferente meterse en la habitación y en la vida de dos mujeres solas, prostituta a la fuerza una y la otra por los pelos, con dos niños a quienes buscar, aunque fuera para ayudar a una amiga con un extraño plan. ¿Y si no podía encontrarlos? ¿Y si en lugar de ayudarlas al final las metía en un lío con los de la Falange? Ya era suficiente con que él se arriesgara y hubiera utilizado los contactos de Lázaro —que agradecido era como el que más y se prestaba a cualquier empresa siempre que se la supieran vender como imprescindible en su Movimiento Nacional—, sin que el hombre lo supiera, para introducirse en esa red de gentes de bien que, como él y otros muchos más en Madrid, Zaragoza, Almería y Barcelona, intentaban ayudar a los niños de los hospicios del Auxilio Social. Pero estaba dando un paso delicado al meter a dos pobres chicas en ese fregado peligroso.

¿Y si volvía a morir alguien por su culpa? Bien podía buscar a las crías cuando les tocara su turno y llevárselas después a Lila y a su amiga, si podía, sin tener que volverlas a ver más de lo que veía a otras madres o hermanas de otros niños en circunstancias parecidas.

Mauro había entrado en la organización solo para ayudar cuando Lázaro le proporcionó un trabajo en Madrid con el que había sido su secretario, Lucas de Ansorena; allí conoció a su hija Mariana y enseguida lo que había visto le había enervado. De ahí a hacer todo lo que estuviera en su mano para devolver a cada uno lo suyo, siempre que era posible aunque casi nunca lo fuera, supuso solo un paso cortito. ¿Por qué conmigo tenía que ser diferente? Buscaría a mi hermana, me la entregaría y santas pascuas. Pero Mauro, al contrario de lo que había juzgado más prudente, se vio a sí mismo llamando con energía a la puerta, cogiendo las bolsas y entrando en nuestra habitación en cuanto Rosa le abrió.

—Hala, que ya estamos tardando. Ahora mismo no tengo nada entre manos. Así que podemos empezar a buscar a las niñas.

Rosa me guiñó un ojo sin que él se diera cuenta. La maestra tenía un sexto sentido para según qué cosas, aunque se guardó su opinión.

—Y tú eres...

—Sí, claro, yo soy quien va a encontrar a tu hija y a la hermana de Lila. Me llamo Mauro. Tenemos que ponernos a la tarea enseguida. En cuanto me encarguen de Madrid otra búsqueda, tendría que compaginarlas o retrasar las vuestras.

—¿Y eso cuánto tiempo nos deja?

—No hay un tiempo, desde que llevamos haciendo esto, solo hemos conseguido devolver a sus padres a siete niñas y a tres niños. Y en dos ocasiones, los padres tuvieron que exiliarse. En alguno hemos tardado meses y en otros más de un año. Esta no es una empresa fácil, fallamos mucho más de lo que acertamos.

Rosa le cogió las bolsas a los dejó sobre la cama. Empezó a sacar su contenido: un par de barras de pan blanco como hacía tiempo no había visto, un queso que olía como los ángeles del cielo misericordioso o mejor y varias latas de sardinas.

—Sé que me devolverás a mi hija. Y además aquí encontrarás ayuda extra. Ya lo verás. Tenemos de nuestro lado a la otra cara de la luna. Una luna plateada muy bonita.

Rosa le sonrió y Mauro hizo como que no sabía de qué diablos le estaba hablando. Pero no pudo evitar fijarse bien en ella; desde que yo le había contado cómo había intentado meterme a puta, sentía curiosidad. Le pareció tan menuda y su expresión tan dulce que no pudo entender cómo había sido capaz de vender su cuerpo y cómo había habido algún cabrón que hubiera tenido la poca vergüenza de comprárselo. Pero aquello había pasado con miles de mujeres en toda España, millones en todo el mundo, que para salvar a los suyos se habían perdido ellas. ¿O eso era encontrarse y no perderse? Como Jesucristo, se habían dado en vida para hallarse tras la muerte. Así que las putas eran también hijas de Dios, ni más ni menos.

—Tenemos que empezar por alguna de las dos, vosotras decidís.

Rosa y yo nos miramos. Hacía mucho que nos sentíamos cómplices en el juego de la vida. La maestra de Torreledones se fue directa al armario, lo abrió, tomó mi maleta y rebuscó en ella la carpeta con los papeles que yo le había enseñado ya muchas veces, con la información de mi hermana que había reunido Mariana.

—Ella primero. —Rosa me señaló a mí—. Será más fácil. Y además yo llevo esperando mucho tiempo, puedo aguantar un poco más, pero a ella la esperan en Madrid otras personas que han sufrido mucho. Por favor, empieza con su hermana.

—De acuerdo. Luego lo miraremos, ahora tenemos que dejar las cosas claras. Lo primero: haceos a la idea de que no hay ninguna garantía de que encontremos a las niñas. ¿Queda claro? Nosotros no hacemos milagros, hemos buscado a más de cien desaparecidos en estos dos años y solo hemos encontrado a diez. Lo segundo: no podéis seguir sin oficio ni beneficio, aquí en Sevilla todo el mundo se conoce y yo soy Mauro, el del Auxilio Social de Madrid, ni más ni menos, así que vosotras vais a ir para allá también echando leches, a echar una mano. Por si acaso alguien os pregunta de qué me conocéis, somos compañeros y nada más. Y para sobrevivir, meteos tres palabras en la cabeza: niños, hogar, iglesia. Ese es todo vuestro mundo. De ahí para afuera os estaréis metiendo en problemas y los problemas nos impiden ayudar. El sueldo no llega para vivir, comeréis la misma bazofia que los niños y poco más, pero podréis manteneros mientras las buscamos. Tú, Rosa, irás a dar clase y a ti, Lila, ya te dirán lo que tienes que hacer. Y una advertencia más: donde vais, y creo que en todos los sitios, siempre hay personas de dos tipos, las que se han puesto de una parte y las que se han puesto de la otra. Las identificaréis enseguida, en cuanto le dan un sopapo a un niño se sabe de parte de quién están. Pero no os fieis ni de vuestra madre. Podría ser lo que no parezca. Ni una palabra a nadie sobre lo que estamos haciendo. Normalmente, los contactos con los familiares de los niños a los que queremos encontrar se hacen a través de terceros, pero en vuestro caso Lila ya me conoce, así que me arriesgaré. Si me falláis, dejaré de creer para siempre en la humanidad y vosotras, estoy seguro, no tenéis pinta de querer eso.

Al levantarse todas las mañanas, Rosa siempre cantaba habaneras y, con esa voz afrutada y dulce como de melón de Villaconejos que Dios le había dado, o que había heredado del alma que en ella se había reencarnado, según afirmaba desde que me conoció, parecía una cantante de verdad, de las que llevaban estola de piel y sombrero rosa de ala ancha y andaban estiradas como las *vedettes* del Teatro Real. Mauro se quedó de piedra cuando mi delgada amiga empezó a cantar delante de él, con una sonrisa que se le salía de la cara, y lágrimas en los ojos. Lo tomé del brazo.

—No te preocupes, no está loca. Solo está contenta. Dice que antes lo hacía a menudo, si se alegraba mucho por algo. Hasta ahora, solo lo había hecho delante de extraños cuando traje una mañana higos para desayunar. Los encontré de pura chiripa, al lado del cementerio, pero según parece le gustan mucho. Tú también le has gustado mucho.

Cuando él se fue, Rosa bromeó con eso.

—Sí que es verdad, sí, que me ha gustado mucho el Mauro. Pero, niña, sabes que la que le gustas mucho eres tú, ¿verdad?

—Anda ya, no digas tonterías, Rosa. Vamos a aviarnos que queda mucha faena por hacer.

—Pues tú te lo pierdes. Te aseguro que ese pollo es uno de los hombres más hombres que he conocido. Y, por desgracia, últimamente he conocido a muchos.

—Me da igual lo que te parezca, absolutamente igual, no pienso enamorarme de ningún hombre, ni de este ni de ningún otro, ni acercarme siquiera, ¿me oyes? Tengo tanto miedo de que les pase algo que ni les llamo por su nombre. Ni acercarme siquiera, ¿me oyes!

—No seas tonta, no te digo que te enamores, que yo también soy supersticiosa y eso de las maldiciones me da mucho *yuyu*. Pero no te pongas de manos. Tan solo te digo que te acuerdes con él, no hace falta quererlo. Si estabas dispuesta a hacerte puta... —Y entonces Rosa se partió de la risa hasta desfallecer y solo cuando le di un codazo siguió hablando—: ¿Qué más te da acostarte con él sin quererlo? Si no lo has hecho nunca, enseguida aprenderás. Solo hay que abrirse de piernas y dejarte disfrutar. Que un buen hombre en la cama puede arreglar muchas penas.

—Ya, y traer otras muchas, anda, deja de decir burradas. Además, ¿no te parece que tiene la nariz muy grande?

Rosa me tiró la almohada a la cabeza y así dimos por zanjada la conversación.

Desde ese día, las dos fuimos a trabajar a la calle Serpentina número 22, a la sede de Falange en Sevilla. Allí llegábamos a las ocho de la mañana en punto para empezar la faena. Rosa comenzó a dar clase a los niños del Auxilio con la misma alegría con que lo había hecho muchos años antes de que la vida de todos se escondiera tras los sonidos de las sirenas, los bombardeos, las balas y el miedo. Nunca pudimos saber cómo se las había apañado Mauro para que allí pasaran por alto el que ella hubiera estado en la cárcel. Aunque tampoco le preguntamos. Y a mí me enviaron al Servicio Exterior, donde mi dominio del francés, el inglés, el checo, el alemán, algo de polaco, el hindi y hasta el sánscrito no dejaba de sorprender a casi nadie. Me encargaron traducir todo lo que nadie más podía: las cartas de las embajadas y otros servicios oficiales de los Ministerios en el extranjero; comunicados y noticias de la prensa de otros países; también, alguna vez, serví de traductora para el Gobernador de Sevilla, como cuando un alto mando alemán llegó a la ciudad de improviso, para visitar sus tablaos tan solo acompañado de su esposa y unos amigos que se enamoraron del flamenco, aunque no pudieran contarlos jamás porque los gitanos estaban en la lista de razas extinguidas y, por fuerza, una cosa no encajaba con la otra. Mi amiga y yo pasamos así más de cincuenta o sesenta días, con sus horas, minutos y segundos, nerviosas pero tranquilas, con un nudo extraño en la garganta que solo apretaba a veces, cuando nos sobrevenía alguna duda que despejábamos entre las dos, porque al menos ahora teníamos la esperanza de saber que alguien estaba haciendo algo por encontrar a las niñas. Hasta que una tarde, después de haber recorrido de arriba abajo el parque de María Luisa las dos enganchadas del brazo y charlando de las mismas nimiedades que las de cualquier otra pareja de amigas de Sevilla, Mauro nos esperaba con una sonrisa que no podía anunciar más que algo muy bueno. Rosa, ladina ella, me dijo que iba a hacer un recado. Al alcanzarlo, él me explicó, a bocajarro y todavía en la calle, que por fin habían dado con Daniella.

—No puedo creerlo. ¿La has encontrado? ¿De verdad la has encontrado?

Yo me había llevado las manos a los ojos y movía la cabeza hacia los lados. El pelo se me movía como una onda del Guadalquivir cuando soplaban el viento. Y no sabía si sería muy apropiado besarle a la vista de todos los viandantes, pero ganas no me faltaron.

—¿Podemos subir a la habitación, Lila? Prefiero no seguir hablando aquí.

Conseguí calmarme y a duras penas abrí el portón. Nada más entrar en mi alcoba, yo me senté en la cama. Él se quedó de pie. Lo miraba embobada. No sabía si reírme o llorar.

—Sí, está viviendo en México, con una familia que tiene seis hijos más, todos niños. Por eso la eligieron y porque sabe tocar el violín. Está bien, un poco agobiada con tanto crío, pero se ha hecho la jefa. Uno de nuestros agentes allí ha hablado con los padres y con ella. Dice que está muy contenta. Ellos están de vuestro lado. Devolverán a la niña. —Mauro se calló y se acercó a la ventana antes de continuar—. Sin embargo, Lila, lo siento mucho, pero ella no puede regresar a España. Sería muy peligroso.

—¿Cómo puede regresar? ¿Qué significa eso?

—En los informes que envió la legación de España en París al Ministerio del Interior antes del final de la Guerra Civil, cuando todavía la dirigían los republicanos, consta que ella salió del país por mediación de Jiménez de Asúa. Y Asúa es un eminente republicano. Y encima está vivo. En España, no puede entrar nadie que tenga que ver con él. Tuvisteis mucha suerte de que os dejaran pasar, seguro que por influencia de Lucas de Ansorena. Pero si ella vuelve ahora, pondría en peligro incluso a tus padres, que ahora viven tranquilos porque a nadie le ha dado por asociarlos con él ni por mirar esos informes, que menos mal que hay miles, de todos los embajadores republicanos que siguieron trabajando para su Gobierno en la Guerra Civil. Yo conocí bien a Jiménez de Asúa. Es un gran hombre. Supongo que tus padres ni lo mencionan ahora ante otras personas. Es curioso cómo habéis podido mantener las dos amistades, la de Ansorena y la de Asúa. Eso dice mucho de tus padres.

—Mis padres son unas personas maravillosas, Mauro, en su corazón cabe una catedral, una sinagoga y hasta un templo hindú. ¿Es que siempre hay que elegir? Y ¿también conoces a Lucas y a Irene?

—Yo conozco a mucha gente.

—¿De qué los conoces?

—Trabajé con él durante la guerra y ahora es mi jefe. En mi trabajo oficial. Y también conozco a su hija, Mariana. Ya sé que eso sí lo sabes. Me contó que fue ella quien te sugirió buscarme. Si no nos hubiéramos encontrado en el café, yo habría ido a buscarte igualmente. Los dos estamos en el mismo barco. Pero no me preguntes más. No te contaré nada.

—Bueno..., y ¿entonces? ¿Qué podemos hacer?

Me levanté y empecé a andar por la habitación. Él se sentó en la silla que estaba cerca del baño; de milagro, Rosa había recogido los sostenes y las bragas que habitualmente lucían extendidas allí para que se secaran antes bajo los rayos del sol que entraban por la ventana casi toda la mañana.

—Solo hay una posibilidad: que tus padres se exilien a México. ¿Estarían dispuestos? Ese país admite exiliados españoles. Cárdenas siempre ha estado por la labor y también Ávila. Pero ellos tendrían que salir de España no se sabe durante cuánto tiempo.

—Ellos no son españoles, tampoco les resultaría tan difícil vivir en otro lugar. Estoy segura. Lo harán por ella sin dudar.

—¿Y tú? ¿Tú qué harías, Lila?

No supe qué decir. No me había planteado tener que irme. Estaba bien allí, en Sevilla. Por primera vez desde que había salido de Praga llevaba meses sin recordar. Otro país, otro futuro, otra gente, nuevos amigos, adiós a Rosa. Y a él. Adiós a Mauro. Algo extraño en el estómago me lo encogió, como un revolcón de líquidos. Pero no tenía hambre. Solo una sensación rara: palomitas de maíz, de las que volvían loca a Daniella, abriéndose en las entrañas. Entonces cerré los ojos, intenté verme más adelante, procuré ver algo más, pero no lo logré. Seguía sin tener visiones como las que me asaltaban en cualquier momento en Praga y me revelaban los secretos de sus muertos y, a veces, de sus vivos. Era como si algo se me hubiera apaciguado. Quizás se debiera a que ese era un lugar menos espiritual o a que, de haber escuchado a los muertos también ahora, no me habrían dejado vivir, de los millones que había por todos lados. Era como si mis poderes hubieran desaparecido. O puede que estuviera bloqueada. Él me dejaba así, en un estado anormal en el que no veía mucho más allá. Solo me fijaba en él, a pesar de que no quise reconocérselo a Rosa cuando bromé sobre Mauro el día en que apareció por la pensión. Y yo no me había vuelto a plantear siquiera lo que ella me había dicho pero, entonces, ¿por qué me estaba poniendo tan nerviosa? ¿Por qué no quería ir a encontrarme con mi hermana y con mis padres? Eso era lo que había venido a buscar, ¿no?

Por fin le respondí. Y me gustó mucho descubrir ese brillo en sus ojos.

—Yo no quiero dejar a Rosa antes de que ella vuelva a ver a su hija. Si al final no la encuentras, lo pasará muy mal. No puedo dejarla.

—¿Sois muy amigas?

—Ahora, es la única amiga que tengo cerca. He perdido a demasiada gente querida. Aparte de mis padres, mi hermana y Mariana, ya no me queda nadie vivo a quien querer. Katerina y Fernando están juntos. Se tienen el uno al otro y yo quiero estar cerca de ellos y quiero volver a ver a Daniella, pero no creo que deba dejar sola a Rosa. No, yo no iré a México, al menos por ahora. Me quedaré aquí con ella hasta que le toque el turno a su hija y tú la encuentres. Sé que lo harás. Luego ya veremos. Oye, tengo que salir un momento. Rosa y yo veníamos a coger dinero. Tengo que comprar unas cosas en el barrio de las Tres Cruces.

—Muy bien, te acompaño. Así hablaremos de esto. Hay que preparar bien el viaje. Luego tú informarás a tus padres. No corre prisa. La familia que cuida de Daniella no tiene previsto moverse en los próximos meses. Él es profesor de universidad, de Teología, da clases allí. Aunque supongo que tus padres no querrán demorarlo mucho.

—Iré a contárselo y explicárselo en persona. Volveré a Madrid, quiero despedirme, sé que decidirán ir a reunirse con Daniella, y luego regresaré con Rosa. Nada me gustará más que decirles que la has encontrado. Te lo aseguro. No se me ocurre cómo puedo darte las gracias.

Mauro sonrió. A él se le ocurrían muchas formas, pero no pensaba decírmelas. A veces se arrepentía de haberse reído de mí la primera vez que nos vimos en Sevilla, cuando intenté ganarme la vida de prostituta; aunque enseguida se reprimía, no conseguía dejar de pensar que había perdido una ocasión de oro. La dulzura de Rosa también le atraía, pero yo le gustaba muchísimo más. Hacía demasiado tiempo que no estaba con ninguna mujer. La última vez había sido en Praga, antes de que mataran a su amigo. Después, su cuerpo dejó de reaccionar. Andábamos ya por la calle camino del barrio gitano. Empezaba a hacer calor pero necesitaba reponer algunas de las raíces que tanto bien habían hecho a Rosa, no quería arriesgarme a que empeorara.

—Bien, entonces iré contigo a Madrid —me dijo Mauro.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque no hay que olvidarse de vivir, tan solo por eso. —Me cogió de la mano y yo la retiré. Retrocedí.

Un frío espantoso me recorrió el cuerpo de arriba abajo. A punto estuve de gritar. Él no lo notó.

—¿Tienes novio, Lila?

—¡No! ¡Digo sí!

—¿Sí o no?

—¿Y a ti qué te importa?

—Si no me importara no te lo preguntaría. Dime, ¿lo tienes?

—Sí.

—¿Y por qué me has dicho antes que no tenías a nadie vivo a quien querer? Está bien, no hace falta que te justifiques. Te acompañaré solo porque debo ir a Madrid a recoger la información de otro niño y necesito reunirme con Mariana. Lo mismo te da ir conmigo que sola, ¿no? No te preocupes, no me acercaré a ti. Sé respetar a una mujer, aunque sea tan guapa como tú. La más guapa de toda Praga.

Me quedé paralizada. Mauro notó la rigidez en mi rostro.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? Tranquila, si no quieres que vaya contigo, no iré. No te preocupes.

Me aparté de él y me apoyé contra la pared. La casa encalada en blanco brillaba como la media luna en la cabeza de Siva. Mauro vio cómo palidecía. Me tocó la frente. Después deslizó su palma por mi rostro y no pudo evitar tocar mis labios. Me estremecí.

—Tú antes llevabas barba, ¿verdad? ¿Llevabas barba en Praga? Dime si llevabas barba en Praga o si no llevabas barba en Praga.

—¿Qué dices? ¿Barba? Sí, sí, creo que sí. Me la afeité al venir a España. Era molesta, picaba, no sé... ¿Y qué importa eso? ¿Te gusta la barba? Puedo dejármela otra vez, si tú quieres...

—Iré sola a Madrid.

No lo miré. Seguí andando. Él me siguió aprisa.

—¿Porque no tengo barba?

—No, porque es mejor así.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Nada, solo que iré yo sola. Lo prefiero. Es lo mejor, créeme. Así nos evitamos problemas. Los dos.

—Eres una mujer muy rara, Lila. Tan extraña que podrías volverme loco.

Durante el resto del camino, Mauro no volvió a insistir. Y yo no le di ninguna explicación. Habría tenido que contarle quién era yo y no pensaba hacerlo. Le pregunté por otros asuntos y él, obediente, habló de lo que yo quise que hablara. El barrio de la gitana Milagros, la bruja vieja, estaba al otro lado del río, en la zona donde las casas del arrabal, modestas pero relucientes, desaparecían y se empezaban a levantar por todos lados pequeñísimas barracas de mil colores, fabricadas con todos los materiales que se pudiera imaginar, junto a la carretera que llevaba hasta Madrid. Todos los barrios así olían igual, a supervivencia y miseria, pero en ese había alegría: las guitarras y el cante sonaban a cualquier hora, al menos siempre que yo había estado allí. También entonces, una melodía con una fuerza extraña, como un grito a la vida y a la verdad, emergía de la garganta de un gitano de piel oscura, pelo negro y ojos brillantes. La primera vez que fui, ya me había sorprendido encontrar personas con la misma apariencia que muchos de los indios de mi país. Incluso tenían la misma mirada de resignación. De sabiduría.

Mauro me había contado ya todo lo que había que saber sobre cómo habían encontrado a Daniella y sobre su paradero, también cómo debían proceder mis padres para poder exiliarse. Yo sentía una alegría rara: sabía que ellos, por fin, después de años de angustia volverían a encontrar esa razón de vivir que tanta falta les hacía. Pero yo acababa de volver a perderla. ¿Merecía la pena la vida si había que pasarla sin amar? Maldije a Neeja y confié en que, allá donde estuviera, hubiera sufrido en lo más profundo de su alma podrida el daño que me había hecho, acrecentado hasta el infinito con miles de agujas impregnadas de sal y pimienta ensartadas en cada poro de su piel.

Cuando llegamos a la chabola de Milagros, Mauro se quedó esperándome fuera. La vieja gitana no admitía a cualquiera en su morada. El suelo de tierra gris estaba cubierto con papeles en la parte donde ella se sentaba a echar las cartas o a leer las palmas, en un tablero apoyado sobre un cajón de fruta. Yo jamás la había visto sonreír. Sus ojos eran dos cenagales plagados de víboras. Sus labios gordos y agrietados. En ese recinto en el que las paredes eran huecas, su voz resonó con el eco de los templos de Agni, el dios del sacrificio y mensajero entre los mortales y otros dioses.

—Te estaba esperando, *mi arma*. Has *tardao* en venir. Te tengo *guardao* lo que necesitas. Puedes llevártelo.

—Gracias, Milagros. Sabía que podía confiar en ti.

—Pronto tendré más cosas, *quilla*, no tardes mucho en volver.

—Cuando regrese a Sevilla. Salgo para Madrid dentro de poco. Es un viaje que deseaba emprender hace mucho. El destino está cambiando.

—¿Es por ese *gachó* que te espera fuera?

Los ojos de la vieja gitana se oscurecieron. Siguió echando las cartas. Sus manos eran como las de Asha: arrugadas y recorridas por venas azules que sobresalían al atravesar las muñecas para perderse en los antebrazos y llegar al tronco. Al punto de donde surgía la revelación. La calavera con los huesos cruzados salió dos veces, a continuación la vieja dejó al descubierto la imagen de un hombre vestido con una malla de soldado medieval. Por debajo del yelmo, se le vislumbraba la barba oscura. Colocó cada naípe debajo de una fila diferente.

—Él ayudó, sí. Encontró a mi hermana.

—¿Sabes ya que está chalado por ti, chiquilla? ¿Y que, si te camela, su amor podría matarlo? Te creía más lista. O más poderosa. También podría matarte a ti.

—Solo soy una mujer, Milagros. Una mujer que desearía ser como cualquier otra.

—Pero no lo eres. ¿Tampoco sabes que te persigue un *mengue*? Es un demonio testarudo y te ha acechado desde siempre. Está tan atormentado que olerá tu felicidad. Pero también olerá tu penita. Cuanto más intentes apartar a Mauro de ti, más atraerás la desdicha. Todo lo que hagas para deshacerte del *gachó* al final se volverá contra ti; cuanto más te esfuerces por echarlo de tu vida, más se acercará a tu aliento ese ser de mal fario y peor corazón. Hazme caso. Lo veo en las sombras. O si no, mírate dentro, tú también sabes que así, siguiendo este camino, no conseguirás vencerla. Ella ganará.

Milagros bajó la vista y siguió echando las cartas. Ya no hablaría más. Sus palabras estaban tan medidas como las de todos los oráculos de la Antigüedad. Cogí el paquete que me había preparado, dejé el dinero sobre el tablero y salí de la chabola. Sentí cómo la piel se me alisaba y el frío me abandonaba. Mauro seguía sentado en el suelo; jugaba con una niña muy pequeña con el pelo y la mayor parte del cuerpo embadurnados de polvo. Me recordó a mí. Tenía mi rostro. Reía. De repente, se volvió otra, con los ojos negros y la piel morena. Ya no era yo. Él me miró y la niña salió corriendo hasta desaparecer tras una pila de basura, cartones, palos desvencijados y más escombros.

—¿Qué ha pasado, Lila? Estás pálida. Parece que hayas visto al demonio.

—Vamos, ya no tenemos nada que hacer aquí. —Bajé la voz—. ¿Vendrías conmigo a Madrid?

Entornó los ojos, se puso en pie y me miró con una expresión de extrañeza tan cándida que me habría gustado abrazarlo.

—¿Estás loca? Hace un rato me has dicho que no querías que te acompañara, que era lo mejor. ¿Qué ha ocurrido ahí dentro? ¿Te ha echado las cartas la gitana? ¿Crees en esas supersticiones? Yo no, yo no creo en nada más que en mí mismo. ¿Me ha crecido otra vez la barba?

Lo cogí de la mano. Él la apretó.

—¿Vendrás?

—Sí. Si no cambias de idea antes de que salga el tren, iré.

Salimos a última hora de la tarde. Rosa nos acompañó a la estación, con una gran sonrisa ocupándole el rostro y un aleteo de mariposa en el corazón. Sabía que, cuando regresáramos, la siguiente niña a la que Mauro intentaría encontrar sería su hija y estaba segura de que al fin podría reunirse con ella. Se lo había visto en su forma de hablar, en la seguridad con que se movía; solo los hombres con principios que cumplían su palabra andaban así. De los que encorvaban la espalda al avanzar no te podías fiar y mucho menos si te sonreían sin mirarte a los ojos. Mauro miraba de frente, con franqueza. También tenía la esperanza de que él me ayudara a quitarme de la cabeza esa tontería de la maldición, ¡que estaba tonta perdida! Rosa, para acelerar la cosa, no paraba de insistir en que a mí también me volvía loca él. ¡Menuda pareja de estúpidos! Pues no era nadie la maestra para saber reconocer en la cara esos signos tan viejos como el rezar.

Por eso, mientras yo seguía arriba metiendo en mi pequeña maleta un par de sostenes, dos bragas, una falda, una combinación, las joyas de mi abuela Asha y poco más, Rosa se sentó con Mauro en los destartalados butacones del vestíbulo y le contó lo que le pareció que él debía saber de mi triste historia. Tuvo que bajar bastante la voz, porque Ramón no se había movido de su sitio en todo el rato y no les quitaba ojo, el único que tenía; ni oídos, ninguno de los dos. Cuando yo me reuní con ellos, el hombre salió de detrás del mostrador y fue a mi encuentro.

—Adiós, *quilla*, espero verte pronto por aquí.

Tenía en la mano el plumero con el que limpiaba los cajetines de las llaves a su espalda, se me acercó y me abrazó con ternura.

—Por supuesto, Ramón. Volveré dentro de tres días, tengo trabajo que hacer, ¿recuerdas? El lunes regreso, en el tren de la mañana.

—¿Y adónde te vas, si puede saberse? En estos tiempos que corren, no todo el mundo tiene la suerte de conocer mundo. ¿Muy lejos llegarás?

—No, muy lejos no, tan solo subo a Madrid, a casa de mis padres. Alégrate, que regresaré con algo más de dinero para pagarte.

Mauro y yo llegamos a Madrid en mitad de una tormenta. El aire rugía y los árboles junto a la estación de Atocha se movían enfurecidos. Miré al cielo: también me pareció enfadado. Cuando por fin se calmó, salimos de la estación. Unas nubes rosas cubrieron entonces como una capota luminosa la calle Embajadores por la que anduvimos para llegar al piso donde vivían mis padres de este mundo. No les había avisado de que volvía, ni tampoco de que había encontrado a Daniella. A Mauro le había parecido cruel pero yo quería ver sus caras de felicidad cuando les anunciara la gran noticia. Mientras bajaba del vagón, cuando él ya pensaba tomar solo su camino hasta que nos reuniéramos a la vuelta para regresar juntos de nuevo a Sevilla, le solté: «¿Quieres venir a conocer a mis padres? Creo que les gustará mucho saber quién ha conseguido encontrar a su hija». A Mauro ya no le extrañó ese nuevo cambio mío y, sin demora, aceptó y se quedó toda la tarde con nosotros porque, en realidad, no le pusieron fácil que se marchara. Tan contentos estaban por la esperanza que había llevado a sus vidas que ni aun Fernando, que lo conocía de oídas por su buen amigo Luis, asoció a ese joven amable y valiente con el Mauro traidor, y se sintió muy feliz de tenerlo a su lado: que si un té, que si unos bollos, que los hago en un pispás, que por fin hemos podido comprar harina y algo de azúcar, que si ya que estás por qué no te quedas a cenar, que nos gustaría mucho poder recompensártelo como mereces... Todos le estábamos muy agradecidos y él, poco acostumbrado últimamente a recibir tantas atenciones.

Charlar con Katerina y Fernando le había resultado un placer, pero nada comparado con haber podido contemplarme despreocupada y sonriente a su lado, con esa luz en la mirada que pocas veces antes me había visto con un brillo semejante.

Después de la cena y de haber pasado un buen rato charlando sobre todo y sobre nada, Katerina le preguntó:

—¿Y dónde piensas pasar la noche? ¿Tienes alojamiento aquí?

Me sentí idiota. Ni se me había ocurrido pensar en eso. Menos mal que ya lo había hecho mi *madrebis* por mí.

—No se preocupe, viajo mucho, estoy acostumbrado a dormir en pensiones. Solo en Sevilla tengo alquilado un apartamento, paso allí largas temporadas.

—Pero eso no puede ser de ningún modo. —Mi padre le dio una palmadita en el hombro—. Esta es tu casa, faltaría más, es muy humilde, pero el sillón se convierte en un catre. Si no te parece insuficiente, aquí eres bienvenido, Mauro.

Fernando miró a Katerina. Yo le veía radiante y eso me hacía sentir muy feliz. Ella sonreía. Mauro los tenía hechizados. Como si estuvieran esperándolo desde siempre.

—No quiero molestarles, de verdad. Aquí cerca hay una pensión donde ya he dormido antes, es limpia y barata.

—No hay más que hablar, Mauro —continuó Fernando—. Mañana será otro día; si, como has dicho, tienes cosas que arreglar, no te entretendremos aquí, pero hoy acepta nuestra hospitalidad. Es lo menos que podemos hacer. ¿no crees?

Mauro me miró y yo me levanté y me acerqué a la ventana. Al otro lado de la calle, el organillero había dejado de tocar hacia unas horas, pero siempre dejaba su instrumento dentro de la tienda de dulces. Tras el escaparate, brillaba.

—De acuerdo. Me quedará aquí esta noche. Son muy amables.

Sentí cómo mi cuerpo temblaba. Miré el cielo a través de los cristales. Estaba tan azul como el cuello de Siva. El veneno que la diosa ingirió lo había teñido así. Los ojos grises de la luna parpadeaban. Katerina se dirigió entonces a Mauro.

—Bien. Pues preparamos tu cama y nos retiramos ya. Estaréis agotados del viaje. Tenéis que descansar.

En unos minutos, entre Fernando y Katerina desarmaron el sillón y montaron el catre. Con mano experta, ella consiguió que un duro camastro de trozos de espuma pareciera una mullida cama de hebras de lana, remetiéndole bien las sábanas que olían a jabón casero, perfumado con hebras de romero que traía del parque a espaldas de La Cebada, y, como remate, colocó unos cojines a modo de almohada. Enseguida, mis padres se despidieron de mí con un beso, le dieron las buenas noches a Mauro y se metieron en su dormitorio. Yo no sabía dónde meterme. Nunca había pensado en compartir mi casa con él. Jamás había pasado la noche tan cerca de ningún hombre desconocido. O quizás no fuera esa la razón por la que me estaba ruborizando. Decidí terminar con eso cuanto antes.

—Buenas noches, yo también me voy a la cama.

—Que descanses, Lila. Y gracias por este día. Lo he pasado muy bien. Hacía mucho tiempo que no me sentía en familia. Para mí, ha sido muy especial.

Asentí. Yo ya sabía quién era Mauro. Antes de salir de Sevilla, ya lo había recordado. Sabía lo que había sufrido. Y que yo no había llegado a tiempo de ayudarlo. Al rememorar aquella etapa pasada de mi vida que me había esforzado por dejar de lado, volví a sufrir por él, pero al menos ahora sentía que ya había logrado superarlo. El nuevo Mauro no parecía una persona infeliz. Sus ojos eran melancólicos y, a veces, creía percibir en ellos una mirada extraña, perdida en pensamientos que yo no podía llegar a divisar, pero estaba haciendo algo muy hermoso. Quizás ayudar a los demás le estaba ayudando a sí mismo. Él esperó para tumbarse a que yo me metiera en mi alcoba, su puerta daba al salón. La de mis padres de este mundo estaba al otro lado del pasillo, junto a la cocina. Abrí la ventana, corrí un poco las cortinas y me desnudé. Enseguida me eché en la cama; en esa casa no había alfombras. Tumbada y mirando al techo y, al contrario de lo que había creído minutos antes, me quedé dormida enseguida. No soñé, ni con Asha ni con Barathi, ni con ningún vivo ni con ningún muerto. Pero alguien que no era yo sí lo estaba haciendo: un grito agudo me despertó de madrugada. Esperé un poco pero no oí ninguno más. Aun así, me puse una bata y salí al salón.

Empapado en sudor, Mauro se removía en su colchón improvisado. Me acerqué a él. Su sábana yacia tirada a sus pies. La luz de la farola entraba por la ventana e iluminaba su torso. Suspiré al ver que al menos llevaba puestos unos calzones. Pero su cuerpo joven y fibroso estaba en tensión; de vez en cuando, se agitaba en un espasmo y pronunciaba algunas palabras en alto. No pude entenderlo, pero supe lo que decía. Después de todo, no era tan fácil superar las heridas del alma. Le acaricié la mejilla. Él me agarró la mano con fuerza. Al instante, abrió los ojos. Se echó a llorar. No me soltó. Siguió llorando y sus lágrimas me herían más que mi sentimiento de culpa. Acerqué mi cara a la suya y lo besé. Con toda la pasión que puede concentrar en un beso alguien dispuesta a morir por ello. O a matar. Mauro me soltó la mano, me cogió por la cintura y me tumbó sobre él. Sentí su cuerpo caliente rozando contra mi cuerpo. El catre crujió.

Entonces, de nuevo, vi la muerte acechándolo.

—No. No puedo, no puedo, perdóname. —Me incorporé de un brinco. Él me miraba con el semblante más calmado. Ya no lloraba. Ahora me esperaba—. Lo siento. No volverá a ocurrir.

Me metí deprisa en mi alcoba y cerré la puerta.

Cuando amaneció, como si la noche anterior no hubiera sucedido nada digno de recordar, desayunamos los cuatro juntos y Mauro se fue temprano. Cada uno

pasamos el día por nuestro lado, él con Mariana y sus quehaceres, y yo con Katerina y Fernando. Al día siguiente, cuando fue a buscarme de nuevo para despedirse de mis padres y regresar conmigo a Sevilla, tampoco nos dijimos ni una palabra sobre lo sucedido. Yo lloré de nuevo entonces al volver a separarme de ellos, aunque me limpié las lágrimas y me hice la promesa de ser más fuerte. Saqué de mi bolso el montón de pulseras y los anillos de Asha, de un oro muy brillante que Mauro no había visto nunca, y lo dejé todo sobre la mesa. Se lo ofrecí a mis padres para ayudar a pagar los pasajes y la estancia en México porque, con lo que les habían dado en la casa de empeño por la pulsera de la abuela Milena, no sabía si les bastaría. Al fin y al cabo, yo jamás tendría hijas y Asha me sonreía otra vez.

—Véndedlo. Todo. Si lo necesitáis para vivir en México, utilizadlo. Es vuestro. Si sobra algo, compradle algo muy bonito a mi hermana. Estoy deseando volver a estar con ella. Buscaré el modo de reunirme con vosotros.

Ellos no me respondieron, nos abrazamos y nos juramos con el pensamiento que volveríamos a vernos muy pronto, junto a Daniella y su marioneta de bruja. Mauro, hasta ese momento, había estado seguro de que los hombres como él tenían que pasar la vida solos, por dañinos o vulnerables, pero entonces deseó acercarse a mí y que le dejara seguir a mi lado para siempre. Pero se guardó mucho de decírmelo. Con un par de rechazos había tenido suficiente. Salió de la casa y me esperó en el descansillo, donde olía a repollo y a orín y se escuchaban voces retumbando detrás de casi cada puerta.

Muchas horas después, ya dentro del vagón, me desperté al escuchar el pitido que anunciaba la parada en Córdoba. Me había dormido justo cuando el paisaje pasó de amarillo a verde y luego otra vez a amarillo; y me dolían el cuello y la espalda, de la postura, aunque Mauro me había ofrecido que recostara la cabeza sobre sus piernas y me acurrucara sobre el asiento y yo al final había accedido. Ni media palabra tampoco habíamos cruzado hasta entonces sobre nuestro beso en el catre. Mauro había pasado el viaje mirándome sin que yo lo percibiera. Él no quería entrar en Sevilla ni que el viaje terminara.

Bostecé cuando el tren comenzó otra vez a moverse y, al girarme y verlo, le sonreí y me llevé las manos a la boca casi sin darme cuenta.

—Sigue echada, yo cuido de todo.

—Puedo cuidarme sola —le respondí con el semblante muy serio.

—Menudo despertar tienes, quién lo diría. Ya sé que puedes cuidarte sola, ¿has hecho otra cosa desde que llegaste a Sevilla? Eres la mujer más independiente que he conocido.

—No es para tanto. Al contrario, siempre han cuidado de mí.

—Rosa me ha contado lo que hiciste por ella, también me ha contado de dónde vienes. Sabes cuidarte.

—Rosa no debería haberte contado nada.

—Lo hizo porque también te admira.

—Tendría que haberse metido en sus asuntos. Lo que quiero contar de mí, lo cuento yo. Te agradezco mucho lo que has hecho por mi familia, pero no quiero ser tu amiga, ¿serás capaz de entenderlo?

—¿Qué te ha hecho tanto daño? Lila, dime. Quizás pueda ayudarte.

—A ti eso no te importa.

—Hubo un tiempo en que no me habría importado. Tienes razón. Pero yo también hice daño a otros. Y llevo sufriendo por ello desde entonces. No te preocupes, no te molestaré más.

Mauro sacó un libro de su pequeña cartera y lo abrió por la primera página. Se lo quité de las manos y lo dejé a su lado, sobre el sillón de polipiel lleno de sietes. El tren se metió entonces en un túnel y las luces del vagón titilaron.

—Perdóname. Tú no tienes la culpa de nada. Es muy difícil de explicar, pero no quiero ofenderte, te has portado muy bien conmigo y con Rosa. Soy una estúpida, como si me hubieras hecho algo. ¿A quién hiciste daño?

Fingí no saberlo. Quería que me siguiera hablando.

—A mi mejor amigo. Él sí que murió por mi culpa. Yo lo defraudé, no lo hice aposta, él no tenía que estar allí, pero eso da igual. También otros inocentes murieron por culpa mía. —Mauro se resistía a sincerarse, al menos lo intentó unos instantes. No era el momento, no era el lugar, apenas me conocía. Se arriesgaba a que saliera corriendo. El tren salió del túnel y la luz del sol le hizo entornar los ojos—. No debes tener miedo a matarme, Lila, porque yo deseo morir. ¿Ves? Haríamos la mejor pareja del mundo, ya te lo dije en Praga. Lástima que no quieras creerme.

Mauro me acarició la mejilla. Sentí erizarse la piel. Me aparté hasta chocar con la ventana, pero él se me acercó más. Las manos empezaron a temblarme.

—¿Cómo sabes eso de mí? ¿Quién te lo ha contado? ¿Rosa? ¿Mariana?

Mauro no quiso responder. Lo que deseaba era contarme algo muy distinto. Sintió los labios y la lengua resecos, y la urgencia por explicarse lo obligó a aproximarse más a mí.

—¿No te parece extraño lo que hago? ¿Sabes cuántas posibilidades hay de que me descubra la Policía y termine en una de sus cárceles? Muchas, Lila, hay muchas posibilidades. Pero no me importaba que me atraparan ni me importaba lo que me hicieran; si no me suicidé hace años fue porque soy católico. Hice algo de lo que no puedo dejar de arrepentirme y me gustaría estar muerto. O mejor dicho, antes me habría gustado. Ahora me he enamorado de ti. Me enamoré de ti la primera vez que te vi en Praga, delante de la estatua del león. Mariana lo sabía cuando te envió a Sevilla. Llevamos dos años trabajando juntos y los dos estuvimos en Praga al mismo tiempo, conocíamos a las mismas personas y regresamos a España casi a la vez. Por casualidad apareciste en una fotografía en la que estabas con su familia y hablamos de ti. Lo demás, bueno, lo demás fue fácil, ella quiso traerte hasta mí. Todo fue un plan de Mariana. Quería quitarte de la cabeza la idea de que Gabriel había muerto por culpa tuya. Ella creyó que yo te gustaría, creía conocerte muy bien. Decía que así conseguiría arreglar a dos buenas personas de un solo tiro. No sabes lo que sufrí cuando ni siquiera saliste a buscarme, cuando estuviste cuidando de Rosa; eso no entraba en sus planes. Ella pensó que me intentarías encontrar enseguida. Por eso yo entré en el bar ese día; te esperé en la pensión y te seguí. Aunque no podía saber que, al conocerte más, me sentiría así, Lila. Yo, que quería morir, ahora solo quiero vivir para ti.

Mauro aproximó su rostro al mío. No me aparté. Entonces, despacio, se acercó para besarme. Lo esperé. Y, de golpe, giré la cabeza a tiempo de evitar que sus labios me rozaran.

—No se te ocurra volver a hacer eso jamás, ¿lo has oído? Jamás. Creía que te lo había dejado claro. Me da igual si estás enamorado de mí o no, me da igual que te ayudes del vagón ahora mismo o que no vuelvas a ayudar a Rosa, ¿me oyes? Me da igual si no vuelvo a verte nunca. Me da igual el plan que tuviera Mariana para ayudarnos a los dos. No importa lo que tú sientas por mí, lo que importa es que yo no podré quererte jamás. Yo me moriré sin amar a nadie. ¿Me has oído? Y si vuelves a tocarme, si vuelves a acercarte a mí, te juro que yo sí me mataré.

—De acuerdo, de acuerdo. Te he oído, sí, quédate tranquila. No te tocaré. Ya me lo advirtió Mariana. Pero no creí que fuera tan grave. —Mauro se levantó y se sentó enfrente. Se quedó pensativo, con la vista fija en el andén, que pasaba a su lado raudo, como la vida. Pasaron unos minutos que duraron para mí como tres reencarnaciones—. Ya está. Eso es. Si lo que no puedes es quererme tú a mí, entonces, yo te pagaré. Sí. Acuéstate conmigo por dinero, cuando llegemos a Sevilla, solo una vez, en un hotel cualquiera, donde tú prefieras: en un parque, en un confesionario, en un cine, en una pensión o en mitad de la calle. Igual que ibas a hacer por Rosa, cuando te encontré en el bar. Haz el amor conmigo por dinero. No, no hagas el amor, disfruta del sexo conmigo, Lila, como la mujer independiente y segura que eres, que lo necesita y lo desea más que nada. ¿Cuánto tiempo llevas sin acostarte con un hombre? Después, te juro que ayudaré a Rosa a buscar a su hija y que, si tú no lo deseas, no volverás a verme. O me verás solo para esto, lo que tú quieras. Le dije a Rosa que solo así te entregarías a un hombre, que de ese modo vencerías la maldición. Hazlo con mi cuerpo. Úsame. Tú no me amas, acuéstate conmigo por dinero y ¡deshazte de una vez de esa condena! Lila, átrévete a sentir tan solo por sentir, sin amor. —Mauro me sonrió—. Si quieres, yo te pongo la música.

—La música... ¿qué música?

—Las palilleras que se colocan junto al puente de Triana, cuando se ofrecen a sus clientes, les preguntan si se lo hacen con música o sin música. Si lo quieren con música, se ponen unas pulseras que suenan al chocar.

—No puedo creer lo que me estás diciendo.

—¿Lo de las palilleras?

—Lo de acostarme contigo por dinero.

—¿Lo harías gratis?

—No.

—Pues entonces no vas a tener otra opción. ¿No quieres intentar librarte de la dichosa maldición? ¿No quieres derrotar a Neeja?

—Sí, pero...

—¿Pero?

—¿Qué es una palillera?

Cuando entré en el hostel, Ramón me sonrió desde detrás de su mostrador. No me extrañó su sonrisa, nunca del todo sincera, pero entonces diferente a la de otras veces. Seguía ensimismada en mi propio dolor, en mi destino; en esa lucha de la que, estaba segura, solo podía salir perdiendo. Por eso, quizás, no me di cuenta de que me había vendido. Él agachó la cabeza y siguió pasando el plumero a los cajetines. Tanto polvo para tan poco mueble. Tanto miedo para tan poca bruja. ¿Qué bruja podía ser yo que no era capaz siquiera de revertir una maldición de alguien que no tenía de su lado los poderes de las verdaderas brujas de la luna plateada? Quizás Mauro tuviera razón. Yo deseaba presentirlo. Con toda la fuerza de los espíritus que alguna vez habían sido algo de mí y se me habían aparecido. Deseaba vencer a Neeja. Ser amada. Ser amada por él. Y poder amar. Deseaba poder amar. Por fin lo comprendí. Subí las escaleras casi arrastrando los pies, sin percatarme de que debía de parecer un alma en pena. Con sus palabras martilleando en mi cerebro. Llamé a la puerta y Rosa abrió al instante. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios brillantes. Se abalanzó sobre mí y me abrazó con tanta fuerza que conseguí hacerme reír.

—¿Estás local? Déjalo ya, que vas a tirarme al suelo. ¿Qué te pasa? ¿Tanto me has echado de menos? Solo he estado fuera un par de días. Venga, venga..., suéltame.

Lo hizo y me miró con una expresión extraña. Parpadeaba muy deprisa y no dejaba de sonreír. Me preguntó casi gritando todavía fuera de la habitación, en el pasillo.

—¿Has disfrutado del viaje? ¿Qué ha pasado? Cuéntamelo ya. Estoy que me muerdo las uñas.

Pasé dentro y ella me siguió, dejó el maletín sobre la cama y me quitó la chaqueta. Tenía que darme prisa para no llegar tarde al trabajo.

—Bueno, me ha gustado volver a Madrid aunque solo hayan sido unos días, me ha parecido más luminoso. Y Katerina y Fernando estaban muy contentos, por lo de Daniella, pero también por verme. Siempre me cuidan muy bien. Ella me hizo un plato que me gusta mucho: pollo marsala; hacía años que no lo probaba. No sé de dónde habrá sacado las especias. Ni el pollo. Estaba buenísimo. Les voy a echar mucho de menos.

—Claro. Sí. El pollo estaba buenísimo. ¿Y solo has probado ese pollo?

Me quité la falda y las medias, las dejé apartadas a un lado de la cama y elegí ropa limpia en el armario. Ella me perseguía por la habitación como los patos de corral siguen a la madre pata.

—Bueno, no como mucho, ya lo sabes. Lo mejor es que los veo muy recuperados. Fernando me preocupaba. Pero ahora estoy segura de que todo va a salir bien. Y también me llevaron al centro, a pasear por el barrio de Las Letras. Están empezando a vivir de nuevo, Rosa. No puedo pedir más.

—O sea, que del otro pollo, nada de nada.

—No me gusta mucho la carne. No sé por qué estás tan pesada con el pollo. No, no ha habido más pollo.

Rosa me agarró del brazo.

—¿Ni un ala? ¿Ni un muslo? ¿De verdad nada de nada? ¿Un trocito de pechuga?

—Sí, la pechuga del pollo marsala, ¿se puede saber qué bicho te ha picado con el pollo ahora? Rosa, no insistas. No voy a comer más carne. Me sentaría mal, seguro. Yo soy más de naranjas y tomates.

—Nos ha jodido mayo con las flores. No te entiendo, niña, si lo tenías a huevo. Era tuyo. Es tuyo. ¿No me digas que ni siquiera habéis hablado de comida? De verdad, qué desperdicio.

—Bueno, hablar de comida, sí hemos hablado.

—¿Y? —Rosa apretó más su mano alrededor de mi brazo.

—¿Y?

—Pues eso, que qué habéis hablado. Estoy a punto de darte de bofetadas. Me contengo porque te quiero mucho. Aunque, pensándolo bien, como te quiero mucho, no debería contenerme. Que un poco de carne de cuando en cuando no puede hacer mal a nadie. Aspiras su aroma, te la metes en la boca, la masticas despacio, saboreándola todo lo que puedas, la dejas bajar por tu garganta y sientes tus líquidos alteradísimos por ahí dentro mientras llega donde debe llegar. Y luego, a otra cosa, mariposa. Que nadie ha dicho que tengas que comer pollo siempre, niña. Que no es eso. Si tanto miedo te da, pues un día pollo y al otro pescado. Y luego vuelves a las verduras, que son muy sanas. Y más baratas, que no da la vida para mucho pescado.

—Lo estoy pensando.

Rosa me soltó y se sentó en la cama de un salto, subió las piernas y las cruzó en la postura del loto. Me hizo sonreír.

—¿Sí? ¿Y qué más tienes que pensar, niña? Yo me tiré diez años sin catar a mi Alberto. De novios. Idiotas perdidos los dos. Pero había que casarse y todo eso. Luego me lo mataron enseguida. Casi sin haber aprendido a quererlo. Casi sin haberlo probado. Ahora no pasa una noche que no recuerde cada gramo de carne que no me comí entonces. —Rosa se levantó. Abrió mi maletín, sacó mi ropa sucia, la amontonó con la que me había quitado y lo metió todo en un barreño con agua en la ducha. Empezó a restregar. Seguí hablándome más despacio, en voz alta, para asegurarse de que la oía—. Si te da tanto miedo, no te enamores, niña, pero no dejes que se te pase la vida sin sentir ese calor raro que te recorre a veces cuando tu hombre te acaricia el pelo.

—Rosa, deja eso, anda, que ya lo termino yo.

Aunque llegamos con retraso a trabajar, nadie lo tomó en cuenta, esa tarde estaba prevista la visita a la Giralda de un gerifalte de Madrid, de los más apegados al Régimen, y todo el mundo subía y bajaba, salía y entraba, corría y corría. Las clases de Rosa se suspendieron pronto, para poder llevar a todos los niños a la plaza, a hacer bulto para vitorear y homenajear al gran señor. Cientos de hombres y mujeres lo esperaron a pleno sol desde bien entrado el mediodía. Muchas más mujeres que hombres, puesto que era un día de labor y ellos tenían otros quehaceres que no podían eludir. Era curioso comprobar cómo en ese país al que la guerra había machacado, se notaba incluso mucho más que en cualquier otro el que las mujeres que trabajaban fuera de casa no eran bien consideradas. No podían inscribirse en las oficinas de colocación, a menos que hubieran perdido a su marido o a su padre y tuvieran que alimentar a su familia, si eran solteras o en casos especiales, por ejemplo cuando tenían un título como el de maestra o enfermera. Cuando las veía afanadas en su trajín, no podía evitar recordar a las mujeres de mi país; allí, ellas llevaban el peso de la vida familiar, y en España también eran «el templo de la raza». Y eso significaba ni más ni menos que debían recluírse para siempre detrás de gruesas paredes. Igual que en la India. Qué diferente aquello de lo que me había enseñado hasta hacía muy poco Katerina.

Y la miseria que provocó la guerra se había cebado sobre todo con ellas. Por eso, muchas habían salido a la calle a hacer de putas, como mi querida Rosa; había tantas que incluso se habían construido cárceles especiales para ellas y se llegó a crear un organismo oficial, el Patronato de Protección a la Mujer, que pretendía apartarlas del vicio que les daba de comer y educarlas en la moral y la religión católica. Como si las putas no supieran lo que era Dios, la Virgen, el pecado y la lujuria, y, sobre todo, como si no supieran lo que hacían y por qué. Desde que yo había intentado dedicarme a aquella profesión maldita, esa forma de vivir me atraía sin remedio. ¿Sería esa la solución para librarme de Neeja? ¿Y de qué me serviría? ¿Una puta no era capaz de amar? ¿Se podía serlo de un solo hombre? Al imaginarme atareada con el pollo, me estremecí. También pensaba en mi madre, en la verdadera, que no había conocido más que en mis sueños o mis visiones. Mis recuerdos iban y venían, intentando traer a mi memoria sus palabras sobre las elecciones y los caminos. Rehacer mi vida y buscar mi culpa. También mi absolución. Hasta que, como un fognazo, las palabras de la gitana Milagros se entrometieron en mis pensamientos. ¿Tendría ella razón y de nada serviría seguir huyendo? ¿Podría ser que cuanto más alejara a Mauro de mí, más atrajera el mal? Porque, en el fondo de mi corazón, yo sabía que era así, que aquel hombre, desde que lo conocí en Praga mirando la fuente del león, estaba ligado de un modo extraño a mi vida. ¿Estaría ligada yo a su muerte? Eso no podía saberlo de ningún modo: la magia no me proporcionaba todas las respuestas. Para conocerlas, sabía bien que debía tomar partido. Elegir.

El evento duró poco y regresamos a casa paseando por el parque de María Luisa, las dos agarradas del brazo. A diferencia de otras veces, ninguna de las dos hablaba. Yo creía que Rosa iba pensando en su hija, en dónde estaría y con quién, y no quería interrumpirla contándole mis preocupaciones, tan puerilmente tontas comparadas con la suya, así que caminábamos en silencio y despacio, a la vez que intentábamos aspirar y hasta saborear esa atmósfera mágica que yo solo había encontrado en las tardes andaluzas, cuando los jazmines habían dejado de recibir los rayos del sol y el olor a flor blanca los envolvía todo. Hasta la melancolía. Me di cuenta de que ya me había decidido. Debía ir a ver a Mauro de una vez, esa misma noche. Lo deseaba más que nada. Porque vivir así, atormentada, temerosa, sola, ¿era

realmente vivir? Al dejar atrás la Fuente de las Tres Fes, Rosa me tomó de la mano.

—¿Quieres que hagamos algo ahora, Lila? —me preguntó. Su voz me pareció temblona.

—Pues estaba pensando en bajar a ver a la gitana, sí. Necesito algunas especias. —No sabía por qué le estaba mintiendo. Podría ser que fuera difícil separarse del camino.

—Me gustaría que hoy me hicieras compañía. No me encuentro bien.

Me aparté de ella y la cogí de los hombros.

—No me digas eso, Rosa, yo creía que estabas curada. ¿Te duele algo? Puedo preparar algún bebedizo. Dime qué es lo que te ocurre.

—No, no es eso, es que ya no voy a trabajar en la escuela con los niños. Desde pasado mañana, tengo que ir a la Hermandad de la Mujer y el Campo. Odio eso. Lo odio. La puta madre que los parió. No tengo fuerzas ni estómago para hacer proselitismo para estos malnacidos. Una cosa es dar la lección a los niños y otra muy distinta esto que me piden ahora.

Me cogí a su brazo y reanudamos el paseo. La luz empezaba a palidecer sobre las piedras del camino de Luna Chica. Esperé a que se siguiera explicando pero no lo hizo, estaba llorando.

—Venga, no será para tanto, ya verás. —La abracé. Cuando dejó de llorar, seguimos andando—. Cuéntame cuál es ese nuevo trabajo.

Mi pobre Rosa. Todo el día metida entre niños como su hija, pero sin tenerla a ella, y ahora era incluso peor al tener que relacionarse con muchos que congeniaban con las ideas de quienes mataron a su marido y raptaron a su pequeña. Qué egoísta había sido, yo era una extraña en esa España desgarrada, no sufría el cambio radical como lo hacía mi amiga. Le pasé mi brazo por la cintura, para que sintiera mi apoyo. Ella intentó sonreírme, pero sus ojos parecían de neblina.

—Han traído a otra maestra para sustituirme y a mí me han asignado esa tarea. No puedes imaginártelo, me mandarán a los pueblos para ayudar con las faenas del campo y, mientras tanto, charlar con las mujeres.

—¿Charlar?

—Sí, así llaman a lo que se hace. Intentar que traguen con lo que tienen que tragar. Necesito irme ya de aquí, Lila, no aguanto tener que ver a todas estas damas de la caridad que organizan todas esas cosas, tan piadosas y tan putas como las más putas. Me dan ganas de vomitar.

—¿Y por qué no me lo has contado antes?

—Me lo dijeron el día que te fuiste a Madrid y me lo han confirmado esta mañana. Ha sido muy rápido, pero no era seguro. Y tú estabas a lo tuyo. Como debe ser.

—Pero si eres maestra... ¿Qué pintas tú en algo así? No entiendo este país.

—Es fácil, es solo una excusa, lo que debemos hacer es propaganda política, necesitan gente de letras que sepa decir más de dos palabras seguidas. En un par de días empiezo la formación. No sé cómo me han elegido pero debo ir durante tres meses a una escuela a aprender ese nuevo trabajo. Mientras tenga que estar aquí, no puedo decirles que no. Lo dijo Mauro.

—A aprender ¿qué?

—Y yo qué sé. Solo me han aconsejado, las más zorras, que ande al tilo y no desperdicie la oportunidad, que es un honor ser una «divulgadora rural sanitario-social». Pero, con ese nombre, ¿qué crees que haré más que adoctrinar en lo que odio?

—No te preocupes, pronto nos iremos. Mauro no tardará mucho en encontrar a Rosita. Lo presiento. Sabes que puedo.

—Sí, lo sé, y sé también que muchas veces me dices lo que quiero oír.

Le di un beso y decidí anudar los hilos sueltos en su ropa y poner semillas del lino rociadas con polvo de cúrcuma bajo su cama, para aminorar la angustia que se incrusta bajo las uñas del ser. Hasta ese momento, no la había oído quejarse ni una sola vez. Seguimos andando abrazadas hasta la pensión. Sentirse acompañada le hizo bien y yo dejé para otro día lo que hubiera querido terminar aquella noche sin falta.

A la mañana siguiente, me vestí sin hacer ruido. Antes de salir hacia el trabajo, miré a Rosa. Seguía dormida. Y parecía haber vencido a sus propios demonios, al menos en el mundo de los sueños. Al observarla, decidí que no dejaría que terminara el día sin ir a ver a Mauro, también para contarle lo ocurrido. Él debía averiguar pronto dónde se encontraba su hija. Cerré la puerta con la voluntad tranquila y me encontré deseando con toda mi alma que el tiempo transcurriera rápido como el parpadeo de una sombra. Por la noche iría a buscarlo; deseé encontrarlo y que él me encontrara a mí. Y supe entonces que se habían acabado para mí las verduras.

De ese modo, nerviosa pero extrañamente calmada al mismo tiempo y casi sin darme cuenta del pasar de las horas, llegó el momento de regresar a casa. Rosa me esperaba pelando habas. De un tirón, quitaba la hebra que dividía en dos la vaina y luego metía el dedo para abrirla y arrancaba una a una las pequeñas semillas y las dejaba en el plato. A menudo, Remedios nos pedía alguna ayuda para la cocina. Mucho habíamos comido gratis en aquella casa para tan poco requerimiento. Rosa ya sonreía de nuevo. Dejé los bártulos donde encontré sitio y me acerqué a ella.

—Te veo muy contenta. ¿Vuelves a la escuela?

Dejó la vaina desnuda sobre la mesita, al lado de las otras, y empezó a saltar.

—¡No! ¡No! Es mucho mejor. Mauro ha venido hoy. Quería decirme que se iba a buscar a Rosita. ¡Tenías razón, Lila! No me engañaste. Estoy segura de que la encontrará enseguida y podremos irnos de aquí cuanto antes. Lo sé, sí, lo sé.

Rosa me abrazó. Y, como era de esperar, no sintió el frío que me heló las entrañas y siguió ascendiendo hacia fuera hasta agarrotar también mis músculos. No le pregunté, supe que él no le había dado ningún recado para mí, o ella ya me lo habría pregonado como seguía pregonando su propia alegría, que yo, por primera vez, no fui capaz de compartir.

—¿Y se ha ido ya? —le pregunté con un hilo de voz.

Ella, entonces, entendió. La entonación de sus palabras cambió a muy dulce, a la misma armonía con que les hablaba casi siempre a sus alumnos.

—¡Ay!, niña. Solo sé lo que él me dijo. Que salía para Madrid. No me contó mucho más, que tenía que recoger algunas cosas allí y que tuviera confianza en él. Que haría todo lo posible por encontrarla. Pero no sé ni siquiera cuánto tardará en volver. Lo siento, fui una egoísta. No pensé en ti. Lo siento.

Me metí en el baño. Lloré. El espejo estaba sucio. Los bordes, rotos. Tiré de la cadena, por hacer algo, y las tuberías sonaron como si un cebú berreará al otro lado de ellas. En el suelo, por culpa de mis lágrimas veía amplificadas las pequeñas motitas negras de polvo. Cuando logré salir de allí, después de lavarme la cara y recogerme el pelo en un moño que me recordó sin querer al nido de un cuervo, Rosa me esperaba en la puerta con el semblante serio.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Claro —mentí—. Bajemos. Seguro que Remedios nos ha puesto ya la cena. A estas horas habrán comenzado con la sopa.

De menudillos tan menudillos que era tarea ardua encontrarlos. Pero a mí nunca me habían gustado los menudillos. Aunque el agua con algunos fideos esporádicos sí sabía bien. No podía imaginarme cómo lo conseguía nuestra anfitriona, pero olía a algo muy diferente a los *knedliky* a pesar de contener, casi siempre en soledad, el mismo sufrido repollo. Quise olvidarme de él. De sus manos y de su rostro.

—¿Seguro que estás bien, Lila? Podemos quedarnos aquí, ya bajaremos más tarde. Hasta que se te pase el disgusto.

En ese instante, se oyeron tres golpes en la puerta. Rosa se apresuró a abrir. Ramón vendría a buscarnos. No le gustaba comerse la sopa fría. Rosa insistía en que en esa categoría cenaban demasiado pronto, casi a la hora en la que, antes del desastre de la guerra, a veces se merendaba, pero así se engañaba más fácilmente al estómago. Yo me acerqué a la ventana. Las luces al otro lado del barrio de Santa Brígida empezaban a parpadear. Parecían velas encendidas sobre mi río. Arriba, una luna plena y pía como si convocara a la resignación pronunció mi nombre. Era tan hermosa. No pude evitar quedarme mirándola. Yo nunca miraba la luna. La última vez había sido en Jaipur, en el camino de regreso de la casa de Barathi, cuando la vi morir. Y no podía dejar de pensar en él, en sus manos y en su rostro.

—¿Qué hay allí que tanto te gusta, Lila?

Me volví enseguida. Sentí mi piel estremecida. Mauro me miraba muy serio. Rosa había desaparecido.

—Pensé que te habías ido.

—¿Sin despedirme de ti? ¿Y por qué pensaste que podría hacer algo así? No sé cuándo regresaré. Puedo tardar meses. Ya sé que no te acostarás conmigo por dinero, Lila. Y si lo pienso un poco, ni siquiera puedo creer que te lo propusiera. Pero tenía que intentarlo.

—¿A qué has venido entonces?

—Quería verte antes de irme. Te he traído algo. —Mauro me puso en las manos un pequeño paquete envuelto en papel de periódico. Las letras ABC destacaban en un lateral—. ¿No vas a abrirlo?

Desdoblé la noticia sobre el Caudillo y su visita al Escorial. Calientes todavía, cogí los nueve duros apilados en un montoncito dentro del papel engurruñado y los dejé sobre la mesilla. También la rosa blanca que Mauro me ofrecía. La luna seguía mirándome.

—¿Qué es esto? —Levanté en el aire una especie de collar alargado de cuentas de nácar de distintos tamaños y una cruz con el Jesús crucificado.

—¿No has visto nunca un santo rosario? ¿A quién le rezas tú?

—Pues no, no había visto ninguno. Rosa es atea. Yo soy extraña. Rezo a muchos. Sobre todo a mi familia.

—Estuve dándole vueltas. Dicen que los sacerdotes lo usan para hacer exorcismos. Ahora hay muchos a quienes convertir. Quizás te haga el apaño también para las maldiciones. Y los nueve duros me parecen muy poco para lo que quiero comprar, pero no soy rico. Aunque, si es necesario, puedo pagarte a plazos.

Me levanté con la piel y el rostro suavísimos y brillantes como la luz del alba reflejándose sobre el lago de Man Sagar, bajo el Palacio del Agua, allá entre Amber y Jaipur. También estaba sedienta y tenía hambre de pan con tomate y jamón serrano, que me había descubierto Rosa, a pesar de mi reticencia, cuando una compañera del Auxilio trajo de su pueblo unas lonchas de ese preciado manjar y lo compartió con casi todas. Tocamos a poco, pero fue suficiente. A veces, la vida daba esas sorpresas y otras parecidas, como cuando un pequeñajo de la clase de mi amiga se levantaba en mitad de su explicación y le daba un beso que a ella le sabía a mañana de domingo y a cáscara de naranja y canela en el arroz con leche.

El dinero seguía encima de la mesilla: nueve duros, había vendido mi cuerpo por nueve duros. Suficiente para comer un tiempo e incluso para comprarle a Rosa un abrigo bueno, que falta le hacía. Abrí de par en par la ventana y miré fuera. La ciudad se veía espléndida desde allí; la Giralda, omnipresente y altiva aun sin sus frescos, extendía su cuello de alondra blanca y dorada para piar a los siete brujos de la ciudad sus cantos de dueña de todos. El sol se coló hasta los pies de la cama. Mauro se movió debajo de la colcha. Se la retiré. Me quedé mirándolo. Me sentía serena. Él seguía dormido. Su cuerpo, duro y musculoso, estaba desfallecido. Yo no podía saber si lo que había sentido esa noche era lo mismo que sentían todas las mujeres con todos los hombres, pero mi piel lamida, acariciada, recorrida cientos de veces por sus manos, me seguía susurrando al oído rumores de la sensación más hermosa que jamás había percibido. Miedo, deseo, lujuria, pasión, sosiego. Todo eso y más había sentido. Si cerraba los ojos podía verme sobre su torso, cabalgando, y yo aferrada a él, él lamiéndome, mis senos en sus manos, las lenguas enredadas, mi vientre ansiando sus besos y mi vida en la de él.

—Mi vida en la de él.

Miré otra vez el dinero. Eso lo protegería. Nadie que cobrara por amar amaría de verdad. Por fin estaba en paz. Me acerqué a la cama y me senté a su lado. Le pasé un dedo por el surco de la espalda, desde el cuello hasta los glúteos, las dos duras montañas que habían sido mías toda la noche; su piel se erizó. Mauro giró la cabeza. Lo besé. Su beso fue agua en el desierto, luz en la calima, zumo para el sediento, flor para la miel; océano meciendo el rayo extraviado de la luna.

—Me he quedado sin dinero, Lila.

—Pues entonces vístete y ve a por más. O firmamos los plazos.

Seguí besándolo. Mi lengua no quería abandonarlo. Me aparté de él a duras penas.

—Tienes que irte ya, Rosa tiene que entrar para cambiarse.

—¿No puede esperar un poco?

—No tienes más dinero. Debes irte.

Entonces llamaron a la puerta. Tres veces. Y otras tres veces.

—Será ella, tiene prisa. Y yo también, las dos vamos a llegar tarde. Voy a abrir, entra en el baño y vístete allí, por favor. No estoy acostumbrada a que me vean con un hombre desnudo en mi cama.

Mauro se levantó y se envolvió en la sábana. Pero antes de dirigirse al baño, me abrazó por la cintura y volvió a besarme. Todavía estaba desnuda. Mi cuerpo era una manta con la que él deseaba taparse la vida entera.

—Son los nueve duros mejor invertidos de mi vida. ¿Qué harás ahora?

—¿Qué crees que haré?

—¿Dejarás que te compre otra vez o me abandonarás?

Volvieron a llamar. Me subí el camisón.

—Ahora dejaré entrar a Rosa.

Se metió en el baño. Enseguida oí salir a presión el agua de la ducha minúscula. Abrí la puerta y salí corriendo hacia la cama sin esperar a que mi amiga pasara, me terminé de abrochar el camisón y empecé a dar palmadas al colchón para airear las hebras de lana. Me extrañó que Rosa no me saludara y entonces miré hacia la entrada. Él había cerrado ya y me miraba, imperturbable. Visualicé a Asha; no fue una visión, ella no estaba allí, tan solo fue un chispazo de mi memoria. La recordé mientras la vi irse después de muerta, cuando se despidió de mí con un beso y luego pude observar la nube blanca alrededor de su cuerpo elevándose por encima del techo. En ese momento habría querido convertirme en esa nube y desaparecer con Mauro de la habitación. Pero supe que Armando no iba a permitírmelo.

—He venido a buscarte. Hice lo que me dijiste. Ahora te quiero para mí. Cumplí mi parte del trato. Cumple tú la tuya ahora.

Sus facciones no habían cambiado desde la última vez que lo vi en Praga, cuando le entregué la esmeralda de la maharaní. Las líneas de sus ojos, grandes y oscuros, parecían pintadas con kohl negro, pero su mirada carecía de expresión; sus labios húmedos brillaban. Creí percibir en ellos el ansia por acercarse a los míos. También aprecié la rigidez de sus músculos y de su corazón, latiendo al mismo ritmo de los sonidos que emitían los seres del infierno. Seguí indagando en su interior. Me asusté. Pero levanté la cabeza y no dudé.

—Vete. No es verdad que cumplieras nuestro pacto.

—Me dijiste que me alejara de ti y que no volviera a buscarte mientras estuvieras con tu familia. Ahora estás sola, vengo a por lo que es mío. Hice lo que tú me ordenaste.

Armando dio unos pasos hacia mí, muy despacio, casi arrastrando los pies. Yo seguía oyendo el agua de la ducha. Intuí la soledad en el alma del demonio. No quería moverme, pero tampoco que él me tocara.

—¿Adónde quieres llevarme? Sabes que yo no puedo amar. Sabes que no seré de verdad tuya. ¿De qué te serviré?

—Solo sé que eres para mí. Tienes que cumplir tu palabra. Las brujas deben cumplir las leyes de la Naturaleza y de la vida. Debes recordar las palabras de Asha.

Al escucharle pronunciar ese nombre, me asusté. ¿Cómo lo habría conocido? Entonces dejé de oír el grifo.

—Vete, Armando. Incumpliste tu parte del trato. No deberías haber venido.

—No, Lila. Te obedecí, ahora debes cumplir tú. Tienes que entregarte a mí. Me lo prometiste.

Seguí mirando a Armando y supe que no se iría, que había venido para llevarme y que nada podría convencerlo de que me dejara. También que Mauro estaba a punto de abrir la puerta y lo que sucedería después. Quise ser capaz de hacerlo desaparecer o gritarle para que intentara huir. Pero de nada serviría. Sentí entonces una rabia inextinguible y oí a Neeja y a todos aquellos que eran como ella. Pero de mis ojos no salió ni la lágrima más ínfima y me sentí fuerte al acercarme a Armando y escupirle a la cara. Me aparté y lo miré a los ojos fijamente, aun sin dudar ni un instante de lo que iba a ocurrir. Enseguida mi intuición comenzó a hacerse realidad.

—Tú mataste a mi hermano. Mataste a Gabriel. Ni siquiera le diste la oportunidad de defenderse. Violaste nuestro pacto. No me iré contigo.

—Él quería robar lo que era mío. Tuve que hacerlo.

—Pero pudiste elegir. Tú elegiste matarlo y desperdiciaste tu oportunidad. No dejaste que el agua siguiera su cauce. Podrías haberte ido, haberle dejado vivir y, quizás, habríamos podido encontrarnos en esta vida o en otra diferente. Pero elegiste y cada elección tiene una consecuencia. Todas la tienen. En alguno de los mundos.

Mauro abrió entonces la puerta del baño y salió. Percibió enseguida mi cara desenchajada, mis labios secos, mis ojos crispados. Fue a acercarse al hombre que me amenazaba y observé con espanto cómo Armando sacaba del bolsillo el puñal con la empuñadura de plata que la *rani* había regalado a Gabriel en una época olvidada. La hoja brilló antes de hundirla en el corazón de Mauro al tiempo que él, herido de muerte, se aferraba al cuello de su asesino y miraba, con valentía, a la cara del diablo. Pero Armando seguía apretando la cuchilla contra su pecho, blando como la arena ante esa fuerza inhumana, mientras la sangre brotaba de sus entrañas. Me senté en el suelo y me metí en mi ser y me concentré en mi propio pensamiento para conocer lo sutil, lo distante, lo oculto; para asimilarlo y poseerlo; para convertirme en *mahasiddha*, la que posee y controla los poderes ocultos; para ser bruja y hechicera. Y convoqué a aquellos que me permitirían liberarme, no para lograr dominar a los elementos sino para ser fuerte y poderosa: entonces sería una y muchas, caminaría sobre el agua, atravesaría los muros, llegaría a tocar el sol y la luna; con los *siddhi*, que me permitirían hacerme invisible, transportarme al otro lado del mundo, volar elevándose como un pájaro, adoptar otra forma.

Junté los dedos, cerré los ojos y comencé a orar, invoqué a Asha y a Barathi y ellas se me aparecieron; reuní todas mis fuerzas y, con la potencia de mi

pensamiento, algunos objetos se elevaron por el aire. Luego sentí cómo mi propia alma se encendió en una luz blanca y brillante que iluminó la estancia. Armando se me quedó mirando mientras veía mi verdadero ser y, a través de mis ojos de noche y bruma, todas las brujas de la luna plateada lo maldijeron. Él, que conocía la existencia de la puerta hacia el otro mundo, las vio y las oyó y, aterrado, soltó a Mauro, que cayó a plomo sobre el suelo con la sangre fluyendo de la herida abierta, y huyó a todo correr de la habitación.

—Sabes que si vas contra la Ley de la Vida y del Universo, mi pequeña mochuela blanca, tendrás que responder por ello. Responderás igual que tu madre y que tantas otras hechiceras como nosotras. No puedes usar tu magia para ayudarte a ti misma. Siempre que esto ha sucedido antes, siempre, ha sido por amor. ¿Es el amor o el mal lo que mueve el Universo? Déjalo morir, Lila. Si tomas ese camino, sabes adónde te podría conducir. A ti y a la hija que llevas en tu vientre. No conocerá a su madre en este mundo como tú no conociste a la tuya, ¿eso es lo que quieres para ella?

Dejé de escuchar a Asha y recordé a todas las personas que había querido y que se habían ido antes que yo. Y me preparé. Recé: «Ve, mi aliento, al aliento inmortal. Que pueda entonces este cuerpo terminar en cenizas. Recuerda, mi mente, las acciones del pasado, recuerda las acciones. Yo os ruego por el amor que no muere. Yo os ruego por el estado sin nacimiento; pero si he de nacer de nuevo, por la gracia de los dioses ruego que nunca os olvide, amor».

Con rapidez, busqué lo que necesitaba para que la vida de Mauro no se escapara de su cárcel sin cerradura: la bruja gitana, sabiendo bien que su agüero se cumpliría, me había surtido justo de lo preciso. Preparé el brebaje con una medida de raíz de cúrcuma, media de *amlaki* y tres pétalos de la flor de la vida cortada un suspiro antes de que la luna se ocultase, y me senté en el suelo junto a Mauro. Y mientras esperaba que su cuerpo muriera, lo besé y lloré sobre el rostro de ese hombre al que ya había empezado a amar. Sabía bien lo que debía hacer: dejar que su espíritu lo abandonara y, entonces, aferrarme a él para que volviera a su mismo cuerpo en lugar de atravesar la puerta. Él había cerrado ya los ojos y el suelo se había encharcado de sangre a su alrededor. Cuando vi que su esencia se elevaba y que los *Devas* de luz comenzaban a materializarse y a bailar en torno a él, los ahuyenté con el paño envuelto en el brebaje del renacimiento, envolví con él las chiribitas de luces blancas que intentaban ascender y las dirigí de nuevo hacia su sustancia. Luego me acerqué a su cuerpo y, con las dos manos puestas sobre la herida, le susurré al oído:

—No temas. Ninguna maldición te matará. Tú, amor mío, vivirás. Tú sí vivirás.

Entonces yo, la bruja hindú, me coloqué a su lado en la postura del loto, de la que había surgido hasta el mismo Universo y sus soles y sus estrellas, y canté el mantra de la resucitación, tan antiguo como las brujas de la luna plateada que se daban en vida a quienes amaban y en cuya alma se reflejaban, lo besé en los labios y cerré los ojos.

Armando Iglesias nunca había sabido lo que era el miedo. No al menos antes de aquello. Cuando salió a todo correr de la pensión, sin decidir siquiera adónde lo llevarían sus pies, terminó poniendo rumbo a la estación de Santa Brígida. En la taquilla, pidió tartamudeando un billete para Madrid, uno que le permitiera viajar en el primer autobús de línea disponible, cuanto antes mejor. Se lo arrebató de la mano al taquillero, mientras su bostezo llegaba hasta el punto más álgido de apertura de su boca, en la que faltaba casi la mitad de la dentadura, por lo demás perfecta, y con sus dedos regordetes contaba los tres duros con cuarenta y seis. Invadido por un sudor frío, Armando se sentó a esperar en el desvencijado banco de madera, al cobijo de la única sombra en la plaza de María Magdalena a esas horas, la que dibujaba la línea enhiesta de la torre de la parroquia del Cristo de las Angustias. Miró los detalles impresos en el pequeño papel que significaba su huida con el rabo entre las piernas. Rabo de demonio con tres puntas y todo, pero rabo al fin y al cabo. Como por arte de maldición, había conseguido el último billete del coche número sesenta y seis que saldría en treinta y tres minutos en punto —sí, seguro que en punto—, que llegaba de Jerez. Consiguió que el corazón dejara de latirle tan deprisa solo después de convencerse de que no volvería a verme. Miró el cielo: presagiaba lluvia. Las nubes se movían rápidas en una marea de tonos de gris.

—¿Me permite un pitillo?

Armando le preguntó ya con la voz entera al hombre sentado a su lado. Acababa de abrir su caja de tabaco picado y las hebras marrones, con olor a tierra lejana, rebosaban por los lados.

—Claro que sí, *compare*. Sírvase usted. Hace *musha caló pa se* tacaño, ¿no cree?

Armando no respondió. Tomó el papelillo amarillento, la picadura y la boquilla que le ofrecía sin inmutarse al reparar en que el muñón empezaba a asomarle por debajo de una pernera del impecable pantalón planchado con almidón. Comenzó a liarlo. El otro lo miraba con una sonrisa de medio lado.

—¿Va a tomar el siguiente autobús *pa* Madrid?

Armando no tenía ganas de conversar, pero miró el zurrón del hombre: estaba repleto. El viaje era largo. El calor, acuciante. Él no llevaba más que su miedo con él.

—Sí, el siguiente.

—¿Y adónde va, si *pue* saberse?

—Al mismo Madrid.

—Igualito que yo. Buscando fortuna, seguro. Es la primera vez que salgo de Andalucía, pero aquí está *to er pescao vendío*. ¿O no?

El hombre prendió la mecha a Armando y su cigarro se encendió. En ese momento, una cría de apenas metro y poco de alto salió de detrás de un árbol y se acercó corriendo hasta ellos.

—¡Papá! ¡Papá! Mira, mira, ¡ya viene el coche! Justo a tiempo, que ya me estaba cansando yo de jugar sola.

Tenía cara de niña, pero los ojos demasiado grandes, como si esa parte de su rostro hubiera crecido antes que las demás. Armando se la quedó mirando. Le recordó a Daniella. Aunque se parecían poco, a veces el subconsciente da vida a imágenes inconexas para ponernos a prueba. Le gustaban los niños, sí, se acababa de dar cuenta. Aunque no tenía demasiada práctica, la cría a la que más había tratado había sido aquella mocosa, que no paraba de moverse mientras la intentaba pintar, todo para poder llegar hasta mí. Pero con ella, Armando descubrió que los niños tenían algo en su interior que lo apaciguaba. Se pasó la lengua por los labios secos. El remordimiento no desapareció, supo que aquella otra niña podría haberle mostrado el camino verdadero hacia mi lado, si hubiera sido capaz de elegirlo.

Quizás era tiempo de tener un hijo. O varios. ¿Podría alguien como él formar una familia? Se acordó de su madre. En cuanto llegara a Madrid, lo primero que haría sería ir a verla. Ella ya se había hecho muy mayor. Y él se sentía orgulloso de haberla cuidado siempre. El borracho de su padre ya la jodió bastante, pero él intentaba resarcirla. No sabía si lo estaba consiguiendo: la pobre mujer, como todas las madres descuidadas por sus hijos de una u otra forma, siempre le pedía lo mismo: «Quédate aquí conmigo, Armandito. No te vayas, que allá donde te vas no puedo mirar por ti; te me escapás, hijo, y a ti hay que atarte corto para que no te desmandes». Le vino una arcada que contuvo inhalando una bocanada de humo. Seguía temblando aunque había borrado de su memoria mi rostro; también la fuerza de mi poder que lo había aterrorizado. Durante unos instantes había tenido la seguridad de que conocería la muerte. Sí, iría a ver a su madre y, quizás, se quedaría a vivir cerca de ella y le daría algún nieto. Mujeres había más que ratas, guapas y feas; ninguna como yo, pero yo no era para él. Ya no. ¿Cómo no se había dado cuenta mucho antes?

Al detenerse el coche de línea, el ruido chirriante de los frenos hizo levantar el vuelo de las palomas en los tejados cercanos. Había cientos. Se protegían del calor en el lado en sombra, pegado al convento de la Merced. ¿Cómo podía él haber sabido que, de esa forma, jamás me tendría? Él no podía haber adivinado ni en mil años que la fuerza que nos unía iba a ser también la que nos separara. Tiraba del mismo hilo pero hacia extremos opuestos: él tendía al lado de la penumbra de la existencia y yo, al de la luz. Se le escapó una lágrima. Yo jamás sería suya. El conductor abrió la puerta del autobús y algunos viajeros bajaron. Armando dio otra calada al cigarro sujeto entre sus dedos temblorosos. Miró la voluta amarilla deshacerse ante sus ojos, ascendiendo. Suspiró. Cogió aire. Me vio en su pensamiento. Se despidió de mí. Aunque también supo que podría haberme tenido. Se había equivocado en la manera. Gabriel ni llegó a verlo. No vio a quien lo asesinaba. Se arrepintió de haber matado a ese estúpido. No por pena, eso no; solo porque así me había perdido. Lo había descubierto en mis ojos: al matar a mi hermano, me había alejado de él para toda la eternidad. El resquemor lo aguijoneó solo en su cabeza, pero el dolor se expandió de todos modos. Aunque Armando Iglesias era un hombre inteligente. Reconoció su derrota.

Miró a la niña. Era la primera vez que él tomaba el autobús para regresar a Madrid; si existía el recorrido que necesitara, siempre viajaba en tren, era más rápido y más cómodo, pero ahora le corría prisa abandonar Sevilla. Ya no tenía nada que hacer allí. Un viento helado le sopló en las sienes; miró hacia atrás, había oído palabras extrañas, como en un susurro. Pero allí cerca no había nadie más que ellos tres y el taquillero haciendo crucigramas en una revistilla con seis goterones de grasa.

El conductor terminó de entregar a los viajeros algunos bultos, de todos los tamaños, formas y materias. El lisiado se había acercado a la puerta con la ayuda de unas muletas de madera, perfectamente pulidas; su hija lo seguía con una pequeña cartera de cuero al cuello por todo equipaje.

—¿Me dejas que te la lleve? —le preguntó Armando.

La pequeña se la entregó y, al instante, se le enganchó de la otra mano. Él sintió su suavidad, lo blandos que eran sus dedos y su palma. Los apretó. Por fin consiguió dejar de ver mi rostro. Subieron despacio al coche, primero el padre y luego ellos dos. Estaba repleto de personas, bultos y animales de corral.

—Aquí, papá, delante. Se ve todo mucho más bonito. ¿Te sientas a nuestro lado? —le preguntó la niña a Armando con una sonrisa.

—Siempre viajo al final del autobús —mintió él.

—Podrías cambiar ahora.

—Me mareo, tengo que ir atrás —siguió mintiendo.

La niña echó un vistazo al largo pasillo y, finalmente, a la última fila.

—También hay sitios libres allí, pero nosotros nos quedamos, me gustan más estos. Y gracias, señor. Por la maleta. Me pesa mucho.

El padre tocó el hombro a Armando mientras le preguntaba.

—¿Está seguro, buen hombre?

Armando asintió con la cabeza. Al instante, notó cómo se le erizaba la piel. El lisiado se llevó un dedo al ala de su sombrero como despedida. Luego lo miró con la tristeza de la sabiduría, antes de sentarse donde su hija le indicaba: justo detrás del conductor, entre jaulas de pollos y alguna perdiz que sus dueños no perdían de vista, bolsos que olían a viejo y a cebolla, y tres señoras de luto. Armando caminó hasta el final del autobús, apartó la cabeza de un anciano que estaba profundamente dormido y se acomodó, por decir algo, en la butaca, entre el hombre que siguió roncando con el cuello torcido hacia el otro lado y un joven con boina y zapatos de cuero castaño. Olía rancio: como huele el queso añejo cuando el tiempo y el hambre dan para que endurezca. El coche arrancó. Armando cerró los ojos. Me vio de nuevo. Seguía sin entender lo que había ocurrido en la pensión. La naturaleza de su espíritu lo predisponía hacia mí, pero su cuerpo era el de un hombre sometido a las leyes humanas y divinas: tan débil como el de cualquier otro. Nunca antes había tenido ese horrible miedo a morir. Al verme allí, se había dado cuenta de que la muerte era una sombra también para él. Ese descubrimiento lo aterró. El joven de la boina tosió. Armando se fijó en él: sudaba y su rostro enrojecido estaba cubierto de picaviruelas. Respiraba con dificultad y, de cuando en cuando, emitía algo parecido a un silbido largo y acompasado. Volvió a toser. Armando se intentó apartar pero se topó con el

viejo, que había ladeado de nuevo la cabeza hacia él. Armando sacó su pañuelo del bolsillo del pantalón y se lo extendió sobre la boca mientras lo sujetaba con una mano. Se acurrucó sobre su asiento e intentó dormirse. El viejo roncaba. El joven tosía. El autobús saltaba con cada bache. Los viajeros sudaban. Una gitana varias filas por delante seguía cantando sobre la maldición de la muerte y el querer. Armando abrió los ojos. Por la ventana se veían las jaras florecidas; atrás quedaban. Se miró las manos, eran suaves y morenas. Sintió un escalofrío y se acarició los brazos intentando al mismo tiempo quitarse esa sensación que, a pesar de su esfuerzo, no había dejado de angustiarse desde que había huido de mí.

Observó a la niña, que miraba a la gitana. La pequeña se dio cuenta y lo saludó con la mano. A ella también le había gustado ese mayor extraño, al que su padre, como tantas otras veces, había hablado en una estación de autobuses camino de otro nuevo destino. Ella se volvió para seguir observando a la gitana. Le llamaba la atención su voz y esa forma diferente de contar historias, entre cantando y gimiendo. De repente, un estruendo horrible le hizo levantarse del asiento. Chilló con todas sus fuerzas y se agarró al brazo de su padre, pero no pudo evitar zarandearse con el primer bandazo del autobús. El lisiado la sujetó por los hombros a tiempo de evitar que cayera, el coche giró bruscamente de nuevo y se metió en el otro carril, pero el conductor consiguió enderezarlo y regresar al correcto. Los gritos de la niña se oían estridentes entre las quejas de los demás. No dejaba de señalar a la parte trasera del coche. Poco a poco, uno a uno, todos los viajeros se fueron girando para mirar y muchos se unieron a ella con sus maldiciones o alaridos. Una viga de hierro había atravesado la ventanilla de la cola del autobús. A lo lejos, en el otro carril, el conductor del camión desde el que había resbalado había conseguido detenerlo y miraba hacia atrás con las manos en la cabeza y los ojos desorbitados. A pocos pasos de la enorme barra cruzada entre los marcos laterales, sobre el suelo encharcado de sangre del coche de línea número sesenta y seis, la cabeza decapitada de Armando seguía mirando pasmada el rostro bellissimo de la muerte.

Mi hija Maya nació una noche en la que los búhos se quedaron ciegos dentro de sus nidos. Abrió sus ojos, de un color tan parecido a la avellana tostada como los de su padre, en la Ciudad de México, en una pequeña villa encalada y rodeada de senderos ribeteados de tamarindos. Mauro se había recuperado enseguida de la herida mortal y, al principio, creyó que había sanado gracias a los cuidados de un médico a quien no llegó a ver y que había venido a la pensión mientras él se encontraba inconsciente. Y los preparativos del viaje al otro lado del océano se me habían hecho muy pesados. No nos quedó más remedio que acudir a Mariana para que nos ayudara a mover los hilos y obtener todos los documentos que necesitábamos si queríamos salir de España a tiempo. Aunque tanto ella como Rosa insistieron en que debíamos esperar a tener el bebé y ninguna entendió las razones de tanta prisa por reunirme con Katerina, Fernando y Daniella antes de dar a luz. Para agilizar los trámites, Mauro y yo tuvimos que casarnos. Él no me había pedido que me convirtiera en su esposa, no sé si por miedo a que, al ser marido y mujer, ya no pudiera pagarme cada vez que se acostara conmigo. A mí, la verdad, no se me había ocurrido reafirmar mi amor en ningún altar, ni hindú ni cristiano: tenía otras cosas en qué pensar, y una boda, por mucho que a mi amiga le entusiasmara, no estaba entre ellas.

Nos casamos un atardecer en una antiquísima parroquia a las afueras de Sevilla, con Rosa cantando habaneras cada vez que el cura nos daba un respiro y hacía el favor de callarse un momento; Mariana y Carmen enganchadas de la mano, pensando —yo lo sabía— en lo muchísimo que les gustaría estar en nuestro lugar, aunque no para demostrarle nada a Dios ni a los hombres, sino la una a la otra; y Mauro temblando de una emoción picajosa que se había adueñado de él desde que entramos en la pequeña construcción románica con santos hombres que oraban esculpidos entre gárgolas y otras formas de monstruosos animales imaginarios. En el cabecero, que miraba a oriente, hacia mi lejano país, las tres ventanas más altas que anchas dejaban pasar una luz tenue, casi de ocaso. Yo observaba las pinturas extrañas que colgaban de los muros, tan serias, tan diferentes de la alegría y la lujuria de las de los templos de mi niñez, y seguía sintiéndome traidora. Ni siquiera sabía bien qué hacía casándome a los pies ensangrentados de un Dios que se sacrificó por los hombres y al que no había tenido el gusto de conocer en persona hasta entonces, aunque sin duda sería algo más piadoso que mis abandonados dioses hindúes. Pero en los ojos de Mauro vi que él agradecía esa ceremonia: en cierto modo, lo reconcilió con su pasado; los únicos que lloraron al salir de la iglesia fueron él y Mariana. Yo eché de menos mis visiones de almas presas en el mundo en que alguna vez habitaron. Ya no veía más que a mis muertos. Intuía que, a medida que iba superando mis miedos, yo controlaba la magia y no era ella la que me controlaba a mí. Y no quise acudir a su poder para averiguar lo que mi recién estrenado marido no me había contado todavía.

A las pocas semanas de casarnos, en cuanto Mariana nos hizo llegar los papeles que yo esperaba con ansia mal disimulada y a pesar de mi tripa ya bien abultada, emprendimos el larguísimo viaje hasta aquel país nuevo en el que los hombres eran mestizos y sus ojos hermosos me parecían capaces de vislumbrar mi pasado y mi futuro.

Daniella me vio atravesar la cancela del jardín inmenso lleno de flores que olían como las largas guiraldas de los templos de Jaipur, dejó el patinete en el suelo y salió corriendo a mi encuentro. Al contemplarla de nuevo después de tanto tiempo, me asaltó el recuerdo de algo que había ocurrido hacía muchos años, cuando todavía vivíamos en Praga. Gabriel aún no había muerto. Yo acababa de volver a darle a Katerina el bebedizo para que olvidara. Ese fue el inicio. Ella, aturdida todavía, no supo reaccionar cuando se encontró con Víctor. Nos dirigíamos a la Feria de las Flores de Námestí Miru. En la esquina de la plaza, Daniella se despidió de la Virgen negra y salió corriendo, aunque se detuvo de repente y nos esperó. Mis recuerdos volaron hacia aquel lugar lleno de gente. Oí el aroma de las flores amarillas de los parterres y los dulces de miel y frutos secos de los puestos ambulantes, y sentí el sol sobre mi piel. La niña tiraba de la mano de Katerina con insistencia.

—Mamá, mamá, ¿me llevarás?

—¿Otra vez, Daniella? Llegaremos muy tarde entonces.

—Pero si tenemos mucho tiempo... Solo un ratito, anda... , por favor...

Katerina miró la hora, todavía faltaban unos minutos para las cuatro en punto. El Ayuntamiento no quedaba lejos y el precioso reloj merecía el retraso. Aunque a la niña le interesaba mucho más la torre en la que vivían las princesas de todos los cuentos del mundo, la de la iglesia de Nuestra Señora de Týn, la más bonita de Praga entera. La del Ayuntamiento resaltaba igual, en negro sobre el blanco encalado del resto de la fachada, pero no era tan digna de servir como morada de ningún príncipe ni de ninguna reina; si acaso lo sería de un brujo o de una hechicera. Llegamos justo a tiempo: las figuras de madera de los doce apóstoles acababan de salir por las ventanas y se movían al ritmo lento de cada campanada, enmarcadas por la Vanidad, la Avaricia, el Turco. La Muerte. Daniella aplaudió al verlas bailar alrededor de las esferas: la de arriba con la hora y la posición del sol, de la luna y de los planetas; y la más baja con los meses y sus signos zodiacales.

—Vámonos a casa —dijo Daniella a nuestra madre al oído entonces.

—Pero ¿no querías ir a comprar flores? —le respondió Katerina.

—Ya no quiero. Vámonos a casa.

—No puede ser que nos marees así, ahora vamos y ahora no vamos. Tenías muchas ganas de que fuéramos al mercado. Iremos.

—Es que no quiero. No me gusta lo que vamos a encontrarnos.

Pero Katerina negó con la cabeza y no le hizo caso. Y yo no creí en mí ni en mi pequeña hermana que, no sé cómo, intuyó que debíamos regresar. En cuanto las figuras volvieron a esconderse, seguimos andando.

Sí, ese fue el inicio. Yo había venido a México a poner fin a lo que tampoco supe evitar aquella tarde en Praga cuando desoí a Asha de nuevo.

Volví de repente a la realidad, a ese México caliente, cuando Daniella dio un brinco y logró colgarse de mi cuello, con cuidado de no rozar mi enorme barriga. Se me saltaron las lágrimas. La quería como si fuera mi hermana de verdad. Como a mi propia hija. Sentí que me ahogaba. Respiré hondo. Ella seguía abrazada a mí. Empecé a dudar de que pudiera hacer lo que debía. Cuando me soltó, comprobé que había crecido mucho, su cara se le había alargado por la barbilla y ensanchado en la frente; y sus ojos estaban más abiertos, como si al mirar la vida desde otra perspectiva muy distinta en los últimos años, se le hubieran agrandado. También llevaba el pelo muy corto, casi a la altura de las orejas. Estaba radiante como solo los niños y los espíritus pueden estar.

—Es que así los chicos me respetan más. Con el pelo largo podían tirarme de las coletas —me dijo Daniella sin necesidad de que le preguntara nada.

Katerina y Fernando me abrazaron, aunque ella se retiró enseguida para limpiarse las lágrimas con un pañuelo que metió en su bolsillo antes de poner sus manos sobre mi abdomen y sonreírme. Fernando siguió abrazado a mí. Sentí el calor que te recorre por dentro cuando averiguas que una rama torcida se ha enderezado al fin. Y que todo está bien. Me besó con ternura.

—¿Cómo estás, hija? ¿Has tenido muchas molestias? No sé cómo te has atrevido a hacer un viaje tan largo en estas condiciones —me dijo él mientras me seguía acariciando la tripa en pequeños círculos—. Te queda muy poco para dar a luz, deberías haber esperado.

—No te preocupes, estoy bien. Y apenas he tenido molestias, aunque ahora ya me pesa mucho, como si llevara un saco de patatas colgado de los riñones todo el día. Pero es una sensación maravillosa, sentir una vida dentro de ti. Se mueve mucho, sobre todo cuando pienso en ella. Sé que pronto la veréis.

—Y toda la noche también debe de pesar como un quintal de patatas —añadió Mauro, sonriendo con una mezcla de orgullo y de miedo, como casi todos los padres primerizos—. Duermes de lado con tres almohadas: una en la espalda, otra entre las piernas y otra bajo la cabeza. Casi no quepo en la cama. Pero me encanta estar tan bien rodeado.

Se había vuelto a dejar barba y en sus ojos había sosiego. Yo se lo veía. No podía disimular su felicidad. Él creía que, juntos, habíamos vencido la maldición de Neeja. Aún no conocía la historia de mi madre y de mi padre, el castigo que yo podía sufrir por haber incumplido la Ley Universal, de la Vida y de la Naturaleza. Yo contaba cada segundo que pasaba a su lado; aspiraba cada olor; paladeaba sus sabores; retenía la más tenue caricia de sus manos o de sus labios, sus gestos y sus palabras. Mientras él dormía a mi lado, ajeno a mi temor del que le mantuve alejado, los revivía uno por uno, siendo consciente cada vez de que podía quedarme de vida tan solo las lunas que iban faltando para que mi hija abriera los ojos en el mundo físico. Katerina y Fernando abrazaron a Mauro. Lo recibieron como si fuera su propio hijo.

—¿Nadie va a decirme quién es esta niña tan guapísima?

Daniella observó muy seria a Mauro, que la miraba con verdadera curiosidad a pesar de conocerla bien. Yo le había hablado de ella un poco cada día.

—Yo no soy una niña. Soy la hermana de Noa. Me llamo Daniella. ¿Y tú eres el que le ha hecho esto a mi hermana? ¿Cómo lo has hecho? Dice Margarita, mi mejor amiga, que es algo parecido a la magia. Pero también dice que tener un bebé duele mucho, que se lo ha dicho su tía la fea, que tiene muchos hijos y una sola hija, y la conocen todos por lo mucho que habla. También por la verruga que le asoma al lado de la oreja. Da un poco de asco de lo grande que es. Y también dice que eso de la cigüeña es una patraña para niñas tontas. Como le duela, te vas a enterar.

—No te preocupes, solo le dolerá un poquito, y yo me encargaré de que todo vaya bien. Te lo aseguro.

—Pues claro, yo te vigilaré. Que no se te olvide.

Daniella se abrazó a mi cintura y empezó a darme besos sobre el lugar exacto donde, dentro de mi vientre, mi pequeña hija tenía puesta la mejilla. Y parecía feliz. Muy feliz.

—No sabes cuánto nos alegramos de que hayáis podido venir para tener aquí a vuestro bebé, Noa —me dijo mi *madrebis*—. Estarás mucho mejor, así podremos ayudarte al principio. Luego ya decidiréis si queréis volver a España. Nosotros hemos pensado quedarnos aquí, al menos durante un tiempo. La familia que estuvo cuidando de Daniella se ha encariñado mucho con ella y seguirán en México una temporada. Y nosotros no queremos volver a España. Tampoco deseamos regresar a Praga.

Miré al suelo. El miedo a ponerme de un lado había desaparecido, pero algunos demonios no te liberan jamás. Continuaba temiendo que alguien pudiera descubrirme si me miraba a los ojos. Yo sí los veía a ellos. Mis padres ya habían conseguido recordar a Gabriel sin asfixiarse, aunque esa pena, igual que la de la pérdida de Noa, se agazaparía siempre en algún rincón de su ser para, a veces, volver. Pero al mencionar Katerina la ciudad de Praga, no la percibí. Quizás también porque yo misma sentía una profunda tristeza, había conseguido viajar para reunirme con ellos a tiempo, antes de dar a luz, pero tanta urgencia solo tenía un fin: despedirme. No era capaz de saber si se me agotaba el tiempo para ser castigada por devolverle la vida a Mauro. Y además, ¿realmente había vencido a Neeja? ¿O solo había demorado nuestra triste suerte? Quizás ambas respuestas estuvieran relacionadas. Ya quedaba muy poco para averiguarlo, en tan solo unos días se cumplirían mis cuentas y las de la matrona amiga de Rosa que se había empeñado en seguir mi embarazo en el hospital de Santa Fe de Sevilla. Allí todos habían aprendido ya a querer a esa mujer pequeña y alegre hasta en la adversidad, que se había quedado con las ganas de venirse a las Américas. Pero no pudo. Mauro había encontrado una pista sobre el paradero de Rosita y uno de sus compañeros en esa empresa loca la estaba siguiendo en Bilbao.

—No podía esperar más para volver a veros, Katerina. Estaba impaciente por pasar unos días con Daniella. —Intenté disimular la negrura de mis pensamientos al responder a mi *madrebis*. Miré a mi hermana—. ¡Cuánto te he echado de menos! No puedes ni imaginártelo, Daniella. Tienes que contarme todo lo que ha pasado en este tiempo. Desde el principio.

Conseguí reprimir la emoción que se apoderaba de mí. Intenté impedir que los recuerdos me asaltaran. Muchos eran demasiado dolorosos.

—Pues claro que puedo imaginármelo, me has echado de menos lo mismo que yo a ti. Con lo brutos que son casi todos los niños con los que vivía, ¡seis, nada menos! ¡Imposible dejar de vigilarlos ni un momento, Noa! Imposible. No saben la suerte que han tenido de que Gabriel esté en el cielo ahora. Si no, ¡pueden estar seguros de que él les habría dado su merecido! Aunque al final, conseguí que me respetaran: yo toco el violín mucho mejor que ellos.

Tuve que abrazarla. Me di cuenta de con qué facilidad hallan a veces los niños la fortaleza que los adultos no somos capaces de encontrar para superar las pérdidas más dolorosas. Mauro me dio un beso en la mejilla. Logré dejar de ver la cara de Gabriel mientras jugaba con ella por las tardes, junto al fuego de la chimenea en Praga, sintiendo un calor encendido en las mejillas y en el pecho y un frío doloroso en la espalda, en el lado del cuerpo al que no llegaba el fragor de las llamas en danza. Fernando se acercó a mí y me cogió de las manos. Me miró a los ojos y, de repente, me abrazó otra vez. Volví a percibir su cambio. Todos callamos. Cuando me soltó, estaba llorando. Miró a Daniella al tiempo que se limpiaba los ojos con los puños.

—Hija, tengo que contarte algo que parece un cuento de hadas. Luego, por la noche, cuando leamos juntos, recuérdamelo. Ya es hora de que lo sepas.

Supe que él ya había recordado quién era yo y quién no era. Y que eso no le había hecho daño. Sus lágrimas no habían sido de tristeza. Algo en mí, por fin, se apaciguó.

—¡Papá! ¡No puedes hacerme eso! ¡Cuéntamelo ahora!

—Es muy largo, seguro que prefieres estar con tu hermana, pero empezaré diciéndote que ella no se llama Noa. Se llama Lila. Y viene de un país muy muy lejano.

Daniella frunció el ceño. Katerina me miró y asintió con la cabeza. No me había equivocado, entre ellos todo estaba bien. Me alegré también por Fernando. Al recuperar en sus pensamientos a su hija de verdad, habría sentido un dolor intenso, pero esos mismos recuerdos habían ido aminorando la pena. Recordar era existir. Ni toda mi magia me había sido suficiente para aprenderlo antes, pero ya sabía bien que así era.

—¿Lila? Pero ¿te has vuelto loco, papá? ¿Cómo se va a llamar Lila si así es como se llaman las flores del paseo? Aquí, en muchos jardines, hay un montón de lilas pegadas a los tamarindos. Las flores de esos árboles caen sobre las lilas y entonces huele por todos lados al perfume que mamá se echa a veces, cuando salís al jardín por las noches y me dejáis en la cama, creyendo que estoy dormida. A ver, Noa, ¿de verdad no te llamas así? ¿Y por qué, si no te llamas así, siempre te hemos llamado así?

Daniella se plantó en jarras ante mí con la cara de requerir una explicación que los niños saben poner sin necesidad de que les enseñen.

—Sí, Daniella, Fernando tiene razón, me llamo Lila y nací en un país muy lejano, lleno de brujas, hombres y demonios.

—¡Buah! —me contestó ella elevando las cejas—. Como si eso fuera algo muy raro. Aquí también hay de eso, que me lo cuenta Margarita. A ella se lo cuenta su abuela. Pero es fácil evitar que te hagan daño: prueba a no mirarlos a los ojos. Haz la prueba, Lila, de verdad. ¡Uy! Qué raro me suena ese nombre... Cuando veas un demonio de esos, no lo mires y verás cómo se va y te deja en paz. Los demonios solo pueden hacer el mal si les hacemos caso. Eso dice la abuela de Margarita y yo siempre he hecho lo que ella dice cuando veo a alguien que parece un demonio y ¡mira!, aquí estáis todos, por fin, conmigo. Y nadie ha podido hacerme daño. Gabriel no está, pero eso fue porque yo no conocía aún a Margarita y no pude estar para ayudarlo. Ya he hablado con él de eso. En el cielo también está muy a gusto, no te creas.

Le sonreí. No supe si Daniella hablaba de verdad con Gabriel, pero me gustó mucho imaginar que no solo yo pudiera comunicarme con quienes amaba. Y podía ser que la solución fuera así de simple. Tan sencilla. Quizás si yo no me hubiera pasado toda mi vida creyendo en la fuerza de la maldición de Neeja, todo habría resultado de otro modo. Recordé a la gitana Remedios. Ella me lo dijo. La magia siempre tiene dos caras. Sentí a mi hija removerse dentro de mí. Tuve que sentarme. La piel me tiraba tanto sobre su cuerpo que a veces parecía que el vientre iba a resquebrajarse. Yo sabía que ella quería salir, que tardaría apenas unas pocas noches más en abrirse paso hacia este mundo. Incluso podría nacer esa misma madrugada; las lechuzas llevaban días sin cantar y el aire olía a madreselva. A vida nueva.

Pero yo no quería morir. No podía abandonarlos todavía.

Daniella se sentó en el suelo a mi lado y comenzó a hacerme cosquillas en la tripa. El bebé dejó de moverse. Sentí que recibía el calor de la mano abierta de la niña y que le agradaba. Miré a mi hermana. Me gustó percatarme de que no solo había crecido en altura. Quizás ella tuviera razón: debía evitar que Neeja me siguiera atemorizando, ignorar el mal, seguir amando a quien me amaba. Creer en mi magia, en mi energía. Nunca había visto ninguna imagen que me mostrara ese futuro maldito, aunque sí había sentido la necesidad imperiosa de venir a despedirme de aquellos a quienes quería; sin embargo, en ese momento decidí no hacerlo. No me despediría de Mauro, de Daniella, de Fernando ni de Katerina. No me despediría de mi hija no nacida. Yo era una bruja de la luna plateada, tenía que vencer. Debía impedir que Neeja siguiera mirándome a los ojos.

Entonces sentí un retortijón por debajo del ombligo que me hizo retorcerme en la silla y un chorro de líquido cristalino que olía fuerte empezó a resbalarme por las piernas y se fue desparatando en un charco a mis pies. El agua de la vida. O de la muerte. Mauro se acercó a mí; me agarré de su mano. Le di las gracias. Había sido el único hombre que vio mi alma. El espasmo que recorrió mi vientre me partió en dos las entrañas.

Miré a mi lado: Asha y Barathi esperaban; sus rostros herméticos eran las sombras de la luna.

—Dadi...

—¿Sí?

—¿Y el abuelo encontró al final a la hija de Rosa?

—¿Tú que crees?

—Que sí, el abuelo encontraba siempre todo lo que se me perdía, hasta los calcetines. Seguro que encontró a la niña.

—Pues crees bien. Tardó unos meses, pero al final dio con ella y la llevó con su madre. Las dos se quedaron a vivir en Sevilla, en Lora del Río. Allí Rosa empezó a trabajar como maestra y al poco tiempo se casó con el párroco, que en el fondo era un poco rojo, como ella, y no tenía alma de cura.

—¿Y por qué no podías hacer magia para salvarte a ti misma? Eso no tiene sentido.

—Los occidentales eso no lo entendéis, sois muy pragmáticos. ¿Por qué todo tiene que tener sentido? ¿Acaso tiene sentido la vida? Al final, se muere, ¿para qué vivirla?

—Eso no lo entiendo, abuela. Casi nada de lo que has dicho.

—Claro, es normal que no lo entiendas. Si lo entendieras, me preocuparía.

—Tampoco entiendo por qué a ti no te pasó nada cuando salvaste al abuelo. ¿Por qué no te pasó lo mismo que a tu madre Barathi? ¿Era porque el abuelo no era bueno, porque había hecho daño a otros?

—¿Tú crees que tu abuelo no era bueno? ¿Es eso lo que crees? ¿No se portaba bien contigo? ¿No te quería más que a nadie? ¿No se tiraba al suelo para que te subieras sobre su pobre espalda como un elefante viejo y te llevaba de un lado a otro de la casa?, ¿no te contaba cuentos y te daba muchos besos cuando te ibas a la cama y él estaba contigo? ¿Tú crees que él no era una persona buena? ¿De verdad lo crees?

—Bueno, sí era muy bueno, conmigo sí, y con mamá también; podía haber pasado con él lo que pasó con tu padre, que se fue y no te cuidó cuando naciste.

—Pues claro que era bueno. A veces las personas buenas también hacen cosas malas, y al revés. Y sí, tienes razón, Elena, mi padre se fue. Pero él tampoco era malo.

—¿Y por qué te dejó? Nunca quieres hablarme de él ni de Barathi. Me dijiste que algún día me contarías lo que ocurrió. Ya soy mayor. ¿Es que no te has dado cuenta?

Acaricié el rostro de mi nieta y ella me sintió igual que si el roce hubiera surgido de las profundidades de un corazón vivo. Ya había llegado al principio.

—Mi padre era médico, uno muy bueno. Curó a mucha gente. Llegó a la India para trabajar en el hospital Mayo de Jaipur, para cuidar de otros que no tenían forma de pagar. Allí conoció a mi madre. Ella trabajaba en las cocinas, pero lo ayudó con su magia a curar a una mujer a la que él no conseguía sanar y entonces se enamoraron. Mi madre era muy especial. Y fue muy feliz con mi padre mientras pudo verlo allí, a escondidas. Por eso su marido mató a mi padre, la veía tan alegre que sospeché que lo estaba engañando con el *ingrese* al que sonreía en el hospital. Los hombres antes eran muy impetuosos y hacían esas cosas. Ella entonces le hizo revivir y nadie se enteró de que su marido había intentado matarlo y de que su nueva hija podía no ser de él. Con mi padre, Barathi fue mucho más feliz de lo que había sido jamás antes incluso juntando todos los trocitos de su vida. Pero él no llegó a saber que yo iba a nacer, ella no se lo contó. Después de devolverle la vida, le pidió que regresara a su país, para salvarlo del peligro que corría e impedir que su desgracia se repitiera. No le dijo nunca que estaba embarazada. Luego, hasta que yo nací, mi madre estuvo viviendo con mi abuela Asha y, cuando murió, su marido Sagar me dejó ir a su casa porque tenía miedo, había visto el poder de Barathi y la temía a ella y a mi abuela.

—¿Y por qué tu madre no quiso que tu padre se quedara con ella y contigo?

—Siempre haces preguntas muy difíciles de responder, pequeña mochuela blanca. ¿Por qué lo hizo? ¿Sabía ya que ella moriría? ¿Había visto en sus sueños cómo sería mi vida? ¿Podría mi padre haber hecho otra cosa? La verdad es que no lo sé. Mi madre no me lo explicó y a él no lo conocí, ni en el mundo astral en el que estoy ahora, ni en el mundo físico en el que despertarás mañana tú. Solo sé que no se es bueno o se es malo siempre, Elena, se actúa de un modo u otro según la ocasión y eso tiene un efecto, sobre ti y sobre los otros. Ese efecto puede cambiar el sentido en el que gira el Universo. Pero las lecciones no se aprenden con la experiencia de otros, se aprenden cuando las recita uno mismo. Ella sabía que, al revivirlo, podría sufrir un castigo, pero decidió ponerse del lado de mi padre y luego decidió seguir su camino sin él. Solo ella sabe por qué.

—Decidió salvar a tu padre igual que tú a mi abuelo.

—Sí, igual que yo. Yo también sabía lo que podía ocurrirme.

—¿Y por qué tú pudiste seguir viviendo hasta hace poco y ella no? Menos mal que sigues viniendo a verme desde entonces, porque yo me quise morir contigo y con el abuelo. Fue horrible lo que me hicisteis, moriros los dos uno después del otro, casi a la vez. Yo me quise morir también.

—Mi madre no creyó en su poder como hice yo. Creo que eso fue lo que me salvó. ¿Quién puede saberlo? O tal vez fuera que me di en vida a un forastero que consiguió reflejarse en el espejo de mi alma. Tu abuelo me vio siempre como una persona igual a él. Siempre. Y todos morimos antes o después. Los dos éramos muy viejos, habíamos vivido mucho. Vi y amé muchísimo más de lo que nunca pensé que podría. Tuve la gran suerte de cuidar y querer a tu madre y a tus tías. Y a ti. También a mí me costó mucho irme. Igual que mi abuela Asha, supe que tendría que dejarte sola y que aún no me había dado tiempo a prepararme. Pero ¿alguien está preparado alguna vez para dejar el mundo físico? Tampoco tuve tiempo suficiente para prepararte a ti. Tu madre hace mucho que ha elegido su senda, pero tú eres como yo, llevas la marca en tu vientre y no has renegado de ella. Yo sé que no lo harás. Todavía tengo que cuidar de ti. Aún no sabes todo lo que eres, necesitas quien te guíe en el camino de las brujas de la luna plateada. Por eso sigo viniendo a verte y vendré mientras tú lo desees y yo no te haya enseñado todo lo que debes aprender, y te contaré mi historia. La tuya. Lo haré en tus sueños, como ahora, pero vendré.

—Ya estamos como siempre, *dadi*, no me has explicado bien por qué tú pudiste seguir viviendo cuando nació mi madre y Barathi se murió cuando naciste tú si las dos habíais hecho lo mismo. Como siempre, abuela, que me dejas con las ganas de saber más cosas. Venga, cuéntamelo ya.

—A eso yo no puedo responderte, Elena. Solo sé que la magia, como la vida, siempre permite excepciones. También fue una excepción que Neeja no fuera castigada al usar la magia negra para matar a su hija y tener solo hijos varones. Ella solo perdió una gran parte de su poder, aunque no todo. Si naces siendo bruja, te mueres siéndolo. Y siguió viviendo como ella había decidido mucho tiempo, aunque ahora no sé si, al final, en realidad su camino terminó en el mismo lugar y solo varió su forma de vivirlo. Yo, por si acaso tenía que irme del mundo físico y moría al nacer tu madre, fui muy feliz con tu abuelo hasta ese momento e intenté prepararme por si mi cuerpo se deshacía. Mientras lleve otra vida dentro de sí, ninguna bruja de la luna plateada puede sufrir el castigo por haber infringido las Leyes de la magia; por eso sabía que, cuando mi hija naciera, ya sí podría morir. Pero dejé de temer a Neeja y me negué a despedirme de ellos, de todos mis seres queridos. Quizás eso me salvó. Y lo cierto es que a mí no me habría importado morir por tu abuelo; en realidad, sin él, no habría vivido. Además yo tengo ventaja: sabía que podía quedarme con vosotros todo lo que quisiera. Es lo bueno de creer en lo que yo creo, que puedes quedarte vagabundeando por el mundo astral todo el tiempo que desees; como estoy yo ahora aquí contigo, que eso del infierno es un rollo y, el cielo, ni te cuento. Pero yo vengo a verte cuando deseo o cuando me necesitas. Aunque lo más importante de todo esto es que tú hayas aprendido la lección.

—¿Que no debo salvar a alguien si se muere?

—No, eso no, que todas tus acciones tienen consecuencias, Elena. Y casi siempre se puede elegir de qué lado quieres ponerte.

—Sí, yo la he aprendido. También me lo dice mi madre cuando quiero hacer algo que no debo: que si me porto mal, me castigará. Lo que pasa es que eso no es cierto, muchos niños en el cole se portan mal y no los castigan a ellos solos, nos castigan a todos por su culpa. Lo llaman «castigo conectivo». Incluso, a veces, algunos se escapan sin que se dé cuenta la profesora y solo nos castigan a los demás, tontos, que nos quedamos. A mí no me gusta nada porque yo me porto bien y me da igual, también me castigan. Eso debe de ser también una excepción.

—Eso será un castigo colectivo.

—Bueno, pues será eso.

—Ya veo que lo has entendido. Es el karma, que no significa que estés predestinada, que tengas que ir a un sitio fijo. Eres libre de decidir lo que haces, si haces bien o haces mal. Los *Vedas* dicen: «Si siembras bondad, cosechas bondad; si siembras maldad, cosechas maldad». Todo lo que hagas en tu vida se acumula y se vuelve en tu contra o en tu favor.

—Pues claro. Todo eso ya lo sé, abuela. Y me parece bien, aunque no sé si será verdad. Mis amigas no se lo creen y mis amigas son muy listas. Dicen que Jaime nos pega a todas cuando quiere y no le pasa nada casi nunca. ¿Y cuándo piensas contarme lo de las maldiciones? No te creas que se me ha olvidado.

—¿Qué quieres saber de las maldiciones?

—Si son verdad o son mentira, si se cumplen o no.

—Bueno, la mayoría no se cumple. Otras sí. Que yo sepa, las maldiciones que se echan a las esmeraldas se cumplen siempre. La última que yo escuché mientras estaba viva fue la de una piedra muy grande que una maharaní de la India —ya sabes, como una reina de las de aquí pero de allí— había regalado a mi *madrebis*. Y esa maldición sí se cumplió. Aseguraba que todo el que vendiera la piedra sufriría la más horrible de las muertes y así fue hasta lo que yo pude saber. El último que la vendió, un nazi muy desagradable, se suicidó junto con su amante. El que se la había vendido al bisabuelo de la maharaní murió aplastado por un elefante tras una semana de horribles dolores; del pobre demonio a quien yo se la di y la vendió también supe que había tenido un horrible accidente en un autobús de línea que hacía el trayecto de Jerez a Madrid; y de los tres que le compraron la esmeralda a él y se la vendieron al nazi, dos de ellos, marido y mujer, murieron por culpa de una sífilis galopante que, para empezar, los dejó sin nariz y que, misteriosamente, ningún antibiótico pudo curar. El tercero, su hijo, también murió al poco tiempo, de un pelotazo en la cabeza mientras jugaba al *ping-pong*.

—¿Y eso es una muerte horrible?

—Depende de para quién. Para un hombre tan engreído como él, seguro que fue la más horrible.

—*Dadi...*

—¿Sí?

—¿Qué es una sífilis galopante?

Nota de la autora

Nadie debe intentar llevar a cabo ninguno de los hechizos que se mencionan en esta novela, los resultados son imprevisibles. La motivación inicial para escribirla fue acercarme a la cosmovisión de la fascinante cultura india y al hinduismo y su magia, y en todo momento abordé esa tarea con el máximo interés y respeto; sin embargo, ciertas técnicas escapan a nuestro dominio.

Agradecimientos

Escribir *La marca de la luna* ha resultado una apasionante aventura que ha conjugado literatura, imaginación y documentación. Los dos primeros ingredientes suelen recaer en exclusiva en el autor y en su imaginario literario y espiritual, pero el tercero se ha cimentado en un riguroso trabajo de investigación del período histórico abordado y de sus protagonistas.

En esta obra aparecen numerosos personajes reales que desempeñaron un papel esencial en la Historia de España y, con ello, de Europa, ejerciendo funciones en sus respectivos cargos durante la primera mitad del siglo XX. Entre ellos, destacan Luis Jiménez de Asúa y Francisco Ayala por diferentes circunstancias que desearía que esta novela hubiera animado al lector a descubrir. Exceptuando su relación con los personajes ficticios, los acontecimientos a los que hacen referencia dichos personajes de la legación española en Praga durante la Guerra Civil se adecúan en forma y tiempo a la realidad, incluso algunas escenas sucedieron tal cual.

Por ello, me gustaría reconocer dichas fuentes y citar al menos tres de los cuantiosos documentos que me resultaron imprescindibles para tramar esta ficción. En primer lugar, *Al servicio de la República. Diplomáticos y guerra civil*, de Ángel Viñas (dir.) (Madrid, Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2010); y en especial, el ensayo de Matilde Eiroa «*El servicio de información de Jiménez de Asúa*» incluido en dicha obra. También *Los últimos días. Recuerdos y reflexiones de una niña del exilio*, de María Álvarez del Vayo (Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2003); y por último, *Recuerdos y olvidos*, de Francisco Ayala (Madrid, Alianza Editorial, Biblioteca Ayala, 2010).

Deseo agradecer expresamente su trabajo de investigación al catedrático emérito de la Universidad Complutense de Madrid, Ángel Viñas, y a la doctora en Historia Contemporánea, profesora titular del Departamento de Periodismo y Comunicación Audiovisual de la Universidad Carlos III de Madrid, Matilde Eiroa. En un mundo en el que las Humanidades palidecen frente a la adversidad, obras como las suyas son imprescindibles para quienes nos gustaría poder considerarnos algún día humanistas y, en general, para cualquiera que pretenda entender el mundo en el que vive.

Asimismo deseo agradecer la ayuda de las numerosas personas que, con la mayor amabilidad, solucionaron mis dudas y me recomendaron bibliografía adicional en el Registro de Luis Jiménez de Asúa, perteneciente a la Fundación Pablo Iglesias, de Madrid, así como reconocer los valiosísimos documentos de referencia que contiene, imprescindibles también para acometer la parte histórica de esta obra.

Quiero mencionar, por último, lo mucho que debo a mi padre, Lauro Noguera, por haberme inculcado siempre su honestidad y, también, la confianza en mí misma. La magia viene después.

Glosario

Adharma: palabra, acción o pensamiento que infringe una ley divina del *dharma*.

Ahimsa: la más importante de las restricciones en el hinduismo, la virtud de la que dependen las otras: la no violencia o no herir a otros ni a uno mismo.

Annaprashan: rito hindú en el que se da la primera comida sólida a un bebé alimentado hasta entonces con leche.

Brahmana: extensos tratados teóricos relacionados con cada uno de los *Veda*, que explican los ritos y fórmulas, junto con los textos de los *Aranyakas* (Tratados del bosque) y los *Upanishads*.

Choga: túnica masculina.

Choli: blusa corta femenina.

Cipayo: soldado hindú de infantería.

Dalits: personas de la casta de los intocables.

Deva: «El Brillante». En el hinduismo, es un ser que habita el plano astral elevado, en un cuerpo que no es físico. También es un dios.

Dhal: aperitivo de crema de lentejas y especias.

Dharma: lo que contiene o sostiene el cosmos. Es un término complejo con muchos significados: ética, religión, deber, responsabilidad, virtud, justicia, bondad y verdad.

Dhotis: pantalones masculinos.

Ghats: escaleras de piedra en la orilla de los ríos sagrados.

Ghee: mantequilla cocinada a fuego lento, muy apreciada en la India.

Golsu: aro, habitualmente de plata, que se usa alrededor del tobillo.

Ingrese: término hindú para los británicos en la época.

Moksa: liberación de todo dolor y sufrimiento.

Mudra: gesto con las manos con poderes o energías. Al meditar, un *mudra* corriente es abrir las manos con las palmas hacia arriba descansando sobre las piernas cruzadas.

Nakshatra: estrella de la constelación en la que la Luna estaba alineada en el momento del nacimiento de una persona. Hay 27 constelaciones a lo largo de la eclíptica solar.

Namakaran: rito hindú de asignación de nombre.

Namaskaran: saludo indio, con las palmas juntas y una inclinación de la cabeza.

Paan: También conocido como «buyo». Preparado estimulante y psicoactivo preparado con hoja de betel y nuez de areca. Se mastica antes de escupirlo o tragar la saliva. Produce euforia y es muy adictivo.

Panchangam: almanaque astrológico en forma tabular que sigue la cosmología india.

Puja: ritual religioso hindú como ofrecimiento a dioses, personas especiales o invitados.

Rangoli: arte decorativo tradicional de la India.

Rani: mujer del maharajá.

Sadhu: hombre santo que busca a Dios, no tiene casa fija y viaja sin ataduras. Viven de la caridad, en la calle.

Samsara: ciclo que supone el nacimiento, la muerte y volver a nacer; el camino que siguen las vidas terrestres sucesivas que un alma experimenta.

Shraad: ceremonia celebrada al año de morir alguien para dar la paz al alma.

Shraddha: rito funerario hindú.

Soware: soldado hindú de caballería.

Upanishads: recopilación de textos en los que se recoge el pensamiento hindú milenario.

Zemindar: terrateniente que arrienda sus terrenos a campesinos.

© Amelia Noguera, 2014

Primera edición en este formato: septiembre de 2014

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral
08003 Barcelona
info@rocaebbooks.com
www.rocaebbooks.com

ISBN: 978-84-9918-888-1

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.